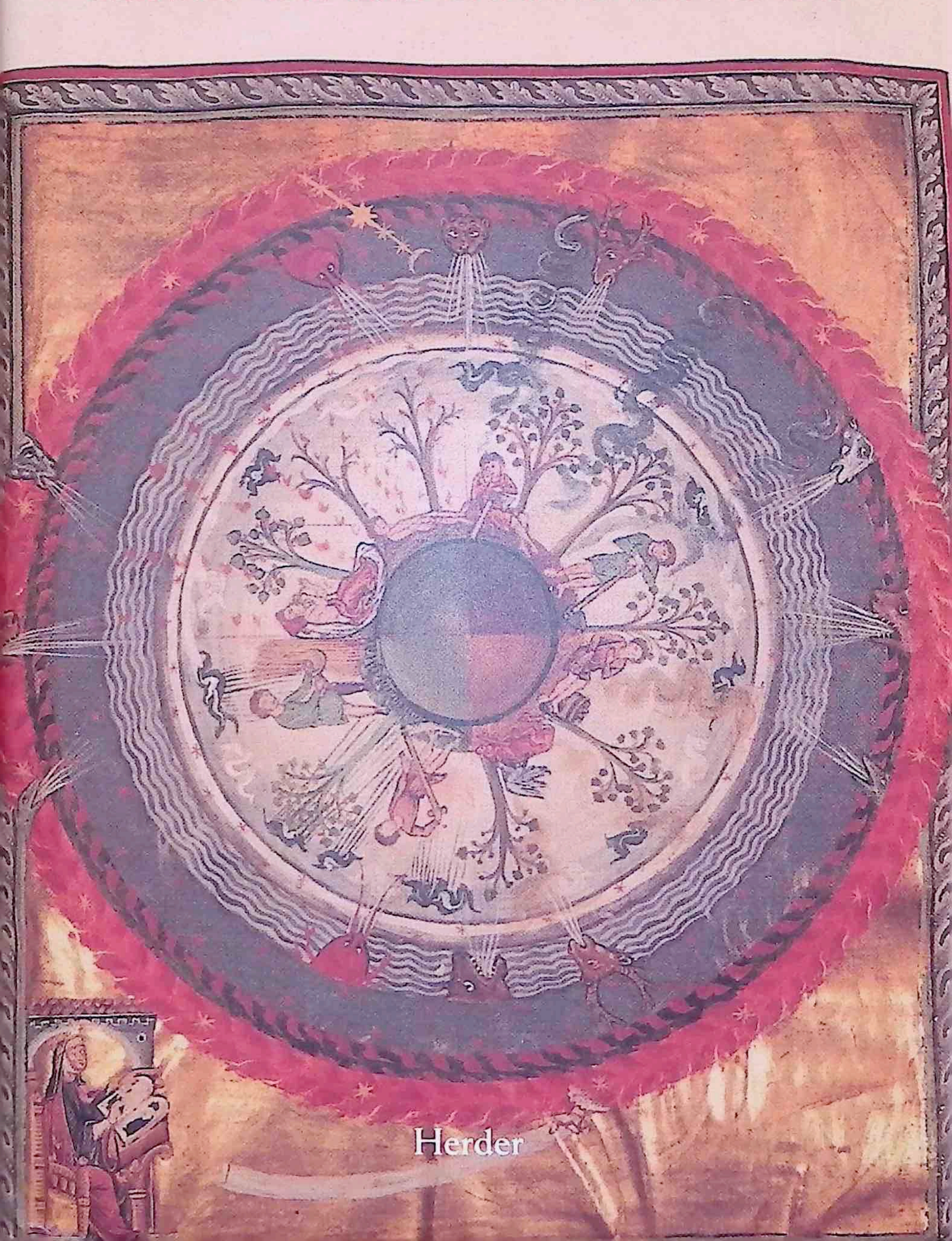
Hildegarda de Bingen

Libro de las obras divinas



Herder

Libro de las obras divinas

Hildegarda de Bingen

Libro de las obras divinas

Traducción de
María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora
y María José Ortúzar

Herder

Título original: Liber divinorum operum
Traducción: María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora y María José Ortuzar
Diseño de la cubierta: Claudio Bado

ISBN: 978-84-254-2511-0

Imprenta: Liberdúplex
Depósito legal: B-31.757-2009
Printed in Spain – Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

Nota preliminar

En esta edición de la primera versión española del *Libro de las obras divinas* de Hildegarda de Bingen (1098 - 1179) que presentamos a los lectores hispanohablantes es el resultado de un trabajo iniciado por nuestro equipo de investigación en el año 1996.

Este libro aparece publicado en el marco del Proyecto Fondecyt Nº 1030732 (Chile) en el que han participado María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora, María José Ortúzar, Ítalo Fuentes y Beatriz Meli.

Las autoras de esta publicación –María Isabel Flisfisch y María José Ortúzar como traductoras y María Eugenia Góngora como autora del estudio introductorio y colaboradora en la edición definitiva de la traducción, hemos querido plantear una propuesta de lectura del *Libro de las obras divinas*, el último libro de Hildegarda de Bingen, que recoge algunos de los principales problemas de comprensión de una obra visionaria del siglo XII.

Nuestra traducción ha seguido la edición crítica de Albert Derolez y Peter Dronke (1996). Ciertamente, toda traducción implica una opción interpretativa y una puesta al día del texto fuente; sin embargo, hemos intentado conservar el estilo de escritura de Hildegarda, respetando sus peculiaridades, sus múltiples reiteraciones y complejidades sintácticas.

Este trabajo no habría sido posible sin la colaboración inestimable de Raquel Villalobos, de Berta Concha y de Victoria Cirlot en sus más recientes publicaciones.

Queremos agradecer también a Thérèse de Hemptinne (Universidad de Gante), Veerle Fraeters y Frank Willaert (Universidad de Amberes) por su permanente apoyo.

Abreviaturas bíblicas

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Co	Primera epístola a los Corintios
2 Co	Segunda epístola a los Corintios
Col	Epístola a los Colosenses
1 Cro	Libro primero de las Crónicas
2 Cro	Libro segundo de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Epístola a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Epístola a Filemón
Flp	Epístola a los Filipenses
Ga	Epístola a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Hb	Epístolas a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Evangelio según San Juan
1 Jn	Primera epístola de San Juan
2 Jn	Segunda epístola de San Juan
3 Jn	Tercera epístola de San Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Epístola de San Judas
Lc	Evangelio según San Lucas
Lm	Lamentaciones
Lv	Levítico
1 M	Libro primero de los Macabeos
2 M	Libro segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según San Marcos
Mi	Miqueas
Ml	Malaquías
Mt	Evangelio según San Mateo
Na	Nahum
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	Primera epístola de San Pedro
2 P	Segunda epístola de San Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Eclesiastés (Qohélet)
1 R	Libro primero de los Reyes
2 R	Libro segundo de los Reyes
Rm	Epístola a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro primero de Samuel
2 S	Libro segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Eclesiástico (Sirácida)
So	Sofonías
St	Epístola de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	Primera epístola a Timoteo
2 Tm	Segunda epístola a Timoteo
1 Ts	primera epístola a los Tesalonicenses
2 Ts	Segunda epístola a los Tesalonicenses
Tt	Epístola a Tito
Za	Zacarías

Introducción

Escritura e imagen visionaria en el *Libro de la obras divinas* de Hildegarda de Bingen

> En la visión mi espíritu asciende, tal como Dios quiere, hasta la altura del firmamento y hasta el cambio de los diversos aires, y se esparce entre los pueblos diversos, en lejanas regiones y en lugares que son para mí remotos... No oigo estas cosas ni con los oídos corporales ni con los pensamientos de mi corazón, ni percibo nada por el encuentro de los cinco sentidos, sino en mi alma, con los ojos exteriores abiertos, de tal manera que nunca he sentido la ausencia del éxtasis. Veo estas cosas despierta, tanto de día como de noche.
>
> *Carta de Hildegarda al monje Guibert de Gembloux,* 1175

> Porque, ahora vemos mediante un espejo, borrosamente; entonces, cara a cara. Ahora conozco de modo parcial, entonces conoceré plenamente, con la perfección con que soy conocido.
>
> 1 Cor 13,12

La obra de la visionaria alemana Hildegarda de Bingen (1098-1179) ha sido objeto de un creciente interés de la crítica desde la publicación de su obra completa en el volumen 197 de la serie *Patrologia Latina,* publicada en París por J.-P. Migne en 1855.

Hildegarda, fundadora del monasterio de Rupertsberg en Bingen, a orillas del Rin, compuso tres grandes libros visionarios: el *Scivias,* el *Liber vite meritorum* y el *Liber divinorum operum.*

Escribió, además de numerosas obras breves, un ciclo de canciones al que denominó *Symphonia armonie celestium revelationum*, el drama litúrgico *Ordo virtutum*, una *Physica*, y mantuvo una abundante correspondencia con personajes tales como Federico Barbarroja y los papas, así como con San Bernardo y hombres y mujeres del ámbito seglar y monástico cuyas cartas se han conservado. Se le atribuye asimismo *Cause et cure*, un libro sobre las enfermedades y sus remedios, compendio del saber científico y cosmológico que encontramos, en distintas versiones, en el resto de su obra.

Al escribir sus visiones, Hildegarda puso de manifiesto un mundo riquísimo en imágenes que constituyen una verdadera teología de la historia y, asumiendo que la voz de Dios era su inspiradora, compuso también canciones, un glosario secreto o *lingua ignota* para uso de las religiosas de Rupertsberg y muchas cartas, especialmente de intención didáctica o admonitoria. El *Liber divinorum operum* (a partir de ahora *Libro de las obras divinas*) constituye la obra visionaria más madura de Hildegarda, y en ella reelabora y reescribe algunos de los temas presentes en el *Scivias* y en el *Liber vite meritorum*. En este estudio intentamos un acercamiento a su último gran libro, el *Libro de las obras divinas*, centrando la atención en algunos aspectos de su escritura y de sus imágenes visionarias.

El estatuto de las obras medievales que se presentan explícitamente como «escritura de revelación» (así como el de aquellas que se presentan como testimonio de un sueño) es sin duda un objeto de estudio importante en cuanto a los problemas de interpretación y lectura que ellas suscitan: «ahora vemos mediante un espejo, borrosamente» (1 Cor 13,12).

Autoría, recepción y tradición profética, por una parte, y las relaciones entre «imagen visionaria» y texto, «revelación» y conocimiento, son algunos de los asuntos problemáticos que surgen de inmediato en la consideración de obras tales como el *Libro de*

las obras divinas,[1] que Hildegarda de Bingen compuso en dos etapas, durante el período comprendido entre 1163 y 1170, en el que contó con la ayuda de su secretario Volmar (muerto en 1173) y hacia 1174,[2] cuando finalmente pudo completar la obra.

Esta obra (y el resto de sus escritos visionarios,[3] líricos[4] y aun epistolares[5]) ha sido asumida en el pasado con algún grado de dificultad por las distintas tradiciones disciplinarias que han intentado hacerse cargo de ella y, como lo planteó Christel Meier[6]

1. *Hildegardis Bingensis Liber divinorum operum*, DEROLEZ, ALBERT / PETER DRONKE [eds.], CC CM 92, Turnhout, Brepols 1996. Editio princeps: Card. G. D. MANSI en su *Miscellanea* de la obra de Etienne Baluze, 4 tomos, Lucca 1761.

2. Hildegarda recibió el apoyo de su sobrino Wezzelin, preboste en Colonia, y muy especialmente del abad Ludwig de St. Eucharius (Trier), quien más tarde encomendaría a Theoderich, *magister scholarum* del monasterio cisterciense de Echternach —geográficamente muy cercano a Bingen—, la composición de la más completa hagiografía de Hildegarda, la *Vita Hildegardis virginis* (MONIKA KLAES [ed.], CC CM 126, Turnhout, Brepols 1993).

3. *Liber Scivias* (compuesto entre 1141 y 1151: ADELGUNDIS FÜHRKÖTTER / ANGELA CARLEVARIS [eds.], CC CM 43 y 43 A, Turnhout, Brepols 1978) y *Liber vitae meritorum* (compuesto entre 1158 y 1163: A. CARLEVARIS [ed.], CC CM 90, Turnhout, Brepols 1995). Ambos textos, así como la mayor parte del *Libro de las obras divinas*, fueron compuestos con ayuda de su secretario Volmar.

4. *Saint Hildegard of Bingen. Symphonia. Critical edition of the Symphonia armonie celestium revelationum*, BARBARA NEWMAN [ed.], Ithaca-Londres, Cornell University Press 1988. Edición castellana: *Hildegard de Bingen. Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*, M. I. FLISFISCH *et al.* [eds.], Madrid, Trotta 2003.

5. *Hildegardis Bingensis Epistolarium I. Pars prima* I-XC; *II. Pars secunda* XCI-CCL R, LIEVEN VAN ACKER [ed.], CC CM 91 y 91 A, Turnholt, Brepols 1991-1993; *Epistolarium III*, CCLI-CCCXC, MONIKA KLAES [ed.], CC CM PB 91 B, Turnholt, Brepols 2001.

6. CHRISTEL MEIER, «Eriugena im Nonnenkloster? Überlegungen zum Verhältnis von Prophetentum und Werkggestalt in den *figmenta prophetica* Hildegards von Bingen», en *Frühmittelalterliche Studien* 19 (1985) 468, n. 11, (cit. por MICHAEL ZÖLLER, «Aufschein des Neuen im Alten. Das Buch Scivias der Hildegard von Bingen im geistes-geschichtlichen Kontext des zwölften Jahrhunderts- ein gattungsspezifischen Einordnung» en *Hildegard von Bingen in*

hace ya casi veinte años, ni la teología ni la literatura o la historia del arte (podríamos añadir nosotros: ni la filosofía o la historia medievales) han podido otorgar a la obra de Hildegarda un «lugar» preciso en su disciplina. Desde la filología y los estudios literarios afines ha sido casi siempre[7] interpretada desde la perspectiva que resulta a primera vista más fácilmente aprehensible, es decir, la de la creación alegórica,[8] entendida, muchas veces, en

---

ihren historischen Umfeld, ALFRED HAVERKAMP [ed.], Maguncia, Philipp von Zabern 2000, págs. 271-297).

7. Una excepción reciente la constituye la línea de trabajo iniciada por VICTORIA CIRLOT y sus estudios de la actividad visionaria, especialmente en la perspectiva del pensamiento de Henry Corbin. Un resumen de sus proposiciones se encuentra en «Hildegard von Bingen y Juan de Patmos: la experiencia visionaria en el siglo XII» en *Revista Chilena de Literatura* 63 (Noviembre 2003) 109-129. En un libro recientemente editado, Victoria Cirlot reflexiona en varios estudios sobre la experiencia visionaria de Occidente a través del ejemplo y la obra de Hildegarda, cf. VICTORIA CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Barcelona, Herder 2005. Por otra parte, y si bien no estudia directamente la obra de Hildegarda, es también importante en este sentido la perspectiva que ofrece la compilación de ensayos de ALOIS HAAS, *Visión en azul. Estudios de mística europea*, Madrid, Siruela 1999. Cf. esp. «Sueño y visión en la mística alemana», que propone un acercamiento específicamente teológico a los escritos y a la devoción de las monjas, como Margarethe Ebner, y las religiosas de los conventos de Adelhausen, Katharinental, Engelthal, Unterlinden y otros (págs. 13-31).

8. Para una exposición detallada de las variadas definiciones teóricas del alegorismo medieval en los autores de los siglos XII y XIII, ver el estudio clásico sobre la exégesis bíblica en la Edad Media: HENRI DE LUBAC, *Exegèse médiévale: les quatre sens de l'Écriture*, 4 vols., París, Aubier 1959-1964. Para de Lubac, los límites metodológicos entre teología y exégesis bíblica no están claros en los autores del siglo XII (pág. 111). Vale la pena recordar aquí los versos sobre los cuatro sentidos de la escritura, cuya autoría y datación discute también este autor: «Litera gesta docet, quid credas allegoria, morales quid agas, quo tendas anagogia», habitualmente atribuidos a Nicolas de Lyra (*ca.* 1330). Ver asimismo EDGAR DE BRUYNE, quien menciona el pensamiento cosmológico de Hildegarda de Bingen en su *Estética Medieval*, vol. II, (Madrid, Gredos 1959); ver en particular el capítulo VII, «La teoría del alegorismo», págs. 316-384 (esp. 327-371). Para de Bruyne, «la teoría del alegorismo ha sido

un sentido aplicable a las obras literarias más que en el «sentido alegórico» característico de la exégesis teológica de los textos bíblicos. Son sin duda ejemplares en este sentido los trabajos de Peter Dronke,[9] quien ha trabajado la obra de Hildegarda también desde un punto de vista filológico, junto con Albert Derolez, precisamente en la edición crítica del *Libro de las obras divinas*. Por otra parte, la preocupación por el «lugar» específico de la obra de Hildegarda en alguna de las disciplinas tradicionales es probablemente menos urgente ahora que hace dos décadas; una buena muestra de ello la constituyen los recientes estudios históricos sobre la obra de Hildegarda y su recepción,[10] así como el lugar que su figu-

---

elaborada ante todo por los teólogos. El "sensus allegoricus" es en la Edad Media una noción teológica antes que literaria» (pág. 318). Santo Tomás, sin embargo, afirma que cuando «los autores profanos usan alegorías, expresiones figuradas y fábulas [hay que entenderlas] en sentido moral. Mediante cuentos ficticios, extraídos de la vida de los animales, nos incitan a bien vivir; a través de los mitos nos presentan las formas naturales bajo formas plásticas». «Poeticae artis est veritatem rerum aliquibus similitudinibus fictis designare» (*Quodl.*, VII, 9, 6, a.16, cit. por DE BRUYNE, *op. cit.*, pág. 321).

9. En este contexto, es ilustrativa la discusión de DRONKE sobre las relaciones entre «simbolismo» y «alegoría» tal como JOHAN HUIZINGA las plantea en *El Otoño de la Edad Media*, inscritas como problema de tradición goethiana: el símbolo visto como «idea» y la alegoría como «concepto»: cf. PETER DRONKE: «Arbor Caritatis» en *Intellectuals and Poets in Medieval Europe*, Edizione di Storia e Letteratura, Roma 1992, págs. 103-141 (pág. 103); cf. también su discusión sobre la alegoría en los pensadores del siglo XII (en particular los de la Escuela de Chartres), en la ya mencionada compilación *Intellectuals and Poets*, «Bernardus silvestris, Natura, and Personification» (págs. 41-61), así como «Integumenta Virgilii» (págs. 63-78). Cf. también estudios anteriores sobre el alegorismo en su *Fabula*, Leiden-Colonia, J. Brill 1974 (págs. 120-122).

10. Un buen ejemplo lo constituye el volumen de estudios editado por el historiador ALFRED HAVERKAMP, quien editó las actas del congreso internacional que se realizó en Bingen en 1998: *Hildegard von Bingen in ihrem historischen Umfeld*, Maguncia, Philipp von Zabern 2000. En esta publicación encontramos, entre otras, las importantes colaboraciones de ANGELA CARLEVARIS, GILES CONSTABLE, CONSTANT J. MEWS, PETER DRONKE, BERNARD MCGINN, JEAN-CLAUDE SCHMITT, JOHN VAN ENGEN, ALBERT DEROLEZ, LAURENCE MOULINIER, HANS-JOACHIM SCHMIDT, MICHAEL EMBACH y MARC-AEILKO ARIS (dedicados,

ra ocupa en los trabajos de estudiosos de la historia de la devoción medieval.[11]

Nuestra propia lectura presupone, por cierto, la existencia, en la escritura de Hildegarda, de una actividad alegórica,[12] entendida en un sentido literario, pero pretende asimismo avanzar en la interpretación de dicha actividad asumiendo plenamente su especificidad exegética y su especificidad visionaria.[13] Para Peter Dinzelbacher, las visiones de Hildegarda «constituyen un conjunto errático» y ocupan por ello un lugar especial en la literatura visionaria. Esto se debería a que, en su concepción del género, la experiencia visionaria está necesariamente relacionada —en primer lugar— con el sueño o con el éxtasis, mientras que Hildegarda, por su parte, rechaza explícitamente en todos sus escritos que sus visiones estén relacionadas con alguno de estos estados. En su estudio, este autor diferencia dos «tipos» de relato, ninguno de los cuales corresponde a los textos visionarios de Hildegarda: por

---

estos tres últimos estudios, a la recepción de la obra de Hildegarda hasta el siglo XX).

11. VICTORIA CIRLOT, ALOIS HAAS, (ver *supra* n. 7), BERNARD MCGINN, «Hildegard of Bingen as Visionary and Exegete», en *Hildegard of Bingen in ihrem historischen Umfeld*, Maguncia, Philipp von Zabern 2000, págs. 320-350; CAROLINE WALKER BYNUM, *Jesus as Mother. Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, University of California Press, Berkeley-Los Ángeles-Londres 1982; BARBARA NEWMAN, *Sister of Wisdom. Hildegard of Bingen's Theology of the Feminine*, Berkeley-Los Ángeles, University of Carlifornia Press 1987. NEWMAN es también la editora de la ya mencionada versión bilingüe y los comentarios de la obra lírica de Hildegarda, *Symphonia. A critical edition of the Symphonia armonie celestium revelationis*; compiló asimismo una colección de ensayos sobre la obra de Hildegarda titulada *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and her World, Barbara Newman* [ed.], Berkeley-Los Ángeles, University of California Press 1998.

12. Para un estudio de la alegoría en *Scivias* y para una discusión genérica de esa obra en el contexto de la escritura teológico-espiritual, ver MICHAEL ZÖLLER, «Aufschein des Neuen im Alten» (cf. n. 6, esp. págs. 276-287).

13. En el artículo ya citado, MCGINN discute las relaciones entre exégesis, profecía y visión en la obra de Hildegarda (MCGINN, *op. cit.*, ver *supra* n. 11).

una parte, las descripciones visionarias del «Otro Mundo», propias sobre todo de la temprana Edad Media y, por otra, los encuentros con el Señor, especialmente marcados por la mística amorosa, cercana a la imaginería del Cantar de los Cantares, particularmente frecuentes en la Edad Media tardía.[14] Para el mismo Dinzelbacher, en cambio, la serie más o menos abierta de visiones individuales que encontramos en la obra de Hildegarda constituye más bien una «teología hecha imágenes», lo que la diferenciaría de los «tipos» literarios anteriormente mencionados. Por último, en su antología de textos visionarios,[15] afirma nuevamente que la grandiosa historia simbólica de la Salvación propuesta por Hildegarda fue única, no sólo por su contenido tan variado y bien construido, sino también por su inspiración, es decir, por su rechazo del sueño y del éxtasis como condición para su acceso a la visión.

En los tres libros visionarios de Hildegarda nos encontramos con una escritura que relata y representa —gracias a su estructura bipartita—[16] una *visión/audición*; esta última otorga a su vez un *sentido* a los libros de la Sagrada Escritura,[17] pero *sobre todo a*

14. Peter Dinzelbacher, *Vision und Visionsliteratur im Mittelalter*, Monographien zur Geschichte des Mittelalters 23, Stuttgart 1981 (cf. págs. 5, 18 y sigs., 106).

15. Peter Dinzelbacher, *Mittelalterliche Visionsliteratur. Eine Anthologie*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt 1989, pág. 27.

16. En los tres libros visionarios se repite la misma estructura: la presentación de la *visión* está seguida de una interpretación (en muchos casos una verdadera exégesis textual, casi frase por frase), que es atribuida a la *voz divina* escuchada por la visionaria.

17. *Scivias*, Führkötter / Carlevaris [eds.], *op. cit.* (ver *supra* n. 3), *Protestificatio*, pág. 3. Prólogo: «Sucedió en el año 1141 después de la encarnación de Jesucristo. A la edad de cuarenta y dos años y siete meses, vino del cielo abierto una luz ígnea que se derramó como una llama en todo mi cerebro, en todo mi corazón y en todo mi pecho. No ardía, sólo era caliente, del mismo modo que calienta el sol todo aquello sobre lo que pone sus rayos. Y de pronto comprendí el sentido de los libros, de los salterios, de los evangelios y de otros volúmenes católicos, tanto del antiguo como del nuevo testamento,

los textos visionarios de la propia autora.[18] Las «audiciones» pretenden hacer *comprensible* el sentido «intelectual», «místico», o «secreto» de las propias visiones y de otros textos[19] y, si bien Hildegarda se refiere a menudo en su obra a lo que ella denomina una *visio mystica,*[20] hay que entender esta expresión como una «visión

---

aun sin conocer las explicación de cada una de las palabras del texto, ni la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos». *Epistolarium*, LIEVEN VAN ACKER [ed.], *op. cit.* (ver *supra* n. 5), *Ep.* I,: «Conozco el sentido interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome lo profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto» (traducción de VICTORIA CIRLOT, *Hildegard von Bingen. Vida y Visiones*, Madrid, Siruela 1997, págs. 198 [*Scivias*] y 123-124 [*Episto la 1*]).

18. Cf. BERNARD MCGINN, «Hildegard von Bingen as Visionary and Exegete», en *Hildegard von Bingen in ihrem historischen Umfeld* (ver *supra*, n. 11, pág. 333).

19. En el *Scivias* encontramos la afirmación divina sobre la revelación [a través de Hildegarda] de los secretos escondidos en los libros: «[...] sed ego qui sum dico per eum nova secreta et multa mystica quae hactenus in voluminibus latuerunt» (*Scivias* III, 11, 18, págs. 387-389; FÜHRKÖTTER / CARLEVARIS [ver *supra* n. 3], pág. 586; cf. DE BRUYNE, *op. cit.* [ver *supra* n. 8]): «Lo que se entiende por alegorismo en la Edad Media se refiere, pues, según los teólogos, a la interpretación espiritual de lo *real visible* o histórico, considerado como la imagen o figura de un *mundo sobrenatural, lleno de misterios*» [pág. 321]).

20. MCGINN (*op. cit.* ver *supra* n. 11, págs. 326-337) describe sus formas de visión en relación con el pensamiento de San Agustín y establece una correspondencia entre estas «visiones místicas» y las «visiones espirituales» de San Agustín. Por otra parte, podría considerarse «visión intelectual» aquella visión extraordinaria que Hildegarda describe en un pasaje autobiográfico de la *Vita*, durante la cual su cuerpo se transformó y «su conocimiento fue transmutado» gracias a la inspiración que cayó como gotas de lluvia sobre su alma, tal como el Espíritu Santo inspiró a San Juan Evangelista cuando bebió la revelación del pecho de Jesús y se le revelaron los misterios escondidos y pudo decir: «En el principio era el Verbo» (*Vita* II, 16). El término *visio mystica* parece haber sido usado por primera vez por San Jerónimo y también se encuentra en Gregorio el Grande. Juan Scoto Eriugena y Rabanus Maurus lo utilizan restringidamente y el término es usado más amplia-

espiritual» en el sentido agustiniano, en la que se revelan los misterios, los sentidos secretos de las obras de Dios a través de las imágenes visionarias.[21]

Dada su influencia en el pensamiento medieval, es fundamental tener en cuenta para nuestra comprensión de la obra de Hildegarda el pensamiento de San Agustín sobre lo que es una visión y, por otra parte, las tres clases de visiones que él distingue: la corporal, la espiritual —ambas visiones de imágenes— y la intelectual, que consiste más bien en una contemplación de las verdades sin la concurrencia de imágenes. Como sabemos, a partir del texto de San Pablo en el que habla de un hombre que fue transportado al tercer cielo, arrebatado al paraíso, y que oyó palabras inefables que no es dado expresar al hombre (II Cor 12,2-4), San Agustín discute sobre los géneros de visiones en el libro XII de su *Del Génesis a la letra*:

> Cuando se lee este precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo,* nos salen al paso tres clases distintas de visiones. Una es la de los ojos con los cuales se contemplan las letras; otra la del espíritu del hombre por la que se piensa en el prójimo ausente; la tercera tiene lugar en la mente atenta con la que se contempla la misma dilección. [...] El hombre, el árbol, el sol o cualquier otro cuerpo celeste o terrestre, hallándose presentes se ven en su forma, y ausentes, se contemplan en la imagen impresa en el alma, en la que se encuentran archivadas estas imágenes [en la memoria]. Mas el amor, ¿acaso se ve de un modo cuando está presente en su propia forma y de otro cuando está ausente en alguna imagen semejante a él? Cier-

---

mente en el siglo XII: Hildegarda lo emplea doce veces, Ricardo de San Víctor en ocho oportunidades (cf. pág. 329, n. 20).

21. Un estudio sobre el fenómeno de las visiones y profecías (y en particular sobre las llamadas «revelaciones privadas») desde el punto de vista psicológico y el de la teología católica es el de KARL RAHNER SJ, *Visiones y Profecías,* trad. cast. de M. Altolaguirre, San Sebastián, Dinor 1956.

> tamente que no, puesto que se discierne por la mente, tanto cuanto ella puede [...] A la primera visión la llamamos corporal, porque se percibe por el cuerpo y se muestra en los sentidos corporales. A la segunda, espiritual, pues todo lo que no es cuerpo y, sin embargo, es algo, se llama rectamente espíritu y ciertamente no es cuerpo, aunque sea semejante al cuerpo la imagen del cuerpo ausente y la mirada con que se ve la imagen. La tercera clase de visión se llama intelectual, del origen de donde procede.[22]

Particularmente en el caso del *Libro de las obras divinas*, la obra visionaria más madura compuesta por Hildegarda, los textos nos quieren mostrar una imagen del mundo y del hombre, del cosmos y de la historia en sus múltiples sentidos y niveles de lectura[23] y en tanto son obras de Dios: el mundo y el hombre son para Hildegarda un texto que hay que descifrar y comprender, son también un *liber divinorum operum*.[24]

Recordemos aquí, en relación con esta idea del mundo como libro y como espejo, los versos atribuidos al poeta y teólogo Alain de Lille (siglo XII) sobre la «legibilidad» del mundo y sus creaturas, como en un espejo, así como sobre la mortalidad humana y lo pasajero del mundo:

22. San Agustín, *De Genesi ad litteram*, XII, 6, 15 y 16; *Obras de San Agustín*, tomo XV, Balbino Martín O.S.A. [ed.], Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1947, págs. 1195 y 1197.

23. Nos referimos aquí a las lecturas *literal, alegórica* o *espiritual* e *intelectual*, de acuerdo con las definiciones consagradas de la exégesis medieval y que tienen su punto de partida en la autoridad de San Agustín: se trata para él de tres modos de comprensión de las Escrituras: *corporale, spirituale, intellectuale* (ver *supra* n. 22).

24. Para el simbolismo del mundo como libro, cf. CURTIUS, E.R., European Literature and the Latin Middle Ages, Harper & Row, New York and Evanston 1953 (1948): cf. esp. el capítulo titulado «Poetry and Philosophy» (págs. 203-213). Existe una vasta literatura sobre esta relación simbólica en la literatura medieval.

Omnis mundi creatura
quasi liber et pictura
nobis est speculum.
Nostrae vitae, nostrae mortis,
nostri status, nostrae sortis
fidele signaculum.[25]

Es posible quizás alcanzar una mejor comprensión de la obra visionaria de Hildegarda a partir de la tradición teológica propiamente *monástica* y de la elaboración de los conceptos asociados con la «mentalidad simbólica» en los términos utilizados por Chenu[26] y por Rauh[27]respecto de las obras de autores del siglo XII que relacionaron naturaleza y creación, literatura y Biblia, sacramento, liturgia y comunidad eclesial, mediante los procedimientos básicos de la *analogía*, entendida aquí en el sentido amplio de las correspondencias simbólicas.[28] En este contexto, podemos asumir la per-

25. ALANUS DE INSULAE, *Opera*, PL 210, 579 AB: «Toda creatura del mundo, como libro y pintura es para nosotros un espejo, señal fiel de nuestra vida, de nuestra muerte, de nuestra condición, de nuestra suerte» (trad. María Isabel Flisfisch).

26. M.-D. CHENU, *La Théologie au douzième siècle*, París, Librairie Philosophique Vrin 1957, esp. págs. 159-209, en el capítulo VII, denominado «La mentalité symbolique». Lo que Chenu entiende por «mentalité» lo expresa así: «cette impregnation plus ou moins consciente des modes et tours de pensée, cette coloration des notions les plus communes, cet ensemble de postulats, rarement exprimés, par tous et partout consentis, difficiles à découvrir» (pág. 161).

27. HORST DIETER RAUH, *Das Bild des Antichrist im Mittelalter: von Tyconius zum desutschen Symbolismus*, Múnster, Aschendorff 1973, esp. págs. 9-18, 165-178.

28. Ver también en este contexto el estudio de ERICH AUERBACH, *Figura*, Madrid, Trotta 1998. Como recuerda también RAUH (ver *supra*, n. 27, págs. 13-14), la imagen de la historia para los simbolistas es *figural*: el rey David refiere a César Augusto y Carlomagno, y Ciro a Constantino; la Sinagoga prefigura a la Ecclesia y ésta, a su vez, es el símbolo real de la Nueva Jerusalén. En el ámbito del mal, Faraón y Diocleciano, Saúl y Herodes, Nerón y Enrique IV están en la serie de tiranos que preceden al Anticristo.

tinencia de la definición de «símbolo» propuesta por un coetáneo de Hildegarda, el maestro de teología Hugo de San Víctor, autor de un comentario de la *Jerarquía celeste* —una de las obras fundamentales del Pseudo-Dionisio (siglo V)—, quien aseguró su recepción en el siglo XII. Para Hugo, «símbolo es la conjunción, es decir, la correspondencia de las formas visibles con la manifestación de las proposiciones sobre las realidades invisibles».[29]

De este modo podemos comprender quizás más adecuadamente la contemplación de «los misterios celestes» y de la belleza del mundo en cuanto creación divina —recordamos en este punto el texto de Isaías que hemos citado como epígrafe y que Hildegarda comenta en el *Libro de las obras divinas*—,[30] si se considera esta contemplación como una actividad exegética que encontramos explicitada en la obra más madura de Hildegarda, es decir, en el *Libro de las obras divinas* y en otros textos epistolares compuestos por ella hacia finales de su vida, particularmente en su carta de 1175 al joven monje Guibert de Gembloux.[31]

La estructura y los temas del *Libro de las obras divinas*

En cuanto a su estructura, el *Libro de las obras divinas* consta de diez visiones distribuidas en tres partes. En la primera parte se desarrolla una serie de cuatro visiones cosmológicas[32] que incluyen las

29. *Expositio in Hier. Cael.* III, INIT. PL 175, 960, cit. por CHENU, *op. cit.* (ver *supra* n. 26), págs. 162 y 167.

30. *Liber divinorum operum*, I, 2, 45. DEROLEZ / DRONKE [eds.], *op. cit.* (ver *supra* n. 1), pág. 110.

31. *Ep.* CIII, *Hildegardis Bingensis Epistolarium*, LIEVEN VAN ACKER [ed.], CCCM 91 y 91 A, Turnhout, Brepols 1991-1993, págs. 258-265.

32. MONIKA KLAES realiza un estudio detallado de los temas cosmológicos desarrollados en el *Scivias* y en el *Libro de las obras divinas* en su «Zu Schau und Deutung des Kosmos bei Hildegard von Bingen», en ADELGUNDIS FÜHRKÖTTER [ed.], *Kosmos und Mensch aus der Sicht Hildegards von Bingen*, Magun-

relaciones entre el macrocosmos y el hombre como microcosmos[33] y que culminan con el comentario al prólogo del Evangelio según San Juan: «Al principio ya existía la Palabra...» (Jn 1,1). La segunda parte comprende una sola gran visión, en la que se describen la tierra y los méritos de la vida; una suerte de geografía de los lugares de bienaventuranza, de las almas en el purgatorio y del lugar de la condenación eterna. En la segunda parte de esta visión se elabora el tema de los «siete días de la creación»[34] y se nos presenta asimismo, a continuación, un conjunto de visiones sobre los diversos ámbitos de la creación divina. Por último, en la tercera parte del *Libro de las obras divinas* —constituida por cinco visiones—, se desarrollan los temas de la ciudad de Dios, la acción de *Sapientia* y *Caritas* en la historia, y las edades del mundo antes de la venida del Anticristo y el fin de los tiempos.[35]

---

cia, Verlag der Gesellschaft für Mittelrheinische Kirchengeschichte 1987, págs. 37-124 (pág. 79). Un estudio anterior en el que se compara la cosmología de Hildegarda con la de Honorius Augustodunensis y otros autores es el de BARBARA MAURMANN, *Die Himmelsrichtungen im Weltbild des Mittelalters. Hildegard von Bingen, Honorius Augustodunenis und andere Autoren*, Múnich, Wilhelm Fink 1976. Una comparación importante entre los temas cosmológicos del *Libro de las obras divinas* y la obra científica de Hildegarda debería hacerse en el marco de una investigación sobre la debatida autenticidad del Ms *Cause et cure* atribuido a Hildegarda: cf. la introducción a la reciente edición crítica realizada por LAURENCE MOULINIER, *Beate Hildegardis Cause et cure*, Berlín, Akademie 2003, págs. XI-CXVII.

33. Hay que anotar, sin embargo, que Hildegarda no utiliza estas expresiones «consagradas» en su obra, sino las de «mundo» y «hombre».

34. Para un estudio comparativo de este tema, ver JOHANNES ZAHLTEN, *Creatio mundi. Darstellungen der sechs Schöpfungfestage und naturwissenschaftliches Weltbild im Mittelalter*, Klett-Cotta 1979 (Stuttgarter Beiträge zur Geschichte und Politik, vol. 13). Este importante tema se entronca, por cierto, en la enseñanza bíblica judía, con la exégesis patrística (en particular con las enseñanzas de San Augustín) y se puede comparar la enseñanza de Hildegarda con la de otros importantes escritores del siglo XII: Honorius Augustodunensis (primera mitad del siglo XII), Hugo de San Víctor (m. 1141), Petrus Lombardus (1095-1160), Rupert de Deutz (1070-1129) y Pedro Abelardo (1079-1142).

35. Un estudio clásico del pensamiento escatológico de Hildegarda en el

La descripción de los principales temas de esta obra visionaria nos ayuda a situarla en el contexto de las preocupaciones centrales de los filósofos y teólogos del siglo XII, si bien sabemos que las relaciones precisas de la obra de Hildegarda con la de sus contemporáneos son objeto de un debate probablemente sin solución.[36] De acuerdo con los planteamientos de M.-A. Chenu[37] y de Tullio Gregory[38] en sus estudios sobre el platonismo medieval, y asimismo según la obra de Rauh sobre los simbolistas alemanes de la Edad Media,[39] se produjo en los autores del siglo XII un acercamiento a la naturaleza y a la historia desde perspectivas creativas que intentaron conciliar las lecturas del *Timeo* de Platón, así como las lecturas de Boecio y del Pseudo-Dionisio, conocido este último a través de Scoto Eriugena, con la exégesis bíblica; este acercamiento produjo una importante diversidad de obras cosmológicas y teológicas de gran complejidad y riqueza.

En este ámbito debemos considerar el *Libro de las obras divinas* de Hildegarda, puesto que en él encontramos el tratado cosmológico, la exégesis bíblica, la topografía de la salvación y la condenación, las edades del mundo y la discusión sobre la creación del mundo y el final de los tiempos, además de la intervención en la Historia de dos grandes manifestaciones divinas, *Sapientia* y *Caritas*, fuerzas amorosas que han creado y sostienen el mundo.

---

que se la considera como la última de los «simbolistas alemanes» es la ya mencionada obra de HORST DIETER RAUH, *Das Bild des Antichrist im Mittelater: von Tyconius um deutschen Symbolismus*, Múnster, Aschendorff 1973, esp. el capítulo VII, «Hildegard von Bingen», págs. 474-527.

36. M. ZÖLLER, *op. cit.* (ver *supra* n. 12), pág. 271.

37. M.-D. CHENU, *La théologie au douzième siècle* (cf. *supra*, n. 26), esp. el capítulo V, «Les platonismes du XIIe siècle», págs. 108-141.

38. Cf. su capítulo «The platonic inheritance», en PETER DRONKE [ed.], *A History of Twelfth-Century Western Philosophy*, Cambridge, Cambridge University Press 1988, págs. 54-78.

39. Cf. RAUH, *op. cit.* (ver *supra* n. 35), págs. 9-18.

En la obra de Hildegarda, la «contemplación» y la «revelación de los misterios» se hace *escritura* en los ciclos de relatos de una *visión/audición* (experiencia de *ver* y de *escuchar* fundamental en la preceptiva medieval de la comprensión de la realidad)[40] y se hace *imagen visionaria* gracias también a la presencia —importantísima en algunos de los manuscritos del *Scivias* y del *Libro de las obras divinas* — de las representaciones iconográficas de las visiones, con las cuales las palabras establecen un diálogo.[41] Palabra e imagen[42] (palabra que se refiere a una imagen visionaria e imagen pictórica

40. Para una completa revisión del *ver* y el *escuchar* en la Edad Media alemana y para un estudio de la comprensión de la realidad en los ámbitos de la religión, el derecho, la literatura y la vida cotidiana, así como para una poética de la visualidad, ver el importante estudio de HORST WENZEL, *Hören und Sehen. Schrift und Bild. Kultur und Gedächtnis im Mittelalter*, Múnich, C. H. Beck 1995; cf. también el conjunto de estudios editados por KATHRYN STARKEY y HORST WENZEL, *Visual Culture and the German Middle Ages*, The New Middle Ages Series, Nueva York-Houndmills (Basingstoke), Palgrave MacMillan 2005. Para nuestro tema, ver NIKLAUS LARGIER, «Scripture, Vision, Performance: Visionary Texts and Medieval Religious Drama», págs. 207-219.

41. Recordemos en este contexto una afirmación de W. J. T. MITCHELL: «The dialectic of word and image seem to be a constant in the fabric of signs that a culture weaves around itself. What varies is the precise nature of the weave, the relation of warp to woof. The history of culture is in part the story of a protractedstruggle for dominance between pictorial and linguistic signs» (*Iconology: Image, Text, Ideology*, Chicago, University of Chicago Press 1986, pág. 43). Para un estudio de las imágenes en el *Scivias*, cf. LIESELOTTE E. SAURMA-JELTSCH, «Die Rupertsberger Scivias-Handschrift: Überlegungen zu ihrer Entstehung», en *Hildegard von Bingen: Prophetin durch die Zeiten*, E. FÖRSTER [ed.], Friburgo-Basilea-Viena, Herder 1998, págs. 340-358 y, sobre todo, *Die Miniaturen im «Liber Scivias» der Hildegard von Bingen: Die Wucht der Vision und die Ordnung der Bilder*, Wiesbaden 1998; CHRISTEL MEIER, «Calcare caput draconis. Prophetische Bildkonfigurationen in Visiontext und Illustrationen: zur Vision "Scivias" II, 7», en *Hildegard von Bingen: Prophetin durch die Zeiten*, págs. 359-405; un estudio interpretativo de las imagenes del *Libro de las obras divinas*, en esta misma compilación, es el de INGRID RIEDEL, «Hildegards Sophia-Vision. Zu einer Miniatur aus dem Lucca-Kodex», págs. 406-418.

42. Para la relación palabra/imagen y especialmente para una consideración de la *ekphrasis* o representación verbal de representaciones visuales, cf. el su

que a veces contradice a las palabras escritas o las lleva más allá de su aparente sentido inicial)[43] colaboran, cada una desde su campo específico, en esta escritura de Hildegarda que constituye el registro y elaboración de una experiencia de *ascenso espiritual*; esta experiencia implica la visión y la audición con los sentidos interiores y, por voluntad divina, deberá ser escrita y reescrita a lo largo de la vida de su autora. El mandato de la escritura —como en los textos proféticos del Antiguo Testamento— hace de la experiencia interior un «envío», un mensaje que debe ser entregado a otros.

El mandato de la escritura en el Libro de las obras divinas

En su prólogo a este tercer corpus de textos visionarios que nos ha llegado en seis manuscritos completos y un fragmento,[44] Hildegarda afirma que, en un momento especialmente crítico de la vida de la Iglesia y del Imperio, «en el año 1163 de la Encarnación del Señor, cuando la presión de la sede apostólica bajo Federico, emperador de la autoridad romana, todavía no se aquietaba, una voz del cielo» se dirigió a ella diciendo:

> Oh, pequeñita forma, que eres hija de muchísimas fatigas y atormentada por graves enfermedades del cuerpo, pero sin

---

gerente libro de W. J. T. MITCHELL, *Picture Theory. Essays on verbal and visual representation*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press 1994. En particular, ver los capítulos «Visible Language: Blake's Art of Writing», págs. 111-150 y «Ekphrasis and the Other», págs. 151-181.

43. Cf. HORST WENZEL, *op. cit.* (ver *supra* n. 40), esp. el capítulo VI. 2, «Zu Kongruenz und Konkurrenz von Schrift und Bild», págs. 296-301.

44. Mansucritos: G= Gante, UB, Ms 241 (1170/1174, Rupertsberg); R= Wies-baden, HLB, Hs 2 [Riesencodex]; 1170/1179, Rupertsberg; TRO= Troyes, Bibliothèque Municipale, Cod. 683 (1170/1179 Rupertsberg); L= Lucca, Biblioteca Statale, Ms 1942 (1ª mitad siglo XIII, Renania); TR= Trier, Stadtbibliothek, Ms 722/277 4° (1489, ¿Rupertsberg?; ¿Cartuja Beatusberg?); LO= Londres, British Library, Cod. Add. 15418 (finales del siglo XV, ¿Inglaterra?) Fragmento: F= Frankfurt, Stadt- und Universitätsbibliothek, Fragm. Lat. I 95 (siglo XIII, origen desconocido).

> embargo inundada por la profundidad de los misterios de Dios, encomienda *estas cosas que ves con los ojos interiores y que percibes con los oídos interiores del alma,* a la escritura firme para utilidad de los hombres; para que los hombres comprendan a su creador a través de ella y no eviten venerarlo con digno honor. Por consiguiente, escribe estas cosas, no según tu corazón sino según mi testimonio, [Yo] que soy la vida sin comienzo ni fin, y no [las escribas] inventadas por ti ni premeditadas por otro ser humano, sino predestinadas por mí antes del principio del mundo; puesto que así como conocí al hombre antes de ser creado, así también preví aquellas cosas que le son necesarias.[45]

Un poco más adelante, en el mismo prólogo, se afirma asimismo el carácter testimonial de la actividad visionaria, que requiere además una vigilancia «en cuerpo y alma»:

> [...] miré a lo alto hacia la luz verdadera y viviente [para saber] qué debía escribir; puesto que todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones o todo lo que de allí en adelante supe, lo vi en los misterios celestes, vigilante en cuerpo y alma, *con los ojos interiores de mi espíritu y lo oí con los oídos interiores y no en sueños ni en éxtasis,* así como [lo] mencioné en mis primeras visiones; y no todo lo que revelé gracias a los sentidos humanos, lo revelé con la verdad como testigo, sino que percibí aquellas cosas que están en los misterios celestes.[46]

En su ya mencionada carta al joven monje Guibert de Gembloux, escrita poco tiempo después de completar la escritura del *Libro de las obras divinas,* Hildegarda escribe que su espíritu asciende por la gracia divina y que su «visión interior» (siguiendo la definición agustiniana de la visión *espiritual*)[47] la lleva a contemplar costumbres y tierras lejanas:

45. Ver más adelante en el prólogo págs. 127-128 (el destacado es mío).
46. Ver pág. 128 de esta edición.
47. San Augustín, *De Genesi ad litteram,* XII, 6, 15 y 16; *Obras de San Agustín,* tomo XV, Balbino Martín O.S.A. [ed.], Madrid, BAC 1947, pág. 1.197.

> En la visión mi espíritu asciende, tal como Dios quiere, hasta la altura del firmamento y hasta el cambio de los diversos aires, y se esparce entre pueblos diversos, en lejanas regiones y en lugares que son para mí remotos. Y como veo estas cosas de este modo, las contemplo según el cambio de las nubes y de otras creaturas. No oigo estas cosas ni con los oídos corporales ni con los pensamientos de mi corazón, ni percibo nada por el encuentro de mis cinco sentidos, sino en mi alma, con los ojos exteriores abiertos, de tal manera que nunca he sufrido la ausencia del éxtasis.
> [...] Lo que he visto o aprendido en esta visión, lo guardo en la memoria por mucho tiempo, pues recuerdo lo que alguna vez he visto u oído. Y simultáneamente veo y oigo y sé, y casi en el mismo momento aprendo lo que sé. Lo que escribo es lo que veo y oigo en la visión, y no pongo otras palabras más que las que oigo. Lo digo con las palabras latinas sin pulir como las oigo en la visión, pues en la visión no me enseñan a escribir como escriben los filósofos. Y las palabras que veo y oigo en esta visión no son como las palabras que suenan en la boca del hombre, sino como llama centelleante y como nube movida por el aire puro. (Carta a Guibert de Gembloux, 1175)[48]

Autoría y tradición profética, conocimiento y revelación

Los textos de los profetas del Antiguo Testamento, de San Juan en su evangelio y en el Libro del Apocalipsis atribuido tradicionalmente al mismo evangelista, son todos ellos referentes inmediatos y explícitos de la obra de Hildegarda, y su lectura nos permite constatar cómo una experiencia visionaria, determinada en cada caso por múltiples factores históricos y culturales, se constituye en una

48. *Ep.* CIII, Lieven van Acker, *op. cit.* (ver *supra* n. 4), págs. 258-265. Trad. V. Cirlot, *Vida y Visiones*, pág. 166.

creación «imaginal» y verbal «canonizada» en el marco de una determinada tradición cristiana de «revelación».[49] Por otra parte, la evolución de los contenidos y modalidades de esa experiencia visionaria, tal como podemos recogerla en la escritura de una misma autora a lo largo de cuatro décadas, nos permite percibir los cambios, los descubrimientos y las innovaciones que se producen en esa escritura particular al mismo tiempo que en la tradición de escritura visionaria en un sentido más amplio.[50]

De este modo, podemos asumir los problemas de autoría y tradición profética, revelación y conocimiento en una doble perspectiva al estudiar la obra de Hildegarda de Bingen: la de la creación poética y simbólica característica de las cosmologías y de ciertos textos medievales como los Bestiarios, así como de algunas de las obras literarias más relevantes del siglo XII y, por otra parte, la de los procedimientos exegéticos que se manifiestan en el «registro escrito» de una voz divina que opera como elemento fundamental de una experiencia visionaria personal (*vidi/audivi*). Como es previsible en la lectura de los textos, nos damos cuenta de que esta «exégesis visionaria» (o «Lehrvision», «visión de enseñanza», en los términos de Hans Liebeschütz)[51] niega necesariamente, o al menos pone en cuestión, la autoría personal y el conocimiento humano individual para privilegiar la inspiración y la revelación divinas, pero necesita al mismo tiempo la escritura y la analogía como procedimiento exegético fundamental para poder comunicarse.

49. Para un resumen de la tradición y la especificidad de los géneros literarios ligados a los testimonios de revelaciones y visiones desde la Antigüedad en Grecia y en Roma y más tarde en la Edad Media occidental, cf. PETER DINZELBACHER, *Revelationes*, fasc. 57, Typologie des sources du Moyen Âge Occidental (Institut d'Études Médiévales), Louvain-la-Neuve, Turnhout, Brepols 1991.

50. MCGINN, *op. cit.*, (ver *supra* n. 11), págs. 338-349.

51. HANS LIEBESCHÜTZ, *Das allegorsiche Weltbild der Heiligen Hildegard von Bingen*, Leipzig 1930, reimpr. Darmstadt 1964, con un epílogo del autor. Cf. especialmente págs. 159-166.

Por ello, al trabajar en el *Libro de las obras divinas* y en la obra visionaria de Hildegarda en general resulta particularmente difícil lograr una «lectura unívoca» de una escritura monacal y femenina como la de esta autora, quien buscó y obtuvo una autorización eclesiástica y papal a finales de la década de 1140 y escribió desde entonces una obra en la que se presenta a sí misma como portavoz (femenina) de la Luz Viviente.

La reiterada postulación de su ignorancia por parte de Hildegarda contrasta, por cierto, con su capacidad exegética en relación con los textos bíblicos, con la amplitud de sus conocimientos médicos y botánicos, y con la variedad de fuentes no citadas explícitamente por ella en el resto de sus escritos. En este sentido, el rastreo que Angela Carlevaris realiza en su edición crítica del *Liber vite meritorum*[52] y el que Peter Dronke propone en su aporte a la correspondiente edición crítica del *Libro de las obras divinas*[53] son ejemplares por la variedad de autoridades que posiblemente constituyeron fuentes directas o indirectas de la escritura de Hildegarda. Al conocimiento de los libros bíblicos y de la patrística, hay que añadir la elaboración que ella realizó de una vasta literatura enciclopédica que a veces recupera información preveniente de Plinio y que Hildegarda pudo conocer a través de Isidoro de Sevilla, tanto en su *Etymologie* como en su *De natura rerum*, aunque no necesariamente en las fuentes, sino en compendios posteriores.

La ya mencionada afirmación de ignorancia corresponde, por lo tanto, más probablemente a una carencia de estudios formales (del *trivium* y el *quadrivium*) y, sin duda, a la importancia otorgada, por ella misma y por su entorno más cercano, a la inspiración divina; la presencia privilegiada de la Voz divina se enfrentará,

52. HILDEGARDIS BINGENSIS, *Liber vitae meritorum*. ANGELA CARLEVARIS O.S.B. [ed.], CC CM 90, Turnholt, Brepols 1995, «Similia – auctores alii», págs. 303-410.

53. DEROLEZ / DRONKE [eds.], *Liber divinorum operum*, (ver *supra* n. 1), introducción, págs. XIII-XXXV («Hildegard's originality and use of sources»).

pues, con la voz de la «pobre mujer indocta» que ve y escribe por mandato las revelaciones celestiales.

En su trabajo pionero sobre este aspecto de la auto-representación de Hildegarda en todos sus escritos, Hans Liebeschütz, por una parte, situó su obra en la cultura latina del siglo XII y, por otra, intentó comprender la auto-representación de Hildegarda como una «pobre e iletrada mujer» en el contexto del medio monástico y, en particular, en el de las lecturas recomendadas por la Regla de San Benito. En esta tradición, el conocimiento espiritual provenía más de la gracia y de la conversión que del estudio originado en las Escuelas, y no parece que este elemento estuviera en relación con el hecho de que Hildegarda (*femina indocta*) fuera una mujer: en esta tradición monástica, hombres y mujeres se consideran igualmente ignorantes frente a la sabiduría divina.

La obra de Hildegarda corresponde, sin duda y como ya hemos adelantado, al campo de la escritura de Revelación visionaria y *profética*, entendida esta última en el sentido medieval de capacidad de «interpretación inspirada» sobre el sentido de los *tiempos* y de la historia, así como de los *textos sagrados*.[54] Como diversos autores han enfatizado,[55] Hildegarda se definió a sí misma principalmente

54. RABANUS MAURUS, *In Epistolam I ad Corintios* (PL 112, col. 116A): «Prophetas duplici genere intelligendus, et futura dicentes, et Scripturas revelantes...» (cit. por MCGINN, *op. cit.*, ver *supra* n. 11, pág. 338, n. 52).

55. PETER DRONKE, «Sibylle-Hildegardis. Hildegard und die Rolle der Sibylle», en *Hildegard von Bingen, Prophetin durch die Zeiten*, E. FORSTER [ed.] Friburgo-Basilea-Viena, Herder 1997, págs. 109-125; BARBARA NEWMAN, «Seherin-Prophetin-Mystikerin. Hildegard-Bilder in der hagiographischen Tradition», en *ib.*, págs. 126-152; RICHARD K. EMMERSON, «The Apocalypse in Medieval Culture», en *The Apoclaypse in the Middle Ages*, R. K. EMMERSON / B. MCGINN [eds.], Ithaca-Londres, Cornell University Press 1992, págs. 293-332; BERNARD MCGINN, «Hildegard of Bingen as Visionary and Exegete» (ver *supra*, n. 11); KATHRYN KERBY-FULTON, «Prophet and Reformer», en *Voice of the Living Light, Hildegard of Bingen and her World*, BARBARA NEWMAN [ed.], Berkeley-Los Ángeles-Londres, University of California Press 1998, págs. 70-90 y VICTORIA CIRLOT, «Hildegard de Bingen»,

por este rol profético. Es en su aceptación del don visionario y en la proclamación de las revelaciones vistas con los «ojos interiores» que nuestra autora encuentra su identidad buscada en la comparación con figuras bíblicas tales como Moisés y los profetas y, particularmente, Juan Evangelista. La identificación de Hildegarda con el Evangelista se produce en la contemplación de la luz divina, como leemos en un texto autobiográfico de la *Vita* (II, 16), y su cercanía a Juan se manifiesta asimismo en su comentario al prólogo del Evangelio, así como en su reescritura del Apocalipsis, tanto en el *Scivias* como en el *Libro de las obras divinas*.

Por otra parte, la *imagen visionaria* (palabra/imagen) presente en sus escritos se propone de hecho a la imaginación y a la contemplación de los lectores. Como John de Salisbury (*ca.* 1115-1180) observaba, es la *imaginación* —y no el texto— la que abre la comprensión del lector a las cosas invisibles (*Metalogicon* I. 24).[56] Como se sabe, la ilustración y la pintura eran un medio relativamente habitual de elucidación de su material doctrinal para muchos autores medievales.[57] Estimulada por la imaginería, el alma del lector se vuelve a las imágenes almacenadas en la memoria[58] y en el proceso de selección de las imágenes desea-

---

en VICTORIA CIRLOT y BLANCA GARÍ, *La Mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Barcelona, Martínez Roca 1999, págs. 49-75.

56. *The Metalogicon of John of Salisbury*, trad. Daniel McGarry, Westport (CT), Greenwood Press 1982, pág. 66, cit. por SUZANNE LEWIS, *Reading Images. Narrative Discourse and reception in the Thirteenth-Century Illuminated Apocalypse*, Cambridge, Cambridge University Press 1995, pág. 6.

57. Cf. MARY CARRUTHERS, *The Book of Memory*, Cambridge, Cambridge University Press 1990; cf. especialmente págs. 221-257.

58. Cf. el texto «canónico» de San Augustín sobre las imágenes guardadas en la memoria: «Mas heme ante los campos y anchos senos de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes de toda clase acarreadas por los sentidos. [...] Cuando estoy allí pido que se me presente lo que quiero, y algunas cosas preséntanse al momento; pero otras hay que buscarlas

das surge la imaginación. Así, como lo propone Karl Morrison, podemos suponer que el acto *decisivo* de la lectura en el siglo XII era lo que ahora denominaríamos *visualización*, y los lectores eran, por ello, *espectadores*.[59] Un ejemplo adecuado para la comprensión de la importancia de la imagen y la imaginación para los autores (y lectores) medievales es la experiencia que nos propone el texto del libro del Apocalipsis sobre la lucha de los ángeles en el cielo (Ap 12). El abad Rupert de Deutz[60] (*ca.* 1070-1129), coetáneo de Hildegarda, como lo fuera John de Salisbury, se asombra del poder de la imaginación al transformar las palabras en un sorprendente espectáculo de imágenes que aparecieron ante *los ojos del alma* de San Juan. Al leer nosotros las palabras del Apocalipsis, podemos recobrar la culminación del asombro y el temor de Juan gracias a la imaginación que surge de la meditación interior.[61]

---

con más tiempo y como sacarlas de unos receptáculos abstrusos; otras, en cambio, irrumpen en tropel, y cuando uno desea y busca otra cosa se ponen en medio como diciendo: "¿No seremos nosotras?" [...] Todo esto lo hago yo interiormente en el aula inmensa de mi memoria». *Confesiones*, X, 8, 12-13. *Obras de San Augustín*, tomo II, A. C. Vega O.S.A. [ed.], Madrid, BAC 1955, págs. 481 y 482.

59. KARL MORRISON, *History as a visual Art in the Twelfth-Century Renaissance*, Princeton, Princeton University Press 1990, págs. 240-241, cit. por S. LEWIS, *op. cit.* (ver *supra* n. 56), pág. 6. En este mismo sentido, Anselmo de Havelberg, *Dialogus* 2.19 (PL 188, 1193) escribe que los lectores deberían contemplar los acontecimientos narrados en el texto «como sobre un escenario» (cit. por S. LEWIS, *op. cit.*, ver *supra* n. 56, pág. 3).

60. RUPERT DE DEUTZ, *Commentarium in Apocalypsim* VII.12 (PL 169: 1050), cit. por S. LEWIS, *op. cit.* (ver *supra*, n. 56), pág. 6.

61. Para una consideración de este tema en las canciones de la *Symphonia*, cf. MARGOT FASSLER, «Composer and Dramatist», en BARBARA NEWMAN [ed.], *Voice of the Living Light. Hildegard of Bingen and her World*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press 1998, págs. 149-175; para la relación entre canto, imágenes y contemplación, cf. MARÍA EUGENIA GÓNGORA, «*Feminea Forma* and *Virga*: Two images of Incarnation in Hildegard of Bingen's *Symphonia*», en THÉRÈSE DE HEMPTINNE / MARÍA EUGENIA GÓNGORA [eds.], *The Voice of Silence. Women's Literacy in a Men's Church*, Turnhout, Brepols 2004, págs. 23-36.

Creo que es legítimo considerar entonces la imaginación como una actividad surgida de las asociaciones de las imágenes almacenadas en la memoria, según las concepciones propias de la época de Hildegarda. De este modo podemos comprender quizás mejor la validez y la importancia de la «colaboración» entre la palabra y la imagen (aun en su inevitable tensión) en tantas obras medievales y, en particular, en los escritos visionarios de esta autora. Un estudio ejemplar de las relaciones de las miniaturas con el texto visionario —en su doble dimensión de visión/audición— lo constituye sin duda el estudio de las imágenes del *Scivias* realizado por Lieselotte Saurma-Jeltsch.[62] En este mismo sentido, podemos recordar los planteamientos de Suzanne Lewis desarrollados en un artículo sobre un manuscrito inglés del Apocalipsis que fue copiado, con importantes ilustraciones, en el siglo XIII:

> Las pinturas transforman las palabras [llevándolas] a otro ámbito de la realidad, conduciendo al lector desde la abstracción de los signos escritos [las palabras] hacia otro nivel de aprehensión en el cual la percepción óptica no sólo verifica la autenticidad de la experiencia sino que también determina la dirección [el sentido] de la comprensión del lector. La imagen del texto mediatiza la transición del lector desde la percepción de la página escrita e ilustrada hacia el ámbito del pensamiento y de las ideas, de la memoria y de sus asociaciones.[63]

62. LIESELOTTE E. SAURMA-JELTSCH, *Die Miniaturen im «Liber Scivias» der Hildegard von Bingen*, (ver *supra* n. 41), esp. págs. 6-23, sobre el estilo, el ordenamiento y la función de las imágenes en ese libro.

63. SUZANNE LEWIS, «The English Gothic Illuminated Apocalypse, *lectio divina*, and the Art of Memory», en *Word & Image* 7 (1991) 1-32 (3), cit. por HORST WENZEL, *op. cit.* (ver *supra* n. 40), pág. 299 (la traducción es mía). En su introducción a *Reading Images* (ver *supra*, n. 56), y en el apartado sobre hermenéutica y espiritualidad, S. LEWIS repite estos conceptos en relación con las teorías de Robert Grosseteste (pág. 10).

Interpretaciones

Cuando intentamos lograr una comprensión precisa y consistente del sentido de las visiones del *Libro de las obras divinas* nos encontramos con una serie de dificultades que tienen que ver con la constitución del texto, el proceso creativo de su escritura y su recepción medieval como obra visionaria y profética, tema al que hemos ya aludido en esta introducción. En su importante libro sobre las visiones y la literatura visionaria de la Edad Media,[64] Peter Dinzelbacher afirma, como ya hemos mencionado, que las revelaciones de Hildegarda constituyen en casi todos sus aspectos un «bloque errático» en el paisaje de la Edad Media, y que se distinguen por una complejidad —no alcanzada en otros textos similares— en cuanto a sus significados simbólicos. Una de las cuestiones pendientes, en la perspectiva de este autor, es cuál fue la influencia de sus propios conocimientos en las visiones no-extáticas de Hildegarda y cuál fue la posible influencia de su secretario Volmar en la escritura de las «paráfrasis teológicas» que constituyen la segunda parte de las visiones, su *audición* de la voz divina que ejerce en cada caso una exégesis del texto propiamente visionario.

Uno de los autores que parecen haberse acercado más efectivamente al problema del sentido global de las visiones de Hildegarda y a sus posibles orígenes, es Hans Liebeschütz.[65] Hans Liebeschütz entró en contacto con la obra de Hildegarda en 1924, cuando culminaba una investigación sobre la influencia del *Timeo* en la escolástica temprana de la Escuela de Chartres. La importancia del pensamiento de su maestro de los años veinte, Richard Reitzenstein, fue decisiva. Reitzenstein estaba convencido de la indudable influencia de la cosmología «oriental» (Oriente debe

64. PETER DINZELBACHER, *Vision und Visionsliteratur im Mittelalter, op. cit.*, pág. 173.
65. HANS LIEBESCHÜTZ, *Das allegorische Weltbild der heiligen Hildegard von Bingen* (ver *supra* n. 51).

ser entendido aquí como Medio Oriente e Irán) en el pensamiento cosmológico de Hildegarda y en el pensamiento medieval en términos más generales; si bien es posible considerar ahora que esa importancia fue sobreestimada por él y sus discípulos, esta hipótesis fue uno de los principales estímulos para el trabajo de su discípulo; poco más de treinta años después de su primera publicación en 1930, Liebeschütz confirmó lo esencial de sus presupuestos en el epílogo a la segunda edición de su obra, publicada en Darmstadt en 1964. Su investigación sobre la obra de Hildegarda intenta mostrar —según sus palabras— la asimilación de los mitologemas de la Antigüedad a través de la forma medieval de pensamiento que llamamos alegoría (Prolegómenos, pág. VII). Estas consideraciones no anulan para Liebeschütz el hecho de que un grupo de teorías que habrían conservado claramente su impronta iraní se haya integrado en las enseñanzas cosmológicas de origen helenístico-romano, habituales en la tradición de los manuales más tardíos, y que se insertaron en forma dispersa; así, por ejemplo, menciona el periódico movimiento ascendente del sol hacia una zona de fuego, el mar subterráneo que alimenta las corrientes del mundo, la dualidad de las estaciones del año y el movimiento de los vientos a través de los planetas, fenómenos (presentes en la cosmología irania) que se encuentran en Hildegarda como una imagen del mundo en cuyo centro se encuentra el hombre cósmico.

Si bien podemos poner en duda aquel origen *oriental* de la cosmología de Hildegarda y pensar más bien en su cercanía con autores pertenecientes a una tradición enciclopédica *occidental*, es sin duda el capítulo segundo, dedicado a las relaciones entre macrocosmos y microcosmos (págs. 59-118) el que mejor ilustra la riqueza de las fuentes manejadas por Liebeschütz y la variedad y originalidad del pensamiento de Hildegarda con respecto al cosmos y al lugar central que la humanidad ocupa en su concepción de la creación divina, entendida como la obra del Verbo, la segunda persona de la Trinidad.

En su descripción, Liebeschütz se refiere en particular al *Libro de las obras divinas* y menciona las posibles fuentes del pensamiento hildegardiano (adelantando así, en parte, el trabajo que mucho más tarde realizarían los autores de la edición crítica más reciente de esa obra, Albert Derolez y Peter Dronke).

Además de «ordenar» didácticamente el material cosmológico presente en las visiones de la primera parte del *Libro de las obras divinas*, Liebeschütz hace notar ciertas particularidades de esta visión hildegardiana:

> Los círculos celestiales, la tierra y el hombre son regidos por diversas fuerzas que aparecen ordenados y caracterizado [en el *Libro de las obras divinas*] de variadas maneras. El primer sistema que se nos muestra en las imágenes visionarias es el de la Rosa de los vientos. Encontramos en ella cuatro vientos principales y cada uno de ellos tiene a su vez dos vientos secundarios; los doce puntos de salida [de esos vientos] están señalados con cabezas de animales, entre las cuales encontramos que dos pares de vientos secundarios comparten la figura de la cabeza de un mismo animal. Estas figuras no apuntan a ninguna realidad sino que son —como se ha señalado claramente— imágenes significativas de la esencia de cada viento. Es singular asimismo la ubicación de los puntos de salida de los vientos en las distintas esferas celestiales: el viento del Este, por ejemplo, sopla desde una cabeza de leopardo en el ámbito del puro éter, sobre la cabeza del hombre. Su aliento, inicialmente fuerte, luego más suave, recorre hacia la derecha y hacia la izquierda una dieciseisava parte, en cada caso, de su esfera, hasta llegar a sus respectivos vientos secundarios, caracterizados aquí por las cabezas del cangrejo y el ciervo. Ambos ayudan al movimiento de su viento principal y dominan sobre la dieciseisava parte de su propia esfera. Pero, al mismo tiempo, todos los vientos poseen, además de su movimiento circular dentro de su ámbito de origen, otra dirección en sus movimientos, que los lleva direc-

tamente hacia el hombre situado en el centro del mundo y que sirve a su mantenimiento.[66]

Para Liebeschütz, las intrincadas descripciones de la Rosa de los vientos en el *Libro de las obras divinas* no deberían hacernos creer en un interés *topográfico,* ni siquiera estrictamente *meteorológico* por parte de su autora; nos hace notar que ella no menciona realmente muchos nombres de los vientos (ni más adelante mencionará siquiera los nombres de los planetas, aunque describe su ordenamiento y las esferas celestiales en que tienen su gobierno). Los numerosos motivos provenientes de las enseñanzas de la Antigüedad, del conocimiento astrológico y enciclopédico en general, las huellas del pensamiento de Séneca y los estoicos que Liebeschütz encuentra en Hildegarda,[67] todo ello estará supeditado al sentido religioso específico que ella otorgó a sus imágenes visionarias y, en particular, a las imágenes como una manifestación de la relación fundamental entre hombre y cosmos.

Es posible, afirma Liebeschütz, que Hildegarda haya encontrado todos estos elementos en un solo tratado; pero no disponemos de un texto semejante, que hubiera sido accesible para los lectores de la Edad Media latina. A lo sumo podemos presentar alternativas para el posible camino recorrido por los motivos recién descritos. Gracias al sincretismo de la Antigüedad tardía, asevera este autor, pueden haber llegado estos temas a Occidente, o bien haber sido asimilados desde el gnosticismo islámico. Mediante la asimilación de estas concepciones, se diferencia Hildegarda en forma especialmente nítida del círculo de escritores cercanos a ella que, tal como hiciera ella, trataron

66. HANS LIEBESCHÜTZ, *op. cit.*, págs. 61-62 (la traducción es mía).

67. Cf. pág. 73, n. 1. Además de Séneca, *Quaestiones naturales V.4,* encontramos referencias al tema de los vientos de la capa inferior del aire en: Beda, *De natura rerum*, P.L. 90, 187/278 c. 25; Hrabanus Maurus, *De rerum naturis* IX c. 25, P.L. 3.

de interpretar el presente a través de la Historia de la salvación. Su enseñanza en la época en que surge es vista así por Liebeschütz desde la perspectiva de la correspondencia del microcosmos y del macrocosmos. Sólo así se explicaría el hecho de que Hildegarda comience su relato con el Diluvio como inicio de un movimiento ascendente que llega hasta la época del advenimiento de la Iglesia. Esa gran catástrofe transformó físicamente la tierra y al hombre y, según el pensamiento de Hildegarda, a través del Diluvio se logró una restauración parcial de la creación caída por el pecado.

Tal reanimación de estas concepciones, surgidas desde los movimientos religiosos del helenismo tardío, no significa naturalmente para Liebeschütz que debamos comprender las escrituras de esta visionaria del alto medioevo renano formando parte de una sola unidad, de un *todo*, desde el punto de vista de la Antigüedad. Para este autor, Hildegarda habría integrado los motivos en su obra de acuerdo a una formación sistemático-teológica, tal como se cumple, en forma paralela, en las respectivas tipologías del monasticismo medieval y de las summas dialécticas nacidas de la enseñanza en las Escuelas Catedralicias. Ambas tendencias intentan responder, a su manera, las interrogantes religiosas y eclesiásticas que surgen en el mundo contemporáneo de Hildegarda. Sin embargo, no por ello disminuye la relevancia del interés por tradiciones cosmológicas de la Antigüedad, ni respecto a la aparición de la obra individual de Hildegarda ni en relación con la tendencia histórica (o si se quiere, historicista) que ella desarrolló tempranamente y de manera original.

La importancia actual de la obra de Liebeschütz radica, sin duda, en las relaciones que él estableció entre la obra y el pensamiento de Hildegarda con una tradición enciclopédica (desde Plinio, pasando por Isidoro y Beda hasta Hrabanus Maurus y Honorius), así como con la tradición autobiográfica del monasticismo temprano. El fenómeno visionario en Hildegarda, expresado en lo que Liebeschütz llamó «formas de la alegoría», características de su

siglo, sin duda es otro de los elementos importantes en este estudio en la medida en que ha servido de base a aproximaciones posteriores a la escritura visionaria de Hildegarda.

Trabajos importantes y relativamente más recientes sobre la cosmología en la obra de Hildegarda, como los de Barbara Maurmann[68] y Monika Klaes,[69] se han fundamentado en el estudio de Liebeschütz. Un importante autor, el ya mencionado Horst-Dieter Rauh, al dedicar un capítulo al profetismo de Hildegarda en su obra clásica sobre el Anticristo en la Edad Media[70] es su principal crítico. Por otra parte, comentarios recientes y más desarrollados en torno a las principales ideas del libro de Liebeschütz los encontramos en Peter Dronke, en su introducción a la edición crítica del *Libro de las obras divinas* (1996) y en su artículo «The Allegorical World-Picture of Hildegard of Bingen: Revaluations and New Problems».[71] Más recientemente son importantes los trabajos de Bernard McGinn sobre Hildegarda como visionaria y exégeta,[72] así como la discusión del fenómeno visionario que encontramos en la obra reciente de Victoria Cirlot. En el epílogo a su *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*[73]

68. BARBARA MAURMANN, *Die Himmelsrichtungen im Weltbild des Mittelalters: Hildegard von Bingen, Honorius Augustodunensis und andere Autoren*, Múnich, Wilhelm Fink 1976.

69. MONIKA KLAES, «Zur Schau und Deutung des Kosmos bei Hildegard von Bingen», en Adelgundis Führkötter [ed.], *Kosmos und Mensch aus der Sicht Hildegards von Bingen*, Maguncia, Gesellschaft für Mittellateinsiche Kirchengeschichte 1987, págs. 37-115.

70. RAUH, H., *Das Bild des Antichrist im Mittelalter: von Tyconius zum Deutschen Symbolismus* (ver n. 27).

71. Cf. CHARLES BURNETT Y PETER DRONKE [eds.], *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, Londres, The Warburg Institute Colloquia 1998, págs. 1-16.

72. BERNARD MCGINN, «Hildegard of Bingen as Visionary and Exegete», en *op. cit.*, (ver *supra* n. 11).

73. VICTORIA CIRLOT, *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, Madrid, Siruela 2000.

esta autora analiza el fenómeno de la visión en Hildegarda y sus relaciones con el pensamiento del filósofo Henry Corbin, utilizando asimismo las bases claramente ineludibles del trabajo de Liebeschütz sobre visión y alegoría en la escritura hildegardiana. Esta discusión se puede seguir asimismo en los diversos ensayos publicados recientemente por Victoria Cirlot en su ya mencionada compilación *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente.*[74]

Revisaremos en este apartado aquellos planteamientos basados fundamentalmente en la obra de Liebeschütz que pueden llevarnos más directamente a un acercamiento de la comprensión de las imágenes visionarias en el *Libro de las obras divinas.*

Para Monika Klaes,[75] Liebeschütz fue el primero en relevar la dependencia de los libros visionarios hildegardianos respecto al método alegórico de interpretación bíblica.[76] En particular, recordemos que todas las visiones escritas en los tres grandes libros visionarios poseen un doble carácter. En la primera parte se presenta la imagen percibida; en la segunda, esa imagen será interpretada mediante una exégesis bíblico-alegórica; primero, a través de una breve caracterización del conjunto de la imagen visionaria y finalmente a través de una interpretación de todos los detalles a lo largo del texto. En la mayor parte de los casos las visiones corresponden a disquisiciones sobre problemas teológicos y morales.[77]

74. Victoria Cirlot, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente, op. cit.*

75. Monika Klaes, «Zu Schau und Deutung des Kosmos bei Hildegard von Bingen», en *Kosmos und Mensch aus der Sicht Hildegards von Bingen,* Adelgundis Führkötter [ed.], Mainz, Verlag der Gesellschaft für Mittelrheinische Kirchengeschichte 1987, págs. 37-124.

76. Liebeschütz (1930), págs. 30-34. Es interesante recordar en este punto que la vigencia del alegorismo nos remite asimismo a la revitalizada poesía alegórica del siglo xii.

77. Así en las visiones del *Scivias,* el *Liber vitae meritorum* y el *Libro de las obras divinas.* Incluso en algunas de sus obras más breves, así como en

Esta estructura formal está inseparablemente ligada a la afirmación de Hildegarda de que sus escritos no fueron compuestos gracias a su propio saber, sino que eran simplemente la trascripción fiel de lo que ella habría recibido en visión de la luz divina, unido a la interpretación de lo visto a través de una voz divina. Por ello caracteriza su trabajo como una revelación dirigida a su entorno, en el que ella misma se concibe como una «vasija» de la revelación y como la portavoz de Dios; y refuerza aún más esta idea al presentarse como una mujer completamente indocta que apenas conoce el latín y que a menudo está abatida por las enfermedades.

Peter Dronke propone en su introducción a la edición crítica del *Libro de las obras divinas* que, al postular el origen iranio de la cosmovisión hildegardiana sin aportar ninguna prueba documental, Liebeschütz dejó un problema sin resolver, aunque lo planteó en forma muy lúcida, cuando afirmó:

> La elevación periódica del sol hacia la zona de fuego, el mar bajo la tierra que alimenta los ríos del mundo, la doble estacionalidad del año y la agencia de los planetas en el movimiento de los vientos... es posible y quizás probable que Hildegarda haya encontrado todo esto en un solo tratado; pero no poseemos tal tratado que hubiera podido ser accesible en la Edad Media, (nota 20, pág. 187).[78]

Para Peter Dronke es posible proponer un origen más preciso a las cuestiones planteadas por Liebeschütz, justamente en lo que se refiere a las aguas y a los planetas. Así, recurre al *Liber Nemroth*, un

---

sus cartas, Hildegarda escoge igualmente la forma de la visión, si bien no tan sistemáticamente ni tan explicada, como en las tres obras mencionadas. Por otra parte, los textos naturalistas (*Causae et curae* y la *Physica*) no están concebidos como escritura visionaria.

78. Cita en DRONKE, *Liber divinorum operum*, *op. cit.*, introducción, pág. XXI.

diálogo astronómico-cosmológico temprano, una de cuyas copias existió en el monasterio de St. Eucharius en Trier durante el siglo XII.[79] Como sabemos, Hildegarda mantuvo una estrecha relación con ese monasterio, cuyo abad le proporcionó ayuda para completar la escritura del *Libro de las obras divinas* a la muerte de su secretario Volmar, y no es imposible pensar en que haya tenido acceso a ese manuscrito.

En este diálogo, el discípulo llamado Ioathon le pregunta a su maestro Nimrod:

> ¿Cómo es que las aguas del mar se vuelven amargas? Y ¿cómo es que las aguas que surgen [de la tierra], de dónde surgen y por qué son siempre dulces? A esto responde Nimrod: Bajo tierra, el agua está encerrada con fuerza en una vasija... y la constancia del agua bajo la tierra [muestra] el poder del creador... Cuando la creación fue hecha, las aguas eran antiguas y su gusto era amargo; el creador puso cursos de agua dulce en la tierra... Así como en el cuerpo de los hombres tú ves las venas en las cuales corre la sangre, así en la tierra el agua corre por todas partes a través de venas, y desde la humedad del abismo surgen por la tierra, y allí el agua surge como agua dulce para mantenimiento de todos los seres vivos.[80]

En otro lugar, Nimrod explica: «Sobre estos siete [planetas] el creador mandaba sobre los vientos y cada uno toma su curso de acuerdo a su viento y la latitud de su circuito».[81]

En cuanto al tema del movimiento del sol mencionado por Liebeschütz, Dronke propone como fuente el texto del siglo VIII, *Aethicus Ister,* considerado asimismo fuente lexical para varias de las ex-

79. JOSEPH MONTEBAUR, «Studien zur Geschichte der Bibliothek der Abtei St. Eucharius-Matthias zu Trier», Friburgo de Brisgovia, Römische Quartalschrift, 26. Supplementheft, pág. 111 (nº 589).

80. Citado en PETER DRONKE, *Liber divinorum operum, op. cit.*, n. 32, pág. XXI.

81. *Ibid*, pág. XXII.

presiones especiales utilizadas por Hildegarda en sus obras. En esta obra, Aethicus afirma «que tiene conocimiento del sol y que, después de ponerse el sol en España, su camino más allá del océano no va por encima de la tierra, como otros filósofos afirman, sino que circunda la región austral como una densa niebla, cercana al cielo o a las aguas, y regresa a su lugar de origen, rozando apenas el océano, a causa de su excesiva calidez y ardor, en su camino de retorno».[82]

Las visiones cósmicas

El punto central del estudio de Monika Klaes es el análisis preciso de las imágenes del cosmos en las visiones de Hildegarda, basado en una búsqueda de los principios de conformación y organización de estas imágenes cósmicas. Su investigación se basa en el estudio de la imagen del macrocosmos y del microcosmos, imagen que encontramos en el *Libro de las obras divinas* y no en *Scivias*, ni tampoco en su segunda obra visionaria, el *Liber vitae meritorum*. Monika Klaes considera asimismo las relaciones del pensamiento cosmológico de Hildegarda con otros autores medievales, siguiendo en este sentido el camino abierto por Liebeschütz. Estas comparaciones no pretenden, sin embargo, ser exhaustivas, ni resolver la pregunta por las fuentes de la imagen del mundo en la obra hildegardiana. Su función es aclarar las representaciones cósmicas de Hidegarda en su individualidad e intentar iluminarlas allí donde parecen ser incomprensibles. El segundo objetivo de su investigación se refiere al problema de la relación entre la interpretación alegórica y la imagen del cosmos, para lograr así una perspectiva sobre el conjunto de las visiones cósmicas.

La época en que vivió Hildegarda de Bingen, el siglo XII, estuvo traspasada en su conjunto por el surgimiento de especulaciones cósmicas que pueden ser confirmadas, en general, gracias a la enorme cantidad de textos científicos que tratan de la creación

82. *Ibid.*, pág. XXII.

y que comentan la obra divina «de los seis días» del libro del Génesis. La materia científica de origen árabe y oriental que se transmitió ampliamente en Europa estaba relacionada también con elementos cosmológicos que traspasan la literatura patrística y enciclopédica, y que transmitía contenidos platónicos y neoplatónicos. Frente a este abundante material, vemos a Hildegarda «en deuda» con el pensamiento de la temprana Edad Media, en la medida en que trata de fundir el pensamiento platónico y neoplatónico con los relatos bíblicos de la creación.

Así, Dios es el punto de partida de toda la creación y de toda reflexión sobre el mundo. En Dios existe el conjunto de la creación posterior, en un principio sin tiempo ni espacio, como pura forma.

Este mundo «simple», aún incorpóreo, será descrito como *praescientia Dei* y representa el anticipo de la creación temporal, la *Opus Dei* que se presentará como la realización temporal y espacial de la *praescientia*. En la comparación utilizada por Hildegarda para describir la relación entre el mundo prefigurado «simple» y el mundo real, es fácilmente reconocible la cercanía de este pensamiento con la enseñanza platónica sobre las ideas. Lo que aparece en la *praescientia* es como el reflejo de los objetos en el agua que sólo entrega su forma, así como las sombras dan testimonio de los objetos gracias a la fuente de luz. Y así como se percibe por primera vez el brillo del sol antes de poderlo mirar directamente, así brilla la creación en la *praescientia* de Dios, aún antes de que encuentre su realización corporal.

En este contexto, es importante la relación Logos-Cristo-Creador, una representación habitual en la Edad Media; su aparición en la obra de Hildegarda da cuenta del gran peso que tuvo este tópico en las representaciones de la creación que surgieron en esta época.[83] Por otra parte, la transformación de la enseñanza platónica sobre las ideas en la postulación de la preexistencia del mundo en Dios, así como la identificación de su creación con el *Verbum Dei*

83. Cfr. Zahlten, *op. cit.*, (ver *supra* n. 34), págs. 104-106.

no es inhabitual en la época y proviene de una larga tradición.[84] Hildegarda formula esta relación Logos-Cristo-Creador, haciendo notar su importancia al final de la cuarta visión del *Libro de las obras divinas* en su exégesis del prólogo a San Juan. Justamente esta significación del prólogo de San Juan será descrita en un pasaje autobiográfico de la *Vita Sanctae Hildegardais* como punto de partida del *Libro de las obras divinas* (*Vita* 2,7), y es digno de tomar en cuenta que Hildegarda no interprete aquí el prólogo a San Juan sólo en referencia a la Creación, sino también en relación con el hombre y en particular con su cuerpo. La relación de macrocosmos y microcosmos que tiene sus raíces en el Dios Creador y que está descrita tan exhaustivamente en la cuarta visión de la primera parte del *Libro de las obras divinas* quedará asimismo explícita en su obra.

Así pues la *Opus Dei*, la Obra de Dios, se desenvuelve en el tiempo gradualmente hasta llegar a su plenitud a través de determinadas etapas. Los acontecimientos más importantes de este desarrollo de la Historia de la Salvación son la creación de los ángeles y la caída de Lucifer, y, como respuesta a este acontecimiento, la creación del mundo que tiene como objetivo al hombre y la relación armónica de todas las creaturas, incluido al hombre. La caída en el pecado destruye este estado de bondad, puesto que arrastra a las otras creaturas al sufrimiento, estado de irredención que exigirá la acción de Dios: la encarnación del Hijo de Dios abrirá al hombre el camino de la conversión hasta que llegue la plenitud de los tiempos. Este tiempo de plenitud llevará al mundo, tal como lo conocemos ahora, a su estado original de paz y permitirá contemplar a los elegidos formando parte del décimo coro de ángeles de Dios. Particularmente en el *Libro de las obras divinas* Hildegar-

84. MARIE-THÉRÈSE D'ALVERNY, «Le cosmos symbolique du XIIe siècle», en *Archives d'histoire doctrinale et littéraire du Moyen Âge*, 28, págs. 31-81 (pág. 44). La autora sitúa el origen de esta identificación en la obra de Máximo el Confesor y cita como testimonio su texto *Ambigua* en la traducción de Juan Scoto Eriugena (Pl. 122, 1199 y sigs.).

da introduce una nueva mirada sobre estas etapas de la Historia de la Salvación, y de este modo esta obra funciona como una «variación» (musical) sobre la relación entre Dios, el hombre y el mundo.

En el pensamiento de Hildegarda, la situación del hombre está particularmente determinada por dos polos opuestos: la caída original y la encarnación del Hijo de Dios; por el pecado perdió la vestidura luminosa y celestial que vestía originalmente como signo de su orientación hacia Dios; luego tuvo que vestir una vestidura «animal», ya que se alejó de Dios y se acercó a los animales. La encarnación de Dios le abre de nuevo la puerta del cielo; los sacramentos del bautismo y de la penitencia lo liberarán de la atadura de la animalidad y de la carne y podrá luchar por su santificación mediante las buenas obras, hasta que al final, a través de la perfección, recupere su esplendor original, que provendrá de su «*sancta opera*», como una nueva vestidura.

Una señal del mundo presente y visible es para Hildegarda el hecho que este mundo esté determinado por un orden que viene de Dios y que garantiza su unidad y estabilidad. Este orden se muestra en el hecho de que todos los elementos del mundo ocupan un lugar determinado que no pueden abandonar y en el que operan según reglas determinadas. Un ejemplo de este orden resulta claramente visible para los hombres, y es el movimiento de las estrellas; si se salieran de sus órbitas, se pondría en peligro la estabilidad de la creación, ya que los elementos individuales del mundo están unidos unos a otros y se corresponden mutuamente en su equilibrio. La imagen visionaria del *Libro de las obras divinas* hace visible este orden como una red de luz que surge de la figura de *Caritas* y que abarca todos los ámbitos del cosmos.

Esta comprensión del mundo como cosmos en un sentido de orden comprensivo, bien estructurado y esférico corresponde a una tradición que aparece muy tempranamente en la Antigüedad, y desde entonces se ligó a esta concepción la idea de que el cos-

mos es una manifestación de la divinidad. Desde el *Timeo* de Platón, que presenta al cosmos como un gran ser viviente visible, ordenado y sostenido por un alma en movimiento (e interpretado por los autores cristianos como una figura del Espíritu Santo), ya no se puede dejar de lado el problema de la existencia de un «alma del mundo» en la especulaciones cósmicas de la escuelas filosóficas y que será un tema central en el pensamiento del siglo XII.

Ya los padres de la Iglesia tomaron posiciones diversas frente a esta tesis.[85] Algunos de ellos atraen el concepto platónico de *Anima Mundi* a la figura cristiana del *Spiritus Sanctus*, y la mayoría introduce esta interpretación en el contexto de un comentario al segundo versículo del Génesis: «*Spiritus Dei ferebatur super aquas*». Bernardus Silvestris es el autor medieval que más se acerca a las concepciones platónicas. Describe el mundo en su *Cosmographia* como un gran animal que posee conocimiento y sentidos. Ya que el mundo es un ser viviente, debe poseer también un alma, la cual —como lo plantea Bernardus— estará construida y unida a la materia del mundo por *Noys*, un ser increado, aunque surgido de Dios. Esta «alma del mundo» se sostiene con amor en el ámbito de las estrellas, porque allí está más libre de la materia y, por tanto, es más pura y no opera en las regiones inferiores del aire y la tierra.[86] Abelardo formulará más directamente, en su *Theologia Cristiana*, la identificación de «alma del mundo» y *Spiritus Sanctus*.[87]

85. D'ALVERNY, *op. cit.*, pág. 70. Considera sintomático, en este contexto, la posición de San Agustín, que rechaza una decisión definitiva sobre la idea de que el mundo sea un ser vivo (Retractationes I, 11 = Pl 32 602 y sigs.); al mismo tiempo, sin embargo, afirma que si existiera un «alma del mundo» ésta no sería Dios y si no existiera un «alma del mundo» debiera, en todo caso, considerarse la existencia de una fuerza viva y espiritual que opera sobre el mundo.

86. BERNARDUS SILVESTRIS, *Cosmographia* I, pág. 118: *Mundus quidam est animal: verum sine anima substantiam non inveniam animalis*, cit. por KLAES, *op. cit.*, pág. 46.

87. ABELARDO, *Theologia Christiana*, PL. 178, 1021: *ut ea quae ab ipsis quoque de anima mundi sunt dicta, nulla ratione convenienter accipi posse mons-*

El pensamiento de Hildegarda, sin embargo, se mantiene en el marco más «prudente» de la versión agustiniana de una fuerza espiritual que vive en el interior de todas las cosas, ya que ella señala a Dios como la suma de toda vida, quien hace surgir a todos los seres vivientes y es comparable, en este sentido, a las chispas que surgen del fuego. Esta fuerza viviente de Dios será repetidamente reafirmada en su obra. Sin embargo, es la figura de *Caritas* la que encarna más claramente esta fuerza divina de la vida, que abraza a todo el cosmos y que dice de sí misma: *sed et ego ignea vita substantiae divinitatis super pulchritudinem agrorum flammo, et in aquis luceo, atque in sole, luna et stellis ardeo, et cum aereo vento quadam invisibili vita, quae cuncta sustinet, vitaliter omnia suscito.*

Caritas traspasa todos los elementos de la creación y se hace visible en ellos como *Luz* y *Vida*. Al final de su discurso relaciona su acción sobre los elementos con cuatro fuerzas: *materia* (tierra), *vigor* (aire aunque restringidamente), *anima* (agua) y *rationalitas* (los astros); estas cuatro fuerzas, por su parte, se asemejan mucho a las funciones del «alma del mundo» según la tradición platónica.[88]

A esta imagen de un mundo creado, ordenado y administrado por Dios, le corresponde también ser completado, llevado a su plenitud, y que no admita cambios en su estatuto fundamental.

Podemos concluir que la estructura de los elementos del cosmos descrita por Hildegarda en ambas visiones (*Scivias* y *Libro de las obras divinas)* recoge diversos conceptos de la estructura del mundo

---

tremus, nisi spiritu sancto per pulcherrimam involucri figuram assignentur, cit. por D'ALVERNY, *op. cit.*, pág. 72.

88. Comparar con D'ALVERNY , *op. cit.*, pág. 73. Como testimonio de la perduración de las concepciones del «Anima Mundi» en la Edad Media, cita a Guillaume de Conches. En sus glosas al *Timeo* de Platón le otorga al «alma del mundo» la tarea de dar movimiento a las estrellas, crecimiento a las plantas, sensibilidad a los animales y razón a los hombres.

vigentes en su época que ella reúne en forma propia, autónoma, creando así una nueva imagen. De esta manera se introducen también sus propias nociones sobre el mundo natural, como ella las explica en *Causae et curae*. Una proposición interesante de Monika Klaes es que, gracias a la inclusión de datos sobre las proporciones y mediante la aplicación de una estructura triádica, la imagen simple y aún contradictoria del cosmos se convierte, en el *Libro de las obras divinas*, en una imagen geométricamente elaborada que, sin embargo, mediante su carácter sistemático, relega a un segundo plano la atribución visionaria adquiriendo rasgos didácticos y de enseñanza.[89]

Tradición textual

En lo que se refiere a la tradición textual[90] de los manuscritos del *Libro de las obras divinas* (*Liber divinorum operum* o *De operatione Dei*, como también fue conocido este texto a partir de una anotación del siglo XV que encontramos en las páginas 2 y 393 del Manuscrito de Gante), Michael Embach[91] llega a la conclusión de que el Ms G (Gante) no solamente es el más antiguo manuscrito que se ha conservado —muy probablemente supervisado por la propia Hildegarda en el *scriptorium* de Rupertsberg—, sino que su versión básica, que inclu-

89. KLAES, MONIKA, «Zu Schau und Deutung des Kosmos bei Hildegard von Bingen», *op. cit.*, pág. 62.

90. Cf. sobre todo A. DEROLEZ, en DERLOLEZ / DRONKE, *op. cit.*, 1996 (ver *supra* n. 1) y también A. DEROLEZ, «The Manuscript Transmission of Hildegard of Bingen's Writings: The State of the Problem» en CHARLES BURNETT / PETER DRONKE (eds.), *Hildegard of Bingen. The Context of her Thought and Art*, Londres, University of London 1998, págs. 17-28.

91. Para una revisión reciente de la tradición textual y para la recepción de la obra de Hildegarda me remito sobre todo a las investigaciones de MICHAEL EMBACH, *Die Schriften Hildegards von Bingen. Studien zu ihrer Überlieferung und Rezeption im Mittelalter und in der Frühen Neuzeit*, Berlín, Akademie 2003. Cf. esp. págs. 156-176 y 397-491.

ye muchas de las correcciones marginales e interlineares, está en el origen de los otros manuscritos del mismo *scriptorium*: R (Riesencodex), TRO (Troyes), así como los manuscritos más tardíos, L (Lucca) y TR (Trier). La proveniencia exacta del fragmento F (Frankfurt), así como la del Ms LO (Londres), no está asegurada, si bien Derolez (Derolez/Dronke 1996, pág. CX) supone que este último manuscrito (importante sin duda para explicar la presencia de Hildegarda en Inglaterra)[92] depende probablemente del manuscrito de Gante.

Este manuscrito de Gante, que sirvió de base para la más reciente edición crítica de la obra (Derolez/Dronke 1996) presenta además ciertas características que podrían hacer de él prácticamente un autógrafo de Hildegarda, ya que fue copiado a partir de las tablillas de cera que constituyeron la primera etapa de su escritura. G presenta, por otra parte, varias de las características «cooperativas» y «corporativas» propias del *scriptorium* de Rupertsberg (Embach 2003, pág. 174). Además del carácter un tanto disparejo de la presentación de los folios, debido posiblemente a la gran cantidad de copistas que intervinieron en la escritura durante la vida de la misma Hildegarda, parece asimismo claro que una de las prácticas de este taller fue dejar sin corregir partes de la versión que se consideró más «venerable» y «auténtica» de la obra atribuible a Hildegarda, y esos fragmentos más «primitivos» reaparecen, por su parte, en un texto relativamente tardío, como es el de Lucca, del siglo XIII.[93] Por todas estas razones, parece claro que no se puede hablar sino con grandes reservas de la existencia de un texto original en el sentido habitual de un «Urtext», o de un «arquetipo».

A partir del siglo XII,[94] este manuscrito aparece en posesión de la abadía de St. Eucharius, en Trier, en cuyo *scriptorium* fue

92. Cf. KATHRYN KERBY-FULTON, «Prophecy and Suspicion: Closet Radicalism, Reformist Politics, and the Vogue for Hildegardiana in Ricardian England», en *Speculum* 75 (2000) págs. 318-341.

93. MICHAEL EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 175.

94. DEROLEZ supone que el manuscrito G fue donado al abad Ludwig de

también realizada la copia de los segmentos finales de la obra con sus correcciones,[95] muy probablemente a petición de la propia Hildegarda.

Recepción de los escritos de Hildegarda en la Edad Media y el siglo XVI

En cuanto a la recepción medieval del *Libro de las obras divinas* y de las demás obras de Hildegarda durante su vida y en los siglos posteriores,[96] se puede constatar que en términos generales su palabra fue citada como una «voz autorizada» e indiscutida en materia espiritual por lo menos hasta finales del siglo XVI. Sus escritos, particularmente aquellos de carácter profético-escatológico, así como sus críticas a la sociedad y a la Iglesia de su tiempo, tuvieron una amplia recepción, la cual significó naturalmente que se vieran

St. Eucharius por la propia Hildegarda o por las religiosas de Rupertsberg después de la muerte de su fundadora, en gratitud por la ayuda prestada por el abad en la culminación del manuscrito (DEROLEZ / DRONKE [eds.], *op. cit.*, ver *supra* n. 1, pág. XCVI). Schrader y Fürkötter por su parte, fechan en el siglo XIII la inscripción de posesión por la biblioteca de St. Eucharius (cf. M. EMBACH, *op. cit.* [ver *supra* n. 91] pág. 160).

95. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), cf. esp. págs. 160-163 para la descripción de las características de uno y otro *scriptorium* monástico, la presencia de al menos cuatro manos de copistas en el Ms G y, finalmente, el destino del manuscrito que se encontraba en St. Eucharius de Trier durante la Edad Media. A finales del siglo XVIII, durante la invasión napoleónica de la Renania, el manuscrito G fue llevado a París y, después de la batalla de Waterloo, fue enviado a Gante —junto con otros manuscritos provenientes de Trier— por el Comisario del rey de Holanda, P. P. C. Lammens. El manuscrito fue entonces llevado a la Biblioteca de la ciudad de Gante, que en el año 1817 fue fusionada con la actual Biblioteca de la Universidad.

96. Cf. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), págs. 401-422 y HANS-JOACHIM SCHMIDT, «Geschichte und Prophetie. Rezeption der texte Hildegards von Bingen im 13. Jahrhundert», en A. HAVERKAMP [ed.], *Hildegard von Bingen in ihrem historischen Umfeld*, Maguncia, Philipp von Zabern 2000, págs. 489-517.

sometidos a un proceso de adaptación y reelaboración significativas. Por otra parte, sus escritos científicos fueron también reelaborados y, como sostiene Laurence Moulinier en su reciente edición crítica del Ms de Copenhague, titulado *Beate Hildegardais Cause et cure*,[97] la *Physica*[98] quizás sea con mayor seguridad la obra científica a la que se alude en los escritos de Hildegarda, mientras que el Ms único de *Cause et cure* sería más bien un compendio posterior que recogería diversos extractos de la obras de Hildegarda. En este último texto encontramos semejanzas particularmente notorias con los pasajes cosmológicos del *Libro de las obras divinas*.[99]

Sin duda, entre los autores contemporáneos de Hildegarda que valoraron su pensamiento, uno de los más conocidos fue el ya mencionado polígrafo inglés John de Salisbury (*ca.* 1115-1170), quien fuera secretario de Thomas Becket mientras vivió en Inglaterra, antes de enseñar en Francia, especialmente en la llamada Escuela de Chartres. En una carta suya al maestro de teología Girardus de Pucelle[100] menciona con admiración los oráculos y las visiones que Hildegarda experimentaba, así como su relación con el papa Eugenio III (la cual fue determinante, como sabemos, en la autorización que Hildegarda afirmó haber recibido de la Iglesia para dar a conocer sus revelaciones). John de Salisbury expresó asimismo su deseo de aprender de sus escritos visionarios, los cuales

97. LAURENCE MOULINIER, *Beate Hildegardis Cause et cure*, Berlín, Akademie 2003. La edición anterior es de PAUL KAISER, Leipzig 1903, reimpr. Basilea 1980.

98. *Hildegardis Bingensis Physica*, PL 197. Edición príncipe, Estrasburgo 1533.

99. LAURENCE MOULINIER, *op. cit.* (ver *supra* n. 97), discute en su introducción la supuesta autenticidad de *Cause et cure*, especialmente en págs. XXI-XXVII.

100. «[...] visiones et oracula beatae ellius et celeberrimae Hildegardis [quae] apud vos sunt [mittite] quae mihi ex eo commendata est er venerabilis, quod eam dominus Eugenius speciali charitatis affectu familiarius amplectebatur» (PL 199, 220C), cit. por M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 403.

sólo comprendían en aquel momento el *Scivias* y el *Liber vitae meritorum*: el *Libro de las obras divinas* no había sido aún compuesto.[101]

Otra mención contemporánea se encuentra en el *Chronicon dic. Godellus* (atribuido erróneamente al monje Wilhelm Godell, de Saint Martial de Limoges), cuyo autor anónimo —probablemente un monje cisterciense— relata un viaje emprendido por el río Rin durante el año 1172: allí se menciona un encuentro con la anciana Hildegarda y se la caracteriza asimismo como ignorante en las letras e inspirada por Dios.[102]

Este testimonio del *Chronicon* repite, pues, la auto-representación de Hildegarda, quien, en su ignorancia del latín y de su gramática, recibe la inspiración de Dios para escribir los «libros católicos», expresión utilizada por la misma Hildegarda en su carta de 1147/1148 a San Bernardo.[103] Por otra parte, al mencionar sus frecuentes «raptos» o éxtasis, el narrador contradice la reiterada y significativa afirmación de la propia Hildegarda (cf. prólogo del *Scivias*, y del *Libro*

101. Es significativo también el hecho de que este deseo de ser instruido en la obra hildegardiana, expresado por John de Salisbury en el siglo XII, fuera posteriormente valorado y expresamente mencionado: en 1628 se publicó en Colonia una compilación de las visiones de Hildegarda y de su contemporánea, Elisabeth de Schönau, y en el prólogo al *Scivias*, se cita la carta de John de Salisbury a Girardus como uno de los *Elogia quaedam Ecclesie ac Doctorum Virorum Revelationes SS, Virginum Hildegardis & Elizabethae Schoenaugiensis*, Colonia 1628, s.p.

102. «Anno Domini 1172... Hoc Anno vidi in Alemanniae partibus feminam provecte etatis [Hildegardem de Bingen], virginem, cui tantam gratiam contulit virtus divina, ut cum ipsa laica et illiterata sit, mirabiliter tamen ab hoc mundo rapiatur frequencius et in summis discat non solum quod postea in imis dicat, set (sic) pocius, quod satis mirabile est et inauditum, etiam scribendo Latine dictet et dictando libros catholice doctrine conficiat; libros etiam eius vidi et legi, quos ipsa, ut dixi, illiterata Latine dictavit. Sexaginta denique compleverat annos in huiusmodi gratia, quando eam vidi», cit. por M. EMBACH, *ib.*, pág. 404.

103. *Ep.* I, *Epistolarium. Pars prima*: I-XC, en LIEVEN VAN ACKER [ed.], CC CM 91, Turnhout, Brepols 1991.

de las obras divinas, así como la ya mencionada carta a Guibert de Gembloux) de que nunca perdió el sentido durante sus visiones. Recordemos que, a partir de su afirmación de un estado de plena conciencia se ha podido plantear recientemente que Hildegarda *rechazó* la posibilidad de recibir sus revelaciones en el sueño (a la manera más arcaica de los textos medievales de revelación).[104]

Ya en el siglo XIII, encontramos los textos relacionados con el proceso de canonización de Hildegarda (*Canonizatio Sanctae Hildegardais*)[105] y, sobre todo, el *Pentachronon*, la influyente compilación de extractos de las obras de Hildegarda realizada por el cisterciense Gebeno de Eberbach entre 1220 y 1224.[106] Como sabemos, uno de los «temas hildegardianos» que más atención

104. Cf. J.-C. SCHMITT, «Hildegard von Bingen oder die Zurückweisung des Traums», en *Hildegard von Bingen in ihrem historischen Umfeld*, A. HAVERKAMP, Maguncia, Philipp von Zabern 2000, págs. 351-373.

105. Cit. por M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 405, de la *Vita Hildegardis* (versión alemana de MONIKA KLAES, *Fontes christiani* 29, Friburgo 1998): «[...] in restitutione vero librorum episcopo magistrorum omnium sententia fuit, non in eis esse verba humana, sed divina» (M. KLAES, *op. cit.*, 1998, pág. 278).

106. En el primer cuarto del siglo XIII, Gebeno de Eberbach compiló el texto (hasta ahora inédito salvo en citas fragmentarias) que tituló *Prophetiae Hyldegardis de quinque futuris temporibus*, parte importante de su *Speculum futurorum temporum* o *Pentachronon*. Junto con extractos del *Scivias* y del *Liber divinorum operum*, Gebeno copió algunas epístolas referidas especialmente a los problemas de la Iglesia y el Imperio. En su prólogo, el prior de Eberbach afirma que los escritos de Hildegarda son útiles para sus contemporáneos, especialmente frente a la influencia negativa de los «pseudo-profetas», entre los cuales menciona al abad calabrés Joaquín de Fiore (1130-1202), figura central en el pensamiento histórico-teológico de la Edad Media. La periodización de la Historia de la Salvación propuesta por el abad cisterciense de Echternach en cinco edades (su *Pentachronon*) se inicia con la Encarnación de Cristo. En la primera de estas edades fue predicado el Evangelio para los judíos y en la segunda edad, el Evangelio para los paganos. En la tercera edad, que duró hasta el año 1100, y que se inició con el dominio del Emperador Constantino, surgen los peligros del pensamiento arriano, declarado herético; estos peligros fueron contrarrestados, sin embargo, por la ortodoxia reafirmada en los concilios y por la presencia de figuras como Atanasio y los papas que lucharon por el fortalecimiento de la fe. Para Gebeno, esta

obtuvo por parte de sus lectores medievales fue su caracterización del tiempo presente como un «tiempo mujeril», el «tempus muliebre» que aparece anunciado en su libro *Scivias* (libro III, capítulos 10 y 11). Este «tempus muliebre» es identificado con la «Edad del perro de fuego», la primera de una serie de edades que corresponden al fin de los tiempos y que Hildegarda caracterizará sucesivamente con las figuras del «león amarillo», el «caballo pálido», y el «cerdo negro», para terminar con la edad del «lobo gris», durante la cual se verá la aparición del Anticristo.

Hay que tener presente, por cierto, que este tipo de periodizaciones de la Historia tienen una larga tradición en el mundo cristiano[107] y se han alimentado sobre todo de las profecías del Antiguo y del Nuevo Testamento, así como en escritos pseudo-sibilinos, en el *Pseudo-Metodio* y otros semejantes.[108] Es importante se-

tercera edad está marcada por una lucha entre el *regnum* y el *sacerdotium*, entre los laicos y los príncipes, por una parte, y los clérigos y los monjes, por la otra. La cuarta edad se inicia en el año 1100, y es una época de sanación y mejoramiento de las condiciones de la Iglesia, aun cuando los males de la época anterior no fueran totalmente superados. Surgen en esta cuarta etapa las grandes figuras de Bernardo de Claraval, Hugo y Ricardo de San Víctor, Thomas Becket y, sobre todo, Hildegarda de Bingen.

107. Cf., entre muchos otros autores que sintetizan estos temas, las obras de KRZYSZTOF POMIAN, *L'ordre du temps*, París, Gallimard 1984; ver esp. el apartado «Typologie historique des chronosophies», págs. 26 y sigs.; «Quatre monarchies, six époques: Daniel et Saint Augustin», págs. 105 y sigs.; JACQUES LE GOFF, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós 1991 (1977), en esp. págs. 11-83; CLAUDE CAROZZI, *Visiones apocalípticas en la Edad Media. El fin del mundo y la salvación del alma*, Madrid, Siglo XXI 2000, en esp. págs. 17-57.

108. Cf. E. SACKUR, *Sibyllinsche Texte und Forschungen*, Halle 1898; Sackur publica textos del Pseudo-Methodius y de la Sibila Tiburtina, así como de Adso de Montier-en-Der. También publicó a Gerhoh de Reichersberg, *De investigatione Antichristi I*, Monumenta Germaniae Historica, Libelli de lite III (1897), págs. 305-395. F. SCHEIBELBERGER publicó anteriormente *De investigatione Antichristi libri III* en Linz, 1875. Por otra parte, existe una edición más reciente de los libros sibilinos: A. KURFESS, *Oracula Sibyllina*, Múnich 1951.

ñalar, por otra parte, que el interés por los escritos relacionados con la Historia y el Fin de los tiempos —redactados por Hildegarda o atribuidos a ella durante la Edad Media— supuso también una señal importante: la aparición de nuevas voces proféticas indica una fe en que Dios se sigue revelando a través de nuevas voces; la Revelación divina no ha terminado con la muerte y resurrección de Cristo, con la predicación de sus apóstoles y el testimonio de los mártires de los primeros siglos.

Para Gebeno, Hildegarda, en tanto visionaria y profetisa equiparable al autor del Apocalipsis, habría marcado un cambio de época: florecerían las órdenes cisterciense y premonstratense; a partir de 1220 (fecha probable del inicio de la escritura del *Pentachronon*) y, durante 119 años, reinarían la Paz y la Justicia, en una época de culminación de las [antiguas] órdenes religiosas, que mantienen la fuerza de la fe ante los embates del Anticristo, que vendrá en la Quinta Edad. Trayendo consigo cambios y transformaciones violentos, ésta no es sin embargo la última etapa de la Historia. Sobrevendrían aún dos etapas más, sobre las cuales solamente afirma que, después de la derrota del Anticristo, reinará en la primera de ellas la armonía sobre la tierra [¿el reinado de los mil años?] y la espera del Juicio Final, aunque surgirá al mismo tiempo la amenaza de un cisma que será finalmente conjurado por los obispos y clérigos.[109]

109. El *Pentachronon* no ha sido aún publicado. Algunos fragmentos fueron publicados por Mons. Joannes Baptista Pitra, *Analecta sanctae Hildegardis opera spicilegio Solesmensi parata*, Montecassino 1883, págs. 483-548, cit. por Hans-Joachim Schmidt, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), págs. 499-501. Para el resumen completo del *Pentachronon*, Schmidt se basa asimismo en el manuscrito de Zúrich, Zentralbibliothek, Ms Car C 175, fol. 27v-51r. Un estudio interesante sobre aspectos del *Pentachronon* es el de Christel Meier, «Nostris temporibus necessaria. Wege und Stationen der mittelalterlichen Hildegard-Rezeption», en Ulrich Ernst / Bernhard Sowinski [eds.], *Festschrift für Johannes Rathofer zum 65. Geburtstag*, Böhlau, Colonia-Viena 1990, págs. 307-338: incluye un anexo con las referencias de los extractos de las obras de Hildegarda citadas por Gebeno en su compilación.

Es en este contexto que Gebeno transcribe los extractos de las obras de Hildegarda que resultan más útiles para su propósito: el *Scivias* y el *Libro de las obras divinas*, así como algunas de las cartas que serán compiladas con el nombre de *Prophetiae Hyldegardis de quinque futuris temporibus*.

En el planteamiento de Schmidt,[110] los extractos de las obras, y, desde luego, los apócrifos, serán efectivamente «vaciados» de su contenido teológico y eclesiológico (aspectos tan importantes para la propia Hildegarda) y su autora se convertirá en una «intérprete de la historia», representante de las visiones más ortodoxas en el interior de la Iglesia, en una figura femenina explícita o implícitamente contrapuesta —y a veces igualada (póstumamente)— al pensamiento del gran Joaquín de Fiore. Su escritura fue utilizada, además, en sentidos contradictorios y durante décadas, en la polémica de las órdenes «establecidas» contra las nuevas órdenes mendicantes.[111]

En la tradición del abad calabrés Joaquín de Fiore[112] y su pensamiento sobre el final de los tiempos, encontramos en la segun-

110. HANS-JOACHIM SCHMIDT, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), págs. 503-504.

111. Cf. HANS-JOACHIM SCHMIDT, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), pág. 506. El monje franciscano alemán Alexander Minorita (*Expositio in Apocalypsim*, en A. WACHTEL [ed.], Weimar 1955, MGH *Die deutschen Geschichtsquellen des Mittelalters* 1, págs. 491, 493) relaciona el pensamiento de Hildegarda y el de Joaquín sobre la Trinidad y la Revelación. Por otra parte, el dominico y enciclopedista Vincent de Beauvais sitúa a Hildegarda y a Joaquín en el mismo nivel de conocimiento, siendo ambos «testigos clave» para la justificación de las órdenes mendicantes; éstas son signos del final de los tiempos de las luchas por la Fe, que están cerca (*Speculum historiale*, Douai 1624, lib. 28, capítulo 83 y lib. 32, capítulo 106, (cit. por HANS-JOACHIM SCHMIDT, *ib.*, [ver *supra* n. 96], pág. 507). En relación con esta misma polémica, hay que señalar que existen otros testimonios de dominicos que sí estuvieron positivamente interesados en atraer a su causa las profecías (pseudo)-hildegardianas, como, por ejemplo, la *Revelatio Hildegardis de fratribus quatuor Mendicanium ordinum* (PL 197, 82-84), cuyo texto les sirvió para su auto-legitimación como comunidad (M. EMBACH, *op. cit.* [ver *supra* n. 91], pág. 412).

112. Existe una bibliografía importante sobre el pensamiento de Joaquín de Fiore y su influencia; cf. especialmente los trabajos de MARJORIE REEVES en colaboración con BEATRICE HIRSCH-REICH y BERNARD MCGINN, entre otros.

da mitad del siglo XIII al catalán Arnaldo de Villanova (*ca.* 1240-1311). Se le atribuye una *Expositio super Apocalypsim* (1305/1306), en la cual se menciona a un abad Joaquín (¿de Fiore?), a Cirilo de Constantinopla y a Hildegarda de Bingen:

> Quinto etiam tempore suscitavi Deus in ecclesia Ioachim abbatem et Cyrillum presbiterum et Hildegardaim sanctimonialem et Horoscopum et plures alios servos suos, qui per spiritum prophetiae dant electis certitudinem de toto cursu finalium ecclesiae temporum.[113]

Por su parte, Henry de Harclay (*ca.* 1270-1317), canciller de la Universidad de Oxford y cercano al pensamiento teológico de Tomás de Aquino y a los seguidores de Duns Scoto, escribió su *Utrum astrologi vel quicumque calculatores possint probare secundum adventum Christi*, texto en el cual afirma que si los apóstoles y los profetas no hubieran profetizado la segunda venida de Cristo, esta carencia hubiera sido compensada por los escritos de los poetas. Henry de Harclay menciona entre estos últimos a Joaquín de Fiore, a la Sibila Eritrea, a Hildegarda de Bingen y a Ovidio.[114] Para

113. Roberto Rusconi, «À la recherche des traces authentiques de Joachim de Fiore dans la France méridionale», en *Fin du monde et signes des temps. Visionnaires et prophètes en France méridionale (fin XIIIe-début XVe siècle)*, Toulouse 1992, págs. 27-80, cit. por Embach, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 413.

114. Henry de Harclay escribe que Hildegarda —llamada por él «monialis teutonica»— fue autora de numerosos libros y cartas y que su libro *Scivias* habría sido tan apreciado por San Bernardo de Claraval que éste lo tuvo en su biblioteca. De Harclay confirma asimismo la «ignorancia» de Hildegarda, siguiendo en este sentido el prólogo de ese su primer libro visionario. Es posible plantear, como lo hace Embach, que para Harclay la autoproclamada ignorancia de la «feminea indocta» que había profetizado las cinco edades del mundo, caracterizadas por las cualidades (negativas) de los cinco animales que las gobiernan, le sirve para distinguirla de los pseudo-profetas de su propio tiempo. Es interesante, por otra parte, relevar la valoración positiva que Henry hace de la «discreción» de los «poetas» como Joaquín de Fiore y Hildegarda, que predicen el fin del mundo sin dar fechas exactas de ese final, y cuyas profecías resultan ser más verdaderas que aquellas que men-

el historiador Arno Borst,[115] Gebeno es en definitiva el responsable de la reputación profética de Hildegarda, que influyó en el siglo XIV en autores como Heinrich de Langenstein (1325-1397) y Dietrich de Niem (*ca.* 1340-1418), entre otros. Se conservan unos ciento cincuenta testimonios textuales de la obra de Gebeno, además de una comprobación de su influencia directa en múltiples autores de textos históricos y teológicos provenientes de varios lugares de Europa. Vale la pena mencionar entre ellos a Robert de Auxerre y su *Chronicon*, y a Vincent de Beauvais (*ca.* 1184-1264) y su *Speculum historiale*,[116] entre los autores franceses. Por su parte, el cisterciense Cesáreo de Heisterbach (*ca.* 1180-*ca.* 1240) cita a Hildegarda en el marco de una violenta polémica anti-franciscana. El benedictino inglés Matthaeus Parisiensis (*ca.* 1200-1259), de la abadía de St. Alban, cita también a Hildegarda como autoridad profética en su polémica contra las órdenes mendicantes, a las que considera un grave peligro para la Iglesia; en su *Chronica maior*[117] escribe (así como también lo afirmarán los benedictinos John de Wallingford y Richer de Sens) que Hildegarda habría vaticinado el surgimiento de estas órdenes. En una posición contraria a esta interpretación se encuentra, por cierto, el franciscano inglés John Pecham (*ca.* 1230-1291), obispo de Canterbury desde 1279 y primado de Inglaterra, quien critica duramente los escritos hilde-

---

cionan fechas «exactas» (aunque falsas en la realidad) y que son propuestas, en cambio, por los falsos profetas. Hay que añadir que la relación entre Joaquín de Fiore y Hildegarda se establece también en textos escritos por autores del siglo XIV como Jean de Roquetaillade (*ca.* 1315-1365) en su *Vademecum in tribulatione* (1356); Heinrich der Taube (m. 1364) en su *Flores temporum* (1292-1343, 1343-1363). Cf. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), págs. 414-416.

115. ARNO BORST, «Gebeno», en *Lexikon für Theologie und Kirche* 4 (1960) 537, cit. por M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 406.

116. Cf. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), pág. 407.

117. MATTHAEUS PARISIENSIS, *Chronica*, pág. 200/ 44-201/ 3 (para el año 1240), cit. por M. EMBACH, *ib.*, pág. 409.

gardianos (o pseudo-hildegardianos, como el texto titulado *Insurgent gentes*): «Creo firmemente que la profecía de Hildegarda viene de la astucia del demonio [...] éste mezcla la verdad [...] con muchas falsedades y nimiedades».[118] Estos escritos, claramente críticos con el clero contemporáneo y que fueron reutilizados contra las órdenes nuevas, aparentemente habrían vaticinado, según los autores que los utilizaron en clara contradicción con su sentido original, la aparición de las órdenes mendicantes como uno de los signos negativos propios de los últimos tiempos.[119]

En términos generales, podemos concluir que las profecías de Hildegarda, tanto las auténticas como las apócrifas (y sobre todo estas últimas), fueron recibidas y reelaboradas a lo largo de los siglos medievales en distintos contextos[120] y en sentidos a veces contradictorios. No solamente la preocupación por el final de los tiempos, la venida del Anticristo, o el surgimiento de las órdenes mendicantes, sino a veces temas más locales, como el surgimiento de grupos de flagelantes en la ciudad alemana de Wurzburgo en el siglo XIV, originaron la «apropiación» de Hildegarda y de sus escritos proféticos por parte de numerosos autores de textos históricos y cronísticos en los siglos posteriores a su muerte.[121]

118. *Fratris Johannis Pecham Tractratrus tres de paupertate*, C. L. KINGSFORD / A. G. LITTLE / F. TOCCO [eds.], Aberdeen 1910, pág. 76 y sigs., cit. por HANS-JOACHIM SCHMIDT, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), págs. 489-490.

119. Cf. HANS-JOACHIM SCHMIDT, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), pág. 489; para la utilización de los textos (pseudo)-hildegardianos en la polémica anti-mendicante, ver esp. págs. 515-517.

120. Cf. HANS-JOACHIM SCHMIDT, *op. cit.* (ver *supra* n. 96), págs. 491-493. Los *Annales* de Marburgo señalan que Hildegarda habría realizado pronósticos meteorológicos al estilo de los consejos para campesinos que encontraremos más tarde en los almanaques populares: «Cuando hay truenos en diciembre, la cosecha será abundante» (la traducción es mía); *Annales Marbacenses*, H. BLOCH [ed.], Hannover 1907, MGH SS *rerum Germaniae* 9, págs. 1-103, pág. 101, cit. por SCHMIDT, *ib.*, pág. 493.

121. En su ya mencionado capítulo sobre la recepción de la obra de Hildegarda en los escritos históricos y cronísticos medievales, M. EMBACH proporciona

Por otra parte, encontramos variadas referencias a Hildegarda —sobre todo a partir del siglo XIV— en autores de escritos místicos, en *ars moriendi*, en tratados reformistas y, por cierto, en algunos ciclos de sermones. Es importante mencionar entre ellos al místico dominico Johannes Tauler (*ca.* 1300-1361), quien en sus prédicas retomó detalles de algunas imágenes del *Scivias iluminado.*[122] Estas prédicas, destinadas a las religiosas del convento de St. Gertrud, en el Neumarkt de la ciudad de Colonia, habrían sido acompañadas por la exposición de imágenes en los muros de ese convento. El tema relacionado con Hildegarda es el de la Pobreza de espíritu, representada en el *Scivias* (I, 3) como una figura femenina vestida con una túnica de color pálido y un calzado blanco: sobre ella llueve la gracia divina a raudales.[123] En el entorno inmediato a Tauler encontramos, por lo demás, al predicador itinerante Heinrich de Nördlingen, quien, en una carta escrita en 1349 a la importante mística Margarita Ebner (1291-1351), se refiere a un vaticinio escatológico pseudo-hildegardiano en el contexto de la preocupación por la peste bubónica que habría causado la muerte de unas dieciséis mil víctimas (según la tradición), sólo en la ciudad de Estrasburgo.

---

una lista complementaria de once textos en los que se menciona a Hildegarda y sus profecías; muchos de ellos repiten parcial o totalmente los textos de autores más conocidos (EMBACH, *op. cit.* [ver *supra* n. 91], págs. 419-421).

122. Este manuscrito producido en el *scriptorium* de Rupertsberg se perdió durante la Segunda Guerra Mundial. Conocemos sus imágenes gracias a una copia realizada por las religiosas benedictinas del Monasterio de St. Hildegard de Eibingen en los años 1927 y 1933.

123. Esta prédica de Tauler ha sido recientemente estudiada por JEFFREY F. HAMBURGER, «The *Various Writings of Humanity*: Johannes Tauler on Hildegard of Bingen's *Scivias*», en THÉRÈSE DE HEMPTINNE / MARÍA EUGENIA GÓNGORA [eds.], *The Voice of Silence. Women's Literacy in a Men's Church*, Turnhout, Brepols 2004, págs. 167-191.

En la tradición de los vaticinios apocalípticos, como las *Revelaciones* del Pseudo-Methodius[124] encontramos, por cierto, varias referencias a Hildegarda como «sibila».[125] Es bien conocida la referencia de Heinrich de Langenstein en su carta *De schismate*, dirigida a Eckard de Ders, obispo de Worms, en el año 1383: allí la llama «Theotonicorum Sibilla», la «sibila de los teutones». En el mismo siglo, su nombre aparece en un *Sibyllen-Lied*, o «Canto de las Sibilas» (¿1360/1378?) compuesto en la Franconia renana; asimismo aparecen sus profecías en la crónica de Konstanz,[126] escrita en lengua vernácula, y en la más antigua de las crónicas escritas en alemán, la *Oberreinische Chronik* (finalizada en 1349), en la cual se mencionan las profecías de Hildegarda como anteceden-

124. Cf. la edición del texto latino en E. SACKUR (ver *supra* n. 108). En su introducción a esta obra, escrita originalmente en griego por un autor cristiano probablemente de origen sirio, Sackur relaciona la cronología de este texto de carácter claramente apocalíptico con la expansión del Islam. Atribuida al obispo Metodio de Patara, esta obra fue traducida tempranamente al latín y fue ampliamente difundida en Occidente a partir del siglo XII. Además de su difusión en Alemania, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Italia y Dalmacia se han encontrado huellas de este escrito profético en Armenia, Siria, Bizancio y los países eslavos. Para los temas de datación y autoría, ver págs. 6-7 y 45-49. La descripción de las posibles fuentes del autor y, en particular, su relación con la leyenda siria de la gruta de Adán y Eva, así como la importancia de la historia de Alejandro Magno hacen de esta obra una fuente importante, no sólo para el estudio del pensamiento escatológico (especialmente por la aparición de la figura del Rey de los últimos tiempos, contrapuesto al Anticristo, cf. págs. 39-45), sino también para los estudios comparados de ciertos temas literarios y su difusión (cf. esp. págs. 9-39).

125. PETER DRONKE ha trabajado el tema de Hildegarda como «sibila» en dos de sus trabajos: «Medieval Sibyls: Their Caracter and their "Auctoritas"», en *Studi Medievali* (3ª serie) 36 (1995) 581-615; «Sybilla – Hildegardis. Hildegard und die Rolle der Sibylle», en E. FORSTER [ed.], *Hildegard von Bingen – Prophetin durch die Zeiten. Zum 900. Geburtstag*, Friburgo de Brisgovia, Herder 1997, págs. 109-118.

126. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91), para la información sobre el *Sybillen-Lied* y la *Konstanzer Weltchronik*, así como sobre la *Oberreinische Chronik*, págs. 426-427.

tes de los críticos tiempos que vivió el papado en Aviñón. Por otra parte, es necesario anotar que tardíamente, en textos impresos, el nombre de Hildegarda aparece nuevamente mencionado en conexión con Joaquín de Fiore. En un texto publicado en Múnich a comienzos del siglo XVI, aparecen ambos nombres en el título y en un grabado que ilustra la portadilla: el diálogo entre un monje y una monja que tiene un libro abierto entre las manos, mientras el Espíritu Santo en forma de paloma está posado en una nube sobre ambas figuras, las cuales presumiblemente representan a Hildegarda y Joaquín.[127]

Finalmente, y ya en el siglo XVI, es necesario mencionar a uno de los autores más influyentes para la propagación y popularización de la obra y la figura de Hildegarda a fines de la Edad Media y la temprana modernidad, Johannes Trithemius (1462-1516), abad de Sponheim durante veintitrés años. Criticado por su conducción de los asuntos de su institución y por supuestas actividades cercanas a la necromancia, debió alejarse de Sponheim, y en 1506 emigró a la abadía de St. Jakob, en Wurzburgo, donde ejerció como abad hasta su muerte en 1516.[128]

Conclusión

Parece claro, pues, que se haga necesaria una consideración de las obras visionarias de Hildegarda, y del *Libro de las obras divinas* en particular, en cuanto escritos cosmológicos y teológico-exegéticos

127. M. EMBACH, *op. cit.* (ver *supra* n. 91): *Namhafter offenbarungen // zwo. Aine sagt der Alt Joachim [von Fiore]. Die Annder die // heylige fraw Hilldegradis[sic]/ so jnen vo[n] gott geoffenbart ist worden / der Prophecyen gar nahend sind* //[Múnich, Johann Schobser, *ca.* 1517], pág. 442.

128. Para la información sobre Trithemius, remito sobre todo al artículo de MICHAEL EMBACH, «Johannes Trithemius (1462-1516) als Propagator Hildegards von Bingen», en A. HAVERKAMP [ed.], Maguncia, Philipp von Zabern 2000, págs. 561-598.

compuestos en el ámbito de la creación monástica y comparables a los escritos de similar carácter compuestos en el siglo XII. Es importante recordar asimismo que las miniaturas que acompañan los textos del *Scivias*, así como las del *Libro de las obras divinas*, construyen también los sentidos posibles de la escritura de la *visión/audición* que su autora elaboró a lo largo de casi cuatro décadas de escritura.

Por otra parte, hay que situar su obra históricamente en el contexto político y eclesiástico en el cual Hildegarda influyó a través de su escritura visionaria y profética, incluyendo en este ámbito su epistolario. En este contexto y en relación con el carácter específicamente visionario de su escritura, podemos sugerir que el pensamiento contemporáneo que unió Naturaleza e Historia en una gran «visión sacramental»[129] permitió que sus imágenes visionarias tuvieran la densidad, la recepción y, sobre todo, el estatuto de veracidad que Hildegarda logró establecer para su obra. Por último, es necesario destacar también la recepción de la obra de la autora en los siglos siguientes; es importante recordar que fue conocida sobre todo por sus escritos apocalípticos, recogidos en la antología compilada por el monje Gebeno de Eberbach hacia 1220 y reinterpretados, por cierto, de acuerdo a la coyuntura política y eclesiástica de cada momento. Si bien su influencia fue, en definitiva, más restringida que la del abad Joaquín de Fiore y su pensamiento sobre las Tres Edades de la Historia de la Salvación, se puede considerar que la figura de Hildegarda fue una de las más importantes y reconocidas en el ámbito del pensamiento profético y apocalíptico de la Edad Media.

129. Sobre las nociones de «sacramento» como signo portador de sentido (ya sea personas o cosas, acontecimientos o ritos) que nos refieren a un misterio o verdad escondida, cf. HENRI DE LUBAC, *op. cit.* (ver supra n. 8), págs. 399-400.

Libro de las obras divinas

[illegible]

Índice de los capítulos

Capítulos de la primera visión de la primera parte

V. Que, una vez robustecida la virtud de la fe, el amor a Dios y al prójimo no pueden ser separados.

VI. Que quienquiera que, sometido a Dios por la devoción humilde y encendido por el Espíritu Santo, se vence a sí mismo en aquello en que es vicioso, y vence al diablo, y que los ángeles, gozosos de las cosas buenas de los justos ensalzan la omnipotencia de Dios.

VII. Que todas las cosas, que se manifestaron distintas en número, orden, lugar y tiempo, habiéndolas creado Él, estuvieron en Dios, sin lugar, desde la eternidad.

VIII. Que el diablo y los ángeles desertores de la justicia, habiendo tenido antes gran poder, fueron reducidos a causa de su ingratitud o de su soberbia a que nada puedan contra ninguna creatura, a no ser aquello que les sea permitido por orden celestial.

IX. Que el hombre, guiándose a imitación de la justicia de su Creador, como sacado de cierta irracionalidad bestial, comienza a brillar con el fulgor de la naturaleza racional.

X. Que en la palabra de Dios que dice: «Hágase la luz», la luz racional, esto es, que los ángeles sean creados y que, por la bienaventuranza, Dios ha hecho, a partir de algunos de los que cayeron, otra vida racional, cubierta por la carne: el hombre, el que obtuvo el lugar y la gloria de los ángeles caídos.

XI. Que Dios, reuniendo junto a sí a los predestinados en la fortaleza de su amor, los instruye con todas las cosas necesarias, por infusión de los dones del Espíritu Santo.

XII. Que el Hijo de Dios, recibiendo la naturaleza de la humanidad sin mancha de pecado y manifestándose en la carne, llamó a publicanos y pecadores a la penitencia y los volvió justos por su fe.

XIII. Que la imitación del amor del Hijo de Dios, que pisoteó al diablo en su cruz, también ahora pisotea, en sus fieles, la discordia y los demás vicios, y al antiguo engañador del género humano, y lo reduce a la nada.

XIV. Que Adán y Eva, consintiendo en la persuasión del diablo, que los envidiaba, perdieron la gloria de la vestimenta celestial, esto es, la inmortalidad.

XV. Que Dios, compadecido de ellos, para castigar la culpa de la transgresión los expulsó del Paraíso a este exilio, y que quienquiera que haya violado la fe del matrimonio instituido por Dios entre ellos, ha de ser castigado con grave venganza, a no ser que haga penitencia.

XVI. Que la promesa de Dios, quien dijo a Abraham que su semilla se multiplicaría según el número de las estrellas del cielo, fue cumplida por el pueblo espiritual que nace en la predicación del Hijo encarnado de Dios.

XVII. Que Dios eligió, a partir de la estirpe de Abraham, que cree y le obedece, a la Virgen María, de la cual nacerá corporalmente Cristo, fundador y guía de la nueva estirpe, esto es, de la espiritual.

Capítulos de la segunda visión de la primera parte

I. Descripción de la esfera del mundo entero con los círculos y los planetas y sus vientos, que se manifiesta a modo de rueda en el pecho de la imagen que se describió en la primera visión.

II. Que la divinidad, a semejanza de la rueda completa que no tiene ni inicio ni fin, abarca todas las cosas circunscritas en ella sin espacio ni tiempo.

III. Por qué la esfera del mundo se muestra o se describe en el libro *Scivias* en figura de huevo, y en éste a semejanza de la rueda.

IV. Sobre los dos círculos de fuego brillante y negro: por qué uno ha sido puesto debajo del otro y cómo obran conjuntamente entre sí, y qué significan.

V. Sobre el círculo del éter puro, que es el tercero, de qué es capaz en su constitución y qué significa y por qué tiene tan gran densidad como los dos superiores.

VI. Sobre el cuarto círculo, que se ve semejante al aire acuoso y de cuánta densidad tiene y qué significa.

VII. Sobre el círculo de aire fuerte, blanco y brillante, con cuánta utilidad obtiene el quinto lugar y cuánta densidad tiene, y qué significa él mismo, o por qué se une al superior como si fuesen uno.

VIII. Sobre el sexto círculo, que parece avanzar a semejanza del aire tenue desde los círculos superiores, de qué es capaz en su lugar y qué simboliza en la razón mística.

IX. Por qué estos seis círculos se unen entre sí sin espacios vacíos y qué se señala a través de esta unión.

X. Que el primer círculo inflama a los otros con su fuego, el cuarto los regula con su luz, y qué muestra esto figurativamente para nosotros.

XI. Sobre la línea que aparece en la mencionada rueda extendida desde la primera salida del sol hasta el extremo de su ocaso, y qué conlleva ello en sentido místico.

XII. Testimonio del Apocalipsis, y cómo debe comprenderse para interpretarlo.

XIII. Que la masa de la tierra fue dispuesta sin movimiento a semejanza de un globo bajo los seis círculos mencionados, distante por igual de los cinco superiores y en medio del sexto, esto es, del aire tenue, y qué significación se infiere de allí.

XIV. Las palabras de Pablo que corresponden a esta misma significación, y cómo deben ser comprendidas.

XV. Sobre la imagen en forma de hombre que aparece en medio de la mencionada rueda, que alcanza el círculo del aire fuerte, blanco y brillante con la coronilla, los pies y las manos distendidas, y qué designa esta imagen y su posición.

XVI. Sobre las cuatro cabezas de las bestias que aparecen en las cuatro partes de esta misma rueda y qué significan, en el mundo y en el hombre.

XVII. Por qué el viento oriental principal se ve a modo de cabeza de leopardo sobre la cabeza de la imagen del hombre en el

círculo del éter puro; por qué también se muestran sus dos vientos colaterales, uno según la apariencia de la cabeza del cangrejo, otro a semejanza de la cabeza del ciervo.

XVIII. Por qué estas cabezas soplan hacia la imagen del hombre en la rueda, y la descripción de su significación moral.

XIX. El testimonio del *Cantar de los Cantares* que corresponde a estas mismas cosas, y cómo debe ser comprendido.

XX. Por qué el viento principal de occidente aparece en el círculo del aire acuoso en la figura de la cabeza del lobo, debajo de los pies de la mencionada imagen; por qué también se muestran sus dos vientos colaterales, uno en forma de cabeza del ciervo, otro en forma de cangrejo.

XXI. Por qué estas cabezas, así como las superiores, dirigen sus alientos hacia la imagen del hombre, y la comprensión moral de estas cosas.

XXII. Las palabras de Isaías que pertenecen a esto y cómo deben recibirse.

XXIII. Por qué el viento principal austral se muestra en la parte derecha de esta imagen como cabeza de león en el círculo del fuego brillante; y por qué sus dos vientos colaterales se perciben, uno en figura de cabeza de serpiente, otro en cabeza de cordero.

XXIV. Por qué estas cabezas, como también las anteriores, emiten sus soplos hacia la rueda y hacia esta misma imagen.

XXV. Que el hombre debe investigar diligentemente cómo todas estas cosas corresponden a las que han de realizarse para la salvación de su alma y para los juicios de Dios, que no deja nada sin examinar.

XXVI. Que el orden de las virtudes, distinguidas por sí o en sí, no debe ser descuidado por ningún fiel, ya que el efecto de la virtud lleva al hombre a la justicia y a la rectitud de las cosas celestiales.

XXVII. Testimonio del Salmo CXVII que concuerda con esto y cómo debe ser comprendido.

XXVIII. Por qué el viento septentrional principal aparece desde la parte izquierda de esa imagen humana como cabeza de oso en el círculo del fuego negro; y por qué también sus dos vientos colaterales se ven, uno en forma de cabeza de cordero y otro en forma de serpiente.

XXIX. Por qué también estas cabezas, así como también las superiores, vierten los impulsos de sus soplos hacia la rueda y hacia esta misma imagen.

XXX. Las palabras de David en este mismo Salmo CXVII, relacionadas con estas cosas, y su explicación.

XXXI. Sobre los siete planetas que aparecen en distintos intervalos en los diversos círculos de la rueda de la ya mencionada imagen.

XXXII. Cómo estos mismos planetas han sido dispuestos por Dios, fundador del mundo, en el firmamento, y sobre sus diversos efectos.

XXXIII. Qué significa que tres de estos planetas se observen en el círculo del fuego brillante, uno en el espacio del fuego negro y tres en el ámbito del éter puro.

XXXIV. Hacia dónde dirigen los rayos los tres primeros planetas, que en esta visión se divisa que salen desde ellos, y qué se representa, tanto a través de los planetas como a través de sus rayos.

XXXV. Por qué el sol, que está en medio de ellos, parece emitir más rayos que los demás, y qué significa él mismo y sus rayos.

XXXVI. Hacia dónde despliegan sus rayos los tres planetas inferiores y qué se simboliza a través de ellos mismos e igualmente a través de sus rayos.

XXXVII. Que cualquier fiel, aunque sobresalga en virtudes, sin embargo, a veces abandonado por las mismas virtudes, es golpeado fuertemente por las tentaciones, para que no perezca seducido por la presunción del orgullo.

XXXVIII. Testimonio del libro de Isaías puesto aquí para enseñar estas cosas, y cómo debe comprenderse.

XXXIX. Sobre las dieciséis estrellas principales distribuidas equilibradamente en el círculo del fuego brillante para fortalecer el firmamento y para regular los vientos en la circunferencia del firmamento mismo.

XL. Que una gran cantidad de otras estrellas distintas dispuestas en dos círculos, es decir, el del éter puro y el del aire blanco y brillante, calienta el firmamento y contiene las nubes, para que éstas no traspasen sus límites.

XLI. Sobre los cuatro soplos que aparecen a modo de lenguas, por su movilidad, a la derecha y a la izquierda de la imagen, y qué utilidad tienen.

XLII. La razón mística y luminosa del número y el orden o la posición de las dieciséis estrellas principales.

XLIII. Igualmente la razón mística de la gran multiplicidad y constitución de las otras estrellas comunes.

XLIV. Igualmente la razón mística de la utilidad de los cuatro soplos que a semejanza de lenguas se mueven en la parte derecha o izquierda de la imagen.

XLV. Que cada fiel que sigue devotamente las huellas del hijo de Dios, fortalecido en medio de las tentaciones por las virtudes, llega a los goces celestiales; y las palabras de Isaías expuestas apropiadamente para confirmarlo.

XLVI. Sobre la clarísima luz que avanza desde la boca de la imagen que porta la rueda en el pecho, a semejanza de hilos que parecen medir los signos de la imagen misma y de la rueda y de los círculos ya mostrados; y la razón mística de ellos.

XLVII. Las palabras del profeta Jeremías que se refieren a esta misma razón, y cómo deben ser comprendidas.

Capítulos de la tercera visión de la primera parte

I. Un resumen simple de ciertas visiones que tocan la física: sobre los vientos que circundan el firmamento en sus zonas superior e inferior; sobre el círculo superior que emite otro viento[1] hacia los planetas, que los hace volver desde el ocaso al nacimiento y que los regula en su curso; sobre los humores del hombre que asumen las cualidades del aire y de los vientos que entrechocan; sobre las venas y sobre los intestinos de todo el cuerpo humano y cómo permanecen juntos y colaboran entre sí en los diversos oficios; y por qué causas están a veces en oposición por su igualdad o por su combinación.

II. Que todas las creaturas sirven al interés tanto del alma como del cuerpo, y qué significa que los vientos oriental y meridional con sus colaterales velen por que el firmamento gire de oriente a occidente.

III. Qué significa que, en los diversos solsticios del año, el viento austral se levante desde el austro hacia el septentrión y el viento septentrional paulatinamente descienda desde el septentrión hacia el austro.

IV. Qué significa el círculo que aparece en el fuego superior, que ciñe el firmamento y emite un viento que se bate sobre las cosas superiores y que regula el curso de los planetas, volviéndolos a su origen.

V. Las palabras del profeta Habacuc citadas para explicar el mismo significado y su exposición.

1. Este viento no aparece en este capítulo, pero sí en la visión misma. Sin suponer en este lugar dicho viento, esta explicación no se condice con el texto mismo.

VI. Qué significa que, según la diversa cualidad de los vientos y del aire entrelazados entre sí, se alteren los humores del hombre al ser sacudidos.

VII. El testimonio de los proverbios de Salomón, incorporado para aclarar este significado y cómo debe comprenderse.

VIII. Que con la variada alternancia de los vientos y del aire, ya sea partir del curso diverso del sol y de la luna o por el juicio proveniente de Dios, al percibir el cambio el hombre sufre alteraciones de salud y de enfermedad, y qué representa esto en su vida espiritual.

IX. Que los humores en el hombre, según la complexión de ciertos animales, se agitan más ásperamente o más dulcemente, y que, con el cambio o el impulso de estos mismos humores, los afectos y los pensamientos varían con alternancias frecuentes en él, es decir, en el hombre.

X. Que el hombre es más expedito para obrar en su parte derecha, por tener a su diestra el hígado, donde está la fuente del calor; pero en su parte izquierda el hombre es más hábil para llevar cargas por tener el corazón o el pulmón ubicados a la izquierda y porque mantienen el ritmo de la respiración, y qué tienen de espiritual estas cosas en él.

XI. Las palabras del profeta Isaías adecuadas para explicar el significado de estas cosas, y en qué sentido deben recibirse.

XII. Qué significa en el hombre que los humores que hay en él, que humedecen el ombligo, el cual es la punta de las vísceras, y los genitales, en los que reside la lujuria, tocan a veces las venas de los riñones y de los intestinos y, a través de estas venas, ascienden a su vez a las venas del bazo, del pulmón y del corazón.

XIII. Que las venas del cerebro, del corazón y del hígado, al reforzar los riñones, así como las venas de los riñones, al fortalecer las pantorrillas en su descenso y, al volver hacia arriba con sus mismas venas, unidas en los lugares adecuados, confieren a cada sexo las fuerzas para engendrar; y que los bíceps, los brazos y las piernas están llenos de venas y de humores; y un breve ejemplo de estas cosas en el hombre.

XIV. Que el cansancio le sobreviene al hombre cuando corre, por la excesiva distensión de los nervios y de las venas de todo el cuerpo, y que por la complexión o impulso de estas venas surge aquel deleite momentáneo; y la demostración moral y útil de estas cosas en el hombre.

XV. Por qué causas el hombre, cuando a veces se corrompen en él la flema y los humores, padece en el cuerpo la epilepsia u otras enfermedades, y qué males se apoderan de su alma, según las significaciones de estas cosas.

XVI. Las palabras del profeta Oseas, que corresponden a estas cosas, y en qué sentido deben recibirse.

XVII. Que las venas de los riñones del hombre, a veces excesivamente tocadas por los humores, a su vez han sido alterados inmoderadamente cuando, al golpear otras venas, resecan también la médula de los huesos; y qué molestia se apodera en el interior del hombre por estas cosas.

XVIII. Qué representan en su significado espiritual los humores que abundan excesivamente en el pecho del hombre, y mueven el hígado y las venas de los oídos o de los riñones, y ascienden desde el ombligo hasta el cerebro.

XIX. Qué mejoría significa estos humores regulados equilibradamente en el cuerpo del hombre y en sus pensamientos; y el testimonio del *Cantar de los Cantares* que a esto se refiere, con su exposición.

Capítulos de la cuarta visión de la primera parte

I. Las diversas visiones, comprendidas brevemente en un solo capítulo, acerca del firmamento: cuánta densidad tiene, y las cosas que se adhieren a él; y acerca de los perjuicios que sufren los restantes círculos; cómo se rechazan o se regulan por la oposición de otros círculos; y acerca de la zona láctea que aparece a modo de arco curvado.

II. Que Dios, creador de todas las cosas, consolida las cosas inferiores a través de las superiores, y, a través de ellas, purifica a los pecadores, castigándolos; y qué representa en el hombre el espesor del firmamento, enteramente igual al de la tierra.

III. Sobre el firmamento, dispuesto adecuadamente por su fundador para ciertos órdenes con el fuego, el éter, las aguas, las estrellas y los vientos; y de dónde han sido creadas las escamas del fuego brillante del círculo superior, que caen a modo de chispas y dañan la tierra y a sus habitantes; y qué profunda venganza se demuestra con esto.

IV. Que el fuego negro, comprendido en el segundo círculo, despertado por el juicio de Dios o por la colisión de los vientos, emite una nube que seca lo que verdea en la tierra, y se torna peligroso por el calor o por la inundación de las lluvias; y qué significan estas cosas.

V. Que el círculo del éter puro regula con su suavidad las cosas superiores e inferiores y se opone a las escamas del primer círculo y a la nube del segundo círculo, para no dañar demasiado las tierras; y qué tiene de utilidad o de significación el humo, que proviene de las aguas superiores recalentadas por el fuego celestial.

VI. Sobre la nube pestilente que se extiende desde el círculo del aire fuerte y blanco hacia las tierras; de dónde ha sido creada esta nube; y la densidad del aire acuoso que se le opone, para que no sea excesivamente nociva; y que ninguna plaga cae sobre los hombres, a no ser por el juicio de Dios; y qué representan estas cosas.

VII. Sobre el humor que emana del aire tenue y qué utilidad tiene; y las gotas de las lluvias que se convierten en nieve por el frío de la zona superior; y que este mismo aire tenue fortifica la tierra desde las cosas superiores y la fecunda.

VIII. Cómo aparecen, brillantes o sombrías, las nubes en el aire superior, modificadas por el fuego o por el frío; y cómo difunden la lluvia no repentina sino gradualmente, como ordeñada desde ciertas mamas; y qué representan en nosotros.

IX. Sobre la nube llamada láctea, que fortalece el aire comprendido en su extensión o en su curvatura; y qué se quiere señalar a través de esto.

X. Las palabras de Job que conciernen a esto; y en qué sentido han de recibirse.

XI. Que el hombre, fortalecido en Dios como el firmamento, debe siempre tener cuidado de sí mismo y de sus obras, puesto que Dios, de entre todas las cosas, lo hizo creatura máximamente racional, para que lo conociera y lo glorificara.

XII. Que Dios puso el sello de la belleza de sus obras en el primer ángel; y que, para demostrar en qué parte del mundo está el infierno, dejó privada de luz la cuarta parte, esto es, la septentrional, mientras que las otras tres partes fueron iluminadas por la

presencia del sol y la luna; y que las tinieblas se aclaran con el fulgor de la luz y la luz es más grata por oposición a las tinieblas.

XIII. Sobre la soberbia y el orgullo del primer ángel y sus secuaces contra Dios; y de su caída al lugar de las tinieblas y del clamor de los ángeles bienaventurados, que los detestan.

XIV. Que Dios sabía desde lo eterno, en el secreto de su plan divino, que el hombre llegaría a existir, y lo hizo a su imagen y semejanza para que combatiera siempre al diablo que no podía comprender este misterio y obtuviera su lugar; en él, compuesto de alma, huesos y carne, reunió a todas las creaturas del mundo mayor.

XV. Cómo la apariencia exterior y la forma del hombre son atributos del alma, según su perfeccionamiento o sus faltas interiores.

XVI. Que el firmamento y el hombre en su constitución recibieron mucha semejanza de Dios, su Artífice; y qué se señala con esto en el alma del hombre mismo.

XVII. Que en la cabeza del hombre, a través de tres divisiones de iguales medidas, es decir, desde la coronilla hasta la garganta, se reconocen los tres círculos superiores del firmamento con otros dos interpuestos entre sí; y de qué manera la densidad de estos mismos círculos se asigna en la circunferencia de la cabeza con igual división; y cómo también estas cosas se adecuan a la facultad del alma.

XVIII. La descripción de ciertas medidas que se encuentran en los labios, en las orejas, en los hombros y en la garganta del hombre; y de qué manera, según estas proporciones, el hombre interior debe conducirse en la obra de Dios o en la penitencia; y cómo

los espíritus malignos e impenitentes se confunden en otra medida, porque no pueden apartar al hombre de la penitencia.

XIX. Sobre las dos fuerzas del alma, de las cuales una se alegra en las cosas que miran a Dios, y otra opera en su cuerpo al vivificarlo y gobernarlo.

XX. Las palabras de David y el sentido en el que deben recibirse, que se refieren a diversos ejercicios del alma y del cuerpo.

XXI. Que así como el firmamento y las diversas cualidades de sus círculos cumplen las obras de la tierra, así la cabeza y los sentidos del mismo modo rigen el cuerpo entero; y también son los atributos del alma la fuerza principal, esto es, la razón, por lo que ésta desea las cosas celestiales; y que otras fuerzas que administran el cuerpo.

XXII. Sobre los intervalos y la cooperación recíproca de los siete planetas; y cómo desde la parte más alta del cerebro humano hasta el extremo inferior de la frente deben ser delimitados con igual medida que estos planetas a través de siete lugares; y cómo, similarmente, el alma debe conducirse a sí misma y a su cuerpo, que existe con sus cinco sentidos, según los siete dones del Espíritu Santo con los bienes y los afectos y las obras.

XXIII. Que el cerebro del hombre, dividido en tres celdas y que suministra la sensualidad al cuerpo entero, recibe el curso del sol que, iluminando las tres partes del mundo, las refuerza al regular o al calentar todas las cosas que están en las tierras, y también ilumina la luna con su fuego.

XXIV. Que del mismo modo el alma, rigiendo el cuerpo con sus fuerzas y venerando a Dios como uno en la Trinidad, imitan-

do al mismo planeta, parece que hace sucesivamente el día o la noche, mientras —por el espíritu de fortaleza que significa el sol— refulge fortalecida y elevada por la luz de las obras santas; o bien se oscurece, sucumbiendo a las concupiscencias de la carne.

XXV. Que así como todas las venas del cuerpo proporcionan calor al cerebro, que trae la humedad desde las vísceras, así también los círculos superiores ayudan con sus fuegos al sol que difunde a veces el rocío y la lluvia, para no carecer de calor; y qué semejanza o diferencia se encuentra entre el alma y la carne según estas cosas.

XXVI. Que así como el cerebro y los intestinos carecen de purgación, mientras abundan en humores, así también el aire y la tierra en el tiempo del otoño parecen purgarse en ciertos lugares: aquél a través de hilos largos y cuajados, y ésta con una espuma sucia; y de este mismo modo se comprueba que la carne se seca por el sudor venéreo, y que el alma se expía por la labor de la penitencia.

XXVII. Que la vasija del cerebro indica el fuego superior que enciende el sol; y que el humor del aire acuoso regula el calor del sol y limita su curso, para que no consuma las cosas bajo él; y cómo igualmente el alma, puesta bajo la potestad y el juicio de Dios por la racionalidad a ella impuesta, debe regirse con discreción a sí misma y a su cuerpo en toda circunstancia.

XXVIII. Que así como la negrura del cerebro, cuajada por el calor y el humor, difunde la flema o el color negruzco al cuerpo del hombre, así también el fuego negro, que está en el segundo círculo, lleva las tempestades y los rayos al mundo; y de este modo el alma, corrupta por la arrogancia, y la carne, por las concupiscencias, luchan entre sí, resistiendo la una a la otra.

XXIX. Que el cuerpo del hombre es robustecido por el cerebro, como las cosas superiores e inferiores son fortalecidas por el sol que está en medio de los planetas; y se habla de las tres partes del mundo iluminadas por el sol, y de la cuarta que Dios dejó fría y en tinieblas; y la razón mística de estas cosas en el interior del hombre.

XXX. Qué significa la salida o el ocaso del sol en los actos del hombre; y que a veces el sol no aparece, oculto por las nubes o por el exceso de las tempestades, o bien devuelve su luz a las tierras, cuando aquellas han sido disipadas.

XXXI. Que la frente, que está entre el cerebro y los ojos, contiene las enfermedades que nacen del cerebro y del estómago, al igual que la luna recibe las cosas que descienden de las cosas superiores y ascienden desde las inferiores; y que los ojos por el albugo, por las pupilas y por su humor señalan el éter puro, las estrellas y el vapor que asciende desde las aguas subyacentes; y la múltiple consideración de estas cosas en las cualidades del espíritu.

XXXII. Por qué causas brotan las lágrimas contenidas en los ojos desde los humores del cuerpo, como las lluvias desde las nubes llevadas a lo alto desde las aguas inferiores; y la expresión cuidadosa de estas cosas según las afecciones del alma.

XXXIII. Que así como ninguna forma es visible sin nombre, tampoco existe sin medida; y qué significa en el interior del hombre la igual medida de los ojos exteriores.

XXXIV. Que el juicio del alma racional debe constituir la recompensa para lo bueno y el castigo para lo malo; y que ninguna penitencia bastaría para lograr la recompensa eterna, incluso si superase toda la arena y las gotas del mar.

XXXV. Que así como el hombre es reforzado por los ojos y los demás sentidos y el cielo es iluminado por el sol, la luna y las estrellas, que se ayudan recíprocamente con la luz, así el alma es iluminada por las obras de la verdadera penitencia y rápidamente lavada de los pecados por los suspiros o por las lágrimas.

XXXVI. Que así como la cabeza es sostenida por el mentón, las cosas superiores son sostenidas por las nubes; y así como en el hombre los huesos se endurecen por el fuego y cuajan por el frío de la médula, y como en el mundo la tierra es cultivada para que fructifique durante el estío y el invierno, también las mentes de los fieles son afianzadas para el bien por el fuego del Espíritu Santo y por el rocío del dolor y debilitadas por la inercia del embotamiento y del descuido.

XXXVII. Igualmente sobre la utilidad de los sentidos del hombre y de los astros en el mundo; y que el engaño del diablo, con el que tentó a Eva, y, a través de ella, transmitió el pecado original a la posteridad entera, como si fuera una nube que, elevándose desde el aire nocivo y cubriendo la tierra, estropeó los frutos y eclipsó la visión, para que no se distinguiese la claridad del día.

XXXVIII. Que las cejas, dadas a los ojos para su protección, designan los caminos de la luna, sometidos cada mes a crecientes y menguantes; y similarmente en el temor a Dios debe haber constancia y seguridad para el alma, tanto en la prosperidad como en la adversidad.

XXXIX. Sobre la nariz, la boca y las orejas; cuánta es su utilidad en el hombre; y qué significan sus diversos efectos en los elementos del mundo exterior y en relación con el interior del alma; y que en todas las cosas han de seguirse los ejemplos de los santos.

XL. Que en la lengua del hombre se señala la inundación de las aguas; y qué representa esta inundación exterior del agua respecto al interior.

XLI. Qué virtud o qué fortaleza representa en nosotros los dientes, que [no] son huecos y no tienen médula.

XLII. Por qué el niño, aunque tiene huesos, nace sin dientes; y por qué los hombres, cuando envejecen, a menudo pierden estos mismos dientes; y qué demuestra estas cosas.

XLIII. Cómo y de dónde se forman los dientes en los niños; y por qué, mientras tanto, son afligidos por un grave dolor; y la significación de estas cosas en nosotros.

XLIV. Que los dientes, que trituran y revuelven los alimentos con los que se alimenta el hombre, se asemejan a un molino; y cómo el alma en su interior imita esta característica.

XLV. Que a través del mentón, la garganta y el cuello, que tienen diversas funciones en el cuerpo, se indican los diversos efectos de las nubes en el mundo y los múltiples efectos de las virtudes en el alma.

XLVI. Que a través de los cabellos que adornan convenientemente la cabeza, se señalan exteriormente las gotas del rocío o de las lluvias, por las cuales la tierra, fecundada de hierbas y de frutos, está bellamente vestida; e interiormente se señala el culto a la inocencia y a la castidad y a la humildad, con lo que el alma brilla ante Dios.

XLVII. Por ello sucede que en las cabezas de ciertos hombres los cabellos que mantienen su fortaleza no son desarraigados,

mientras que en las cabezas de otros se caen debilitados por la calvicie; y que esto simboliza la fertilidad y la esterilidad de los frutos de la tierra en el exterior, y de las virtudes en el alma en el interior.

XLVIII. Qué designa en los diversos efectos del alma la posición del hombre que tiene enfrente el oriente; detrás, el occidente; a la derecha, el austro; a la izquierda, el aquilón.

XLIX. Que así como los hombros y los brazos con las manos se adhieren al cuello, los cuatro vientos principales con sus colaterales se unen al firmamento; y cómo las cuatro fuerzas en el hombre, es decir, el pensamiento, el habla, la intención y el gemido son asimiladas a estos mismos cuatro vientos; y qué significa que la fuerza sea mayor en la diestra que en la siniestra.

L. Que el alma, enviada al cuerpo por el Espíritu de Dios, lo embebe del todo con sus fuerzas, como el soplo de los vientos atraviesa el mundo entero.

LI. Que así como el hombre es gobernado y sostenido por los brazos y las piernas, así también los vientos colaboran uno con otro en el sostenimiento del firmamento; y qué representan estas cosas y el hecho de que los vientos sean plácidos o turbulentos en relación al alma.

LII. Cómo en las flexiones de los brazos y en las junturas de los omóplatos o de las manos deben determinarse las inclinaciones de los vientos; y que así como diestra y siniestra cooperan entre sí, también el firmamento y la tierra cooperan entre sí en algunas cosas; y así el hombre cumple con sus obras, aunque sean contrarias, mediante la ciencia del bien y del mal.

LIII. Sobre la dimensión tripartita del cuerpo humano y el espesor de la esfera del mundo; y de qué modo la vida del hombre corresponde a esta misma dimensión según la infancia, la juventud y la vejez.

LIV. Que la parte superior de la tierra es suave, blanda y penetrable, pero la inferior es firme, dura e impenetrable; y qué se encuentra en el alma del hombre siguiendo estas indicaciones.

LV. Qué significa, en las cualidades interiores del hombre, la medida de los hombros, de los antebrazos, de las manos y de los pies hasta la punta del dedo mayor, semejante en alguna proporción a los vientos.

LVI. Qué muestra, en los diversos afectos del alma, la medida de los muslos por delante y por su ancho, la medida que separa el ombligo del aparato de evacuación, y la longitud proporcional que corresponde al ancho de la tierra y a su profundidad.

LVII. Que por la distancia que hay desde el límite de la garganta hasta el ombligo se representa el aire; y que el alma que vivifica todo el cuerpo y se mueve para obrar, se compara con el mismo aire, que penetra en todas las cosas vacías y regula la tierra de diversos modos para producir frutos.

LVIII. Que las aves son elevadas por el aire para volar, como algunos peces son nutridos por él en las aguas, de manera que durante algún tiempo sobreviven sin alimentarse; y del mismo modo el hombre, siguiendo los deseos del alma y no los de la carne, vuela en la contemplación y se alimenta con la dulzura de las escrituras.

LIX. Que el mar y los ríos se mueven gracias al aire el cuerpo se mueve gracias a las venas llenas de sangre, y el alma, gra-

cias a las virtudes con las que logra el cumplimiento las semillas de las buenas obras, así como la tierra es regada por los riachuelos.

LX. Que así como la tierra disuelta en lodo es fecundada por el calor del verano y por el frío del invierno, para que toda cosa germine, así también el hombre, con el alma y la carne enfrentándose entre sí, produce los frutos de las virtudes o de los vicios.

LXI. Que así como el pecho del hombre contiene el corazón, el hígado y el pulmón, también el aire contiene en sí el calor, la sequedad y la humedad de las brisas; y de este modo la memoria contiene los pensamientos del alma y dispone sus obras.

LXII. Que así como el corazón es vivificado por el hígado, el pulmón y las demás entrañas que se adhieren entre sí, y como el tiempo del día, de la noche y del aire varían con la tranquilidad y las tempestades, así la vida del hombre, en medio de las luchas de la carne y del alma, es sacudida por el torbellino de los vicios o alegrada por la claridad de las virtudes.

LXIII. Que así como el vientre encierra y retiene las vísceras y los alimentos compactados por los molinos de los dientes para utilidad del cuerpo entero, también el alma debe preservar en el secreto de la memoria los pensamientos para su propio reproche y rumiarlos con diligente discreción.

LXIV. Que las hinchazones de las carnes que sobresalen del pecho, llamadas mamas, significan exteriormente la fecundidad del aire, e interiormente los deseos del hombre inherentes al corazón; y así como la mujer, comparada con el varón, es blanda y débil, el deleite de la carne carece de fortaleza frente a las fuerzas del alma.

LXV. Que la mujer, a causa de su debilidad, requiriendo la protección del varón, debe estar siempre sometida a él y preparada para servirlo; y qué representa el trato común externo de ellos en las cosas interiores.

LXVI. Que quienquiera que haya lavado sus pecados con la penitencia, no se ruborice más a causa de ellos, y que quien se atormenta por los ayunos y las oraciones, adorne su alma como revistiéndose con una túnica purpúrea.

LXVII. Que como el aire lleva los frutos de la tierra a la madurez por el calor y la humedad, así el corazón, el hígado y el pulmón fortalecen el vientre para deshacer y digerir los alimentos; y que Dios, con el fuego de su celo, consume las costumbres perversas de los pecadores.

LXVIII. Las palabras de David para este argumento; y en qué sentido deben recibirse.

LXIX. Que la ternura del vientre, encerrada por las costillas y los huesos, representa la blandura de la tierra fructífera, entremezclada con piedras; y qué se expresa con estas cosas en la diversa cualidad de la vida humana, añadiendo el testimonio de un versículo del Salmo XVI adecuado a la cuestión.

LXX. Que así como las flores son expulsadas por el fruto cuando éste nace, también el hambre cesa por la saciedad; y de este modo el alma, cumplida la penitencia por los pecados en los que languidecía como por hambre, se sacia por la justicia de Dios en la realización de obras santas.

LXXI. Con qué cosas adecuadas se comparan el estómago, el mundo y el alma; y que Dios quiere que el hombre no esté nun-

ca sin la ley del precepto; y qué representan en él el verdor del estío y la aridez del invierno y la extensa amplitud del mundo mismo.

LXXII. Que, a semejanza del aire que ayuda a la tierra a fructificar, así el alma, a través de sus fuerzas, mueve al cuerpo a realizar todas las obras por las que, si fueran rectas, queda embellecida hasta la eternidad, y mira plenamente a Dios y a los ángeles y a las almas bienaventuradas; si, en cambio, las obras fueran perversas, el alma es rechazada como inmunda en esta visión.

LXXIII. Que así como la tierra, si reverdeciera dos veces en el año y engendrara indistintamente, se convertiría en polvo al marchitarse, también el alma fallaría en su obra si se consagrase inmoderadamente a todos sus deseos y a los placeres de la carne; y que, a semejanza de la tierra que fructifica desigualmente debido a su mutabilidad, así el alma, puesta en conflicto con la carne, en el creciente o en el menguante, no es capaz de obtener completamente en esta vida la fe recomendada en el Evangelio, ni la visión de Dios perdida en el paraíso.

LXXIV. Que así como las venas del corazón, del hígado y del pulmón ayudan al estómago a la recepción y expulsión de los alimentos, y la continua o excesiva saturación o vaciedad perjudicaría a este mismo estómago; así también el alma asiste al cuerpo en todas las obras, pero se perjudicaría a sí misma si permitiese al cuerpo seguir los deseos de la carne.

LXXV. Que así como la carne del hombre es dañada si recibe excesivamente o menos de lo necesario la nutrición de los alimentos, también el alma es dañada si persevera más o menos que lo justo en la severidad o en el relajamiento; y que el estómago, que recibe alimentos limpios y que rechaza alimentos fétidos, repre-

senta al hombre que se deleita en los pecados, pero luego se purifica por la penitencia.

LXXVI. Que así como el ombligo es la fortaleza de todas las cosas interiores que se adhieren a él, y la circunferencia de la tierra es el receptáculo de las demás creaturas, así también las cosas que son llevadas a través del cuerpo y del alma, sean buenas o malas, se vuelven a mirar al alma misma; y la gran distancia que hay entre los que delinquen por arrogancia y los que delinquen por negligencia.

LXXVII. Que el ombligo también se compara con la tierra que emite inmundicias lodosas y acuosas en los pantanos, por el hecho de que el calor, el frío y la humedad bajo él impulsan el alimento y la bebida hacia las partes inferiores para digerir lo cocido; y que similarmente el alma, sobrepasada por los placeres de la carne y envuelta en las obras sucias, debe ser empujada hacia los lugares inferiores y penales, a no ser que sea purgada por los suspiros de la penitencia.

LXXVIII. Que así como la tierra y el hombre reverdecen y florecen, aquella por el estío y éste por la juventud, e igualmente se secan y se marchitan, la tierra por el invierno y el hombre por la vejez, también el alma, permaneciendo en el cuerpo, lo obliga a servirla al ascender de virtud en virtud, y reverdece en las buenas obras y en los ejemplos del Hijo de Dios; y luego, sacada del cuerpo, como adornada con piedras preciosas y esperando anhelante el recibimiento del cuerpo, el alma reposa ante Dios.

LXXIX. Qué significan, en los diversos afectos del alma, la fortaleza o la insolencia de los riñones y la riqueza de la tierra que, mesurada, produce abundantes frutos y, desmedida, frutos vacíos.

LXXX. Que la tierra ha sido establecida en el medio del aire, regulando los montes y las colinas, contra las tempestades, en parte por los calores o los fríos, en parte por el ardor y por el hielo, al igual que una ciudad fortificada con torres y fortificaciones; y de este modo el alma, que muchas veces actúa contra los deseos de la carne, se adorna y se defiende con la protección de las obras santas.

LXXXI. Que, así como la tierra ha sido dispuesta de manera que sea regulada en todas partes por el sol, también el alma, sometida a Dios, es bañada por la luz de la sabiduría que debe ser iluminada por la virtud de la discreción.

LXXXII. Que el hombre, hecho a semejanza de la tierra, tiene huesos sin médula como las piedras, huesos con médulas como los árboles, y, según la cualidad de sus costumbres, recibe por significación bien la dureza de las piedras, bien la delicia del jardín florido o del huerto feraz.

LXXXIII. Que igualmente, como el aire sujeta y contiene la tierra, puesta en medio a igual distancia en todas partes, así el cuerpo y el alma, unidos por Dios, aunque disten mucho en naturaleza, deben sujetarse e instruirse pacientemente entre sí, cumpliendo conjuntamente los preceptos de su Creador.

LXXXIV. Que la vejiga, que recibe y expulsa el líquido, muestra los cursos de los ríos, que se difunden a través de la tierra, y de este modo el alma, vencedora de la carne, debe regar su cuerpo de lo que fluye de los preceptos de Dios al recibir las cosas buenas y al expulsar las cosas malas, y se aporta el testimonio de un versículo del Salmo CXVIII.

LXXXV. Que desde los lugares del cuerpo, a través de los cuales se produce la digestión de los alimentos y las bebidas, se re-

presentan los pasajes secretos y subterráneos de los ríos y el lamento del alma manchada por las obras lodosas y fétidas, que suspira hacia Dios por la esperanza de la penitencia y por la pasión de Cristo, y a esto se agrega el testimonio de un versículo del Salmo XLI.

LXXXVI. Que con la espalda y los costados del hombre se señalan las planicies de la tierra, y con los muslos y las nalgas, las colinas y las montañas, y la aspereza de la tierra dura e impenetrable por debajo apuntala la parte superior, que es más muelle; y de modo similar, la molicie de la carne se refrena de los vicios por las fuerzas del alma, para que, decorada con las perlas de las virtudes, suscite en los ángeles la admiración y la alabanza de Dios.

LXXXVII. Palabras de los santos Juan el Apóstol en su Apocalipsis, que contempla y describe el atavío de la esposa de Cristo, esto es, del alma santa, y las palabras de David que exalta en el Salmo la excelencia del hombre.

LXXXVIII. Igualmente sobre la comparación de la tierra dura y muelle, inhabitable por el calor o por el frío; y de dónde provienen los terremotos; y cómo afectan los movimientos a la tierra, que, si no fuese en la parte inferior como de hierro o de acero, se rompería en pedazos por el ascenso del sol por el calor excesivo y en el ocaso por el frío excesivo; y sobre la batalla diversa de la carne y del alma, según cuanto se ha mencionado.

LXXXIX. Palabras de David, que se lamenta del veloz curso de sus días y de su declinar en el Salmo CI.

XC. Que ciertamente la tierra, que es redonda en toda su superficie, pero no plana debido a las hinchazones de colinas y de montes por todas partes, significa el curso desigual de la costum-

bre humana a causa de las diversas luchas de las virtudes y de los vicios, que acontecen entre el alma y la carne.

XCI. Que así como la superficie inferior de la tierra, como hierro que rechaza las aguas que entrechocan y fluyen alrededor, también la fuerza del alma, como acero que afila las armas de hierro, debe domar y apartar de sí la falacia y las insinuaciones del diablo.

XCII. Que las articulaciones, tanto las iguales como las desiguales, que se encuentran en el hombre desde el muslo a través de la rodilla y del talón hasta el límite del dedo mayor del pie, y desde la juntura de la mano hasta el extremo del dedo medio, significan en el mundo las curvaturas y las inclinaciones del océano y de los ríos; y representan en el hombre el impulso y el ardor de los deseos y las múltiples oposiciones de la naturaleza de la carne y del alma que se entrelazan.

XCIII. Y también que en las articulaciones de los hombros, y de los brazos, las manos, los genitales, las corvas y los pies, en las cuales hay doce articulaciones mayores, se muestran los soplos y las distancias de cuatro de los vientos principales y de ocho de sus colaterales, que se distinguen entre sí; y que los vientos son regulados a su vez por el calor, el frío, la sequedad y la humedad.

XCIV. En particular sobre la aspereza peligrosa y el soplo nocivo del aquilón, que en el verano daña a veces los frutos con un humor frío y marchita los árboles, oscurece el sol y transforma el brillo de la luna en diversos colores.

XCV. Cómo todas estas cosas se han tratado en los dos capítulos anteriores, las medidas o las inflexiones de las articulaciones humanas o de los vientos, y cómo el cambio del día y de la noche y de las horas han de referirse al alma; y que Dios ha provisto al alma de cua-

tro fuerzas, a partir de los elementos, según el cuerpo, a saber: fuego, aire, agua y tierra; e igualmente Dios la ha provisto, a su semejanza, como de cuatro alas para que ella se gobierne y gobierne el cuerpo.

XCVI. De nuevo sobre la creación del aquilón y cómo deben ser comprendidas aquellas cosas que se dicen en particular sobre su aspereza y sus perjuicios, que se dan exteriormente a través de él en las creaturas; sobre las sugestiones de los vicios, con los que atiza el ama y el cuerpo interiormente el diablo.

XCVII. Por qué razón Dios, cuando despertó a Adán levantándolo de la tierra, constituyó el principio de que tuviese el oriente al frente, el austro a la derecha y el aquilón a la izquierda; y en su breve y pequeña estatura reunió el inmenso instrumento del mundo entero y sometió a todas las creaturas a su dominio y a las fuerzas de sus sentidos.

XCVIII. Igualmente, una vez añadidos los testimonios apropiados de las escrituras, las diversas razones por las cuales se asignan a las cualidades del hombre las estaciones y los meses del año, junto a las propiedades de sus cualidades, y al ascenso o descenso del sol como a los crecientes o menguantes de la luna; todo esto según las distinciones o medidas de sus miembros y su edad o las propiedades de los humores del cuerpo, según los diversos aumentos o carencias de los afectos de la mente.

XCIX. Palabras de David en el Salmo CIII que atañen a estas cosas.

C. Que el hombre, creado a imagen de Dios, aposentado como señor sobre el estrado de la tierra, gobierna cada creatura hecha a consecuencia suya, y es la plena obra de Dios y le place mucho, y que un sexo fue hecho para ayuda y consuelo del otro; y que el

varón tiene la forma de la divinidad de Cristo y la mujer, de la humanidad de Cristo.

CI. Cómo deben comprenderse las palabras de David en el Salmo CIX y la exposición de estas mismas palabras a partir de la Encarnación y de la potestad de Cristo y en el sometimiento de sus enemigos.

CII. Que el hombre, marcado por los signos de la omnipotencia de Dios a través de los cinco sentidos, debe conocer y venerar a su Creador como uno en la Trinidad y como trino en la unidad, y que fue creado para esto y restablecido después de la caída, para que fuese el señor del mundo y formase el décimo coro en los cielos.

CIII. Que la naturaleza del espíritu es ígnea y de mucha eficacia en sus fuerzas, con la que conoce a Dios y se comprende a sí misma, gobierna el propio cuerpo, lo dota de sensibilidad y lo mueve para obrar.

CIV. Que Dios juzga al hombre según sus obras y lo destina a la vida o al castigo, y que el alma santa, despojada del cuerpo, ve plenamente a Dios, a quien ahora no puede ver, porque se lo impide la corrupción de la carne; y que el alma espera anhelante el día del juicio para recibir su grata vestidura, esto es, su cuerpo, para que disfrute de él con los ángeles en la contemplación de Dios y las alabanzas sin fin.

CV. Exposición del capítulo primero del Evangelio según Juan, desde donde está escrito *En un principio era la Palabra,*[2] hasta *lleno de gracia y de verdad.*[3] En esta exposición se trata de la eternidad de

2. Jn 1,14.
3. *Ibid.*

la Palabra de Dios, de cómo eran las creaturas en el pensamiento del Creador antes de estar en su coeternidad. Sobre la creación de los ángeles y la venganza y la ira de Dios contra los espíritus apóstatas; sobre el plan de hacer el hombre a imagen de Dios y cómo resplandece en la hechura del cuerpo humano la fuerza de la potencia y la luz de la sabiduría del Creador. Sobre la Encarnación de Dios y las palabras de la doctrina y los ejemplos de la justicia que proclamó para el mundo. E igualmente sobre la reparación de la caída del hombre y su felicidad después de esta vida.

Capítulos de la primera visión de la segunda parte

I. Visión de gran maravilla, en la cual se describen el orbe separado en cinco partes y las dimensiones y cualidades de estas mismas partes, descritas tanto respecto del estremecimiento de la luz y de la delicia como de los castigos y las tinieblas; se describen también, con agudeza sutil, dos globos y las cosas que los circundan, uno rodeado de un color de zafiro, y otro que resplandece con rayos luminosos.

II. Que la sabiduría o potencia del artífice divino, brilla admirable en esto: por la región que sostiene el elemento de la tierra, que no es anguloso, sino redondo, separado en cinco partes, ni más ni menos, e inmóvil en medio de los otros tres elementos; y que Dios ha dotado al hombre de cinco sentidos, a manera de la división quinaria de la tierra, en esta vida, y que, en la vida futura, lo restituirá íntegramente desde el polvo del sepulcro.

III. Igualmente sobre las cinco divisiones de la tierra; cómo se regulan mutuamente con sus cualidades originarias; y de qué manera se corresponden con los cinco sentidos del hombre.

IV. Que de las dos partes de la división de la tierra, es decir, la austral y la septentrional, una y otra han aparecido diferenciadas en tres subdivisiones para el que las contempla; y cómo deben ser comprendidas según el cuerpo y el alma y los sentidos del hombre.

V. Que la quinta parte de la tierra, en medio de las otras, cuadrada y dividida igualmente por una triple separación, se vuelve inhabitable aquí por el calor, allí por el frío y allá habitable por el equilibrio; y qué se señala por estas cosas en la conducta del hombre.

VI. También sobre las cualidades de estas cuatro partes, y en qué lugares han sido establecidos los castigos para las almas de los hombres penitentes que deben purgarse; aquí, las leves, allí, las graves, allá, las más terribles, difiriendo según las culpas de aquellos que son escrutados; y por qué en las concavidades medias de estas mismas partes no hay castigos, sino ciertos horrores monstruosos.

VII. Que los juicios de Dios, que caen sobre la tierra o sobre los hombres, se vierten desde los lugares de castigo de estas partes; y que ciertos montes muy altos y muy firmes se han opuesto a los castigos o a las tinieblas del infierno para que no ocupen el mundo; y en qué partes se establecen las almas que han de ser examinadas según la cualidad de sus faltas.

VIII. Las palabras del Apocalipsis del Apóstol Juan que armonizan con esto, en las cuales se describen sutilmente cuatro tiempos y sus cualidades, señaladas desde el comienzo hasta el fin del mundo por cuatro caballos: blanco, rojo, negro y pálido.

IX. Que el antiguo enemigo, envidiando al hombre la gloria celestial que perdió, se alegra siempre de sus castigos, y a causa de esto insiste ardientemente en que lo contamine el horror del odio, del homicidio, del crimen sodomita y de los demás vicios.

X. Que a través del globo rojo y de las alas que lo rodean en cada lado hacia arriba y hacia abajo, mostradas en esta visión, se manifiesta el celo de Dios, por el cual los castigos son purgados por la caridad, como sus defensas, y cuantos son destinados a la salvación.

XI. Que a través del círculo rojo que se extiende a modo de arco alrededor de la parte exterior de occidente se señala la ex-

tensión de la venganza de Dios contra aquellos que están fuera de la integridad de la verdadera fe y del ámbito de las buenas obras.

XII. Sobre el edificio que aparece sobre la redondez de la tierra; sobre el camino y la estrella que refulge sobre él; sobre el otro globo y los rayos de las estrellas que brillan entre estas mismas alas; y sobre los espacios por los cuales se separaban estas cosas; cómo éstos se refieren a la Ciudad de Dios, que es la Iglesia, y a Cristo y al Espíritu Santo y a sus dones, y a los ángeles, por cuya custodia se fortalecen los santos.

XIII. Sobre las tinieblas exteriores y los castigos y los tormentos de diverso tipo, con los que se torturan las almas de los condenados junto con el diablo y sus secuaces y en qué partes serán más tarde consideradas; y que nadie que viva en el cuerpo puede distinguir los terribles tormentos del infierno.

XIV. Que Dios, única vida que subsiste por sí, no recibió el ser de nadie, sino que dio el ser a todas las cosas; e igualmente sobre la creación de los ángeles y sobre la ruina de los soberbios y sobre el fortalecimiento de los espíritus bienaventurados; y que el diablo no puede destruir el número de los que han de ser salvados, aunque se empeñe mucho en ello.

XV. Que para el hombre, hecho en virtud de la luz divina, pero engañado por la celada del diablo, Dios creó una vestidura de aire, y luego de haberlo revestido lo expulsó del paraíso al exilio de este mundo, para expiar la culpa de la desobediencia; y que en la expulsión la creatura fue ensombrecida en su adorno prístino; y de qué modo el hombre ahora vive y obra ayudado por los elementos.

XVI. Que nadie ha podido salvar al hombre de la perdición ni vencer a su engañador, el diablo, a no ser Dios solo; y las palabras del libro del Apocalipsis de Juan el Apóstol sobre el odio y la persecución del dragón contra la mujer y su progenie; y en qué sentido han de recibirse; y cómo la mujer ha sido auxiliada por la tierra.

XVII. Que Dios, que constituyó el mundo, se glorificó mostrándose a la creatura racional como el creador de todas las cosas, y ensalzó al hombre simultáneamente por el sometimiento de aquellas cosas que están en el mundo; y cómo debe comprenderse según la escritura el inicio del libro del Génesis desde donde está escrito: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*[4] hasta: *Y se hizo la tarde y la mañana, día primero.*[5]

XVIII. Que así como el hijo de Dios, nacido atemporalmente del Padre, es el principio en el cual han sido fundadas todas las cosas, nacido también de una madre virgen, es el inicio de la creación y de la edificación de la Iglesia y autor de la justicia plena. Para ella no fueron suficientes ni la justicia de los padres ni los sacramentos de la ley, sino que fue reformada en la predicación y en la aceptación del bautismo y del Evangelio y en la fe en la Trinidad.

XIX. Las palabras del profeta David en el Salmo primero, y cómo deben comprenderse en relación con la Encarnación del Hijo de Dios y con la fertilidad del fruto de su doctrina por todo el mundo.

XX. Que aquello que está escrito: *Pero la tierra era inane y vacía, y las tinieblas estaban por sobre la faz del abismo,*[6] se comprende

4. Gn 1,1.
5. Gn 1,5.
6. Gn 1,2.

por la alegoría sobre los incrédulos, vacíos de la buena obra y oscuros en la infidelidad; y aquello que sigue: *Y el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas,*[7] se cumple en los Apóstoles y en el pueblo creyente por la gracia del Espíritu Santo.

XXI. Igualmente las palabras de David en el Salmo XXVIII, que también armonizan con la doctrina, y cómo han de recibirse.

XXII. Cómo las palabras de Dios que dice *Hágase la luz*[8] y las demás, hasta: *Y se hizo la tarde y la mañana, día primero,*[9] han sido cumplidas según el sentido alegórico en el nacimiento de la fe cristiana y en la predicación de los Apóstoles y en la división entre fieles e incrédulos.

XXIII. Cómo estas mismas cosas, que han sido escritas en el Génesis sobre la creación del cielo y de la tierra y sobre la obra del día primero, se encuentran según el sentido moral en la conducta del hombre tenaz por la naturaleza diversa del alma y del cuerpo.

XXIV. Cómo han de comprenderse literalmente aquellas cosas que se leen sobre la constitución del firmamento y la división de las aguas; y las palabras de David del Salmo XVIII que corresponden a lo mismo.

XXV. Que, según la alegoría, se debe comprender el firmamento como Cristo y la fe de Cristo, así como se debe comprender la división de las aguas como la firme introducción de esta misma fe, por la cual se dividen los fieles de los infieles, la tarde de la mañana, la caída en el vicio del nacimiento de la virtud.

7. *Ibid.*
8. Gn 1,3.
9. Gn 1,5.

XXVI. Que así como el día segundo fue sin las luminarias del cielo, también la fe es sin las obras brillantes de ninguna alabanza; y por ello, en la obra de este mismo día, no ha sido puesto *Vio Dios que era bueno*[10] como en las obras de los demás días.

XXVII. Que según el sentido moral, el firmamento se comprende como la virtud de la discreción, por la cual cada fiel aprende a distinguir, en la vida activa y en la contemplativa, las cosas necesarias y las superfluas para el cuerpo, como las cosas saludables y las nocivas para el alma.

XXVIII. El testimonio del Evangelio, en el que el Esposo dice a las vírgenes necias: *No os conozco;*[11] y para qué se aborda aquí y en qué sentido debe ser comprendido.

XXIX. Por qué también, de acuerdo al sentido moral, la obra del segundo día, aunque es buena, carece de la alabanza de la bondad.

XXX. Cómo lo que está escrito: *Reúnanse las aguas*[12] hasta: *Se hizo la tarde y la mañana, día tercero*[13] ha de ser entendido literal y adecuadamente.

XXXI. Las palabras de Dios en el libro del profeta Isaías que dice: *Callé siempre, guardé silencio, fui paciente; grito como parturienta,*[14] y que habla al Hijo en el Salmo II: *Yo hoy te he engendrado;*[15] y para qué han sido puestas aquí y cómo deben comprenderse.

10. Gn 1,4; 10; 12; 18; 21; 25; 31.
11. Mt 25,12.
12. Gn 1,9.
13. Gn 1,13.
14. Is 42,14.
15. Sal 2,7.

XXXII. Que Dios llamó árida a la tierra y que nombró mares a las reuniones de las aguas; esto deber ser recibido alegóricamente según diversas consideraciones sobre la Iglesia, la cual, habiendo sido reunida a partir de los muchos pueblos y fundada a partir de la fortaleza de la fe, es llamada tierra de los vivientes por David, y mar de vidrio mezclado con fuego por el Apóstol Juan en el Apocalipsis; y en qué sentido deben recibirse estos mismos testimonios.

XXXIII. Que como la tierra, el útero de la Iglesia hace germinar la hierba que reverdece con la simplicidad de los niños entre los fieles, así como los árboles fructíferos en la obra vigorosa de los hombres consumados en la fe; y así como la semilla, la alabanza de la fe florece germinativa en la sucesión de los creyentes hasta el fin; y esto en el día tercero, a saber, en la claridad de esta misma fe.

XXXIV. Igualmente, cómo aquellas cosas que se narran históricamente como hechos en este mismo día tercero, se encuentran en las costumbres de los hijos de la Iglesia, según la tropología, junto con el testimonio del Evangelio correspondiente a éste; y en qué sentido debe recibirse.

XXXV. Cómo debe recibirse literalmente lo que fue escrito: *Dijo Dios: Háganse las luminarias en el firmamento del cielo*[16] y las demás cosas hasta: *Y se hizo la tarde y la mañana, día cuarto.*[17]

XXXVI. Que el firmamento representa alegóricamente la firmeza de la fe cristiana; que, a través de las dos grandes luminarias, se representan dos potestades, la espiritual en los sacerdotes

16. Gn 1,14-15.
17. Gn 1,19.

y la secular en los reyes; que, a través de las estrellas menores, se representan los prelados y los jueces bajo su dominio. Todos han sido establecidos para que, con la luz de la doctrina y de los ejemplos, al edificar la Iglesia día y noche, los espirituales refrenen a los carnales con la censura de la justicia e iluminen la tierra.

XXXVII. Que igualmente, según el sentido tropológico, a través del firmamento se comprende el discernimiento de la razón; a través de las dos grandes luminarias, se comprenden los dos preceptos de la caridad; a través de las estrellas, se comprenden apropiadamente los pensamientos, para que, a través de estas cosas, cada fiel iluminado distinga cuidadosamente qué honor y gracia debe a Dios, y qué debe a su necesidad, así como a la del prójimo, según la salvación del alma y la utilidad del cuerpo.

XXXVIII. Cómo debe comprenderse literalmente y cómo se ajusta al hombre lo que ha sido escrito: *Produzcan las aguas un reptil de alma viviente, y un ave sobre la tierra,*[18] hasta: *Y se hizo la tarde y la mañana, día quinto.*[19]

XXXIX. Que Dios destinó a su Unigénito al mundo, por cuya predicación han sido dados los preceptos sublimes de la costumbre celestial, y por ellos serán distinguidos los espirituales de los carnales, y las palabras del Evangelio acerca de que hay que abandonarlo todo; escrito con una elegante exposición pertinente a la instrucción de la disciplina evangélica.

XL. Igualmente las palabras del Evangelio sobre las muchas mansiones que hay en la casa del Padre; y sobre el doble género de los hijos de la Iglesia, a saber, los espirituales y los seculares.

18. Gn 1,20.
19. Gn 1,23.

XLI. Que la bendición dada por Dios a los peces y a las aves para que se multipliquen se cumple en la generación espiritual de los bautizados y en la fecundidad de las virtudes de cada fiel; y por qué estas cosas se adscriben al quinto día.

XLII. De qué manera aquellas cosas, otorgadas por la obra del día quinto y por la bendición de Dios sobre esta misma obra suya, deben referirse a la instrucción en el sentido moral; se añade el testimonio del profeta Isaías que dice: *¿Quiénes son éstos que vuelan como nube y como palomas a sus palomares?;*[20] y cómo debe comprenderse esto.

XLIII. Cómo debe comprenderse literalmente la historia que fue escrita acerca de la obra del día sexto, sobre la creación de las bestias de carga y de los reptiles de la tierra y sobre la formación del hombre; y que el hombre fue hecho, en cuanto al cuerpo, a imagen de la humanidad del Hijo de Dios, que Él sabía de antemano desde la eternidad que habría de asumir en la virgen; y en cuanto al alma, fue hecha a semejanza de la divinidad por la ciencia y por imitación del bien.

XLIV. Cómo debe comprenderse alegóricamente la Palabra de Dios que a través de los Apóstoles habla sobre la tierra de la Iglesia en la fe católica, sobre las bestias de carga, sobre los reptiles y las alimañas; y también sobre el hombre, que debía regir sobre todos, conforme a las diferencias de edades, intelectos y jerarquías en la Iglesia de los vivientes; y cómo debe comprenderse qué habla, por una parte, sobre esos animales creados y, por otra, sobre el hombre formado; y en qué o para qué unos y otros deben crecer y multiplicarse.

20. Is 60,8.

XLV. Sobre la diversidad de vituallas concedidas al hombre y a las bestias de carga en el Génesis; y de qué manera se entiende esta diversidad espiritualmente en la Iglesia, según la distribución o la recepción del alimento espiritual que es la Palabra de Dios; y cómo ha de recibirse el testimonio de Cristo, que dice a este propósito: *Mi alimento es cumplir la voluntad de mi Padre*[21] y aquello que fue escrito *Y se hizo la tarde y la mañana, día sexto.*[22]

XLVI. Repetición de todas las cosas que fueron escritas en el Génesis sobre la obra del día sexto; cómo deben comprenderse y entenderse según su sentido moral; y la adición de dos testimonios del Salmo y del Evangelio; y en qué sentido esas mismas cosas deben ser también comprendidas.

XLVII. Sobre la perfección del cielo y de la tierra y de cada uno de sus adornos; y sobre la conclusión de las obras de Dios, que se adscriben al séptimo día; y sobre la santificación de ese mismo día y sobre el descanso de Dios; y cómo deben comprenderse literalmente.

XLVIII. Cómo estas cosas se cumplen alegóricamente en los hijos de la Iglesia y en los que están bajo la fe cristiana, a través de la Encarnación del Hijo de Dios y de la predicación del Evangelio y de la obra del Espíritu Santo.

XLIX. Igualmente cómo se cumplen tropológicamente estas mismas cosas en el progreso y la perfección de cada fiel.

21. Jn 4,34.
22. Gn 1,31. Tanto esta cita como la anterior corresponden en el texto mismo de la visión al capítulo XLIV.

Capítulos de la primera visión de la tercera parte

I. Visión mística de un edificio mostrado a modo de ciudad; también de un monte y de un espejo que resplandece en él; de la nube que es arriba blanca y abajo negra; y de las demás cosas que aparecen en esta visión.

II. Sobre la presciencia y la predestinación y el orden de Dios, que conoce de antemano todas las cosas desde la eternidad y crea todas las cosas en el tiempo y examina las obras de la creatura racional con juicio estricto.

III. Que la ciencia de Dios, que tiene en sí muchas cosas desconocidas y secretas, forja la revelación de sus maravillas según su deseo; y qué significa la triple cualidad de los ángeles que aparecen en esta visión.

IV. Sobre el espíritu de Dios que despierta su celo a través de los ángeles bienaventurados para repeler y suprimir la presunción de los ángeles réprobos; y sobre la incansable sinfonía de los ángeles buenos, inestimable más allá del intelecto de los hombres; y sobre la siempre renovada admiración de los que alaban a Dios.

V. Que una parte de los espíritus bienaventurados que permanece invisible en el cielo y siempre en adoración frente al rostro de su Creador, raramente es enviada hacia el exterior; y la otra parte, contada según el número de ángeles, y que realiza siempre diversos oficios, aparece ante los hombres, cuando es necesario; y que toda creatura racional no debe buscar su propia gloria, sino la de su Creador.

VI. Las palabras del salmista del Salmo XCII, que pertenecen a lo mismo; y en qué sentido deben comprenderse.

Capítulos de la segunda visión de la tercera parte

I. Visión mística de una piedra marmórea similar a un monte que está en la parte oriental del edificio de la ciudad antes mencionada; y la innumerable multitud de hombres que aparecen tanto en la región oriental como en la austral de este mismo edificio; igualmente sobre la forma y el hábito admirable de las dos imágenes puestas junto al ángulo oriental.

II. Que Dios omnipotente, ajeno a cualquier cambio, condenó a los ángeles soberbios con justo juicio y, socorriendo con piadosa misericordia al hombre engañado, una vez que fueron proclamados los muchos y admirables anuncios de su futura salvación en el Antiguo Testamento, finalmente se cumplió su liberación en el Nuevo Testamento a través de muchísimos milagros; y que la profecía, dada divinamente para instrucción y corrección, nunca estuvo ni estará ausente en ninguna edad del mundo.

III. Las Palabras de David del primer versículo del Salmo XLIV, esto es: *Pronunció mi corazón la palabra buena,*[23] que pertenecen a esto mismo y a cada generación de cristianos; y cómo han de comprenderse.

IV. Que la primera de las dos imágenes que están en el límite oriental del edificio mostrado, y que aparece casi enteramente con aspecto de fiera, significa el tiempo de antes del diluvio, en el cual los hombres, sin ley ni conocimiento del verdadero Dios, vivían según una costumbre cruel y más bestial que la humana.

23. Sal 44,2.

V. Sobre la fortaleza, la crueldad y las impuras costumbres de los hombres antes del diluvio; y cómo por arte diabólica se apartaron del culto de Dios, excepto unos pocos.

VI. Que Dios, no soportando las iniquidades y los crímenes de los hombres de ese tiempo, exterminó con las aguas del diluvio a todo el género humano y todas las cosas vivientes, excepto a aquellas que estaban contenidas en el arca; y sobre el cambio del sol, de la luna, de las estrellas y de la tierra y las cualidades que tenían antes del diluvio; y que en el fin del mundo el fuego consumirá la tierra tan profundamente como fue penetrada por la inundación de las aguas.

VII. Que por el cambio de los elementos, las fuerzas de los hombres fueron disminuidas después del diluvio; y sobre la rectificación, en ese tiempo, de los hombres aterrorizados por el pavor de este mismo juicio; y sobre el arco iris establecido que por vez primera como signo del pacto entre Dios y los hombres.

VIII. Que la otra imagen designa el tiempo después del diluvio, bajo la ley; y que los diversos cambios de su vestimenta significan las distinciones de los tiempos, desde el diluvio hasta la venida del Señor y el fin del tiempo; y las cualidades de las costumbres de los hombres que hay o habrán de existir en esos tiempos.

IX. Sobre el significado del sacrificio, de la circuncisión y de la ley, y del tiempo de los Padres que precedieron a la encarnación del hijo de Dios a través de la profecía; y sobre la predicación de los profetas; y que el hombre no podía ser salvado si la Palabra no se hiciera carne; y sobre las sugestiones del diablo, con las que engañó a los hombres; y sobre los modos con que, auxiliándolo, Dios prevalece eterno.

X. Sobre la innumerable multitud de los fieles que luchan virilmente de diversos modos en esta vida, ejercitándose en la virtud y mortificando los vicios en honor a Dios y por su propia salvación; y obtienen, por el don de Dios, diversos premios según sus méritos.

XI. Las palabras de David en el Salmo XLII que corresponden a esto mismo; y en qué sentido deben recibirse.

XII. Que de la Palabra sin inicio nacida del Padre fueron creadas todas las cosas, y que con esta Palabra encarnada en la Virgen, el hombre fue redimido.

XIII. Las palabras de David en el Salmo CIII que atañen a este argumento, y cómo deben comprenderse.

XIV. Que el Hijo de Dios cumplió con todas aquellas cosas, que soportó y sufrió en la carne y que estaban previstas para Él en la ley, prefiguradas o anunciadas de antemano en palabras místicas antes de la ley; y después de su ascensión, envió el espíritu a fortalecer a los doce Apóstoles, pues son doce los vientos y doce los nombres del mes, y por medio de la predicación iluminó el mundo y transformó todas las cosas dejándolas en un estado mejor.

XV. Las palabras de Cristo en el Evangelio sobre la potestad del Padre a Él entregada; y cómo deben comprenderse.

XVI. Que las palabras oscuras y desconocidas de los profetas no podían comprenderse antes de la Encarnación del Señor; pero Cristo, viviendo según estas cosas en el mundo y cumpliéndolas, las hizo inteligibles; y que, a través del agua del bautismo, se lavan el pecado original y los pecados presentes, por la fe en la Trinidad.

XVII. Las palabras de David del Salmo CIII sobre aquellos que no reciben el perdón de los delitos por la infidelidad en el bautismo, y sobre aquellos que en él son purificados por la fe.

Capítulos de la tercera visión de la tercera parte

I. Breve visión sobre tres imágenes y la descripción de su posición y de su vestimenta; y sobre los órdenes de los santos que aparecen ante ellas.

II. Palabras de la primera imagen, a saber, de la virtud de la caridad, que narra la magnificencia de las obras que se cumplen en los ángeles y en los hombres y en la doctrina de los profetas y de los Apóstoles, y que exalta la excelencia de las virtudes de la ciencia y de la humildad con máxima alabanza.

III. Que cada cosa que Dios realizó la obró en la caridad, en la humildad y en la paz; y la exposición de la visión ya descrita, a partir de las imágenes de estas tres virtudes.

IV. Las palabras de David del Salmo XLIV, que conmemoran la Iglesia decorada por la adoración de las diversas virtudes.

Capítulos de la cuarta visión de la tercera parte

I. Visión de dos imágenes que refulgen con admirable claridad, y descripción de sus vestimentas; y sobre las tinieblas que ocupan toda la región occidental del edificio antes descrito; y sobre el fuego sulfúreo y otras tinieblas que se inclinan en la mitad de la región septentrional.

II. Que la primera de las dos imágenes expresa la sabiduría; y que la belleza múltiple de su vestimenta significa los géneros de las creaturas que Dios fundó en las diversas naturalezas y especies diversas.

III. Que la otra imagen representa a Dios omnipotente; y qué expresa la claridad en el lugar de la cabeza; qué expresa la cabeza del hombre que aparece en el medio de su vientre; y qué expresan también sus pies, que son semejantes a las patas del león.

IV. Cómo esta misma imagen se manifiesta rodeada por seis alas; y qué representan estas alas.

V. Qué significa que esta imagen aparezca con escamas de peces en todo su cuerpo, y no cubierta con plumas de aves; y que el Hijo de Dios, sin saberlo el diablo, entró al mundo gracias a la carne; y para qué quiso el Padre que Él soportara tan grandes sufrimientos.

VI. Sobre los cinco espejos que aparecen en diversos lugares de las dos alas medias de esta misma imagen; qué representan y cómo debe comprenderse la escritura que se muestra en ellos.

VII. Las palabras de Dios en el Éxodo, cuando dice a Moisés: *Te mostraré todo lo bueno;*[24] y cómo deben recibirse respecto del misterio de la Encarnación del Señor.

VIII. Igualmente las palabras de David en el Salmo XCII, donde dice: *Admirables son las elevaciones del mar; eres maravilloso en las alturas, Señor;*[25] y cómo deben comprenderse.

IX. Otras palabras del mismo David en este mismo Salmo, donde dice: *Pues afirmó el orbe de la tierra, que no será conmovido.*[26]

X. Que el hecho de que la imagen descrita tenga vuelta la espalda hacia el aquilón representa esto: que Dios escondió del diablo y de todos los espíritus malignos el designio de la Encarnación de su Hijo y de la redención humana.

XI. Palabras de David en el Salmo CII, donde está escrito: *El Señor preparó su trono en el cielo;*[27] y en qué sentido deben recibirse; y una breve recapitulación sobre la Encarnación del Señor.

XII. Igualmente las palabras de David en el Salmo LXXI, donde se lee: *Que descienda como lluvia en el vellón;*[28] y que esto también se refiere a la Encarnación del Señor.

XIII. Que las tinieblas que se ven hacia la región occidental, e igualmente el mostrado fuego sulfúreo y las otras tinieblas más densas que se ven en la parte septentrional del edificio descrito, señalan en qué zona del mundo externo se colocan los lugares del

24. Ex 33,19-23.
25. Sal 92,4.
26. Sal 92,1.
27. Sal 103,19.
28. Sal 71,6. Cf. Jc 6,36-40; Sc 312, prefiguración de la fecundación de María.

castigo donde serán atormentadas las almas de los pecadores; y qué significa también la ceguera interior de estos mismos pecadores, que están en tinieblas a causa de la infidelidad.

XIV. Que Dios hizo todas las cosas por medio de la sabiduría para detener la malicia del diablo; y que, siendo invisible, debe ser comprendido por el hombre a través de la fe y conocido por medio de su obra; y que Él tuvo el orden de su obra en sí antes de los tiempos en que fundó el tiempo; y que ha hecho al hombre similar a Él, estableciendo este orden en el hombre y disponiendo dentro de sí cada cosa que ejecutaría al obrar.

Capítulos de la quinta visión de la tercera parte

I. Visión última, en la cual se describe cuidadosamente cómo era la rueda de gran amplitud que aquí se mostró; y nuevamente se ve la imagen de la caridad bajo otra figura.

II. Que Dios no podría decirse verdaderamente uno, si hubiese alguien semejante a Él por naturaleza; y que la cualidad manifestada de la rueda muestra a Dios mismo, Quien carece de inicio y de fin, y dispuesto a todo lo bueno; y cómo en todos los aspectos la descripción de esta rueda se refiere a la eternidad y al poder de Dios y a la salvación de las almas.

III. Por qué la virtud de la caridaden esta visión se ve adornada por la veneración de modo distinto que en la anterior.

IV. Sobre la tablilla diáfana como un cristal que aparece delante de la imagen de la caridad, y qué significa que, mientras la imagen mira hacia esta misma tablilla, se mueva la línea de su asiento; y breve repetición sobre la creación del cielo, de la tierra, de los ángeles y del hombre.

V. Sobre la venganza de Dios mediante el agua del diluvio contra los transgresores de la ley natural; y sobre la condición diversa de los tiempos desde el inicio hasta la Encarnación del Señor.

VI. Las palabras de Pablo sobre la plenitud del tiempo, en el que Dios envió a su Hijo concebido de mujer, que con su venida trajo el cumplimiento de las palabras y de los hechos misteriosos de los antiguos; y con su doctrina y la predicación de los apóstoles y de los maestros de la Iglesia transformó y mejoró todas las cosas.

VII. Que estos tiempos caen desde la fortaleza prístina de la disciplina apostólica como en una debilidad mujeril; y que todas las cosas se deterioran por la perturbación de los elementos, así como por la depravación de las costumbres.

VIII. Ciertas palabras misteriosas del Hijo al Padre, que lo interpela por el ultraje que soporta en su cuerpo, que es la Iglesia, por algunos de sus miembros que abandonan la justicia, y a causa del cumplimiento del número de los elegidos dispuestos desde la eternidad; y cómo deben comprenderse estas mismas palabras según las diversas cualidades de los tiempos, desde el comienzo del mundo hasta el presente.

IX. Descripción mística de cómo los Apóstoles adornaron a la Justicia con una vestimenta de gloria con variados elementos recibidos del Señor para predicarla por el mundo, tanto según la diversidad de sus costumbres naturales como según la distribución de las gracias derramadas sobre ellos desde el cielo; y sobre la excelencia de la doctrina del Apóstol Pablo; y por qué fue elevado por el enaltecimiento de las revelaciones y oprimido por el peso de la enfermedad.

X. Breve repetición de las cosas anteriores; cómo en nuestros días privados de fortaleza viril todas las instituciones eclesiásticas decaen en lo peor; y el testimonio del salmista, donde dice: *Justo eres, Señor;*[29] y para qué se cita y cómo debe comprenderse.

XI. El lamento o el clamor de la Justicia ante el juez divino, contra los manchados y los impíos y los contaminados con diver-

29. Sal 118,137.

sos crímenes, quienes, rechazando las antiguas instituciones de los padres, abandonan la justicia, despojándola y buscando los ornamentos de su propia gloria.

XII. Que Dios no olvida estos daños a la Justicia, contemplándola en la luz inagotable de su claridad, aunque finja no ver los pecados de los hombres a causa de la penitencia; y sus palabras sobre esto mismo.

XIII. Testimonio del Apocalipsis del Apóstol Juan que atañe a estas cosas; y en qué sentido han de recibirse.

XIV. Nuevamente el lamento del Hijo al Padre por la tribulación que sufre en su cuerpo por parte de aquellos que dan coces contra Él por malicia, y por aquellos pequeñitos que, al abrazar la vanidad, se apartan del bien; y que los ángeles, aunque refuljan con una claridad inmensa, sin embargo miran las obras de los hombres santos como un espejo de alabanza, aprobándolas.

XV. Que la justicia y la honestidad de las costumbres y la dignidad de las virtudes, fortalecidas por los profetas desde los días del diluvio hasta la venida del Señor, y que luego refulgieron por largo tiempo en la Iglesia con los apóstoles y los doctores, y que han sido corrompidas, después de aquellos días oscurecidos por la injusticia de nuevo serán reformadas en los hombres, tras muchas tribulaciones, antes del fin.

XVI. Que el Juez celestial, que acoge durante este tiempo el lamento de la Justicia, hará caer su venganza sobre los prevaricadores de la igualdad y, por las muchas injusticias, hará caer su venganza principalmente sobre los inicuos prelados de la Iglesia, hasta que, purgados por el examen debido, se arrepientan por la

penitencia; y así cada orden, restituido en la rectitud, se volverá hacia el honor de su dignidad.

XVII. Que por la venganza de Dios mediante la rectificación de los prevaricadores, el orden pacificado de la justicia y la tranquilidad de la paz resplandecen ante la segunda venida del Señor, así como resplandeció este orden ante la primera venida; y una parte de los judíos se convertirá, alegrándose y confesando que Aquél, a quien ahora niegan, ha venido.

XVIII. Palabras del profeta Isaías que testifican la primera venida del Señor, que se cumplirán principalmente en la segunda venida, gracias a la iluminación de los judíos que, cegados por el escándalo de Cristo en su Pasión, perdieron la fecundidad de la fe y de las buenas obras.

XIX. Las palabras de Cristo Señor, que mientras era conducido a la muerte, responde a los que se lamentan, hablándoles del leño verde y del leño seco; y de qué modo deben ser comprendidas estas palabras.

XX. Cuánto disfrutarán las diversas jerarquías de la Iglesia, a causa de la recuperación de la justicia, en la riqueza de las cosas temporales y en la abundancia de los bienes espirituales que se dará en los últimos días; aunque aquella parte de los judíos y herejes que persistieron en el mal, se regocijarán con perniciosa presunción de la próxima venida del Anticristo.

XXI. Que a esta tranquilidad de paz y sobreabundancia de frutos le seguirán nuevamente tan grandes tribulaciones, como nunca antes se desbordaron en el mundo, y les sobrevendrán a los hombres que se dedican a sí mismos y no a Dios, y nuevamente serán indolentes de la religión.

XXII. Las palabras de David en el Salmo XXI referidas a la persona de Cristo y sobre la Iglesia, que denuncian las persecuciones de los inicuos; y cómo deben comprenderse.

XXIII. Y de nuevo la interpelación del Hijo al Padre por la liberación de su cuerpo, que es la Iglesia.

XXIV. Que la gracia de Dios vendrá en auxilio del pueblo cristiano de esos tiempos, una vez que este pueblo haya vuelto a la penitencia y se haya mortificado por las muchas aflicciones causadas por sus pecados, así como aconteció con Su antiguo pueblo; y sumará una gran multitud de paganos a su fe, una vez vencidos los enemigos.

XXV. Que en aquellos días, cuando los emperadores romanos hayan descendido de su prístina fortaleza, el imperio decrecerá y desfallecerá paulatinamente en sus manos; y también se dividirá la insignia del honor apostólico, y algunos maestros y arzobispos se superpondrán a otros en diversos lugares.

XXVI. Que, una vez reprimida la iniquidad del tiempo y habiéndose restablecido nuevamente la justicia, la disciplina de la honestidad y los derechos de las antiguas costumbres volverán a germinar y a ser observadas; serán igualmente muchos los profetas; y las cosas ocultas de las escrituras se abrirán para los sabios, mientras surgen muchísimos herejes por todas partes, que proclaman la próxima venida del Anticristo.

XXVII. Sobre la cualidad de los juicios de la divina potestad que se habrán de manifestar al acercarse el fin del mundo; y que entonces la mayor parte de los hombres, abandonando la sinceridad de la fe católica, se volverán hacia el Hijo de la Perdición.

XXVIII. Sobre la concepción y el nacimiento del Anticristo: que, colmado desde el origen por el espíritu diabólico y escondido y nutrido en lugares apartados, se empapará de todas las artes mágicas hasta la edad viril; y cuán grande perturbación e incertidumbre de las cosas o de los tiempos habrá de existir en aquellos días en el mundo y en la Iglesia.

XXIX. Testimonios de la epístola de Pablo a los Tesalonicenses, que anuncian el fin del mundo y la venida y las obras y el juicio del Anticristo; y cómo deben comprenderse.

XXX. Que el antiguo enemigo que venció al primer hombre, seduciéndolo, sometido nuevamente por Cristo Hombre, creyendo que puede vencer nuevamente a través de otro hombre, infundirá al Anticristo toda su malignidad, con el justo permiso de Dios, y se empeñará en impugnar la fe católica y en destruir la doctrina de Cristo.

XXXI. Por qué el Anticristo es llamado Hombre de Pecado e Hijo de la Perdición por el Apóstol y el testimonio del Apocalipsis de Juan que corresponde a esto; y cómo debe comprenderse; y que el diablo tuvo seguidores tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, engañando a algunos a través de los ídolos, y a otros, a través de los herejes.

XXXII. Sobre los signos, portentos y tempestades que producirá mediante las artes mágicas; y cómo, simulando que él muere y resucita, hará que cierta escritura, inventada por la falacia del diablo, se escriba en la frente de los que lo sigan y, por ella, los engañados no soportarán más ser apartados y separados de él.

XXXIII. La promesa de Dios sobre la restitución de Enoch y Elías; y cómo entre tanto actúa con ellos, y de qué manera, una vez que hayan sido restablecidos, se hallarán nuevamente entre los hombres;

y con cuánta potestad de la predicación y de los milagros brillarán frente el Anticristo; sin embargo, martirizados por éste, partirán del mundo con muchos otros, y el número de los mártires bienaventurados será conducido a la plenitud de la perfección debida.

XXXIV. Igualmente la interpelación del Hijo que encomienda los hombres al Padre, mostrándole sus heridas, para que los preserve; y la exhortación a estos mismos hombres, para que se arrodillen ante el Padre, para que tenga misericordia de ellos.

XXXV. Que, una vez que Enoch y Elías sean despertados de la muerte ante los ojos de todos y elevados a las nubes, se confirmará también plenamente la resurrección de los muertos; y que la antigua serpiente, por el Hijo de la Perdición, se levantará con el máximo furor contra Dios y los santos.

XXXVI. Que el inicuo será descubierto en su audacia, cuando con grandes señales se muestre ante la multitud del pueblo que aguarda y escucha, esperando recibir a aquel que asciende al cielo, será muerto, según el testimonio del Apóstol, por el espíritu que proviene de la boca del Señor Jesús; y que, viendo estas cosas, los hombres se convertirán a la verdadera fe, una vez abandonado el error; y así todo el orgullo del diablo será destruido.

XXXVII. Que después de la ruina del Anticristo se extenderá la gloria del Hijo de Dios y todos los que creen en él lo alabarán con voz humilde; y el testimonio del Apocalipsis de Juan que atañe a estas cosas; y en qué sentido debe comprenderse.

XXXVIII. Epílogo de este libro, en el cual se explica con voz celestial la alabanza a Dios por su obra, a saber, por la salvación del hombre; y este opúsculo, en su pequeñez, junto a su autora, se encomienda a Dios y a sus fieles.

Prólogo

Y aconteció, en el sexto año después de las visiones admirables y verdaderas, en las que había trabajado durante cinco años, que una visión verdadera de luz inagotable me había mostrado a mí, ser humano la más ignorante, la diversidad de las múltiples costumbres; éste fue el primer año del comienzo de las presentes visiones; cuando tenía sesenta y cinco años vi una visión de tan gran misterio y fuerza, que toda yo me estremecía y de allí, por la fragilidad de mi cuerpo, comencé a enfermar. Finalmente, escribiendo durante siete años concluí apenas esta visión.

Y así, en el año 1163 de la Encarnación del Señor, cuando la presión sobre la sede apostólica bajo Federico, emperador de la autoridad romana, todavía no se aquietaba, una voz del cielo se dirigió a mí, diciendo:

«Oh, pequeñita forma,[1] que eres hija de muchísimas fatigas y atormentada por graves enfermedades del cuerpo, pero inundada, sin embargo, de la profundidad de los misterios de Dios, encomienda estas cosas que ves con los ojos interiores y que percibes con los oídos interiores del alma, a la escritura firme para

1. «Pequeñita forma» es una de las autorrepresentaciones frecuentes de Hildegarda, quien a menudo se autodenominó también «forma de mujer» y «vasija de barro», como humilde vaso que recibió las revelaciones divinas.

utilidad de los hombres; para que también los hombres comprendan a su creador a través de ella y no rehuyan venerarlo con digno honor. Por consiguiente, escribe estas cosas, no según tu corazón sino según mi testimonio, Yo que soy la vida sin comienzo ni fin; y no las escribas inventadas por ti ni premeditadas por otro ser humano, sino predestinadas por mí antes del principio del mundo; puesto que así como conocí al hombre mismo antes de ser creado, así también preví aquellas cosas que le son necesarias».

Luego yo, pequeñita y débil forma, con el testimonio de aquel hombre,[2] al que, así como he mencionado en mis anteriores visiones, había buscado en secreto y encontrado, y también con el testimonio de aquella niña[3] de la cual hice mención en anteriores visiones, finalmente temblorosa volví a escribir, con la mano quebrantada por las muchas enfermedades. Mientras hacía esto, miré a lo alto hacia la luz verdadera y viviente para saber qué debía escribir; puesto que todo lo que había escrito desde el principio de mis visiones o todo lo que de allí en adelante supe, lo vi en los misterios celestes, vigilante en cuerpo y alma, con los ojos interiores de mi espíritu y lo oí con los oídos interiores y no en sueños ni en éxtasis, así como lo mencioné en mis primeras visiones; y no todo lo que revelé gracias a los sentidos humanos, lo revelé con la verdad como testigo, sino que percibí aquellas cosas que están en los misterios celestes.

Y nuevamente oí una voz del cielo instruyéndome así. Y dijo: «Escribe, pues, de acuerdo a mí, de este modo».

2. Se refiere aquí sin duda al monje Volmar de Disibodenberg, quien fue su confidente y secretario desde los inicios de la redacción de su libro *Scivias*, hacia 1141.

3. Se alude aquí, sin nombrarla, a una joven religiosa que asistió a Hildegarda en la escritura de las visiones del *Liber vitae meritorum* y del *Liber divinorum operum*. Según afirma Peter Dronke en la edición crítica de esta última obra (pág. XXXVI), no puede tratarse de la joven religiosa Richardis von Stade, quien murió tempranamente, en 1152.

Primera visión de la primera parte



Primera visión de la primera parte

En la imagen que se representa en esta visión aparece, en el centro, la figura de un hombre ígneo, vestido con una túnica de fuego y que sostiene un cordero entre sus manos. Sobre su cabeza, aparece la cabeza de un hombre anciano y, de sus costados, surgen dos pares de alas. La figura ígnea pisotea a un monstruo y a una serpiente que se enrolla en el cuerpo de éste. Esta imagen no representa la Trinidad, como podría pensarse de acuerdo a la tradición iconográfica habitual en el occidente cristiano, si bien el cordero y la cabeza del anciano pueden asociarse a ella.

Lo que la visión manifiesta y se elabora en la «audición» es el origen de la vida, y su figura central, el hombre ígneo, representa, según la exégesis de Hildegarda, la suprema potencia divina de la caridad creadora.

I. *Y vi, como en el medio del aire austral, una imagen hermosa y prodigiosa en el misterio de Dios, similar a una forma de hombre, cuyo rostro era de tan gran belleza y resplandor,'que yo podía más fácilmente fijar mis ojos en el sol que en esa imagen; y un círculo amplio y de color áureo rodeaba la cabeza de este rostro. Y en este mismo círculo, sobre esta misma cabeza, aparecía otro rostro como de hombre viejo, cuyo mentón y barba tocaban la coronilla de esta cabeza. Y de cada lado del cuello de esta figura salía un ala, que, ascendiendo por sobre el ya mencionado círculo, allí se unían. Pero, en la parte más alta de la curvatura arqueada interior del ala derecha, yo veía como una cabeza de águila, que tenía ojos ígneos, en los cuales aparecía un fulgor de ángeles como en un espejo; y en la parte más alta de la curvatura arqueada exterior del ala izquierda había un rostro como de hombre, que brillaba como el fulgor de las estrellas. Y estos rostros estaban vueltos hacia el oriente. Pero también de ambos hombros de esta imagen se extendía un ala hasta sus rodillas. Vestía también una túnica semejante al fulgor del sol; y en sus manos tenía un cordero, espléndido como la luz del día. Sin embargo, sus pies hollaban a un cierto monstruo de forma horrible y de color venenoso y negro y a una cierta serpiente, que hundía su boca en la oreja derecha de este mismo monstruo, y curvando el resto de su cuerpo por encima de su cabeza, extendía su cola en el lado izquierdo hasta sus pies.*

II. Y esta imagen decía:

«Yo soy la potencia suprema e ígnea, que encendí todas las chispas vivientes y no exhalé cosa mortal alguna, sino que decido

que sean las cosas que son; Yo, circunvolando el círculo envolvente con mis plumas superiores, esto es, con la sabiduría, adecuadamente lo dispuse así. Pero también Yo, vida ígnea de la sustancia de la divinidad, arrojo llamas sobre la belleza de los campos y brillo en las aguas y resplandezco en el sol, en la luna y en las estrellas; y, con un viento de color broncíneo, despierto a la vida todas las cosas desde la vida invisible, que todo lo sostiene. Pues el aire vive en el verdor y en las flores, las aguas fluyen como si tuvieran vida, el sol también en su luz vive y cuando la luna ha llegado a menguante, es encendida por la luz del sol como si nuevamente tuviera vida; las estrellas también brillan en su luz como si tuvieran vida. Yo erigí también las columnas, que abarcan todo el orbe de la tierra, esto es, aquellos vientos que tienen las alas puestas debajo de sí, es decir, los vientos suaves, los que con su suavidad sostienen a los vientos más fuertes, para que no se muestren con peligro; así también el cuerpo cubre y contiene al alma, para que no expire. Tal como el cuerpo contiene el aliento del alma y lo afirma, para que así no se extinga, también los vientos más fuertes animan a los vientos sometidos a ejercer convenientemente su labor.

Y de este modo, Yo, potencia ígnea, me oculto en ellos, y se encienden ellos desde mí, y así como el aliento continuamente mueve al hombre así está en el fuego la llama expuesta al viento. Todas estas cosas viven en su propia esencia y no se crean en la muerte, porque Yo soy la vida. También soy la racionalidad contenida en el viento de la palabra resonante con la que fue hecha toda creatura; y lo insuflé en todas ellas, de modo que no sea ninguna de ellas mortal en su género, porque Yo soy la vida.

Pues Yo soy la vida entera, no arrancada de las piedras, ni florecida de las ramas, que no ha echado raíces de la fuerza viril, sino que la vitalidad ha echado raíces desde Mí. Pues que la racionalidad es raíz, la palabra resonante florece en ella».

Por ello, dado que Dios es racional, ¿cómo podría suceder que no hubiese obrado, dado que toda su obra florece a través del

hombre, al que hizo a imagen y semejanza suya, y marcó a todas las creaturas, según una medida, en el hombre mismo? Pues en la eternidad siempre fue presente que Dios quiso hacer su obra, esto es, al hombre; y cuando completó esta obra, le dio todas las creaturas para que obrara con ellas, del mismo modo que Dios mismo había hecho su obra, esto es, el hombre.

Pero también soy hacendosa, ya que todas las cosas que tienen vida resplandecen por mí, y soy resplandor de vida en la eternidad, que no ha comenzado ni tendrá fin; y la vida misma es Dios, moviéndose y obrando y, sin embargo, es vida en una y tres fuerzas. Y así la eternidad es el Padre, la Palabra es el Hijo, y el aliento que une estas dos fuerzas se llama Espíritu Santo, así también Dios puso su sello en el hombre, en el que están cuerpo, alma y racionalidad. Y por esto ardo en la belleza de los campos, esto es, sobre la tierra, que es la materia de la que Dios hizo al hombre; y por esto brillo en las aguas, esto es, según el alma, pues así como el agua cubre toda la tierra, así el alma recorre todo el cuerpo.

Porque esto, en verdad, de que ardo en el sol y en la luna es la racionalidad (en efecto, las estrellas son las innumerables palabras de la racionalidad). Y por esto despierto a la vida con un viento broncíneo, desde la vida invisible que todo lo sostiene; porque aquellas cosas que avanzan progresivamente con el aire y con el viento permanecen animadas, no apartadas de lo que son.

III. Y nuevamente oí una voz del cielo que me decía: «Dios, que todo lo ha creado, hizo al hombre a su imagen y semejanza, y en él puso su sello tanto a las creaturas superiores como a las inferiores; y lo tuvo en tan grande dilección que lo destinó al lugar donde había sido arrojado el ángel caído, para disponerlo a la gloria y el honor que aquél había perdido en la bienaventuranza. Y esta visión esto representa.»

Pues ves, *como en el medio del aire austral, una imagen hermosa y prodigiosa en el misterio de Dios, similar a una forma de hombre;* a sa-

ber, que en la fortaleza inagotable de la divinidad, la caridad mostrada con figura de hombre, es bella en la elección y admirable en los dones de los secretos del Padre Celestial; porque, cuando el Hijo de Dios vistió la carne, redimió al hombre perdido con el servicio de la caridad. Por ello, su *rostro es de tan gran belleza y resplandor, que yo podía más fácilmente fijar mis ojos en el sol que en esa imagen*; puesto que la generosidad de la caridad es de tan grande excelencia y resplandor en sus dones, que trasciende toda la comprensión de la ciencia humana, gracias a que puede comprender las diversas cosas en el alma, como nadie es capaz de concebirla en su sentido. Pero aquí se muestra en el significado que Él, que no es visto visiblemente por los ojos que ven, es conocido a través de la fe.

IV. *Y un círculo amplio y de color áureo rodea la cabeza de este rostro*, porque la fe católica difundida por todo el orbe de las tierras, levantándose en la primera aurora del eximio fulgor, abrazó la excelencia de la verdadera generosidad de la caridad con toda devoción, luego que Dios redimiera al hombre en la humanidad de su Hijo y lo afirmara por infusión del Espíritu Santo; de manera que quien fue Dios en la divinidad sin tiempo del inicio antes de los tiempos se reconoce uno en la Trinidad. Y que *en este mismo círculo, sobre esta misma cabeza, aparece otro rostro como de hombre viejo*, es decir, que la bondad de la divinidad, que no tiene inicio ni fin, elevando todas las cosas, prestó ayuda a los fieles, de manera que *el mentón y la barba de este mismo rostro toque la coronilla de esta cabeza*; puesto que la divinidad, disponiendo y protegiendo todo, obtiene la grandeza de la suma caridad, luego que el Hijo de Dios en su humanidad devolvió las cosas celestiales a los hombres perdidos.

(V). *Y de cada lado del cuello de esta misma figura sale un ala, que, ascendiendo por sobre el ya mencionado círculo, allí se unen*; porque el

amor de Dios y el amor al prójimo, avanzando en la unidad de la fe por la caridad y abarcando a su vez esta misma fe por el sumo deseo, no se separan uno de otro, cuando la santa divinidad oculta el infinito esplendor de su gloria a los hombres, pero ellos, en la sombra de la muerte, no participan de la vestimenta celestial que perdieron con Adán.

V (VI). *Pero, en la parte más alta de la curvatura arqueada interior de esta ala derecha, ves como una cabeza de águila, que tiene ojos ígneos, en los cuales aparece un fulgor de ángeles como en un espejo*; puesto que, en la grandeza de la sujeción triunfante, cuando todo aquel que está sujeto a Dios se supera a sí mismo y al diablo, se hace grande en la bienaventuranza de la protección divina. Y cuando levanta hacia lo alto su mente encendido así por el Espíritu Santo y fija su atención en Dios, aparecen claramente los espíritus bienaventurados y ofrecen a Dios la devoción de su corazón. Pues los hombres espirituales, que con toda la devoción de su corazón en contemplación miran a Dios, como los ángeles, frecuentemente, están representados en el águila. Por esto, los espíritus bienaventurados, mirando asiduamente a Dios, se alegran de las buenas obras de los justos y ellos mismos las muestran en sí mismos y así, perseverantes en la alabanza a Dios, nunca se cansan, porque nunca podrán agotarlo. En efecto, ¿quién podría calcular las innumerables maravillas que hace Dios en la potencia de su poder? Nadie. Por cierto que los ángeles tienen un fulgor similar al de muchos espejos, en el cual ven que nadie obra así ni tiene tan grande poder como Dios; por ello tampoco nadie es semejante a Él, puesto que Él no está en el tiempo.

VI (VII). Ciertamente todas las cosas que Dios ha hecho, las tuvo ya antes del principio de los tiempos en su presciencia. Pues en la pura y sagrada divinidad todas las cosas visibles e invisibles aparecieron antes de los tiempos sin movimiento ni tiempo,

al igual que los árboles u otras creaturas cercanas a las aguas se ven en ellas, aunque no estén ahí corporalmente; sin embargo, toda su configuración aparece en las mismas aguas. Y cuando Dios dijo: «Hágase», inmediatamente se revistieron de forma todas aquellas cosas que, no teniendo antes cuerpo alguno, Él veía antes de los tiempos en su presciencia. Pues todas las cosas que están a la vista de Él brillan como en un espejo; así, en la sagrada divinidad todas Sus obras aparecieron sin transcurso del tiempo. ¿Y de qué modo podría Dios estar sin la presciencia de su obra cuando toda su obra se hizo plena en la función que le correspondía, luego que se revistió de su cuerpo? La sagrada divinidad conoció anticipadamente que a Él correspondía estar en el saber, el conocer y el ejecutar. Pues así como el rayo de luz muestra cada forma de creatura a través de la sombra, así la presciencia pura de Dios vio toda configuración de las creaturas antes de que fuesen corporales; puesto que la obra que Dios había de hacer en su presciencia resplandeció antes que esta misma obra tuviese cuerpo según esta semejanza, tal como el hombre mira el esplendor del sol antes que pueda ver su sustancia. Y así como el esplendor del sol lo revela a él mismo, así también los ángeles muestran a Dios al alabarlo; y al igual que no puede acontecer que el sol exista sin su luz, así la divinidad no existe sin la alabanza de los ángeles. Pues la presciencia de Dios fue primero y su obra la siguió; y, si la presciencia de Dios no hubiese sido primero, su obra no hubiese aparecido; al igual que, si el rostro no es visto, el cuerpo del hombre no es conocido; y cuando el rostro del hombre es visto, su cuerpo es alabado. Y así la presciencia de Dios y su obra están en Él.

VII (VIII). Y había una cierta multitud innumerable de ángeles, que quisieron existir por sí mismos, ya que, habiendo visto su propia claridad grande y gloriosa en el máximo esplendor, olvidaron a su Creador. E incluso antes de que comenzasen a alabarlo, calculaban para sí que el fulgor de su honor era tan grande,

que nadie sería capaz de resistirlos; por ello también querían oscurecer a Dios. Porque, habiendo visto que nunca podrían agotarlo en sus milagros, lo aborrecieron; y debiendo alabarlo, con una opinión falaz decían que, en su gran claridad, ellos elegirían a otro Dios. Por ello cayeron en las tinieblas, reducidos a una incapacidad tan grande que no podían hacer nada en ninguna creatura, a no ser cuanto les era permitido por su Creador. Pues, una vez que Dios hubo adornado al primer ángel, llamado Lucifer, con todos los adornos de las creaturas que les había dado a ellas, de tal manera que todo su séquito tuviese esplendor, este mismo Lucifer, caminando en sentido contrario, fue convertido en el más horrible de entre todos los horribles, pues la santa divinidad, en su celo, lo arrojó al lugar sin luz.

VIII (IX). *Y en la parte más alta de la curvatura arqueada exterior del ala izquierda hay un rostro como de hombre, que brilla como el fulgor de las estrellas*; esto es, que en la cúspide de la humillación vencedora, cuando el hombre pisotea con humildad las causas terrenas contrarias a él, a su izquierda, y se vuelve hacia la protección de su Creador, tiene apariencia de hombre, porque comienza a vivir en la honestidad, no según la muchedumbre, sino según lo que la naturaleza humana le enseña. Por ello, él muestra también que la buena intención de su corazón brilla como eximio esplendor en estas obras justas.

IX (X). Pues cuando Dios dijo: «Hágase la luz», la luz racional nació, es decir, los ángeles, aquellos que persistieron con Él en la verdad y aquellos que cayeron a las tinieblas exteriores sin luz alguna; pues éstos negaron que Dios era la verdadera luz, que existía en la claridad sin inicio antes de los tiempos, y porque quisieron hacer semejante a Él a un tal, que no podía serlo. Entonces Dios hizo brotar otra vida, a la que cubrió con un cuerpo, que es el hombre; a éste le dio también el lugar y la gloria del ángel per-

dido, hasta que el hombre se perfeccionara en la alabanza a Dios, lo que aquél no quiso hacer. Y en este rostro de hombre se muestran aquellos que, entregados en cuerpo al mundo, sirven, sin embargo, continuamente a Dios con el espíritu, y no por el hecho de que sean retenidos mundanamente en el mundo, olvidan aquellas cosas que son espíritu en el servicio a Dios. *Y estos rostros están vueltos hacia el oriente,* porque tanto los espirituales como los laicos, que desean servir a Dios y conservar sus almas en la vida, deben volverse al origen de la santa costumbre y bienaventuranza.

X (XI). *Pero también de ambos hombros de esta imagen se extiende un ala hasta sus rodillas;* puesto que en la fortaleza de la caridad el Hijo de Dios reunió junto a sí a justos y pecadores, y los sostuvo con los hombros, porque habían vivido con justicia, y con las rodillas, puesto que los había apartado de la vía de la injusticia, y los hizo compañeros de los ciudadanos celestiales; así también el hombre sostiene con las rodillas y con los hombros aquello que lleva sobre sí. Pues en la ciencia de la caridad el hombre es conducido por el alma y por el cuerpo a la plenitud de la integridad, aunque sea movido frecuentemente de la condición de la justa estabilidad. Cuando los dones del Espíritu Santo bañan al hombre desde arriba en una generosidad pura y sagrada, lo instruyen copiosamente en las cosas celestiales y espirituales. También lo modelan de otro modo en las cosas terrenales para utilidad de la necesidad corporal; sin embargo, en éstas comprende que es débil, endeble y mortal, aunque haya sido fortificado con muchos de estos dones.

XI (XII). *Viste con una túnica semejante al fulgor del sol;* esto es, que el Hijo de Dios se viste con el cuerpo humano en la caridad, sin ningún contagio de pecado, a semejanza de la belleza del sol; porque como el sol brilla ante las demás creaturas a tan gran altitud, que no puede ser tocado por hombre alguno, así también ninguna ciencia humana, a no ser por la fe, es capaz de captar

cómo es la humanidad del Hijo de Dios. *Y en sus manos tiene un cordero, espléndido como la luz del día,* puesto que en las obras del Hijo de Dios, la caridad produjo la dulzura de la verdadera fe, que brilla por sobre todas las cosas; por ello eligió a los mártires, confesores y penitentes de entre los publicanos y los pecadores, y por ello hizo justos de los impíos, lo mismo que a Paulo, de Saulo; hasta que volasen por sobre las plumas de los vientos, esto es, hacia la armonía celestial. Así la caridad completó su obra paulatina y claramente, de modo que ninguna flaqueza, sino toda la plenitud, estuviese en ella. Esto no lo hace el hombre, porque mientras él ha tenido una pequeña posibilidad de hacer algo, mantiene apenas esa obra hasta completarla, para que sea vista por otros. El hombre considera estas cosas dentro de sí, porque también el pájaro al salir del huevo y careciendo de plumas, aún no se apresura a volar, sino que, después de que ha adquirido las plumas, vuela para ser un pájaro.

XII (XIII). *Pero que holla con sus pies a un cierto monstruo de forma horrible y de color venenoso y negro y a una cierta serpiente*: por esto, la verdadera caridad pisotea, mediante las huellas del Hijo de Dios, la injuria de la discordia, atormentada por los mayores vicios y horrible por las muchas perversidades y venenosa en el engaño y negra en la perdición; y pisotea a la antigua serpiente, que asecha a cada uno de los fieles; puesto que este mismo Hijo de Dios la redujo a la nada en la cruz. *Ésta hunde su boca en la oreja derecha de este mismo monstruo, y curvando el resto de su cuerpo por encima de su cabeza, extiende su cola en el lado izquierdo hasta sus pies;* porque el diablo, a veces asemejándose a la discordia, introduce su engaño para beneficiarse y, colocando levemente al comienzo todo género de vicios aquí y allá, muestra sin embargo al final su perversidad en la máxima culminación de la discordia. Pues la serpiente, que en el dolor es más astuta que los demás gusanos, destruye con esta misma astucia todo lo que puede, y se convierte en

lo que es lo más malo, ya que esto indican sus diversos colores. Y así también lo hizo Satán, puesto que, habiendo conocido su propia belleza, quiso ser semejante a su Creador, y esto contra el hombre le susurró al oído a través de la cabeza de la serpiente; y no dejará de hacerlo hasta el último día; esto es, como su cola.

XIII. Y así la caridad existe sin tiempo en la rueda de la eternidad, lo mismo que el calor en el fuego. Pues Dios en su eternidad conoció anticipadamente a todas las creaturas, a las que así creó en la plenitud de la caridad, para que el hombre no careciera de ningún alimento o servicio gracias a ellas, puesto que las unió al hombre como las llamas al fuego. Y Dios, como ya se ha dicho, hizo al primer ángel con los mayores adornos; pero cuando él se observó a sí mismo, le tuvo odio a su Señor y quiso ser señor; pero Dios lo arrojó a la profundidad del infierno. Entonces el mismo transgresor le ofreció un mal consejo al hombre, y el hombre consintió.

XIV. Pues Dios, una vez que creó al hombre, lo vistió con una vestimenta celestial, de modo que resplandeciera en gran claridad; pero el diablo, observando a la mujer, supo que ella habría de ser la madre de un gran mundo , y con la misma malignidad con la que se apartó de Dios, intentó sobrepasarlo en esta su obra; de manera que esta misma obra de Dios, que es el hombre, se transformara en su aliado. Entonces la mujer, sintiéndose distinta por el sabor de la manzana, le dio la manzana a su hombre; y así ambos perdieron la vestimenta celestial.

XV. Pero luego Dios dijo: *Adán, ¿dónde estás?;*[1] que significa que, de antemano, le recordaba que lo había hecho a imagen y semejanza suya y que quería que él volviese a su lado. También cu-

1. Gn 3,19.

brió su desnudez a partir de su oficio servil, y lo envió al exilio, de manera que recibiese una piel de oveja en vez de su vestidura luminosa, del mismo modo que cambió el paraíso por el exilio. Dios, en efecto, unió a la mujer con el hombre con un juramento de fe, de manera que esta fe nunca se destruya en ellos, sino que concuerden unívocamente, así como cuerpo y alma, Dios unió en uno. A causa de esto, cualquiera que destruyese esta fe, y perdurase impenitente y sin corrección, será arrojado a la tierra de Babilonia, es decir, a la tierra de la confusión y de la aridez, la que permanecerá sin el bello verdor del campo, esto es, sin la bendición de Dios; y la venganza de Dios caerá sobre él hasta la última línea de consanguinidad que proviene de su sangre ardorosa, pues éste es el pecado del hombre.

XVI. Y del mismo modo que Adán es el padre de todo el género humano, así también el pueblo espiritual, que ascenderá como Dios le prometió a Abraham a través del ángel, proviene del Hijo de Dios, que se encarnó en la naturaleza virginal; es decir, le prometió que su semilla llegaría a ser así como las estrellas del cielo, como está escrito: *Y sacándole afuera, le dijo: «Contempla el cielo, y cuenta las estrellas, si puedes». Y le dijo: «Así será tu semilla». Abraham creyó en Dios; y se lo estimó en justicia.*[2] Es evidente que esto debe comprenderse así: Tú, que adoras y veneras a Dios con buena voluntad, mira los secretos de Dios, y examina la recompensa de sus dones, que brillan día y noche ante Dios, si esto es posible para un hombre cargado con el peso de la carne; porque, mientras el hombre saborea aquellas cosas que son carne, no es capaz de coger en plenitud aquellas que son espíritu. Y se le dice en verdadera revelación a aquél, que se esfuerza en adorar a Dios con el recto deseo de su corazón: «De este modo será la semilla de tu corazón multiplicada y anunciada, la que sembraste en un campo propicio inundado por la gra-

2. Gn 15,5-6.

cia del Espíritu Santo; pues también se levantará y brillará muchas veces en las bienaventuradas virtudes en presencia del sumo Dios, del mismo modo que las estrellas brillan en el firmamento». Por esto, todo el que haya creído fielmente en la promesa divina, teniendo la exaltación de la verdadera fe en Dios, de manera que desprecie todas las cosas terrenales y se vuelque a lo alto hacia las cosas celestiales, será considerado justo entre los hijos de Dios, puesto que amó la verdad, y porque no tuvo engaño en su corazón.

XVII. Pues también Dios supo que el espíritu de Abraham no tenía engaño de la serpiente, pues las cosas que hacía, las hacía sin daño para nadie; por ello también Dios eligió la tierra adormecida desde su raza, que era del todo ignorante del sabor con el que la antigua serpiente engañó a la primera mujer. Pero esta tierra señalada de antemano por la rama de Aarón era la virgen María, la que, cámara cerrada del rey, se presentó con gran humildad; porque, habiendo recibido ella este anuncio del trono, que el sumo rey quería habitar en su clausura, miró la tierra de la que fue creada y dijo que ella era la esclava de Dios. La primera mujer engañada no hizo esto, sino que deseó aquello que no debía tener. Incluso la obediencia de Abraham, con la que Dios probó su fe, cuando le mostró el carnero colgando entre espinas, le señaló de antemano la obediencia de la bienaventurada Virgen, la cual, confiando en la palabra del mensajero de Dios, eligió que se hiciera en ella según la palabra de este mismo mensajero; y por ello también el Hijo de Dios en ella vistió la carne, la que había prefigurado el carnero colgando entre los espinos. Pero también, ya que Dios dijo que la raza del mismo Abraham habría de multiplicarse según las estrellas del cielo, veía de antemano en esta raza aquello que había de calcularse en el número pleno de la comunidad celestial. Y puesto que él creyó fielmente y enteramente en Dios, por esto también fue llamado el padre de aquellos que serán herederos del reino de los cielos.

Por lo tanto, que todo hombre tema y ame a Dios, abra la devoción de su corazón por estas palabras, y sepa que estas cosas han sido proferidas para la salvación de los cuerpos y almas de los hombres, no ciertamente por un hombre, sino por mí, que soy.

Segunda visión de la primera parte



Segunda visión de la primera parte

Esta imagen cosmológica muestra la evolución visionaria, a partir de la figura del hombre ígneo (primera visión de la primera parte), cuyo cuerpo se abre ahora en un círculo de fuego con el que abraza el macrocosmos compuesto por los cuatro elementos (aire, tierra, fuego y agua), los cuatro puntos cardinales y los vientos, incluyendo como figura central la imagen de un hombre, es decir, el microcosmos.

Esta imagen se relaciona también directamente con la visión cosmológica del libro *Scivias* (I, 3), en la que se muestra un gran instrumento viviente (*instrumentum*) en forma de huevo, cuyas capas figuran los cuatro elementos. En esta segunda visión de la primera parte, Hildegarda se refiere a la analogía entre las dos imágenes del macrocosmos:

> [...] apareció una rueda de admirable visión en sus formas, de similitud casi igual a la de aquel instrumento que yo había visto claramente hace veintiocho años en una figura de huevo, del modo que se muestra en la tercera visión del libro Scivias.

Es posible que, para Hildegarda, tanto el huevo como el círculo fueran modelos verosímiles de representación del universo, más que imágenes de la realidad. De hecho, en la cuarta visión, capítulo XCI de esta misma obra, ella escribe que «la superficie de la tierra es redonda por abajo como por arriba, y es como hierro frente a las aguas que entran y que fluyen a su alrededor», por lo que se puede suponer que, para ella, la tierra tenía una forma esférica.

I. Luego, en el pecho de la mencionada imagen que yo había visto como en medio del aire austral, como ya se ha dicho, apareció una rueda de admirable visión en sus formas, de similitud casi igual a la de aquel instrumento que yo había visto claramente hace veintiocho años como en una figura de huevo, del modo que se muestra en la tercera visión del libro Scivias; *de manera que, en la parte superior de esta rueda, a través de la circunferencia de su redondez, se mostraba un círculo semejante al fuego brillante, y debajo otro círculo como de fuego negro; el círculo de fuego brillante superaba dos veces en densidad a este círculo de fuego negro. Y estos dos círculos, como si fuesen un solo círculo, se unían a su vez entre sí. Pero bajo este mismo círculo de fuego negro había otro círculo semejante al éter puro, y estos dos círculos eran de tan gran densidad como la de los dos fuegos mencionados. Y bajo el mismo círculo de éter puro se manifestaba otro círculo de aire acuoso de tan gran densidad en su redondez, como la densidad del círculo de fuego luminoso ya mencionado. Y bajo este mismo círculo, a saber, el de aire acuoso, se mostraba otro círculo con esta apariencia: de aire fuerte y blanco y brillante, que existía en su propia firmeza, como los tendones en el cuerpo del hombre, apareciendo en su circunferencia con la misma densidad que la del círculo de fuego negro. También estos dos círculos se unían entre sí, de manera que parecía que fuesen un solo círculo. Y bajo este mismo círculo, es decir, el de aire fuerte y blanco y brillante, se había marcado como otro de aire tenue, que parecía transportar más arriba nubes a veces altas y brillantes, otras veces bajas y sombrías, y que parecía difundirse por toda la mencionada rueda. Y todos estos seis círculos se habían uni-*

do a su vez entre sí sin ningún intersticio. Y el círculo superior bañaba a los demás círculos con su fuego; y el acuoso impregnaba a todos los demás con su humor.

Y así desde el principio de la parte oriental de esta rueda como hasta el límite de su misma parte occidental, se extendía una línea del lado de su parte septentrional, como separando la región septentrional de las demás regiones. Pero también se distinguía un globo en medio de la mencionada forma de aire tenue, que allí en su propia circunferencia distaba a igual distancia de la forma del aire fuerte y blanco y brillante; ciertamente era de tan gran latitud en sentido transversal como grande era la profundidad de la distancia desde la parte más alta del círculo superior hasta la parte más baja de las nubes, o desde la parte más baja de las nubes hasta la parte más alta de este mismo globo.

También en el medio de esta rueda aparecía una imagen de hombre, cuya coronilla, más arriba, y las plantas de los pies, más abajo, se alargaban hasta el mencionado círculo de aire fuerte y blanco y brillante. Y, por el lado derecho, habían sido desplegadas las puntas de los dedos de su mano derecha, y por el lado izquierdo, las puntas de la mano izquierda, hasta el mismo círculo marcado en cada lado de la circunferencia, puesto que la misma imagen había así extendido sus brazos. Y también del lado de estas mismas partes aparecían cuatro cabezas, a saber, como cabeza de leopardo y de lobo, de león y de oso.

Pues sobre la coronilla de la mencionada imagen en la forma del éter puro, yo veía una cabeza de leopardo que emitía desde su boca como un soplo, y, doblándose bastante en longitud en la parte derecha de la misma boca, se formaba junto a la cabeza de un cangrejo con dos tenazas como con dos patas que, en la parte izquierda de su boca, girando a lo largo terminaba en una la cabeza de un ciervo. Y desde la boca de la cabeza de este cangrejo avanzaba como otro soplo que iba hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del leopardo y del mencionado león; ciertamente desde la boca de la cabeza del ciervo se desplegaba como otro soplo que venía hasta la mitad de la distancia entre la cabeza del leopardo y la del oso. Y eran de igual longitud el soplo que avanzaba desde la par-

te derecha de la boca del leopardo hasta la cabeza del cangrejo, el soplo que iba desde la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza del ciervo, y el soplo que se desplegaba desde la boca de la cabeza del cangrejo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del leopardo y del león, así como también el soplo que se prolongaba desde la boca de la cabeza del ciervo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del leopardo y del oso. Todas estas cabezas soplaban hacia la mencionada rueda y hacia esta imagen de hombre. Pero bajo los pies de esta misma imagen de hombre, en la forma del aire acuoso, aparecía como una cabeza de lobo, que producía un soplo desde su boca, que también desde la derecha de la misma boca —irrumpiendo a veces a lo largo, en la mitad de la distancia entre las cabezas del lobo y del oso— tomaba la forma de la cabeza del ciervo; desde esta boca también salía otro soplo que terminaba en esta misma mitad. Y desde la izquierda de esta misma boca de la cabeza de lobo surgía un soplo que avanzaba desde esta misma boca, prolongándose también en la mitad de la distancia entre las cabezas del lobo y del león, hasta la cabeza del cangrejo con dos tenazas como dos patas; y de esta boca surgía otro soplo que salía en esta misma mitad. Y estas cabezas distaban entre sí esta misma magnitud de distancias; esta magnitud y esta forma de estos soplos se extendía aquí y allá en longitud, como se ha dicho de los otros de más arriba; y esas mismas cabezas enviaban sus soplos hacia la ya mostrada rueda y hacia la imagen del hombre que estaba de pie en ella.

A la derecha de la imagen en la forma del fuego brillante yo veía como una cabeza de león, de cuya boca se prolongaba un soplo que salía en cantidad considerable de cada parte de esa boca; y en la parte derecha tomaba forma junto a la cabeza de la serpiente, y en la izquierda, junto a la cabeza del cordero. Y la cabeza de la serpiente en la mitad de la distancia, que estaba entre la cabeza del león y la del lobo, emitía como un soplo al mostrarse, que se extendía hasta esta misma mitad, y se unía al soplo que salía de la cabeza del cangrejo, entre la cabeza del lobo y del león. Y la cabeza del cordero, que aparecía en la mitad de la distancia entre la cabeza del león y la del leopardo, producía un soplo que, prolongán-

dose hasta la misma mitad, salía a su encuentro, uniéndose a otro soplo que salía de la cabeza del cangrejo, entre la cabeza del leopardo y la del león. Pero según las distancias por las que estas cabezas estaban separadas, avanzaba la longitud de estos soplos, al igual que se ha indicado tanto de las cabezas superiores como de sus soplos; y ellas mismas mostraban que soplaban hacia la rueda mencionada y hacia la imagen humana descrita.

A la izquierda de esta misma imagen en la forma del fuego negro, aparecía como una cabeza de oso que exhalaba un soplo desde su boca; extendiéndose también bastante en longitud hacia la derecha y hacia la izquierda de la boca misma, terminaba a la derecha, junto a la cabeza del cordero, pero a la izquierda recibía la forma de una cabeza de serpiente. Y desde la boca de la cabeza de este cordero se prolongaba como otro soplo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del leopardo; y desde la boca de la cabeza de esta serpiente avanzaba otro soplo que se extendía hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del lobo. Pero eran de una sola e igual longitud tanto la semejanza de este soplo, que venía desde la parte derecha de la boca del oso hasta la cabeza del cordero, como este mismo soplo que avanzaba desde la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza de la serpiente; incluso eran de una sola e igual longitud el soplo, que salía desde la boca de la cabeza del cordero hasta la señalada mitad de la distancia que se veía entre las cabezas del oso y del leopardo, y el soplo que se prolongaba desde la boca de la cabeza de la serpiente hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del lobo. Todas estas cabezas exhalaban soplos hacia la ya citada rueda y la mencionada imagen de hombre.

Sobre la cabeza de esta imagen habían sido marcados siete planetas en orden ascendente: tres en el círculo del fuego brillante, uno en el círculo más interior del fuego negro y tres en el círculo más interior del éter puro, de manera que también hacia el austro, junto al costado de esta imagen y bajo sus pies, aparecía un sol marcado del mismo modo y orden y diferenciado en su círculo. Y, desde el medio de la forma del planeta primero y más alto, que había sido marcado sobre la cabeza de esta

misma imagen, salían ciertos rayos; uno de ellos descendía hasta la forma del sol, y otro irradiaba hasta la pata derecha de la cabeza del mencionado cangrejo, que avanzaba desde la cabeza del leopardo; y otro rayo se desplegaba hasta el asta derecha de la cabeza del ciervo, que también salía de la misma cabeza del leopardo. También desde el medio de la forma del segundo planeta se inclinaba un cierto rayo sobre la forma del sol, y otro salía hasta la cabeza del cordero, que venía desde la forma de la cabeza del león; y otro se dirigía hasta la mencionada línea, que se extendía desde el comienzo de la parte oriental de la citada rueda hasta el límite de la parte occidental, del lado de su región septentrional, donde estaba puesta allí más arriba la cabeza del cordero, que salía desde la forma de la cabeza del oso. También la forma del tercer planeta desplegaba un rayo desde su centro hasta la forma del sol; pero dirigía otro hasta la cabeza de la serpiente, que avanzaba desde la forma de la cabeza del león; y prolongaba otro hasta la mencionada línea del lado de la cabeza de la serpiente, que salía desde la forma de la cabeza del oso. También la forma del sol, emitiendo desde sí ciertos rayos, tocaba con uno la forma de la cabeza del leopardo; con otro, la forma de la cabeza del león; con otro, la forma de la cabeza del lobo, pero no la forma de la cabeza del oso; y clavaba un rayo sobre la forma de la luna, y clavaba otro, extendiéndolo sobre el cerebro y más allá de ambos talones de la mencionada imagen. Y desde el medio de la forma del quinto planeta, que está cerca por debajo del sol, ascendía como un cierto rayo más arriba, hasta la forma del sol, pero otro se extendía hasta la cabeza del cangrejo, que salía desde la forma de la cabeza del lobo, y otro se dirigía hasta el cuerno izquierdo de la forma de la luna. También desde el medio de la forma del sexto planeta, que está cerca sobre la luna, se desplegaba un rayo más arriba hasta la forma del sol, y otro se dirigía hasta el cuerno derecho de la forma de la luna; pero otro se extendía hasta la cabeza del ciervo, que avanzaba desde la forma de la cabeza del lobo. También desde la forma de la luna irradiaba un rayo sobre cada ceja y sobre cada tobillo de la mencionada imagen. Y también, como ya se ha dicho, la forma del sol había sido dispuesta con sus rayos hacia los ya mencionados lugares del mismo modo

y orden como había sido dispuesta sobre la coronilla de esta imagen; asimismo, hacia el lado derecho, bajo sus pies, aparecía marcado en su círculo junto a estos mismos lugares.

También en la circunferencia del círculo, en el que se veía la semejanza del fuego brillante, aparecían dieciséis estrellas principales: a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y la del león, cuatro entre la cabeza del león y la del lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y la del oso, cuatro, asimismo, entre la cabeza del oso y la del leopardo. Ocho de éstas, que ocupaban el lugar intermedio de las estrellas que había entre estas cabezas, es decir, las dos centrales entre dos cabezas, extendían sus rayos hasta la forma del aire tenue opuesto a ellas; pero las ocho restantes, que se veían próximas a las cabezas mencionadas desde cada parte de estas estrellas del medio, dirigían sus rayos solamente hasta el fuego negro.

Tanto el círculo del éter puro como el círculo del aire fuerte y blanco y brillante estaban llenos de estrellas, que enviaban sus fulgores hasta las nubes opuestas a ellos. Por ello también ellas, en la parte derecha de la mencionada imagen, sacando desde sí dos lenguas separadas una de otra, dirigían desde ellas ciertos riachuelos hasta la citada rueda y del lado de esta misma imagen. Y en la parte izquierda de aquélla, desde las nubes allí mismo marcadas, también se volvían dos lenguas, separadas considerablemente entre sí, hacia esta misma rueda y hacia la misma imagen, como con ciertos riachuelos que manaban desde ellas. De este modo esta imagen había sido entrelazada y circundada por estas formas.

Vi también que desde la boca de la citada imagen, en cuyo pecho aparecía la rueda, salía una luz más clara que la luz del día a semejanza de hilos, por los cuales las formas de los círculos y las formas de las demás figuras, que habían sido distinguidas en esta misma rueda, y cada una de las formas de los miembros de la figura de hombre, a saber, los de esta misma imagen, que también aparecían en la misma rueda, eran medidos con recta y clara medida, como se manifiesta en sus palabras, en las que preceden y en las que siguen.

II. Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía: «Dios, que para gloria de su nombre dispuso el mundo con los elementos, lo consolidó con los vientos, lo iluminó entrelazándolo con las estrellas, lo completó con las restantes creaturas, y puso en él al hombre rodeándolo de todas estas cosas y fortificándolo allí con la mayor fortaleza, para que lo asistieran en todas las cosas y lo ayudaran en sus obras, de manera que obrase con ellas; porque el hombre sin ellas no puede vivir ni tampoco subsistir, como se te manifiesta en la presente visión.

»*Pues en el pecho de la mencionada imagen aparece una rueda de admirable visión con sus formas, de una similitud casi igual a la de aquel instrumento que habías visto significativamente hace veintiocho años en la figura del huevo, como te he mostrado en tus visiones anteriores;* puesto que la forma del mundo es indisolublemente variable y admirable para la naturaleza humana, sin olvido de la ciencia de la verdadera caridad, que es Dios; de manera que no es consumida por ninguna edad, no es aumentada por ningún suceso nuevo, sino que al ser creada por Dios, así perdurará hasta el fin del mundo. En efecto, la divinidad en su presciencia y en su obra, es entera como la rueda y de ningún modo dividida, puesto que no tiene ni comienzo ni fin, ni puede ser abarcada por nada, porque no tiene tiempo. Y como el círculo abarca todas las cosas que se ocultan en su interior, así la sagrada divinidad abarca y sobrepasa infinitamente todas las cosas, porque nadie podrá dividir su potencia, ni superarla ni agotarla».

III. «Pero este instrumento ya mencionado ha sido señalado en tus visiones anteriores en la figura del huevo; esto muestra que la diferencia de los elementos es expresada sólo en esta misma semejanza, puesto que la forma del huevo, que distingue la semejanza de la diferencia misma, por la que se han distinguido a los elementos, se asemeja considerablemente al mundo diferenciado de los elementos; pero aquí en la rueda solamente se muestra la

circunferencia y la recta medida de estos mismos elementos, en tanto que ninguno de ellos tenga en todos sus aspectos una semejanza con la figura del mundo, puesto que, siendo ella en todo entera, redonda y variable, un globo, que es entero y variable, imita mejor la forma de ella misma en cada parte».

IV. *Y en la parte superior de éste, a través de la circunferencia de su redondez, aparece un círculo semejante al fuego brillante;* esto es, que el primer elemento, el fuego, existe primero, porque es liviano y abarca e ilumina los demás elementos, y atraviesa a todos las creaturas y les suministra el goce de su luz, que significa el poder de Dios, quien está sobre todos y quien concedió la vida para todos. *Bajo éste, otro círculo se muestra como un círculo de fuego negro,* porque este fuego, que existe bajo la potestad del anterior, es propio del Juicio y en cierta medida de la Gehenna, hecho para venganza de los malvados, y no perdona ninguna cosa sobre la que cae con justo juicio; pues en él se muestra que todo el que se opone a Dios se dirigirá a la caída de la negrura y a las muchas calamidades. Pues en el estío, cuando el sol asciende hacia lo alto, este mismo fuego ejerce la venganza de Dios en la combustión del resplandor; pero cuando en el invierno el sol desciende hacia abajo, provoca las plagas justicieras del hielo, del granizo y del frío; puesto que todo pecado es castigado por el fuego, por el frío o por ciertas plagas, según sus características. *Y este mismo círculo de fuego brillante supera dos veces en su densidad a este mismo círculo de fuego negro,* porque este fuego negro tiene en su negrura tan grande fortaleza y amargor, que ensombrecería y disiparía el fuego brillante de más arriba, si él no lo superase con su densidad; y esto señala que la venganza de los pecados de los hombres tiene en sí tantos peligros de castigo, que el hombre no podría subsistir si la gracia y la clemencia de Dios no los evitaran. *Y estos dos círculos, como si fuesen un solo círculo, se unen a su vez entre sí,* porque en el ardor del fuego arden y por-

que el poder y el juicio de Dios, que se contienen en una sola justicia, no pueden ser separados.

V. *Y bajo este mismo círculo de fuego negro hay otro círculo semejante al éter puro, donde aparecen círculos de tanta densidad como la de los dos fuegos mencionados;* puesto que, bajo los mencionados fuegos, tanto el brillante como el negro, abarcando el mundo en su redondez, está el éter puro, que proviene de ellos mismos como el fulgor del fuego ardiente cuando el fuego expande su llama, señalando la penitencia pura de los pecados, despertada en el hombre por la gracia de Dios desde el fuego brillante, y por el temor a Él, desde el fuego negro. Y son de densidad igual los dos fuegos citados, porque él mismo, resplandeciendo desde uno y otro fuego, contiene la densidad de cada uno, y no es más leve en el resplandor del fuego brillante ni más agudo en el reflejo del negro, que eso lo determina el justo juicio de Dios; puesto que ni el día ni la noche señalan otra cosa que lo que la voluntad divina dispone.

El éter retiene las cosas superiores e inferiores para que no excedan su límite; y sobre ninguna creatura recae con juicio justiciero, sino que con su estabilidad y su equidad frecuentemente resiste este juicio, del mismo modo que la penitencia restringe la venganza de los pecados. El hecho de que tenga la densidad de los dos fuegos significa que el hombre penitente debe observar en el fuego brillante la caída del primer ángel, que fue brillante, y considerar en la densidad del fuego negro la caída de los hombres pecadores en la incredulidad y en la temeridad; y así, contemplando el poder y el justo juicio de Dios, se arrepienta pura y dignamente.

VI. *También bajo el mismo círculo de éter puro se manifiesta otro círculo como de aire acuoso de tanta densidad en su redondez como la densidad del círculo de fuego luminoso mencionado;* lo que significa

que, bajo el éter, en toda la circunferencia del firmamento, están aquellas aguas que se sabe que están sobre el firmamento; es decir, que este círculo es de la misma densidad en su circunferencia que la densidad del fuego brillante. Y este aire acuoso muestra, para ejemplo de los justos, las obras santas que son como agua cristalina y que purifican las obras impuras del mismo modo que el agua lava todas las cosas sucias; y gracias a esta capacidad, las cosas alcanzan su perfección, al igual que la gracia divina las enciende en el fuego del Espíritu Santo.

VII. *Y bajo este mismo círculo, a saber, el de aire acuoso, se muestra otro círculo de aire fuerte y blanco y brillante, que existe en su propia firmeza, como los tendones en el cuerpo del hombre*; este aire, opuesto a los peligros de las aguas superiores, contiene con su fortaleza y tenacidad las inundaciones, para que con su desbordamiento repentino e inmanejable no inunden la tierra; esto significa que la discreción consolida las obras santas con una combinación de este tipo, de tal manera que el hombre restrinja su cuerpo, sin reprimirlo excesivamente, para que no se encamine a la ruina.

Este aire aparece allí en su circunferencia con densidad igual a la del círculo de fuego negro; puesto que éste ha sido dispuesto para utilidad de los hombres, como aquél para la venganza de estos pecados. Pero cada vez que las aguas inferiores son llevadas en abundancia hacia arriba por las nubes, para venganza de los males por el juicio justo de Dios, desde el aire acuoso un cierto humor —que hace descender estas mismas aguas en una peligrosa inundación— mana a través de este aire fuerte y blanco y brillante, como la orina del hombre mana hacia la vejiga, permaneciendo ésta intacta. Por ello la discreción discierne con justa moderación, por todas partes, las obras de los hombres para su salvación, y el juicio divino no exceda en Su venganza la gravedad los pecados, sino que se haga con moderación y justicia; puesto que el defensor y el gobernador se contienen uno al otro en justa equi-

dad. *También estos dos círculos se unen a su vez entre sí, de manera que parece que si fuesen un solo círculo,* porque se empapan de humor e infunden a otros ese humor, como la discreción modera las buenas obras para que no vayan a la ruina.

VIII. *Y bajo este mismo círculo, es decir, el de aire fuerte y blanco y brillante, se distingue otro como de aire tenue;* desde los círculos superiores o desde los elementos, se distingue como un aire expirado que proviene de él, que no se separa de los elementos mismos, al igual que el hálito humano sale del hombre sin separarse de él. Este mismo aire *transporta más arriba nubes a veces altas y brillantes, otras veces bajas y sombrías,* que el mencionado aire acuoso arroja y recoge, así como el fuelle del artesano emite un soplo y se contrae; por eso, mientras algunas estrellas dispuestas en el mencionado elemento del fuego ascienden hacia arriba con movimiento circular, transportan hacia arriba las nubes, en cuya región se vuelven brillantes. Mas cuando las estrellas descienden con movimientos circulares, devuelven las nubes hacia abajo, y así son sombrías y producen lluvias.

Y el citado aire tenue parece *como si se difundiera por toda la mencionada rueda,* puesto que todas las cosas que hay en el mundo son animadas y conservadas por él. También bajo la protección de la discreción, los rectos deseos de los hombres fieles que viven en el rigor de la justicia, señalan que todas las cosas provienen de las virtudes y de los consuelos celestiales a través del Espíritu Santo, y no se apartan de ellas, sino que se adhieren a esas virtudes con perfecta devoción y sin interrupción; y todas las cosas tienen frente a Dios una mente firme en estos mismos fieles, resplandeciendo en la fe o temblando en la humildad, porque nace de las obras santas y de los ejemplos de los justos, y así es reconocida, como el obrero es recompensado por su tarea. Pues, cuando en el hombre la buena ciencia, encendida por el Espíritu Santo, se eleva hacia las cosas celestiales con justas acciones, atrae

las mentes y las hace puras; y cuando el hombre se inclina hacia las necesidades corporales, devuelve las mentes a sus mismas necesidades, de manera que en estos cuidados parecen confusos, y provocan una lluvia de lágrimas, porque se lamentan verdaderamente de estar unidos a lo terrenal, aunque pueden incorporarse íntegramente a la potencia divina.

IX. *Y estos seis círculos se habían unido a su vez entre sí sin ningún intersticio,* porque si la disposición divina no los apuntalase así con esta unión, el firmamento se despedazaría y no podría sostenerse; esto muestra que las virtudes perfectas unidas entre sí en el hombre fiel son reforzadas por inspiración del Espíritu Santo, de manera que, luchando contra los vicios del diablo, realizan unánimemente toda obra buena.

X. *El círculo superior baña los demás círculos con su fuego; sin embargo, el acuoso impregna todos los demás con su humor;* puesto que el elemento superior, el fuego, fortalece las demás cosas con su fortaleza y su brillo, el elemento acuoso transmite a los otros el verdor con su humedad; del mismo modo también el poder de Dios con las maravillas de su gracia santifica a los hombres fieles, y las obras de los fieles engrandecen la piedad de su Creador en la verdadera humildad de la santidad.

XI. *Y desde el principio de la parte oriental de esta rueda hasta el límite de su parte occidental, se extiende en el firmamento una línea del lado de la parte septentrional, separando la región septentrional de las otras regiones;* porque desde el primer nacimiento en el oriente, donde el sol nace cuando los días comienzan a alargarse, hasta el último ocaso en el occidente, es decir, donde el sol no avanza más allá, se refleja una línea, esto es, el camino del sol, que evita la región septentrional; puesto que el sol no se sumerge en aquella parte, sino que la tiene como en abandono, allí donde el antiguo

seductor escogió para sí el lugar de su mansión; por ello Dios las privó de la cercanía del sol. Así, desde el inicio de las buenas obras existentes en la potestad de Dios, hasta la buena conclusión, el hombre fiel opone la rectitud de la justicia a la iniquidad, apartando las artes diabólicas de las obras buenas y santas; porque quien quiera unirse fielmente a Dios, se consagrará a evitar lo que daña su alma y escuchará aquello que está escrito:

XII. *Al vencedor le daré maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y, en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe.*[3] Esto debe comprenderse así: quienquiera que huya de la parte izquierda, tiene una gran batalla contra la tortuosa serpiente, que siempre busca llevarlo consigo a la parte izquierda. Y si, perseverando en esta lucha, hubiese huido de Satanás, no consintiendo en su consejo, Yo, que Soy el que Soy, le daré el pan vivo que desciende del cielo, que había sido escondido de toda humedad de la voluntad del hombre y de todo engaño de la antigua serpiente; y también le daré el don de participar en Aquel que, siendo la piedra angular, es Dios y Hombre en la blanca claridad, y en Él inscrito el nombre de la nueva regeneración, que es Cristo, por Él existen los cristianos. Nadie, mientras se mantenga en la vida caduca y temporal, puede comprender lo perfecto, a no ser que obtenga la vida de la eterna bienaventuranza en la recompensa de los premios celestiales.

XIII. *También se distingue un globo en medio de la mencionada forma de aire tenue, que en su propia circunferencia dista a igual distancia de la forma del aire fuerte y blanco y brillante,* mostrando la tierra que existe en el medio de los restantes elementos, en la medida en que está compuesta por todos ellos. Por esto también, sostenida de igual modo aquí y allá por los elementos y unida a

3. Ap 2,17.

ellos, recibe continuamente de ellos el verdor y la fortaleza para su sustento.

También la vida activa, que aquí representa la tierra, girando como en medio de los rectos deseos y corriendo de aquí para allá en rededor, mantiene con igual moderación la devoción junto a las fuerzas de la discreción, cuando persevera en los oficios espirituales o en las necesidades corporales a través de los hombres fieles; puesto que los que aman la discreción dirigen todas sus obras hacia la voluntad de Dios.

Y es de tan gran latitud en sentido transversal como grande es la profundidad de la distancia desde la parte más alta del círculo superior hasta la parte más baja de las nubes, o desde la parte más baja de las nubes hasta la parte más alta de este mismo globo; puesto que, a partir del supremo Creador, la tierra ha sido acumulada y fortalecida por esta mole, para que no pueda ser destruida por el estrépito de los elementos superiores o la fuerza de los vientos o la inundación de las aguas. Pues todo fiel considera la magnitud del poder de Dios con corazón dilatado y examina la inestabilidad de la mente y la debilidad de su carne; así mitiga todo lo que hace para que, al desviarse, no abandone el justo modo ni en las causas necesarias, ni superiores ni inferiores, así como Pablo exhorta a los fieles, diciendo:

XIV. *Pero haced todo sin murmuraciones ni vacilaciones para que seáis sin queja y simples hijos de Dios sin tacha en medio de un pueblo perverso y depravado; en medio de éstos brilláis como luminarias en el mundo, manteniendo la palabra de vida.*[2] Esto debe comprenderse así: el hombre vive en una encrucijada, de manera que, si buscase la luz en la salvación en Dios, la recibiría, pero si eligiese lo malo, seguiría al diablo hasta el castigo; y por ello, que el hombre lleve la naturaleza humana y todas sus obras sin murmuraciones, esto

2. Flp 2,14-16.

es, sin las deformaciones de los pecadores y sin vacilaciones, es decir, teniendo una fe completa; de manera que, cuando ama lo bueno y odia lo malo, no dude en liberarse del juicio venidero y en apartarse de los perdidos, que abrazando el mal se apartan del bien. Y los que hacen estas cosas sin dañar a nadie, no se lamentarán en un llanto pertinaz, puesto que existen en la simplicidad de las buenas obras del Hijo de Dios, y permanecen intachables, sin ningún perjuicio del engaño, ante la estimación de aquellos que se jactan de ser fuertes en los actos malos y perversos.

Estos brillan en la perfección de la verdadera fe, así como las luminarias iluminan el mundo en su servicio, tal como lo dispuso el Creador de todas las cosas; y ellos, por su doctrina, convierten a muchos a Dios; esta doctrina corresponde a la vida, así como el Hijo de Dios, sin pecado, brilla para todos en el mundo. Pues Dios también dispuso en el firmamento dos luminarias, a saber, el sol y la luna, que indican la ciencia del bien y la ciencia del mal en el hombre; porque así como el firmamento es consolidado por el sol y la luna, también el hombre es conducido por la ciencia del bien y del mal de aquí para allá. Pero así como el sol completa su curso sin disminuir su círculo, también la buena ciencia cumple su curso sin desear el mal; más aún, socava y golpea a la mala ciencia y la reduce, pues que no hay ninguna utilidad en ella; y la denomina infernal, una vez que ella ha cumplido sus concupiscencias; y así como la luna mengua y crece, también la mala ciencia desprecia a la buena, y dice que ella es necia; pero la mala ciencia, sin embargo, la conoce, de la misma manera que el diablo conoció a Dios, aunque se le opuso.

XV. *Y también en el medio de esta rueda aparece una imagen de hombre, cuya coronilla más arriba y las plantas de los pies más abajo, se alargan hasta el mencionado círculo como de aire fuerte y blanco y brillante. Y por el lado derecho han sido desplegadas las puntas de los dedos de su mano derecha, y por el lado izquierdo las puntas de los dedos de la mano*

izquierda, hasta el mismo círculo marcado en cada lado de la circunferencia, puesto que esta imagen así había extendido sus brazos; esto representa que en la estructura del mundo el hombre está como en el centro, puesto que es más poderoso que las otras creaturas que en él habitan; ciertamente es modesto en estatura, pero grande por la virtud del alma; y tiene capacidad de mover la cabeza hacia arriba y los pies hacia abajo, dirigirse tanto a los elementos superiores como inferiores, y penetrarlos con las obras de la derecha y la izquierda; en este poder de actuar reside la fuerza del hombre interior. Igual que el cuerpo del hombre excede en magnitud su corazón, también las fuerzas del alma superan en eficacia al cuerpo del hombre; y como el corazón del hombre se oculta en su cuerpo, así también el cuerpo del hombre está rodeado por las fuerzas del alma, cuando se extienden por todo el orbe de la tierra. Y el hombre fiel, estando en la ciencia de Dios, se dirige a Dios para reconocer las propias necesidades, tanto las espirituales como las seculares; y lo anhela en la prosperidad y en la adversidad de sus hechos, cuando expande incesantemente su devoción hacia Dios. Pues, así como el hombre ve en todas partes con ojos corporales a cada creatura, también ve en la fe en todas partes a Dios y lo conoce a través de las creaturas, cuando comprende que Él es su Creador.

XVI. *Y también del lado de estas mismas partes aparecen cuatro cabezas, una cabeza de leopardo y de lobo, una cabeza de león y de oso,* porque en las cuatro partes del mundo hay cuatro vientos principales, pero no existen según sus formas, sino que imitan en sus fuerzas la naturaleza de las bestias mencionadas.

Así el hombre, que está en la encrucijada de los cuidados del mundo, es acometido por muchas tentaciones, que se representan en la cabeza del leopardo, esto es, con temor a Dios; y en la del lobo, el temor a los castigos infernales; y en la del león, el temor al juicio de Dios; y en la del oso se agita el tormento del cuerpo en medio de numerosas tempestades.

XVII. *Ciertamente sobre la coronilla de la mencionada imagen en la forma del éter puro ves como una cabeza de leopardo que emite un soplo desde su boca*; esto representa el viento principal del oriente que viene desde el éter puro como el leopardo, no porque este viento sea como el leopardo en su forma, sino porque, tal como el leopardo, tiene la ferocidad del león sin su ciencia; y como el leopardo es más manso y más débil que el león, este viento brota en la ferocidad del temor y, luego, en dirección de la mansedumbre, deja rápidamente de soplar. Pues desde el fuego negro superior obtiene la ferocidad, y desde el éter puro obtiene la mansedumbre. *Y doblándose bastante en longitud en la parte derecha de esta misma boca asume la forma de una cabeza de cangrejo con dos tenazas como con dos patas*; porque este mismo viento, desplegándose hacia esas partes, asume allí la naturaleza del cangrejo; *sin embargo, en la parte izquierda de su boca, girando bastante a lo largo, termina junto a la cabeza de un ciervo*; porque en esas partes imita al ciervo, que es veloz.

Pues desde la boca de la cabeza de este cangrejo avanza otro soplo que va hasta la mitad de la distancia, entre la cabeza del leopardo y la cabeza del león; porque el viento colateral, que surge según la naturaleza del cangrejo, lanza sus soplos de manera desigual, como un torbellino, de tal modo que corre inestablemente, a veces de un lado, a veces de otro, como el cangrejo, que avanza o retrocede; y así llega hasta la mitad entre el oriente y el austro. *Pero desde la boca de la cabeza del ciervo se despliega como otro soplo que viene hasta la mitad de la distancia entre la cabeza del leopardo y la cabeza del oso*; puesto que, conforme a la naturaleza del ciervo, otro viento colateral que avanza en su soplo emite estruendos fuertes y repentinos, y cesa rápidamente, del mismo modo que el ciervo punza fuertemente y corre velozmente y no persevera por mucho tiempo; y así se refrena, apurándose hasta la mitad, entre el oriente y el septentrión. *Y son de igual longitud el soplo que avanza desde la parte derecha de la boca del leopardo hasta la cabeza del cangrejo; tam-*

bién el soplo que va desde la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza del ciervo, y el soplo que se despliega desde la boca de la cabeza del cangrejo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del leopardo y del león; también el soplo que se prolonga desde la boca de la cabeza del ciervo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del leopardo y del oso; porque el viento oriental principal se extiende desde ambos lados hasta los vientos colaterales que son de igual longitud, y los mismos vientos colaterales se alargan con esta misma longitud hasta sus límites, tanto hasta el austro como hasta el septentrión.

XVIII. *Y todas estas cabezas soplan hacia la mencionada rueda y hacia la imagen de hombre;* puesto que estos vientos regulan el mundo con sus soplos y con su función conservan al hombre para la salvación. Pues ni el mundo subsistiría ni el hombre podría vivir, si no fueran animados por los soplos de estos vientos.

Y también cuando el hombre se levanta hacia arriba en la intención de su alma, de manera que recuerda y trae a la memoria sus faltas, y cuando luego se dispone a hacer penitencia, surge en su coronilla el temor al Señor, igual que se levanta el leopardo con esta misma intención en el signo del éter puro, esto es, en la penitencia misma; el temor al Señor, sacando la contrición desde su boca, esto es, desde su virtud, cuando toca la mente del hombre la prolonga en la prosperidad hasta que alcanza la cabeza del cangrejo, es decir, la confianza, desde la cual se extienden dos tenazas, esto es, dos patas: a saber, la esperanza y la duda; y extendiendo en la adversidad esta misma contrición de su mente, la conduce hasta la cabeza del ciervo, que es la fe. Pues cuando el hombre recuerda el peso de sus pecados, se acoge a la penitencia; en medio de esta penitencia no deja de temer a Dios, aunque tenga las dichas del mundo en otro lugar, hasta que aprehende la confianza, de la que nacen la esperanza y la duda, como aquellas dos patas. Pues la esperanza surge de la confianza, a la que a ve-

ces sin embargo se le une la duda; porque, mientras confía en Dios, el hombre espera obtener la remisión de sus pecados, como avanzando; sin embargo, como retrocediendo, considera su número y gravedad, y duda si esos pecados le son perdonados, aunque confíe en Dios.

Pero mientras padece la contrición corporal en la adversidad, se vuelve hacia las riquezas de la fe, que agota en él la infidelidad de la duda gracias a los cuernos de la verdadera consolación. Por ello, desde la boca del cangrejo, esto es, desde la confianza, avanza otro soplo que es la constancia, yendo hasta la plenitud de la perfección, y allí se sitúa entre el temor al Señor y el juicio de Dios; puesto que, cuando alguien confía en Dios, persevera en las buenas obras y actúa rectamente, retiene junto a sí el temor a Dios para no faltar más gravemente; y observa el juicio de Dios, para no añadir pecados a los pecados.

Y de la boca del ciervo, es decir, de la fe, se extiende otro soplo, que debe ser entendido como la santidad, que alcanza la plenitud de la perfección, entre el temor a Dios y la tribulación corporal; porque el hombre fiel, siendo poderoso en la santidad, permanece en esta perfección, de manera que tema sinceramente a Dios y no cese de castigar su cuerpo.

Y así los soplos inducen al hombre hacia la bienaventuranza de un solo modo y con igual dedicación a través de la expiración de sus fuerzas: un soplo, a saber, la contrición, que avanza en la prosperidad desde el temor al Señor hacia la confianza; otro soplo, es decir, esta misma contrición, que surge en la adversidad desde este mismo temor al Señor hacia la fe; y otro, esto es, la constancia, que se despliega desde la confianza hacia la plenitud de la perfección, la que está entre el temor al Señor y el juicio de Dios; otro soplo, a saber, la santidad, que se prolonga desde la fe hacia la plenitud de la perfección, está entre el temor al Señor y la tribulación corporal, como se ha mencionado. Porque, aunque tengan diversas operaciones, todos ellos tienden hacia una sola

bienaventuranza. Pues una virtud avanza a partir de otra en la operación de la rectitud. Y todas estas cabezas, esto es, estas virtudes, están en la ciencia de Dios y observan la ciencia de Dios y asisten al hombre tanto en sus necesidades corporales como en las espirituales.

Pues, mientras el temor al Señor inspira al hombre, el hombre que teme a Dios marcha más sabiamente al realizar las obras buenas y rectas. También la confianza, mediante la cual el hombre confía en Dios, lo toca con la constancia, para que confíe constantemente en Dios y eleve sus pensamientos hacia Dios, puesto que las mentes de los fieles son fortalecidas por la virtud de la constancia. Pero la fe, junto con la santidad, distingue aquellas cosas que deben ser distinguidas en la infidelidad; y, dilatándose velozmente, empapa con rapidez a los creyentes, cuando, apartando de sus oídos todas las perturbaciones de los pensamientos perversos, derriba los lascivos deseos interiores. Pues si el hombre, abandonando el verdor de estas virtudes, se vuelca a la aridez de la negligencia, de manera que carezca del humor y del verdor de las buenas obras, le faltan fuerzas a su alma y se seca; pero, si es bañado en demasía por el exceso de los deseos, como por una inundación inconveniente, su mente se disuelve al avanzar lascivamente; en cambio, si marcha por el recto sendero, todas sus obras se dirigen a la prosperidad, como está escrito en el Cantar de los Cantares:

XIX. *Me condujo el rey a sus aposentos. Los que recordamos gozaremos de tus pechos más allá del vino y nos alegraremos junto a ti; los justos te aman.*[3] Esto debe comprenderse así: «Porque yo, alma de hombre fiel, he seguido por el camino de la verdad al Hijo de Dios, que redimió al hombre mediante su humanidad; Él, que es quien rige todas las cosas, me introdujo a la plenitud de sus dones, donde encuentro toda la abundancia de las virtudes y don-

3. Ct 1,4.

de asciendo confiadamente de virtud en virtud. Por ello también todos nosotros, que hemos sido redimidos por la sangre de este mismo Hijo de Dios, gozaremos con el cuerpo entero y nos alegraremos con el alma entera junto a ti, ¡oh, santa divinidad!, gracias a la cual subsistimos, reviviendo para el recuerdo la dulzura de las recompensas celestiales más allá de todas las pasiones y tribulaciones que hemos padecido por parte de los adversarios de la verdad; de manera que las consideraremos como nada, mientras saboreamos las delicias que nos propones en la manifestación de tus mandatos. Y así, los que son justos en las obras de la santidad, te aman con verdadero y perfecto amor, puesto que concedes todo lo bueno a los que te aman, y porque también les das finalmente la vida eterna. Y también la sabiduría infunde y coloca la justicia de la verdadera fe por la que es conocido el verdadero Dios en los aposentos, esto es, en las mentes de los hombres; donde esta misma fe refrena el invierno y toda la humedad de los vicios, de modo que de ninguna manera puedan florecer o crecer más allá; y donde ella misma atrae y une también junto a sí todas las virtudes, como se vierte el vino en el vaso, que se da a los hombres para beberlo».

Por esto los fieles que gozan y se alegran en la verdadera confianza de la recompensa eterna llevan los puñados de las buenas obras que ellos han realizado, y tienen sed de la justicia de Dios y maman la santidad de sus pechos; y de este modo no podrán afligirse, sino que siempre se deleitarán en la contemplación de la divinidad, pues la santidad sobrepasa todo el intelecto humano. Pues cuando el hombre recibe la rectitud, se abandona a sí mismo y saborea y bebe las virtudes, y es reforzado por ellas, así como las venas del que bebe son henchidas con vino; y no es oficioso ni moderado en los vicios de la infidelidad, del mismo modo que el ebrio está fuera de sí por el vino, incapaz de comprender lo que hace. Así los justos aman a Dios, porque no hay en Él hastío, sino perseverancia en la bienaventuranza.

XX. *Bajo los pies de esta misma imagen de hombre en la forma del aire acuoso aparece como una cabeza de lobo, que produce un soplo desde su boca;* esto quiere decir que, bajo la potestad de Aquel que fue hecho hombre a causa de los hombres, desde el aire acuoso, en la región del occidente, soplando al igual que un lobo, viene un viento principal del occidente en la forma de un lobo, que se oculta en la selva y es rapaz cuando busca alimentos; esto significa que este viento, saliendo de su guarida, es decir, desde el aire acuoso, saca afuera el verdor de las hierbas, o cae sobre ellas repentinamente, marchitándolas.

Éste también, irrumpiendo desde la derecha de la misma boca bastante a lo largo en la mitad de la distancia entre las cabezas del lobo y del oso, toma la forma de la cabeza del ciervo, desde cuya boca también concluye otro soplo que viene de esta misma mitad; ya que este viento, encaminándose hacia aquellas partes en la mitad entre el occidente y el septentrión, se transforma según la naturaleza del ciervo; de manera que allí un viento colateral a él, que parte igual que el ciervo, punzando fuertemente y corriendo velozmente, emite sus soplos hasta la misma mitad.

Y desde la izquierda de esta misma boca de la cabeza de lobo surge un soplo que avanza desde esta misma boca, prolongándose también en la mitad de la distancia entre las cabezas del lobo y del león, hasta la cabeza del cangrejo con dos tenazas como con dos patas; de cuya boca también surge como otro soplo que parte en esta misma mitad; porque en esas partes este mismo viento, ejerciendo su función, vuelve sobre sus pasos en la mitad entre el occidente y el austro, según la naturaleza del cangrejo que marcha hacia delante y hacia atrás; pues allí su viento colateral, avanzando como el cangrejo en la inestabilidad, se difunde hasta la mencionada mitad soplando ora aquí, ora allá.

Estas cabezas están distantes una de la otra, y con la misma magnitud y forma de estos soplos se extiende aquí y allá en longitud, como se ha dicho de los otros de más arriba; porque por la magnitud por la

que estos vientos están separados entre sí, emiten también aquellos soplos de sus propios soplos, puesto que un viento dirige sus soplos hacia otro viento, y ellos no trascienden su límite en ese encuentro; y un viento no sobrepasa a otro viento al soplar, a no ser que haga esto por el juicio de Dios. Si alguna vez ocurriese por determinación del juicio divino, se producirían allí terrores y se alzarían muchas desgracias por estos males.

XXI. *Y ellas mismas envían sus soplos hacia la rueda ya mostrada y hacia la imagen del hombre que está de pie en ella,* de manera que estos mismos vientos sostengan con sus fuerzas y funciones el mundo y al hombre y a todas las cosas del mundo.

Por lo tanto, cuando cualquier fiel, al hacer cosas buenas, holla bajo sus pies las cosas perecederas de los deseos terrenales con justos ejemplos, salen a la luz desde el aire acuoso las penas infernales, como un lobo desnudo por las obras santas; porque, cuando este fiel desiste de pecar, tendiendo hacia la vía de la rectitud, demuestra que él ha temido mucho los castigos infernales que devoran las almas. Cuando estos castigos producen un soplo —a saber, la contrición— desde su boca, es decir por su voracidad, en los corazones de los hombres, los fieles aborrecen esos castigos, por más que el hombre marche favorablemente en sus actos, pues esta misma contrición, prolongándose según la voluntad de Dios en la plenitud de la perfección, se encuentra entre las penas infernales y la tribulación corporal, y asume la forma de la cabeza del ciervo, esto es, de la fe; también de esta boca, esto es, de la virtud, proviene otro soplo —esto es, la santidad— que persevera en esta misma perfección.

Cuando el hombre teme los castigos infernales, pisotea su cuerpo largo tiempo con las diversas tribulaciones de los pesares hasta alcanzar aquella perfección en la cual arde enteramente en la fe, confiando en que Dios lo arranque de los castigos infernales; y así la santidad surge en él, cuando, abandonando las obras

seculares, se sumerge entero en las espirituales. Pero, cuando por la siniestra adversidad de la voracidad de los castigos infernales el hombre es castigado corporalmente con muchas calamidades con el permiso de Dios, la contrición también asciende hacia su corazón y, cuando considera que no tiene ninguna felicidad en la vida presente, extendiéndose desde allí, surge también así hacia la plenitud de la perfección, que está entre los castigos infernales y el juicio de Dios, alargándose así hasta la cabeza del cangrejo, es decir, de la confianza, que tiene esperanza o duda; porque el hombre, ofreciendo sus obras a Dios, tiene esperanza o duda de que él haya obtenido perdón por sus faltas. Pero finalmente otro soplo, que representa la constancia, partiendo de la confianza, lo conduce a esta perfección en las virtudes, para que desde ahí no dude respecto de la bondad de Dios. Sin embargo, guiado por la condición por la cual estas libertades han sido apartadas de él, y por la eficacia de las mismas operaciones, aunque los castigos infernales deben ser temidos, cuando el hombre se aflige en la contrición a causa de su temor, vuelven más fuertes la fe con la santidad, y también la confianza con la constancia; de manera que, cuando el infierno es temido, el hombre será juzgado más cauto en todas las cosas.

Y estos castigos infernales, con su fuerza, obligan al hombre a que cumpla la voluntad de Dios, e impulsan con la virtud el mandato de Dios, que abarca todas las cosas. Pues los castigos infernales hacen que Dios sea temido, porque, cuando el hombre teme verdaderamente las penas, deja de pecar; y cuando ve los buenos ejemplos en otros hombres, soporta muchas contrariedades; de manera que, cuando las sobrelleva pacientemente, manifiesta la santidad en todas sus obras. Y cuando marcha felizmente con el sustento de las buenas obras sin sufrir ninguna adversidad, se une por la virtud a la viveza de la rectitud, de manera que, teniendo la abundancia de las cosas temporales, se entrega confiadamente a la gracia de Dios, sin vacilar en nada; de manera que tam-

bién pueda así usar las cosas perecederas andando hacia delante, para que no sea privado de las cosas eternas en los cielos, caminando hacia atrás. Pero aquel que carece del verdor del Espíritu Santo, sofocado en la infidelidad y consumido en los actos perversos, se precipita hundiéndose en el Tártaro, puesto que no se ha abocado a entregarse a la gracia de Dios. De esto habla Isaías, mi siervo, diciendo:

XXII. *Arrancaré su cerca y la despedazaré; destruiré su cercado y será hollado, y la haré yerma. No será podada ni labrada, y crecerán sobre ella zarzas y espinas; y ordenaré a las nubes no llover lluvia sobre ella.*[4] Esto debe entenderse así: Quien no confía en Dios ni reflexiona en cómo ha sido creado por Dios, sino que le reprocha como si Él fuera culpable de sus pecados, y como si no hubiese constituido sendas rectas, no quiere mirar la salida y la puesta del sol y de la luna y de las estrellas que Dios puso en el cielo, ni tampoco el viento con el aire, ni la tierra con las aguas y las demás creaturas que Dios creó a causa del hombre, ya que en todas estas cosas conocería para cuánto honor fue creado; me desprecia a Mí, que no tengo ni inicio ni fin, y destruye a cada creatura, y no la conoce perfectamente ni a ella ni a sí mismo. Por ello también Yo destruiré sus defensas, puesto que no tiene otro auxiliador, y los adversarios destruirán su vida; Yo también destruiré su fortificación y será hollada por los demonios; y así será abandonado por los ángeles buenos. Pues toda unión de sus concupiscencias será arrancada y será arrojada a los perros y a las bestias, porque me ha conocido menos que a los animales, al hacer aquellas cosas para las cuales fueron creados, y por esto también será hollado como excremento y será despojado de toda bienaventuranza.

Y tampoco será puesto entre el número de los hijos de Dios, ni será escardado de sus pecados por el azadón de la fe, porque

4. Is 5,5-6.

ha imitado a aquel que quiso ser semejante a Dios, Quien no provino de nadie y no tiene fin. Y por ello también, por la soberbia, se alzan en él las disensiones y los furores de la ira, que lo separan completamente de toda la gloria de la herencia celestial; y de este modo, careciendo del rocío y de la gracia del Espíritu Santo, se vuelve hacia una aridez tan grande, que no produce ningún fruto de las obras buenas. Pero, como el hombre busca de Dios que la horrible tempestad sea apaciguada y que aquellas cosas que le son necesarias le sean concedidas, que así también él ruegue a Dios para que la mala ciencia sea vencida en él.

XXIII. *A la derecha de la mencionada imagen de hombre en la forma del fuego brillante ves una cabeza de león*, que, alineada desde la región austral hasta la prosperidad del hombre, señala un león similar al viento principal austral, que parte desde el mencionado elemento del fuego brillante; puesto que, como el león es fuerte y ejercita su voluntad en la fuerza, así también el viento austral, en el fuego y a partir del fuego, es fuerte e impetuoso; y cuando los días disminuyen en longitud, es poderoso, y con este mismo poder prepara el choque y la fractura de las nubes y también los peligros en un repentino caer de lluvias. *De esta boca se prolonga un soplo que sale en cantidad considerable de cada parte de esta misma boca*; porque desde esta región austral, este mismo viento que avanza se extiende de una parte a otra, es decir, aquí y allá; *y así también en la parte derecha se forma junto a la cabeza de la serpiente, y en la parte izquierda, junto a la cabeza del cordero*, puesto que en la parte de la derecha, este viento, asumiendo la naturaleza de la serpiente que suplica dulcemente y tiende ásperas insidias, lo mismo que la serpiente, produce a veces soplos suaves, y entretanto produce fuertes picaduras y heridas; a la izquierda se convierte en cordero, que es apacible y dulce, porque en esta zona se muestra suave y no peligroso.

Y la cabeza de la serpiente en la mitad de la distancia, entre la cabeza del león y la del lobo, emite un soplo al mostrarse, que se extiende has-

ta esta misma mitad, y se une al soplo que sale de la cabeza del cangrejo, entre la cabeza del lobo y del león; puesto que, según la naturaleza de la serpiente, como se ha señalado más arriba, este viento, emergiendo del viento colateral principal del austro en la mitad de su longitud, entre el austro y el occidente, extiende sus soplos hasta esta misma mitad, entre el austro y el occidente, y no transgrede este límite, como tampoco los otros, a no ser por el juicio de Dios; y allí recibe un soplo que surge desde el viento colateral, entre el occidente y el austro. Pues, si la longitud de la distancia entre el austro y el occidente se divide en cuatro partes, el límite del austro de la primera parte, que también es el inicio de la segunda parte y la mitad entre el inicio de la primera parte y el límite de la parte segunda, también a su vez es el inicio de la parte tercera y la mitad de aquella longitud entre el austro y el occidente. Del mismo modo, el extremo del occidente de la primera parte, que por el contrario es el inicio de la segunda parte, es la mitad entre el inicio de la primera parte en ese lugar y el término de la segunda parte; y el límite de la parte segunda en ese lugar, que también es el inicio de la tercera parte, es la mitad de la longitud de éste, que por el contrario está entre el occidente y el austro, donde también se dan vientos colaterales. Y así estos vientos, tanto los principales como los colaterales, han sido de igual modo unidos y separados entre sí entre el oriente y el austro, entre el austro y el occidente, entre el occidente y el septentrión y entre el septentrión y el oriente, como ya se ha dicho.

Y la cabeza del cordero, apareciendo en la mitad de la distancia que hay entre la cabeza del león y la del leopardo, produce un soplo que, prolongándose hasta la mitad misma en otro soplo, surge a la vez desde la cabeza del cangrejo, entre la cabeza del leopardo y la del león; porque según la naturaleza del cordero, como ya se ha mostrado, nace otro viento colateral en estas partes, esto es, en el medio de esta distancia entre el austro y la mitad de la longitud entre el austro y el oriente. También éste dirige su soplo hasta esta misma mitad

y allí viene con su fragor al paso del soplo, que surge del viento que imita la naturaleza del cangrejo, el que brota entre el oriente y el austro; de manera que allí se producen frecuentemente muchos terrores y choques por su encuentro.

Pero también, según las distancias por las que estas cabezas están separadas entre sí, avanza la longitud de estos soplos, como se ha indicado, tanto de las cabezas superiores como de sus soplos; puesto que, según la longitud que dista de los inicios de estos vientos separados entre sí, emiten también los soplos de sus soplos hasta esos lugares, de donde brotan y se encuentran sus soplos.

XXIV. *Y muestran que soplan hacia la rueda mencionada y hacia la imagen humana citada*; porque los vientos, tanto los principales como los colaterales, mantienen con su fortaleza el mundo entero y al hombre, en el que se ocultan todas las creaturas, para que no estén en falta. Pues los vientos colaterales son las plumas de los vientos principales y no cesan de soplar continuamente, si bien con suavidad; y los vientos principales son provocados cerca del fin del mundo en sus mayores fuerzas, sólo por el juicio de Dios en el ejercicio de su venganza. Pues el austro y el septentrión lanzan los juicios de Dios con sus vientos colaterales, según la voluntad divina; a saber, el austro, con mucho calor y gran inundación; el septentrión, con el rayo, con el trueno, con el granizo y con el frío. Pues los vientos principales, es decir, el oriental y el occidental, provocan a sus vientos colaterales para cumplir los juicios de Dios más apaciblemente y más tardíamente; sin embargo, se despiertan por voluntad de Dios para estas cosas, en verano para provocar frío y sequedad, y en invierno para provocar calor o lluvia u otros males semejantes, contrarios y nocivos para la tierra y los hombres.

Y como los vientos sostienen con sus fuerzas el orbe de las tierras, gracias a sus funciones hacen que el hombre sepa y comprenda qué ha de hacer. Cuando estos vientos emiten sus soplos so-

bre la tierra, también los esparcen bajo la tierra; y en algunos lugares, en cuevas subterráneas, mueven la tierra cuando no tienen salida; pero cuando tienen salida, no se originan allí, sino que se originan en los elementos superiores, como ya se ha dicho, dispersándose bajo la tierra y sobre la tierra.

XXV. De este modo el hombre comprende cómo estas cosas corresponden a la salvación del alma, y esto se observa en la forma del fuego brillante que representa la potencia divina en la cabeza del león, esto es, que el juicio de Dios es terrible. Porque Dios no deja nada sin examinar, todo lo juzga con justa equidad. Y este mismo juicio, extendiendo su virtud de un lado a otro con rectitud, presenta al hombre que avanza favorablemente la cabeza de la serpiente, que significa la prudencia; pero al que padece en la adversidad le señala la cabeza del cordero, a saber, la forma de la paciencia. Pues es necesario que el hombre en la prosperidad tema prudentemente el juicio de Dios, para que, huyendo del engaño y de la astucia de los males, no abandone el camino de la verdad por una vana seguridad; y que tenga bajo este mismo juicio la paciencia en la adversidad, sabiendo que Dios disimula y tolera frecuentemente la tortuosidad en las obras de los hombres.

Y la cabeza de la serpiente, esto es, la prudencia, apareciendo en la plenitud de la perfección entre el juicio de Dios y los castigos infernales, hace avanzar el soplo de la providencia; y mientras el hombre, atemorizado por el juicio de Dios, con ánimo prudente teme los castigos infernales, mira con dedicación las buenas obras para no sufrir esos castigos por su falta; esta virtud, extendiéndose hacia la perfección de la rectitud, se une a la constancia, que nace de la cabeza del cangrejo, esto es, de la fortaleza de la confianza, entre los castigos infernales y el juicio de Dios; pues el fiel, que mira las cosas buenas para la vida eterna, desea ser constante. La cabeza del cordero, que representa la paciencia, al aparecer en la plenitud de la perfección, entre el juicio de Dios y el

temor al Señor, produce como el soplo de la mansedumbre; y ésta, alcanzando la recta perfección, se asocia con la constancia, que existe a partir de la verdadera confianza, entre el temor al Señor y el juicio de Dios; pues el hombre bienaventurado, cuando con paciencia afronta los oprobios y demuestra mansedumbre, abraza la constancia para perfeccionarse en el buen fin.

XXVI. Como el orden de estas virtudes ha sido distinguido por sí y en sí, de modo que esta virtud muestra estas fuerzas, y aquella muestra otras fuerzas, así las operaciones de las virtudes se efectúan en los hombres, y así debe comprenderse respecto de las demás virtudes; ya que las buenas obras siguen a la buena voluntad; y del mismo modo, inclinándose hacia la ciencia de Dios, pues pertenecen a la ciencia de Dios, conducen al hombre a la justicia y rectitud de lo celestial. Pues todas las virtudes se apresuran hacia la salvación del hombre, aunque no aparezcan igual en un solo hombre. Pues el juicio de Dios atemoriza al hombre y lo prueba, y la obra del hombre no se abandona pues no es derribada por el juicio de Dios, porque el justo juicio de Dios juzga justamente todas las cosas. Y también la prudencia imprime sus fuerzas en el hombre con la providencia, en tanto que, desechando prudentemente el esplendor del mundo, abraza la castidad; y la paciencia toca al hombre con mansedumbre, para que soporte pacientemente las tentaciones de la carne; ya que en ambos sexos, es decir, en el hombre y en la mujer, el ardor carnal de la concupiscencia debe ser sosegado con estas virtudes sin el hastío propio de la negligencia. Por esto, que ninguno de los fieles las considere negligentemente, para que no lo dejen seco en la aridez o sofocado en las concupiscencias carnales, sino que imite estas virtudes con buenas obras, de modo que lo mantengan en toda santidad.

Pero si el hombre descuida a Dios, se precipita más frecuentemente a los castigos corporales por Su justo juicio, como ya se

ha dicho; de manera que está sometido al flagelo de Dios desde los elementos y las creaturas superiores e inferiores, y en el calor y en el frío, en la sequedad y en la humedad, y en muchas otras aflicciones; porque, no observando la constancia de las virtudes, no ha querido comprender qué debiera hacer. Y cuando las virtudes embeben a los hombres en las causas espirituales, los hacen prudentes en las carnales, de manera que, con frecuencia, cuando todavía no aparecen abiertamente en ellos, los impulsan en silencio en el temor de Dios. Y cuando se manifiestan en los hombres, de manera que cultivan abiertamente las virtudes a través del amor, entonces ellos mismos han tenido antes temor del Señor en las cosas temporales, sustrayéndose a las cosas carnales por el deseo de las cosas celestiales, más que por el miedo de los castigos infernales, y, habiéndose volcado hacia las cosas espirituales, se robustecen en las virtudes bienaventuradas, como atestigua David, cuando dice, según mi voluntad:

XXVII. *La diestra del Señor hizo la virtud, la diestra del Señor me elevó, la diestra del Señor hizo la virtud. No he de morir, sino que viviré y contaré las obras del Señor;*[5] esto debe comprenderse así: Al principio el hombre se inclina a la izquierda por temor a Dios y a los castigos infernales; y luego asciende hacia la derecha por amor a Dios, esto es, hacia los deseos de los bienes celestiales. Mientras asciende, se reviste de armas muy poderosas, porque ha separado la ciencia buena de la mala. Por ello también el ojo, que tiene un círculo acuoso bajo su blancura, es comparado con esta doble ciencia, lo mismo que la vasija contiene en sí un espejo; puesto que la mala ciencia, comprendida por la izquierda, es como la vasija de la buena ciencia, recibida por la derecha. Pues el ojo derecho de la buena ciencia lo abarca todo con la mirada, y considera inútil la concupiscencia carnal que no fija la mirada en la luz de

5. Sal 118,15-17.

la verdad; y considera que, cuando el ojo se regocija en las obras impúdicas, es sofocado por la tristeza como por inmersión acuosa. Por lo tanto, la parte derecha de la ciencia buena se eleva hacia Dios, y holla el mal placer y se aparta de la tristeza.

Luego, la diestra del Señor, esto es, su fortaleza, realiza esta virtud, de manera que los hombres Lo conozcan por la fe y realicen sus obras en el temor a Él; y esta misma diestra por la penitencia me exalta, a mí, que había sido manchado anteriormente por los pecados; y también Su diestra realiza la virtud después de la penitencia de mis pecados, de manera que yo arda en el amor de Dios por un deseo tan grande, que no pueda saciarme. Por ello, no moriré en los pecados, si me aparto de ellos por la penitencia, sino que viviré en la eternidad gracias a la penitencia verdadera y pura junto a Dios; y así, arrebatado de la muerte, narraré las maravillas del Señor en el temor y en el amor a Él, puesto que no me ha entregado a la muerte, sino que me ha arrancado de la perdición infernal.

XXVIII. *A la izquierda de la mencionada imagen en la forma del fuego negro aparece como una cabeza de oso*; porque desde la región septentrional muestra que un viento principal, a saber, el septentrional, como un oso, es peligroso para el hombre, y avanza desde el fuego negro en los peligros de las tempestades, ya que existe a partir del fuego negro. Y por ello también, al igual que el oso refunfuña en la ira y, como él, es malvado en su naturaleza, así también este viento, como refunfuñando, levanta perturbaciones y estruendos y peligros en las tempestades.

Pero *exhala un soplo desde su boca, que extendiéndose mucho en longitud hacia la derecha y hacia la izquierda de la boca misma, termina a la derecha junto a una cabeza de cordero, pero hacia la izquierda asume la forma de una cabeza de serpiente*; esto señala que este viento, partiendo desde la mencionada región septentrional y avanzando en longitud desde ambas partes a la derecha, se encamina

hacia la dulzura de la naturaleza del cordero, que es dulce y no peligroso, puesto que, en esas partes, este mismo viento se muestra a veces suave. Pero a la izquierda imita a la serpiente, que al principio se desliza sin duda suavemente, pero después precipitadamente y, cuando no prevalece en esta forma, comienza a suplicar temiendo al hombre; porque también allí este viento inicialmente se adelanta con engaño, sin estruendo, y al fin se muestra peligroso, taimado y cruel; y cuando los hombres piensan se sienten perecer, retorna a la suavidad.

Y desde la boca de la cabeza de este cordero se prolonga otro soplo hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del leopardo; puesto que a semejanza del cordero, este viento, colateral al viento principal, que avanza desde la región del septentrión, al soplar lanza sus fuerzas hasta la mitad de la extensión, entre el septentrión y el oriente; porque en aquellas partes se muestra suave como el cordero, aunque en otro lugar se insinúa en la ira. *Y desde la boca de la cabeza de esta serpiente avanza otro soplo, extendiéndose hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del lobo;* puesto que, como la naturaleza de la serpiente, así este viento, cercano por el costado al viento septentrional, alcanza hasta la mitad de la longitud de aquella distancia entre el viento principal del septentrión y el viento principal del occidente, ya ejerciendo blandamente sus fuerzas, o con engaño y precipitadamente.

La semejanza de este soplo, que viene desde la parte derecha de la boca del oso hasta la cabeza del cordero, y también la semejanza de este mismo soplo que avanza desde la parte izquierda de la misma boca hasta la cabeza de la serpiente; e incluso el soplo que va desde la boca de la cabeza del cordero hasta la señalada mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del leopardo, así también el soplo que se prolonga desde la boca de la cabeza de la serpiente hasta la mitad de la distancia entre las cabezas del oso y del lobo, son de una sola e igual longitud; porque el viento septentrional, a saber, el principal, se prolonga con igual extensión desde cada una de sus partes hasta los vientos colate-

rales y sometidos a él. También los mismos vientos colaterales, dirigiéndose tanto al oriente como al occidente culminan en el mismo curso de longitud, donde culmina también el viento principal, que es su origen, como ya se ha dicho.

XXIX. *También todas estas cabezas exhalan soplos hacia la citada rueda y la mencionada imagen de hombre*; porque los mencionados vientos sostienen con los soplos de sus fuerzas el círculo del orbe e impulsan al hombre, que habita en él, a volverse a mirar por su beneficio, para que no perezca en falta. Por lo tanto, una vez que cualquier viento, con todas las cualidades mencionadas, ha producido sus soplos naturalmente o por disposición de Dios, sin obstáculo alguno penetra en el cuerpo del hombre; y el alma, recogiéndolo, lo conduce naturalmente hacia las partes interiores, hasta cualquier miembro del cuerpo que se ajusta a su naturaleza; y así, a través de los soplos de los vientos, el hombre es confortado, como ya se ha dicho, o abandonado. Pero también el hombre —igual que el oso—, cuando goza de la prosperidad de las cosas mundanas, al salir del fuego del juicio, que es la venganza de Dios, es reprimido por la tribulación corporal que le impide avanzar según sus deseos; y al lanzarlo lejos como un soplo, es decir, como un lamento en su curso, hace que el hombre desee y posea la pobreza de espíritu en la humildad, tanto en la prosperidad como en la adversidad; de manera que él, marchando así con justicia, abraza la paciencia en la cabeza del cordero y, evitando las cosas malas, imita la prudencia en la cabeza de la serpiente. Pues el hombre, a través de las tribulaciones corporales, alcanza frecuentemente las riquezas espirituales y por estas mismas riquezas logra los reinos celestiales.

Y, desde la boca de la cabeza del cordero, que representa la paciencia, como ya se ha dicho, un soplo —esto es, la mansedumbre—, al alcanzar la perfección, situada entre la tribulación corporal y el temor al Señor, y desde la boca de la cabeza de la ser-

piente, que representa a la prudencia, otro soplo —es decir, la providencia—, al avanzar hacia la perfección, situada entre la tribulación corporal y los castigos infernales, ambos soplos advierten al hombre —castigado por la venganza de Dios— que desprecie las cosas terrenales y anhele las celestiales, como también se ha dicho más arriba. Pues los principios y los fines de los mencionados misterios imparten una sola e igual dedicación en la erudición del hombre en cuanto a los hechos y sus significaciones; aparecen conteniendo diversas obras, y producen la liberación de todas las cosas que la ciencia de Dios, por armonía, señala para la salvación del alma, e impulsan al hombre con sus fuerzas para que se adhiera fielmente en cuerpo y alma a su Creador. Por esto, el hombre debe esforzarse a sí mismo para la santidad, de manera que huya de los deseos carnales y reniegue de los excesos de los fétidos vicios y se consagre sabiamente a Dios, que ama la continencia y la castidad; y que no sea ni excesivamente árido ni excesivamente húmedo en la realización de las virtudes; pues el hombre que no ha querido ni castigar ni constreñir su carne, irá a la destrucción de su alma. Pero aquel que, subyugándose a sí mismo, ha amado las virtudes y al amarlas, las ha conservado, consagrará su alma a la vida eterna, cuando es reprimido y castigado por el Señor, como dice David, inspirado por Mí, cuando afirma:

XXX. *Castigándome, me castigó el Señor, y a la muerte no me entregó.*[6] Esto debe comprenderse así: El hombre con frecuencia es imprevisible e indisciplinado, y no es temeroso a no ser que todas sus venas estén llenas de dolores. Por ello el diablo engañó al primer hombre cuando entró en una gran vanidad, deseando ser lo que no podía ser; y por eso también una gran tristeza le fue infundida con dolor. Pues, gracias al infortunio, el hombre tiene temor, pero

6. Sal 118 (117),18.

tiene una necia confianza por la vanidad, el olvido y la desobediencia a la ley. Pero el temor al Señor supera todas estas cosas, porque el hombre por temor tiembla en presencia de Dios y conoce, en verdad, que no hay ninguna utilidad en otras cosas. Pues el temor va por delante del hombre, y luego abraza al amor en cuanto el hombre ama a Dios, al considerar cómo puede aplacarlo, para que no recuerde su iniquidad. Pero cuando el hombre busca a Dios en el amor, Dios a menudo lo castiga con infortunios, para que el hombre diga confiadamente: «Aquel que es el Señor de todas las cosas, castigando con su flagelo me castigó a mí, pecador; pero con este mismo azote con el que me flagela no me entregó a la muerte de los castigos infernales, porque al amarlo, lo busqué y le confesé mis pecados; y en ellos soy paciente y prudente, porque sé que sus juicios sobre mis culpas son rectos; y con dos alas, a saber, la de la ciencia del bien y la del mal, deseo volar hacia Él, de manera que, con mi ala derecha someteré mi ala izquierda, hasta que yo marche por el camino recto y constante».

XXXI. *Sobre la cabeza de la mencionada imagen han sido marcados siete planetas en orden ascendente: tres en el círculo del fuego brillante, uno en aquel círculo interior del fuego negro y tres en aquel círculo interior del éter puro*; ya que desde el oriente tiene cada uno de ellos su inicio, y uno excede al otro según la altitud de su órbita , al haber culminado su trayecto retoma su origen para poder seguir su curso hacia el oriente. Y tres planetas tienen sus trayectos en el mencionado fuego brillante, uno en aquel círculo interior del fuego negro y tres bajo el cerco del éter puro; puesto que los que siguen su curso en este fuego son avivados hacia sus propios fuegos y este mismo fuego es reforzado por las fuerzas de aquellos hacia su calor, como los leños son quemados por el fuego, y el fuego fortalecido por los leños para su calor. Y son tres porque, si fuesen más, harían arder demasiado este mismo fuego y lo alterarían con sus circunferencias; o bien, si fuesen menos, este mismo

fuego, privado de la ayuda adecuada, se embotaría en su calor. Y el primero ilumina el esplendor del sol con su propio esplendor, pero el segundo otorga calor al sol con su propio calor, y el tercero preserva, con su propio trayecto, el recto trayecto del sol. Pues el sol es circundado, dirigido y retenido, para que distribuya con su calor y su esplendor la justa consistencia al firmamento y a todo el mundo.

Los tres planetas que corren de aquí para allá en el mencionado éter, que obtiene la pureza del fuego superior y del agua inferior, son reunidos por el mismo éter para la pureza de su esplendor, y lo irrigan con su pureza. Y no son más ni menos que tres, puesto que ni sobreabundan ni escasean para el fortalecimiento de su pureza, sino que lo asisten con una consistencia congruente; ni lo agobian con la superfluidad, ni lo destruyen con la debilidad. Y el que está primero sobre la luna en este mismo éter, la ayuda a crecer y la protege para que no se abrase excesivamente; pero el segundo, que está cercano a ella, la conserva en su menguante para que no se disuelva por completo. Aventajan y sobrepasan a la luna con su auxilio y la alientan clara y convenientemente para la regulación del mundo entero.

XXXII. *Y hacia el austro junto al costado de esta misma imagen y bajo los pies de la misma aparece un sol marcado del mismo modo y orden y diferenciado en su círculo;* porque se desplaza tanto hacia el austro como hacia el occidente; sin embargo, no de manera que esté bajo los pies del hombre, sino que, cuando con la revolución del firmamento consigue en occidente las partes occidentales del mundo, evita la región septentrional y nuevamente resurge en el oriente con el firmamento..

Y desde el medio de la forma del planeta primero y más alto, marcado sobre la cabeza de esta misma imagen, parten ciertos rayos; uno de los cuales desciende hasta la forma del sol; lo que significa que desde la fortaleza de este planeta principal (que se muestra primero en

oriente, puesto que la luz del día avanza desde allí) y desde allí surgen los rayos de la fortaleza, uno de los cuales se dirige hacia el sol, pasando por debajo de él y regulando su curso, para que no agite excesivamente sus fuegos. Pero *otro irradia hasta la pata derecha de la cabeza del cangrejo, que avanza desde la cabeza del leopardo*; porque, desde aquella parte, a la que le sale al paso este viento, este mismo planeta, al elevarse, envía un rayo hacia el vigor de la salida de aquel que, marchando hacia delante y hacia atrás y avanzando desde el viento principal del oriente, que le es colateral, lo retiene con su propia estabilidad para que no avance más allá de lo que le ha sido permitido por Dios. *Pero otro rayo se despliega hasta el asta derecha de la cabeza del ciervo, que también parte desde la cabeza del leopardo*; puesto que, desde esta parte de este mismo planeta, otro rayo avanza y se opone a la fortaleza de este viento, que sale allí desde el viento principal, refrenando sus impulsos hasta que emite sus soplos con la rectitud del adecuado requerimiento, como el hombre retiene los brazos de su enemigo, para que no lo mate a él o mate a otros. Así, una creatura es contenida por otra creatura y cada una sostenida por la otra.

También desde el medio de la forma del segundo planeta se inclina un cierto rayo sobre la forma del sol; porque este planeta, mostrando sus fuerzas, toca al sol con su rayo, acariciándolo hasta la suavidad. *Y otro sale hasta la cabeza del cordero, que viene desde la forma de la cabeza del león*; puesto que desde la parte intensa de su claridad se extiende un rayo que avanza desde el viento mayor de la región austral hasta el inicio del viento colateral, que representa la mansedumbre, conteniéndolo para que no cambie su dulzura en ferocidad, sino que persevere en ella sin capricho. *Y otro se dirige a la mencionada línea que se extiende en el firmamento desde el comienzo de la parte oriental de la citada rueda, como hasta el límite de la parte occidental, del lado de la región septentrional, donde está puesta allí, más arriba de la cabeza del cordero, que parte de la forma de la cabeza del oso*; lo que significa que, desde la marcha vigorosa e ininte-

rrumpida de aquel esplendor, es conducido un rayo, que avanza hacia la salida de otro viento colateral, desde el mencionado viento mayor de la parte septentrional, manteniéndolo en su consistencia, para que emita de igual modo sus soplos.

También la forma del tercer planeta extiende un rayo desde su centro hasta la forma del sol; porque este planeta, como los superiores, se mantiene cerca por el vigor de su fortaleza y por el esplendor del propio ardor del sol, y lo ayuda en su consistencia, como el siervo sirve a su señor, prontamente dispuesto para cualquier deseo suyo. *Pero dirige otro hasta la cabeza de la serpiente, que avanza desde la forma de la cabeza del león,* mostrando que, desde su potencia, se extiende un rayo hasta el comienzo del viento colateral, que nace del viento austral principal, mostrando ya astucia, ya prudencia, y retiene, comprimiéndolos, sus soplos para que no sea excesivamente violento en sus movimientos. *Pero prolonga otro hasta la ya mencionada línea del lado de la cabeza de la serpiente que sale de la forma de la cabeza del oso;* lo que significa que, desde la parte activa de su ardor, él mismo cobra fuerzas, se extiende en un esplendor hasta el inicio del viento colateral que ejerce a menudo malicia y aspereza en su movimiento, y avanza desde el viento principal de la región septentrional; ése se opone a la fortaleza de aquél para no hacer mayor el daño y el peligro para los hombres que lo que le permite el juicio mismo de la consideración divina, como se ha mostrado más arriba de los otros. Y los mencionados planetas están subordinados al sol, y sin ellos el sol no podría existir; y le agregan calor al sol, lo mismo que la visión, el oído y el olfato suministran calor y fuerzas al cerebro.

Pero, como ves, *también la forma del sol, emitiendo desde sí ciertos rayos, toca con uno de ellos la mencionada forma de la cabeza del leopardo, y con otro la forma de la cabeza del león, y con otro la forma de la cabeza del lobo, pero no la forma de la cabeza del oso;* porque el sol, siendo el mayor de los planetas, calienta y fortalece el firmamento entero con su fuego e ilumina el orbe de las tierras con su es-

plendor; y se opone con las fuerzas de su fortaleza al viento oriental principal y al austral y al occidental, para que no excedan los límites establecidos por Dios. Pero no toca al viento septentrional, puesto que, siendo enemigo del sol, desdeña el esplendor de la luz; por esto también el sol, despreciando a aquél, no avanza ningún rayo y le opone la vía de su trayecto en la que reverbera su furor; y no llega a aquellas partes, porque el diablo, rechazando allí mismo a Dios, muestra su maldad. *Pero clava un rayo sobre la forma de la luna, y la calienta con su calor,* al igual que todo el cuerpo humano es regido por la sensualidad y el intelecto del hombre; *clava otro, extendiéndolo sobre el cerebro y hasta más allá de ambos talones de la mencionada imagen;* puesto que el sol introduce fortaleza y consistencia en el cuerpo del hombre desde lo más alto hasta lo más bajo, reforzando principalmente el cerebro, de manera que, vigorizando el intelecto, retenga todas las fuerzas del cuerpo y, al existir en la parte superior del hombre, inunde todas sus vísceras con sensualidad, como el sol ilumina la tierra. Pero cuando los elementos son esparcidos bajo el sol por las tempestades, el fuego del sol es ensombrecido, como si fuese un eclipse; éste, al indicar los errores, se muestra cuando los corazones y las mentes de los hombres se vuelven hacia el error de manera que no caminan rectamente en la ley, sino que emprenden sucesivamente muchas batallas. Y el ya mencionado rayo toca los talones del hombre; puesto que, como el cerebro gobierna el resto del cuerpo, así el talón soporta todo el cuerpo del hombre, el sol entibia los miembros del hombre con sus fuerzas, al igual que anima a las restantes creaturas.

Y desde el medio de la forma del quinto planeta, que está cercano bajo del sol, asciende un cierto rayo más arriba, hacia la forma del sol; porque este mismo planeta que está bajo el sol se esfuerza en suavizarlo con la fortaleza de su auxilio, para que no emita sus fuegos en exceso. *Pero otro se extiende hacia la cabeza del cangrejo, que parte desde la forma de la cabeza del lobo;* lo que muestra que, desde

la solidez de este mismo planeta, se expande un rayo hasta el inicio del viento colateral, que sale desde el viento principal de la región occidental, reprimiendo su inestabilidad como se ha dicho anteriormente de los otros. *Pero otro se dirige hasta el cuerno izquierdo de la forma de la luna;* lo que muestra también que, desde su vigor, envía un rayo hacia la parte más débil de la luna, esté en creciente o en menguante; en efecto, cuando está en creciente, auxiliándola para que reciba su luz rápida y fuertemente; y si en menguante, para que mengüe suavemente y sin peligro.

También desde el medio de la forma del sexto planeta, que está cercano sobre la luna, se despliega un rayo más arriba hasta la forma del sol; puesto que, desde la fuerte solidez de su proximidad a la luna, asciende un rayo hacia el sol que contiene su ardor con la suavidad de su sujeción, para que no se precipite en demasía. *Y otro se dirige hacia el cuerno derecho de la forma de la luna;* porque su fortaleza envía un rayo hacia la parte más fuerte de la luna, reteniéndola, de manera que esquive la región septentrional y se aproxime hacia el sol regularmente en su menguante y, animada por él, claramente se aparte. *Pero otro se extiende hasta la cabeza del ciervo, que avanza desde la forma de la cabeza del lobo;* porque desde el sólido esplendor de su claridad, prolongándose hasta el inicio del viento colateral que brota del viento principal de occidente, un rayo repele la repentina velocidad de aquél, para que no cruce el límite que el divino orden le dispuso, sino que avance en la recta extensión.

También desde la forma de la luna, como ves, irradia un rayo sobre cada ceja y sobre cada tobillo de la mencionada imagen; porque la luna regula el cuerpo del hombre con su virtud natural, de manera que, así como la ceja protege el ojo para la visión y el tobillo soporta al hombre, los miembros del hombre son regulados de arriba abajo con las fuerzas de la luna por disposición de Dios; sin embargo, no con tan gran perfección como con la fortaleza del sol, pues el sol toca el cuerpo del hombre más perfectamente y la luna

lo auxilia más débilmente. Y la luna completa su curso en el calor y en el frío, puesto que al crecer es cálida y al menguar es fría; el sol arde desde el oriente hasta el austro, pero después atrae el frío hasta el occidente. También la luna, en su menguante recibe la luz del sol, porque el sol enciende el círculo apagado de la luna con una chispa como una lámpara exhalada por él mismo, y así está en lo alto, y después de que haya sido encendida desciende a su lugar. Y como el sol enciende e ilumina el círculo de la luna, también afirma todas las cosas inferiores, tanto las que están en el firmamento como las que están bajo el firmamento; la luna es su auxiliadora al iluminar las cosas inferiores, como él mismo ilumina las cosas superiores y las inferiores. Y también la luna es más fría que el sol por la humedad acuosa y por la nube que está debajo de ella y por el aire que hay sobre la tierra; el sol abrasaría muchas cosas si la luna no se le opusiera, pues la luna regula el ardor del sol con su humor frío.

Por lo tanto, el sol y la luna sirven de este modo al hombre por disposición divina y le acarrean la salud o la enfermedad según la temperatura del aire y de la brisa, y así la forma del sol envía sus rayos desde el cerebro hasta el talón; en cambio, la forma de la luna envía sus rayos desde la ceja hasta el tobillo de la mencionada imagen de hombre. Pues, cuando la luna está en creciente, el cerebro y la sangre del hombre se acrecientan; pero cuando la luna está en menguante, el cerebro y la sangre disminuyen en el hombre. Ahora bien, si el cerebro del hombre estuviese en un solo estado, el hombre se precipitaría a la locura, de manera que aparecería aún más indómito que una bestia, y si la sangre fuese de un solo modo, y no sintiera lo creciente ni lo menguante, el hombre quedaría desgarrado rápidamente, y no podría vivir. Cuando la luna está llena, también el cerebro del hombre está lleno, y entonces el hombre es sensato; pero cuando la luna está vacía, también el cerebro del hombre se vacía, y el hombre está en parte vacío de sentido. Pero, cuando la luna está ígnea y seca, el

cerebro de ciertos hombres está también ígneo y seco, y por esto su cerebro se debilita y son menos sensatos, de manera que entonces no tienen pleno sentido para realizar obra alguna. Y cuando la luna está húmeda, también el cerebro de estos mismos hombres se hace excesivamente húmedo; y así ellos sienten dolor en el cerebro y son vaciados de sentido. Mas, cuando la luna está regulada, el hombre tiene salud en el cerebro y en la cabeza y se robustece en el sentido, porque por la temperatura de los elementos exteriores, los humores en el hombre permanecen en calma, aunque a veces son perturbados por la conmoción y la inquietud, pero el hombre no podría vivir sin la combinación y el servicio de los humores.

También, como se ha dicho, la forma del sol ha sido dispuesta con sus rayos hacia los mencionados lugares del mismo modo y orden con el que ha sido dispuesta sobre la coronilla de esta imagen; hacia el lado derecho de ésta y, bajo sus pies, aparece marcado en su ya mencionado círculo junto a estos mismos lugares; porque el sol aparece en este mismo estado y curso, así como se detiene en la región oriental y emite los esplendores de sus rayos hasta los lugares que ya han sido señalados. Así también resplandece hasta los mismos lugares en la región austral y en la occidental en las divisiones y circunferencias arriba mostradas, impulsado por la fortaleza de la circunvolución del firmamento, desde el oriente y a través del austro, en sentido oblicuo hacia el occidente, aunque se esfuerce por correr en su trayectoria en el sentido opuesto al movimiento del firmamento. Pues los ya mencionados planetas se mueven en círculo de occidente a oriente, en sentido opuesto al firmamento, hasta el punto que retienen con su fuego el fuego del firmamento y lo renuevan en su llama; ya que, si cayesen rodando con él de oriente a occidente, mientras se apresura a alcanzar las partes anteriores, el fuego se entorpecería desde atrás por falta de renovación; por esto son llevados paulatinamente en el sentido contrario a él, para que, cuando el sol se apresura hacia las partes anteriores, los pla-

netas arranquen su fuego desde atrás, desde su ocaso. Pero evitan la región septentrional, porque allí mismo está el lugar de las tinieblas, en el aquilón; y la luz y las tinieblas no armonizan entre sí. Por lo tanto, de este modo, los ya mencionados planetas han sido dispuestos en el firmamento por el Hacedor del mundo.

Pero tú, hombre, que ves estas cosas, comprende que se guardan en el interior del alma.

XXXIII. Pues *sobre la cabeza de esta imagen han sido marcados siete planetas en orden ascendente: tres en el ya mencionado círculo del fuego brillante, uno también en aquel círculo interior del fuego negro y tres en aquel círculo interior del éter puro*; esto significa que los siete dones del Espíritu Santo elevan todo el intelecto del hombre a través de las tres edades del mundo, es decir, antes de la ley, en la ley y en el evangelio. También el sol, dispuesto en aquel círculo interior del fuego negro, representa a Dios omnipotente, que luchó solo, con justo juicio, contra sus enemigos y los venció con su poder. Pero los tres planetas situados en aquel círculo interior del éter puro señalan que las tres personas de la divinidad deberían ser honradas por el hombre verdaderamente, con un buen comportamiento de sumisión en la pura penitencia, cuando el hombre se somete completamente a Dios; *de manera que también hacia el costado derecho y bajo sus pies, aparece junto a los lugares ya mencionados un sol dispuesto del mismo modo y orden y diferenciado en su círculo*; porque en el juicio de Dios y en la salvación de las almas y en el ejemplo de las buenas obras, estos dones se manifiestan en sus significaciones a través del ejemplo, como ya se ha señalado; puesto que, para que Dios sea temido y el juicio de Dios sea honrado con pureza, los hombres son alentados por la salvación de las almas y los ejemplos de los justos.

XXXIV. Pero *desde el medio de la forma del planeta primero y más alto, que aparece marcado sobre la cabeza de esta misma imagen, salen*

ciertos rayos; uno de los cuales desciende hasta la forma del sol; esto significa que las virtudes se encaminan desde el don muy deseable y sobresaliente del espíritu de la sabiduría, que traspasa toda la profundidad del intelecto del hombre; desde estas virtudes desciende el aliento sagrado hasta la forma del sol, esto es, hasta el espíritu de la fortaleza, asociándose a él, hasta el punto de que la fortaleza de la santidad sabiamente se adentre en el hombre fiel, para que no ose nuevamente hacer aquello que no pueda terminar. *Pero otro irradia hasta la pata derecha de la cabeza del cangrejo, que avanza desde la cabeza del leopardo;* mostrando que en la salvación de las almas se expande el aliento del espíritu de la sabiduría, divulgado hacia el recto camino de la confianza, que brota por el temor al Señor, fortificándola, de manera que confíe en Dios con el temor al Señor y no considere frívolamente Su misericordia. *Pero otro se despliega hasta el asta derecha de la cabeza del ciervo, que también parte desde la misma cabeza del leopardo;* porque en el castigo se expande el aliento de la rectitud, mostrándose junto a la fortaleza de la fe, que brota también del temor al Señor, conduciéndola al camino recto, para que se aparte de las artes diabólicas, cuando no cesa de castigar al hombre por la ignorancia de la verdad.

También desde el medio de la forma del segundo planeta se inclina un cierto rayo sobre la forma del sol, lo que significa que, por la abundante plenitud del espíritu del intelecto, el desbordamiento de la inteligencia alcanza también el espíritu de la fortaleza; manifestando igualmente en esto que cualquier hombre fiel comprende sutilmente que debe servir a su Creador con ánimo valiente y renunciar al diablo. *Y otro sale hacia la cabeza del cordero, que viene desde la forma de la cabeza del león;* puesto que, para que el hombre marche favorablemente hacia su Creador, el aliento se extiende desde el espíritu del intelecto hacia la paciencia, que avanza desde el juicio de Dios; mostrando que, cuando el hombre imita la paciencia, debe soportar la prosperidad y la tribulación con igual ánimo. *Y otro se dirige hacia la ya mencionada línea, que se extiende en*

el firmamento desde el comienzo de la parte oriental de la ya citada rueda hasta el límite de la parte occidental de la misma, del lado de la región septentrional de ésta, donde ha sido puesta más arriba la cabeza del cordero, que parte desde la forma de la cabeza del oso; porque, para que todo fiel evite las cosas contrarias a su alma, se extiende el aliento que viene nuevamente desde el espíritu del intelecto hasta la rectitud de la justicia, separando las insidias diabólicas de las obras justas, desde el comienzo de los buenos actos, que permanecen en la virtud de Dios, hasta el límite de los mismos; mientras la paciencia, que se produce a partir de la tribulación corporal, lo asiste desde arriba, advirtiendo al hombre que, cuando el juicio de Dios lo castigue, soporte pacientemente ese castigo, para no ser herido más agudamente.

También la forma del tercer planeta extiende como un rayo desde su centro hasta la forma del sol; esto muestra que el espíritu del designio, por su propia virtud, dirige el aliento al espíritu de la fortaleza; porque, aunque estos dones del Espíritu Santo tengan diversos nombres, conducen, sin embargo, a la bienaventuranza con un solo deseo y una sola obra; y así el espíritu del designio regula la fortaleza para que el hombre se levante bien y ordenadamente hacia Dios. *Pero dirige otro rayo hasta la cabeza de la serpiente, que avanza desde la forma de la cabeza del león*; puesto que el espíritu del designio en la prosperidad de la verdadera salvación expande su propio aliento hasta la prudencia, que se adelanta desde el juicio de Dios, señalando hasta qué punto el hombre castiga con prudencia su cuerpo para no sucumbir en la tarea, vencido por la necia contrición, si no lo hubiese perturbado sin discernimiento. *Pero prolonga otro rayo hacia la ya mencionada línea del lado de la cabeza de la serpiente, que sale desde la forma de la cabeza del oso*; porque, para que el hombre no caiga en la adversidad del alma, el ya mencionado espíritu del designio vuelve nuevamente su aliento hacia la rectitud de la justicia, mientras la prudencia, que se extiende desde la tribulación corporal, se manifiesta más arriba enseñando al

hombre, que ha temido el juicio de Dios, para que tenga cuidado de no caer en la desesperación, temiéndolo en exceso, sino que lo evada prudentemente por consejo de la buena inspiración.

XXXV. Como ves, *también la forma del sol, emitiendo ciertos rayos, toca con uno la forma de la cabeza del leopardo, con otro la forma de la cabeza del león, con otro la forma de la cabeza del lobo, pero no la forma de la cabeza del oso*; es por esto que el espíritu de la fortaleza, derramando sus alientos, toca en cierta medida el temor al Señor; en otra, el juicio de Dios; en otra, los castigos infernales; esto muestra que el hombre teme pecar por temor al Señor, y que abandona sus pecados por su temible juicio y que renuncia al hábito de los pecados a causa de los más crueles castigos infernales. Pero no toca la forma de la cabeza del oso, porque el espíritu de la fortaleza se aparta de la tribulación corporal, que no acontece del todo por causa de Dios. Pues el oso muestra en sí, a veces, las costumbres humanas y, a veces, las bestiales; puesto que, si el hombre le inflige indiscriminadamente tribulación a su cuerpo, el cuerpo mismo, afectado por el trabajo y el hastío y muchas veces fatigado, sucumbe; y mientras duda que pueda perseverar en estas cosas, refunfuña como bestia igual que en la ira. Por ello, ni aquella tribulación, que es infligida al hombre por él mismo sin la adecuada moderación, ni la que le es infligida por otros, incluso sin quererlo él mismo, convoca el espíritu de la fortaleza, porque carece del equilibrio de la discreción. Pues,.ya que es inestable, de manera que se mueve como volando fuera del recto modo, bien hacia arriba, bien hacia abajo, no puede tener fortaleza, es decir, no puede permanecer en un solo estado, ya que la fortaleza siempre permanece fuerte al no vacilar de aquí para allá. Pero el hombre que mortifica su cuerpo por temor o por amor a Dios con la moderación de la discreción y de la rectitud, se regocija en el espíritu interior como en los banquetes; por esto, esta contrición no debe ser considerada una aflicción, sino más bien una

bendición; y este espíritu de la fortaleza obra para que el fiel permanezca en las obras de la rectitud que están en Dios.

Pero el sol envía otro rayo sobre la forma de la luna, puesto que el espíritu de la fortaleza se une al temor de Dios, es decir, que todo fiel sea fuerte en el temor con el cual debe temer a Dios para que, si fuese vencido por la ligereza, no sea arrojado del lugar de la bienaventuranza. *También clava otro rayo extendiéndolo sobre el cerebro y hasta más allá de ambos talones de la ya mencionada imagen*; porque este mismo espíritu de la fortaleza inspira al hombre, para que guíe la intención y el inicio de una buena obra hacia la recta consumación, pues bienaventurado es aquel que se reprime a sí mismo para un buen fin.

XXXVI. Pero así ves que *desde el medio de la forma del quinto planeta, que está cercano debajo del sol, asciende un cierto rayo a lo alto hacia la forma del sol*; esto es porque, desde la virtud del espíritu de la ciencia que debe estar presente para el espíritu de la fortaleza por la cercanía a la recta operación, el aliento se expande hacia lo alto, hasta esta misma fortaleza; porque la ciencia, para ser robustecida por la fortaleza y no se convierta en ignorancia, se eleva hacia la misma fortaleza. *Pero otro rayo se extiende hasta la cabeza del cangrejo, que parte desde la forma de la cabeza del lobo*; puesto que desde la virtud de las fuerzas de la ciencia se expande el aliento hasta la confianza, que surge de la tribulación corporal; porque, cuando el hombre castiga su cuerpo sabia y absolutamente y con la defensa de la discreción, cree que sus pecados han sido castigados y purgados. *Pero otro rayo se dirige hasta el cuerno izquierdo de la forma de la luna*; puesto que, cuando la ciencia se aparta de las cosas temporales, difunde su aliento hacia el temor al Señor, posponiendo las cosas temporales, y lo coge para infundir fielmente terror en los hombres.

También desde el medio de la forma del sexto planeta, que está cercano sobre la luna, se despliega un rayo más arriba hasta la forma del

sol; mostrando así que desde la defensa del espíritu de la piedad, que está próximo al temor al Señor en su suavidad, asciende hacia arriba el aliento, hasta el espíritu de la fortaleza y, reforzándose allí, se fortifica para poder resistir la malignidad. Pues quienquiera que se dispone a marchar piadosamente, se unirá a la fortaleza para ser capaz de perseverar en la piedad. *Y otro rayo se dirige hacia el cuerno derecho de la forma de la luna,* señalando que, al marchar favorablemente, el espíritu de la piedad se aproxima hacia la prosperidad del temor al Señor, revelando a los hombres la piedad del temor al Señor. *Pero otro rayo se extiende hasta la cabeza del ciervo, que avanza desde la forma de la cabeza del lobo;* significando que, al apartar la adversidad del espíritu de la piedad, conduce su aliento hacia la fe, que sale de los castigos infernales, de manera que el hombre, fortificado por la piedad y la fe, huya así de los castigos infernales, para no perder la suprema felicidad por el impulso de la obstinación.

Pero en efecto ves cómo *desde la forma de la luna irradia como un rayo sobre cada ceja y sobre cada tobillo de la ya mencionada imagen;* esto muestra que el aliento salvífico, viniendo desde el temor al Señor, aconseja al hombre que cuide la perspicacia de su mente, para que no incurra en la ceguera del alma, y es exhortado a que dirija así el vigor de los pasos del espíritu interior hacia el camino de la rectitud, de manera que, caminando en la verdad, alcance la bienaventuranza eterna. Pues, así como la ceja protege al ojo y el talón soporta el cuerpo del hombre, el temor al Señor modela la visión interior para que no olvide a Dios y conserve la fortaleza interior, por la cual el hombre es llevado hacia toda cosa útil y recta.

XXXVII. *Pero también, como ya se ha dicho, la forma del sol ha sido dispuesta con sus rayos hacia los ya mencionados lugares, del mismo modo y orden con el que ha sido dispuesta sobre la coronilla de esta imagen; también hacia el lado derecho de ésta y, bajo sus pies, aparece mar-*

cado en su círculo junto a estos mismos lugares; porque, como ya se ha dicho, en la plenitud de la bienaventuranza junto a la deseada santidad de la recta empresa, el espíritu de la fortaleza inspira con esta misma moderación y efusión el don místico, al igual que inunda la intención del hombre con sus alientos, y así inspira sus obras perfectas y sus ejemplos, con los que instruye a sus prójimos. Pues, cuando las virtudes exhortan al hombre fiel y él consiente en ellas con buena voluntad, ellas hacen que se inicien las cosas que son rectas, y aquellas que conducen al hombre fiel a lo perfecto y con ellas exhibe un ejemplo de justicia para los demás, por su buena consumación. Pero estas mismas virtudes, aunque protejan al hombre con sus diversos modos de inspiración, no impiden que sea frecuentemente tentado por la carne y las artes diabólicas del lado de ese aquilón; de manera que, a través de ellas, sepa cómo defenderse, para que después no se arruine y perezca, para mayor mal, elevado de una manera injusta por la presunción del orgullo; al igual que también perecieron, elevados en la presunción, aquellos de los que dicen las palabras del profeta Isaías:

XXXVIII. *Por eso ensanchó el infierno su alma y abrió su boca sin medida alguna, y descenderán a él sus fuertes y sus altivos y sus jactanciosos, y el hombre será abatido y el varón será humillado y los ojos de los altivos serán abajados.*[7] Esto debe comprenderse así: El hombre que permanece en los pecados se asemeja a la luna menguante, que tiene un círculo oscuro cuando mengua y es reavivada, y cuando el hombre se ve sombrío, es animado más a menudo por la gracia de Dios para que busque dignamente Su gracia; y, una vez que ha invocado dignamente la gracia de Dios, el Espíritu Santo lo enciende para ver la luz verdadera, como la luna es reavivada por el sol. Pero, después de que haya sido reforzado por las buenas obras, de manera que no pueda ser saciado por ellas, el

7. Is 5,14-15.

hombre debe cuidar no atribuirse estas buenas obras, como si fueran de él y no de Dios; por ello también debe cuidarse de no ponerse en el lugar de Dios, considerando que puede hacer lo que quiera, así como pensaba Satán, quien se olvidó de ello y quiso en su naturaleza ser como Dios.

Por esta causa el infierno ensanchó su alma, esto es, generó los castigos y despertó su voracidad sin límites, puesto que ningún goce existe en él; y por ello tampoco es saciado en el deseo de su engullir, porque, al igual que las aves inmundas desean devorar los cadáveres de los animales, así el infierno en su perversidad atrae hacia sí y devora a los fuertes que luchan contra Dios, y a los altivos, que se exaltan injustamente, y a los jactanciosos, que buscan su propia gloria y no la gloria de Dios. Por ello el hombre que consiente en los males mencionados será abatido, así como los mencionados infelices de espíritu fueron abatidos con su príncipe, y será humillado aquel que debiera tener fortaleza viril, cuando se desvía del bien al mal; y los ojos, esto es, la ciencia de aquellos que creen que son sabios en la sublimidad de la soberbia, será reducida a nada, puesto que pierden la recompensa de la gloria de la humildad, porque, impenitentes por las buenas obras, buscan la gloria de parte del pueblo. Pues, si en adelante se arrepintiesen, serán recibidos como penitentes en la sangre del cordero.

XXXIX. Como ves, *también en la circunferencia del círculo, en el que se ve la semejanza del fuego brillante, aparecen dieciséis estrellas principales*; mostrando así que, por el círculo del fuego superior del firmamento, han sido dispuestas las mayores estrellas, como ya se ha dicho: *a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y la del león, también cuatro entre la cabeza del león y la del lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y la del oso, cuatro también entre la cabeza del oso y la del leopardo*; esto es, cuatro entre el viento oriental y el austral, cuatro entre el viento austral y el occidental, cuatro entre el viento occidental y el septentrional, cuatro también entre el viento septen-

trional y el oriental, consolidando estas mismas partes del firmamento con sus fuerzas y conformando los mismos vientos. Pues si éstas sobreabundasen en gran número, harían más pesado el firmamento con su exceso; o, si estuviesen en escaso número, no serían capaces de apuntalar el firmamento por la insuficiencia de su escaso número; porque Dios le quitó a cada creatura tanto la superabundancia excesiva como la escasez menesterosa. Y existen cuatro estrellas entre dos vientos, puesto que, con número igual y necesario y no excesivo de su rectitud, sostienen con sus fuerzas estas mismas partes del firmamento donde han sido al mismo tiempo dispuestas, al igual que los clavos sostienen la pared a la que han sido clavados, y no se mueven de sus lugares, sino que son envueltos con el firmamento, apuntalándolo.

Ocho de éstas, que ocupan el lugar intermedio de las estrellas que hay entre estas cabezas, es decir, las dos centrales entre dos cabezas, extienden sus rayos hacia la forma del aire tenue opuesto a ellas; porque estas estrellas, que están en medio de cuatro estrellas, entre los ya mencionados vientos, ya que cuatro se sitúan entre dos vientos, como ya se ha dicho, prolongan sus rayos hacia el aire tenue, al igual que las venas descienden desde la cabeza del hombre hasta los pies. Y al igual que estas mismas venas refuerzan todo el cuerpo del hombre, así también estas estrellas apuntalan todo el firmamento con sus fuerzas y resisten los vientos que les son próximos, para no perturbar desmesuradamente el firmamento; y conducen el aire hacia la recta combinación y están cercanas a él de igual modo, hasta el punto que se sostienen una con la otra para el fortalecimiento de este mismo firmamento.

Las ocho restantes, que se ven próximas a las cabezas ya mencionadas desde cada parte del medio, dirigen sus rayos solamente hacia el fuego negro; porque éstas, sosteniendo en su mitad a las otras, y ayudando a los vientos cercanos, como ya se ha mostrado, envían rayos que avanzan desde ellas sólo hacia el fuego negro, rechazándolo, para que no emita inmoderadamente el furor de su ardor. Y

estas estrellas han sido dispuestas y separadas entre sí a través de la circunferencia del firmamento con igual medida, para que sostengan, de igual modo, el mismo firmamento con sus fuerzas.

XL. Ves que *el círculo del éter puro, y el círculo del aire fuerte y blanco y brillante están llenos de estrellas que envían sus fulgores hacia las nubes opuestas a ellos;* es por esto que el éter puro superior y, bajo él, el aire fuerte y blanco y brillante, han sido inundados y afirmados plenamente por las estrellas mayores y menores, porque, no teniendo ningún exceso, calientan y refuerzan con sus fuegos todo el firmamento, y atraviesan y sostienen con sus rayos las nubes, que se derraman bajo el aire fuerte y blanco y brillante, para que no excedan los límites fijados para ellas por Dios.

XLI. *Desde la parte derecha de la mencionada imagen estas mismas nubes, sacando desde sí dos lenguas separadas una de otra, desde ellas dirigen ciertos riachuelos hacia la citada rueda, del lado de esta misma imagen;* puesto que, para la salvación del hombre, parten desde las mismas nubes, que aparecen del lado de la parte austral, dos fortificaciones separadas entre sí, así también se diferencian de ellas dos vientos principales en estas mismas partes, de manera que, desde las mismas nubes, avanzan y se dirigen hacia el hombre ciertos soplos hasta el aire común, a través del cual reciben su fuerza las diversas creaturas; porque tampoco él, a saber, el hombre, puede carecer de la ayuda y del servicio superiores, como las demás creaturas.

Pero en la parte izquierda, desde las nubes allí marcadas, se vuelven también dos lenguas separadas considerablemente entre sí hacia esta misma rueda y hacia la misma imagen, como ciertos riachuelos que manan desde ellas; puesto que, al igual que cada cosa contraria está alejada del hombre, es decir, tanto de su izquierda como de su derecha, desde las nubes que hay del lado septentrional, también avanzan dos amarras de las fortificaciones, separadas entre sí,

como también están separados entre sí los vientos principales de estas partes, así como también de otros, como se ha dicho más arriba; estas partes conservan aquellas cosas que subsisten en el mundo, esto es, conservan tanto al hombre como a las demás creaturas, así como los dispuso Dios. Estas cuatro lenguas avanzan desde los cuatro vientos principales, porque las exhalan para sostén de las nubes; puesto que, al igual que los vientos principales refuerzan y sostienen todo el firmamento, así también sus soplos, que aparecen como lenguas a causa de su movilidad, contienen las nubes que hay bajo el firmamento, para que no excedan su medida al esparcirse de aquí para allá.

XLII. *De este modo, como ya se ha dicho, esta imagen ha sido entrelazada y circundada por estas formas*, porque el hombre está reforzado y fortificado por la fortaleza de los elementos y por la ayuda de las demás creaturas, de manera que no pueda ser arrancado de su estado por ningún impulso de la adversidad, mientras la divina potestad lo cuide. Pero todas estas cosas deben comprenderse de otro modo.

Puesto que *en la circunferencia del círculo, en el que se ve la semejanza del fuego brillante, aparecen también dieciséis estrellas principales*; es por esto que en la integridad de la potencia divina están los primeros doctores, que han enseñado y enseñan a cumplir los diez preceptos de la ley a través de las seis edades del mundo; *a saber, cuatro entre la cabeza del leopardo y la del león, también cuatro entre la cabeza del león y la del lobo, cuatro entre la cabeza del lobo y la del oso, cuatro también entre la cabeza del oso y la del leopardo*; puesto que estos mismos doctores, a través de las cuatro partes del mundo, exhortan a todos los fieles a temer, junto con la tribulación corporal, el temor al juicio del Señor y los castigos infernales, para que a través del temor a estas cosas desistan de pecar, incluso si hubiesen pospuesto el amor a Dios. *Ocho de éstas, que ocupan el lugar intermedio de las estrellas que hay entre estas cabezas, es decir, las*

dos centrales entre dos cabezas, extienden sus rayos hacia la forma del aire tenue opuesto a ellas; ellas representan las ocho bienaventuranzas que moran en la perfección de las ya mencionadas virtudes, pronunciando su amor a Dios y al prójimo; infunden sus alientos con suma dedicación a los deseos de los hombres fieles, para que ellos, aunque hayan estado entregados al mundo de muchísimas maneras, se apresuren hacia las cosas celestiales, abandonando las temporales. *Pero las ocho restantes, que se ven próximas a las cabezas ya mencionadas desde la mitad de cada parte, dirigen sus rayos solamente hacia el fuego negro,* mostrando que estas mismas bienaventuranzas, al ayudar a la verdadera perfección de las demás virtudes, tanto en la prosperidad como en la adversidad, envían el dardo de sus alientos hacia el fuego del Juicio, mostrando a aquéllos que deben servir a Dios en espíritu, porque ningún pecado, aunque leve, debe olvidarse, sin que sea examinado por el juicio y la venganza de Dios.

XLIII. Y también ves esto: que *el círculo del éter puro y también el círculo del aire fuerte y blanco y brillante están llenos de estrellas que envían sus fulgores hacia las nubes opuestas a ellos;* es por esto que la integridad de la verdadera penitencia, y la integridad de la discreción de las obras santas cobran fuerzas en el múltiple esplendor de la racionalidad; puesto que, así como las estrellas son diversas y múltiples, así también tanto la penitencia como la discreción de las obras santas demuestran muchas fuerzas de la bienaventuranza y hacen racionales las mentes de los fieles con sus esplendores, pues las inundan hasta el punto que todas las obras aparezcan racionales ante Dios.

XLIV. *Por ello también en la parte derecha de la mencionada imagen estas mismas nubes, sacando dos lenguas separadas una de otra, dirigen ciertos riachuelos hacia la ya citada rueda y del lado de esta misma imagen;* porque las mentes de los hombres bienaventura-

dos poseen para su prosperidad dos testamentos: uno ciertamente según la carne, pero otro, según el espíritu, se diferencian entre sí y convergen el uno en el otro de manera que convengan en uno; al igual que estas lenguas, ellos tienen una sola forma, con cuyos testimonios, de los que el orbe de la tierra está colmado, enseñan al hombre que vuelva la mirada hacia su Creador. *Pero en la parte izquierda de ella, desde las nubes allí marcadas, se vuelven también dos lenguas separadas considerablemente entre sí hacia esta misma rueda y hacia la misma imagen, con ciertos riachuelos que manan desde ellas*; lo que significa que, cuando el hombre es asaltado por las tentaciones diabólicas, reúne en su mente dos testamentos, es decir, el amor a Dios y al prójimo (que se diferencian entre sí considerablemente, puesto que el amor que tiende hacia Dios es mayor que el amor al prójimo); y así el hombre puede sofocar la rueda de los cuidados seculares y la concupiscencia de los asaltos carnales con la irrigación de la justa admonición.

XLV. *Y de este modo, como ya se ha dicho, esta imagen ha sido entrelazada y circundada por estas formas*; puesto que el hombre fiel, que sigue fielmente los pasos del Hijo de Dios, defendido y adornado por la claridad de las virtudes bienaventuradas, es circundado de tal modo que lo conducen felizmente, arrancado de las insidias diabólicas, hacia la bienaventuranza de los goces celestiales, donde se alegrará eternamente, siendo testigo mi siervo Isaías que dice: *Éste morará en las alturas, siendo su elevación fortificaciones de piedras; le ha sido dado el pan y las aguas son sus fieles. Contemplará un rey en su belleza, sus ojos distinguirán a lo lejos una tierra.*[8] Es evidente que esto debe comprenderse así: Aquel que se inclina desde la parte izquierda hacia la derecha, escuchando que Dios reposa sobre el humilde y el pacífico de cora-

8. Is 33,16-17.

zón, supera la soberbia del diablo cuando se pisotea a sí mismo, diciendo: «Dios me iluminó con dos ojos, con los cuales contemplo cuánta gloria tiene la luz en las tinieblas, cuando puedo elegir por qué camino marcharé, pues seré vidente o ciego, sabiendo también a qué guía invocaré de día o de noche. Pues yo, escondiéndome en las tinieblas, puedo hacer obras lascivas, que no soy capaz de realizar a la luz, pues soy descubierto por todos los allí presentes; y en las tinieblas no conseguiré ningún premio, sino un castigo dañino; y por ello combatiré la tribulación del corazón por la cual me complazco en los pecados, e invocaré al Dios vivo, para que me conduzca al camino de la luz y cure mis heridas, para que no me avergüence en la luz a causa de éstas. Hasta que haya hecho esto, las cuerdas de mi trampa estarán rotas, puesto que sostendré a mi enemigo, cogido de esta manera, a cuya sugestión había consentido en las tinieblas, porque me ha engañado».

Pues aquel que así obra, habitará en las alturas de los cielos y la fortificación de piedras, que es Cristo, será su cima, donde le es dado el pan de vida, cuyo alimento nunca puede desdeñar, ya que siempre es deleitado en el dulce gusto del verdadero amor. Por esto se aparece así el riachuelo, que fluye desde el agua viva, y por el don del Espíritu Santo todas sus obras fluyen en la santidad, de manera que los ojos de paloma del Espíritu Santo fijen su mirada en ellas; por ello estas aguas son los fieles, porque no se agotarán, ni se secarán, ni el hombre será saciado por ellas, pues fluyen desde el Oriente; y el hombre no verá su altitud por el tiempo que permanezca en el cuerpo, y no encontrará su profundidad; porque estas aguas, con las que el hombre renace a la vida, son derramadas por el Espíritu Santo. También de este modo el hombre fiel verá al rey en la belleza de la bienaventuranza y en su ciencia percibirá la tierra de los vivos, cuando se aparte ampliamente con el corazón y con el cuerpo de los pecados; por ello considerará bien qué elegir.

XLVI. *Ves también que desde la boca de la ya citada imagen, en cuyo pecho aparece la rueda ya mencionada, surge a semejanza de hilos una luz más clara que la luz del día;* ya que por la virtud de la verdadera caridad, en cuya ciencia está la circunferencia del mundo, avanza su disposición más delicada brillando sobre todas las cosas y conteniéndolo y constriñéndolo todo. *Por estos hilos las formas de los ya mencionados círculos y las formas de las demás figuras, que han sido distinguidas en esta misma rueda, y cada una de las formas de los miembros de la forma de hombre, a saber, los de esta misma imagen que aparecen en la misma rueda,* como ya se ha dicho, *son medidas con recta y clara medida, como se manifiesta en sus anteriores y subsiguientes palabras;* cuando a través de esta medida distingue adecuadamente y une convenientemente, en la justa medida, las fuerzas de los elementos, y de otros adornos superiores que atañen a la fortificación y al adorno del mundo, y distingue y une apropiadamente las articulaciones de los miembros del hombre que él domina, a saber, en el mundo, como frecuentemente se te ha manifestado.

Pero también desde la verdadera caridad, que es del todo divina, proviene el bien, más precioso que todo lo deseable, reuniendo y atrayendo hacia sí a todos los que lo buscan; y aprecia los méritos de los deseos celestiales y de los gemidos espirituales que avanzan por la inspiración divina, apreciando las obras del hombre realizadas a causa del amor a Dios con recto juicio, y así esto es evidente para todos los que aman por completo a Dios, como se manifestó a través de mi siervo Jeremías:

XLVII. *Yo, el Señor, escudriñando el corazón, y probando los riñones, soy el que doy a cada cual según su camino y según el fruto de sus obras.*[9] Es evidente que esto debe comprenderse así: Los que aman a Dios, no buscan por la puerta de una falsa oportunidad a otro,

9. Jr 17,10.

sino a Él mismo, y no quieren tener con otro ningún murmullo sobre los deseos de su carne; aún cuando el hombre cumpla muchas veces sus deseos, así como Adán tanteó qué podía hacer. Pero el hombre no puede servir simultáneamente a Dios y al diablo, puesto que lo que Dios ama, el diablo lo odia, y lo que el diablo ama, Dios lo desprecia; al igual que se da en el hombre, porque la carne se deleita en los pecados y el alma tiene sed de justicia; y entre estas dos hay una gran pugna, puesto que una parte es contraria a la otra. Sin embargo, la obra que el hombre comienza se completa de este modo en una gran lucha, como el siervo es obligado a servir a su amo; puesto que la carne con el alma sometida a ella se aproxima al pecado, y el alma con la carne subordinada a ella realiza la buena obra.

Cuando el hombre vive según los deseos del alma, se repudia a sí mismo por amor a Dios y se vuelve peregrino en los deseos de la carne, lo que hacen los justos y los santos e hizo Abel, quien contempló a Dios, cuyo derramamiento de sangre estremeció toda la tierra; de manera que después es llamada viuda, es decir, privada de la integridad de la santidad por el homicidio de Caín, como la mujer es desposeída del consuelo del hombre en su viudez.

«Pues Yo, Señor de todas las cosas, escudriño los corazones contritos, que desprecian los pecados, y pruebo los riñones, que se reprimen del gusto de los deseos; Yo que devuelvo al hombre la recompensa según el esfuerzo de sus pasos y según produce frutos en la consideración de sus pensamientos, porque tengo todos los frutos del hombre escritos delante de Mí. Pues el hombre que abandona los deseos de sus concupiscencias es justo; y el que sigue todo deseo en las concupiscencias no podrá ser llamado justo, mas si retorna al bien sus cicatrices se lavan en la sangre del cordero; y entonces también el ejército celestial, viéndolas curadas, se levanta en admirable alabanza a Dios.»

Por lo tanto, que todo hombre que teme y ama a Dios abra la devoción de su corazón con estas palabras, y sepa que estas cosas han sido proferidas para la salvación de los cuerpos y almas de los hombres, no ciertamente por un ser humano, sino por Mí.

Tercera visión de la primera parte



Tercera visión de la primera parte

En esta visión, que Peter Dronke ha caracterizado como muy cercano al espíritu del primer capítulo del Evangelio según San Juan, es fundamental la figura del hombre rodeado por los cuatro elementos y por los vientos. De acuerdo con la exégesis de Hildegarda, todos ellos determinan las funciones de los humores y de todos los miembros del cuerpo humano, del mismo modo como el alma actúa a través del cuerpo.

La estrecha semejanza entre el cuerpo humano y la creación divina en general se manifiesta en los siguiente textos de la «audición»: «La espalda y los costados del hombre muestran la planicie de la tierra» y «La redondez del firmamento se muestra en la redondez de la cabeza del hombre, y la recta e igual medida del firmamento se señala en la recta e igual medida de esta misma cabeza, porque esta misma cabeza tiene en todas partes la recta medida, como también el firmamento está constituido con igual medida».

I. *He aquí que vi que tanto el viento oriental como el viento austral con sus colaterales, moviendo el firmamento con los soplos de su fortaleza, lo hacían girar sobre la tierra de oriente a occidente; y allí el viento occidental y el viento septentrional y sus colaterales, sosteniéndolo e impulsándolo con sus soplos, lo enviaban bajo tierra de occidente a oriente. Vi también que, desde el día en que los días comienzan a prolongarse, el ya mencionado viento austral con sus colaterales levantaba paulatinamente, como apuntalándolo, este mismo firmamento en la región austral más arriba del lado del septentrión, hasta el momento en que los días no se prolongan más; y desde este mismo día en que los días comienzan a acortarse, el viento septentrional con sus colaterales, rechazando la claridad del sol, paulatinamente hacía descender el firmamento, empujándolo desde el septentrión hacia el austro, hasta que el austro comenzaba nuevamente a levantarlo desde el alargamiento de los días.*

Pero también vi que en el fuego superior aparecía un círculo, que rodeaba todo el firmamento de oriente a occidente, desde donde un viento, adelantándose desde el occidente, impulsaba a siete planetas a avanzar desde occidente hacia oriente contra la circunvolución del firmamento; y éste, como los otros vientos ya mencionados, no emitía sus soplos hacia el mundo, sino que solamente regulaba el curso de los planetas, como ya se ha dicho.

Luego vi también que, a través de la cualidad diversa de los vientos y del aire, cuando se encuentran a su vez entre sí, los humores despertados y alterados en el hombre reciben la cualidad del viento y del aire. Pues para cada uno de los elementos superiores existe un aire que

corresponde a su cualidad, a través del cual aquel, es decir, el elemento, es impulsado por la fuerza de los vientos hacia la circunvolución; de otra manera no se movería; y desde cada uno de ellos, con la ayuda del sol, la luna y las estrellas, es expedido el aire que regula el mundo. Pero cuando algún elemento se aproxima a alguna región del mundo, sea por el ardor del curso del sol, sea por el juicio de Dios, ese elemento, despertado allí por el aire que se mueve, emite desde este mismo aire hacia el ya mencionado aire inferior un soplo, que es llamado viento, y que luego se mezcla con aquél, porque también surge por sí mismo desde alguna parte y es bastante similar a éste; y así este aire toca al hombre; por ello también los humores, que están en él mismo, según la cualidad del mismo viento y del aire, cuando son de esta misma cualidad, son alterados más frecuentemente, hacia la debilidad o hacia la fortaleza.

Y nuevamente vi que, cuando alguno de todos los vientos con las mencionadas cualidades, es provocado en cualquier región del mundo, sea por el curso diverso del sol y de la luna, sea por el juicio de Dios, como ya se ha dicho, de manera que emite allí su soplo, habiendo sido el aire despertado y apropiado por él, este mismo aire, soplando a través del mundo y conservando aquellas cosas que están en el mundo al regularlas, vuelve al hombre bastante mutable en sus humores, según este mismo soplo; puesto que cuando él, es decir, el hombre, cuya cualidad natural corresponde a este mismo soplo, conduce y emite hacia sí este aire así alterado, para que el alma, recibiéndolo, lo transmita hacia las partes interiores del cuerpo, los humores que están en él también son alterados y le causan muchas veces la enfermedad o la salud, como se ha señalado más arriba.

Pues los humores, como el leopardo, a veces se alzan ferozmente contra el hombre, y sin embargo luego se hacen más suaves, y como el cangrejo, ya avanzando, ya retrocediendo, muestran ambos muy a menudo un cambio, así también el ciervo saltando y punzando, manifiesta a veces la diversidad; y también los humores, lo mismo que en la rapacidad del lobo, y con éste, con la cualidad del ciervo y del cangrejo, como ya se ha dicho, invaden a veces al hombre. A veces también, como el león, se-

ñalan sin cesar su fortaleza en él, y como la serpiente, producen en él ya dulzura, ya aspereza; y al igual que el cordero, a veces simulan que ellos son apacibles; pero también como el oso, a veces refunfuñan en la ira, y a veces también manifiestan con él la cualidad del cordero y de la serpiente, como se ha mostrado más arriba. Pues los humores son frecuentemente alterados de este modo en el hombre.

Por esto así alterados, transitan muchas veces hacia el hígado del hombre, en el cual se prueba su ciencia, que avanza regulada desde el cerebro a través de las fuerzas del alma, y toca la humedad del cerebro, de manera que el hígado sea pingüe y fuerte y sano. Pues en la parte derecha del hombre está el hígado y un gran calor del cuerpo, por eso también la derecha es veloz para alzarse y para obrar; pero en la izquierda están el corazón y el pulmón, que lo refuerzan para las tareas pesadas y obtienen el calor desde el hígado como de una fragua. Pero las venas del hígado, tocadas por estos humores despertados, sacuden las venillas del oído del hombre y alteran su audición; puesto que frecuentemente la salud o la enfermedad se introduce en el hombre a través del oído, a saber, cuando es sacudido excesivamente por las cosas prósperas en la alegría o cuando es reprimido excesivamente por las cosas adversas en la tristeza.

También vi que a veces estos humores se dirigen hacia el ombligo del hombre que, sobresaliendo como cabeza de las vísceras, los contiene suavemente, para que no se dispersen, y conserva sus recorridos y su calor, como el de las venas en la combinación adecuada, aunque muchas veces esté inquieto por sus impulsos; de otra manera el hombre no podría vivir. Pero también buscan a veces, como burlándose, los genitales del hombre, que en sus fuerzas son engañosos y peligrosos, y son retenidos por los nervios y las restantes venas; en ellos también florece la racionalidad, de manera que el hombre sepa qué hacer o qué evitar, y por ello también se deleita en esas obras; y en la parte derecha del cuerpo, se calientan y fortalecen a partir del soplo del hombre y de su hígado; por ello el hombre recibe así la discreción y la disciplina, de manera que reprima las tempestades de los otros humores para que realice disciplinadamente sus obras.

También estos mismos humores tocan a veces las venas de los riñones y de los intestinos; éstas se despliegan hacia las venas del bazo, del pulmón y del corazón; y todas estas cosas son sacudidas en el lado izquierdo del hombre con las vísceras, cuando el pulmón las calienta; pero el hígado inflama la parte derecha del cuerpo. Y las venas del cerebro, del corazón, del pulmón, del hígado y todas las restantes llevan la fortaleza a los riñones, y las venas de los riñones descienden hasta las pantorrillas y las fortalecen; y así, volviendo hacia arriba con las venas de estas mismas pantorrillas, y uniéndose a su vez en la fortaleza viril o en la matriz mujeril, al igual que el estómago coge los alimentos, ellas introducen en aquellos lugares las fuerzas para engendrar hijos, así como el hierro es afilado por la piedra. Pues los bíceps, los músculos de los brazos y las pantorrillas, como las hinchazones de las piernas, están llenos de venas y de humores; y así como el vientre retiene las vísceras y los alimentos, también los bíceps de los brazos y las pantorrillas de las piernas conservan venas y humores y fortalecen y sustentan con su fortaleza al hombre, así como el vientre lo nutre.

Pero cuando a veces el hombre corre apresuradamente o hace camino marchando rápidamente, los nervios que existen bajo las rodillas y las venillas que han sido excesivamente extendidas en las rodillas, tocan las venas de las pantorrillas, que están unidas entre sí como una red y son muchas; y así, volviendo cansadas hacia las venas del hígado, hacen que ellas alcancen las venas del cerebro; y de este modo llevan el cansancio a todo el cuerpo. Pero las venas de los riñones allí presentes tocan la pantorrilla izquierda más que la derecha, porque la pantorrilla derecha está reforzada por el calor del hígado. También las venas de la pantorrilla derecha ascienden hacia las venas de los riñones y de los intestinos, y las venas de éstos tocan las venas del hígado; y el hígado calienta los riñones, situados en la grasitud que hay a partir de los humores, de manera que se extiendan velozmente, introduciendo y sacando el deleite y cesando rápidamente porque, cuando el hígado le da calor al hombre, él se ríe y está contento.

Y así los humores que hay en el hombre, despertados de manera injusta, cuando tocan a veces las venas de su hígado, como se ha dicho más

arriba, su humedad disminuye, y también se atenúa la humedad del pecho; por ello también impulsan al hombre, así reseco, a la enfermedad, y asimismo la flema se vuelve árida y venenosa en este mismo hombre y asciende así hasta su cerebro y le produce dolor de cabeza; también le hace doler los ojos y la médula se debilita en sus huesos; de manera que a veces le sobreviene la epilepsia, cuando la luna está en menguante.

Incluso la humedad que está en su ombligo, puesta en fuga por estos mismos humores, se convierte a veces en sequedad y se endurece; por ello también su carne se hace ulcerosa y escamosa, como si fuera leproso, aún cuando no tenga lepra. También las venas de sus genitales, tocadas inmoderadamente por los humores, despiertan a las demás del mismo modo, de manera que la humedad adecuada se reseca en él y así, por el humor restante, brota en él el impétigo.

También las venas de los riñones de este mismo hombre, tocadas a veces por los ya mencionados humores, despertados inmoderadamente, sacuden otras venas y se adhieren a ellas en las pantorrillas o en el resto del cuerpo, como ya se ha dicho, y consumen en la sequedad la médula de los huesos y las venas de su carne; y así el hombre languidece largamente, arrastrando su vida por largo tiempo en esta languidez. Pero a veces los ya mencionados humores desbordan excesivamente en humedad en el pecho del hombre y humedecen su hígado con esta humedad; por ello muchos y diversos pensamientos se alzan en este mismo hombre, de manera que piensa que él es demasiado sabio o demasiado necio; y luego estos mismos humores, subiendo hacia el cerebro, lo contaminan, y bajan hacia el estómago y generan fiebres en él, y así ese hombre se enferma por largo tiempo.

También los humores a veces tocan las venillas de las orejas con el exceso de flema, y contaminan las venas del pulmón con esta misma flema, de manera que el hombre tose y apenas puede respirar, y este mismo exceso de flema, transitando desde las venas del pulmón hacia las venas del corazón, le causa dolor y este dolor, yendo hacia el costado de este mismo hombre, le provoca pleuresía y lo sacude, como si tuviera epilepsia en el menguante de la luna.

También mueven los humores las vísceras en el ombligo del hombre por la excesiva inundación y así ascienden hasta su cerebro y muchas veces lo vuelven delirante y sacuden las venas en sus genitales; tocan también su melancolía; de manera que él es perturbado de este modo y se entristece sin medida.

También a veces estos mismos humores tocan las venas de los riñones del hombre con una humedad inadecuada, y, así despertadas, contaminan las venas de sus pantorrillas y las demás venas de su cuerpo con una inundación excesiva y, si este mismo hombre se hubiese excedido entonces en demasía en alimentos y en bebida, le producen a veces una lepra abundante, pues sus carnes se engruesan. Porque, si los ya mencionados humores ni excesivamente secos ni excesivamente húmedos, sino regulados de modo igual y proporcionado, son difundidos a través de los miembros del hombre, él se mantiene sano en su cuerpo y en su ciencia, teniendo fuerza para lo bueno, o para lo malo.

II. Y nuevamente escuché una voz del cielo diciéndome así: «Toda creatura que Dios ha hecho, tanto superior como inferior, está unida al hombre para que le sea de utilidad; y si el hombre la destruye por sus malos actos, el juicio de Dios se convierte en venganza. Aunque ayuden al hombre en la necesidad corporal, debe comprenderse que las creaturas conciernen también a la salvación de su alma».

Pues *ves que el viento oriental y el viento austral con sus colaterales, moviendo el firmamento con los soplos de su fortaleza, hacen que gire sobre la tierra de oriente a occidente;* esto señala que la exhalación del temor al Señor, y la exhalación del juicio de Dios con las demás virtudes que tocan el espíritu interior del hombre con la fortaleza de su santidad, hacen que comience las cosas buenas como en el oriente y que more y persevere en ellas hasta la buena consumación, venciendo las cosas carnales hacia el occidente; puesto que, cuando el hombre teme a Dios, teme mucho exponerse a Su juicio por sus excesos. Por ello, cuando emprende así las cosas

buenas para perseverar en ellas, se consagra a ellas a causa de la recompensa eterna.

Y allí el viento occidental y el viento septentrional y sus colaterales, sosteniéndolo e impulsándolo con sus soplos, lo envían bajo tierra de occidente a oriente; puesto que la exhalación de la rectitud, junto con los castigos infernales, y la exhalación del castigo, junto con las tribulaciones corporales y las demás flagelaciones que atemorizan el espíritu del hombre y lo sacuden con sus temores, cuando cesa de realizar las cosas buenas en el hastío de la fatiga —inclinándose hacia occidente— lo devuelven al nacimiento de la justicia bajo el peso de las calamidades terrenales; lo exhortan así para que no sucumba vencido por una debilidad indolente en el límite de las obras justas, sino que vuelva cuidadosamente al inicio de la santidad; porque la recompensa de la bienaventuranza no será dada al que comienza y es negligente, sino al que comienza y lo realiza todo.

III. *Ves también que desde el día aquel en que los días comienzan a prolongarse, el ya mencionado viento austral con sus colaterales levanta paulatinamente este mismo firmamento, apuntalándolo, en la región austral, más arriba del lado del septentrión hasta el día en que no se prolongan más;* porque, cuando las obras buenas son aumentadas en la luz de la verdad gracias al hombre fiel, desde el fuego de la justicia la exhalación de la rectitud que viene con las otras virtudes, eleva bien y ordenadamente su espíritu interior en ardiente justicia contra la concupiscencia de la carne, desgastado y probado por las muchas tentaciones, al levantarlo para un buen fin.

Pero desde este mismo día en que los días comienzan a acortarse, el viento septentrional con sus colaterales, rechazando la claridad del sol, paulatinamente hace descender el firmamento empujándolo desde el septentrión hacia el austro, hasta que el austro comienza nuevamente a levantarlo desde el alargamiento de los días; es por esto que, una vez que el hastío y la tardanza, al apoderarse del hombre, lo hayan

conducido a la fatiga en el cumplimiento de las buenas obras, la tribulación corporal, por la que este mismo hombre, resistiendo la persuasión diabólica, se había afligido previamente de muchas maneras y descuidado la claridad de estas mismas obras afectado por el hastío, toca más interiormente su espíritu con pensamientos opuestos y lo penetra para que se mantenga en estas aflicciones y abandona su rigor con ellas, puesto que la gracia de Dios le perdona benigna y clementemente sus pecados en el austro; y así lo absorbe paulatinamente, hasta que el fuego de los dones de Dios, que discierne rectamente estas cosas, devuelva su espíritu, que lucha de este modo con la carne, al prístino vigor de las virtudes.

IV. *Pero también ves que en el fuego superior aparece un círculo que rodea el firmamento por todas partes, donde un viento, al salir, impulsa a siete planetas a avanzar desde occidente hacia oriente contra la circunvolución del firmamento;* puesto que en la potencia divina está la integridad de la santidad, que fortifica el espíritu interior del hombre que se une a Dios desde cada parte. Por ello también, viniendo desde la misma exhalación, hace que él toque los dones místicos del Espíritu Santo cuando comienza a embotarse en el hastío, hasta el punto que lo arranca del embotamiento y lo conduce cuidadosamente a la justicia; sin embargo, esto es muchas veces penoso para el espíritu del hombre, porque el cuerpo, en el que permanece asentado por la disposición divina para que la obedezca, a veces apenas puede conducirse, puesto que muy a menudo está conforme con él en los deseos carnales como en su propio habitáculo, y así la exhalación de los dones de Dios es muchas veces resistida por la voluntad del hombre.

Y éste, como los demás vientos ya mencionados, no emite sus soplos hacia el mundo, sino que solamente regula el curso de los planetas, como ya se ha dicho; porque la ya señalada exhalación no se manifiesta proviniendo de la integridad de la santidad como las demás vir-

tudes, que convierten al hombre entregado al mundo del mal al mundo del bien; puesto que, cuando el hombre comienza a hacer cosas buenas por don de Dios, todavía no está completo en la plenitud de la santidad; sin embargo, una vez que haya arribado verdaderamente a la perfección, la exhalación de la santidad lo sostiene en los dones plenos y perfectos del Espíritu Santo, y no le permite oscilar de aquí para allá. Pues, así como la columna de la santidad se levanta hacia lo alto, hacia las cosas celestiales, asentada en su parte inferior sobre Cristo, así también el hombre, agitado por las tempestades de las diversas tentaciones, no podrá caer mientras Cristo, sobre el cual reposan los siete dones del espíritu Santo, lo sostenga; y dirá, como Habacuc, en un escrito por Mí inspirado:

V. *Dios, el Señor, es mi fortaleza y me da pies como los de los ciervos. Y victorioso me conduce a mis alturas, a mí, que canto en los salmos.*[10] Es evidente que esto debe comprenderse así: Dios, que me creó y que como Señor tiene potestad sobre mí, es mi fortaleza; puesto que sin Él no puedo hacer nada bueno, porque a través de Él tengo el espíritu vital, por el cual vivo y soy movido y por el cual conozco todos mis caminos. Por ello también este mismo Dios y Señor, una vez que lo he invocado sinceramente, pondrá mis pasos a la velocidad de sus mandatos, al igual que el ciervo se apresura cuando desea la fuente; y de este modo me conducirá sobre aquella altura, que me fue mostrada y encomendada en Sus preceptos, sometiendo bajo mi poder las concupiscencias terrenales en la victoria de la fortaleza, de manera que yo le cantaré incansables alabanzas, una vez que haya alcanzado la bienaventuranza de las cosas celestiales.

Pues, como el sol en el firmamento del cielo es señor de la creatura terrenal y ninguna cosa puede ensombrecerlo, así tampoco

10. Ha 3,19.

ningún fiel, fijando su corazón y su alma en Dios, podrá ser apartado de Él. Y, puesto que ha sido fijado en Él, desprecia sinceramente todas las cosas terrenales; por esto nadie es humillado en Él. Pues en ningún estrépito es movido por el temor a la muerte, ni en ninguna tribulación se sabe que su tiempo es digno de lamentación; y no se encuentra en las cuevas de los ladrones, esto es, en el odio falaz, en el cual el hombre muchas veces es engañado; ni tampoco camina en un torbellino inestable, según las costumbres inestables de los hombres que no contemplan a su Creador y que cumplen sus obras según la libertad de su propia voluntad. Por ello también son semejantes al cangrejo, que marcha hacia atrás, y al torbellino, que marchita las hierbas.

VI. *Pero ves luego que, a través de la cualidad diversa de los vientos y del aire, cuando se encuentran entre sí los humores, que han sido despertados y alterados en el hombre, reciben esta cualidad diversa;* esto señala que por los diversos modos de la exhalación de las virtudes y además por la cualidad de los deseos de los hombres, cuando concuerdan a su vez entre sí y el hombre quiere aquellas cosas que son de Dios, los pensamientos de los hombres, apartados del mal y vueltos hacia el bien, se someten a la dignidad de las virtudes y de los santos deseos. *Pues para cada uno de los elementos superiores existe el aire que corresponde a su cualidad, a través del cual ése, es decir, el elemento, es impulsado por la fuerza de los vientos hacia la circunvolución; de otra manera no se movería;* lo que significa que, reuniéndose con cada una de las virtudes y refuerzos superiores, está presente el deseo del hombre fiel, gracias al cual es reforzado por la exhalación de las virtudes para la destrucción del mal; de otro modo no se volvería hacia el bien; *y desde cada uno de ellos, con la ayuda del sol, la luna y las estrellas, es expedido el aire que regula el mundo;* mostrando que, desde todos los refuerzos superiores de las virtudes, y desde el espíritu de la fortaleza, y desde el espíritu del temor al Señor, junto con las demás iluminaciones de las buenas exhalaciones, se

encienden los deseos que anhelan la bienaventuranza celestial en los corazones de los fieles. Pues todo lo que de bueno obra el hombre no proviene de su mérito, sino del don de la gracia de Dios.

Pero cuando a veces cualquier elemento se aproxima a cualquier región del mundo, sea por el ardor del curso del sol, sea por el juicio de Dios, ese elemento, despertado allí con el aire que se mueve, emite un soplo, que es llamado viento, desde este mismo aire hacia el ya mencionado aire inferior; puesto que, cuando las fuerzas son despertadas para salvación de los hombres por el espíritu de la fortaleza y por la disposición divina de las virtudes superiores, donde los deseos de los hombres fieles ascienden hacia Dios e invocan a Dios, ellas, convocadas por Él mediante el deseo celestial, dirigen la exhalación hacia las mentes de estos mismos hombres, hasta el punto que sean susceptibles de convertirse a cualquier bien. Pues, cuando el hombre invoca pura y fielmente a Dios, Dios con justo juicio lo envuelve con el cerco de las virtudes porque, habiendo abandonado el mal, avanza apresuradamente hacia el bien. *Éste luego se mezcla con aquél, porque también está por sí mismo desde alguna parte y es bastante similar a éste;* lo que significa que las mentes de los justos concuerdan con la exhalación de las virtudes porque, mientras aman aquello que es justo, lo hacen a partir de las virtudes; por esto también se hacen de este modo similares a ellas.

Y así este mismo aire toca al hombre, y por ello también los humores, que están en él según la cualidad del mismo viento y del aire, cuando son de la misma cualidad, son alterados más frecuentemente, ya sea hacia la debilidad o hacia la fortaleza; puesto que estas mismas mentes de los bienaventurados, vueltas hacia la justicia, dominan las concupiscencias carnales en ellos y graban sus pensamientos en la exhalación de las virtudes y en la devoción de los deseos celestiales, juntando la debilidad con los vicios y la fortaleza con las virtudes. Pues, cuando el hombre constriñe racionalmente su carne a causa de Dios, levanta a lo alto el espíritu interior hacia la bienaventuranza, atestiguándolo así la Sabiduría, que dice:

VII. *La casa del justo es la mayor fortaleza y en los frutos del impío reina la perturbación.*[11] Es evidente que esto debe comprenderse de este modo: así como el sol, cuando asciende a lo alto al mediodía, arde muchísimo en su calor, así también la casa, esto es, la mente del justo, que obra en todas sus obras como si permaneciera junto al juicio de Dios, manifiesta en sí la mayor fortaleza, cuando aumenta ascendiendo de virtud en virtud, y su mente no disminuye por ello, lo mismo que tampoco el sol es atenuado en su círculo por el ascenso ni a causa de la distribución de su calor; puesto que el hombre bienaventurado cuanto más se inflama en el bien, más se enardece en la dedicación feliz. Pues las mansiones del justo están en los lugares celestiales, donde es agitado por toda intención y por todo deseo sin ser colmado por la dulzura. Su fortaleza también es más alta que el firmamento y alcanza lo profundo del abismo, porque el hombre es la más fuerte de todas las creaturas y cada creatura lo sirve con celo.

También la tierra es sacudida a veces y movida por el movimiento del firmamento, y el firmamento sirve a la tierra inundándola con su lluvia, para que la tierra a su vez no se agriete y produzca loablemente sus frutos a través del aire y del rocío; pero el hombre bienaventurado aparta de sí todas las cosas terrenales, y no ceja —ni por la contrición ni por el miedo a las concupiscencias terrenales— hasta edificar las buenas obras al ascender a la altura celestial, con la alegría de la vida eterna. Pero en aquellos frutos que el impío produce con sus obras malas y perversas está la perturbación, puesto que titubea en la desbordante perturbación del mundo, y no camina de día ni tiene esperanza en la luz eterna; come los desechos de los puercos, no encontrando nunca la vida, al no renunciar a los deseos carnales.

VIII. Pero *asimismo nuevamente ves que, cuando alguno de los vientos, con las ya mencionadas cualidades, es provocado en cualquier*

11. Pr 15,6.

región del mundo, sea por el curso diverso del sol y de la luna, sea por el juicio de Dios, como ya se ha dicho, de manera que allí emita su soplo, mientras el aire ha sido removido y regulado por él, este mismo aire, soplando a través del mundo y conservando las cosas que están en el mundo al regularlas, vuelve al hombre mutable en sus humores, según este mismo soplo; esto significa que, cuando exhala las virtudes —doquiera que el Espíritu Santo las exhale— sus muchos dones, brota el deseo en el hombre fiel, tanto a través de la inspiración del espíritu de la fortaleza y de la humildad y del espíritu del temor al Señor y del ánimo contrito, como a través de la disposición de la consideración divina, de manera que la exhalación de las virtudes, a través de la inspiración, lo ayuda en el recto deseo que concuerda con él; y este mismo deseo se une a esta misma inspiración, escudriñando cada cosa útil e inclinándose hacia ella con devoción.

Y así este mismo deseo golpea el corazón de este hombre; *puesto que, cuando él, es decir, el hombre, cuya cualidad natural corresponde a este mismo soplo, conduce y emite hacia sí este aire así alterado, para que el alma, recibiéndolo, lo transmita hacia las partes interiores del cuerpo, los humores que están en él mismo son alterados y le causan muchas veces la enfermedad o la salud, como se ha señalado más arriba,* cuando él mismo, cuya buena voluntad concuerda con esta exhalación, meditando disipa este deseo, separado de lo malo; y porque el alma lo inscribe más ocultamente en sí misma, también las tempestades de los pensamientos, que se desbordan en él, son alteradas, de manera que le prometen la adversidad o la prosperidad.

IX. *Pues los humores, así como el leopardo, a veces se alzan ferozmente en el hombre, pero luego se hacen más suaves, y como el cangrejo, ya avanzando, ya retrocediendo, muestran muy a menudo un cambio, y como el ciervo, saltando y punzando, manifiestan a veces la diversidad;* aunque el hombre tenga temor al Señor, grande o pequeño, a ve-

ces, sin embargo, surgen en él pensamientos que, afectados por el hastío, se hunden en la vanidad; a veces, como en el cangrejo, lo exhortan a avanzar con confianza en una buena consumación, pero luego, atrayéndolo hacia atrás al soltarlo, lo engañan para que no pueda perseverar; a veces, como en el ciervo, hacen que él esté seguro por la fe, pero después, si vacila en la fe, lo punzan. *Y lo mismo que en la rapacidad del lobo y con él como en la cualidad del ciervo y del cangrejo, como ya se ha dicho, invaden a veces al hombre*; porque a veces, al igual que en el lobo, le ofrecen al hombre castigos infernales, de manera que le prometen falazmente que sólo como el ciervo, esto es por la fe, y como el cangrejo, esto es, por la confianza, puede evitarlas sin otras obras justas; pero luego lo conducen muchas veces a la desesperación. *A veces también, como el león, señalan sin cesar su fortaleza en él y como la serpiente, producen en él ya dulzura, ya aspereza, y, al igual que el cordero, a veces simulan que son apacibles*, cuando exponen al hombre al juicio de Dios, pero luego lo persuaden para que no tema; porque, avanzando prudentemente, al igual que la serpiente, le sugieren engañosamente cómo evadir el juicio de Dios con una astucia moderada, cuando también, como el cordero, lo exhortan a no temer nada en la paciencia, como si no estuviera envuelto por los pecados. *Pero también, como el oso, a veces refunfuñan con ira, a veces también manifiestan la cualidad del cordero y de la serpiente, como se ha mostrado más arriba*; porque a veces esos pensamientos, lo mismo que el oso, refunfuñan para que el hombre soporte la tribulación corporal por Dios; por esa tribulación, como en la paciencia del cordero y lo mismo en la prudencia de la serpiente, demuestran que el hombre ha sido castigado y purificado de los pecados, y nuevamente lo vuelven inseguro, por los muchos cambios.

Pues los humores son muy frecuentemente alterados de este modo en el hombre, porque los pensamientos del hombre, permutados de este modo por los torbellinos y por otras causas, lo conducen a una inseguridad infundada o a la desesperación; a veces tam-

bién lo llevan a lo alto por la recta devoción. *Por esto, así alterados, transitan muchas veces hacia el hígado humano, en el cual se prueba su ciencia, que avanza regulada desde el cerebro a través de las fuerzas del alma, y al que toca la humedad del cerebro, de manera que sea pingüe y fuerte y sano*; esto significa que los pensamientos del hombre muy a menudo se dirigen hacia su hígado, es decir, hacia la fortaleza de la justicia, y con el hígado obra el justo por la ciencia; porque las fuerzas del alma muestran la ciencia del bien y del mal, la que abraza la vida en los creyentes gracias a la justicia, al igual que el Hijo de Dios reúne junto a sí a pecadores y publicanos, a quienes también fortaleció en la abundancia del Espíritu Santo.

X. *Pues en la parte derecha del hombre está el hígado y un gran calor del cuerpo; por eso también la derecha es veloz para alzarse y para obrar; pero en la izquierda están el corazón y el pulmón, que la refuerzan para las tareas pesadas y tienen el calor desde el hígado como en una fragua*; estas cosas señalan que en la derecha, esto es, en la prosperidad de la salvación del hombre bueno y recto, la justicia obra con el Espíritu Santo, de manera que el hombre, elevándose favorablemente hacia Dios, realice todo bien; pero en la izquierda, para evitar las cosas adversas, prefiere ser reforzado por el vigor de la justicia, confiando en Dios con corazón recto.

Y las venas del hígado despertadas, tocadas por estos humores, sacuden las venillas del oído del hombre y a veces alteran su audición; puesto que frecuentemente la salud o la enfermedad son introducidas en el hombre a través del oído, a saber, cuando es excesivamente sacudido por las cosas prósperas en la alegría o cuando es excesivamente reprimido por las cosas adversas en la tristeza; esto muestra que el curso de la justicia, provocado por los rectos pensamientos, aparta al hombre de la mala audición y lo dirige hacia la buena; da a su alma las cosas que son santas y las que son vergonzosas; de manera que el hombre a veces no quiere imponerse una medida ni en las cosas buenas ni en las cosas malas. Pues la buena ciencia es muda

sin una buena audición, porque lo que la buena ciencia sabe, la buena audición lo recibe; y esta audición tiene una gran dedicación para tratar y escribir aquello que le es dado por la buena ciencia; después de que ha compuesto convenientemente todas estas cosas, descansa al dejarlas de lado, como el hombre que pone un tesoro en su arca, es decir, cuando comprende el bien y el mal: ocultando el bien en el secreto de su corazón y apartando el mal absolutamente de sí, al igual que exhorta Isaías al decir:

XI. *Líbrate de las cadenas de tu cerviz, cautiva hija de Sión, porque el Señor dice estas cosas: gratuitamente fuisteis vendidos y sin plata seréis redimidos.*[12] Esto debe comprenderse así: Destruye tú, a través de la penitencia, la cadena primera del cautiverio y de la transgresión, ¡oh, hombre!, tú que habías sido contado en el paraíso entre las hijas de la paz celestial, y después de haberlo perdido fuiste sometido por muchos males. Por esto el Señor de todas las cosas os dice a vosotros que habéis sido voluntariamente envueltos por los pecados: «De tal modo habéis sido vendidos por nada, así como Dios le prometió el dolor a la primera mujer, la que, a causa de la prevaricación del precepto divino, fue privada del paraíso y perdió su nombre, que es Hija de Sión; pero sin el precio del deseo terrenal sois redimidos, cuando vuestro Redentor resucitó en la naturaleza virginal y estableció que renacierais a la vida por el espíritu y el agua, y así os devolvió al lugar de vuestra herencia. Pero quien haya perseverado con justicia en este nacimiento, no será removido de las alturas de Sión».

Por consiguiente, que el hombre fiel se eleve hacia Dios, renunciando a sus pecados y abandonando todas las cosas malas y que anhele las cosas celestiales en su deseo, buscando el auxilio de las buenas obras a través de Dios. Si este hubiese perseverado firmemente en este empeño —como el ciego sentado junto al ca-

12. Is 52,2-3.

mino— la gracia de Dios lo aguardaría; y si esta gracia lo viera mirando la luz y elevándose desde las tinieblas, entonces estaría siempre, inspirándole aquellas cosas justas y santas. Pues este hombre fiel, que se aparta del mal, se deleita en las obras buenas y santas y gusta de su dulzura, pues no quiere apartarse de Dios, sino que se aleja del engaño de la serpiente.

XII. *También ves que a veces estos humores se dirigen hacia el ombligo del hombre, que sobresaliendo como cabeza de las vísceras, las contiene suavemente para que no se dispersen, y conserva los recorridos y el calor de las vísceras y de las venas para una combinación adecuada, aunque a veces esté inquieto por sus impulsos; de otra manera, el hombre no podría vivir*; puesto que, cuando el hombre fiel rechaza la mala audición, constriñe con sus buenos pensamientos el ombligo de las diversas concupiscencias, hasta que pueda lograr la vida de la verdadera bienaventuranza; porque esa mala audición induce muy a menudo a la inquietud de todos los males.

Pero también buscan los genitales del hombre, que con el ejercicio de su propia fuerza son engañosos y peligrosos, y son retenidos por los nervios y las restantes venas; en éstos florece la racionalidad, de manera que el hombre sepa qué hacer o qué evitar, y por ello se deleita en esas obras; y en la parte derecha del cuerpo se calientan y se fortalecen a partir de la respiración y del soplo del hombre y de su hígado, y por ello así el hombre recibe la discreción y la disciplina, de manera que reprima las tempestades de los otros humores hasta realizar disciplinadamente sus obras, porque cubre sus genitales, donde está la lujuria; pero, reforzado por la virtud de la justicia, cumple discreta y honestamente para la salvación del alma.

También estos mismos humores tocan a veces las venas de los riñones y de los intestinos, que se despliegan hacia las venas del bazo, del pulmón y del corazón, y todos estos órganos, junto con las vísceras, son sacudidos en el lado izquierdo cuando el pulmón los calienta, mientras el hígado inflama la parte derecha del cuerpo; puesto que el hombre

constriñe muy fuertemente los riñones a causa de estos mismos rectos pensamientos; ellos tocan muy a menudo su corazón por la injusta concupiscencia y lo mueven hacia el mal, cuando la levedad de la carne toca estos órganos; y el hombre hace esto aunque marche por los caminos de la justicia.

XIII. *Y las venas del cerebro, del corazón, del pulmón, del hígado y las restantes llevan la fortaleza a los riñones, y las venas de los riñones descienden hasta las pantorrillas y las fortalecen; y así volviendo hacia arriba con las venas de estas mismas pantorrillas, y uniéndose a su vez en la fortaleza viril o en la matriz mujeril, al igual que el estómago coge los alimentos, introducen en aquellos lugares las fuerzas para engendrar hijos, así como el hierro es afilado por la piedra*; porque luego de que el hombre ha constreñido estos mismos riñones con la concupiscencia adormecida gracias al pudor, los purifica en la castidad por la buena ciencia que hay en él y los rodea con el curso de la justicia y de la continencia; y así ciertamente fortalece a la justicia, tendiendo hacia la continencia en aquellas cosas en las que previamente era incontinente, para no caer en la levedad. Por ello también, cuando se despliega hacia Dios en esta misma continencia, fortificándose a través de ella en el sexo viril y en el mujeril, produce la descendencia de la santidad, sustentado por las diversas virtudes, cuando marcha en el recto camino de la discreción.

Pues los bíceps, los músculos de los brazos y las pantorrillas, así como las hinchazones de las piernas, están llenos de venas y humores; porque así como el vientre retiene las vísceras y los alimentos, también los bíceps de los brazos y las pantorrillas de las piernas conservan venas y humores y fortalecen y sustentan al hombre con su fortaleza, lo mismo que lo nutre el vientre; y también, gracias a la abstinencia, existe en el hombre la comprehensión de la fortaleza y del sustento de las justificaciones de sus pecados; esta comprehensión, rodeada por el curso de los gemidos de los buenos pensamientos, retiene también las cosas interiores del alma junto a la plenitud y

las conserva para la perfección de la salvación, nutriendo en la santidad al hombre entero, es decir, en cuerpo y alma.

XIV. *Pero cuando a veces el hombre corre apresuradamente o camina rápidamente, los nervios que hay bajo las rodillas y las venillas que han sido excesivamente extendidas en las rodillas, tocan las venas de las pantorrillas, que están unidas entre sí y son muchas; y así, esforzándose hacia las venas del hígado, tocan aquellas venas del cerebro, y de este modo empujan todo el cuerpo al cansancio*; puesto que, cuando el hombre coge a veces indiscriminadamente el camino de la rectitud, la inmoderación en este trayecto, al inclinarlo a la inconveniencia, lo lleva también en su abstinencia, privado del gusto mesurado de la ciencia; de manera que, cuando se abstiene inmoderadamente de las cosas permitidas, incurre en el hastío en las otras virtudes y, cuando piensa que retorna a la justicia y tiene una ciencia excesiva, se le hace patente la asechanza del cansancio; porque, menospreciando la temeridad por causa de esta abstinencia inapropiada, en su audacia y presunción, duda de poder perseverar de este modo, y se arroja así en la asechanza de la desesperación.

Las venas de los riñones allí presentes tocan la pantorrilla izquierda más que la derecha, porque la pantorrilla derecha es reforzada por el calor del hígado; así también sucede con el curso de la concupiscencia que más bien aumenta que disminuye por la abstinencia, cuando ésta es inapropiada y confusa, no conforme a la ley divina ni al amor; porque la abstinencia, que obra con la discreción, es fortalecida por la virtud de la justicia.

Las venas de la pantorrilla derecha ascienden hacia las venas de los riñones y de los intestinos, y las venas de éstos tocan las venas del hígado, y el hígado calienta los riñones situados en la gordura que hay a partir de los humores, de manera que se extiendan velozmente, introduciendo y sacando el deleite y cesando rápidamente porque, cuando el hígado le da calor al hombre, él se ríe y está contento; puesto que también la

abstinencia, que es verdadera en Dios, franquea el curso de la concupiscencia y la arrastra al juicio de la justicia, y allí mismo la golpea, hasta que perezca del todo. Pero la justicia abrasa por el fuego del Espíritu Santo a la concupiscencia que yacía en la gordura de las inmundicias, reduciéndola a nada, de manera que las cosas malas que hubo en ella se extiendan a la contrición y a la amargura, habiéndose mostrado antes en ellas el deleite, aunque breve, porque el hombre pecador, justificado en la alegría, cosecha la recompensa.

XV. *Y así los humores que hay en el hombre, despertados de manera injusta, cuando tocan a veces las venas de su hígado, como se ha dicho más arriba, se disminuye su humedad y también se atenúa la humedad del pecho; por ello también los humores empujan al hombre a la enfermedad secándolo. Asimismo la flema en este mismo hombre se vuelve árida y venenosa y asciende hasta su cerebro y le produce dolor de cabeza; también le hace doler los ojos y la médula se debilita en sus huesos; de manera que a veces le sobreviene la epilepsia, cuando la luna está en menguante.*

Pues, cuando los pensamientos del hombre adquieren la ferocidad, la dureza y la tiranía y se inclinan hacia cualquier vanidad, oprimen por esta tiranía a la justicia, que, inundada por el rocío del Espíritu Santo, debería hacer germinar en él la santidad de las buenas obras y debilitan y marchitan en él las restantes virtudes. También conducen su ciencia, su principio, su intención y la fortaleza de la justa operación, que antes cobraban fuerzas en él, hacia la desesperación, como hacia la epilepsia, puesto que la luz de la verdad, que brillaba para él, entonces se apaga.

Incluso la humedad, que está en su ombligo, puesta en fuga por estos mismos humores, se convierte a veces en sequedad y se endurece; por ello también su carne se vuelve ulcerosa y escamosa, como si fuera leproso, aún cuando no tenga lepra; también las venas de sus genitales, tocadas inmoderadamente por ellos, despiertan a las demás venas del mismo

modo, de manera que la humedad apropiada se reseca en él. Y así por el humor restante brota en él el impétigo; porque la humedad de la continencia, que debiera destruir la concupiscencia en su ombligo, puesta en fuga por estos feroces y duros e ilícitos pensamientos, no es derramada en el hombre por el Espíritu Santo. Por ello, cuando la humedad de la continencia lo abandona, sus pecados se pudren por la mala costumbre, de manera que se manifiestan para todos hediendo como lepra; y sus genitales, no ceñidos por la castidad, son despertados por estos mismos pensamientos, de manera que se elevan en él los malos ejemplos como impétigos por el germen de los buenos frutos resecados, así como lo señala Oseas a través del Espíritu Santo, diciendo:

XVI. *En la casa de Israel vi lo horrendo; allí Israel se ha contaminado por la fornicación.*[13] Esto debe comprenderse así: En aquellos escondrijos en los que debería mirar a Dios con corazón puro, yacía empero en los pecados, yo, que escudriño los secretos de las ofensas, vi una abominación muy infame; a saber, que aquel que está envuelto por una fornicación de las prevaricaciones más inmundas y repugnantes, manchándose con ellas se revuelca como puerco en el lodo; y se hizo despreciable y disoluto en todas las cosas aquel que debía buscar y ver y abrazar la limpieza. Pues la inmundicia debilita al hombre y lo saca de quicio, de manera que no es capaz de considerar la perfección de la honestidad ni las cosas que corresponden al mundo, ni las que se vuelven a mirar a Dios; porque con su voluntad el ardor de la carne atiza insuflando la soberbia y la vanagloria y otros males.

XVII. *También las venas de los riñones de este mismo hombre, tocadas a veces por los ya mencionados humores, despertados inmoderadamente, sacudiendo otras venas que se adhieren a ellos en las pantorrillas*

13. Os 5,3. Cf. Os 6,10.

o en el resto del cuerpo, como ya se ha dicho, consumen en la sequedad la médula de los huesos y las venas de su carne; y así el hombre languidece por largo tiempo, arrastrando su vida por largo tiempo en esta languidez; ya que cuando el hombre descuida constreñir su ombligo y sus genitales, de manera que permite que sus pensamientos divaguen por la tiranía de la concupiscencia y por cualquier otra cosa inútil, entonces desprecia el curso de las virtudes que están unidas a la abstinencia, y a la misma abstinencia que, discreta y ordenadamente, debe ser mantenida para conservar el pudor. Por ello también sus restantes obras, carentes de la infusión del rocío celestial, se vuelven áridas y hacen que su alma languidezca, hasta que retorne al vigor de las virtudes.

XVIII. *Pero a veces los ya mencionados humores desbordan excesivamente en humedad en el pecho del hombre y le humedecen su hígado con esta humedad, y por ello muchos y diversos pensamientos se alzan en este mismo hombre, de manera que piense que es o demasiado sabio o demasiado necio. Y luego estos mismos humores, subiendo hacia el cerebro, lo contaminan, y bajan hacia el estómago y generan fiebres en él; y así ese hombre se enferma por largo tiempo.* En estas cosas también se muestra que, si los diversos pensamientos del hombre, depuesta la fiereza, se difunden por la blandura y la ligereza y la vanidad voluble, aspiran a sofocar la justicia en él con esta liviandad. Por ello también, cuando así se alzan, elevan al hombre como en la sabiduría, o lo abaten como en la necedad y, mezclando su ciencia, le provocan la voracidad; de manera que su alma, aprisionada por estos males con una languidez duradera, sufre muchas veces una opresión peligrosa.

También a veces tocan las venillas de las orejas con el exceso de flema, y contaminan las venas del pulmón con esta misma flema, de manera que el hombre tose y apenas puede respirar; y este mismo exceso de flema, transitando desde las venas del pulmón hacia las venas del corazón, le causa dolor; y este dolor, yendo hacia el costado de este mismo

hombre, le provoca pleuresía y lo sacude, de manera que tiene epilepsia en el menguante de la luna. Estas cosas señalan también que, a veces, los diversos pensamientos producen en este mismo hombre una turbación tan grande que confunden la audición en su alma, de tal manera que no es capaz de entender el bien ni de contenerlo en sí, sino que lo considera un fastidio, como el toser. También conturban su corazón con la demencia de tal modo que no pueda recuperar ninguna tranquilidad para utilidad de su alma, sino que, vacilando en la rectitud de aquí para allá, camina igual que un moribundo, porque la luz de la rectitud se oscurece para él.

También se mueven las vísceras en el ombligo del hombre por la excesiva inundación y así ascienden hasta su cerebro y muchas veces lo vuelven delirante y sacuden las venas en sus genitales; tocan también la melancolía en él, de manera que es perturbado y se entristece sin medida; puesto que los pensamientos mueven en él su voluntad la concupiscencia, por la perturbación inmoderada de la efusión voluble. También desgarran su ciencia, para mancharlo en actos perversos, y así lo vuelven loco e incontinente en la impudicia; también lo ofuscan con la tristeza cuando él no puede hacer la voluntad de su carne.

También a veces estos mismos humores tocan las venas de los riñones del hombre con una humedad inadecuada, y así despertadas, contaminan las venas de sus pantorrillas y las demás venas de su cuerpo con una inundación excesiva y, si también este mismo hombre se hubiese excedido en demasía en alimentos y bebida, le producen a veces una lepra abundante, pues sus carnes se engruesan. Por esto se señala que a veces los pensamientos tocan al hombre con una voluptuosidad inmunda y voluble y lo arrastran a una vergonzosa debilidad y apartan de él la abstinencia poderosa que debería domeñar su carne, y lo llevan blandamente a la voracidad, que enciende las llamas del deseo. Por ello lo emponzoñan con la putrefacción de los pecados como con la lepra, porque no resiste la voluptuosidad de su cuerpo. Pues quien no mortifica su carne por la abstinencia

apropiada, sino que la nutre con vicios y concupiscencias, acumula para sí la gordura de los pecados y así hiede en las inmundicias delante de Dios.

XIX. *Porque, si los mencionados humores, ni excesivamente secos ni excesivamente húmedos, sino regulados de modo igual y proporcionados, son difundidos a través de los miembros del hombre, él debe mantenerse sano en su cuerpo y fuerte en la ciencia que mueve más al bien que al mal.* Esto significa que, si los pensamientos del hombre no son ni demasiado ásperos en la ferocidad, ni demasiado volubles en la debilidad, sino que, dispuestos bien y convenientemente, existen en la honestidad de las costumbres, según el hombre y según Dios; estos pensamientos vuelven al hombre —a través de la mansedumbre— tranquilo en el cuerpo y perspicaz en la ciencia, de modo que no se incline ni a la derecha ni a la izquierda al huir de los favores del mundo, sino que, sostenido por las muchísimas virtudes, anhele los goces celestiales, como está escrito en el Cantar de los Cantares: *¡Qué hermosos son tus pasos con tus sandalias, hija del príncipe!*[14]

Esto debe comprenderse así: Tú, que te deleitas en tu corazón al anhelar a Dios con las buenas obras, por las que tienes esperanza de la vida eterna, que resplandece para ti en el goce, como cuando sale el sol, muestras los más hermosos pasos en el camino del Hijo de Dios, cuando te impones la mortificación de la carne con las sandalias, ocultando en verdad la desnudez de tus pecados, cuando amas con buena voluntad a Dios más que a ti mismo. Y entonces tu alma es llamada hija del príncipe, es decir, de Aquel que es llamado Príncipe de la Paz, quien venciendo a la antigua serpiente, liberó a su pueblo, y lavó en su sangre toda la enemistad que había entre Dios y el hombre. Los ángeles anunciaban esta paz para los hombres en la humanidad del Hijo de

14. Ct 7,2.

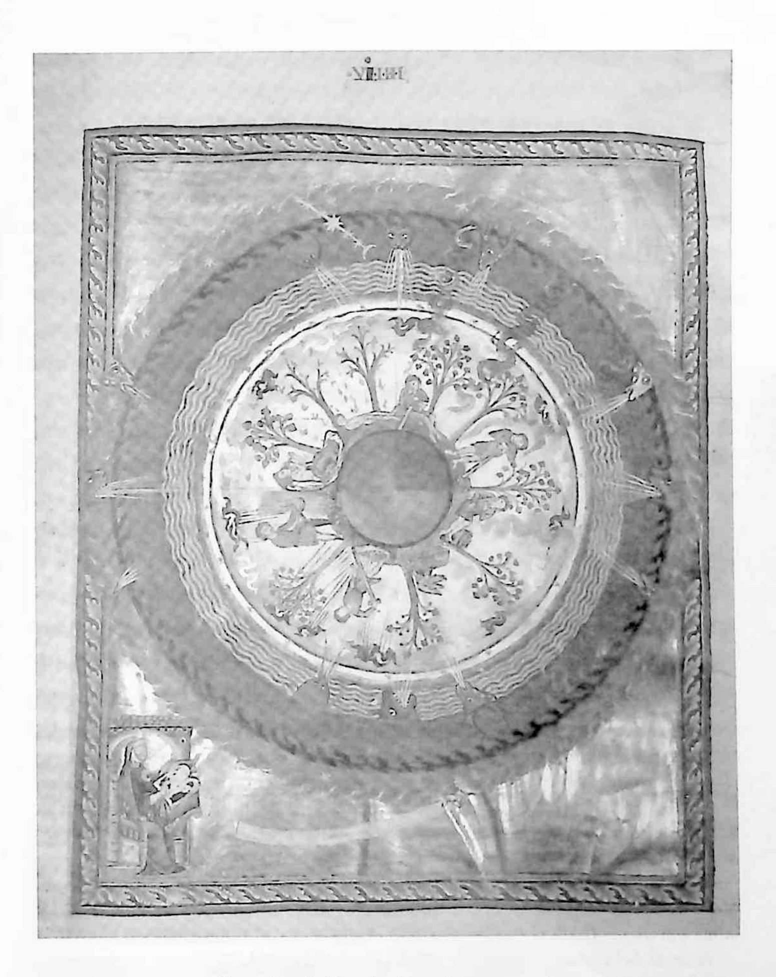
Dios y se regocijaban mucho por ella, pues Dios se había unido a la tierra, de manera que los hombres lo vieran en forma humana y los ángeles lo vieran completamente como hombre y Dios.

Por lo tanto, todo hombre que teme y ama a Dios abra la devoción de su corazón con estas palabras, y sepa que estas cosas han sido proferidas para la salvación de los cuerpos y las almas de los hombres, no ciertamente por un ser humano, sino por Mí.

Cuarta visión de la primera parte

[illegible]

[illegible]



Cuarta visión de la primera parte

En esta visión se manifiesta, en primer lugar, la acción de la capa exterior del firmamento, cuyo calor proveniente del fuego produce daño a las creaturas de la tierra, representadas aquí en las escenas de campesinos que trabajan en las labores agrícolas durante cada estación. Se manifiesta también la acción del aire «fuerte, blanco y brillante», cuyo efecto dañino sobre las creaturas se ve aminorado por la acción del «aire acuoso».

En esta visión, así como en las anteriores, Hildegarda propone una analogía entre el cuerpo del hombre, sus miembros y sus funciones, y el desarrollo y la acción de las fuerzas que conforman el universo, el macrocosmos.

A final del capítulo CIIII de esta visión Hildegarda inicia su propia exégesis del Evangelio de Juan: «Por lo tanto, como ya se ha dicho, así es el hombre con cuerpo y alma, que es también la obra de Dios en cada creatura, como dice Juan, inspirado por mi espíritu: cap. CV «*En un principio era la Palabra*». (Jn 1,1)

I. *Y vi que el firmamento tenía un espesor tan grande de extremo a extremo con todas las cosas adheridas a él, como tenía la tierra de extremo a extremo. Vi también que el fuego superior del firmamento, agitado de vez en cuando, emitía hacia la tierra escamas como chispas, que acarreaban estigmas y llagas a hombres y animales y a los frutos de la tierra. Vi también que, desde el fuego negro, una nube descendía hacia las diversas partes de la tierra, marchitaba el verdor y desecaba la humedad de los campos; pero el éter puro resistía estas escamas y esta nube, para no provocar excesivas plagas a las creaturas.*

Y también vi que, desde el aire fuerte y blanco y brillante, otra nube se extendía a veces hacia diversas partes de la tierra, arrojando una gran pestilencia a los hombres y al ganado, al punto que estaban sometidos a diversas enfermedades, y la mayoría se precipitaba a la muerte; sin embargo, el aire acuoso se oponía a esta nube, regulándola para no dañar excesivamente a las creaturas.

Vi también que, desde el aire tenue, un humor, bullendo sobre la tierra, despertaba su verdor y hacía germinar los frutos, y producía ciertas nubes más arriba que sostenían las cosas superiores y las fortalecían. Y en este mismo aire veía una nube de color blanco que a cada lado de sus límites tenía clavada otras nubes del firmamento y cuya mitad, que permanecía curvada como un arco, se extendía hacia el aire.

Y nuevamente oí una voz del cielo que me decía:

II. Dios, que ha creado todas las cosas, estableció las cosas superiores, de manera que a través de ellas afirma y purifica las infe-

riores e introduce en la forma del hombre las cosas designadas para la salvación del alma. *Pues ves que el firmamento tiene un espesor tan grande de extremo a extremo con todas las cosas adheridas a él, como tiene la tierra de extremo a extremo*; porque, ¡oh, hombre!, al igual que se te muestra y se te dice, el firmamento y la tierra son de igual espesor; y cuánto más vacío de aire hay sobre la tierra en los obstáculos superiores, tanto más gran vacío de aire existe bajo la tierra en los obstáculos inferiores; y tanto más gran vacío de aire hay del lado del austro y del lado del septentrión entre la tierra y los obstáculos opuestos del firmamento. Esto señala que el espíritu interior del hombre manifiesta sus fuerzas tanto en las cosas celestiales como en las terrenales, en tanto que el cuerpo del hombre procura presentarse de este mismo modo con su fortaleza. Pues cuando el alma y el cuerpo se ponen de acuerdo en la rectitud, alcanzan los premios celestiales en un solo goce.

III. *Ves también que el fuego superior del firmamento, agitándose de vez en cuando, emite hacia la tierra escamas como chispas, que acarrean estigmas y llagas a hombres y animales y a los frutos de la tierra*; puesto que Dios ha reforzado el firmamento con el fuego para que no se disuelva, lo aligeró con el éter para que pudiera moverse, lo bañó con las aguas para que no se secara, lo iluminó con las estrellas para que brillara, y lo sostiene con los vientos para que cumpla sin interrupción su curso. Pues en las cuatro regiones, a saber, en el oriente, en el austro, en el occidente y en el septentrión, el firmamento es impulsado a circular por los vientos. Pero su fuego brillante, mientras es elevado por el humor del agua inferior por disposición y juicio de Dios, de manera que no arda más de lo apropiado, emite escamas hirvientes de ardor y húmedas de agua para la venganza, como se ha dicho más arriba. Esto muestra que el poder de Dios, al tener bajo su potestad el espíritu del hombre, provocado por el justo juicio, envía su venganza contra los actos perversos de los hombres, de manera que sean confundidos y aba-

tidos, porque no muestran costumbres humanas, sino bestiales, privados del fruto de las buenas obras.

IV. *Y del fuego negro una nube, descendiendo a veces hacia diversas partes de la tierra, marchita el verdor y deseca la humedad de los campos*; porque, cuando el ardor y el frío son agitados en este fuego por voluntad de Dios, como ya se ha dicho, desciende una nube humeante por el ardor peligroso y húmeda por la helada nociva, como venganza contra los pecadores. Pues este fuego negro arde animado por el viento del austro, y tiene un exceso de frío en el granizo por causa del viento del aquilón, pero el viento oriental los calma a ambos; sin embargo, el viento occidental, que brota en el aire acuoso, produce una peligrosa inundación cuando el fuego negro es agitado y turbulento; esto significa que otro castigo se extiende por el juicio contra las concupiscencias carnales, volcándolas en la aridez del desprecio y consumiendo completamente su gordura, porque Dios reduce a nada cuanto se le opone.

V. *El éter puro opone resistencia a las escamas como a la nube, para no provocar excesivas plagas a las creaturas*; porque el éter, que está en medio de los fuegos y las aguas, mitiga las cosas superiores con su pureza y su suavidad, y regula las cosas inferiores y no produce plagas; puesto que, si cada elemento dañase a las creaturas y nada las socorriese, no podrían ni permanecer ni subsistir. También las aguas son comprimidas por el fuego según la disposición divina, para que no se derramen por una efusión inconveniente. Por esto emiten un humo que no es nocivo, como tampoco el hálito del hombre daña a nadie. Este humo regula las cosas inferiores con un humor adecuado, para que no extiendan sus plagas más allá de lo debido, como la pura penitencia mitiga la venganza y el castigo divinos y hace a Dios clemente para con su creatura.

VI. *Y también ves que, desde el aire fuerte y blanco y brillante, otra nube se extiende hacia la tierra, arrojando una gran pestilencia a los hombres y al ganado, de manera que enseguida muchos están sometidos por enfermedades diversas, y la mayoría se precipita a la muerte*; porque, cuando desde el aire avanza una nube, como ya se ha dicho, las aguas superiores, a las cuales este aire, por proximidad, se adhiere por debajo, son agitadas excesivamente desde el fuego superior por voluntad de Dios, y hierven por un inquieto ardor, o se hielan por el terrible frío que trae el fuego negro; y así la nube bañada por ambos, es nociva en ambas partes. Pero estas plagas no avanzan, a no ser que, provocadas por los pecados de los hombres, sean suscitadas por el justo juicio de Dios, señalando que del discernimiento de las obras santas proviene el castigo contra las operaciones que no tienen discernimiento, provocando la contrición en los hombres sin moderación en el pecado, de manera que debilite en ellos, privados de discreción y mortificación, las cosas que carecen de discernimiento para la salvación del alma. Pues el discernimiento regula las cosas que son útiles, tanto para el cuerpo como para el alma.

El aire acuoso se opone a esta nube, regulándola para no dañar excesivamente a las creaturas; puesto que con su acuosidad atenúa la violenta energía de esa nube; así las obras santas son ejemplos de los justos, mostrando, con la venganza que proviene del discernimiento, cómo hieren las cosas excesivas.

VII. Pero ves también *que, desde el aire tenue, un humor, bullendo sobre la tierra, despierta su verdor y hace que los frutos germinen, y produce también nubes más arriba que sostienen las cosas superiores y las fortalecen*; esto significa que este aire tenue emite desde sí la nieve que, como volando, se esparce cuando la tierra está fría por el descenso del sol, ya que las gotas de agua se convierten en nieve por el frío superior. Sin embargo, en el ardor del ascenso del sol, este aire destila rocío que cae sobre la tierra a semejanza de

un panal de miel, y a veces por la suavidad del viento oriental se licúa en una suave lluvia. Y este aire comprime los peligros superiores y es un escudo para la defensa de la tierra (lo mismo que un escudo defiende al hombre de los muchísimos golpes) y, además, desde el más suave y regulado calor del sol, emite sobre la tierra el rocío de la bendición, como el que dio Jacob a su hijo. Y este aire humea por el ascenso del agua y por la humedad del rocío, y, sin embargo, no es nocivo, sino que lame cada fruto de la tierra, limpiándolo de la sucia pestilencia que ha tocado alguna tempestad.

VIII. Este aire tenue lleva y sostiene las mencionadas nubes, que a veces son brillantes y a veces sombrías, y algunas tienen como unas mamas singulares con las que cuales envían la lluvia a la tierra, como se extrae la leche de las mamas; y esas nubes se extienden hacia las cosas superiores y de ellas reciben la fuerza. Pues son reforzadas por el fuego, aligeradas por el éter, humedecidas por las aguas y condensadas por el frío, para que la abundante caída de la lluvia de las mamas singulares no se difunda excesivamente sobre la tierra. También estas nubes son aquel reflejo que los hombres llaman cielo, puesto que el lugar del sol, de la luna y de las estrellas se ven a través de estas nubes como un cuerpo reflejado en un espejo, de manera que los hombres creen que ven su forma; sin embargo, no es así, porque las nubes muestran solamente las funciones de las constelaciones sobre la superficie sombría de un espejo y fluyen como el agua, en la que se ven las cosas de frente. Esto significa que, a partir del recto deseo del hombre fiel, el pensamiento, yendo hacia la utilidad fructífera de las buenas obras, toca su verdor hasta producir muchos frutos de santidad y eleva las mentes de los hombres hacia las cosas celestiales, de manera que las anhelen y les fortalezcan; porque, mientras el hombre tiende con el recto deseo hacia el fruto de las buenas obras, desprecia las cosas terrenales y se apega a las cosas celestiales, hasta mostrarse completamente cambiado, como si no fuera hombre.

IX. *Ves también en este aire una nube de color blanco que en ambas partes tiene un límite, aquí y allí como clavada con otras nubes del firmamento, y cuya parte central se curva, como un arco, extendiéndose hacia el aire;* ya que en estas nubes, que este aire sostiene moviendo hacia arriba, se acomoda otra nube de color lechoso que afirma este mismo aire, como una columna sostiene una casa; así las mentes de ciertos hombres están constituidas en el orden del recto deseo, de manera que, tanto en las causas seculares como en las espirituales, esperan la recompensa del fin de sus obras, porque realizan los quehaceres terrenales y los celestiales que complacen al Juez Celestial; y aunque a veces la perfección de sus mentes se curva por la fragilidad de la carne, no obstante perseveran en el recto deseo, como muestra mi siervo Job, diciendo:

X. *Y el justo seguirá su propio camino, y el limpio de manos aumentará la fortaleza.*[1] Esto debe entenderse así: El hombre que ama la justicia, seguirá los caminos de la rectitud con el esfuerzo de la fortaleza, y el que está limpio de suciedad adquirirá la santidad con las buenas obras, cuando, absteniéndose de los males, se vuelve hacia lo que place a Dios, hasta alcanzar aquella vida que no tiene fin. Pues el justo se apodera de la sabiduría, y la sabiduría está en la racionalidad que conoce lo vital y lo mortal y enseña los rectos caminos. Pero la obcecación del corazón, que nace del gusto por la carne, oscurece la ciencia pura cuando, según su propia voluntad, intenta hacer lo que ella quiere. Y por ello el hombre es cegado y siente sus propias heridas, de manera que se degrada y reflexiona cómo podría vivir apartado de Dios.

XI. En estos pensamientos, el hombre fija la mirada en Dios omnipotente como en un sello, al dar por cierto sus milagros y señales y al apuntalar su casa a semejanza del firmamento, de ma-

1. Jb 17,9.

nera que no es apartado de Dios por ningún miedo, ni por el temor, ni por el amor. Por lo tanto, Dios puso el firmamento junto al escabel de su trono, y ha puesto un círculo que gira a semejanza del poder de Dios, sin comienzo ni fin, y nadie puede percibir dónde comienza o termina la rueda que gira. Pues el trono de Dios es su eternidad, en la que reina solo; y todos los que viven son chispas del rayo de su esplendor, como los rayos del sol provienen del sol. ¿Y cómo se podría saber que Él es la vida, sino porque todo lo que tiene vida lo glorifica, pues los que alaban su gloria han provenido de Él? Por esto puso las chispas vivientes y ardientes para claridad de su rostro, y con esto se ve que no tiene comienzo ni fin, y por ello Él mira gustosamente, sin desprecio, a los que no tienen ningún hastío en Él; y este amor no cesará nunca. Pero ¿cómo se sabría que sólo Él es eterno, si no fuese contemplado así por los ángeles? Y si no tuviese estas chispas, ¿cómo se manifestaría plenamente su gloria? ¿Y cómo se conocería que es eterno si no proviniese de Él ninguna claridad? Pues ninguna creatura existe sin recibir algún rayo, a saber: o verdor o semillas o flores o belleza; de otro modo, no sería creatura. Pero si Dios no tuviera la posibilidad de hacer todas las cosas, ¿dónde estaría su poder?

XII. Ciertamente Dios marcó toda la belleza de las obras de su poder en el primer ángel, y lo engalanó con las estrellas y con la belleza del verdor y con toda clase de piedras brillantes como un cielo estrellado, y lo llamó Lucifer porque tenía la luz del mismo Dios, que es el único eterno.

Pues Yo, que Soy, he mostrado mis obras en tres muros, es decir, en el oriente, en el austro y en el occidente; pero he dejado vacío el cuarto muro en el septentrión, en el que no brilla el sol ni la luna. Por ello, en aquella región fuera del firmamento, está el infierno, que no tiene techo superior ni base inferior; y allí están las tinieblas, que están al servicio de todas las cosas brillantes pro-

pias de mi alabanza; porque, ¿cómo se conocería la luz, sino por las tinieblas? ¿Y cómo se conocerían las tinieblas, sino por el fulgor radiante de mis servidores? Si esto no existiese, mi potestad carecería de plenitud, de manera que todos mis milagros no serían nombrados. Pero ya mi potestad es plena y perfecta y no hay carencia en mis milagros. Pues, ya que la claridad existe sin las tinieblas, por eso es llamada luz, que es el ojo viviente, pues las tinieblas son la ceguera. En efecto, todas las cosas se conocen en dos partes, buenas o malas: por medio de la luz, las obras de Dios; por las tinieblas, el alejamiento de Dios y la separación de aquellos que, por su soberbia, no quieren reconocerlo.

XIII. Ciertamente una turba innumerable de chispas, presentes en un comienzo en el ángel perdido, resplandecía en el fulgor de todos sus ornamentos, como el mundo es iluminado por la luz. Pero cuando sintió que debía servir a Dios en toda su hermosura, se apartó de Su amor y se encaminó hacia las tinieblas, y se dijo: «Es muy glorioso para mí que obre según mi voluntad y haga obras como veo que Dios las hace». Todo su séquito estuvo de acuerdo con él, diciendo: «Pondremos el trono de nuestro señor junto al aquilón, contra el Altísimo». Y deliberaban entre ellos porque querían provocar duda y cisma entre los servidores de Dios, para que su señor tuviera tanto poder y magnificencia como el Altísimo.

Entonces los ojos de la Única Eternidad se enardecieron, y resonó un gran trueno, y derribó al primer transgresor y a todo el ejército de ángeles que le servían. Y los ángeles de Dios clamaban con voz de trueno: «¿Qué malvada arrogancia puede igualarse a Dios, nuestro Creador, que procede de Sí mismo? Porque tú, que existes por su voluntad, y has tenido la presunción de asimilarte a Él, irás a la ruina». Éste, al instante, se desplomó con sus seguidores en el lugar de las tinieblas, como una veloz esfera de plomo, porque quiso luchar contra Dios, cuyas obras no resplandecen en las tinieblas.

XIV. Por esto, Dios luchó abiertamente contra él, y lo hizo de modo que considerara aquel aspecto con que la nueva ciencia lo había revestido, con la que Satán había perecido, sin poder reconocerlo completamente hasta que Dios combatió contre él; y entonces lo verá en el mayor dolor de su confusión, cuando esté confundido por este justo juicio, en el fin de los tiempos.

Y en su antiguo designio, que siempre estuvo en Él, dispuso de qué modo se realizase aquella obra, y formó al hombre de la tierra enlodada, como había dispuesto su forma antes de los tiempos, al igual que el corazón del hombre encierra la racionalidad y dispone las palabras que formulan y luego expresa. Así lo hizo Dios en su Palabra, cuando hubo creado todas las cosas, pues la Palabra, que es el Hijo, estaba oculta en el Padre, como el corazón se oculta en el hombre. Y Dios hizo al ser humano a su imagen y semejanza, porque quiso en su forma preservar la santa divinidad; y por ello marcó en el hombre a todas las creaturas, como cada creatura ha aparecido por su Palabra.

Por consiguiente, en la cabeza del hombre, es decir, en la rueda giratoria del cerebro, está la coronilla, junto a la que hay una escalera con peldaños de subida, esto es, con ojos para ver, oídos para oír, nariz para oler, boca para hablar; y con ellos el hombre ve, conoce, discierne, divide y nombra a todas las creaturas. Pues Dios formó al hombre y lo vivificó con un aliento viviente, que es el alma; también lo formó de carne y de sangre y lo afirmó robustecido de huesos, como la tierra ha sido afirmada por piedras; porque, como la tierra no existe sin piedras, tampoco el hombre podría existir sin huesos.

Tampoco el firmamento tiene sol, luna, ni estrellas sin haberse establecido en sus lugares, en los que siguen su curso, puesto que estas constelaciones no podrían afirmarse sin la designación de sus propios lugares; por ello, estos lugares han sido dispuestos con recta medida, para que el círculo de la rueda del firmamento pueda rotar con movimiento exacto, y esto significa la for-

ma del hombre, que no existe con este orden ni perfección en el espacio celeste.

XV. Todas estas cosas superiores se contemplan dentro del alma. Pues la parte más alta de la cabeza señala el principio de la obra del alma, que dispone y ordena la obra del hombre con la racionalidad de curso circular, y el alma misma, que es como la coronilla, distingue en el cuerpo del hombre las cosas que el cuerpo pide y desea; y el alma obra ascendiendo y descendiendo cuatro peldaños, que son la visión, el oído, el olfato y el gusto, con los que comprende y siente a las creaturas; y su vasija de carne se extiende hasta las creaturas, atrayéndolas hacia sí según su voluntad. El alma vuela como el aire, con lo que florece, cumpliendo los deseos del cuerpo, y conociendo el nombre de las creaturas dispone la conformidad de su cuerpo para el amor o el odio.

Pues son iguales la altura del hombre y su latitud con brazos y manos extendidos desde el pecho, como la longitud y la latitud del firmamento, porque por la medida del hombre, su longitud y latitud, que son iguales en él, comprende la ciencia del bien y del mal, conoce el bien en la utilidad y el mal en la inutilidad. Pues el alma, por el gusto de la carne y de la sangre y de los demás miembros, está aprisionada como una bestia capturada por el cazador; de manera que apenas puede suspirar si el cuerpo se deja llevar por sus concupiscencias, pero induce al cuerpo a suspirar por ella.

XVI. La redondez del firmamento se muestra en la redondez de la cabeza del hombre, y la recta e igual medida del firmamento se señala en la recta e igual medida de esta misma cabeza, porque esta misma cabeza tiene en todas partes la recta medida, como también el firmamento está constituido con igual medida, hasta el punto que de cada parte pueda tener el circuito apropiado para que ninguna de sus partes exceda a otra de manera injusta.

Pues Dios dio forma al hombre según el firmamento y reforzó su fortaleza con las fuerzas de los elementos, y sus fuerzas apuntalan las cosas interiores del hombre, de modo que el hombre, respirando, las origine y las emita, así como el sol que ilumina al mundo despliega sus rayos desde sí y nuevamente los recoge. Así la redondez y la igualdad de la cabeza del hombre señalan que el alma obra en los pecados según la voluntad de la carne, y el alma se repone en los suspiros junto a la justicia; por ello hay igualdad en esto, porque así como se deleita en las delicias, también se aflige doliéndose por ellas; y tiene esto por modestia. Ciertamente el alma permanece en la modestia y no se deleita en los pecados, sino que realiza con la carne aquellas cosas por gusto de la carne, porque, aunque el hombre haya vivido en los pecados hasta hastiarse, la carne, superada por la modestia del alma, es llamada de nuevo a los pecados, como el alma es vencida por la naturaleza de la carne; y por ello el cuerpo y el alma viven tanto tiempo, manteniendo simultáneamente un fuerte conflicto, pues donde la carne se deleita en los pecados, allí se duele el alma. Y por esto los espíritus malignos tienen una gran confusión, porque no han podido borrar la penitencia en las almas de los justos, dado que ellos, al no hacer nunca penitencia, no toman en consideración lo que han hecho en su caída a causa del gran odio que tienen contra Dios.

Pues, de esta manera, el alma muestra en sí la redondez y la igualdad, puesto que la ciencia del bien rechaza la ciencia del mal y la ciencia del mal se resiste a la ciencia del bien. Pues la una se prueba por la otra. Pero la ciencia del bien es como la luna llena, cuando domina la carne al obrar bien; pero, cuando es superada, entonces es como la luna en menguante, con el círculo sombrío.

XVII. En la cabeza del hombre han sido dispuestos los tres elementos superiores, es decir, el fuego brillante con el fuego negro inferior que va desde la superficie del cráneo hasta la frente; el

éter puro que va desde la frente hasta la punta de la nariz; y el aire acuoso, con el aire fuerte y blanco y brillante próximo a él, que va desde la nariz hasta la garganta. Y estos lugares han sido separados por una medida igual, así como la densidad del fuego superior ha sido separada del fuego negro, y como la densidad del éter puro y la densidad del aire acuoso son de igual manera separados del aire fuerte y blanco y brillante.

Pues en el alma hay tres fuerzas, a saber: la comprehensión, con la que abarca las cosas celestiales y terrenas en el poder de Dios; la inteligencia, con la que comprende la mayoría de las cosas, cuando ha conocido que los pecados son malos y luego los olvida por la penitencia; y el movimiento, por el que se mueve en todas direcciones cuando cumple, según los ejemplos de los justos, las obras santas en su morada. La comprehensión y la inteligencia se unen en una sola fuerza con el movimiento del alma, de manera que, si el alma abarcara más de lo que pudiese comprender o mover, tendría una medida injusta. Así estas fuerzas son unánimes y ninguna excede a la otra.

Pues la comprehensión del alma rodea todo el cuerpo y sus apéndices; es decir, mueve todas las cosas con justa medida hacia aquellas que la carne desea sentir y gustar, así como el constructor mide su edificio para ser habitado adecuadamente por los hombres; y el cuerpo se mueve a través del alma, pero el alma no puede dejar que el cuerpo se mueva hacia las diversas obras; porque comprende aquellas cosas que la carne desea, pues la carne vive a través de ella.

Y el alma, que es vida, es también fuego viviente en el cuerpo; pero el cuerpo es obra creada y no puede contenerse de obrar en dos vías, es decir, según el gusto de la carne o el deseo del alma. La obra buena del alma es como un hermosísimo edificio ante Dios y sus ángeles, y el mal aparece como obra de Satán, un edificio de lodo y contaminado de estiércol. Por esto el alma que realiza obras buenas es alabada por los ángeles de Dios y aquella que hace

obras malas según el gusto de la carne, es apartada de la alabanza.

En la medida recta e igual que hay por delante desde la parte más alta de la cabeza del hombre hasta las cejas, y hasta cada una de sus orejas, y por detrás, hasta el inicio de su cuello, se señala una igual densidad de elementos con las estructuras que se adhieren a él. Y de este modo hay tres fuerzas similares en el alma, esto es, la exhalación, la ciencia y el sentido, con las que realiza sus obras. Pues por la exhalación comienza las cosas que puede hacer, y esto es como la parte anterior de la cabeza; y por la ciencia se dilata hacia las orejas; y por el sentido se refleja por detrás, hasta el inicio del cuello. De este modo estas fuerzas son iguales, porque el alma al exhalar no comienza a hacer más que lo que la ciencia puede abarcar o lo que el sentido puede soportar, y así obran unánimemente, porque ninguna excede a la otra, como la cabeza tiene su medida exacta.

XVIII. También la parte superior y la inferior de los labios, que por ambos lados arrojan flema de la cabeza y del vientre, son de una misma medida en la boca del hombre, así como son de igual densidad el fuego negro —que se purifica con la venganza de Dios— y el aire fuerte y blanco y brillante, que los modera al regularlos. Esto se manifiesta en la medida que va de una oreja a otra del hombre, atravesando por detrás la zona posterior de la cabeza, y desde las aberturas de las orejas hasta los hombros y desde los hombros hasta el final de la garganta.

En esto se muestra que el hombre, sea en las cosas superiores, celestiales, o en las inferiores, terrenales, debe arrojar de su boca las cosas malas del alma y del cuerpo, y alabar a Dios con fervor igual, porque Dios es el curador de las almas y de los cuerpos.

El hecho de que exista una sola medida, de una oreja hasta la otra oreja, y desde las orejas hasta los hombros, y desde los hombros hasta el final de la garganta, significa que el hombre, al percibir los preceptos de Dios por las orejas y sosteniéndolos fielmen-

te con sus hombros, atrayéndolos hacia sí con su garganta, debe obrar de modo igual y discreto, y mantenerse en esa igualdad, donde no hay ningún defecto. Pues, cuando el cuerpo peca, el alma es perturbada por el cuerpo entregado a los pecados; y tanto se aflige el cuerpo por la abstinencia en la penitencia, cuanto el alma se alegra de la recompensa de la gloria eterna; puesto que como el hombre fija su mirada en el inicio de sus obras, así considera diligentemente el fin y los méritos de ellas.

El alma es enviada por Dios hacia la forma del hombre, para que sea vivificada por sí misma; y porque siente que ha venido desde su Creador; por eso el hombre, puesto en la recta fe, invoca a Dios, porque lleva impresas las fuerzas buenas del alma. Por ello el hombre, al invocar el nombre de Dios, asciende a las alturas e inscribe esta enseñanza y los preceptos con los que venera a Aquél a quien invoca.

El alma conoce el juicio de Dios que habrá de caer sobre la transgresión de la ley; por ello, a causa de sus crímenes, que ha atesorado con dolor, hace que su coraza derrame lágrimas, como la flema es arrojada por los labios; y con este dolor se acoge en el cuerpo, en el que se oculta, ruborizándose a causa de sus obras injustas. El cuerpo sigue el gusto de la carne y se resiste al alma para que no ascienda a la altura en que se percibe a Dios, y así la ciega; pero no es capaz de oprimirla hasta impedir el dolor por los pecados, aunque el hombre se deleite en ellos; y por esto los espíritus malignos nunca hicieron penitencia, y se ruborizan por no poder arrancarla del hombre.

XIX. El alma tiene dos fuerzas, con las que regula la labor y el reposo de sus esfuerzos con igual fortaleza, de manera que con una asciende a lo alto al sentir a Dios, y con la otra posee el cuerpo entero para obrar con él; y obrando en el cuerpo le procura deleite, porque ha sido formado por Dios y el alma es veloz para llevar a cumplimiento la obra del cuerpo.

El alma asciende al cerebro y al corazón y a la sangre y a la médula y al cuerpo entero, llenándolo, y no lo eleva más allá de lo que la posibilidad del cuerpo mismo es capaz; porque el alma, que permanece en el cuerpo, se empeña en obrar cosas buenas, no puede avanzar más de lo que la gracia divina le concede. Ella misma obra según el gusto de la carne, hasta que la sangre se seca en las venas por la fatiga, y el sudor es enviado a través de la médula; y entonces se retira, a causa del reposo, hasta que se caliente la sangre de la carne y vuelva a llenar la médula. Y así el cuerpo despierta para estar atento y se reanima para la labor, porque, mientras persevera en las concupiscencias carnales, incurre frecuentemente en el hastío causado por ellas; pero en cuanto repara sus fuerzas, vuelve entera al servicio de Dios. Y cuando obra según sus deseos, elevándose hacia Dios, sigue las palabras de David, quien, inspirado por Mí, dice:

XX. *Protégeme a la sombra de tus alas frente a los impíos que me han mortificado.*[2] Esto debe entenderse así: Tú, que eres el defensor de todos los fieles, defiéndeme bajo el reposo de tus fortísimas fuerzas, a mí, que estoy bajo Tu poder, adorándote, venerándote y no volviendo la mirada hacia un dios extraño y burlón, y libérame de las malas y vergonzosas concupiscencias de los espíritus malignos que me mortifican con el deleite de la carne. Por ello el alma en la perfección de esta victoria, dice: «¡Oh, carne; oh, miembros en los que habito, cuánto me regocijo, puesto que he sido enviada a vosotros, porque, cuando consentís conmigo, me enviáis hacia las recompensas eternas!». Y el alma, que siente que las obras perversas la tocan, dice así, lamentándose: «¡Ay!, he sido enviada a un habitáculo que me arrastra hacia la sombra de la muerte, puesto que su deleite me hace girar como un molino y realizar obras de muerte».

2. Sal 17,8 (16,8).

XXI. Todo el cuerpo del hombre está unido a su cabeza, como la tierra se adhiere al firmamento con sus apéndices; y el hombre es regido por la sensibilidad de la cabeza, como cada función de la tierra se cumple gracias al firmamento. Así, de este modo, el alma tiene la experiencia de las cosas celestiales y terrenales; y la racionalidad, por la cual siente las cosas celestiales y las terrenales, está grabada en ella. Y así como la Palabra de Dios ha atravesado todas las cosas al crearlas, también el alma atraviesa el cuerpo al obrar con él. El alma es el verdor de la carne, puesto que el cuerpo del hombre crece y se desarrolla gracias a ella, al igual que la tierra es fructífera por la humedad; y también el alma es la humedad del cuerpo, porque lo humedece para que no se reseque, como la lluvia inunda la tierra. Pues, si la humedad de las lluvias desciende adecuada y ordenadamente y no en exceso, la hace germinar; pero, si cae desordenadamente, destruye su semilla al ahogarla. En verdad ciertas fuerzas avanzan desde el alma vivificando el cuerpo del hombre, como la humedad proviene del agua; por ello el alma se deleita cuando obra de acuerdo con el cuerpo.

Si el hombre obra según el deseo del alma, todas sus obras son buenas; pero, si obra según la carne, serán malas. Pues la carne exuda humedad a través del alma, puesto que el soplo del alma mueve la carne según lo que su naturaleza exige; y el hombre tiene deseo de cada cosa por el soplo del alma. Pues el alma asciende hacia las cosas celestiales y, al sentir, conoce cómo juzgar toda obra según sus méritos; y como el cuerpo entero es regido por su propia sensibilidad, así el alma racional reúne junto a sí todas las obras de los miembros del hombre, al considerar que pueden obrar según sus deseos; y de este modo hace germinar los miembros del hombre, como la humedad hace germinar la tierra, porque ha sido difundida a través del cuerpo del hombre, como la humedad a través de la tierra. Y como la tierra germina cosas útiles e inútiles, también el hombre contiene en sí el suspiro de arriba y el gusto del pecado.

XXII. También de la parte superior y más alta de la vasija del cerebro hasta el último extremo de la frente del hombre se distinguen siete lugares de igual medida, en relación con los cuales han sido marcados siete planetas distantes entre sí en espacios iguales en el firmamento; de manera que, en la parte más alta mencionada, se reconoce el planeta más alto, y en el mencionado extremo de la frente se muestra la luna, y en el espacio intermedio se manifiesta el sol; mientras que los restantes planetas son reconocidos en cada parte de su lugar, es decir: dos arriba, dos abajo de este mismo lugar, distantes entre sí con igual medida, tanto desde sí como desde el límite del lugar del sol y de los otros planetas; pues como estos espacios difieren entre sí con igual medida en la cabeza del hombre, así estos planetas distan entre sí con igual medida de espacios en el firmamento.

En la parte más alta de la cabeza está marcado el planeta más alto, y por eso tiene un círculo de una circunferencia más amplio que los otros; la luna está asignada en la frente, puesto que, como la modestia se reconoce en la frente del hombre, también en la luna, al descubierto como la frente, se distinguen las estaciones y sus cualidades. En medio se ubica el sol, ya que es como el primero de los planetas que están sobre él, dos de ellos como un escudo de protección contra el fuego superior, mientras debajo, apoyándose en la luna, se sostienen los otros dos. Pero tanto el espacio como el planeta más alto dista del sol en su posición superior, así la luna dista del sol en la posición más baja de su circunferencia, mientras los otros mantienen entre ellos espacios iguales, como se ha dicho más arriba.

La parte superior e inferior del firmamento es redonda, como un vaso torneado, y el sol ha sido puesto en la redondez superior, que atraviesa todo el firmamento superior e inferior y emite su esplendor, como el vino se vierte desde un vaso. Y estas cosas señalan que el alma del cuerpo humano, desde el inicio de sus obras hasta su término, debe venerar con igual dedicación

los siete dones del Espíritu Santo; de manera que invoque a la sabiduría en el inicio de su operación y tenga temor a su término y ponga la fortaleza en el medio, reforzándose con el intelecto y el consejo en las cosas celestiales y rodeándose de la ciencia y la piedad de las cosas terrenales, que deben ser abrazadas para su auxilio devoción por el alma. Por esto debe cuidar primero de dilatarse sabiamente, y en último lugar de constreñirse tímidamente de modestia, y embellecerse con la fortaleza y el adorno del intelecto y del consejo, y guarecerse con la ciencia y la piedad, como se ha dicho más arriba. Y a cada una de estas cosas se une la otra, al realizar cualquier obra buena con honestidad. Pues el espíritu de la sabiduría y el espíritu de la fortaleza y el temor al Señor empapan el alma del hombre, de modo que avance sabiamente en la verdadera fortaleza, y posea el mismo temor y se mantenga, de esta manera, unida al supremo Creador con los otros cinco dones.

El movimiento del alma racional y la obra del cuerpo con sus cinco sentidos, que son el hombre entero, tienen una medida similar, puesto que el alma no mueve al cuerpo más que lo que él puede obrar, ni el cuerpo obra más de cuanto lo mueve el alma; ni los sentidos diferenciados del hombre se separan entre sí, sino que se unen recíprocamente con mucha fuerza y revelan al hombre todo bien, tanto en la realidad superior como en la inferior.

XXIII. El cerebro del hombre, que consta de tres celdas, y no tiene más, subyaciendo a la humedad y dando sensibilidad y verdor a todo el cuerpo, señala la energía del sol que recorre la región oriental y la austral y la occidental; pero evita la septentrional, e introduce el verdor en la tierra por la benéfica dulzura del rocío y de las lluvias y refuerza a las creaturas de todo el orbe regulándolas con su virtud; porque el cerebro es encerrado en la fortaleza del cráneo, como la energía del sol se fortalece por el ardor del brillante fuego superior.

Cuando el sol sigue su curso en la longitud de los días, hay mayor peligro en la tierra a causa de su fuego que cuando declina, como si escondiera su rostro. Pues cuando declina, las aguas le salen al paso con las estrellas y lo sustentan con el aire; pero, descendiendo bajo los escabeles de los pies del Señor, permanece allí gobernando todas las cosas que están bajo la tierra, como la gallina da calor a sus polluelos; y luego, ascendiendo sobre la tierra gracias al día favorable, refuerza todas las cosas que están en su superficie, como la gallina hace salir a sus polluelos de los huevos.

El hombre obra en el día y duerme en la noche, como el sol obra sobre y bajo la tierra de los dos modos mencionados, brilla en el día sobre la tierra y, en la noche, durante su ocaso, la superficie de la tierra se oscurece. Y como la carne del hombre revive de su decaimiento por las fuerzas del alma (puesto que ella sostiene su carne y su sangre, para que no desfallezca), así la luna es encendida por el fuego del sol cada vez que éste se oculta.

XXIV. Así el alma rige sabiamente la energía del cuerpo del hombre, cuando él comprende y siente y conoce las cosas que pertenecen a Dios en la bondad y en la perfección y en la santidad, cuando venera al verdadero Dios en la Trinidad y no busca otro dios en la mentira; así estas mismas fuerzas del alma se unen en una sola, obrando simultáneamente.

El alma es tocada por el espíritu de la fortaleza, de manera que contemple en todo lugar el inicio de las obras y su cumplimiento; y evita las cosas malas y lleva así la dulzura de los dones celestiales al cuerpo en el que habita, y con ellos impregna de honestidad todos sus miembros, puesto que sus fuerzas han sido reunidas en una gracias a la fortaleza de la potestad de Dios. Y cuando esta fortaleza robustece el alma, entonces todo el cuerpo sirve a su señorío, de manera que el cuerpo derrama lágrimas acompañadas de gemidos; y entonces el cuerpo mantiene al hombre en una humildad y en una quietud tan grande, que lo hace ca-

paz de gobernarse tanto en las cosas seculares como en las espirituales, instruido convenientemente en todas las cosas buenas. Por ello su alma asciende hacia lo alto gracias a una buena dedicación, al hacer cotidianamente obras buenas; pero, cuando consiente en la concupiscencia de la carne, es abatido por el sopor como en la noche, porque en un caso le robustece y en otro le vence en la desidia. Pues si atiende el bien, es como el día, y se sobrepone a las cosas que le rodean, pero en la desidia es como la noche, al no prever nada; y, como la noche es iluminada por la luna y luego de nuevo oscurecida cuando se oculta, así las obras del hombre están entremezcladas, en ocasiones brillantes, y otras oscuras. Cuando el alma, forzada por el cuerpo, obra el mal con él, entonces su virtud, privada de la luz de la verdad, se oscurece; pero, una vez que se ha sentido abrumada por los pecados, se eleva contra la voluntad de la carne, atormentando a la carne y reprochándole sus obras malvadas. Y así la luz de la bienaventuranza germina, elevada por encima de la noche de los pecados, de manera que la mala ciencia de la carne se vea superada a través del alma, y la carne después sea castigada en la penitencia y en la corrección de las obras perversas. Cuando la carne es así constreñida, el alma hace de modo que apetezca para sí las cosas celestiales, porque la somete rápidamente por el temor a Dios, por el espíritu de la fortaleza.

El alma ayuda a la carne y la carne, al alma, porque cada obra es realizada por el alma y por la carne; por ello el alma revive con la carne al hacer obras buenas y santas. Pero la carne sufre el hastío, cuando obra con el alma; entonces el alma condesciende con la carne y le permite que se deleite en alguna obra, como la madre hace reír al niño que llora. Y así la carne realiza obras buenas, entremezcladas con algunos pecados, porque el alma tiene tolerancia para que la carne no se abrume; y como la carne vive a través del alma, así el alma revive con la carne al hacer cosas buenas, porque ha sido dispuesta en la obra de las manos del Señor. Pues,

como el sol franqueando la noche asciende hasta al mediodía, también el hombre, evitando las obras perversas, se leva hacia arriba; y como el sol se inclina después del mediodía, así el alma se pone al nivel de la carne; y como la luna es reavivada por el sol para que no mengüe, así la carne del hombre es apoyada por las fuerzas del alma, para que no caiga en la ruina.

XXV. Puesto que el cerebro es húmedo y moderadamente frío, todas las venas y todos los miembros del cuerpo le suministran calor; así todas las cosas superiores que brillan en el fuego ayudan al sol que, a veces, hace descender rocío y lluvia sobre la tierra, suministrándole fuego para que no carezca de calor. También, puesto que el cerebro es humedecido por el humor y reforzado por el calor, sustenta y gobierna todo el cuerpo, como el humor y el calor unidos hacen germinar toda la tierra. Del corazón y del pulmón y del hígado y de todas las vísceras del hombre la humedad asciende hacia el cerebro y lo llena; y, una vez que el cerebro está colmado de humedad, algo de esta humedad desciende hacia las partes interiores y se apresura a llenarlas.

Similarmente la ciencia del alma derrama la humedad de las lágrimas, cuando los pecados se enfrían en ella, y el curso de la rectitud, con las demás buenas obras, le transmite el calor de los deseos celestiales, así como las demás virtudes vienen en auxilio de la fortaleza que introduce la humedad de la santidad en cada hombre fiel. Y cuando el alma es bañada de tal modo por el rocío y por el calor del Espíritu Santo, somete la carne y la impulsa a servir a Dios. Y así, el verdor de la santidad se despliega desde los buenos pensamientos y de las rectas confesiones, desde la utilidad de la justicia y de la plenitud de los deseos interiores hasta la ciencia del alma y la refuerza; de esta manera, gracias a este verdor, el hombre se fortifica contra las cosas adversas con los cuidados de la paciencia, hasta que, de ahí en adelante, el hombre no puede ser movido hacia los diversos vicios. Pues

como las estrellas superiores le proporcionan fuego al sol, así todas las partes interiores del hombre le dan fuerzas al alma para sus funciones; y el alma, despreciando los pecados para hacer justicia, asciende hacia lo alto con la racionalidad; pero si siente que el cuerpo tiene dificultad, condesciende con él, para que no desfallezca.

Pues ella es aliento de vida, al animar todo el cuerpo del hombre; sin embargo, a veces se somete al deseo de la carne, contra su voluntad. Y queriendo persistir en el bien es como el sol; la carne, perseverando en sus pasiones, es como la luna, y cuando ella falla al pecar, como la luna siente una pérdida; y el alma se levanta hacia lo alto, como el sol, contra la voluntad de la carne, y así el hombre resurge por su lamento, como la luna reavivada por el sol.

La carne se deleita en los pecados por la humedad, y se lamenta por el calor al hacer penitencia, porque la humedad surge a partir de la carne y el calor, a partir del alma; y por estas dos cosas es realizada toda obra, es decir, las malas y las buenas, al igual que a través de ellas la fortaleza de la tierra hace germinar todas las cosas, inútiles y útiles. Este conflicto está en el hombre, es decir, que la carne se deleita en los pecados y el alma se aflige por ellos, de manera que todas las obras del hombre son realizadas por la carne y por el alma; puesto que las cosas malas, que gustan a la carne, disgustan al alma; porque mientras que la carne es mortal, el alma es inmortal; y el alma vive sin la carne, pero la carne no puede vivir sin el alma.

El alma es un aliento racional y en el habitáculo del corazón está su sabiduría, gracias a la cual considera y dispone todas las cosas, así como el padre de familia ordena todas sus cosas en su casa; y por ello también tiene prudencia, gracias a la cual establece adecuadamente las cosas útiles para su vasija, como el corazón es protegido por el pulmón; y por esto reúne junto a sí el discernimiento, al dividir todas las cosas justamente, como las vísceras del hombre se le han unido adecuada y separadamente.

Pues el alma es ígnea, y por ello calienta todas las vías que le asigna al corazón, y las funde en una, reteniéndolas juntas para que ninguna se separe de la otra, y llenándolas para que ninguna abandone a la otra; y así, con sabiduría, ordena con los pensamientos prudentemente las funciones del cuerpo, ascendiendo hacia Dios, gracias a la fe de la buena intención, pues conoce que ha sido enviada por Dios. Como la humedad asciende desde las partes inferiores del cuerpo hasta el cerebro, así también el alma, conociendo a Dios con santo deseo, lleva a lo alto todas las funciones del cuerpo del hombre; y como esta misma humedad desciende nuevamente, llenando las partes inferiores del cuerpo, así el alma condesciende con el cuerpo, para que sus funciones no obren ofendiendo a Dios.

XXVI. El cerebro, cuando está lleno, arroja desde sí un flujo en forma de espuma; y las vísceras, una vez llenas, también evacuan; y esto ocurre frecuentemente en el hombre, como la humedad y el calor descienden sobre la tierra y la hacen germinar; pero, después de que sus frutos han alcanzado plenamente la madurez, la humedad y el calor se retraen hacia arriba. Por ello, al comienzo del frío, cuando el invierno parece aproximarse, el aire se dirige hacia arriba y, a causa del calor del sol, en alguna parte se condensa y vuela al prolongarse como hilos, y entonces también la tierra se ablanda a causa de la humedad superior y vomita una espuma sucia. Similarmente, cuando las funciones de la carne se cumplen, la carne emite un sudor y así germina en ella el deleite, y el hombre obra por el gusto del deleite. Pero, cuando el alma percibe en su ciencia que ha realizado obras según la voluntad y la concupiscencia de la carne, inspira a la carne la aflicción de los pecados, porque ha obrado mal; y luego se aparta de la concupiscencia de la carne, para no conocer el pecado; y así también el cuerpo elige abstenerse de los pecados.

El alma de ninguna manera deja de afligir al cuerpo y le muestra la aspereza de los pecados cometidos; y por ello el hombre está siempre en aflicción, porque el alma se lamenta contra la carne y la carne nutre el deleite, y por esto se reconoce el mal en la obra del pecado, como en la evacuación. El alma muchas veces obra en el deleite de la carne que después repudia, como la tierra, tocada por la humedad y el calor, germina hierbas inútiles y útiles. Y cuando la larga costumbre de los pecados los hace nocivos para el hombre, entonces el alma inspira al cuerpo para que invoque de Dios la penitencia por sus pecados, como la humedad y el calor muchas veces se retraen hacia arriba; y así, sostenido en medio de esa condición, el hombre obra tanto el bien como el mal. A veces, cuando la carne del hombre observa su propio deleite, el alma se extiende hacia el calor de la racionalidad, aunque a menudo esté impedida por causa de su morada terrenal; pues, cuando a través de su fortaleza, el cuerpo al pecar interrumpe el acto de su concepción, el alma racional enfría la carne, ayudándola. Sin embargo, el alma luego se extiende en lo alto hacia la racionalidad, desde la que, poniendo en evidencia las obras perversas, toca el corazón del hombre y lo hace gemir y llorar; y de este modo vence a la carne, de manera que el cuerpo, gracias a las fuerzas del alma, no cumpla el efecto de los pecados, sino que, tocado por el rocío celeste del Espíritu Santo, renuncie a la dureza prístina y examine sus pecados considerándolos como lodo.

XXVII. La vasija del cerebro, que se extiende con la frente hasta los ojos, designa el fuego superior bajo el que arde el sol, cuyo fuego se ha entremezclado con la suave humedad del aire acuoso; y esta humedad es el cénit del sol que no puede traspasar el límite de su lugar; y esta humedad, ascendiendo hasta el sol a través de la pureza del éter, mitiga su ardor para que no consuma con su ardor excesivo las cosas de la tierra. Así el alma, que tiene en sí la ciencia y la racionalidad, además de la modestia manifiesta

y de la circunspección salvífica, muestra el poder de Dios, bajo cuyo dominio está la fortaleza que envía felices suspiros a las mentes de los fieles; y estos suspiros refrenan el juicio de la fortaleza de Dios, para que no se manifieste con mucha severidad; y con la auténtica penitencia suavizan el juicio de su fortaleza, para que lleve al olvido los pecados del hombre, cuando éste se arrepienta.

Lo mismo que el viento hace arder el fuego, así la racionalidad mueve e ilumina el alma del hombre. La racionalidad está en el alma como el viento y la luz en el fuego; el alma es un aliento enviado al hombre por Dios, inagotable y racional; y como el fuego no existiría sin el ardor, así tampoco el alma sería inteligente sin la racionalidad, mientras que las otras creaturas irracionales pasan como el viento, cuando no es fuego ardiente. La racionalidad guía el alma con la ciencia por todas partes, considerando y conociendo de mil maneras las cosas del hombre; por ello, cuando el alma en su ciencia comprende el bien en el goce, arde como el sol y está en el cielo. Pero no puede permanecer siempre en este ardor de las cosas celestes, pues la carne del hombre se extinguiría; y por ello el alma le da al cuerpo algún alivio, como Mi Hijo, que mientras permaneció corporalmente en el mundo, oraba y laboraba, y recreó su cuerpo sin pecado, porque fue concebido sin pecado.

Así como el cenit refrena al sol para que no traspase su límite, así el alma, al favorecer al cuerpo, lo regula para que no desfallezca, y lo hace con gran pureza, para que el cuerpo del hombre no sea objeto de menosprecio por las obras perversas, y no sea exterminado por los excesos de las cosas celestiales, como la humedad regula al sol para que no se consuma.

El alma ama el discernimiento en todas las cosas; mientras que el cuerpo del hombre, sin discernimiento, come o bebe sin discreción, o hace cualquier cosa sin orden y con frecuencia las fuerzas del alma son desgarradas, dado que todas las cosas deben hacerse con discernimiento; porque el hombre no puede estar siempre suspirando por las cosas celestiales.

Como la tierra se agrieta por la demasía del calor del sol y la semilla no brota provechosamente por causa de una lluvia desfavorable, sino que la tierra hace germinar cualquier cosa útil gracias a la adecuada conjunción del calor y de la humedad, así las obras del cielo y de la tierra son ordenadas y realizadas bien y discretamente por la justa templanza. Aquellos, con los que se iluminó el cielo, amaron este discernimiento y todavía lo aman; pero el diablo no quiso ni quiere tenerlo, pues tiende a la excesiva altura o a la excesiva profundidad, y al caer no volverá a levantarse.

XXVIII. El cerebro tiene más arriba una cierta negrura, ya que la respiración del hombre, siendo húmeda, envía hacia arriba esa humedad; ésta produce una negrura en su límite, traspasado el cual no puede avanzar más; esta negrura rechaza el ardor, para que el cerebro no estalle con el calor, y así el fuego negro refrena el fuego brillante, para que no atraviese su límite; y esta negrura del cerebro envía al resto del cuerpo flema y color negruzco, como el fuego negro produce sobre la tierra tempestades, truenos y granizo.

De este modo el alma, cuando extiende hacia lo alto su ciencia con arrogancia, la ennegrece en la parte superior, porque los suspiros del hombre, desplegados allí con arrogancia, carecen de la pureza de la luz verdadera. Por ello también la turbulencia rechaza la fortaleza celestial, de modo que no despierta a aquella ciencia con el calor de los deseos celestiales; así como el castigo de Dios, que examina poco a poco los pecados de los hombres, refrena su poder, para no pisotear del todo al hombre pecador. La oscuridad de esta ciencia le confiere al hombre negligente la concupiscencia y la temeridad en los pecados, porque no observa el juicio celestial, y no ve cómo el juicio divino destruye con el castigo los diversos excesos de los pecadores.

En verdad el alma, puesto que posee la comprehensión del amor al cuerpo, con el que obra, a menudo se pone de acuerdo con él; y, cuando reconoce la negrura de este acuerdo en la racionali-

dad ígnea, hace que la carne se atormente con la penitencia, y de nuevo la refuerza, para que el hombre no desfallezca en sus sentidos. Pues el alma permanece en el cuerpo del hombre constituido en sus humores, como la abeja hace el panal con miel en su colmena, ya sea pura o turbia. Y cuando el alma asciende hacia arriba con la racionalidad ígnea, de tal modo que el cuerpo no pueda tolerar ese ascenso, desciende de nuevo y lo conforta, porque la carne es frágil como la tierra, y así el alma y el cuerpo se contrastan de diversos modos, porque el hombre realiza obras brillantes y tenebrosas con el alma y con la carne.

XXIX. Como ya se ha dicho, todo el cuerpo del hombre es refrenado por las fuerzas del cerebro, como las cosas superiores son fortalecidas por el sol. Pues el sol brilla en las cosas superiores e inferiores y recorre todo el firmamento, excepto la región del aquilón. Pues, cuando Dios fortaleció la tierra con las creaturas, dejó un solo lugar vacío, de modo que la creatura reconociese cuál era y cómo era la claridad de Dios; puesto que la luz es honrada por las tinieblas y la parte tenebrosa sirve a la parte brillante, al existir un lugar vacío; porque Lucifer lo eligió, cuando quiso igualarse a su señor.

El sol nace en el oriente y, al mediodía su ardor es siempre más fuerte; pero después del mediodía declina hacia el ocaso, y así completa su curso hasta la mañana. Y no avanza hacia el aquilón; por ello al amanecer y al atardecer hace frío en la tierra.

Yo, que no tengo comienzo, soy el fuego, del que todas las luminarias son encendidas; y la luz cubre las tinieblas y las tinieblas no son capaces de abarcar la luz. Por lo tanto, la luz no se mezcla con las tinieblas, ni las tinieblas pueden atravesar la luz.

Como el hombre ha sido constituido por Dios en la buena ciencia, que es la luz de la verdad, y como se inclina hacia el mal en la mala ciencia, que ocupa un lugar vacío, en el que no hay reconocimiento de méritos o recompensas, así en el hombre están

representados el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas. Todas las obras del hombre son regidas por la ciencia, así como las demás virtudes están contenidas en el espíritu de la fortaleza, porque este espíritu cobra fuerzas en las causas espirituales y seculares, y defiende al hombre de las insidias de la antigua serpiente; este vacío manifiesta el esplendor de Dios y la felicidad, para que aquello que es bueno sea reconocido a través de lo malo; puesto que el siervo debe estar sometido a su señor.

Pues la fortaleza, siendo vigorosa en la iniciativa y en la acción de las buenas obras del hombre, impide en él las cosas malas después de su cumplimiento; y así vuelve a su inicio y no apetece el mal, porque en el inicio y en el fin de la perversidad está ausente el calor del Espíritu Santo, y están presentes el embotamiento y el descuido que atraen al hombre hacia las cosas nocivas. Pero Aquel que no tiene principio es esta luz que enciende todas las cosas que brillan y rechaza las adversidades de las tinieblas, no puede ser exterminada por ellas. Y como el hombre fiel es regido por Dios y el perverso se aparta de Él, así han sido discernidos ordenadamente los elementos en el hombre.

El alma se manifiesta como el fuego y la racionalidad es en ella como la luz; y el alma es inundada por la racionalidad, brillante, como el mundo iluminado por el sol; porque gracias a la racionalidad prevé y conoce todas las obras que ella realiza en el hombre. El hombre tiene en sí el placer y el deseo, y con estas pasiones la sangre se mueve en sus venas con el calor de las vísceras; y así el hombre obra, como la rueda sigue su curso, cuando es impulsada a girar; pues el cuerpo, probando el placer y el deseo, impulsa al alma de aquí para allá, de manera que dirija sus pasos de acuerdo a estos impulsos.

XXX. Oscurecido por una nube negra, oculto por el relámpago y el trueno y el exceso de lluvias, el sol no se ve, pero cuando cesan difunde de nuevo su luz, manifestando así el alma del hom-

bre; porque cuando ella es apremiada por el cuerpo, al obrar de acuerdo con las concupiscencias de la carne, la luz de la racionalidad se obnubila, pues la ira es como el relámpago, la avaricia como el trueno y los deseos ilícitos de la carne como las lluvias excesivas. Pero luego, purificada con la penitencia, brilla de nuevo en la claridad de la verdadera luz, a la espera de ser salvada y liberada.

El alma exhala racionalidad, como el fuego emite chispas, y con ella discierne las cosas celestes y terrestres. Por esto, si el cuerpo es sobrepasado por ella, de manera que realice obras justas y buenas, gozará de la vida eterna; o bien, si el alma es oprimida por el cuerpo, de tal modo que, descuidando las cosas buenas, hace lo malo, se envía a sí misma al Tártaro. El alma repudia al diablo, que quiso ser semejante a Dios, y por esto se aparta de la región del aquilón, porque, ya obre bien o mal, no se llama a sí misma dios, sino que sabe reconocer con la racionalidad que ha sido creada por Dios. Y ella enseña a su vasija terrenal a hacer obras celestiales; y consiente en las concupiscencias de la carne, por cuya causa aflige a su vasija y de nuevo se atormenta cuando asciende a sus funciones, al tamizar por la penitencia todas las cosas malas en su vasija, como la cebada es separada del trigo.

Éstas son las obras del alma, puesto que, cuando ella obra el bien, es como el sol cuando arde al mediodía; pero, cuando anhela el mal, es como el sol cuando declina hacia el ocaso; y cuando luego resurge mediante la penitencia es como el sol cuando aleja su esplendor de las tempestades. También cuando el hombre crece por las fuerzas del alma, mientras sus venas o sus médulas no están plenamente fortalecidas, no puede conocer las cosas que son del cielo a causa de la inmadurez del cuerpo, ni es capaz de distinguir los castigos infernales, porque su cuerpo aún no ha madurado completamente; por ello está el cuerpo exento de alma en su vasija, pues el hombre no tiene entonces temor, como los hombres carecían de temor a la ley en la primera edad del mundo.

Pero en la madura edad del hombre el alma es fortalecida con el cuerpo y lo empuja a hacer buenas obras; pero el cuerpo se inclina a su propia voluntad, ejerciendo sus fuerzas de acuerdo con las concupiscencias de la carne; y se empeña en hacer esto mientras vive, a no ser que sea refrenado con la penitencia por las fuerzas del alma.

XXXI. Como se ha dicho, mientras el éter puro ha sido dispuesto desde la frente hasta la punta de la nariz, la frente, que está entre el cerebro y los ojos, sostiene la complexión del cerebro y de los ojos, y contiene en sí la debilidad que origina el cerebro y el estómago, como la luna, rodeada de las estrellas bajo el sol, recibe las cosas que descienden desde la región superior y las cosas que ascienden desde la inferior.

Los ojos, que observan muchas cosas, representan las estrellas del firmamento que brillan por doquier. Pues el blanco del ojo[3] representa la pureza del éter y su claridad muestra el esplendor del éter, y la pupila indica las estrellas que están en el éter; y el humor de los ojos indica que el éter es humedecido por las aguas inferiores, para no ser dañado por el fuego superior. Y así, ésta es la razón por la cual el alma, ubicada en la verdadera penitencia, entre la ciencia y la circunspección, impulsa su vasija hacia la penitencia por la gracia de Dios. También la modestia, que está entre la ciencia y la circunspección, les indica su vía, porque marcha rectamente cuando ama el pudor y, al ocultarse, desprecia completamente todas las cosas nocivas, para que no irrumpan abiertamente, cuando la ciencia del mal la desprecia por la concupiscencia, como el temor al Señor, cercado por la fortaleza de las virtudes celestiales, regula adecuadamente las cosas eternas y las perecederas.

Y en verdad la circunspección, con la que el hombre fiel se provee de las cosas buenas, muestra el deseo ardiente que nutre

3. *Albugo*. Cf. *Causae et curae, Liber* II. 189; III. 367.

las cosas celestiales. La consideración de la circunspección, con la que el hombre considera diligentemente las cosas útiles para su alma, apetece la sinceridad de la verdadera penitencia; la perspicacia de esta consideración prefiere la belleza de la penitencia misma, cuando el hombre se ve purificado de pecados. Su intención, como la pupila del ojo, glorifica las obras ardientes y brillantes que hay en ella; y el perdón de los pecados realza los gemidos y los suspiros con los que la penitencia disipa la humedad de las lágrimas, para no ser herida por el poderoso juicio de Dios.

El alma mira a su alrededor en todas direcciones, en el inicio y en el término de cada obra, porque es ígnea y respira con el aire y completa y distingue todas las cosas con la ciencia y la racionalidad. Fortalecida en el cuerpo, el alma comienza a obrar vigorosamente y desea hacer esto, pero se le oponen muchas enfermedades de la carne en las médulas, en la sangre y en el estómago. Porque la sangre de la médula del hombre se abrasa por el calor, y la sangre del estómago arde por el peso de los alimentos; y estas enfermedades son un obstáculo para las fuerzas del alma, porque el incesto, que Satán dolosamente tramó, se expande desde el ardor de la carne y asciende hacia el alma desde las cosas terrenales, y le propone al alma que el hombre sea carne y que viva según la carne. Por ello el alma, a través del cuerpo, se ve forzada con él a realizar cosas malas.

Las obras del alma coexisten con el cuerpo voluble, como la luna está circundada de estrellas; y el alma, versada por su ciencia, usa a las otras creaturas como un artífice, de modo que con su arte vengan las cosas superiores o las inferiores, se vean y reconozcan en su vasija, como las estrellas lucen en el firmamento brillantes u oscuras. El candor de la ciencia se muestra en el hombre como el blanco de los ojos, y el intelecto resplandece como la claridad de los ojos, mientras la racionalidad brilla en él como sus pupilas. Por ello el hombre es forzado a gemir y llorar al dirigirse a las cosas celestiales, cuando se considera indigno del premio de la

recompensa eterna, porque se sabe cargado con muchos pecados, y por ello lucha para evadir los tormentos del juicio.

XXXII. Y cuando el hombre es conmovido en su corazón por la alegría o la tristeza, las venillas de su cerebro y de su pecho y de su pulmón son sacudidas; por ello las venillas del pecho y del pulmón envían los humores hacia arriba, a las venillas del cerebro, y, recogiéndolos, ellas los derraman por los ojos. Y así conducen al hombre a las lágrimas, lo mismo que, cuando el firmamento, agitado por los vientos en el inicio del creciente o del menguante de la luna, sacude con su estrépito el mar y las otras aguas de la tierra y producen humo y humedad. Las nubes entonces recogen el humo y la humedad, y los vuelven hacia la lima, que los bebe como sedienta, haciendo que las nubes produzcan una lluvia adecuada; de este modo, la lluvia desciende sobre la tierra desde las aguas inferiores, llevadas hacia lo alto por las nubes y de nuevo devueltas a la tierra.

Así, cuando el alma se regocija en el hombre por la certeza de su salvación o se lamenta por la opresión de sus pecados, la ciencia del hombre se mueve gracias al temor por la confesión consciente de la penitencia y se levanta a lo alto suspirando. Y el alma, al observar sus obras, derrama lágrimas por él y lo hace lamentarse, porque, cuando el temor al Señor golpea al hombre, lo impulsa a llorar con ansiosos gemidos. Por ello acontece que, cuando el hombre llora por la adversidad de las cosas seculares, cuando las ha olvidado, inclina su espíritu hacia el deseo de las cosas celestiales. Pues, cuando el hombre se aparta de Dios, su alma se estremece, y por ello los miembros del hombre, colmados de su energía, son agitados hacia un camino extraño, como si Dios no debiera ser venerado y temido; pero el alma le propone a su vasija la modestia y la confusión por los pecados y la hace suspirar, de manera que estos suspiros derramen lágrimas.

Y así el verdor de la penitencia germina en el hombre desde los suspiros y lágrimas. Por ello, despertado nuevamente por las

obras buenas, examina los daños de sus pecados con tan gran diligencia y penitencia que las carnes de sus miembros se resecan y crece en su corazón una amargura tan grande que se dice a sí mismo: «¿Por qué he nacido para tan grandes culpas? He pecado contra Dios con mi alma y cumplo penitencia, suspirando hacia Dios, quien consintió en engendrar la forma de Adán de una virgen. Por esto confío en que no me desprecie, sino que me absuelva de mis pecados y que el rostro de su santa humanidad me sostenga penitente en la verdadera fe». Entonces el alma y el cuerpo se unen y juntos anhelan a Dios, pues los pecados no placen al alma, sino que ella se ve forzada a estar de acuerdo con la carne por el embotamiento de la concupiscencia carnal; pues si el alma se deleitase en el pecado, el hombre se mancharía en su lodo. Pero el alma no se deleita en los pecados, aunque obre con el cuerpo; y tampoco los elementos que sostienen al hombre le obligan al pecado, sino que lo juzgan en los pecados con el juicio de Dios, y le muestran dulzura y suavidad en las obras buenas.

Y cada vez que el alma es obligada a obrar cosas malas con el cuerpo, éste se llena de tristeza, porque estas obras lo disgustan; pero, cuando el alma realiza con el cuerpo aquello que es bueno, éste se regocija. Por ello el hombre, que obra el bien por la gracia de Dios, sin saberlo es amado por los hombres; y avanza de tal modo que le apetece inexplicablemente hacer cosas buenas, como los ángeles que, con la mirada fija en el rostro de Dios, no son abrumados por la contemplación. El alma, provocando el goce de la buena obra, condesciende con el cuerpo y lo golpea por los pecados, y le envía suspiros y lágrimas a través de la humilde penitencia, para que reverdezca en las virtudes, como las nubes llevan a lo alto las aguas y después las devuelven.

XXXIII. Como no hay ninguna forma visible sin nombre, tampoco hay ninguna sin medida. Por ello ambos ojos del hombre tienen igual medida y sus órbitas son iguales en su circunfe-

rencia. Dios separó las virtudes de los vicios, y las obras santas de los pecados, y distinguió a las creaturas, para que fueran conocidas para el hombre por sus formas y nombres; de manera que el hombre distingue con la mirada, y ve de lejos todo lo bueno. Y tiene un discernimiento sincero e igual en la consideración de su buena intención, para que no se precipite a las profundidades, si fuera superada la medida del bien, o para que no perezca en la desesperación, si hubiese experimentado el exceso en el mal.

XXXIV. El alma muestra en la racionalidad cuántos y cuáles son los pecados, e indica el modo de pecar y de hacer penitencia. Pues el hombre es instruido por las fuerzas del alma, cuando destruye con dedicación sus pecados mediante la penitencia, como la lluvia extingue el fuego; sin embargo, mientras afronta la gloria eterna y la recompensa inefable, apenas puede considerar cómo puede salvarse. Pues, aunque la penitencia del hombre fuese más que la arena y las aguas del mar, incluso apenas podría preparar su gozosa salvación en la gloria inefable de la vida eterna.

Y, ¡oh!, ¿dónde se encuentra el que no satisface las concupiscencias de la carne, apartándose de los pecados? La ciencia del alma racional se manifiesta de dos modos, en el conocimiento del bien y en el sentimiento del mal, al haber una recompensa para el bien y un castigo para el mal; y éstas son las funciones del alma, adheridas al cuerpo, al obrar según lo que él exige. Por ello el hombre es como el día en las cosas buenas, y como la noche en las cosas malas.

XXXV. El hombre ve a través de los ojos, huele con la nariz y gusta con la boca, como gracias a la energía del sol y de la luna los rayos son enviados desde las estrellas más altas, que están a su servicio, de manera que una luz se encienda en otra.

Ciertamente el alma, cuando ve obras perversas y vergonzosas, se entristece, y cuando le alcanza algún rumor, al sentir un olor maligno, suspira; y cuando realiza estas cosas con el cuerpo, por medio del gusto, el hombre derrama lágrimas y le envía la penitencia con la ciencia; reenvía los suspiros y las lágrimas con el rumor y los efectos de los pecados.

La penitencia ilumina el alma, y en ella están los suspiros y las lágrimas, y diluye velozmente las culpas en el hombre; en el alma se generan los suspiros y las lágrimas presentes en la verdadera penitencia, como las otras virtudes, despertadas por el espíritu de la fortaleza y del temor a Dios, iluminan eficazmente al hombre de fe.

XXXVI. Todo lo que está en la cabeza del hombre se sostiene por el mentón, como los elementos mencionados se sostienen en los lugares establecidos por las nubes; esto representa que las mentes de los fieles se apoderan de la estabilidad de las buenas obras, de manera que, perseverando en las cosas buenas, alcanzan las celestiales. En el hombre el calor significa los huesos y el frío, la médula, porque el alma calienta los huesos con el calor, y coagula la médula con el frío de su vasija; y así la tierra es reconocida en el estío y el invierno, de manera que cuaja su fruto bajo la tierra por el frío del firmamento y es liberado por el calor. Pues el calor del sol y la humedad de las aguas, cultivando toda la tierra, la vuelven productiva y plena, como el tornero modela con perfección la vasija; el calor y la humedad están unidos en las nubes, con tan gran firmeza, que no se disipan o separan al entrar o salir, ni al esparcirse al final del día.

Y el alma es fortalecida en el hombre por el fuego del Espíritu Santo para el bien, y es debilitada por el frío del embotamiento y del descuido. El fuego de la fortaleza y el dolor de la mente del hombre, mezclándose entre sí, producen un buen fruto en él y refuerzan y adornan al hombre en cada cosa ventajosa, de modo

que no pueda ser apartado del servicio y del amor a Dios. Pues, una vez que el hombre ha incurrido en el pesar y en el hastío de los pecados, esos pecados son constreñidos en él por el pesar, y oprimido por el denso humo del fuego, para que no pueda arder en sus fuerzas. Pues, cuando la voluptuosidad de la carne es ahogada en la mente del hombre por las fuerzas del alma, los suspiros se elevan en él hacia la patria celestial, como el panal con la miel es construido por la abeja en su recipiente. Allí las obras antiguas y nuevas del hombre, mezcladas simultáneamente, son regadas con verdadera humildad, para que no se marchiten quemadas por el calor de la soberbia.

Y así por el fuego del Espíritu Santo y la humedad de la humildad, las virtudes que dan fruto son perfeccionadas en la vasija del Espíritu Santo, en la cual la Sabiduría construye su mansión, de manera que el hombre reúne junto a sí las virtudes más puras ante Dios y sus ángeles, como en un perfume todos los aromas, para no desfallecer más.

XXXVII. También la audición, el olfato y la racionalidad de la boca y el tacto son regidos y conocidos por la visión de los ojos, que conoce qué son o cómo son, así como la constitución del firmamento es regida e iluminada por el sol y la luna y las estrellas. Así el hombre por los ojos ve aquellas cosas que conoce gracias a la sabiduría y aprehende estas cosas por la audición, el olfato y el gusto. Pero reúne estas cosas en su corazón, las conoce por la ciencia, pero no las ve con los ojos. Pues el engaño de la serpiente estaba oculto, y se manifestó cuando preguntó a Eva lo que él no sabía, y la engañó, porque la mujer entonces existía sin engaño. Esto comenzó en el primer pecado original por engaño del diablo; como una nube que surge en el aire nocivo, cubriendo toda la tierra para que no pueda verse la pureza del día, y corroe, despreciándolas, las obras de la sabiduría. Así el engaño no tiene ni alegría ni goce, ni está en reposo en ninguna parte.

Estas cosas indican que los sentidos del hombre se inclinan hacia su propósito, como las virtudes se apresuran a su corrección, cuando se le solicita a Dios. Por eso la intención del hombre lo conduce hacia el lugar al que también dirige sus sentidos; sin embargo, los pensamientos de su corazón son desconocidos, mientras permanecen ocultos. Así, Eva no conocía la astucia del diablo cuando fue engañada por él, pues se había ocultado, de manera que su engaño no podía ser visto por los progenitores. Así el diablo llevó el mundo al mal, porque no había en él nada bueno.

XXXVIII. Las cejas del hombre muestran los caminos de la luna, es decir, una vía que va a la restauración de la propia naturaleza bajo el sol, y otra encendida que se aparta del sol. Las cejas son la defensa y fortificación de los ojos, como la luna es la protección y el alimento de las estrellas; porque, mientras comienza a crecer, encendida por el sol, recibe el fuego de las estrellas y del sol, auxiliándolos, para que no abunden en exceso sus fuegos; y mientras está en menguante, derrama sus fuegos sobre las estrellas, pero no sobre el sol, puesto que éste, siendo el principal, se mantiene siempre en un solo estado.

De este modo el alma introduce la constancia y la seguridad en el hombre para que tema al Señor, y así constancia y seguridad son su camino, porque, mientras el hombre teme a Dios, encuentra la prosperidad, y a veces también la adversidad; es preciso que marche rectamente, de manera que no se eleve por la prosperidad, ni se oprima por la adversidad. Por ello, cuando se fortifica por el espíritu de la fortaleza, se muestra robustecido en toda circunstancia. Pues estas virtudes sirven de protección al propósito del hombre, como el temor al Señor es el fundamento y el escudo de las demás virtudes, puesto que, cuando se reviste de fortaleza, reúne en sí las demás virtudes y las muestra fortificadas por la fortaleza y el temor, haciendo que el hombre esté unido a los deseos celestiales en la adversidad y en la prosperidad.

XXXIX. También en el espacio que va de la nariz a la garganta, la nariz del hombre significa el aire, que mueve las aguas unido al aire fuerte y blanco y brillante que está bajo él; la boca indica la humedad de las aguas en la racionalidad; y las orejas manifiestan el estrépito y el sonido de las mismas aguas, que se desbordan adecuadamente por efecto del viento del aire acuoso y por la elevación de las nubes.

Las partes interiores del hombre son sacudidas por el oído así como los elementos son penetrados por el sonido de las aguas superiores; y la boca de la racionalidad es bañada por el humor, así como las cosas superiores son humedecidas por la humedad de estas mismas aguas, para no ser consumidas por la aridez; y las narices son colmadas por el olor, como estas mismas aguas son agitadas por el aire.

Pero el hecho de que la nariz tienda en longitud a lo alto, hacia las cosas superiores, es porque este aire, que es acuoso, transmite sus humores hacia la pureza del éter superior y hacia el ardor del fuego superior, y recibe de ellos la regulación de la fortaleza, para que al debilitarse no se disipe ni se disuelva. También el cerebro y las venas son limpiados a través de la nariz, porque así estos mismos elementos, agitados por la humedad y el humo, son purificados en las cosas superiores. Pues el éter puro es bañado por la humedad del aire acuoso, como ya se ha dicho, al igual que la penitencia es iluminada por las obras y los ejemplos de los justos, y como las palabras resuenan, la audición de las orejas capta las palabras de la ciencia. También el soplo del olor y la humedad de la racionalidad de la boca se unen en una sola y tienen un humor húmedo; y como el agua fluye y suena y baña la tierra con su humedad, también el aire acuoso humedece los elementos superiores. El aliento del alma tiene un camino recto a través de la nariz y de la boca, camino que no asciende ni desciende fuera de su límite, como este aire acuoso posee sus propios caminos, como se ha planteado.

Estas cosas indican que el alma, tocada en el hombre por el don de Dios, con el intelecto que distingue el buen olor, gusta intensamente de los ejemplos de los justos, que escuchan de otros y le infunden ese verdor de las palabras; esta audición golpea las partes internas del corazón, hasta que, inundadas por la gracia del Espíritu Santo, conservan el olor de las virtudes en todo deseo. Por ello la templanza, que recibe el olor de la bienaventuranza y que considera las obras de los fieles que insisten en las cosas buenas y desisten de las malas por la penitencia, se une al poder de Dios para que no se disuelvan por exceso; porque la ciencia del hombre, limpiada por la templanza del buen olor, lo vuelve vigoroso en las cosas buenas. Ciertamente la penitencia es aliviada por los verdaderos gemidos, cuando las palabras verdaderas y santas son proferidas para la edificación de los fieles. Pues la virtud de la recta moderación debe estar en ellos, para que el hombre disponga bien todas sus obras y se eleve hacia las cosas celestiales con justa mirada, sin exceder su límite, marchando rectamente con el alma y el cuerpo, según el ejemplo de los santos.

Y como en el aire acuoso hay un soplo, que, descendiendo sobre la tierra con la humedad del rocío, regula el verdor o la aridez de los frutos, es decir, en verano, el verdor, en invierno, la aridez; y como los frutos de la tierra reciben las fuerzas por este soplo, así todo el cuerpo del hombre es alimentado; y como el mundo es iluminado por el esplendor del sol, también todos los soplidos superiores son regulados y producidos por este mismo soplo. Igualmente el dolor, que le ofrece al hombre el verdor de las buenas obras y la aridez de las malas, germina en el hombre fiel con el ejemplo de los justos; esto es, cuando apetece las cosas buenas, como en el estío, y cuando desprecia las malas, como en el invierno, deleitado y alimentado en estos frutos de justicia de modo que siempre se despliegue hacia los deseos celestiales.

XL. En la lengua se indica la elevación de las aguas, por la que se alzan en una inundación; porque, como las palabras se forman por la lengua, las aguas se transforman en olas al elevarse. En esto se representa que el alma, deseando residir en los deseos celestiales, impulsa su vasija hacia las alabanzas de su Creador y hace que ella pronuncie frecuentes oraciones con la devoción de la mente. El alma se mueve con la humedad y suena con el crepitar ígneo; y por ser ígnea conoce a Dios, y porque es soplo anhela a Dios, que es espíritu.

Cuando el alma realiza las cosas buenas, sigue un camino justo, como el aire puro que carece de nubes oscuras; pero cuando lleva a cabo la podredumbre de los pecados, es como una inundación de las aguas que pervierten el camino puro del aire. Pero luego realiza una penitencia duradera como el firmamento, para no hacer de nuevo cosas malas por iniciativa de pecar, una vez apartada de los pecados; como está escrito en el evangelio acerca del administrador[4] que se vuelve a la misericordia, al abandonar los pecados y disminuir las deudas; y cuando invoca la gracia de Dios después de los pecados, para que la despierte como a Lázaro después de cuatro días, el alma atrae los íntimos suspiros y une su enmienda como una cerca firme, insistiendo en las buenas obras, para que no recaer de nuevo en el hábito de los pecados.

XLI. En los dientes se muestra un amarre de estas aguas, fuerte y firme como son los dientes; es decir, como el aire fuerte, blanco y brillante que contiene estas aguas, para que no se suelten excediendo su límite. De esto se muestra que la mente del hombre es afirmada y contenida por el alma con la gracia de Dios, para que no se disipe demasiado por los malos pensamientos, y los atraiga voluntariamente junto a ella por los deseos ilícitos; así re-

4. Cf. Lc 16,1-8.

sulta en el hombre una tempestad, por causa de los pecados, o una medicina, gracias a su penitencia.

Los dientes del hombre no son huecos, y no tienen la blandura de la médula, porque no han sido revestidos de carne; están cuajados y endurecidos por el cerebro y por las constituciones de la forma del hombre dispuestas según el firmamento, y se endurecen por el calor y la humedad de la cabeza.

Estas cosas indican que el alma racional, que se presenta como vida infinita en la igualdad, no recibe aumento por el movimiento del cuerpo, ni detrimento por su carencia; puesto es el aliento de Dios omnipotente, que maravillosamente creó con Su Palabra todas las creaturas, establecidas por su presciencia. El alma mueve visiblemente el cuerpo en el que ha sido invisiblemente vertida por el poder de su Creador y, al animarlo, permanece invisible en él, como Dios afirmó cada creatura para auxilio del hombre, con una fuerza invisible de su poder, usando el verdor de la tierra y el calor del aire, pero también la humedad de las aguas, y previó para el alma una vestidura, es decir, el cuerpo, desconocido y ajeno a su naturaleza.

XLII. El niño, en sus primeros años, no tiene la fortaleza de la sangre, carece de dientes, porque aún es frío; pero después que la sangre se fortalece en él y es bañada por el calor, sus dientes aparecen y se refuerzan. Y cuando llega a la vejez, la sangre disminuye en él y su calor se atenúa, a causa del frío, y sus dientes de nuevo se dañan y sueltan.

Así, cuando el alma por primera vez entra en un cuerpo por precepto de Dios omnipotente, calienta con su fuego el cuerpo, creado a partir de cuatro elementos, hasta que lo abandona por precepto de Dios omnipotente. En la infancia del hombre el alma se alegra mucho en él a causa de su inocencia, cuando todavía se alimenta mamando tiernos alimentos, porque aún no ha gustado los pecados, como tampoco Adán los gustó al vivir pura y senci-

llamente, antes de la prevaricación. Pero el hombre, una vez que ha recibido el vigor de su carne y de su sangre, reforzados sus huesos por el paso del tiempo, deja la inocencia; el gusto por los pecados surge entonces en el hombre, cuando el alma ha sido abatida en él al obrar en contra de su naturaleza y ha sido sobrepasada por el cuerpo al vivir en los pecados. Y al igual que, después del ocaso del sol, su esplendor es arrebatado a los hombres, así el alma, después de la perpetración del pecado, gimiendo y llorando, se atormenta por la pérdida del goce que había tenido. Pues el gusto por los pecados contamina el cuerpo, la sangre y todas las vísceras del hombre por obra de los pecados; pero después de cometidos los pecados, forzado por el hastío que le producen sus pecados, el hombre es llevado al dolor del corazón por los suspiros del alma.

XLIII. Cuando el niño está en sus primeros años, un líquido desciende desde su cerebro hasta las encías y produce en ellas, con otros humores, pequeñas cavidades, en las que se oculta este líquido hasta la mencionada madurez, así como las florecillas se ocultan en las ramas de los árboles durante el invierno. Pero luego, una vez que la fortaleza de la sangre y el calor como de verano hayan surgido en él y, una vez cuajado el líquido con los otros humores y con el calor de la sangre, le salen los dientes; así también, una vez que ha llegado el calor del estío, las florecillas comienzan a aparecer en las ramas de los árboles.

Pues el niño, antes de que le salgan los dientes, mientras las encías han sido ahuecadas por el líquido del cerebro y los demás humores, es sometido a un grave dolor por su debilidad; después, una vez que ha traspasado la edad de la puerilidad, constituido ya en la plenitud de su sangre, al fallar la santidad de su alma, abraza la lascivia por el gusto de la carne; y por ello el hombre de esa edad, por temor, debe ser mantenido bajo una gran vigilancia.

Así el alma domina el cuerpo, mientras el hombre, dubitativo, piensa qué quiere elegir o hacer, o qué no quiere hacer; y sin

demora el alma es guiada y amarrada como cautiva al cuerpo; y cuando el hombre, cuajado el gusto por el pecado con la sangre ardiente, realiza algo malo, ella obra con su cuerpo cosas contrarias a su naturaleza, aunque sea involuntariamente.

Y como el calor del estío hace madurar las semillas de la tierra y los frutos de los árboles, así el hombre, deleitado por los encantos de la carne a causa del ardor de su sangre, no deja de llevar a cabo cualquier vicio, hasta donde puede.

XLIV. Los dientes, que trituran y revuelven cada alimento, gracias a cuyas fuerzas el hombre se alimenta, han sido dispuestos a semejanza de un molino, que gira con las aguas y cuyo círculo de piedra arde con el calor. Pues como el hombre mezcla el alimento, por el cual se repone al mascar con sus dientes, así el alma realiza en él, con ardiente dedicación, todo lo que él ha elegido según su voluntad. También el alma, a través de la cual el hombre recibe el sentido y el gusto para realizar cualquier obra, sea buena o mala, al mismo tiempo que el espíritu gira como un molino a causa de los pensamientos, lo instiga ardientemente, a la manera del fuego, y arde inflamado más fuertemente por los soplidos de los fuelles. Así el alma, en los cuatro elementos por los cuales el hombre fue creado, realiza cualquier cosa que el hombre desea por la capacidad de la racionalidad, girando con los deseos de su corazón, como el molino, construido por la habilidad humana, gira velozmente por las aguas. Y como está afirmado conveniente para que conserve su velocidad, así le acontece al alma en el bien por la gracia de Dios, en tanto permanece en el hombre; sin embargo, en otro momento, al alma se le impone el mal deseo y el consentimiento en el mal por sugestión del diablo.

XLV. La diversidad de las nubes es representada por el mentón, que pende curvado como un arco y levanta el rostro del hombre, y por la garganta, que recibe toda la fuerza del alimento y lo

envía mezclado al vientre, y por el cuello, que también sostiene toda la cabeza con su fortaleza; algunas de estas nubes, cargadas de lluvias, se inclinan un poco hacia abajo, pero se manifiestan en la calma como el regocijo de las cosas superiores. En cambio otras, tocando la tierra con la potencia del aire, la regulan de modo que produzca la plenitud de los frutos para utilidad de las demás creaturas; y otras, al igual que una columna, apuntalan el movimiento giratorio del firmamento al sostenerlo.

Pues el hombre, desplegando la esperanza en Dios a través del alma, conoce la patria celestial y los castigos del infierno con los ojos de la racionalidad, es decir, con la ciencia del bien y del mal; contempla cualquier cosa visible con su faz, levantada por el mentón, y considera su cualidad con el intelecto. Pues, como el hombre distingue cada cosa a través del alma, también las dispone para que se hagan honestamente ante Dios y los hombres; y como la garganta transmite con moderación al vientre el alimento que recibe para fortalecerlo, cuando el hombre está fortalecido por la fe verdadera y pura, el alma es capaz de mirar dignamente el trono real del verdadero Salomón, que es Cristo.

La fe disipa todos los pensamientos que surgen en el hombre por el pecado; y dirige los pensamientos hacia el verdadero Rey a través de los suspiros del alma, es decir, los pensamientos que provienen de ella en la única verdad. Esta misma virtud fuerte y verdadera sustenta a las demás virtudes, como el cuello a la cabeza; y así como las nubes sostienen el movimiento giratorio del firmamento a modo de columna, por la buena perseverancia la fe conserva en los hombres las obras buenas y santas que construyen la Jerusalén Celestial. Pero los infieles, pospuesta la fe, realizan malamente sus obras por infidelidad, indignos ante Dios, como el alimento digerido es arrojado con hedor, así no son inmerecidamente condenados a los castigos infernales.

XLVI. Los cabellos que cuelgan de la cabeza muestran las gotas de las lluvias, que sólo descienden por las nubes y, al regar la tierra la hacen fértil con el verdor. Igualmente el alma, enviada por Dios a un cuerpo de niño mortal y débil, despierta su cuerpo al animarlo con sus fuerzas. Asimismo, mientras él persiste en una natural simpleza, el alma es embellecida, vestida como con elegante vestidura de inocencia; porque rechaza todos los vicios, que son como tempestades, produciendo la fertilidad de todas las virtudes a la manera de la tierra, que produce su fruto al germinar por la suave lluvia. Pues la inocencia es la reina, revestida con una vestimenta áurea, gracias a la cual se comprende la castidad, cuyas virtudes se multiplican como la lluvia; y la cabeza de esta misma castidad es la humildad. Estas dos virtudes, asociadas entre sí en el hombre, hacen resonar el cielo con alabanzas y colman la tierra con los ejemplos de las santas virtudes.

XLVII. El hecho de que algunos hombres no pierdan los cabellos en la parte alta de la cabeza y mantengan su fortaleza de modo que sus cabellos no puedan caer, se explica porque la carne es húmeda gracias a los humores; y éstos nutren los cabellos, como la tierra regada produce muchas semillas.

Con esto se muestra que el alma, a través de sus fuerzas, realiza virtudes fértiles en buenas obras en aquellos hombres que, oyendo alegremente las palabras de Dios con sus mentes devotas, producen la humedad de las lágrimas en los suspiros y en el deseo de las cosas celestiales, por la inspiración ígnea del Espíritu Santo. Su santa intención, como en la abundancia de la buena tierra, produce con goce los frutos de las obras fértiles, de manera que el alma, una vez que el cuerpo consiente con ella en las buenas obras, se alegra al regocijarse en Cristo, y una vez que la dulzura de su caridad ha sido confirmada, persiste en la feliz perseverancia, de manera que no se marchita por la licencia de los vicios espirituales o carnales.

Pero en las cabezas de otros hombres los cabellos se caen, de manera que se vuelven calvos, y esto acontece porque su carne se seca con el calor; puesto que el calor, transitando hacia los extremos de los cabellos, paulatinamente y uno por uno, los arranca cuando no tienen el humor; como la tierra que, carente de humor, está desprovista del verdor de las semillas por su aridez.

Así aquellos hombres, que viven en tan gran dureza por el olvido de Dios, para no concordar en la voluntad del alma ni por la admonición del Espíritu Santo ni por la doctrina o consejo de los doctores de le fe, se asemejan a la tierra árida, que no tiene humor y no produce ningún fruto por su aridez; puesto que esos hombres determinan todas sus obras según la voluntad de sus deseos y no según la naturaleza del alma. Por ello también, oprimidos por una gran mudanza de los pecados, tienden a las cosas celestiales sin ninguna esperanza de bienaventuranza y no desean auxiliar a los demás en las cosas terrenales. Estos hombres, que no se abrasan en el fuego del Espíritu Santo, carecen de discernimiento, que es la madre de las virtudes, de manera que, debido a la inconstancia de sus costumbres, lo que antes les plugo, luego les disgusta; y están privados de la estabilidad de las virtudes santas, como la cabeza desposeída de sus cabellos.

XLVIII. Y así el hombre, vuelto hacia el oriente —como el occidente que se vuelve a mirar el oriente—, y extendiendo sus brazos, separados como el austro y el septentrión, dirige su brazo derecho hacia el austro y el izquierdo hacia el septentrión. De este modo el alma, al obrar con sus fuerzas y con los cuatro elementos de la ciencia del bien y del mal, vuela en el hombre: por la ciencia del bien vuelve la mirada hacia el oriente y por la ciencia del mal, hacia el occidente; de manera que el hombre, encendido por la ciencia del bien a través del fuego, que es Dios, vuele con el austro en la perfección de las obras santas, o sea castigado por el resultado de las malas obras con las penas del aquilón, conforme a su pecado.

Esta alma, que vuelve sensible al cuerpo, hace al hombre frío o cálido en sus fuerzas, de manera que sienta el calor del austro y el frío del aquilón; porque ella puede ser examinada en el soplo del hombre, que puede ser caliente o frío, según su voluntad.

El hombre, según lo que desea la carne, obra el bien o el mal con el alma en la creatura a la que distingue gracias a la vista, y el alma hace el bien en el temor y en el amor a Dios, en el lado derecho. Por ello la mala ciencia es superada en el hombre por la buena ciencia con la ayuda de la gracia de Dios, como también la mano izquierda es reprimida por la derecha, que tiene mayor fortaleza. Pues el alma, que es aliento de Dios, permaneciendo invisible en el cuerpo, lo reconoce al realizar toda obra, no por la vista, sino por la virtud de la racionalidad; así tampoco el viento es sentido por la vista, sino por el sonido y el movimiento de su soplo; sin embargo, la ciencia humana no es capaz de abarcarla ni de comprenderla.

XLIX. Los omóplatos y los hombros están adheridos al cuello con los brazos y las manos, así como los cuatro vientos principales se han unido al firmamento con sus colaterales; y el hombro con el omóplato y la mano con sus dedos ayudan a la articulación del brazo, así como los vientos principales sustentan al firmamento con sus alas, es decir, con los vientos colaterales; y una mano se une a la otra mano, como el ala de un lado se extiende hacia el ala del otro lado.

Estas cosas indican que el alma, que es vida gracias a la vida, que es Dios, y es aliento del espíritu de Dios, que no tiene término de vida como sucede con el cuerpo humano, vivifica y sostiene al cuerpo con sus fuerzas; como el firmamento afianzó e iluminó las estrellas con su punto que es la tierra, a la que la palabra de Dios afianzó e iluminó estableciéndola inmóvil en medio del firmamento. Por cierto el alma, que, enviada por Dios, desciende invisible y ocultamente hacia el cuerpo, hace que el hombre co-

nozca a Dios por la fe y se vuelva a mirar al cielo y realice obras celestiales. Y como el rocío, que cae invisiblemente sobre el césped, lo vuelve fértil, Dios lava misericordiosamente al hombre con la dulzura oculta de su gracia, para producir los frutos de las buenas obras; poniendo su esperanza en Él, es elevado en cuerpo entero y pisa la tierra con sus pies, es decir, pisa los deseos carnales; pero Dios castiga las obras malas con los castigos eternos de la Gehenna.

Pues el hombre realiza todas sus obras buenas o malas con los cuatro elementos, a la manera de los cuatro vientos que ejercen sus fuerzas en las partes superiores del aire y también desvían sus soplos hacia las suciedades e inmundicias del lodo. Pues cuatro fuerzas hay en el hombre, es decir, el pensamiento, el habla, la intención y el gemido, que se asimilan a los cuatro vientos principales. Y como cada uno tiene la potestad de enviar sus soplos hacia la derecha y hacia la izquierda, así el alma, acompañada por estas cuatro fuerzas, puede inclinarse por la ciencia natural hacia la dirección que desean, eligiendo el bien o el mal.

Pues el viento austral tiene dos vientos colaterales como dos alas, de las cuales una, la del lado oriente, es cálida, y señala los buenos y santos pensamientos que son encendidos con la dedicación de la intención piadosa gracias al fuego del Espíritu Santo. Pero otra, la del lado del occidente, es fría y señala los pensamientos perversos e inútiles en el fuego del Espíritu Santo y no son cálidos, sino fríos; y señala además las obras perversas. También el aliento ígneo, que es el alma racional, que siente las obras de la carne y de la sangre, con las cuales el hombre se deleita, aunque suspire naturalmente por las cosas celestiales, suministra al cuerpo las fuerzas y el calor en un repugnante hedor de los pecados, como el sol calienta con sus rayos la hedionda podredumbre de los más repugnantes gusanos.

El viento septentrional, que también tiene dos alas, de las cuales una se extiende hacia el oriente, y la otra hacia el occidente, es

inútil para todas las creaturas; éstas representan la ciencia del bien y del mal en el hombre, a través de la cual él mismo considera todas las cosas útiles e inútiles en su espíritu como en un espejo, como la tierra es regida por el firmamento en su parte superior e inferior.

El ala del viento oriental, que se inclina hacia el austro, muestra al hombre que asciende hacia Dios en el abrazo de la verdadera caridad, gracias a las buenas obras; el ala que mira hacia el aquilón, señala al hombre manchado por las voluptuosidades de la carne. Y como estos dos vientos colaterales se han unido al viento oriental como dos alas, así el bien y el mal se han unido al alma: el bien en el goce y en la alegría, en los que brilla, como el sol en su potencia ante Dios; el mal oscurece las obras buenas y santas por la negrura de los pecados, como la claridad del sol las nubes sombrías.

El hombre, gracias a la buena intención de su alma, teme los castigos, que sabe que están en el aquilón, aunque el cuerpo, acostumbrado a los deleites de los pecados, oprima el alma. También esta intención del alma tiene dos alas, de las cuales una es el temor a Dios, avivado en el hombre por admonición del Espíritu Santo; y la otra es la renuncia a los pecados, que, una vez abandonado el temor a Dios, el hombre repite frecuentemente.

También el viento occidental tiene dos alas, de las cuales una se extiende hacia el austro y la otra hacia el aquilón; éstas señalan que el hombre siente el bien y conoce el mal gracias al bien. Y el ala derecha muestra que el alma desea y suspira por las buenas obras, pero la izquierda muestra la fatuidad del hombre, con la que comete las cosas malas que contrajo como deuda del pecado original.

L. El alma se difunde por todo el cuerpo, como la ventosidad de estos vientos se esparce por todo el firmamento. Pues el alma, que ha sido enviada al cuerpo por el espíritu de Dios, lo embebe

del todo con sus fuerzas; y lo mismo que los soplos de los vientos se esparcen en el firmamento, así ella hace que el hombre ame ardientemente a Dios y obre conforme a las virtudes más santas, que tienen un dulce sabor, porque las palabras del Señor se vuelven más dulces para su boca que la miel y el panal. Y así el alma embebe con mucho afán el firmamento, es decir, su cuerpo, con el adorno incomparable de las virtudes y con la belleza dulcísima de las obras santas.

LI. También el hombre se conduce y sostiene enteramente con sus brazos y sus piernas, y es ventoso, al igual que los cuatro vientos principales con sus colaterales están dispuestos en el firmamento y lo sostienen completamente, y cada uno apoya a los otros para el refuerzo del firmamento. Estas cosas indican que el alma vuela en el hombre con cuatro alas, es decir, con la sensualidad, el intelecto, la ciencia del bien y la ciencia del mal. Pues, con la sensualidad, ella en el hombre obra según el gusto de la carne; por el intelecto, distingue sus obras, si placen a Dios o a los hombres. También por las dos alas de la ciencia, es decir, del bien y del mal, el alma realiza en el hombre cada obra, y conoce la naturaleza de su diversidad; porque con el alma anhela la salvación en Dios y con la carne los honores de los hombres. Y así asciende al cielo por la ciencia del bien y es arrojado a tierra por la ciencia del mal. Pero cuando el hombre, tocado interiormente por la gracia del Espíritu Santo, siente en su alma el peso de sus pecados, suspira hacia Dios, haciendo penitencia por sus obras perversas; y como los vientos se esparcen en el firmamento, ya en la brisa plácida, ya en la gran tempestad, el hombre se impregna del bien o del mal.

LII. En la flexión del brazo izquierdo se indica el viento oriental principal; en la flexión y en la juntura donde se une la mano al brazo, se muestran sus vientos colaterales; en el omóplato y en

la mano de ese brazo se manifiestan los soplos de los vientos colaterales. En la flexión del brazo derecho se señala el viento austral principal, y en el hombro y en la juntura en la que la mano se une al brazo, se representan los colaterales de este viento; en el omóplato y en la mano de este brazo son designados los soplos de los vientos colaterales.

Es por esto que el alma, al poseer la similitud del viento con los miembros del hombre, hace que cualquiera de ellos se flexione y se mueva naturalmente; y el hombre obra con ella según el gusto de la carne. Por esto el alma no puede justificarse a causa del pecado, puesto que el hombre ha sido cuajado y concebido como la leche por el ardor de la lujuria, y realiza con el alma el bien en la parte derecha, y el mal en la izquierda; y como cada viento se une al otro, así el alma se une al cuerpo. El hombre se inclina hacia Dios en la buena ciencia, pero en la mala ciencia, que está sujeta a la buena como la esclava a la señora, se inclina hacia el mal; y como la señora es a menudo ofendida por la esclava, también la buena ciencia a veces es sobrepasada por la mala. Como las manos se unen entre sí para obrar, y el firmamento y la tierra, aunque disten mucho uno del otro, concuerdan en alguna alianza, también el hombre realiza toda obra a través de estas diversas ciencias que se hallan en él.

LIII. Hay una medida igual desde la coronilla de la cabeza del hombre hasta la base de la garganta, y desde esa base de la garganta hasta su ombligo, y desde el ombligo hasta el lugar de la evacuación, lo mismo que existe una medida igual desde la cima del firmamento hasta la parte inferior de las nubes, como desde la parte inferior de las nubes hasta la cima de la tierra, y también desde la cima de la tierra hasta el punto más bajo.

El alma obra desde el primer día del nacimiento hasta el último día de la vida del hombre, tal como lo requieren la puericia, la adolescencia y la senectud. Es decir, en la puericia, por la ino-

cencia, en la adolescencia, por el gusto de la carne, al que siguen los pecados criminales; y en la senectud está hastiada de obrar y lucha por imponer rápidamente término a sus obras, cualesquiera que sean.

Pues así como el sumo Artífice constituyó con igual medida el firmamento con sus muros, así el alma, que obra en el cuerpo, tiene desde el principio hasta el término de su obra igual posibilidad de obrar con la ciencia del bien y del mal; y de éstas ninguna actúa sin la otra.

LIV. Una mitad de la tierra, esto es, su parte superior, es blanda, muelle y penetrable; pero la otra mitad, es decir, su parte inferior, es firme, dura e impenetrable, y su dureza y fortaleza superan la dureza y la fortaleza del acero.

De este modo el alma racional tiene en su energía una fuerza fecundante con la que penetra la molicie de la carne y la dureza de los huesos y todas las venas, como las armas alcanzan mayor solidez para cortar gracias a la dureza del acero; y como los panes son cocidos por el fuego del horno, las obras del cuerpo son acabadas por la ardiente dedicación del alma. Pues ella sustenta el cuerpo con el amor, así como la parte dura de la tierra sustenta la parte muelle de la tierra, y realiza inseparablemente todas sus obras con el cuerpo; también se adhiere a él como la mujer a su varón, del cual no puede ser separada, puesto que son dos en una sola carne.

LV. También hay una medida igual desde el hombro hasta la flexión del brazo y desde esta flexión hasta la punta del dedo medio de cada mano. También la mano tiene desde su juntura hasta el extremo de la punta del dedo medio la misma medida que hay desde el talón hasta el término de la articulación mayor, como cualquier viento principal tiene una sola medida con sus colaterales y sus soplos.

Gracias a la fuerza de la racionalidad, el hombre se deleita en las obras buenas y santas con vana intención; y, mientras comienza a obrar, su sangre, que ha sido concebida en los pecados, es alterada completamente a causa de la labor de la obra comenzada, y así abandona su obra incompleta por el hastío de obrar. También aquel hombre, que había comenzado una buena obra, confiando primeramente en la propia virtud y no en Dios, se burla de lo imperfecto de esa obra a causa de la arrogancia de su mente; y tanto se deleitaba en ella antes de comenzarla, como se avergüenza después de su imperfección; ya que también comienza a dolerse y a lamentarse por aquello que había obrado.

La medida que hay desde los hombros hasta la flexión de cada brazo señala las obras que el hombre realiza por la arrogancia de la mente; y la medida que se extiende desde la flexión de los brazos hasta la punta del dedo medio de cada mano, señala que el hombre borra, mediante la penitencia, las obras que ha realizado por la arrogancia de la mente.

Por ello el alma, mientras permanece en el cuerpo, no puede tener nunca un goce pleno, ya que el cuerpo y el alma se oponen el uno al otro: el hombre, no pudiendo soportar el conflicto de cuerpo y alma, se abandona ante la magnitud de la tristeza y, gimiendo a Dios con el corazón contrito, se humilla con abundantes suspiros; y así, humillado por el temor a Dios, se aparta de las obras malas y contrarias al alma y realiza las cosas buenas señaladas por la mano que sigue los caminos de Dios mostrados por los pies. El movimiento de las manos y de los pies indica que el alma debe alegrarse de las buenas obras; pero el hecho de que dejen de moverse, representa que esta misma alma debe entristecerse y dolerse por las malas obras.

LVI. También la medida que hay por delante y de través de muslo a muslo, tiene la misma longitud que la que hay desde el ombligo hasta el lugar de la evacuación; porque longitud y latitud de la tierra es igual a su espesor.

El hombre, que peca frecuentemente, se alegra si ha concordado con el alma en una buena obra; sin embargo, en esta alegría sufre el dolor del temor, porque teme no poder completar la obra iniciada; y con este temor que retiene por las fuerzas del alma, realiza una buena obra el tiempo que sea necesario, hasta que el alma atraiga hacia sí al hombre por el hastío de pecar. Por consiguiente, todo hombre, puesto en esta vida, concuerda ya con la voluntad del alma, ya con el deseo de la carne; así todos los mártires santos y elegidos de Dios portaban la bandera de la pasión de Cristo, mientras vivían en el mundo. Pues, si la carne peca, el alma sufre el hambre del hombre que ayuna; y si la carne tiene hambre, esto es, si se aparta de los pecados, el alma se alegra en las buenas obras, como quien está saciado de alimentos.

La medida que hay desde el ombligo hasta el lugar de la evacuación, indica la desvergüenza de la carne, con la que el hombre concuerda y disiente, como la obsecuencia de su siervo place al amo o le disgusta; y como la tierra es sostenida por su espesor, así también procrea cosas útiles e inútiles en su longitud y en su latitud. Pues el espesor de la tierra, que se compara con el siervo, representa el deseo de la carne; pero su longitud y latitud muestran la abstinencia que se compara con la señora.

LVII. También en el espacio que hay entre la base de la garganta y el ombligo se representa el aire, que desciende desde las nubes hasta la tierra y regula las creaturas de la tierra con su potencia natural. En verdad el alma, que subsiste por la potencia divina, como chispa y aliento racional, penetra todo el cuerpo, vivificándolo; y lo rodea con su amor, moviéndose hacia toda obra y, aunque haya germinado en el gusto de los pecados, lo impulsa a obrar con ella. Pues el alma, descendiendo desde la altura del cielo hacia las cosas terrenales, hace que el hombre, al que da vida, comprenda que es creación de Dios; y ella se asemeja al aire de la zona intermedia entre el cielo y la tierra, porque el hombre

con ella realiza el bien en las cosas superiores y el mal en las inferiores.

Este aire atraviesa todos los lugares de la tierra regulándolos; la hace húmeda donde es árida, la restringe con el calor donde es fértil, la seca donde es acuosa y la ablanda donde es dura; y hace esto en la mitad de la profundidad terrestre, revolviéndola como el arado hacia el calor y el frío y la fructificándola en una justa regulación.

De este modo, cuando el alma siente su cuerpo seco, lejos del verdor de las virtudes, se vuelve hacia la aflicción y la amargura e impulsa el cuerpo hacia los suspiros y las lágrimas por la ciencia de la racionalidad y por el espíritu de la tristeza, que sabe que sus obras son perversas; y así hace que su cuerpo árido reviva por la humedad de la gracia divina.

Pero si el hombre, presumiendo demasiado de su fuerza, desea realizar obras grandes que no puede terminar, retrayéndolo a la medida de su poder, el alma dispone mejor sus obras; y, si entonces vive seguro en el olvido de Dios, lo aterroriza después con el temor de Dios y se debilita su olvido. Cuando el hombre busca otro dios es arrastrado a la dureza de la infidelidad, perturbado en su alma con grandes tribulaciones y no puede tener esperanza de salvación ni goce alguno; el alma, con esta tristeza, lo atrae con su admonición a su parte mejor, haciéndole suspirar por el Dios verdadero.

Así el cuerpo, gracias al alma —que es chispa viviente y vida que viene de Dios— es nuevamente convocado a la esperanza del perdón para discernir cualquier obra y continuarla; y, una vez abandonado el error del engaño, el cuerpo es conducido al recto camino de las buenas obras, como el agua fluye con su curso en una recta corriente; y así sucesivamente se hace fuerte en el buen vivir y en el temor a Dios.

El calor muy suave, acompañado de frío tenue, envía la humedad a la tierra y la hace fructífera en los árboles, en las hierbas

y en los granos, de manera que estas cosas reverdezcan gracias a la humedad. Igualmente el alma conforta al hombre con el más suave calor de la fe y con la más fuerte paciencia para tolerar las afrentas; y le muestra las obras de las que hay que huir, que él antes realizó al no vivir correctamente y en las que no era lícito que se mantuviera. Así hace que el hombre reverdezca, fructífero en las buenas obras y en las santas virtudes.

Este mismo aire envía un frío níveo sobre la tierra, que la cubre enteramente, y gracias a él la calienta para que germine; y de este modo aparta de sí su propio frío, para preparar interiormente su fructífera misión de germinar; y así produce el verdor para el fruto de las semillas. El alma regula en el hombre el gusto por sus obras, a las que da vueltas como un molino, porque ella es ese aire que hace que fluya la sangre, con la que el hombre capta el sentido y el intelecto. Y por eso hace que la carne emita un sudor, para que el calor del hombre tenga sentido, y con el humor frío y húmedo posea el intelecto; y por ello cada fruto de su obra permanece en la sensualidad y en el intelecto.

LVIII. Ciertos pájaros de gran fortaleza, que en el estío vuelan hacia este aire, son confortados por él; y este aire, descendiendo hacia los ríos, refuerza a algunos peces de gran tamaño, de manera que durante algún tiempo puedan estar sin alimento.

Igualmente, una vez que el alma obtiene la armonía del cuerpo, vuela hacia la altura del cielo como un ave en el aire, y como el ave no puede volar sin aire, tampoco el cuerpo se mueve por sí mismo, sino por el alma. Y cuando el hombre está de acuerdo con los deseos del alma, entonces arde en la caridad de Dios; y así, volando día a día en el gozo de la alegría eterna, se deleita en la fe especulativa y en la sabiduría de las Sagradas Escrituras, de cuya dulzura se nutre y conforta de modo invisible, como el pez, reforzado por el aire y por el flujo de las aguas, vive a veces sin alimento en el agua.

LIX. Este aire mueve el mar con el aire acuoso, desde el que fluyen los diversos ríos que riegan y consolidan la tierra; así las venas, unidas entre sí, muestran que refuerzan al hombre entero con la sangre.

El alma, que es aérea y con la que el hombre realiza todas las obras, como los frutos de la tierra son producidos gracias al aire, propone al hombre sus obras por la gracia del Espíritu Santo, para que distinga las cosas útiles e inútiles con los pensamientos que se desbordan como el mar. Pero el hombre sufre a menudo el naufragio, cuando, al no estar en armonía con los buenos pensamientos del alma, se sumerge en una gran confusión por sus pecados; y así rema, en pesadísima faena, con la nave de sus pensamientos, a no ser que los construya por inspiración del Espíritu Santo sobre la piedra, que es Cristo. Pues, cuando la mente del hombre, ensanchada por las diversas virtudes, se levanta para alabanza de Dios, edifica sobre la piedra un fundamento estable, que no puede ser movido por los vientos, a saber, por las diversas tentaciones del diablo; porque, al igual que las venas consolidan el cuerpo humano con los nervios para que no se separe, así la virtud de la humildad une y apoya las buenas obras, para que no se disipen por la arrogancia.

Los ríos producen riachuelos, para ayudar a la tierra con su verdor; son movidos por el mencionado aire, que hace germinar todas las cosas con su calor y humedad. Así, cuando el alma, sobrepasando el deleite de la carne, constituye el fundamento de sus deseos en el hombre, ella y el cuerpo realizan sus obras al unísono y, alegrándose en las obras santas, ella vuela en el dulce aroma de las virtudes. Y como los ríos mayores producen diversos riachuelos que hacen que la tierra germine, así el alma, dominando al cuerpo, despierta en él la caridad, la obediencia y la humildad con otras virtudes fortísimas, con las que introduce al hombre en la alabanza a Dios por el ejercicio de las buenas obras.

LX. La tierra siempre está enlodada por el calor del estío y el frío del invierno, y este lodo la impregna para hacerla germinar. De este modo el cuerpo debe estar sometido al alma, como la esclava a la señora; el alma es sobrepasada por el cuerpo, así como la señora, por la esclava; y ella obra las cosas buenas en el hombre, como el tiempo estival lleva todos los frutos a la madurez. Pero cuando el cuerpo, envuelto en la podredumbre de los pecados, es contrario al alma, el hombre dice para sí: «Yo no puedo vivir con tanta dureza y no puedo negar absolutamente lo que apetece mi carne; y me basta aquello que puedo hacer». Yaciendo en la podredumbre de sus pecados, recuerda las virtudes que ha realizado, y, haciendo penitencia por la inmundicia de sus pecados, vuelve gozosamente a las obras justas y a las precedentes virtudes santas. Y como la tierra enlodada conserva durante el tiempo invernal todos los frutos que produce para goce de los hombres en el tiempo estival, así el hombre adorna las virtudes anteriores con piedras preciosas, y las vuelve más hermosas.

LXI. El pecho del hombre muestra la plenitud y la perfección del aire; pues, como el pecho contiene el corazón y el hígado y el pulmón y las demás partes interiores del vientre, también este aire contiene el calor, la sequedad y la humedad de las brisas. De este modo el alma discierne en el pecho del hombre los pensamientos de cualquier origen, útil o inútil, como si los tuviese escritos y dispone que el hombre racional debe obrar según este propósito.

El alma reúne cualquier obra del hombre si es débil porque le place a la carne, y si es resistente porque es contraria. Porque el alma es ígnea, seca con su calor las tentaciones de la carne, y después de desecadas, suscita en el hombre el gemido con la humedad de las lágrimas, gracias a las cuales realiza cosas buenas y adorna sus obras. El alma aborrece el deleite de la carne y, porque está hecha de aire, muestra en la carne las malas obras y las heridas de las tempestades que, por sugestión del diablo, provoca al

hombre para que conozca de qué clase son sus obras; como el corazón que, con sus apéndices, sostiene al hombre que en sus deseos humedece las cosas con sus lágrimas.

LXII. Pues el corazón del hombre representa el calor, el hígado la sequedad y el pulmón la humedad; ya que como el calor del corazón y la sequedad del hígado y la humedad del pulmón vivifican al hombre, así también el calor, la sequedad y la humedad del aire y de las brisas fortalecen las cosas del mundo. Por igual razón, como el corazón calienta y robustece al hombre con las cosas vitales que se le unen, así el alma realiza los actos del hombre gracias a las virtudes reunidas por Dios, concediéndole el santo deseo para las buenas obras. Y cuando conoce que la obra del deseo es mala, no soportando lo que ha hecho, impulsa de nuevo lágrimas por el dolor; y obra como aquél que, deleitado en las buenas obras, llora a causa del goce.

El alma rige según el deseo de la carne cada obra del hombre, sea buena o mala, cualquiera sea el ánimo con que la haga; y como el aire mencionado exhala su aliento sobre cada creatura que germina y florece o que se seca y marchita, así el alma cambia las obras de la carne transformándolas, con goces o con lágrimas. Y como el sol y la luna nunca siguen su curso sin el cambio de las nubes, así el hombre no es capaz de completar ninguna obra buena que haya comenzado a hacer con la pureza que se había propuesto, sin que alguna tempestad lo perturbe frecuentemente. Pues a semejanza del día y de la noche, que brillan más claramente en su luz, y a veces se apagan por la presencia de las nubes, así el hombre afronta el combate del cuerpo y el alma. Por virtud del deseo de la carne, decae en el bien, pero surge alegrándose por virtud del deseo del alma, y porque es vivificado por su calor en todas sus obras, como el aire mencionado vuela con todas las creaturas.

LXIII. Y lo mismo que los alimentos, primero son triturados por el molino de los dientes, son enviados al vientre a través de la garganta, así el pecho del hombre regula todas las cosas que le pertenecen al hombre, al pensar y al conocer, y como el vientre contiene y encierra las vísceras del hombre, así el aire mencionado envía las fuerzas que reverdecen hacia los frutos y conserva las cosas del mundo, para salvación del hombre.

De este modo el alma rumia las obras del hombre y se las entrega a la memoria, de manera que no quede ninguna sin examinar; como la comida es enviada al vientre a través de la garganta y triturada por los dientes, así el alma escribe las obras del hombre discerniéndolas con su aliento; y reúne esta escritura con los pensamientos, para que el hombre conozca la cualidad de sus obras y las contemple continuamente como formas de sus pensamientos, en los cuales se forman. El hombre no puede olvidarse de sus obras, porque son conservadas en sus pensamientos como las vísceras encerradas en el vientre, y él mismo reverdece gracias al alma en todas sus obras, porque ella es aérea. También los pensamientos, junto con la ciencia, son como siervos de todas sus obras en el pecho del hombre, porque las disponen al anticiparlas, como la mano izquierda sirve a la derecha; pues también el invierno asiste al verano, ya que conserva todas las cosas que el verano produce.

También el alma es esclava de los pensamientos, y los pensamientos son propios del alma, como la tablilla en la que se escriben; puesto que ella lima con los pensamientos las obras del hombre y las prepara, escribiéndolas, para forzar al cuerpo. Cuando el hombre realiza obras malas por el deseo de la carne y, compungido, derrama lágrimas inducido por la virtud del alma, a la que disgustan las obras malas de la carne, ella se somete a las malas obras, porque sirve a la carne. También ella, como escribiendo, le vuelve a recordar con triste sollozo las malas obras que el hombre ha cometido por los deleites de la carne; y como el invierno conserva los frutos

del estío, así el alma ofrece diligentemente al hombre que peca el sollozo con el que se salva.

LXIV. Dentro del pecho, en el que están reunidas las cosas que el hombre quiere hacer, se desarrollan hinchazones de las carnes que originan las mamas, que señalan la fecundidad del aire mencionado; las mamas muestran la fortaleza y la plenitud del hombre, y manifiestan la fecundidad de este aire, para fertilidad de la tierra. Así también el alma sabe qué obras del hombre la arrastran hacia abajo y cuáles la hacen volar hacia arriba como el aire; porque es claro que, como la mente reside en el corazón, así reside la ciencia en el alma. Por esto, todas las obras del hombre se cumplen gracias al alma. Y como el cuerpo humano se viste con indumentarias diversas, así el alma se cubre con las obras de la carne, cualesquiera que sean las vestiduras; éstas aparecen continuamente en ella, visibles sólo para otras almas y para los espíritus, puesto que las cosas que el hombre ha sembrado, también las cosecha, volviendo finalmente a recoger los manojos de sus obras. Pues el deseo del hombre se une a su corazón, como las mamas al pecho, y en ellas está toda la fuerza del pecho; y por ello el alma es obligada a cooperar con el deseo de la carne, de manera que con ella, puesto que es aérea, húmeda y cálida, se cumplen todas las obras, como la fecundidad de la tierra entera es producida abundantemente por el aire.

Pues en ese lugar —el pecho—, el hombre es poderoso en sus fuerzas; pero la mujer vierte leche para los niños que no pueden alimentarse sin ella. Así las fuerzas del alma son las más fuertes, puesto que a través de ellas el alma conoce y siente a Dios, aunque también sirva a los deseos de la carne. Por esto mortifica el cuerpo con un suspiro doliente, mientras éste desprecia servir a Dios contra su voluntad, como el siervo que se aparta de su amo con indignación. Pues el deleite de la carne no tiene las fuerzas del alma, que no le placen los pecados, sino que es conducida por

el movimiento de la sangre ardiente; por ello el cuerpo se aflige a tal punto por las fuerzas del alma, que nunca es capaz de llevar a cabo gozosamente los pecados graves sin sufrir el dolor de los suspiros. Este mismo deleite, comparado con las fuerzas del alma, tiene fortaleza para obrar bien, sino que se alimenta con el gusto de la carne, como el niño se nutre con la leche de la madre, porque es completamente débil, como la mujer si se compara con el hombre en fortaleza. Pero el deseo del alma es penetrante, como la flecha que hiere al hombre al que se arroja. Por ello el deleite de la carne se somete a las fuerzas del alma, quiéralo o no. El deseo del alma le habla al hombre, que vive seguro en los deleites de la carne, reprochándole así: «Atiende, que tu obra es como el lodo que hiede: por esto toda ella será llevada a la confusión, ya que todo lo que exhala un dulce olor ha sido apartado de ti».

LXV. Por ello la mujer es débil y se vuelve a mirar al hombre, para ser cuidada por él, como la luna recibe su fortaleza del sol; y debe estar siempre sometida al hombre, preparada para servirlo. Pues ella cubre al hombre con la obra de su ciencia, porque ha sido formada de la carne y de la sangre, no como el hombre, que fue primeramente barro; por esto él se vuelve a mirar a la mujer en su desnudez, para ser cubierto por ella.

Por esto el deleite de la carne vuelve los ojos hacia el deseo del alma con gran temblor, puesto que a menudo es censurado y superado por ella y, sin embargo, no puede ser separado de las fuerzas del alma; como la mujer vuelve los ojos hacia el hombre para ser cuidada por él, ya que le sirve con temor, así el deleite vuelve siempre la mirada hacia el alma. Pero, una vez que el hombre ha desfallecido totalmente por el deleite de la carne, es despertado de nuevo por la admonición del deseo del alma, al pensar para sí por qué no desiste de los vicios, habiendo sido él constituido con tan gran honor por Dios; y así el alma hace volver su cuerpo hacia el amor de las buenas obras.

El hombre tiene siempre esta diversidad para obrar, como los ángeles están en el goce de Dios y, a través de ellos, son juzgadas las obras malas de los hombres con la ira de su juicio. El alma es un aliento que proviene del espíritu de Dios y, enviada hacia el cuerpo del hombre, no puede obrar nada por sí misma; pero cualquier cosa que le haya sido requerida, relumbra como fuego en su naturaleza con la ciencia del bien, con la que siente a Dios, y con la ciencia del mal, por la que le teme, alegrándose de las buenas obras y afligiendo al cuerpo en las malas. El hombre revive gracias a las fuerzas del alma, de manera que, coligiendo las obras que ha realizado según el deseo de la carne y por las cuales había despojado al alma de sus fuerzas, es movido a las lágrimas, con las que el alma se viste como con una camisa.

LXVI. Por esto, quienquiera que haya lavado sus pecados a través de las lágrimas de la verdadera penitencia, como María Magdalena, que lloró sobre los pies del Señor, no se ruborizará más a causa de ellos. Pero, cuando lacera su carne después de las lágrimas con abstinencias y oraciones, adorna su alma con una túnica purpúrea; a través de ésta se ocultan las cicatrices de las heridas, de manera que nunca sean visibles. El alma siempre busca la penitencia que proviene del hombre, puesto que él tiene el gusto por los pecados; y ella exige ser cubierta por la penitencia, como la mujer cubre al hombre por la ciencia sutil de su obra. Pero el hombre, que se ha apartado de los pecados, con los que ha sido absorbido por el gusto de la carne, realizando obras buenas con dedicación, adorna su alma con coronas áureas y con todos los adornos. Por ello los ángeles se regocijan por esa alma, que era la oveja perdida, y ella se alegra con ellos.

Los vicios y las virtudes son fértiles como la mujer, pues el vicio origina los vicios y la virtud, las virtudes, y el varón, que es fuerte y poderoso según Dios, completa sus obras, es decir, las

buenas y las malas, con la mujer, que fue la primera que causó la caída, pero gracias a ella fueron reparados estos mismos males para mejor.

LXVII. El corazón calienta el vientre y el hígado lo consolida y el pulmón lo humedece, de manera que conserve la recepción de los alimentos hasta su evacuación, como el aire mencionado produce el verdor, el calor y la humedad de todos los frutos que germinan, hasta su madurez.

Así el alma, que es racional e ígnea, emite la racionalidad con el viento, como el fuego ardiente sin viento no produce la llama. En el círculo de la ciencia del bien y del mal, el alma gira con la racionalidad, conoce qué le place o le disgusta a Dios, y distingue las funciones y los nombres de las creaturas; por eso comprende que Dios quiso en su celo abrasar la mala costumbre de los pecados, así como está escrito:

LXVIII. *Un humo ascendía en su ira, y un fuego irrumpía desde su rostro; carbones se encendían desde él.*[5] Esto debe entenderse así: Sobre el hombre, llevado al olvido de Dios al pecar, cae la ira de la venganza de Dios y sus pecados son examinados en presencia de Él a través del fuego; como los carbones extinguidos se encienden por el fuego, así Él prepara los castigos para abrasar los pecados. Pues el hombre, a través de la ciencia del bien y del mal, reconoce que él debe ser castigado por sus malos actos y que las buenas obras, que vuelan en alabanza hacia Dios, ascienden sobre el querubín. Esta ciencia calienta la esperanza de la confianza que el hombre tiene en Dios, y lo refuerza en el temor y en el amor a Él. Puesto que, a través de estas virtudes, se derrama la humedad de las lágrimas y, a través de éstas, se mantienen las buenas obras que deben realizarse en el hombre, como el vientre

5. Sal 18(17),9.

mantiene la recepción de los alimentos hasta su evacuación gracias a la acción del corazón, del hígado y del pulmón.

Todas las obras, buenas o malas, son producidas con la racionalidad del alma aérea y racional, con el verdor de la ciencia, con el calor de la sensualidad y con la humedad de la sabiduría, para conocimiento de los hombres; como el mencionado aire produce el verdor, el calor y la humedad de todos los frutos que germinan hasta su madurez.

LXIX. El vientre, que es sostenido por las costillas y por los otros huesos, que no tienen el jugo de la médula, representa la tierra muelle y fructífera, que ha sido entremezclada con piedras. Según este ejemplo, el alma no tiene en su naturaleza el gusto del pecado, aunque realice los pecados con el cuerpo y aunque lo encienda para las obras que el gusto de su carne exige, a semejanza del viento aéreo, que mueve toda la tierra para germinar. Pues ella contiene el cuerpo en toda su obra, como la tierra muelle y fructífera es afirmada por la interposición de las piedras; y como el niño tierno habla de los pecados que todavía no ha gustado, y como Adán conoció el pecado antes de la prevaricación y no lo gustó, así ella no gusta naturalmente del pecado en el cuerpo que peca. Pero el alma que realiza cosas santas y buenas por los méritos de sus obras es gloriosa ante Dios en el reino celestial; pero si perpetra malas obras, para ella existen grandes castigos por el juicio de Dios. También el hombre bienaventurado es alabado por sus buenas obras ante Dios y los hombres, y por esto su alma se alegra; pero el hombre envuelto por los pecados volubles es llevado a una gran turbación ante Dios y los hombres. Por ello él, huyendo de los hombres a causa de sus pecados, con el sudor de la vergüenza, cuando se reconoce culpable, se lamenta, porque está destinado a la muerte y ha sido despojado del honor de la bienaventuranza, diciendo: *Me tomaron como león ávido de presa, y así como cachorro de león que habita agazapado en*

sus guaridas.[6] Esto debe comprenderse así: Una vez que el hombre ha pecado, es desnudado de toda bienaventuranza por sus pecados, y toda santidad le es arrebatada por su propia voluntad, como el león arrebata aquello que quiere devorar; y a causa de la desdichada turbación de sus pecados, como el cachorro de león en sus guaridas, así él mismo, avergonzándose de sus pecados, se esconde de los hombres para que sus obras no sean conocidas. Así también, cada obra del hombre obtendrá la recompensa en la gloria o el castigo en el juicio de Dios. Pero el alma, que se alegra en la santidad, le dice a Dios: «¡Oh, altísimo Dios, para tu alabanza entrego todos mis votos, porque sin Ti yo nada puedo, a no ser mediante la gracia del Espíritu Santo!».

LXX. El hambre, que pide alimento, corresponde a las flores que preceden al fruto; cuando el vientre está saciado de frutos el hambre cesa, como las flores caen cuando los frutos maduran.

Igualmente el alma, que es el aliento de Dios y tesoro de la justicia, al buscar la verdad con la ciencia del bien y del mal, comprende en su naturaleza que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, puesto que ha provenido de Él, como la chispa proviene del fuego, y hace brillar las obras del hombre como chispas, porque el hombre es iluminado por ella como por una chispa.

El alma hace suspirar al hombre por obras más viles, que él realiza con ella contra Dios; y lo aflige, haciendo que sienta hambre de la justicia de Dios por largo tiempo hasta que, al reconocer sus pecados, derrame lágrimas a causa de ellos, con la penitencia. Por consiguiente, cuando el hombre, al hacer penitencia, haya hollado sus pecados, el alma se sacia por la justicia de Dios; y cuando reúne las flores de las virtudes con las buenas obras, ella, que antes sufría de hambre al dolerse en las malas obras, tan pronto se ve colmada en las obras buenas, ya no siente hambre; puesto que el

6. Sal 17(16),12.

hambre se agota gracias a los frutos de las buenas obras, como cuando las flores caen.

LXXI. El estómago, cuyo asiento está en el vientre y al que envían los alimentos para ser expulsados, unido a las vísceras como un saco, muestra la amplitud del mundo; las creaturas lo colman al germinar y al crecer y lo vuelven casi vacío al extinguirse. Por esto que el hombre, que crece y mengua como la luna, obra a través del alma, que ha sido colmada por todas las creaturas, y como la sangre está en las venas, así todas las obras del hombre están en el alma.

Cuando el alma ha sido colmada de las buenas obras según su deseo, asciende hacia la morada eterna, donde es alimentada con el alimento de vida; y cuando es asaltada por las malas obras, se pierde y desciende a la hedionda putridez de los castigos infernales. Pues Dios, que dio a Adán el precepto, quiere que el hombre esté bajo ese precepto; para observarlo, el alma es enviada penosamente al exilio de la perdición, y si el hombre no conviene a abandonar sus deseos de la carne, no goza las obras de la salvación.

Como el estómago, que recibe y expulsa el alimento, está unido con las vísceras, así ella obra en el hombre con todas las creaturas, sea en el ascenso del bien o en el descenso del mal. Y como las creaturas florecen y reverdecen en el estío, pero se resecan y se marchitan en el invierno, así ella florece y reverdece al alegrarse en las buenas obras, y se seca y se marchita al dolerse en las malas obras.

Tampoco es útil que el estómago esté vacío, como tampoco sería útil para la amplitud del mundo si evacuase a las diversas creaturas. Esta amplitud es la reguladora de las fuerzas de la fertilidad de la tierra, porque no la abandona ni desolada ni vacía de cosa alguna que sea necesaria para la función de los frutos; pues, si el mundo fuese apretado y compactado, de manera que careciera de dilatación, no podría soportar la plenitud de las creaturas que ahora contiene.

Y así no sería útil para el hombre si tuviese sólo una ciencia, puesto que estaría como vacío, y no podría iniciar o completar ninguna obra o discernir la luz del día o las tinieblas de la noche. Él sólo está pleno en las dos ciencias y ama a Dios a través de la buena ciencia con las buenas obras; y también le teme al reconocer las malas obras a través de la mala ciencia.

El alma habita en el cuerpo con gran cuidado, como el padre de familia que, cuidadoso de no ser despojado de sus bienes, habita en su casa; puesto que ella siempre tiene este cuidado, para que el hombre no sea privado de los santos deseos que se producen por causa del acoso de sus pecados. Pero, cuando el hombre ha consentido con su alma, hastiado por sus pecados, ella, alegrándose de allí en adelante, le presenta al hombre todos sus pecados en la amargura, y hace que los deseos celestiales le sean más dulces que la miel, y frecuentemente lo hace santo y lo conduce hacia los reinos celestiales. Pues así como el hombre perecería si tuviese el estómago vacío, así el alma no podría existir sin estas dos ciencias; y al igual que el mundo se secaría si estuviese vacío de frutos buenos y malos, como el alma estaría seca y vacía si careciese de las obras que el hombre realiza gracias a estas dos ciencias. Pues ella regula convenientemente las cosas que son del hombre, al dirigirlo con discreción hacia el recto camino; y gracias a la bondad de Dios, por el cual es divina, realiza santas obras en el hombre, y confía en que él habitará una morada en la tierra de los vivientes. Igualmente juzga aquello que es injusto por la ciencia del bien, por la cual conoce el mal, aunque a menudo realice este mismo mal, forzada por el cuerpo; y si no tuviese esta ciencia del bien y del mal, sería como el fuelle que el artesano no utiliza. Y como el mundo no existiría sin la plenitud de los frutos si no germinase en el verdor, tampoco ella existiría sin el honor y la bienaventuranza de las buenas obras, si no floreciese en la racionalidad de la ciencia del bien y del mal.

LXXII. La mencionada amplitud del mundo contiene en sí el aire que introduce el verdor de la tierra con sus fuerzas y la hace fructífera, y con su frío ventoso seca los frutos que han llegado a la madurez; pero, aunque seque exteriormente la tierra con esta frialdad, ella se hace fecunda interiormente, hasta que puede germinar en el estío. Por ello el Creador de todas las cosas, que fortaleció la tierra para su obra, estableció el alma según su imagen, gracias a la cual el hombre realiza todas sus obras; haciéndola similar a la santa divinidad, es invisible para el hombre, que es obra de Dios y Dios llevará su obra hasta el fin de los tiempos; pero después del último día, cuando el hombre se haya vuelto del todo espiritual, entonces verá en su plenitud a la santa divinidad y a todos los espíritus y almas.

Esta alma es fuerza fructífera, que hace que el hombre entero viva, al moverse con ella; y así como el hombre se atavía y se viste con un paño tejido de hilos, así ella misma, ataviándose con la vestidura de todas las obras que realiza con el hombre, se cubre con ellas, sean buenas, sean malas, así como se recubre con el cuerpo en el que habita. Ciertamente las buenas obras se manifiestan en ella, una vez que se ha separado del cuerpo, como una vestidura en el fulgor del oro más puro que ha sido decorado con cada adorno; pero las obras perversas hieden en ella como una vestidura manchada con lo inmundo. También ella obra con el hombre a semejanza del aire, que envía sus fuerzas a la tierra, a través de las cuales es fructífera y produce sus frutos, y reseca la tierra entera con la frialdad del invierno; ella, sin embargo, conserva en sí el calor para la fertilidad de la tierra, ya que por las fuerzas del alma la niñez, la adolescencia, la juventud y la senectud realizan y completan los frutos de las buenas obras que la edad avanzada reseca por agotamiento; sin embargo, serán conservadas en la fe verdadera para las recompensas de la bienaventuranza eterna después del fin del hombre.

LXXIII. Si la tierra reverdeciera dos veces en el año y engendrara indistintamente, se volvería árida y llegaría a ser como polvo. Por esto se señala que, si el alma conviniera con sus deseos y con la voluntad de su carne, no podría completar ninguna obra; puesto que ella, que tiene vida, es el aliento que atraviesa el cuerpo entero vivificándolo con un toque ligero, como el soplo del aire mencionado vuelve fructífera la tierra entera. Este mismo aire es como el alma de la tierra y la hace reverdecer tocando su humedad con su soplo; y así como este aire, cuyo verdor significa la sangre y cuya humedad significa el sudor en el hombre, es invisible e impalpable en la tierra, así el alma, impalpable en el cuerpo, calienta la sangre y obra invisiblemente en él a través de la racionalidad. Pues el hombre comprende que posee a Dios gracias al alma, y por ello estableció la ley, sea a través de sí mismo, sea a través de otro; y esto le es natural, puesto que el primer hombre recibió en el precepto la ley, que repudió por consejo de la serpiente. Este primer hombre, expulsado al exilio después de la prevaricación del precepto de Dios, no pudo habitar el paraíso, al que sin embargo anhelaba entre muchos suspiros, como también el alma arrastra muchos suspiros al dolerse, cuando es sobrepasada por el cuerpo.

Pero cuando se ha sometido a los deseos de su naturaleza, se alegra en un gran goce; y como la tierra no produce igualmente sus frutos en el frío o en el calor, así ella tiene obras desiguales al obrar mal y bien. Pues a partir de esta naturaleza, en la que el alma es superada por el cuerpo y el cuerpo, por el alma, el hombre de ningún modo puede tener aquella fe pura con la que él pudiera levantar el monte y lanzarlo al mar, como decía el Señor a sus discípulos a propósito del grano de mostaza;[7] Adán tenía esa fe cuando veía con sus ojos exteriores la claridad invisible de Dios, y no dudaba que podía hacer cualquier cosa que quisiere.

7. Mt 17,9; Lc 17,6.

Pero después de la prevaricación, ni Adán ni ningún otro hombre pudo tener esta visión. Por ello, que el hombre fiel se vuelva a mirar a Dios en el espejo de la fe con la mirada interior de su alma y confíe en que será salvado por Aquel que todo lo puede. En esta fe se han hecho muchísimos milagros, al mortificar los deseos de su carne.

LXXIV. Desde el corazón y desde el hígado y desde el pulmón se extienden ciertas venas como conductos que, ayudando al estómago, están presentes en la recepción y la expulsión de los alimentos. De esta manera el alma, que despierta con gran fuerza al cuerpo, al que encuentra durmiendo, siente a Dios en sus muchos caminos. Y al igual que las venas están presentes en el estómago cuando es llenado y vaciado, así ella está presente para el hombre en todo bien y en todo mal; de manera que el hombre es sacudido por ella, al comenzar y realizar los pensamientos, como con la dureza de la maldad y la molicie del deseo carnal; y como los riachuelos sanguíneos corren hacia el estómago, así ella atraviesa el cuerpo entero con sus fuerzas. Y como no sería útil para el estómago si estuviese siempre lleno o vacío, así también sería nocivo para el alma si el cuerpo viviese siempre en las delicias de los deseos de la carne, puesto que fallaría en sus fuerzas al tener hambre de los deseos de su naturaleza; como también el hombre, que incesantemente peca en la abundancia de su carne, a menudo falla en el sentido y en el cuerpo.

LXXV. Por consiguiente, si los alimentos son recibidos en demasía, la carne del hombre se debilita por una herida indigna; y si son consumidos en menor cantidad de lo necesario, la carne se disminuye por carencia. De manera que así el estómago es justamente el regulador de la recepción y expulsión de los alimentos. Así, cuando el alma ígnea haya superado al hombre con su fuerza, de manera que se mortifique al abstenerse de los deseos carnales y

de su propia voluntad, entonces, despreciando a los henchidos de soberbia, a menudo dice por sugestión del diablo: «Santo soy, y debo merecidamente ser alabado y honrado por todos». Y así, mientras los ojos de su alma han sido cegados por la soberbia, no puede tener el goce y el deseo celestial por la excesiva tristeza y, por ello, turbada en el hombre mismo, dice: «¡Ay!, ¡ay! Yo, cegada por la infecta soberbia, he sido despojada de los deseos celestiales, en los cuales vi y comprendí a Dios».

Por ello el hombre, que realiza cosas buenas, no a través de la carne y la sangre, sino por las fuerzas del alma, con la que conoce y siente a Dios, debe cuidarse con esmero de la arrogancia en las buenas obras, para no perder las recompensas de la bienaventuranza eterna. Pues, como la carne del hombre enfermaría si no recibiese alimentos en exceso o menos de lo necesario, así también el alma desfallecería por la arrogancia de la soberbia o por la excesiva abstinencia, que es indiscriminada. Pero el alma, que vivifica el cuerpo y que comprende a Dios en la Trinidad de la unidad, es un espíritu humilde y muestra su humildad en la niñez del hombre, quien aún no tiene la soberbia o el odio en el gusto de los pecados. También se alegra por un tiempo, hasta que el hombre es movido hacia los pecados por los deseos de la carne; ante éstos ella siempre se lamenta, doliéndose. Pues nunca puede obrar plenamente según el deseo de su naturaleza en la vasija de barro del cuerpo, dado que la carne busca el exilio y ella, la vida; y el cuerpo, por el cual es afligida cuando peca, aflige al alma con dolor al mostrarle los pecados inmundos y fétidos y le hace conocer estos mismos pecados en la tristeza.

El estómago, que recibe los alimentos que nuevamente expulsa con hedor, señala al hombre que se deleita en los pecados y luego se vuelve hacia el pesar por la penitencia.

LXXVI. Las vísceras del vientre están adheridas al ombligo, como las demás creaturas se vuelven a mirar la circunferencia de

la tierra; porque el ombligo es la fortaleza del vientre, como la órbita de la tierra es el receptáculo de las demás creaturas; esto significa que el alma, que es la mediadora de las obras del hombre, se alegra en las obras santas y buenas confiando no en sí misma, sino en Dios, y se entristece enrojeciendo por los pecados, en los que sabe que su vasija ha estado envuelta; con tristeza golpea esta vasija, es decir, al cuerpo, como con un aguijón, por el cual el hombre es obligado a lamentarse: «¿Por qué mi alma me entristece por causa de los pecados, con los que he nacido y de los que no me puedo contener, confiando en que pueda enmendarlos antes de mi final?». Así el hombre, al consolarse en los pecados, se alegra en ellos como en el ruido de un banquete.

Por ello el alma, de cuya naturaleza no proviene esta consolación, es colmada por la tristeza, porque ella misma es la vida que proviene de la racionalidad divina, la que mueve al hombre, que es todo él creación. Pues Dios, quien de la vilísima naturaleza del hombre tejió la túnica de su humanidad en la carne virginal de María, ama mucho a la humildad, con la que venció la soberbia y la malignidad del diablo. El alma sostiene al hombre en el bien y en el mal, como una columna sostiene una casa; porque, una vez que el diablo ha huido de Dios en su arrogancia frente a la santidad, comprende, gracias al alma, que él mismo es aborrecible para Dios y para los hombres; e impide que él goce al afligirlo así. Muchos perecen por la arrogancia frente a la santidad, y los más pierden las recompensas de sus esfuerzos; de manera que apenas pueden ser salvados en su final al suspirar por Dios. Pero a aquellos que hayan pecado sin soberbia y por negligencia frente a la santidad y por los deseos carnales, a ellos les perdona Dios los muchos pecados, una vez que hayan suspirado en la penitencia por su causa; y muchos se convertirán posteriormente en santos y en columnas de la Jerusalén Celestial. Pues como el ombligo es la fortaleza de las cosas interiores que se adhieren a él, así las obras, sean buenas o malas, miran hacia el alma, porque ella es la fortaleza de todas ellas.

LXXVII. El ombligo se eleva para ayudar el restablecimiento del hombre mediante los conductos carnales del corazón, del hígado y del pulmón y de todas las vísceras; el aliento del alma mueve todas estas cosas, al igual que el aire regula, soplando, todas las fuerzas de la tierra. Este mismo ombligo está junto al límite de los órganos genitales, así como la tierra, que siempre expulsa en los pantanos inmundicias lodosas y acuosas; porque el calor, el frío y la humedad del hombre, por los cuales es regido, se ocultan en el ombligo; y el alimento y la bebida, con los cuales el hombre se vivifica en la carne y en la sangre, fluyendo hacia las partes inferiores, son arrojados como lodo.

Pues el hombre que obra según Dios con toda creatura a través de las fuerzas del alma, también es duro o blando según la naturaleza de la tierra, de la que una parte es muelle, y la otra, dura; en la dureza del hombre el alma se entristece por su soberbia, y en su blandura, por el gusto de la carne, mientras el hombre, vencido por ella, no haya convenido con su alma. Pues, como el aire regula todas las creaturas en su crecimiento y el ombligo se levanta en ayuda de los alimentos con los conductos carnales, así el alma atraviesa, contiene y completa todas las obras del hombre con sus fuerzas.

Ella también se cubre con las obras del cuerpo, como el gusano en el habitáculo que hace del barro; y como el lodo es movido por los gusanos, que a veces no se ven, así el hombre es movido a las obras inmundas a través del alma invisible. Y aunque ella atraiga hacia sí todas las obras del hombre, como el anzuelo al pez, es vencida, sin embargo, por el cuerpo, que de ningún modo puede resistirle. A causa de los pecados, que realiza forzada por el cuerpo, sabe que ella debe ser castigada y debe ser conducida a los tormentos del juicio, porque así ha siso inscrito en ella. Por esto, durante todo el tiempo que el alma ha permanecido en el cuerpo, emite suspiros de dolor, pues como el ombligo se extiende hasta los órganos genitales, así los pecados se extienden hasta ella y son

lanzados a los castigos con ella, como el alimento del hombre es expulsado en el lodo y la tierra expulsa inmundicias lodosas.

LXXVIII. El hombre llega a la plenitud al florecer en la edad pueril y en la juvenil, y luego se hace árido por causa de la vejez; así como también la tierra se adorna gracias al verdor, al florecer en el estío, y luego empalidece por el frío en el invierno.

Pues cuando el alma ha vencido el cuerpo, de manera que consienta con ella con corazón simple en buena voluntad y se deleite en las buenas obras como con el más dulce alimento, el hombre expresa su deseo celestial: «¡Cuán dulces son las palabras de tu justicia para mis labios, son para mi boca mucho más dulces que la miel!»; y así vive en la inocencia con pueril simplicidad, sin el gusto de la carne. El alma empapa al hombre con sus deseos durante tanto tiempo hasta que reverdece ascendiendo de virtud en virtud y florece en las obras y ejemplos buenos, los que dejó el Hijo de Dios para los hombres; porque ella, no manchada por la herida de los pecados, se alegra y se embellece en él. Y como el verdor, el florecimiento y la maduración de todos los frutos perecen en el frío del invierno, así el hombre perece en todas las obras buenas y malas por la muerte. Pero en tanto que el hombre haya cumplido felizmente las buenas obras en la niñez, en la juventud y en la vejez, su alma brilla con estas obras, y adornada como con piedras preciosas, asciende ante Dios, y el cuerpo, que obraba a través de ella, espera habitar juntos en una agradable morada.

LXXIX. En los riñones, en los que se difunde la fortaleza, así como la voluble insolencia, se señala la riqueza de la tierra; ya que en ellos se levantan las fuerzas del hombre, y se levantan las cosas inconvenientes, como la riqueza mesurada de la tierra produce la abundancia de los frutos, y la riqueza desmedida frutos vacíos, aunque parezcan abundantes. Pues el hombre realiza las cosas bajo el círculo del sol y de la luna en el correr de los meses, en la

sabiduría y en la ciencia y en la discreción, gracias a las fuerzas del alma; también hace el bien y el mal a través de ella, porque es ígnea y aérea según la luna, que crece y mengua. Asimismo a través de las fuerzas de esta alma, que es celestial gracias a la comprensión del bien, el hombre piensa y realiza cada cosa y distingue con la racionalidad la diferencia de los tiempos de las estaciones y los elementos, con los que hace el bien o el mal, y nombra las cosas que conoce. En los riñones se ocultan la fortaleza de la probidad y la debilidad, la prosperidad y la inutilidad, como la tierra germina gracias al sol, a la luna y al aire todas aquellas cosas útiles e inútiles, por las que el hombre vive; así esta fortaleza está en el alma, hasta que a través de sus fuerzas el hombre realiza cosas buenas y malas, útiles e inútiles.

LXXX. La tierra está en una región en medio del aire como el panal en medio de la miel, elevada por diversas colinas, de manera que tiene colinas inhabitables por el calor excesivo, inhabitables por el frío excesivo, y colinas templadas en cuanto al calor y al frío. Ciertamente la tierra está afirmada por las colinas, como una ciudad con torres y fortificaciones. Y las colinas protegen los valles y los montes defienden la tierra contra diversas tempestades; por esto ha sido rodeada y afirmada con montes y colinas como con un muro.

Esto muestra que el alma, que ha sido moldeada enteramente con el cuerpo por el precepto de Dios, conoce por éste que ha de realizar las obras celestiales y terrenales con todas las creaturas. También comprende que Dios, que juzga las obras malas, es alabado en las buenas obras del hombre por todos sus ángeles y santos; pues Él mismo, siendo rey y emperador de todas las cosas en los cielos y liberador en los infiernos, liberó también al hombre, cuando hubo adoptado la mortalidad de la carne; y que el mismo admirable Dios obra muchísimos milagros en sus santos. Pues, una vez que el hombre ha pecado según el gusto de su carne, es recuperado por el alma en la penitencia; pero, en aquel

que haya vencido al alma, al no apartarse nunca de los pecados, en ese hombre el alma se lamenta con voz de lágrimas, por el hecho de que el hambre de su naturaleza nunca es saciada mientras no pueda tener esperanza de salvación en Dios. La gracia de Dios, haciendo que este hombre finalmente reconozca sus pecados en la amarga penitencia, lo refuerza para abandonar el mundo, con lo que el alma se regocija; y así las obras del hombre se asemejan a la tierra, a la que el aire sostiene en todas partes por arriba y por abajo, y el alma está con el cuerpo, como el aire con la tierra y el panal en medio de la miel. Pues así como la tierra tiene colinas templadas para ser habitadas con calor y con frío y otras destempladas e inhabitables, así también el hombre ejerce obras buenas, por las cuales es conducido a la patria celestial, y también obras malas, por las cuales es conducido a los lugares de castigo.

Una vez que ella ha resultado victoriosa al vencer la voluntad de la carne, se deleita con las buenas obras por su naturaleza, puesto que es espíritu y sirve a Dios en el amor de la fe al igual que los ángeles que miran Su rostro. El alma, a la que le son contrarios los deseos de la carne, obliga al cuerpo a hacer las obras buenas y santas; y cuando ha sido vencido por las más poderosas batallas de las buenas obras, por estas mismas buenas obras es adornado y fortificado como una ciudad con torres y fortificaciones.

Pues ella es humilde, y por causa de la más vil naturaleza de la carne, por la cual está oprimida, tiene una voz de lamento; por esta naturaleza, nunca permite que el hombre, que alza su cuello en la soberbia, tenga un goce pleno. Tampoco, dada la naturaleza del alma, puede alegrarse en la penitencia, por el pesar de los pecados; y así el alma contiene al hombre en la verdadera ascensión a la humildad, para que no pueda errar en los vanos caminos de la soberbia. En efecto, el alma, que asciende por la escala de la humildad hacia el alto monte, que es la morada celeste, Jerusalén, advierte al hombre que se aparte de la soberbia y se incline hacia la humildad, para que no se hunda por el engaño de

la antigua serpiente; puesto que así como los valles son defendidos de las lluvias inconvenientes por las colinas, también los hombres son defendidos de los males, por la humildad. Y como la tierra es defendida de las diversas tempestades por los montes y las colinas, con los cuales ha sido defendida y fortificada como con un muro, así el alma llegará, abandonando la confusión del diablo, hasta la patria celestial gracias a las obras santas, fortificadas con la humildad como con un muro.

LXXXI. La tierra ha sido dispuesta en el curso del sol, de manera que sea regulada gracias a él en cada uno de sus lugares. Así también el alma, que ha sido regulada con la sabiduría, empapa al hombre con las gotas que manan de la fuente, que es Dios, para que vaya por los caminos de la discreción y de los santos deseos, al conocer a Dios, y abandone el gusto de sus pecados a causa del amor por Él. El hombre, que obra según los deseos del alma, es iluminado por ella con las obras santas, como la tierra es iluminada por el sol en todas sus funciones.

LXXXII. La tierra ha sido afianzada con piedras y árboles, y el hombre hecho conforme a ella; porque su carne es como la tierra, pero sus huesos son como piedras sin el jugo de la médula, y los huesos, con la médula, son como árboles. Por ello el hombre construye su edificio de tierra, de piedras y de leños, conforme a sí mismo.

Asimismo el alma, a la que le son contrarios los deseos de la carne y que es el pilar del cuerpo entero, al que baña con sus fuerzas, realiza y completa todas las obras en el hombre; y el hombre, jardín florido en el que el Señor apacienta sus ojos, se transforma al obrar según el deseo del alma; pero cuando obra según la voluntad de la carne, no brilla ante los ojos de Dios, como tampoco el sol brilla cuando sufre un eclipse. Pues el hombre, que ha hecho buenas obras, se asemeja a un huerto colmado de todos los buenos frutos, como la tierra está afianzada y adornada por pie-

dras y árboles; pero, cuando ha realizado malas obras por la dureza de los pecados, como la tierra dura que no tiene fruto, así él está yermo ante Dios. Pues la carne del hombre muestra la buena ciencia, que tiene una blandura feraz, y los huesos muestran la mala ciencia, que se endurece contra Dios; los huesos, que no tienen médula, señalan sus malas obras.

El alma obra en el hombre según Dios, ya que así como Él ha constituido el cielo con las cosas celestiales en pleno goce, y como dio a los hombres la tierra para habitarla, así el alma realiza las buenas obras, que son celestiales, con el hombre en el goce, y las malas obras, que son terrenales, en el lamento de la tristeza. Y así la ciencia del bien y del mal son las vísceras del alma, por las cuales enseña al hombre la humildad, que es la materia de todas las virtudes y que en sus fuerzas restringe al hombre en los pecados, de manera que nunca pueda realizarlos gozosamente. Y el hombre que prevé, según su voluntad, todas las edificaciones, como la casa que quiere construir, así el alma dispone las obras en el hombre según sea posible.

LXXXIII. La tierra ha sido dispuesta en el medio del aire, es decir, de manera que el aire tenga igual medida sobre la tierra y bajo la tierra y en cada parte de la tierra. También el alma, enviada por Dios como aliento de vida al cuerpo, instruye al hombre para que obedezca con paciencia los preceptos de Dios en esta vida laboriosa, en la que ambos habitan en una separación tan grande como distan el cielo y la tierra; y advierte que aquel que no es capaz de comprender plenamente con su ciencia qué cosa es él, se vuelva a mirar a su Creador esforzándose en la labor de su lucha con paciencia y obediencia. Pues como el aire está en el medio de la tierra, sujetándola y conteniéndola, así el alma habita en el medio del cuerpo, sosteniéndolo enteramente, y obra en él en relación con lo que exige de ella.

LXXXIV. La vejiga del hombre muestra la inundación de los ríos, que se difunden por toda la tierra de aquí para allá; y como ella recibe y expulsa los fluidos del vientre, así los ríos crecen o decrecen y riegan la tierra entera.

El alma, contraria la naturaleza de la carne y de la sangre, enseña al hombre que se abstenga de pensamientos agitados y que no pierda la esperanza de la gracia de Dios por sus pecados, sino que a causa de ellos se postre a los pies del Señor en verdadera humildad, hasta que Dios omnipotente conceda perdonarle misericordiosamente sus pecados en una amarga penitencia. Pues, cuando ella ha vencido al hombre en su naturaleza humilde, de manera que conviene con él en todas las cosas, atraviesa entonces victoriosamente el cielo, exclamando: «*Anhelé tu salvación, Señor, y tu ley es mi meditación*».[8] Esto debe comprenderse así: Yo te deseé y te sentí en mi carne, que no concuerda por sí misma en el bien con tus preceptos; y yo fui empapada por la fuerza de tu salvación como por el agua veloz, y en la mitad de mis fuerzas y en el medio de mi corazón meditaba en tus mandamientos contra la voluntad de esta misma carne. Como el molino machaca a través de las aguas los granos que se han de comer, así yo, que soy el curso impetuoso del agua en el cuerpo, observo todos tus preceptos, indagando cuidadosamente a partir de mi naturaleza. Pues, como la vejiga del hombre recibe y expulsa la humedad acuosa del cuerpo y los ríos al crecer y decrecer bañan la tierra entera, así el alma victoriosa rige todo el cuerpo, al recibir, según los preceptos de Dios, el bien y al expulsar el mal, cuyas fuerzas crecen en las cosas buenas y decrecen en las malas.

LXXXV. En los lugares donde se expulsa la digestión de los alimentos y de las bebidas se señalan pasajes secretos y subterráneos de los ríos mencionados, porque, tal como la digestión no

8. Sal 119 (118),174.

puede permanecer en el cuerpo del hombre, sino que sale expulsada a la luz, así estos pasajes empujan los ríos y los hacen aparecer abiertamente.

Cuando el alma ha sido apartada de la luz por los pecados enlodados, no puede abstenerse de decir, lamentándose: «¡Ay de mí!, ¡ay de mí! ¡Yo, infeliz, que soy aliento de vida enviado por Dios, he sido envuelta en tan gran hedor de los pecados, que no puedo mirar el cielo con ninguna alegría!, ¡ay de mí! ¿De dónde he venido y dónde iré y de qué me sirven las cosas buenas que Dios creó, si me sumergiré en el infierno?». Pero luego, volviendo en sí, dice entonces: «Confío en mi Dios que en verdadera penitencia pueda ser liberada por su misericordia de los tormentos infernales que he merecido». Y así, consolada y confortada por la gracia de Dios, dice: *«¿Por qué estás triste, alma mía?, ¿y por qué me perturbas? Ten esperanza en Dios, pues que aún lo alabaré, salvación de mi rostro y Dios mío».*[9] Esto debe comprenderse así: Cuando el hombre ha pensado enmendar sus pecados, obligado por la naturaleza del alma, se propone corregir sus pecados, en el goce del agua viva que dice: «¿Por qué me entristezco y estoy perturbado en mi alma, cuando puedo borrar por la gracia de Dios las heridas de mis pecados con suspiros y lágrimas, y confío en que mi alma ha de ser liberada a través de las heridas de mi Señor, quien soportó los clavos y la lanza a causa de mis pecados?». Luego pone de manifiesto las malas obras en amarga penitencia, como es expulsada la digestión de los alimentos y de las bebidas. Como los ríos son llevados a la superficie de la tierra desde las aguas subterráneas, así el rumor más propicio acerca de estas cosas vuela sobre la tierra; pues aquel que había sido destruido en los pecados, se revela en las buenas obras.

9. Sal 42-43 (41-42),6-7.

LXXXVI. La espalda y los costados del hombre muestran la planicie de la tierra. El alma que al obrar es llamada espíritu, realiza con el hombre obras santas y virtudes resplandecientes, por las que Dios es alabado por los espíritus angélicos; y ella es invisible para el cuerpo, al que rige a través de todas las cosas, como Dios, que creó la tierra entera, es invisible para el hombre. Y como el hombre obra poderosamente con la espalda y el costado, así también el alma completa todas sus buenas obras con el cuerpo.

En los muslos y en las posaderas se muestran las colinas y asperezas de la tierra dura e impenetrable; pues como los muslos se adhieren a los genitales y al vientre y sostienen al hombre, y las posaderas lo mantienen estable, así la parte inferior e impenetrable de la tierra está unida a la parte superior blanda y muelle y la contiene con su fortaleza de acero, para que no se disuelva.

Como el hombre rige toda la tierra con sus oficios y la da vuelta con el arado a veces profundamente, y a veces superficialmente, así el alma con las fuerzas y las virtudes atraviesa el cuerpo y le da la vuelta según el gusto de la carne, y con la energía del alma el hombre realiza pecados graves y criminales; pero los pecados más leves, que consisten en obrar con los pensamientos, son realizados por otras fuerzas del alma. El diablo, a causa del odio que tiene hacia su Señor, le sugiere al hombre que se complazca en el placer, y de ese placer asciende un humo cuando el hombre cae en la ira; porque el hombre nunca caería en la ira si careciera del deleite de la carne. El alma, que es vida inmortal y en cuya separación muere el cuerpo, realiza las obras según los deseos de éste, como el viento aéreo hace germinar la tierra; y al obrar en el cuerpo, no cesa de fluir como agua impetuosa.

Todos los ángeles se admiran del que se viste con las santas obras como el atuendo más elegante, ya que estará en su compañía en la alabanza de Dios; y el alma sostiene todas sus obras, como los muslos y las posaderas sostienen al hombre. Y como la

tierra áspera y afilada soporta la parte muelle de la tierra y los ríos, así contienen al hombre entero las fuerzas del alma, que al servirlo se adhieren a él lo mismo que los muslos con los genitales se adhieren al vientre. El alma con sus fuerzas sostiene las obras del hombre, como la parte posterior lo sostiene, y lo obliga a alegrarse en el bien y a entristecerse en el mal, y lo rodea con las buenas obras y con las diversas virtudes, como con eslabones y perlas. Y por ello Juan dice:

LXXXVII. *Vi la Jerusalén, que bajaba del cielo, engalanada como una novia para su esposo.*[10] Esto debe comprenderse así: Esta novia representa el alma santa y adornada, unida a Cristo con la dote de su sangre y que se vuelve a mirarlo como la novia al novio, porque el Hijo de Dios descendió desde el cielo al útero de la virgen, en el cual edificó la nueva y santa ciudad de Jerusalén. Pues los ángeles, que siempre contemplan el rostro de Dios, se admiran en las obras de los santos, que brillan con innumerables adornos junto al rostro de Dios y construyen nuevos tabernáculos al ascender a la Jerusalén Celestial, y refulgen ante ellos como escritura áurea. Por ello resuenan en el sonido del salterio, en la cítara y en la voz de las alabanzas. Dios creó al hombre para que realizase obras brillantes que refulgiesen en el cielo, hasta que los ángeles se admirasen de las obras del hombre como del rostro de Dios. Por ello está escrito: *Apenas menor que los ángeles lo hiciste, lo coronaste con gloria y con honor; lo estableciste por sobre las obras de tus manos.*[11] Esto debe comprenderse así: Dios está siempre presente para los ángeles, que son su alabanza; por esto es visto y conocido por ellos; mientras que el hombre, que es una obra dotada de alma, ve a Dios en la fe y no en la divinidad, pero Dios lo glorifica, lo honra y lo adorna mucho, ya que lo creó para la obe-

10. Ap 21,2 (1).
11. Sal 8,6-7.

diencia de sus preceptos y lo estableció en lo alto de todas sus obras.

LXXXVIII. La parte muelle de la tierra está unida la otra parte dura y férrea que permanece en su dureza, como si fuese de acero, de manera que no pueda romperse ni ablandarse por ninguna inundación de aguas que corran a su alrededor.

Cuando el hombre abraza el deleite de la carne, el alma dice en su naturaleza espiritual: «¡Oh! ¡Ay de la molicie del gusto de la carne, la que yo aflijo y por la que soy afligida!». El hombre luego se lamenta por sus pecados, diciendo: «¡Ay de mí, que nací para tan grandes pecados, que no puedo vencerlos en mí!». Y luego, tan pronto como el alma ha sentido este lamento, atrae hacia sí al hombre, castigándolo en los pecados más que antes y lo entristece a causa de ellos, puesto que las fuerzas del alma se han secado en él. Luego el hombre, al obrar según la naturaleza del alma, la pierde en la mortificación de los deseos carnales, hasta que la encuentra en el deseo celestial. Así también se alza el alma del hombre, en el que no se encuentra la dureza del corazón, como la tierra dura y férrea sustenta su propia parte muelle; y el alma misma afirma al hombre con la fortaleza de la fe como el acero, para que él no falle por los males envolventes de los pecados habituales. Y así la parte de la tierra dura y férrea tiene colinas con rocas, y los ríos, que fluyen en el oriente divididos en cuatro partes, no son tan fuertes para escindirla; y la mueven, pero no la dañan. Este movimiento se produce por el excesivo calor del sol desde aquella parte del firmamento donde el sol asciende; y si la tierra no fuese más por debajo como de hierro o de acero, se escindiría entera por este excesivo calor; desde la otra parte del firmamento, donde el sol se pone, se rompería por el excesivo frío. Pues estas partes de la tierra son inhabitables, tanto por el ardor inmoderado del sol como por el frío inmoderado.

Por eso el alma, que es de naturaleza humilde, combate la soberbia del hombre y le dice: «¿Por qué asciendes a tan gran altura como si te hubieses creado a ti mismo? Pues, si deseas ser y obrar por ti mismo, caerás como el primer ángel». También el alma conoce y siente a Dios, por quien fue hecha esencia espiritual, y comprende que nadie es semejante a Él; por ello, odia la soberbia, que no tiene goce y que quiere ser por sí misma y no obedecer a nadie. Por ello le dice a la mente soberbia de su cuerpo: «Todas las cosas que buscas, son vanas y engañosas, y las que tú llamas honor, éstas son blasfemias; y caerás si crees que tú asciendes sin la ayuda de Dios y de los hombres». El hombre suspira por la aflicción del alma y, al apartarse de las obras de la soberbia, asciende hacia las alturas de las santas obras de la humildad, en la que es sostenido y afirmado en medio de los pecados, como la tierra dura es afirmada por las colinas y las rocas. El hombre realiza obras buenas y santas con los elementos, reviviendo de otro modo para que, condenado por las heridas de la muerte, no se burle ante Dios y los hombres, como tampoco la tierra se fractura en sus fuerzas por causa de los cuatro ríos. El alma, que tiene naturaleza de viento, mueve a cada creatura a través del corazón y de las venas del hombre, mientras realiza con él los pecados, que le son molestos y contrarios, y hace que él mismo llore a menudo después del goce de los pecados y, después de la certeza de esos pecados, lo lleva a una gran confusión.

El hombre, al hacer las cosas que quiere, se expone a una gran enfermedad, cuando ninguna de sus vísceras interiores tiene un camino recto; y así el alma es como una tempestad en el hombre, al afligirlo con los pecados y con la penitencia; y si ella se ha dolido en los pecados, hace que él se duela en la penitencia. El alma soporta al hombre en todo el fervor del pecar y del hacer penitencia, como la tierra férrea y acerada soporta a la tierra muelle, para que no desfallezca; porque ella misma es la virtud vital del cuerpo, que no permite realizar sus pecados con goce y porque lo afli-

ge en los pecados, de manera que apenas tiene esperanza de que se eleve al apartarse de ellos. El alma despierta de nuevo al hombre y lo consuela, para que él confíe en que ha de ser liberado por la gracia de Dios, y no caiga en la dispersión de la desesperación; también la tierra indica esto, al no ser despedazada por el frío excesivo del occidente.

La tierra que es inhabitable por causa del frío o del calor excesivos indica que el hombre, que habita como un peregrino a causa de la expulsión de Adán un pequeño espacio habitable de la tierra, no puede tener certeza en las batallas y las guerras de los pecados y de la penitencia, porque no puede ver el goce pleno de la patria celestial en el exilio de lágrimas, a no ser que, bajo la sombra de la fe, se dirija desde lejos hacia allí. Por ello, cuando no tiene ninguna certeza, dice:

LXXXIX. *Mis días declinaban como la sombra y yo me secaba como el heno.*[12] Esto debe comprenderse así: El hombre es ciego por el pecado original en las cosas pasadas y futuras. Por ello estas cosas en su ciencia son como una sombra. Y porque no tiene certeza alguna, se seca como el heno, ya que todas sus obras le son inciertas. Todos los días del hombre, al agotarse, son llevados al olvido; pero la vida eterna es permanente y nueva, como el verano produce nuevos frutos cada año.

XC. La tierra soporta los montes y las colinas, y no es plana en su redondez, y sin embargo el aire la toca por todas partes; y produce los montes y las colinas arriba y abajo, como el ciervo sus cuernos. El alma, que es aliento enviado por Dios, odia con una encolerizada molestia la avaricia, que es el cuello de la lujuria; ya que el hombre, a causa de estos dos vicios, no puede tener costumbres pacíficas y apacibles ni para sí ni para los demás.

12. Sal 102 (101),12.

El alma ha sido enviada al cuerpo para combatir con el hombre contra la sugestión del diablo, para confusión de éste; porque la lujuria surge en el hombre por la sugestión del Leviatán, quien quiere devorar al mundo entero; por esta lujuria desea él también infestar y atraer hacia sí las almas, como el hombre avaro desea el dinero. El hombre, que es soberbio y avaro, se mide por la posibilidad de pecar, como la tierra, medida por montes y colinas, no es de ningún modo plana; una vez que el hombre ha abandonado el temor a Dios, como si no hubiese de ser juzgado por Él, realiza cualquier cosa que quiere según los deseos de su corazón. Y como el aire no toca la tierra de forma pareja, sino según la cualidad de la tempestad, así el hombre, justificando las obras de la iniquidad, obra injustamente según la vanidad de su corazón.

Pero el alma, con sus fuerzas, hace que este hombre anhele a Dios, al castigarlo a causa de sus pecados y, abatiendo el monte de la soberbia en él, lo obliga a hacer obras santas y buenas en la humildad sobre la tierra, al que antes había obrado pecados en la soberbia, como bajo la tierra. El alma obra el bien y el mal en la potestad de su ciencia y, por la gran aflicción que tiene en el cuerpo por causa de la soberbia, dice: «¡Ay de mí!, ¡ay de mí! ¡De dónde he venido y qué realizo, yo que ahora profiero una voz de lamento con suspiros, y mezclo mi ciencia con la putrefacción de los pecados!». Y así lamentándose, obliga al hombre a adorar al Señor con estas palabras: «¡Compadécete de mí, Señor, ya que he manchado mi alma en los pecados, y sana los dolores de las cicatrices de mis heridas, porque he pecado contra Ti! ¡Oh, Dios mío, enséñame plenamente a realizar las obras santas y buenas, por las cuales mi alma, que mucho he perturbado, será sanada!». Luego el hombre se inclina enteramente ante Dios y, al extinguirse el hambre de su alma, se alegra en el banquete de la penitencia.

XCI. La superficie de la tierra es redonda por abajo como por arriba, y es como hierro frente a las aguas que entran y que flu-

yen a su alrededor. El alma, que se oculta en el cuerpo y vuela en unión con todos sus sentidos, al pensar, al hablar y al obrar, opera en el hombre con cada creatura; en cambio, otros espíritus son sólo alabanza a Dios y no obran. Pues el hombre, de cuyas obras se admiran los ángeles al alabar a Dios, es celestial y terrenal; por ello es alabado con gloria en el cielo y, al obrar, llena la tierra entera, y así la redondez de la tierra se asemeja a la fuerza de su alma, que gira en el cuerpo y en todas las obras humanas, y obra según la naturaleza de la carne y según su propia naturaleza. Por consiguiente, la fuerza del alma es como el acero, con el que son afiladas y endurecidas las armas de hierro, ya que, luchando, vence los deseos de la carne que penetran su naturaleza, para que el hombre no perezca, y esa misma fuerza, para no ser sofocada por el peso de los pecados, se arma en combate contra la falacia del diablo.

XCII. Desde las rodillas hasta el talón hay la misma medida que desde el lugar de la evacuación o desde el muslo hasta la rodilla. Y en la medida de este miembro, a saber, el que está desde la rodilla hasta el talón, se representa el océano, que abarca la tierra entera; pues, así como las piernas se curvan en sus partes posteriores, también estas aguas, que abrazan toda la redondez de la tierra, no franquean su límite. Tampoco estas aguas se precipitan fuera de su curso, porque no exceden sus límites fluyendo como en un surco o en canales, y en profundidad son iguales a las aguas que están sobre el firmamento.

Así el alma, que ha sido constituida en todos los miembros del hombre, se apresura por él en pos de los deseos de la carne, como el fuelle es obligado a soplar. Por ello, lamentándose, le dice al hombre: «¡Ay de mí, ay de mí, putrefacción de cenizas! ¿Por qué fui enviada por mi Dios hacia ti, que me envolviste en tus deseos, de manera que soy obligada por la persuasión diabólica a realizar contigo obras criminales?».

Entonces el hombre, aunque viva en el desvergonzado banquete de los pecados, a causa del lamento del alma, dice para sí: «¡Oh!, ¡ay de mí!, ¿por qué no puedo abstenerme de los pecados, yo que sé que mis obras son impuras frente a Dios y los hombres?; ¿y por qué no temo a mi Dios, que lanza lejos cada mancha de los pecados juzgándola como maldad del diablo?». Luego el hombre, enumerando los pecados, se aparta de ellos en amarga penitencia y es conducido hacia el pesar, en el cual estaba el alma en el momento de pecar, diciendo así: «¡Ay de mí!, ¡ay de mí!, me he olvidado de mi Creador, cuando ni por temor ni por amor a Dios me aparté del deseo de la carne en la ciencia de mi racionalidad!»; y postrándose en tierra, en verdadera penitencia y orando a Dios, clama así: «¡Oh, Dios mío, ayúdame, y con tu sangre sácame de la profundidad de mis pecados, por los cuales estoy hundido como si estuviera en el infierno; y atráeme hacia ti por tu gracia, para que pueda elevarme hacia la salvación!». Así purifica cada pecado con verdadera penitencia.

La medida que hay desde el lugar de la evacuación o desde el muslo hasta la rodilla, indica que la fuerza del deseo es despertada en los genitales del varón y en el ombligo de la mujer por la primera sugestión del diablo, cuando realizan los pecados de la lujuria, deseándolos y obrándolos con igual dedicación a través del mal de este mismo engaño. Pero luego el hombre es conducido al dolor y al pesar de estos mismos pecados gracias al alma; esto también muestra la medida que hay desde las rodillas hasta el talón. En efecto, el talón muestra el lugar del exilio, en el que fue puesto Adán, para que el hombre no se olvide de sus obras, buenas o malas; pues en las malas obras se acuerda de la expulsión de Adán, y en las buenas obras rememora que ha sido creado por Dios.

Dios creó un habitáculo para el alma racional en tan gran plenitud que pudiese ejercer todas sus virtudes en él, como el hombre construye una casa, de modo que pueda realizar en ella todo

lo que quiere; y así los vientos han sido creados por Dios, para que puedan atravesar cualquier cosa con su soplo, en la alegría o en el peligro. Y como el océano no sobrepasa el lugar en el que fluye, así el alma no abandona la condición de alegrarse en las buenas obras y entristecerse en las malas. Cuando el hombre peca según los deseos de la carne, ante Dios es como la noche tenebrosa; y cuando obra según la naturaleza del alma, brilla ante Dios y sus ángeles como la luz del día.

Desde el talón hasta el límite del dedo mayor existe la misma medida que desde la juntura de la mano hasta el extremo de la punta del dedo que se llama medio, como se ha señalado más arriba. Los pies señalan los demás ríos que, dividiéndose por la tierra, la riegan por todas partes. Y como los pies están unidos a las piernas, y las manos a los brazos, así estos ríos cobran sus fuerzas del océano. En efecto, Dios creó el elemento de la tierra que germina a través de las fuerzas de los demás elementos, como la mujer es fértil fecundada por la fuerza del varón.

El hombre, divino por el alma y terrenal por la tierra, es la obra plena de Dios. Por ello conoce las cosas terrenales y reconoce las celestiales en el espejo de la fe. Pues, como desde el talón hasta la punta del dedo mayor y desde la juntura de la mano hasta la parte superior de la punta del dedo medio hay una medida igual, así el alma, por la que el hombre comprende que tiene a Dios, con igual medida posee el cuerpo, sin ninguna falta, y éste la sostiene con igual medida, de manera que el alma no tenga en él ninguna falla en todas las obras que realiza con el cuerpo. Y al igual que la tierra germina cosas útiles e inútiles, así los pies llevan al hombre a obras útiles e inútiles; y como las aguas fluyen desde el océano, así las obras del hombre se cumplen a través del cuerpo y del alma.

XCIII. En la corva de la pierna derecha, donde se curva la pierna del hombre, se indica el viento occidental principal; y en el

muslo y en el talón de la pierna se muestran sus vientos colaterales; en los genitales y en el pie de la pierna se manifiestan los soplos de estos vientos colaterales. En la corva de la pierna izquierda se manifiesta el viento septentrional principal; y en el muslo y en el talón de la pierna sus vientos colaterales; también en los genitales y en el pie de esa pierna se indican los soplos de estos mismos vientos colaterales.

Dios, como ya se ha dicho, marcó en el hombre la constitución de los vientos, es decir, en la articulación de los brazos, en los omóplatos y en las manos, así como en las rodillas, en los genitales y en los pies, en los cuales hay doce articulaciones mayores, como también existen doce vientos.

Las articulaciones de los brazos junto con los miembros que penden con ellos representan el viento oriental y el austral con sus colaterales, como ya se ha dicho; pero las rodillas con los miembros que están unidos a ellas, señalan el viento occidental y el septentrional con sus colaterales; y al igual que estos miembros están unidos a todo el cuerpo, así también estos vientos sostienen el firmamento con sus servidores. Uno de estos vientos está regulado a través del otro por el calor, por el frío, por la sequedad y por la humedad, y ambos ejercen apropiadamente sus oficios, como el hombre realiza las cosas que ordena en su ciencia, con sus brazos y con sus manos. Y como estos miembros difieren entre sí con igual medida, así los vientos distan entre sí con igual distancia.

XCIV. Entre estos vientos el aquilón muestra muy a menudo su aspereza y su horror cuando extiende su ala ventosa hacia la rueda del firmamento y contra el oriente, y cuando desplaza un humo tan terrible como nocivo y emite una humedad fría en el verano, que daña el fruto de la tierra y marchita los árboles. Cuando esto sucede, este soplo horrible se agranda con gran ferocidad y cubre la nube a través de la que brilla la esfera del sol, de manera que el sol parece eclipsado para los hombres. Así este soplo

da un rodeo bajo las nubes. Y así se producen las tinieblas en la tierra. Pero esto no puede ser visto por los hombres, si no lo anuncian los presagios; porque los vientos se mueven con los elementos, como la mano puede ser articulada por el brazo y puede indicar y realizar todas las cosas.

Y aquel soplo juega con la luna a causa de las obras de los hombres contrarias al orden divino, de manera que aparezca variable para ellos: a veces de color negro, a veces del color del hierro y a veces de diversos colores en sus regiones. Por ello su aspecto es terrible para los hombres. Pues el aquilón es peligroso en cada región a la que se dirige y, dañando cada cosa sobre la que sopla, perturba con su frío y su aspereza el soplo cálido, que vuela dulcemente desde el sol con la humedad del rocío y trae a la tierra el verdor y los frutos de los campos; el aquilón evita todo beneficio y prosperidad, pero sostiene a los otros vientos, como el hombre que se apoya en una pared, y así los ayuda; todos los cuerpos luminosos se ven más adornados y espléndidos en las creaturas por contraste de las tinieblas del aquilón, al estar privado de luz. Y según esta condición, el brazo izquierdo sustenta al derecho y lo ayuda.

XCV. Todas estas cosas velan por el alma. Ésta, al permanecer en el cuerpo a semejanza de los vientos —cuyo soplo no se ve, pero se oye—, al ser aérea dilata el aliento, el suspiro y sus pensamientos como el aire que vuela; y se asemeja al rocío por la humedad de la sabiduría, con la que tiene buenas intenciones hacia Dios. Pues, así como el esplendor del sol ilumina el mundo entero y, sin embargo, no se empequeñece en sí, así el alma está entera en la pequeña estatura del hombre, aunque vuele por doquier a través de sus pensamientos, cuando asciende a las estrellas en la alabanza a Dios por las santas obras, y cuando desciende a las tinieblas por las malas obras de los pecados. Esto se ve en el sol que brilla con sus fuerzas en el día sobre la tierra y en la noche

bajo la tierra. El alma asciende por la buena intención y desciende por la mala intención; así las piernas con las corvas son agitadas más arriba y más abajo en su diversa actividad.

El viento occidental, que es a veces temible, muestra la buena intención del hombre, que nunca debe existir sin temor; por este temor el hombre, mientras está en el hedor de los pecados, es sostenido por la corva, cuyo talón y pie indican la voluntad y el deseo de completar las obras con buena intención. Y como sus colaterales ayudan al viento occidental en su función, así la voluntad y el deseo colaboran en la realización de la obra. La parte derecha del viento colateral occidental representa el hecho de que el hombre vence en sí mismo los pecados, al convenir con la parte derecha del alma; pero la izquierda muestra que, superado por los pecados, vive en el olvido de Dios, como en la parte izquierda.

El aquilón, que marchita con su soplo todo el verdor de la tierra, al que ayudan sus vientos colaterales, muestra al hombre que realiza, según la voluntad y el deleite de su corazón, los deseos de la carne, por los cuales se aparta de toda la felicidad de los bienes celestiales. Cuando este hombre no concuerda con el alma al perpetrar cosas malas en la parte izquierda, la fuerza de su racionalidad se lo impide en la parte derecha; y, sin embargo, todas las obras, buenas y malas, son realizadas por ella, como los frutos de la tierra son producidos por el estío. Dios creó el alma con las cuatro fuerzas que posee: fuego, aire, agua y tierra, y la creó sabia para gobernar su vasija, es decir, el cuerpo; con estas fuerzas realiza todas las funciones de este mismo cuerpo, colaborando con él. El alma, antes de ser enviada al cuerpo, no ha cumplido ninguna obra, y no obrará más cuando se haya separado del cuerpo.

En las articulaciones de los miembros del hombre, Dios señaló cuatro vientos con sus colaterales: en los hombros, en los codos, en las manos y en los genitales, en las rodillas y en los pies, de los cuales uno, es decir, el viento oriental, se ha unido a la for-

taleza de la aurora, que obtiene del frío de la noche el rocío que envía sobre la tierra. En la mañana brilla la aurora; en la hora prima el sol ilumina el día; en la tercia comienza a calentar y en la sexta alcanza la plenitud del calor. Con esto se representa que el hombre primero suspira por la buena intención, luego llora y, después de las lágrimas, comienza las buenas obras que posteriormente cumple con el ardor de la buena intención.

El hombre, que arde fuertemente en la santa intimidad con las buenas obras, es como el austro, que primero comienza a vivir santamente por los suspiros y por la buena intención, como en el oriente; pero luego cesan las guerras turbulentas, con las cuales el alma domaba al cuerpo como en el occidente, como el calor del sol, que comienza en el oriente, arde plenamente en el austro y se entibia en el occidente. Pues, como el oriente y el austro se unen en el calor del día, así el alma une una virtud con otra virtud, y realiza todas las buenas obras, como las manos con los brazos. Pero, terminado el día, el sol desciende en el occidente, como las rodillas de los hombres corren, con los pies, sobre la tierra. Al atardecer la alegría del día cae en el hastío, y el hombre ya no se alegra con la luz del día, sino que dormitando se hastía. Porque el hombre, obrando según el gusto de la carne y ocupado en las obras carnales, se hace creatura nocturna al olvidarse de las cosas celestiales; pero si realiza las santas virtudes con el alma en el fuego del Espíritu Santo, pierde el ardor de la concupiscencia de la carne en el amor a Cristo.

El alma racional profiere palabras con sonido, multiplicándolas, como el árbol multiplica las ramas, y todas las fuerzas del hombre provienen de ella, como las ramas provienen del árbol, y sus obras, cualesquiera que sean las que realiza con el hombre, son reconocidas como los frutos del árbol. El alma tiene cuatro alas, es decir, el sentido y la ciencia, la voluntad y el intelecto. Gracias al ala del sentido percibe que ella ha sido herida y rechaza las cosas que la carne ama, porque ella es aliento móvil; asimismo,

por el ala de la ciencia, el cuerpo tiene deseo de obrar, porque sabe que él vive gracias al alma; y por el ala de la voluntad, el alma desea obrar con el cuerpo, puesto que ve que así ha sido hecho; por el ala del intelecto conoce los frutos de cada obra, sea útil o inútil, puesto que ella permanece como vida infinita. Y así, a través de estas cuatro alas, teniendo ojos por delante y por detrás con la ciencia del bien y del mal, gracias a la buena ciencia, vuela como ave con las buenas obras por delante gracias a la buena ciencia, y por detrás con las malas obras realizadas con la mala ciencia.

XCVI. Cuando el aquilón ha elevado pavorosamente su soplo, el viento oriental le opone resistencia y el occidental le impide que pueda soplar sobre él; el austro, que es más fuerte que los dos, también lo rechaza, para que no emita su soplo sobre él. Así todos los vientos, desde la salida del sol hasta su ocaso, resisten al aquilón, al que la luz del sol no toca ni ilumina. El aquilón es peor que los otros vientos, pues se volvió tenebroso en la caída del diablo, cuando Dios lo arrojó al lago de las tinieblas exteriores, donde permanece sin ninguna luz. Adán cayó porque los espíritus malignos emiten su soplo desde las tinieblas con las que fuerzan al mundo entero y los hombres al engaño; y hacen esto por aquella maldad con la que se opusieron a la verdadera luz. Pero Dios no permite que se presenten con su terrible forma bajo el sol, sino que se presentan de acuerdo a su intención y a sus costumbres, engañando a creaturas y apartándolas de las buenas obras.

El aquilón, que daña a los hombres y los frutos de la tierra y en el calor del verano emite con sus alas un frío adverso contra el oriente y el occidente, con el que marchita los frutos de la tierra, es similar a la oscuridad y a la maldad de los espíritus aéreos, ya que estos espíritus malísimos enfrían el calor del fuego del Espíritu Santo con el olvido de Dios entre los hombres. El alma es vencida en la lucha con el cuerpo, de manera que, consintiendo con él, es arrastrada hacia los deseos de la carne como el gusano ha-

cia su habitáculo, y manchada con los pecados por la espuma de la serpiente, no recuerda que es aliento de Dios. El alma no permanece mucho tiempo en los pecados, sino que suspira y gime a causa de su abrazo, que anhelaba como si fueran grandes delicias; ella, que tiene sus pecados no en las delicias, como antes, sino en el pesar, persiste en las buenas obras combatiendo contra sí misma.

Cuando el hombre se entrega a la mala ciencia y atiende el consejo de la serpiente, olvidando a Dios por el fervor del deseo, este deseo arde más fervientemente en él por el soplo del arte diabólica y lo engaña diciéndole así: «¿Cómo puedes contenerte, de manera que tu carne no haya sido sacudida por el deleite, siendo hombre y pudiendo llegar a ser limpio al hacer penitencia?». Pues este hombre, a semejanza del viento que produce pavor bajo las nubes, obnubilado en su ciencia por la burla de su mente errante, duerme en las tinieblas del olvido de Dios con los pecados criminales. Y cuando se duerme en sus pecados, olvidando a Dios, es similar a los gusanos más horribles que huyen los hombres que ven la ciencia de Dios. Por ello dicen de él: «¿Qué hombre es éste que no recuerda que es hombre, viviendo en tan grande inmundicia?». Y así huyen de él como de una señal mortífera; y en esta consideración se marcan a sí mismos y sus obras con el temor a Dios a causa del terror, para no asemejarse a él. Y hacen estas cosas debido a las señales que prefiguran los infortunios y las cosas inútiles.

Como la mano señala las cosas con el brazo y los portentos son prefigurados en el movimiento de los elementos, así el hombre en su consideración realiza a través del alma cosas útiles e inútiles. La diversidad del aquilón manifiesta la inestabilidad de las mentes de los hombres que estiman cada cosa según su voluntad al prever las cosas convenientes, confiando en ellos mismos y no en Dios; por esto son semejantes a una nube densa, a través de la que nunca se ve perfectamente el fulgor del sol, cuando atesoran las cosas contrarias a su Creador. Por esto causan pesar a los hombres en la negrura de la malignidad. Como la luna se presenta diferente por su

color variado, así ellos, con el olvido de Dios, se vuelven férreamente duros a causa de la duplicidad del engaño, de manera que se muestran ante los hombres a veces dulces y útiles, sin poseer la recta fe; y, engañados por el arte diabólica, se confunden por sus obras odiosas y maliciosas ante Dios y ante los hombres.

El aquilón es peligroso en toda región y carece de toda utilidad porque, al no seguir el juicio justo del juez, movió al malicioso contra Dios. El aquilón manifiesta la ira ardiente, en la que la sangre del hombre es derramada por la sugestión del diablo, e indica al hombre, que con el odio de su ira alimenta la maldad, a que se inspire en el Espíritu Santo, pues así nunca podrá alabarlo en el dulce sonido del amor. Pues este hombre derrama en su maldad el agua de la deshonestidad sobre todo aquel que había bañado la sabiduría, y lo persigue pisoteándolo por todas partes; y, con las palabras de falsedad, despoja el honor del hombre de caridad, y destruye la paz con palabras de aspereza y perfidia en todo lo que puede.

El aquilón, que ha sido alejado de Dios, recibe todos los vicios de los hombres, para que en él sean mortificados; como la cebada es separada del trigo, así él, separado de toda utilidad y de la bienaventuranza y de la santidad, sostiene todas las virtudes que provienen por inspiración del Espíritu Santo y gracias a él se hacen más hermosas y brillantes, como la pared sostiene al hombre que se apoya en ella. También a través de sus tinieblas se reconocen las cosas brillantes, unidas en la armonía celestial, y que el Hijo del Hombre sembró en la naturaleza virginal; y como la sugestión del diablo seduce a los hombres, así el soplo del aquilón es nocivo para el hombre. Cuando el hombre que ha realizado iniquidades y pecados, como si el diablo le susurrase en la parte izquierda, por efecto de la penitencia y la conversión se acuerda de ellos en la parte derecha, y así es liberado del infierno, como un cautivo, y se hace más fuerte y más santo en las buenas obras por el recuerdo de sus pecados, como la izquierda ayuda a la derecha.

XCVII. Dios volvió hacia el oriente la faz del germen justo, es decir, de Adán, cuando lo despertó y lo levantó y marcó la parte austral de la bienaventuranza en su derecha y las tinieblas exteriores, que son llamadas aquilón, en su izquierda. También grabó en él las fuerzas de los elementos y de las demás creaturas, para que obrase con ellas contra el aquilón, que es el habitáculo de los ángeles perdidos que se separaron de Él, que por su propia voluntad quisieron ser Dios, al negarlo. Por esto Dios quiere que el hombre repudie el aquilón por la parte izquierda y lo arroje hacia atrás y no dirija la mirada hacia él para imitarlo, como tampoco puede ver su propia espalda con su rostro; y que luche contra la serpiente en la batalla de Miguel con todas las fuerzas de la creatura; y que olvide completamente al aquilón en su parte izquierda, al igual que las tinieblas han sido apartadas de la luz.

Así Dios afirmó al hombre con las fuerzas de todas las creaturas y lo vistió con ellas con una completa armadura, de manera que reconozca a las creaturas por la visión, las comprenda por la audición, las distinga por el olfato, sea alimentado por ellas por el gusto y las domine por el tacto. Por ello debe conocer al verdadero Dios, creador de todas las creaturas, para que no intente luchar contra Él, aunque sea engañado por el consejo de la antigua serpiente; porque Dios no lo colmó con las mencionadas fuerzas para que sintiera la tentación de rebajar su mente llegando a la insensatez del ángel perdido. Dios formó al hombre según la constitución del firmamento y de las otras restantes creaturas, como el fundidor con su molde para hacer vasijas. Como Dios midió con igual medida el gran instrumento del firmamento, así también midió al hombre en su pequeña y breve estatura, como se ha dicho más arriba; y así lo creó, para que un miembro unido al otro no exceda su justa medida y su justo peso, a no ser que ocurra por decisión divina; y para que se pueda articular en las muchas partes de su cuerpo, es decir, en el cuello, en los hombros, en los codos, en las manos, en los muslos, en las rodillas, en los pies y en los restantes miembros.

XCVIII. Como Dios marcó el signo de todas las creaturas en el hombre, también ordenó en él las estaciones del año. Pues señaló el estío en el hombre despierto, el invierno en el durmiente; y puesto que, como el invierno esconde lo que el verano produce en el goce, así el hombre durmiente es confortado en el sueño, en la medida que esté dispuesto a emprender cualquier obra con sus propias fuerzas. También distinguió en él los meses cuando distinguió sus cualidades y virtudes.

Pues el mes primero, en el que el sol sube hacia lo alto, es frío y húmedo y tiene mucha diversidad y exuda agua que se hace blanca. Por ello sus propiedades se unen al cerebro, ya que, estando él frío y húmedo, limpia el humor vil expulsándolo por los ojos y por las orejas y por las narices. Así también el alma obra gozosa en la niñez del hombre, que no tiene engaño ni gusto carnal y no la golpea al obrar contra su naturaleza, y el alma es fuerte y poderosa en la niñez, que es simple e inocente en su deseo. Pero luego, al carecer del goce de la inocencia pueril, se entristece grandemente, como el peregrino expulsado de su patria, cuando los humores corporales crecen en el hombre y, manchado por el gusto de la carne, al abrazar la lascivia en el olvido de Dios, se alegra y se regocija en el banquete de los pecados. Pues como el sol sube hacia lo alto en el mes primero, así el alma en la primera edad no se ha unido ni se ha ensombrecido aún por el gusto y el efecto de los pecados, por los cuales el hombre, al carecer de la santidad de las obras legítimas, se vuelve duro en la suciedad y en la vanidad con las diversas costumbres de la inestabilidad. Pero, una vez que el hombre ha derramado la humedad de las lágrimas gracias a la doctrina y a la admonición del Espíritu Santo, se purifica de la fetidez de los pecados en el olor de la dulcísima palabra, evitando la ignorancia y el hastío de las buenas obras.

El segundo mes es purificador en sus propiedades y se muestra en los ojos, porque los ojos acuosos y sucios y pestilentes se

limpian por sí mismos. De este modo, el alma es como la savia en el árbol, porque, así como los frutos del árbol crecen gracias a la savia, así las obras del hombre son realizadas gracias al alma; y cuando sus venas y sus médulas están colmadas, empieza a obrar según los deseos de la carne; y completando estas cosas, a menudo gime, forzado por la naturaleza espiritual de su alma. Así, al considerar con el ojo de la ciencia cómo se ha iniciado en los pecados y cómo los ha cometido sin hacer penitencia, se dedica después a evitarlos, limpio de toda polución.

En el tercer mes, que es tumultuoso y contiene tempestades y pestes y mueve las semillas de la tierra con los diversos soplos, se representan los oídos, en los cuales resuena el sonido de las cosas útiles e inútiles, gracias a las cuales se mueve el cuerpo entero. Igualmente el alma tiene un conflicto contra las fuerzas de su naturaleza en el cuerpo, que es movido y colmado y se conecta con las venas gracias a ella, cuando el hombre, en medio de su juventud, es semejante a un árbol, que primero produce los higos inmaduros y luego los frutos maduros. Pues en el hombre están las tempestades de las inquietas costumbres, cuando comprende qué puede hacer, porque su médula ya es abundante y sus venas están llenas; y entonces el alma tiene en él una voz de lamento y de queja, por el hecho de que su dolor aumenta más y más a causa de sus pecados, pues la vida es lo que mueve todo en el hombre. Pero él, más ávido de alabanza de lo apropiado, al juzgarse sabio pierde el juicio, cuando por su temeridad y su soberbia es como una herida pútrida y es engañado, cuando no se le manifiesta la fama de la honestidad que desea. Por ello el alma, hacia la que se vuelven las cosas buenas y malas, como las cosas útiles e inútiles resuenan en los oídos, y a través de cuyas fuerzas se llevan a cabo todas las cosas, se entristece lamentándose. Pero cuando, sofocado el orgullo de la mente juvenil por la gracia de Dios, se vuelve para enmendar sus pecados, el alma, que antes estaba triste e insuflaba en el hombre las cosas útiles e inútiles, lo mueve a la pe-

nitencia a causa de las obras malas e inútiles, y lo hace regocijarse como en el paraíso por obras buenas y útiles.

A través del cuarto mes, que es verde y fragante y que truena con temor, se representan las narices; en éstas el aliento del alma atrae y emite el olor de todas las cosas, que el hombre elige para sí con temor. A este mes se asemeja el hombre que ha elegido sabiamente el verdor de las buenas obras en su ciencia, gracias al aliento de la racionalidad; en este mes reverdecen los frutos y es fragante, y el rumor de su probidad y utilidad es difundido con un dulcísimo olor por todas partes, en alabanza a Dios. Pero el estrépito de los hombres odiosos y malos repudia las virtudes y las buenas obras del hombre y lo llama injusto y malo, como los judíos decían falazmente que el Señor Jesucristo era injusto y manchado, aún cuando lo conocían como santo y justo en todas sus obras. Pues como este mes resuena con peligro y temor y, sin embargo, no marchita los frutos de la tierra, también las fuerzas y las virtudes del hombre bienaventurado no se marchitan por causa de los mencionados males, sino que perecen aquellos que rechinan en sus dientes. Y así el hombre, al elegir gracias a las narices las cosas más dulces y nobles, con el soplo de la racionalidad las atrae hacia sí, y rechaza las cosas fétidas y sucias; merece las recompensas eternas y es honrado con alabanzas por los hombres, mientras su perseguidor, que carece de las recompensas celestiales, nunca puede ser verdaderamente alabado por los hombres en la tierra. Pues quien teme y ama a Dios, resguarda su mente de todo aquello que es malo, lo mismo que el hombre aparta su nariz de las cosas fétidas y sucias.

El quinto mes es suave y dulce y glorioso en todos los frutos de la tierra; así el gusto de la boca es dulce y agradable, pues con él son reconocidas y sabidas todas las cosas que reaniman al hombre con el goce. Así la racionalidad es la columna y la médula de los cinco sentidos, que son sostenidos por ella y dirigidos para obrar, al igual que la tierra, removida por el arado, se hace fértil

para germinar. Pues la visión, es decir, el sentido de los ojos, a través del cual el hombre ve y conoce las cosas, tiene por derecho la primacía sobre los demás, pues por su posición es más elevado que los demás y así percibe las cosas más lejanas en mayor grado que los otros. Por ello esta visión de los ojos es alegre y gloriosa, porque el hombre, al conocer y al elegir con ella distingue las cosas útiles de las inútiles. Así como el quinto mes, mayo, tiene el más dulce olor de las flores que alegran los corazones de los hombres porque de él provienen los frutos de la tierra con los que el hombre se regocija, así el hombre, en la visión de los ojos, al conocer naturalmente el uso de las cosas naturales, distingue con la agudeza de la racionalidad qué diferencia hay entre las cosas que ve. En verdad, la fecundidad de este mes es semejante al gusto de la boca, a través del cual el hombre conoce las cosas que son útiles para su alimento.

El sexto mes es seco por el calor, se eleva para el desarrollo de los frutos, gracias al aire que introduce la madurez a los frutos y que a veces derrama aguas en abundancia; en este mes se representan los hombros del hombre que, al tener sequedad por el calor, sostienen cada labor y culminan las obras y sostienen el cuerpo entero y, sin embargo, buscan la quietud a causa de la fatiga, como un pájaro afloja sus alas por cansancio y la raíz guarda sus ramas. De este modo el segundo sentido, es decir, la audición, es como una pequeña ala de la racionalidad que sirve para comprender las palabras que recibe. Por eso, cuando los oídos reciben el sonido de cada creatura, se conoce cuál es o dónde está, y entonces el hombre dirige su espíritu para investigarla. Pues la fuerza del alma, que siente a través de los oídos, como no se fatiga al oír, tampoco estando abrumada se sacia de escuchar, sino que más bien tiene el deseo de conocer y de advertir muchas cosas; también el sexto mes, que no es húmedo, dilata con un gran desarrollo los frutos producidos con el suave calor, y comienza a madurarlos. Y como en este mes se difunden temiblemente las

inundaciones de las aguas con los sonidos peligrosos de los truenos, así de entre aquellas cosas que la audición acoge plácidamente de las cosas humanas hay muchas que recibe con horror y tristeza.

La audición es el inicio del alma racional porque si las palabras escritas antes fueron dictadas, a través de la audición, cada cosa dictada y compuesta se lleva a cabo según la intención del hombre. Sin embargo, el alma está obligada a conservar todas estas palabras, buenas y malas, útiles e inútiles, con las que no puede regocijarse plenamente en el inicio de la audición por causa de los suspiros de las lágrimas, porque aún no ha comenzado las buenas obras. También los hombros, que sostienen la humedad de las vísceras y de los otros miembros del hombre, y todo el cuerpo, tienen semejanza con la audición, que es el inicio del alma, a través de la cual se realizan todas las obras, al igual que todas las cargas son soportadas por los hombros. Pues, como las vísceras se ligan unas con otras, así han sido unidas las obras del hombre; y goza, gracias a las buenas obras, por las cuales son puestas de manifiesto las malas, y se entristece gracias a las malas obras, por las que se reconocen las buenas, y así, aún cuando permanezca en el goce, luego se entristece. Por esto busca el reposo, como el hombre desea la tranquilidad que no tiene. También el alma, que mientras permanece en el cuerpo está fatigada, es recibida en los tabernáculos eternos por sus buenas obras, y por las malas expuesta a los castigos, según sus méritos.

El séptimo mes tiene grandes fuerzas por el sol ardiente y vuelve maduros y secos los frutos de la tierra, y es quemante a causa de las tempestades, de la aridez y de la lluvia. Como las articulaciones de los brazos, que son fuertes gracias a los omóplatos y las manos, y con los que el hombre se une a todo lo necesario. Así el hombre sabe la naturaleza de cada cosa por el olor, al distinguir y conocer qué es útil y qué inútil; y elige aquellas cosas que corresponden a la conservación de su naturaleza y las reú-

ne en su seno, hasta que, una vez marchitos los malos humores, por los cuales es regulado, crece en salud, para que los humores no sean extraídos de la fortaleza de la sangre por el jugo corrupto. Pues él, es decir, el hombre, atrayendo hacia sí todas estas cosas en su ciencia, las reúne bajo su potestad, para que el color morado de los humores sea expulsado y para que ellos mismos persistan en la fortaleza de la salud; y así el hombre dispone con fuerza estas cosas usando de la discreción, como las articulaciones de los brazos son fuertes gracias a los omóplatos y a las manos. También en su mente conserva las cosas que pertenecen a su salud y de este modo provee para sí las cosas necesarias, como los frutos maduros son recogidos en este mes.

El alma, que es un aliento que proviene de Dios, posee un camino abrasador, como la sabiduría recorre el círculo del cielo en un camino abrasador. Por ello, el hombre empieza y completa sus obras gracias a ella, en los siete dones del Espíritu Santo y con los cinco sentidos, como el séptimo mes perfecciona los frutos de la tierra. Así pues, estas obras son perfeccionadas para la alabanza por la parte diestra, o para la confusión, por la siniestra, para la madurez o sequedad de los frutos. Pues en el recuerdo de los pecados se derraman lágrimas en amarga penitencia, como el hombre que, con las más poderosas fuerzas del león, sobrepasa a las otras bestias, y holla los vicios y pecados con gran dedicación; él, gracias a la Sabiduría por la cual conoce a Dios, se lamenta a causa de los pecados que le apartan de Dios. Pues el alma, con sus suspiros, por admonición del Espíritu Santo, mueve y sostiene al hombre con mucha fuerza, y hace que reúna en la penitencia todo el verdor de las virtudes para limpiar las heridas de los pecados; por esto ella se regocija, al desear siempre que alcance los tabernáculos eternos y permanezca en ellos sin fin.

El octavo mes es como un gran príncipe en sus fuerzas, que tiene en su potestad las cosas en plenitud. Por ello muestra su alegría y, ardiendo por el calor del sol, produce el rocío a partir de

cierta frialdad, y es horrible en sus tempestades, puesto que el sol ya se ha inclinado hacia las regiones inferiores. Y así sus propiedades se muestran en las manos del hombre, que llevan a cabo muchas obras y tienen la potestad del cuerpo entero; ya que ellas atraen hacia sí y atesoran las cosas que pueden, de manera que el hombre sea alabado por las obras de sus manos. Igualmente el hombre conoce las fuerzas de las cosas de las que se alimenta, más perfectamente a través del gusto de la boca que a través de los demás sentidos, y las tiene en la potestad de su ciencia, como este mes es grande en sus fuerzas. El hombre tiene en sí la alegría, distinguiendo sabiamente las cosas frías y las cálidas de la naturaleza que son adecuadas para su salud, como este mes tiene el ardor del sol y la frialdad del rocío. Pues el hombre en su ciencia reúne las cosas buenas y útiles, apartándose de las peligrosas e inútiles, como las manos realizan con fuerza obras laudables en la probidad, y como el arquitecto construye con la potestad de su arte las estancias de la casa, donde conserva sabiamente su substancia.

El alma, siendo guerrera, penetra con sus propios deseos, superando los deseos ilícitos de los hombres y, al recorrer el círculo de su camino abrasador, asciende en el inicio de su lucha hacia Dios el Altísimo. Combate contra los deseos de la carne con el escudo de la fe y con la armadura de las virtudes y, una vez que los ha vencido, se regocija como el varón guerrero, que ha superado a sus enemigos según su voluntad e intención; ya que, al arder en el calor del verdadero sol, hace suspirar al hombre, de manera que derrame lágrimas en la frialdad de la verdadera penitencia, que marchita todos los pecados. En la penitencia, donde suceden muchas contrariedades, el hombre desciende con humildad al considerarse como lodo, de manera que no tiene esperanza de salvar su alma. Pero luego el alma le propone la cruz y los sufrimientos de Jesucristo, con lo que son lavados los pecados, elevándolo hacia la esperanza y, desde ésta, la penitencia florece para él, ascendiendo

de virtud en virtud, de manera que por cada virtud realizada a través de ella el hombre realice las flores de las buenas obras y de las santas virtudes, por las cuales llegará a estar abrumado. Gracias a la penitencia, el hombre es llevado a obrar diariamente con grandes fuerzas y atesora las obras buenas y santas, con las que la turba celestial se regocija, alabando a Dios.

El noveno es el mes del tiempo maduro y no se muestra terrible por las tempestades, y arrastra el jugo superfluo de los frutos que son buenos para comer, porque él mismo mantiene con seguridad las cosas, como en una bolsa. Por ello se asemeja en sus cualidades al vientre del hombre, donde por el calor del hígado y de las otras vísceras se funde todo lo que penetra en él; también el alimento es expulsado adecuadamente, mezclado con el calor y el frío del modo establecido. Pero este modo establecido es a veces alterado por las enfermedades, como también este mes es apartado de su curso propio por los meses que lo preceden. El hombre, a través del sentido del tacto, reconoce y come aquellas cosas que están maduras para ser comidas, para que no se enferme perturbado por los humores inmaduros, como este mes arrastra el jugo superfluo de los frutos. También el hombre trata de alimentarse no sin moderación, sino adecuada y suficientemente, para que sus humores no puedan ser alterados por la vil infección; y reúne cautamente para sí cada cosa útil, como todo el que guarda diligentemente una cosa que ama, para que no le sea arrebatada. Así, por su tacto, el hombre es semejante al vientre, que arroja las cosas que digiere, mezcladas por el calor y el frío, como en este mes aparecen las cosas maduras, cuyo jugo luego se seca.

El alma, turbada por las muchas batallas y trabajos de las tribulaciones, por la caída de Adán y las luchas de su carne, asciende gozosamente hacia las cosas celestiales en las buenas obras y desciende por la tristeza en las malas obras. Pues ella viste una fortísima loriga, que ha sido tejida y unida muy cuidadosamente, a saber, la paciencia, que ninguna flecha puede traspasar, y lleva al

hombre en su ascenso por las buenas obras para que en el descenso de la verdadera humildad le atribuya todo lo bueno que haya hecho a Aquel que es el Sumo Bien y gracias al cual posee este bien. Cuando el hombre sufre tan gran tristeza por sus pecados, apenas tiene esperanza por la salvación de su alma, y entonces ella, sosteniéndolo de nuevo, pacientemente, le señala que Dios asumió la forma humana para la salvación del hombre y lo levanta desde esta duda hacia la esperanza: *Si subiere al cielo, allí estás tú, si descendiere al infierno, allí estás presente.*[13] Esto debe entenderse así: ¡Oh, Dios, todo ascenso de las obras santas y celestiales de aquellos a los que enciendes con tu fuego, es obra Tuya! Tú que en tu amor introduces en el hombre el rocío del dolor del corazón, gracias al cual florecen las demás virtudes, al reverdecer. Pero, si yo descendiere a la profundidad de los pecados por haberte olvidado, mereciendo así los castigos infernales, y si hubiese suspirado en la verdadera penitencia, clamando por Ti, Tú me ungirías y me salvarías con las gotas de tu sangre, estando presente como mi liberador y mi salvador. La paciencia está en lo alto con la humildad, venciendo a la soberbia, y también está en las tinieblas de los pecados, advirtiendo al hombre que no pierda la esperanza de la misericordia de Dios debido a sus pecados; y así la paciencia mantiene todas las obras en una justa moderación como en su madurez defendiendo de la vanagloria aquellas que se dan en la santidad, y preserva aquellas que se realizan en la putrefacción de los pecados, liberando de la desesperanza. Pues la paciencia está en el recto camino, puesto que no abandona las cosas celestiales ni desprecia las terrenales, sino que holla todos los aguijones de los vicios del diablo falaz en la verdadera luz, que es Dios, y en todas estas cosas ni se alegra en exceso ni cae en la tristeza, aunque a veces sea alterada por el engaño del diablo, al que valientemente resiste con el escudo de la fe.

13. Sal 138,8.

El décimo mes se asemeja a un hombre que está sentado, puesto que no vuela con sus fuerzas en el verdor ni provee calor, sino que deshoja las ramas de los árboles y destila frío; al igual que un hombre, mientras está sentado, se acurruca para evitar el frío; en este mismo mes éste se pone un vestido, y obtiene calor gracias a su vestimenta. Según este ejemplo, el hombre, cuando comienza a enfriarse por la vejez, entonces es más sabio que antes, se hastía de las costumbres pueriles y disminuye en esta edad madura la volubilidad de sus costumbres lascivas y necias, y evita la compañía de los necios, para que no lo desprecien por ignorancia; puesto que los jugos inútiles y diversos del gusto de la carne ya desfallecen en él por el frío de la edad, así tampoco este mes es alegre por el verdor; por causa de esta aridez, las ramas son deshojadas por el frío.

El alma, que ha sido hecha como aliento viviente y prudente por Dios, que es la verdadera sabiduría, enseña al hombre a mantenerse firme en las cosas que son de Dios; y por la gracia de Dios somete con sus fuerzas el cuerpo del hombre bienaventurado —como la señora somete a la esclava— y le produce el deleite en las buenas obras. Pues, si la carne del hombre hubiese sido despertada alguna vez por el gusto del deleite, el alma, indignándose contra él, se sorprende y hace que este mismo veneno cese al extinguirse en sus venas y médulas y, consolándolo y apartándolo de los vicios por la gracia del Espíritu Santo con la doctrina de las escrituras, lo une con las virtudes y lo mira con cuidado para evitar que caiga en los pecados.

El undécimo mes se desvía y cimenta el frío, y no muestra el goce del verano, sino la tristeza del invierno; y el frío cae sobre la tierra y hace que la tierra eche espuma como lodo; y el hombre imita esto cuando dobla sus rodillas para que el frío no lo traspase. Por ello, cuando dobla sus rodillas por la tristeza, acumula pensamientos de dolor en su corazón y se considera como lodo y no tiene una mirada para el goce, pues en la aflicción recuerda

que las rodillas fueron naturalmente dobladas en su origen. De manera semejante el hombre es debilitado por el frío, cuando ha llegado a la vejez y, al no tener el goce de la juventud, se entristece por la carencia de su aridez, en la que es afectado por la esterilidad y exuda humores indignos. Pues el anciano, calentándose junto al fuego por temor al frío, encoge sus miembros, puesto que él mismo es naturalmente frío; como también este mes sin la alegría del verano, al tener todos sus días helados, es semejante a las rodillas del hombre, que dobla en la tristeza cuando recuerda su origen, es decir, cuando, dobladas sus rodillas, permanecía cautivo en el útero de su madre.

Una vez que el alma ha superado al hombre con sus fuerzas, de manera que, gracias a ella, se aparta de los pecados que ha realizado, no puede sin embargo prohibirle que desee pecar; gime en su vasija, que es la carne que habita, puesto que ella baña y mueve el cuerpo entero como el viento que sopla sobre alguna casa, cuyas paredes mueve y cuyas hendiduras o ventanas atraviesa al soplar. Pero, cuando el hombre se arrastra hacia las tinieblas de los pecados, como un gusano hacia el agujero de lodo, entonces el alma, que está ubicada en las venas y en las médulas y en todas las partes de los miembros, no se calienta con el fuego del Espíritu Santo, fallan sus fuerzas y, ya que no puede hacer obras gratas por la naturaleza carnal, gime al pasar por encima de la luz diurna de la santidad, y olvida en su naturaleza qué es o de dónde ha venido. El gemido del alma está lleno de dolores, cuando el gusto de su naturaleza espiritual se ha alejado de ella, porque, al no estar encendida por la gracia del Espíritu Santo, concuerda con el cuerpo para obrar en las obras que él exige de ella, contra su voluntad. Por ello, al obrar contra su voluntad, tiene una gran tristeza, como también el cuerpo tiene siempre tristeza cuando es obligado a obrar según la naturaleza del alma.

El duodécimo mes posee un frío muy poderoso y coagula la tierra con dureza y la cubre con la escarcha del frío y la hace te-

diosa y dificultosa. Por esto, se indican sus propiedades en los pies del hombre, que hollan y dispersan muchas cosas y mezclan la tierra, y no pueden levantarse desde la tierra hacia lo alto, sino que están de pie sobre ella. De este modo el alma del hombre, que en su ira ha derramado la sangre de su prójimo o le ha inferido otra herida al reñir, es manchada gravemente; porque como el cuerpo permanece frío sin ningún calor después de la partida del alma, así ella, endurecida por la ira sin el calor de los dones del Espíritu Santo, olvida su naturaleza; así se muestra manchada de sangre ante Dios, ya que ella se ha apartado de Él, como Caín manchado con la sangre de su hermano. Pues en la ira del hombre la sangre se desborda. Por ello, abandonado por sus rectos sentidos, se vuelve como loco; por las pasiones irracionales de la ira y de la blasfemia, con el corazón y con la boca mutila a su hermano, al envidiarlo por su felicidad, y dispersa sus bienes con su pensamiento y palabra; y por ello, por el mal del odio en su alma, es homicida ante Dios. Pues rechina sus dientes contra él, cubriéndolo de palabras maliciosas, rumiadas con odio en su corazón, y no encuentra ninguna dulzura de santidad por causa de la dureza de los caminos injustos, ni puede sembrar las semillas de las obras buenas; y nunca anhela las cosas celestiales por causa de esta dureza, en la que mora frecuentemente. Por ello aquel que está de este modo ciego, al no ver las obras buenas de la ciencia santa y pura, nunca tendrá los goces de la santidad, que había dispersado en la ira, puesto que él ha sido cargado y manchado como un camello con el peso ignominioso de los pecados. De este modo las propiedades y las virtudes de los meses se ajustan al hombre. Por ello también, por inspiración Mía, dice el salmista:

XCIX. *Hizo la luna para las estaciones; el sol conoce su ocaso.*[14] Esto debe comprenderse así: Dios dispuso que la luna variara con el

14. Sal 103,19.

tiempo, de manera que nutriera todas las estaciones como una madre a su niño, primero con leche, después con alimento. Pues la luna es débil en su menguante y por ello amamanta las estaciones como con leche; pero en su creciente las nutre como con alimento sólido. Dios estableció que el sol brillara sobre la tierra y que se ocultara bajo la tierra. Por esto brilla en el día sobre la tierra, como el hombre está despierto en el día con los ojos abiertos, y en la noche el sol está bajo la tierra, como el hombre en la noche duerme con los ojos cerrados. Así el hombre es terrenal en la carne según lo profundo y es celestial en el alma según lo alto del cielo y conoce las estaciones de los tiempos; porque, estando vivo, se mueve a través de todas estas cosas.

C. Cuando Dios miró al hombre, se complació mucho en él, ya que lo había creado según la túnica de su imagen y según su semejanza, de manera que anunciase todos sus milagros a través de la trompeta de la voz racional. El hombre es la obra plena de Dios, ya que Dios es conocido a través de él y Dios creó a todas las creaturas a causa de él, y le concedió, gracias a la racionalidad, anunciarlo y alabarlo en el beso del verdadero amor. Pero le faltó una ayuda a su semejanza. Por ello Dios le dio la ayuda, que fue la forma de espejo de la mujer; en ella ocultó todo el género humano que había de engendrarse en la fuerza de la fortaleza de Dios, como había hecho al primer hombre en la fuerza de su fortaleza. Por consiguiente, el varón y la mujer han sido así mezclados, como una obra existe gracias a otra; porque el varón sin la mujer no será llamado varón, ni la mujer sin el varón será llamada mujer. La mujer es obra del varón y el varón es la forma de la consolación de la mujer, y ninguno podría existir sin el otro. Y el varón significa la divinidad, pero la mujer significa la humanidad del Hijo de Dios. Por lo tanto, el hombre está sentado sobre el estrado de la tierra y gobierna a toda creatura que, estando bajo su mando, está sometida a él; y él está sobre todas las creaturas, como habla David, por inspiración Mía:

CI. *El Señor dijo a mi Señor: «Siéntate a mi diestra, en tanto pongo a tus enemigos como escabel de tus pies».*[15] Esto debe comprenderse así: El hombre dice: «Aquél, que es Señor y Padre de todas las cosas, dijo a su Hijo encarnado, a quien le ha sido dada por el Padre toda la potestad en el cielo y en la tierra, de manera que Él sea mi Señor, de mí que soy un hombre pecador: "Estando sentado a mi diestra, gobierna, es decir, gobierna al hombre que está a mi derecha, puesto que he sometido a él todas las creaturas; y sométela a ti por la fe, de manera que abandone los ídolos y se vuelva hacia su Creador, es decir, hacia el Dios verdadero. Pero harás esto todo el tiempo que Yo ponga a los rebeldes, que son tus enemigos por causa de su incredulidad, como escabel de tus pies; porque los someteré a ti para siempre y haré que adoren las plantas de tus pies. Pues, una vez que hayan sido convertidos desde su infidelidad, te reconocerán como Dios verdadero"».

Dios creó todas las creaturas por su Palabra, y esta misma Palabra vistió la carne en el hombre, que está a la diestra de Dios, puesto que es el abrazo de su poder. También esta misma Palabra, que es el Hijo del Padre, está sentada sobre el hombre, dominándolo, hasta que se complete el número de sus hermanos, que acontecerá en el último día; y entonces la turba diabólica, con sus secuaces, será sometida como escabel, que existe después del último tiempo del mundo; y entonces se verá y se sabrá quién es y cómo es el Señor, puesto que el mismo Satanás será entonces hollado como escabel y será derrotado totalmente.

CII. El Señor reina poderosamente con su poder en el cielo y fija su mirada en las estrellas, que son encendidas gracias a Él, y fija su mirada en el resto de la creación. Así el hombre está sentado sobre su asiento, que es la tierra, y domina al resto de la creación, porque ha sido distinguido con las insignias de la omnipotencia de Dios.

15. Sal 109,1.

Estas insignias son los cinco sentidos del hombre, a través de los cuales por el poder de Dios, comprende y siente que debe venerar la Trinidad en la unidad y la unidad en la Trinidad, por la recta fe en Dios; y esta veneración es el adorno de los nueve órdenes de ángeles, de los cuales la turba diabólica cayó al ser expulsada. Pero el hombre es el décimo coro, a quien Dios restableció en el primer orden de los ángeles perdidos, puesto que Él quiso hacerse hombre; en su humanidad está la torre, donde caminan los que están en el décimo coro. Por lo tanto, como se ha dicho más arriba, Dios inscribió en el hombre tanto las creaturas superiores como las inferiores. Éste se levantó después de haber sido inspirado por el aliento de vida, que es el alma, y reconoció a todas las creaturas y las abrazó en su espíritu con muy fuerte amor.

CIII. El alma del hombre es ígnea y calienta y vivifica el cuerpo entero del hombre; y ya que el alma es ígnea, el hombre tiene sangre. También tiene caminos ventosos, atrayendo el aliento hacia el interior del hombre y exhalándolo. Cuando lo lleva hacia él, éste se seca interiormente y esto le es muy útil, porque la carne del hombre crece saludablemente por esta sequedad; pero cuando lo exhala, el fuego mengua dentro del hombre y extrae su calor. Por ello también se construye el cuerpo entero con la sensualidad, de manera que el hombre pueda vivir y bañe los cinco sentidos del cuerpo con sus funciones. Y si este calor no fuese exhalado, el fuego del alma sofocaría el cuerpo, como una casa que es devorada por el fuego.

El hombre se viste con la carne y con la sangre, a través de las fuerzas del alma, y se realiza del todo, como los frutos de la tierra se completan por el soplo de los vientos. Porque el alma es ígnea sabe que él tiene a Dios, y por ser aliento espiritual comprende que puede obrar con el cuerpo. Por ello tiene el precepto de Dios, para que realice rectamente sus obras y no mire hacia el lu-

gar vacío del aquilón, donde el primer ángel quería reinar y pereció. Una vez que el orgullo ha reunido la naturaleza propia de su voluntad, por ella, entonces, la soberbia que vuela velozmente se inclina hacia el aquilón, realizando la naturaleza propia de su voluntad, como así ha querido. Pero el orgullo y la soberbia que vuelan son semejantes a las aguas que una nave no puede atravesar, porque la soberbia y el orgullo son molestos para Dios y para los hombres y lo destruyen todo. Por ello sus obras se desvanecen y la caridad no las atraviesa, pues orgullo y soberbia no pueden amar ni ser amados por los fieles, y quieren coger lo que no poseen y disponer las cosas sobre las que no tienen ninguna potestad. Y así se apresuran hacia la destrucción.

El alma es la maestra de la casa de su cuerpo, en la que Dios formó todos los habitáculos que ella habría de poseer, y nadie puede verla, como ella no ve a Dios mientras permanece en el cuerpo, a no ser que lo vea y conozca en la fe; y obra en el hombre con cada creatura proveniente de Dios, es decir, de manera que, como la abeja construye el panal en su celda, así el hombre realiza su obra como un panal con la ciencia del alma, que es como un líquido. Y, puesto que ha sido enviada por Dios, fija los pensamientos en el corazón y los reúne en el pecho, y luego transitan hacia la cabeza y hacia todos los miembros del hombre. El alma atraviesa los ojos, puesto que son sus ventanas, a través de las cuales conoce a las creaturas, y discierne las fuerzas de ellas por la plena racionalidad en la sola palabra. Por esto el hombre realiza cada obra suya en cada una de sus necesidades según la voluntad de sus pensamientos; porque, cuando el viento de la ciencia del alma se mueve en el cerebro, desciende desde el cerebro a los pensamientos del espíritu, y así se realiza la obra de la voluntad. Pues el alma siembra en su ciencia aquello que la obra de sus pensamientos completa, y la obra es fundida por el fuego del alma y se vuelve hacia el gusto, gracias al cual es probada sabiamente.

El alma lleva el alimento de las comidas y de las bebidas hacia el interior del hombre, para que su carne reviva. A través de sus fuerzas ordena disponer cómo crece y cómo subsiste el hombre en toda la naturaleza de su carne, y cómo llena de fuerzas sus vísceras. Pues ella no es carne y sangre, sino que a ambas las colma, de manera que las hace vivir consigo, porque ha nacido racional a partir de Dios, quien inspiró la vida a la primera creatura. Por ello, el alma y la carne son una sola obra en dos naturalezas. Pero, según la realización del plan primero, el alma introduce en el cuerpo del hombre el aire para pensar, el calor para reunir, el fuego para elevarse, el agua para crecer y el verdor para germinar; y está por todas partes, por arriba y por abajo, alrededor y dentro del cuerpo. Y así es el hombre.

CIV. Cuando el hombre obra con rectitud, los elementos siguen su recto camino; pero cuando realiza obras injustas, inclina los elementos con castigos aflictivos. El cuerpo obra con el alma según la voluntad de su deseo, y Dios juzga al hombre según sus obras, para la vida o el castigo. Y el alma fluye hacia el cuerpo entero al pensar, al hablar y al suspirar, como el viento que emite sus soplos por todas partes en una casa. Pero en tanto el cuerpo obre en el hombre con el alma, pertenece a algún lugar y está sometido a la gravedad y no puede levantarse de la tierra; pero cuando el cuerpo sea renovado con el alma viviente, es decir, después del último día, entonces será liviano y alado, como un ave con alas. El alma, mientras está en el cuerpo, siente a Dios, porque viene de Él, y en tanto entrega sus servicios entre las creaturas, no ve a Dios; pero luego, una vez que haya salido de la prisión del cuerpo, se presentará ante la vista del Señor, sabrá entonces qué es ella y qué se le ha adherido mientras permanecía en el cuerpo. Y entonces conocerá la gloria de su gran honor, y pedirá nuevamente su habitáculo, de manera que conozca su gloria con él. Porque ha sido despojada de su amable vestidura, es decir, de su cuerpo, esperará ansiosamente el

último día, en el que verá plenamente el glorioso rostro de Dios con los ángeles, es decir, cuando haya recibido su cuerpo. Luego que esto suceda, nuevamente se encenderán los ángeles en alabanzas, como se encendieron en el primer día por la victoria de su batalla. Pues después del último día serán perfectos en las alabanzas a Dios, y alabarán los nuevos milagros de la obra de Dios, que es el hombre, y de ahí en adelante tañerán la cítara de la gloriosa felicidad; y no serán afectados por este hastío, ni fallarán, ni alcanzarán su fin. Y siempre desearán mirar sin decaimiento el rostro de Dios, y no cesarán nunca de admirar las obras de Dios en el hombre.

Por lo tanto, como ya se ha dicho, así es el hombre con cuerpo y alma, que es también la obra de Dios en cada creatura, como dice Juan, inspirado por mi espíritu:

CV. *En un principio era la Palabra.*[16] Esto debe comprenderse así: Yo, que no tengo inicio y de quien provienen todos los inicios y que soy el primero de los tiempos, digo: «Yo soy el tiempo por mí mismo, jamás provine del sol, sino por quien el sol ha sido encendido. Yo también soy la razón, no de ninguna otra palabra, sino de la que respira toda racionalidad. Hice espejos de mi rostro para mirarlos, en los cuales contemplo todos los milagros de mi origen, que nunca terminarán; y preparé estos mismos espejos con la armonía en las alabanzas, porque tengo la voz como el trueno, con la que muevo todo el orbe de las tierras con los sonidos vivientes de todas las creaturas. Yo, el primero de los tiempos, hago estas cosas porque, gracias a mi Palabra, que siempre estuvo y está en mí sin comienzo, ordené que apareciera una gran luz y con ella innumerables chispas, es decir, los ángeles; éstos, que se despertaron en su propia luz, se olvidaron de mí y quisieron ser como Yo. Y por ello, en un gran trueno, la venganza de mi celo

16. Jn 1,1.

abatió aquella presunción, por la cual me contradijeron, porque hay un solo Dios y no puede haber otro.

»Por ello compuse en mí la pequeña obra, que es el hombre, y la hice a mi imagen y semejanza, de manera que obrase como Yo, ya que mi Hijo debía obrar con la vestidura de la carne en el hombre. También la hice racional a partir de mi racionalidad, y marqué en ella mi poder, como la racionalidad del hombre en su arte abarca todas las cosas a través de los nombres y a través del número; ya que el hombre no distingue ninguna cosa de otro modo, a no ser por los nombres, y no conoce la multiplicidad de las cosas, a no ser por el número. Soy también el ángel de la fortaleza, ya que me anuncio a través de los milagros con las huestes de los ángeles, y que me muestro en la fe frente a todas las creaturas, cuando conocen que Yo soy su creador; sin embargo, no puedo ser proclamado plenamente por nadie».

El hombre es la vestimenta con la que mi Hijo, envuelto en la potencia real, se muestra como Dios de cada creatura y Vida de la vida. Pero nadie, excepto Dios, puede contar las huestes de los ángeles, quienes están presentes de un modo especial frente su real potencia; ni tampoco nadie es capaz de conocer el número completo de aquellos que lo reconocen sólo a Él como Dios de toda creatura; y ninguna lengua basta para determinar a los claman que Él es vida de toda vida. Por ello son bienaventurados quienes habitan con Él.

Dios señaló toda su obra en la forma del hombre, como ya se ha dicho, como también éste se manifiesta en Él con algunos ejemplos.

Pues Él muestra su dominio en el círculo del cerebro del hombre, porque el cerebro sostiene y gobierna el cuerpo entero; y Dios, en los cabellos de la cabeza del hombre, manifiesta su poder, que es Su propio ornamento, al igual que los cabellos que adornan su cabeza. También en las cejas de sus ojos muestra su fortaleza, puesto que las cejas son la protección de los ojos del hombre, de manera que aparten toda cosa nociva y muestren la

belleza del rostro; las cejas son como alas de los vientos, por las cuales ellos se elevan y se sostienen en el aire como un ave que vuela por sus alas y a veces cesa de volar, ya que el viento sopla a partir de la fortaleza de Dios, y los soplos del viento son sus alas.

También en los ojos del hombre muestra su ciencia, a través de la cual ve y sabe de antemano todas las cosas; estos ojos muestran muchas cosas, porque son brillantes y acuosos, como la sombra de las creaturas que se refleja en el agua. El hombre conoce y distingue todas las cosas en su visión; y si careciera de visión, estaría como muerto. También en su audición Dios abre todos los sonidos de las alabanzas de los secretos misterios y de las huestes de los ángeles, por los que Dios es alabado; ya que sería indigno si Él sólo fuera conocido por sí mismo, siendo el hombre conocido por otro hombre en la audición, con la que el hombre comprende las cosas, y estaría vacío si careciese de audición. En las narices, sin embargo, muestra la sabiduría, que es el ordenamiento de los olores en todas las artes, de manera que el hombre conozca gracias a los olores qué orden establece la sabiduría. Pues el olfato se expande en todas las cosas, atrayéndolas para que el hombre sepa qué y cómo son estas cosas. A través de la boca del hombre, Dios manifiesta su Palabra, por la que creó todas las cosas, como por la boca son pronunciadas las cosas con el sonido de la racionalidad; pues el hombre pronuncia muchas cosas al emitir sonidos, como hizo la Palabra de Dios en la creación en el abrazo de la caridad, de manera que nada necesario le faltase a su obra. Y así como las mejillas y el mentón han sido puestos alrededor de la boca, así ocurrió con esta misma Palabra, cuando resonó, al principio de toda la Creación, y todo fue creado; y así *en un principio era la Palabra. Y la Palabra era junto a Dios. Y Dios era la Palabra.*[17]

17. *Ibid.*

Esto debe comprenderse así: En el principio de su origen, cuando la voluntad de Dios, aunque no fuera manifiesta, se manifestó para dar a luz la creación y era la Palabra, principio sin comienzo; *y la Palabra era junto a Dios,*[18] como la Palabra está en la racionalidad, ya que la racionalidad tiene en sí la Palabra y la Palabra está en la racionalidad, y éstas no se pueden separar. Pues la Palabra era sin principio antes del principio de las creaturas y también en el principio de ellas mismas, y esta misma Palabra era junto a Dios y de ningún modo separada de Dios antes del principio y en el principio mismo de las creaturas; ya que Dios en su Palabra quiso que su Palabra crease todas las cosas, como lo había dispuesto de antemano antes de los tiempos. ¿Y por qué se dice Palabra? Porque despertó a todas las creaturas con voz resonante y las llamó junto a sí. Pues lo que Dios manifestó en la Palabra, la Palabra lo ordenó al resonar; y lo que la Palabra ordenó, Dios lo manifestó en la Palabra. Y así *Dios era la Palabra.*[19] Pues la Palabra fue en Dios, y Dios en secreto manifestó en ella toda su voluntad; y la Palabra resonó y dio a luz a todas las creaturas; y así la Palabra y Dios son uno. Cuando la Palabra de Dios resonó, llamó junto a sí a toda creatura que fue ordenada y dispuesta de antemano en Dios, antes de los tiempos, y por su voz todas las cosas han sido despertadas a la vida; como también señaló en el hombre, que repite la Palabra a escondidas en su corazón antes de pronunciar lo que lleva consigo en la emisión de su voz; y así el pronunciar de la Palabra está en la Palabra. Pues cuando la Palabra de Dios resonó, esta misma Palabra se manifestó en cada creatura y este mismo sonido fue vida en toda creatura y por ello también la racionalidad del hombre realiza sus obras a partir de esta misma Palabra; por este mismo sonido produce sus obras al resonar, al clamar y al cantar, porque por la agudeza de su arte

18. *Ibid.*
19. *Ibid.*

hace sonar las cítaras y los tímpanos en las creaturas, ya que el hombre es racional según Dios, gracias al alma viviente; y su alma atrae hacia sí la carne con su calor, en la que aparece la primera forma del dedo de Dios, que Él había formado en Adán; y el alma atraviesa vivificando esta primera forma, llenándola crecientemente en su plenitud. La carne no se mueve sin el alma racional; pero el alma mueve la carne y la hace vivir. La carne está junto al alma racional, al igual que todas las creaturas están junto a la Palabra. Por esto ha creado al hombre en la voluntad del Padre. Pero como el hombre no existiría sin las ramificaciones de las venas, tampoco podría vivir sin las creaturas; y porque es mortal, no concede la vida a su obra, ya que él mismo es vida que se inicia en Dios; y Dios da la vida a su obra, porque él mismo es Vida sin comienzo de vida.

Ella era en un principio junto a Dios;[20] es decir, en aquel principio del cual Moisés, mi siervo, inspirado por Mí, afirma: «*En un principio Dios creó el cielo y la tierra*»;[21] porque la Palabra que resonó, *Hágase,* como allí ha sido escrito: «*Y dijo Dios: "Hágase la luz"*»,[22] era ella misma, una vez que la creatura recibió su inicio junto a Dios, esto es, en una sola identidad con la divinidad; ya que esta Palabra es igual a Él en divinidad; es decir, que la Palabra que está en Dios es inseparable de Él y le es consustancial.

Así *todo fue hecho por ella,*[23] ya que todas las creaturas fueron hechas por la Palabra de Dios como lo quiso el Padre; porque no hay ningún creador, sino sólo Dios. Pues fueron hechas por Él todas las cosas útiles que tienen forma y vida. Él también muestra en los brazos del hombre y en las articulaciones que los unen, la fortaleza del firmamento con sus signos, que soportan y rigen al firmamento mismo, como los brazos con las uniones de sus arti-

20. Jn 1,2.
21. Gn 1,1.
22. Gn 1,3.
23. Jn 1,3.

culaciones señalan el dominio y la acción del cuerpo entero. Pues la diestra es como el austro y la siniestra, como el aquilón, que sostienen el firmamento, para que no avance más allá de donde ha sido dispuesto; como está escrito: *Y en todas estas cosas entre nosotros y vosotros se ha afirmado un gran caos,*[24] es decir, para que las tinieblas no extingan la luz, y para que la luz no expulse las tinieblas.

Y sin ella nada fue hecho;[25] puesto que ninguna creatura fue hecha sin la Palabra de Dios, porque por la Palabra de Dios fue hecha cada creatura tanto visible como invisible, que subsiste en alguna esencia, a saber, en el espíritu viviente o en verdor o en la virtud; y sin ella nada fue hecho excepto el mal, que existe a partir del diablo y, por ello, apartado de los ojos de Dios, ha sido reducido a la nada; puesto que hay un solo Dios, y no hay otro. También el hombre racional, para quien fue dispuesta por Dios la posibilidad de obrar, cometió el pecado, que es llevado a la nada, porque no ha sido creado por Dios; y Dios dispuso tinieblas imperecederas para esta nada, ya que rechazó la luz al huir.

Pero *aquello que fue hecho, era vida en Él;*[26] porque todas las cosas que han sido creadas se manifestaron en la razón del Creador mismo, ya que estaban en su presciencia; sin embargo, no son igualmente eternas como Él, sino que fueron conocidas, vistas y ordenadas de antemano por Él. Pues Dios es la única vida que no ha recibido en sí un inicio de vida. Por ello todo lo que fue hecho era vida en Él, porque por Él fue todo conocido de antemano, y tuvo vida a partir de Dios; de manera que Dios nunca llegó a tener el recuerdo de ello, no lo había olvidado porque estaba en Su presciencia, aunque no haya estado todavía temporalmente en su propia forma. Pues así como no es posible que Dios no sea, tampoco es posible que gracias a Él aquellas obras no se presentaran en

24. Lc 16,26.
25. Jn 1,3.
26. Jn 1,3-4.

la creación, que había sido conocida y ordenada de antemano en Su sabiduría. Y como fue hecho en la creación fue vida en Dios sin extinguirse, ya que había de ser creado para que nada le faltase a la creatura, para tener la plenitud de su desarrollo al crecer; así, las cosas que el hombre obra para sí mismo, le son vida para favorecer la vida, porque subsiste y se perfecciona en ellas. Pero también, puesto que Dios es vida plena sin inicio ni fin, por ello también su obra es vida y esta obra de ningún modo será desdeñada en Él; al igual que Dios señaló también en el pecho del hombre el lugar donde el hombre al desear, al componer y al ascender reúne en sus pensamientos cada cosa, es decir, buena y mala, considerando qué le place o qué no le place; porque lo que le place, lo conserva con goce, mientras le mantenga la vida; y lo que no le place, indignándose, lo arroja de sí, para que no dañe su vida.

Así, todo lo que Dios hizo es vida en Él, porque aquello que tiene vida a partir de Dios existe en su naturaleza propia. Por ello también, como la Palabra del Padre le dio la vida carnal a los hombres, cuando los creó, así también, cuando Dios vistió su túnica, les mostró la vida espiritual, para que se expandieran, marchando para formar las muchedumbres de los seres espirituales gracias a una vida distinta y no según la carne; y así Él tiene a cada pueblo en su mano, puesto que el Hijo de Dios es Dios y hombre. Él abraza al pueblo espiritual en el amor, porque es el Hijo de Dios; pero tiene al pueblo según la justicia, por la cual se ha dicho: *Creced y multiplicaos,*[27] ya que es el Hijo del hombre.

Y la vida era la luz de los hombres,[28] pues la vida, que había hecho nacer a las creaturas, era vida de la vida del hombre, porque vive gracias a ella, le dio la luz a los hombres por la razón y por la ciencia; y en ella los hombres, reconociendo que Él era su crea-

27. Gn 1,28.
28. Jn 1,4.

dor y bañados por esta luz, debían mirar a Dios en la fe, como la luz del día ilumina el mundo. Pues el hombre comprende las alas de la ciencia gracias al cielo, que produce el sol y la luna; ya que el día señala la buena ciencia y la noche, la mala, como el sol muestra el día y la luna, la noche. Y como el hombre, con las creaturas, estaría ciego en la labor de su vida sin estas luces, su cuerpo no podría vivir sin espíritu, así el hombre, sin las alas de la ciencia, no comprendería qué es.

Por ello *la luz brilla en las tinieblas,*[29] como la luz del día brilla en la noche gracias a la luna, para que el hombre distinga las malas obras que han sido separadas de la luz, de las obras buenas; pues la buena ciencia, sustentada por la razón, reprende a la mala ciencia y la expulsa. *Y las tinieblas no la cubrieron,*[30] como tampoco la noche puede ocultar el día, porque este mal no quiere saber ni comprender el bien, sino que huye de él. Dios muestra estas cosas en el corazón del hombre, ya que éste es vida y firmamento del cuerpo entero y sustenta todo el cuerpo, pues en el corazón el pensamiento del hombre es ordenado y la voluntad, apacentada. Por ello la voluntad es como la luz de los hombres, pues así como la luz penetra todas las cosas, así la voluntad abunda en lo que desea y en este mismo deseo, que él considera como la luz, camina a menudo hacia las tinieblas de las malas obras que quiere realizar. Pero las tinieblas no abarcan esta voluntad, de manera que pudiesen arrebatarle la ciencia del bien, aún sin conocer el bien, y aunque no lo realice.

Hubo un hombre, enviado por Dios,[31] quien no tenía gusto por lo terrenal, porque había sido enviado por el Creador celestial y no por el hombre; puesto que el calor de la Palabra de Dios había reverdecido la aridez de la carne de los que lo engendraron,

29. Jn 1,5.
30. *Ibid.*
31. Jn 1,6.

de manera que también su carne sería ajena a la costumbre de los que nacen en el pecado. Pues éstos que lo engendraron, tocados por la gracia de Dios, lo procrearon, y así ha avanzado por la gracia de Dios, enviado para dar testimonio del Hijo de Dios. Por ello también el ángel lo llamó Juan.

Cuyo nombre era Juan,[32] ya que las obras que hizo concordaban con su nombre,[33] porque la gracia de Dios lo había fortalecido, viniendo delante de él y siguiéndole. La gracia de la Palabra, que es Dios, envió a Juan sin la agitación de las vacilaciones de los que están desbordados por las costumbres de los hombres que nacen en el pecado; y por esto tuvo cierta estabilidad según la rectitud de los espíritus que no tienen la vacilación de las costumbres de los hombres ni desean pecar. Dios, que es admirable, le da forma en el vientre del hombre a los milagros que hizo en Juan. Pues el vientre exige las fuerzas de las creaturas, las que recibe y expulsa, para alimentarse del jugo de ellas, como Dios lo estableció. Sin embargo en todas las creaturas, a saber, en los animales, en los reptiles, en las aves y en los peces, en las plantas y en los árboles se ocultan ciertos misterios secretos de Dios, que ni el hombre ni ninguna otra creatura sabe o siente, a no ser que Dios se las dé a conocer. Juan fue enviado admirablemente hacia los elementos y admirablemente se alimentó de ellos, y como había sido separado de la costumbre del pecado, también vivió admirablemente en la abstinencia de los elementos. Y este hombre puro fue digna y admirablemente un mensajero que precedió al oculto Hijo de Dios, gracias al cual fue establecido el mundo en su número innumerable y creadas todas las creaturas. Esto se muestra en el vientre; ya que, así como el mundo contiene todas las cosas, también en el comer el vientre recibe en sí a las otras creaturas. Pero

32. *Ibid.*
33. El significado del nombre de Juan es «en el que está la gracia o la gracia del Señor».

como toda creatura provino de Dios, también Adán llevó a todos los hombres en su forma, y el Hijo de Dios les proporcionó el verdadero alimento, cuando llevó al hombre en su propia humanidad.

Éste vino como testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él;[34] porque Juan, hombre que fue concebido prodigiosamente a la luz de las cosas admirables en comparación con la costumbre del nacimiento carnal, siendo un hombre admirable, vino para dar testimonio de los misterios de Dios por dispensa divina y para que, gracias a las virtudes que obraban en él, diera testimonio de la Luz, a saber, de Dios; en esta luz son encendidas todas las luces, para que los que son encendidos por el Espíritu Santo, creyeran en Dios por sus testimonios, que pronunciaba admirablemente. Por consiguiente, vino como testigo de la divinidad que se revistió de la forma humana. Y así como nació sin el verdor de la naturaleza árida, como le correspondía, así manifestó que mi Hijo nació sin pecado de la Virgen María. Por ello Yo quise esto, que gracias a este milagro que obré en Juan, los hombres creyesen en los milagros de mi Hijo. Y como este testimonio se manifestó en Juan, así el verdadero testimonio ha sido manifestado en los muslos del hombre, que son testimonio de todos los que nacen y de la generación de todo su cuerpo, que ve, toca, piensa, elige y considera en su ciencia las cosas que obra; pues el hombre es milagro de Dios, y por ello es justo dar testimonio de las maravillas de Dios.

No era él la luz, sino [quien] debía dar testimonio de la luz;[35] ya que Juan no fue aquella luz que nunca se divide ni cambia, es decir aquello que es Dios. Pero él vino enviado por Dios, para dar testimonio de Aquel que, siendo la luz verdadera, enciende todas las luces, puesto que Dios es en sí y por sí sin ninguna carencia de necesidad alguna, porque Él mismo había de llevar a cabo todo en

34. Jn 1,7.
35. Jn 1,8.

todas las cosas. Por ello está en toda hechura de su obra. De aquí que también Juan anunció el testimonio testificado de Cristo, ya que así como el fruto es el testigo de la raíz, cualquiera que ella sea, así él se levantó como uno de los milagros de Dios. Por esto ha dado testimonio de sus milagros.

El hombre es la obra señalada y la luz que viene de Dios, que empieza a vivir y que en algún momento abandonará la carne; y por ello da testimonio de Dios, porque Dios no es así.

El era la luz verdadera,[36] que nunca fue oscurecida por sombra alguna y a la que nunca le fue dado el tiempo de servir o de dominar, de disminuir o de aumentar, sino que es orden de todo orden y luz de toda luz que brilla desde sí. Dios nunca surgió en una mañana o en una aurora, sino que siempre fue antes de los tiempos.

Que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo;[37] ya que esta luz baña con el aliento de la vida a todo hombre, que tiene carne y huesos y que viene a este mundo de la mutabilidad creciente y decreciente gracias al origen de los inicios; para que cuando el sol lo haya elevado entre sus luminarias, mire y conozca a las creaturas. Dios, gracias a la chispa viviente del alma despertó al primer hombre, al que formó del barro, de manera que fuese hecho carne y sangre a partir del barro, gracias a esta chispa del alma. Por ello también en sus días siguientes, una vez que la espuma ha sido suavizada por la naturaleza del hombre, se vuelve plenamente carne y sangre gracias a la chispa de fuego del alma; porque, si no fuese despertado de este modo por el calor del alma, no se volvería plenamente carne y sangre, al igual que la materia del primer hombre habría permanecido como barro si no hubiese sido cambiado gracias al alma. Pues como el pan se hace de harina gracias al agua y al fuego, así el hombre se hace carne y sangre por el fuego del alma.

36. Jn 1,9.
37. *Ibid.*

El hombre es como la luz de las otras creaturas que habitan en la tierra, que corren hacia él y lo lamen con mucho amor. Y por ello también el hombre busca más frecuentemente lo que desea con esmero de la creatura por cuyo amor arde. Pero aquella creatura que no gusta del hombre, huye de él y pisotea y aparta todas las cosas que vuelven la mirada hacia él, puesto que, aterrorizada por su temor a él, soporta con dificultad que él exista; y por ello, muchas veces lo ataca, hasta el punto de arrancarle la vida.

Él era en el mundo,[38] cuando vistió el atavío real a partir de la carne de la virgen, en el momento en que la santa divinidad se inclinó hacia el útero, pues Él fue hecho hombre en una naturaleza ajena, y no como cualquier otro hombre, puesto que su carne fue inflamada por la santa divinidad. Por esto, después del último día, una vez que cada hombre haya sido transfigurado, las almas de los elegidos, que estaban antes en el mundo, elevarán al cielo sus cuerpos gracias a la fe. Dios hará estas cosas con su poder, que ninguna creatura puede exterminar; entonces el hombre, como ya se ha dicho, se vestirá de carne y sus huesos serán henchidos por la médula; pero ya no volverá a morir por carencia de alimento y bebida y vida, pues entonces avanzará con las fuerzas de la divinidad sin ninguna vicisitud de diversidad, porque en el Bien ahora es miembro de Cristo, quien soportó muchos sufrimientos y muchísimos oprobios en el mundo, aunque fuese el Hijo de Dios. Esto no lo pudo saber el diablo, inventor de todo engaño, quien sí tuvo comienzo y se apresuró a negarlo con todos sus miembros, los que desprecian a Dios; sin embargo, no pudo impedir que el hombre fuese elevado a una vida inagotable.

Y el mundo fue hecho por Él,[39] de manera que el mundo germinó a partir de Él, y no Él a partir del mundo; ya que la creatura provino de la Palabra de Dios, es decir, que cada cosa es propia

38. Jn 1,10.
39. *Ibid.*

de las creaturas tanto invisibles como visibles, ya que hay unas que no pueden ser vistas ni tocadas, pero otras pueden ser vistas y tocadas. El hombre tiene en sí ambos, alma y cuerpo, pues fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Por ello también ordena con la palabra y obra con las manos. Así Dios dispuso al hombre según Él, porque quiso que su Hijo se encarnara como hombre.

Y el mundo no lo conoció,[40] porque los hijos del mundo, es decir, los que siguen al mundo a causa de la ceguera de su ignorancia, desconocieron al que venía y no reconocieron al que obraba, como el niño desconoce la ciencia y la obra. Por esto en el muslo y en las rodillas del hombre, Dios muestra la infancia ignorante de los incrédulos; porque como el niño no puede andar, ya que sus médulas y sus huesos no han sido aún afirmados, por estar alimentado por la leche y por el alimento blando, y ya que el hombre adulto no es capaz de andar sin piernas, y su pies dependen de sus muslos y rodillas, así, cuando la ciencia y los sentidos de los incrédulos, vacíos del fuego del Espíritu Santo, debían reconocer a Dios, no pudieron caminar en la vía de la rectitud.

Vino a lo suyo,[41] porque había creado el mundo y porque había vestido la carne humana. Por ello todas las creaturas lo señalaron, como una moneda representa a su señor. Pues Dios creó al mundo, y quiso hacerlo tabernáculo para el hombre; y puesto que quiso vestir al hombre, lo hizo a su imagen y semejanza. Y así todas las cosas le pertenecen.

Y los suyos no lo recibieron,[42] a saber, los que Él había creado y que había hecho a su imagen; sin embargo, lo desdeñaron, no reconocieron que Él era su Hacedor y no comprendieron que habían sido creados por Él. Pues los incrédulos no aceptaron su humanidad y, a causa de la obcecación de su incredulidad, no

40. *Ibid.*
41. Jn 1,11.
42. *Ibid.*

reconocieron a Dios en la forma humana. Por ello, en las piernas del hombre se manifiesta su juventud, que es necia e inútil; en su juventud observa el hombre los verdores y las flores y a otras creaturas, y en esa edad se considera más sabio que las otras creaturas; en ese momento su médula y sus huesos han sido plenamente fortalecidos. Así hicieron los judíos y los paganos, quienes, amando la vanidad del mundo, creían que ellos sabían lo que no sabían y eran lo que no eran, y no observaron a través de la fe a Aquel que les había dado la carne y el espíritu. Pues como la juventud engañada se deleita en las creaturas, así entonces el mundo se envolvía en la vanidad; y por ello fue necesario que Dios se mostrase a sí mismo ante ellos y los reuniese junto a sí, como ordenó que la asna y su pollino fuesen desatados y traídos junto a Él, y se impuso sobre ellos con la ley de la verdad.[43]

Pero a todos cuantos lo recibieron, les dio la potestad de hacerse hijos de Dios;[44] puesto que a todos los hombres de cualquier sexo que lo recibieron, al creer que Él era Dios y hombre (porque Dios primero es aprehendido por la fe y luego es aceptado que Dios se hizo hombre), les dio mucho poder en la potestad: que se hagan hijos de su Padre en el reino celestial por su propia voluntad; esto es, que tengan con Él participación en su reino, convertidos en herederos de su heredad, y esto por aquella potestad gracias a la cual el hijo es heredero de su Padre. Porque lo reconocieron como Dios y creador suyo y lo abrazaron por la caridad y lo besaron por la fe y procuraron saber cuidadosa y cautamente todas las cosas a partir de Él, el rocío del Espíritu Santo cayó sobre ellos, de manera que la Iglesia entera comenzó a germinar a partir de ellos y a producir el fruto de los goces supremos. Por ello les fue dado que sean hijos de Dios por la virtud de la verdadera fe.

43. Mt 21,2.
44. Jn 1,14.

A aquellos que creen en su nombre;[45] porque a éstos, que creen y tienen esta fe, ya que son hechos salvos en nombre de Él gracias al bautismo, les fue dada la participación en el reino celestial; puesto que realizan todas sus obras en ardiente amor como si vieran a Dios, y no al alabar el nombre de Dios, sin obras, en la sombra de la fe. Ellos alejan a los dioses extraños, que no pueden hacerse a sí mismos y no son por sí mismos, sino que son compañeros de los hombres. Pero este Nombre, en el que está la verdadera creencia, carece de inicio y a través de él surgieron todas las creaturas, y es la vida gracias a la cual toda vida respira. Por ello este Nombre es adorado por toda creatura. Y según las tres fuerzas que están en este Nombre, cada creatura, que tiene un nombre, subsiste por estas tres fuerzas. Cualquier creatura marchita o corrupta carece de nombre, ya que no tiene vida. Para el nombre de la creatura que tiene vida existen tres fuerzas, una de las cuales se ve y la otra, se conoce, pero la tercera, no se ve. Se ve el cuerpo de la cosa vital y se sabe lo que produce, pero no se conoce ni se ve si tiene vida.

Así Dios manifestó grandes maravillas a través de los pies del hombre, porque, como los pies soportan el cuerpo entero y lo llevan a donde quiere, así la fe sostiene fuertemente y lleva magníficamente por doquier el nombre de Dios con las maravillas que pueden ser vistas y no vistas, conocidas y no conocidas. Tanto el cuerpo del hombre como sus obras se ven, pero mucho más hay en él de aquello que no se ve ni se conoce. Y mientras haya una oscuridad tan grande en el hombre, ¿cómo podría manifestarse Aquel que lo creó? Ninguno de los hombres que vive en el mundo puede conocer a Éste como es.

Los cuales no nacieron de sangre, ni de voluntad de la carne, ni de voluntad de varón, sino que nacieron de Dios.[46] Pues el Hijo de Dios

45. *Ibid.*
46. Jn 1,13.

dijo: *Lo que nació de carne, carne es y lo que nació del Espíritu, espíritu es;*[47] pues la carne, concebida en los pecados, ha nacido de la carne; pero, porque Dios es espíritu, gracias a Él han nacido todos los espíritus; y el espíritu no se convierte en carne, ni la carne, en espíritu, pero el hombre está hecho de carne y espíritu; de otro modo no sería hombre ni sería nombrado. En efecto, Dios formó a Adán, para que viviera eternamente sin estar sujeto al cambio, pero él prevaricó por desobediencia al escuchar el consejo de la serpiente. Por ello la serpiente estimó que él había de perecer totalmente; sin embargo, esto no lo quiso Dios, quien dispuso para él de antemano el exilio del mundo, en el cual concibió y creó a sus hijos en el pecado. Y así, hecho mortal con toda su raza, a través de la espuma del pecado se convirtió en podredumbre hasta el último día, cuando Dios restablecerá al hombre, de manera que de allí en adelante viva como vida inmutable, al igual que fue creado Adán. Pero esta vida no pudo ser igual en los hijos que fueron concebidos y nacieron en los pecados, sino que se originó en la humanidad del Hijo de Dios, al que el Padre Supremo previó de antemano que muriera para liberar al hombre. Pues aquellos que se convierten por la virtud de las buenas obras del Hijo de Dios no tienen esta potestad de ser hijos de Dios por la unión de la sangre de sus padres, por la que son consanguíneos; y no por la voluntad de la carne más débil, que se multiplica en el parto, ni por la voluntad de su parte más fuerte, que es vigorosa para procrear, sino que reciben esto gracias a la recompensa de la revelación divina en la ablución del bautismo y en la efusión ígnea del Espíritu Santo; porque de este modo nacen de Dios y se convierten en herederos de su reino.

Dios había previsto todas sus obras antes de que se formaran; después éstas no permanecieron en sí vacías en la creación de la forma formada, sino que llegaron a tener vida. La carne no sería

47. Jn 3,6.

carne sin vida, puesto que, una vez que la vida se ha alejado de ella, desfallece en la privación. Pero el aliento, que Dios envió a Adán, era vida, ígneo e inteligible. Por su calor el barro de la tierra se hizo rojo en la sangre. Y como toda creatura estuvo en la presciencia de Dios antes de los tiempos, y así los hombres que han de nacer están en su presciencia.

El hombre es capaz de comprender y es sensible; es capaz de comprender, porque entiende todas las cosas; es sensible, puesto que siente las cosas que le ayudan, porque Dios llena toda la carne del hombre con vida, cuando le insufla el aliento de vida. Por ello, gracias a la ciencia del bien y del mal, elige lo que le place y rechaza lo que le disgusta. Dios considera qué se propone el hombre. Pues si el hombre se propusiese aquellas cosas que no son de Dios, Dios se aparta de él; y luego avanzan los que dieron inicio al primer mal, es decir, aquellos que quisieron destruir el cielo, lo que no tocaba a Dios, ya que sería impropio que Dios se destruyese a sí mismo. Pero si el hombre hubiese anhelado el nombre de su Padre y lo hubiese llamado con gran anhelo, tendría los auxilios angélicos para no desviarse por sus enemigos; y Dios, gracias al deleite del deseo de las buenas obras, dulcemente le introduce primero leche y luego le derrama la lluvia de su gracia, con la que puede ascender vigorosamente de virtud en virtud. Y de este modo él siempre se renueva en estas virtudes hasta su muerte. Pero el que realiza algo moderado y no grande, siempre camina con vehemencia para realizar lo que puede cumplir; pero aquel que es capaz de hacer muchas y grandes cosas, tiene en ellas una regulada moderación. Pues el diablo quiere una sola cosa, es decir, llevar las almas a la muerte, y no busca ni puede hacer otra cosa, y apenas se contiene hasta el momento de realizar aquello que es capaz.

Dios, que es poderoso en todo y por todo, en todas sus obras, tiene moderación y actúa con la regulación del discernimiento, hasta que el hombre se haga más fuerte y más dispuesto en la estabilidad de los bienes. Pues todo el que camina con vehemencia,

se expone a la ruina. El hombre es la señal del honor de Dios, ya que la buena ciencia que hay en él señala las huestes angélicas que sirven a Dios con alabanzas; pero la mala ciencia que posee manifiesta la potestad de Dios, porque Dios la venció tan pronto como expulsó al hombre del paraíso. Así, en cada hombre, acontece que la bondad de Dios se señala en aquel que obra por la buena ciencia al elegir el bien, y la potestad de Dios se manifiesta en aquel que, al escoger el mal, lo realiza, porque Dios lo juzga y lo perdona.

Por consiguiente el hombre, como ya se ha dicho, es de este modo vida, y todas las cosas que se unen a él son vitales, porque Dios creó al hombre con todos sus apéndices bajo el sol, de manera que no estuviese solo en la tierra, al igual que Dios no está solo en el cielo, sino que es glorificado en todas las armonías celestiales. Todas las cosas, que están alrededor del hombre en la tierra, perduran con él en la tierra hasta que sea alcanzado el número que Dios estableció que fuese alcanzado. El hombre bienaventurado, después de la futura resurrección, no tendrá necesidad de crecer o de ser alimentado, ya que entonces estará en aquella claridad que nunca pasará ni será cambiada. Pues entonces el hombre bienaventurado será vestido con esta claridad por la Santa Trinidad, y Aquel que nunca tuvo inicio ni fin lo mirará, y a causa de esto nunca será afectado por la vejez y el hastío, y tocará la cítara cantando siempre nuevas cosas.

Por consiguiente, como ya se ha dicho, la carne vive gracias a la vida, y la carne no estaría plena a no ser por la vida, y así la carne con la vida y la vida con la carne son una. Dios consideró estas cosas, cuando fortaleció la carne y la sangre en Adán a través del aliento que le envió, porque miró aquella carne con la que debía ser vestido y la tuvo en ardiente amor.

Y la Palabra fue hecha carne y habitó entre nosotros.[48] Pues la Palabra, que estaba eternamente junto a Dios antes de los tiempos y

48. Jn 1,14.

que era Dios, tomó la carne del útero de la Virgen por el ardor del Espíritu Santo; así se vistió con ella, como las venas son la trama de la carne y llevan la sangre y, sin embargo, ellas mismas no son la sangre. Pues Dios había creado al hombre de manera que cada creatura le sirviese. Por ello era adecuado para Dios que recibiese la vestidura de la carne en el hombre. Así pues la Palabra se vistió de carne, es decir, que la Palabra y la carne son una; sin embargo, no de manera que una fuese cambiada por la otra, sino que fuesen una en la unidad de la persona. El cuerpo, que es la vestidura del alma y el alma, junto a la carne, tiene la tarea de actuar; el cuerpo no sería nada sin el alma y el alma no obraría sin el cuerpo; por ello son uno en el hombre, y son el hombre. Así la obra de Dios, es decir, el hombre, fue hecha a imagen y semejanza de Dios. Pues, cuando el aliento del hombre es enviado por Dios, este aliento y la carne llegan a ser un solo hombre. La Palabra de Dios tomó la carne a partir de la carne intacta de la Virgen, sin ningún calor del ardor, de manera que la Palabra es Palabra y la carne, carne, y son una; ya que la Palabra que fue en el Padre sin tiempo, antes de los tiempos, no se alteró, sino que se vistió de carne.

Y habitó entre nosotros;[49] porque el Hombre hecho sin pecado habita entre nosotros como hombre, no desdeñando nuestra humanidad, como nosotros somos hombres con el aliento de vida, hechos a su imagen y semejanza. Por ello también nosotros habitamos en Él, porque somos su obra y puesto que siempre nos tuvo en su presciencia y no se olvidó de nosotros.

Y hemos contemplado su gloria;[50] porque nosotros, que estábamos en Él, vimos de un modo especial que venía en una naturaleza admirable sin ningún pecado y que manifestaba la *gloria como*

49. *Ibid.*
50. *Ibid.*

Unigénito del Padre,[51] porque Él, nacido Unigénito del Padre, de modo admirable antes de los tiempos, viene del Padre, y mostró su gloria admirable cuando la Virgen lo concibió gracias al ardor del Espíritu Santo, sin necesidad de la obra del hombre; mientras que otro hombre cualquiera es engendrado con el pecado por obra de varón, es decir, por obra de un padre. Pues Dios había formado al hombre del barro y le había enviado el aliento de vida. Por ello la Palabra de Dios tomó en el hombre la vestidura real con el alma racional y lo atrajo completamente hacia sí y permaneció en él, pues el aliento, que es llamado alma en el hombre, baña la carne y la tiene por vestidura deseable y adorno bello. Por ello la ama y concuerda con ella; sin embargo, no puede verse en ella. Asimismo el hombre exige la vestidura de la vida por la naturaleza y por el deseo del alma; y porque Dios no creó a ninguna creatura vacía de fuerzas, el hombre realiza siempre obras admirables.

Y esta Palabra es *plena de gracia y de verdad;*[52] ya que era en la gracia plena al crear todas las cosas en la divinidad y al redimirlas en la humanidad y existe en la verdad plena, porque ningún engaño de la iniquidad y del pecado la tocó ni se unió a él, porque Aquel que venció las cosas malas con su lucha, que no son nada sin Él, es el Señor. La Palabra, es decir, el verdadero Hijo de Dios, es pleno de gracia, al dar y al quitar según su misericordia. Y no se agotó en la divinidad, sino que se vistió de humanidad; y su humanidad es plena, puesto que ninguna arruga de pecado de la naturaleza humana lo tocó. Está lleno de verdad, porque da, quita y juzga con justicia; el hombre no hace esto, porque fue concebido y nació en la arruga de los pecados. Así Dios es redondo, semejante a una rueda, al crear todas las cosas, al querer las co-

51. *Ibid.*
52. *Ibid.*

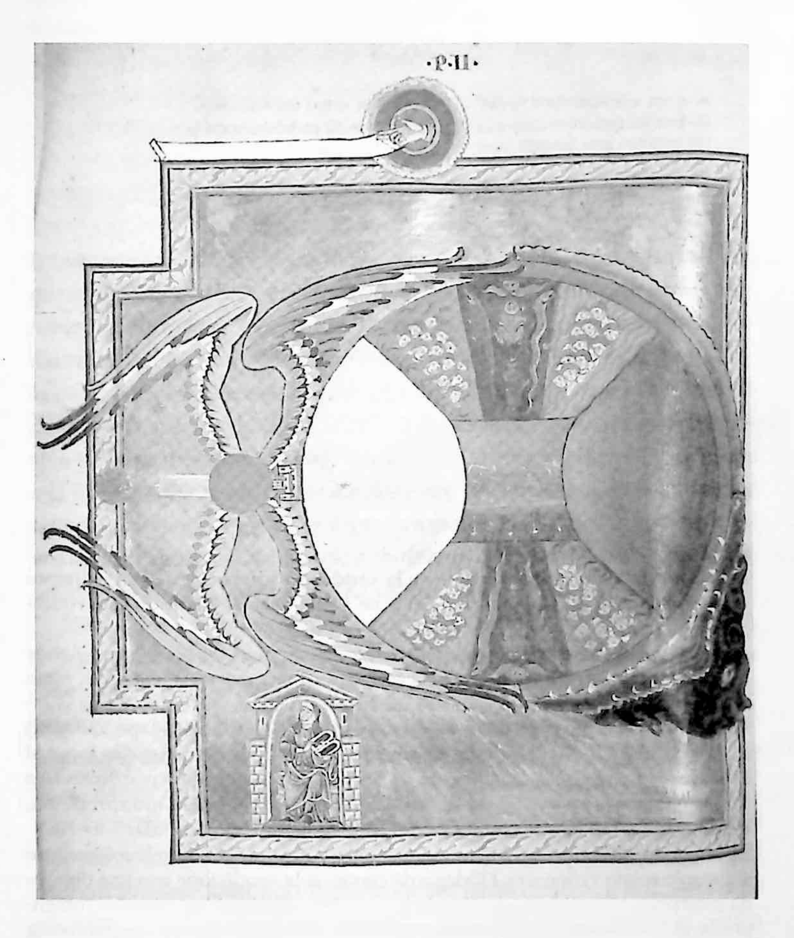
sas buenas y al hacer las cosas buenas. Pues la voluntad de Dios dispuso de antemano todas las cosas que la Palabra de Dios creó.

Por lo tanto, que todo hombre que teme y ama a Dios abra la devoción de su corazón con estas palabras, y sepa que estas cosas han sido proferidas para la salvación de los cuerpos y almas de los hombres, no por un hombre, sino por Mí, que soy.

Primera visión de la segunda parte

[illegible]

[illegible]



Primera visión de la segunda parte

En este texto visionario, así como en la «audición» que le sigue, encontramos una descripción de la redondez del orbe y sus partes, y el todo está rodeado de cuatro alas.

Hildegarda desarrolla largamente una descripción de los lugares donde los pecadores son sometidos a los castigos por sus pecados (cap. VI): están caracterizados porque allí se sufre un frío o un calor extremos y por la inversión de las estaciones del año. En los capítulos siguientes (caps.VIII y IX) de la misma exégesis, Hildegarda alude al juicio divino que tendrá lugar al final de los tiempos y a la aparición de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis (Ap 6), así como a la aparición de la «Antigua Serpiente». En su interpretación, Hildegarda sitúa el infierno fuera del orbe de la tierra (cap. XIII).

Luego de describir los lugares de castigo, y dejando de lado la exégesis de su propio relato visionario, Hildegarda continúa la «audición» con una detallada interpretación de los seis días de la creación, siguiendo en esto los comentarios el Libro del Génesis y una tradición hermenéutica bien establecida (caps. XVII-XLIX).

Como sucede también en todas las visiones de esta obra y muy particularmente en el desarrollo de las visiones de la tercera parte, Hildegarda interpreta aquí los textos bíblicos y sus propios relatos visionarios, en los sentidos «literal», «espiritual» y «moral».

I. *Luego vi la redondez de la tierra separada en cinco partes, de manera que una parte estaba hacia el oriente, otra, hacia el occidente, la tercera, hacia el austro, la cuarta, hacia el septentrión, y la quinta estaba en medio de éstas. Tanto la extensión de la parte oriental como la extensión de la parte occidental eran de igual medida, y cada una tenía la forma de un arco extendido. También la extensión de la parte austral y la extensión de la parte septentrional, siendo de una sola medida, se igualaban a la longitud y a la latitud de las dos primeras partes, salvo que se veían truncadas en sus senos interiores, a causa de los límites interiores curvos de las primeras dos partes, e imitaban la forma del arco extendido, salvo en los límites interiores truncados.*

Estas dos partes, es decir, la parte austral y la parte septentrional, se separaban en tres partes, de las cuales las dos secciones intermedias eran de una sola forma y de una sola medida. Las cuatro restantes que estaban junto al límite tenían otra forma, pero eran equivalentes entre sí y con igual separación, y eran iguales en la longitud y en la latitud de las partes intermedias; en sus senos interiores se veían más estrechas, y en los exteriores, más anchas que las otras dos, y la parte oriental y occidental le daban espacio en cada uno de sus límites, como ya se ha dicho, curvándose aquí más estrechamente hacia dentro, y allí, más ampliamente. La quinta parte de las primeras partes, que estaba en el medio de todas, aparecía con una forma cuadrada y había sido bañada con calor en un lugar, y en otro, con frío y en otro lugar con un equilibrio de aires.

Y la parte oriental brillaba con mucha claridad, mientras la occidental se ensombrecía, cubierta por una tiniebla; la parte austral, que

estaba separada en tres, tenía dos separaciones junto al límite, llenas de castigos. Y mostraba además una tercera y horrible separación, que se veía en el medio, no sólo llena de castigos, sino con otros terrores monstruosos. Porque la parte septentrional que tenía tres separaciones, mostraba cosas horribles en las dos separaciones de los extremos, que abundaban en diversos castigos y, en el medio, con muchos horrores o castigos. Hacia el oriente, sobre la redondez de la tierra, a cierta altitud veía yo un globo rojo rodeado por un círculo de color zafiro, de cuyas partes derecha e izquierda salían dos alas a cada lado; de cada una de estas dos partes se extendía un ala desde cada parte de este mismo círculo, hacia arriba y hacia lo alto, de manera que ambas alas, curvándose en su cúspide, se miraban entre sí; la otra descendía desde estas partes hacia abajo, hasta la mitad de la redondez de la tierra, de manera que estas alas cubrían esta media redondez, abrazándola fuera del firmamento. Y desde esta mitad un círculo rojo, extendiéndose como un arco, abarcaba toda la parte exterior de occidente y ciertas separaciones que estaban fuera de su redondez, es decir, retorciéndose desde el límite del ala austral, alrededor de occidente, hasta el límite del ala septentrional. Desde la misma redondez del lado del oriente, entre las alas, aparecía como un edificio que ascendía el globo, y desde este globo hacia arriba, hasta la mitad de las alas, se extendía como un camino, sobre el cual refulgía una estrella brillante.

Y luego, entre la cúspide de estas alas, se veía un globo ígneo que emitía unos rayos, de manera que desde la cúspide de la redondez de la tierra hasta el globo rojo, y desde el globo hasta la estrella brillante, y desde esta estrella hasta el globo ígneo, había espacios iguales. Asimismo, entre las alas primeras de ambas partes del camino del globo se veían rayos diversos de las estrellas alrededor de la estrella y hasta el globo ígneo.

También del lado del occidente, fuera de la redondez de la tierra, aparecían unas tinieblas, que se extendían como un arco desde cada parte de esta redondez hasta la mitad, por donde descendían las alas. En éstas, entre el ángulo occidental y el ángulo septentrional, había otras tinie-

blas más densas, y más crueles, con una forma de fauces horribles y devoradoras, que se unían con otras tinieblas muy densas y muy malas e infinitas, que estaban más allá de éstas y que eran como la abertura de su boca. Sin embargo, yo conocía estas tinieblas infinitas, aunque no las veía. Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía:

II. Dios suspendió el orbe de la tierra en medio de tres elementos, de manera que no pudiera ni caer ni disolverse; y en esto Dios se muestra maravilloso y poderoso, y de este modo no convierte en polvo la carne ni los huesos del hombre, para poder restituirlos en su integridad en el último día. Una parte de la tierra la hizo brillante, otra, tenebrosa, otra, horrible y otra llena de castigo, y también hizo una apta para el hombre, pero otra no apta para él; porque a algunas almas Él las reúne en su reino, mientras a otras con justo juicio las condena al Tártaro.

Ves la redondez de la tierra separada en cinco partes, de manera que una parte está hacia el oriente, otra, hacia el occidente, la tercera, hacia el austro, la cuarta, hacia el septentrión, y la quinta está en medio de éstas; y esto es así porque, si la tierra fuese angulosa y no redonda, sus ángulos le provocarían carencia y desigualdad de peso. Y si no estuviese separada en cinco partes, no estaría compensada en un justo equilibrio, porque las cuatro partes exteriores le dan el peso en este justo equilibrio; en cambio la quinta, que es la del medio, la hace sólida y estable en este equilibrio; así se señala que el hombre, de quien la tierra es modelo, es afianzado junto a cada cosa que le es necesaria y dirigido hacia la salvación de su alma con los cinco sentidos, que tienen vida en él.

III. Por ello una parte de la tierra, vuelta hacia el oriente, entrega el jugo bueno y el verdor útil a la parte media, como la visión del hombre, dirigida al origen de la claridad, le otorga la salvación del alma y del cuerpo, a él, que está en medio de los elementos.

La segunda parte, que se vuelve a mirar al occidente, da a esta parte una humedad a veces buena y a veces nociva, como la audición que, cuando golpea y penetra el cuerpo del hombre que se vuelve a occidente, le anuncia cosas prósperas o adversas, la salvación o la desesperación del alma.

La tercera parte, inclinándose hacia el austro, introduce el calor regulado con el soplo frío de los vientos, como también el olfato, surgiendo con un vapor desde el calor, le infunde al hombre el olor que proviene de las mezclas calientes y frías y el olor que viene de los suspiros celestiales.

La cuarta parte, que se despliega hacia el septentrión, le introduce a la parte media el frío que viene del septentrión y el calor que viene del oriente, como el gusto, que recibe las cosas frías y que las distingue de las cálidas, golpea al hombre con sabores diversos y con dulzura celestial.

La quinta parte, que está en el medio de las otras, es afianzada en la solidez por ellas y regulada por diversas infusiones, como el tacto, que vive en medio de los otros sentidos, es fortalecido por ellos cuando le entregan todas las fuerzas y lo consolidan para la vida, como se muestra en la disposición de los dedos; pues a través de ellos se realizan las obras que se vuelven a contemplar la recompensa eterna.

Y, como *ves, tanto la extensión de la parte oriental como la extensión de la parte occidental son de igual medida, y cada una tiene la forma de un arco extendido;* porque el sol, al nacer y al ponerse, recorre en su curso igual distancia sobre la tierra. Esto muestra que la visión tiene esta semejanza por la ciencia del bien y del mal, es decir, que como la visión se despliega hacia arriba, hacia lo que es bueno por la ciencia del bien, y desciende hacia abajo, hacia lo que es malo por la ciencia del mal; en efecto, gracias a la ciencia del bien, vuelve la espalda al mal, y con la ciencia del mal se desvía del bien.

También la extensión de la parte austral y la extensión de la parte septentrional, siendo de una sola medida, se igualan a la longitud

y a la latitud de las dos primeras partes, salvo que en sus senos interiores, a causa de los límites interiores curvados de estas las dos partes, se ven como truncadas; e imitan la forma del arco extendido, salvo en los límites interiores truncados; porque el austro ocupa tanta tierra en el calor como el septentrión en el frío, imitando la longitud y la latitud de oriente y de occidente, a excepción de sus límites, que se dirigen hacia la quinta parte de esas partes, se comprimen por la extensión de la parte oriental y la occidental, mientras en otro lugar imitan la similitud del círculo. Así el olfato, cuando se inclina hacia la derecha por el olor de las virtudes, y el gusto, hacia la izquierda por el sabor de los vicios, en esta tensión provoca una dedicación igual y contraria, asemejándose a su origen, de modo que uno desea unirse al bien y el otro al mal; pero ninguno de los dos puede tener la plenitud de su intento en el inicio de su impulso, porque cuando el hombre inicia cualquier cosa buena o mala, tiene conciencia de que está limitado por sí y no se atreve a acometerlo del todo.

IV. *Estas dos partes, es decir, la parte austral y la parte septentrional, se separan en tres partes,* que por causa del calor o del frío o de las serpientes son inhabitables para los hombres. Esto significa que el olfato, cuando asciende hacia el olor de las virtudes y el gusto, cuando se inclina al sabor de los vicios, tocan de diverso modo el cuerpo del hombre y su alma y sus obras; así se muestra el hombre como inhabitable, si no comprende qué es el cuerpo, qué es el alma y qué son las obras en él, y no sabe distinguir en sí su justo temperamento.

Y las dos secciones intermedias son de una sola forma y medida; porque la parte austral y la parte septentrional, estando en la recta medida, entregan con su rectitud justos rumbos a las otras; y señalan que el alma, que existe en el olor de las virtudes y en el sabor de los vicios como en el medio entre el cuerpo y sus obras,

es de una sola dirección y disposición, cuando eleva sus suspiros hacia Dios al temer las cosas malas.

También *las cuatro restantes, que están junto al límite, tienen otra forma, pero son equivalentes entre sí y con igual separación;* dilatadas tanto en la parte austral como en la septentrional, desde cada lado de las partes medias han sido constreñidas en sus senos interiores, que se vuelven a mirar hacia la quinta parte. En sus límites exteriores, teniendo una latitud considerable, parecen tener allí otra forma que la que tienen las partes medias de arriba, siendo semejantes entre ellas en su forma y disposición; esto significa que el cuerpo del hombre y sus obras, que se le imponen como un fin, cuando sienten una carencia tienen otra función —en la que sin embargo convienen igualmente entre sí— que la que tiene el alma para el hombre cuando produce plenamente la vida del cuerpo y de los sentidos. Pues cuando el cuerpo cae, sus obras se debilitan; pero una vez que el alma ha levantado el cuerpo, sus obras son también levantadas.

Y son iguales en la longitud y en la latitud de estas dos partes intermedias; salvo que en sus senos interiores se ven más estrechas, pero en los exteriores, más anchas que las otras dos, tal como la parte oriental y occidental le dan espacio en cada uno de sus límites, como ya se ha dicho, curvándose aquí más estrechamente y hacia dentro, y allí más ampliamente. Esto es así porque estas partes, que están en cada lado de las intermedias, tienen la longitud de estas mismas partes, pero una latitud menor las partes intermedias del lado de la quinta parte; del lado de su límite exterior es más ancha, si bien en otro lugar es igual que ellas; porque cada límite, a saber, el de la parte que se dirige hacia el oriente y el de la parte que se extiende hacia el occidente, se contraen a la manera de un arco, junto a los límites interiores de las cuatro partes similares.

Todas estas cosas indican que el cuerpo del hombre y sus obras se extienden para su sostén y, de acuerdo con esto, el alma se despierta en él para su consuelo; salvo que este cuerpo y estas

obras del hombre lo vuelvan escaso en seguridad y abundante en la duda, más de lo que desean los suspiros del alma; pues el alma apetece la medida de la rectitud, pero en sus obras el cuerpo del hombre corre a menudo hacia el exceso.

V. *La quinta parte, que está en el medio de las cuatro partes, aparece con una forma cuadrada,* y es contenida y bañada igualmente por las demás; con lo que manifiesta que el tacto tiene la perfección de las obras y no la levedad de los vicios. *Y ha sido bañada con calor en un lugar, con frío en otro, pero en otro con un equilibrio de aires,* ya que el ardor del sol la quema con su proximidad, pero el frío la castiga con el alejamiento, haciéndola inhabitable para los hombres. Pero el equilibrio del calor y del frío le concede que sea habitable, como los dedos, que difieren entre sí, pero que se mantienen unidos en la mano con fuerza, y como los cinco sentidos del hombre, aunque disímiles entre sí, son capaces de vencer a través del fuego y del agua, y se prestan ayuda uno a otro para conquistar la virtud.

Estos lugares habitables son símbolo de los hombres fieles, que siempre meditando la ley divina e irguiéndose hacia la vida celestial, se vuelven habitables en las buenas obras; mientras que los lugares inhabitables son símbolo de los incrédulos, que intentan resistir y rechazar la palabra de Dios y negar de la fe y la verdad, despedazando la fe y corrompiendo la verdad con su iniquidad, y se vuelven inhabitables por estas perversidades, porque no conceden espacio en sí al Espíritu Santo.

VI. *La parte oriental brilla con mucha claridad,* porque está en el lugar del deleite y de las delicias que acogen el consuelo de las almas bienaventuradas y que advierten al alma que guarde la visión interior de la luz verdadera. Contra los vicios de los pecados, con los que los hombres transgreden la justicia, se han dispuesto los lugares de castigo permanentes y transitorios

en cuatro ángulos de la tierra, donde, separadas de los cuerpos, las almas de los justos son examinadas si así lo exigen sus culpas.

Por ello *la parte occidental es oscura y como cubierta de tiniebla,* porque en esta tiniebla residen los castigos de los pecados leves y menores, es decir, los que los hombres cometen por ignorancia, y esta tiniebla indica el oído del hombre, cuando está apartado de la palabra de la verdad.

La parte austral, que está dividida en tres separaciones, tiene dos separaciones laterales llenas de castigos; en éstas son castigados los pecados graves de las almas que, mientras estuvieron en sus cuerpos, despreciaron el olor de las virtudes.

En efecto, en la separación de este ángulo, que está entre el oriente y el austro, están los castigos amargos del fuego y del aire ventoso y de otros tormentos; en estas separaciones se escudriñan las malas obras de los homicidas, de los saqueadores, de los ladrones y de otros hombres, ya que los juicios de Dios están preparados para la impiedad y la infidelidad, y contra los pecados y sentimientos que se esfuerzan en oponerse a Dios.

En la separación de ese ángulo, que está entre el austro y el occidente, abundan los peores castigos, de manera que se dé allí el frío en el verano, y el calor en el invierno y otros castigos; gracias a ellos, separadas de los cuerpos, son purgadas las almas de los que con dificultad hacen penitencia por sus muchos y grandes pecados o en el último momento. Por ello también difícilmente serán salvados, al carecer del olor de las virtudes.

La tercera separación, que parece estar en medio de las otras dos, se muestra horrible, no con castigos, sino con otros terrores monstruosos; porque, si en esta separación, como en las otras dos, abundase en castigos, estos mismos castigos, bullendo en su exceso, volverían el habitáculo de los hombres inhabitable en las tierras, dado que, a causa de los muchos horrores que hay en ella, introduce frecuentemente la pestilencia en los hombres y animales y hace daño

a los frutos, porque los hombres no le entregan el olor de las virtudes a sus almas.

La parte septentrional, que igualmente tiene tres separaciones, muestra estos terrores en las dos separaciones de los extremos, que abundan en diversos castigos; en ésta son purgadas las almas de aquellos que, menospreciando el gusto por la vida, han seguido las concupiscencias de la carne.

En efecto, en la separación de este ángulo que está entre el oriente y el septentrión, están los durísimos castigos del frío y de los vientos y de los otros tormentos; en éstos se examina la infidelidad de los hombres incrédulos, quienes, mientras permanecieron en el mundo imitando la incredulidad, descuidaron el gusto de la verdadera fe, y recibieron finalmente el gusto de la rectitud en la hora de su muerte, volviendo a la fe católica a través de la penitencia.

En la separación de este ángulo, que está entre el septentrión y el occidente, abundan los más inmundos castigos que son de una humedad fangosa y de un hedor y de un humo mortíferos, y de otros tormentos similares; en éstos son escudriñadas las obras de los adúlteros, de los voraces y de los ebrios, que se mantuvieron ajenos al gusto de la vida.

La parte media, plena de cosas horribles, se muestra como un lugar sin castigos, como ya se ha dicho, porque si contiene muchos horrores y abundase también en castigos, la morada de los hombres se emponzoñaría con su soplo; pues sólo de los horrores que hay en ella se infieren peligros para los hombres y las otras creaturas, cuando los hombres consideran la ignorancia como el sabor de la vida. Y como los gusanos bullen en el hedor de la inmundicia, así los castigos ascienden desde el hedor de los pecados en los mencionados ángulos. Por ello muchas veces, por estos mismos castigos, expandiéndose hacia la tierra donde habitan los hombres, el humo causa una gran pestilencia entre los hombres y los animales.

VII. Los juicios que caen sobre la tierra y sobre los hombres provienen de aquella zona, y desde ahí son esparcidos muchos males; pero contra las horribles tinieblas de los castigos infernales se han dispuesto montes muy altos y muy firmes, que no pueden ser quebrantados por ninguna tempestad y que resisten las tinieblas y defienden la tierra, como las paredes sostienen la casa para que no se derrumbe.

El hombre que vive gracias a sus cinco sentidos siempre peca, y por eso sufre la penitencia en las cinco partes de la tierra; pero aquellos hombres que, cuando estuvieron en su cuerpo, la tierra fue como una cárcel por su amor a las cosas celestiales, soportan castigos menores en la tiniebla de la parte occidental. Pero los que sirven al deseo de la carne, y los que están en las partes del austro y del septentrión, son purificados con las penas purgatorias, como ya se ha dicho; porque, aunque hayan pecado, no abandonaron a Dios, ni la justa fe. El hombre mortal no habita estas mencionadas partes del oriente y del occidente, es decir, las dos partes principales de la redondez de la tierra, y los cuatro límites angulares del austro y del septentrión, como ya se ha dicho, puesto que no podría vivir en esas regiones a causa de la invariabilidad del calor o del frío o de otras incomodidades; si el hombre se hubiera exaltado excesivamente o si caído en la desesperación o, descuidando su lado derecho, se hubiese inclinado hacia el lado izquierdo, no podría recibir el Espíritu Santo en el habitáculo de su corazón. Por esto Dios ejerce sus juicios sobre los cuatro ángulos de la tierra, como dice Juan, mi elegido, que habla así en el Apocalipsis:

VIII. *Y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y partió victorioso para vencer.*[1] Esto debe interpretarse así: El tiempo primero, que comenzó con Adán, fue como un caballo blanco, puesto que el hombre desobedeció por

1. Ap 6,2.

ignorancia; por ello Dios dispuso la ira de su animadversión, que contenía la salvación del hombre; y a éste, Dios le dio la potestad de la victoria y de vencer a sus enemigos, de manera que luchase contra la antigua serpiente en la batalla de las batallas. Y estableció esta salvación en el ocaso de la ley dada a Adán, como hizo un arco en las nubes del cielo en el ocaso del diluvio. Y este tiempo perduró desde la expulsión de Adán hasta el diluvio, en el que Dios sumergió en el arco de su ira a todo el pueblo, excepto a aquellos que fueron salvados en el arca sobre las aguas que fluían y que rugían como el trueno. Y como en el primer tiempo Dios manifestó el arco de su ira para la salvación, así después del diluvio, le dio el arco a las nubes del cielo como señal: para que de allí en adelante no pudiese sumergirse el mundo en el sonido tronante de las aguas; y con ello anticipó que los fieles serían salvados por el bautismo.

Y así continúa: *Y partió otro caballo, rojo, y al que lo montaba le fue dado que quitase la paz de la tierra y que se matasen unos a otros; y a ése le fue dada una espada grande.*[2] Esto debe interpretarse así: Este caballo es el tiempo en el que, después del diluvio, la paz fue aniquilada por los que se oponían a la ira de juicio de Dios, y no buscaban la paz por Él ni se la daban a los hombres; y por ello el juicio de Dios permitió que se mataran cruelmente unos a otros, y perecieran en grandes batallas, porque se habían apartado de él por su infidelidad; como el alma se mata a sí misma cuando no busca unirse a Dios.

Y también está escrito: *Y he aquí un caballo negro, y el que lo montaba tenía en su mano una balanza.*[3] Y continúa: *Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario; y no causes daño al vino y al aceite.*[4] Esto debe interpretarse así: El tiempo en el

2. Ap 6,4.
3. Ap 6,5.
4. Ap 6,6.

que se alzaron los perseguidores en la Iglesia, después de la pasión del Hijo de Dios, es este caballo, a saber, negro por la incredulidad, cuando los incrédulos, despreciando la fe, atrajeron la negrura de la infidelidad; pero la ira de Dios sopesaba con recta medida los tormentos de los mártires, y el castigo correspondiente para los torturadores, y la gloria eterna de los mártires. Pues la victoria de los mártires fue la raíz fértil de todas las virtudes que hicieron salir los primeros frutos; con ellos aniquilaron los banquetes de la voluntad propia y de la ley según la carne, y la carencia de la voluntad de la carne por amor de la vida eterna se hizo fe, la que tienen todos los fieles; y estas cosas se hicieron en el hambre bienaventurada, pues los fieles tienen hambre y sed de justicia; así la balanza es signo de que el hombre, en su abstinencia espiritual, se alimenta con los frutos y en su virginal naturaleza ama la patria celeste.

Aquél fue el tiempo de los mártires, oscuro como la negrura del aquilón, cuando los mártires fueron asesinados por los hombres injustos, como corderos por los lobos. Por eso en ese tiempo fue dada la balanza con la que se pesan estas dos cosas, a saber, la abstinencia y el amor a la patria celestial, que son propias de los mártires, como se ha dicho. Pues los mártires afligen su cuerpo por la abstinencia volviéndose al deseo celestial, como el águila pone sus ojos en el sol, lo que representa la medida del trigo, al comparar un denario con la vida. Y aquellos que se contienen de los pecados por la abstinencia según los preceptos de la ley, y evitan el matrimonio, y abandonando sus riquezas se vuelven pobres —sabiendo que es muy duro y áspero— por seis libras de estas durezas han sido unidos en el amor por aquel denario, que es la patria celestial; y esto es obra de la sabiduría, que sopesó las cosas por la misericordia, porque Dios es más misericordioso que ningún otro. Y de este modo no se dañan el vino ni el aceite, cuando el hombre es redimido de sus pecados por la penitencia y la misericordia.

Y sigue así: *Y he aquí un caballo pálido, y el que lo montaba se llamaba Muerte; y el infierno le seguía. Y le fue dado el poder sobre las cuatro partes de la tierra, para matar con la espada y con el hambre y con la muerte y con las bestias de la tierra.*[5] Esto debe interpretarse así: El caballo designado aquí es aquel tiempo en el que las cosas legales y plenas de la justicia de Dios serán consideradas en nada, como palidez, cuando los hombres digan: «No sabemos qué debemos hacer, y los que nos recomendaban hacer estas cosas no saben qué deben decirnos»; y así, sin temor ni temblor del juicio de Dios, despreciarán estas cosas, y harán esto por persuasión diabólica.

Pero la ira de Dios juzgará en su venganza estas obras y las hollará completamente, porque inferirá la muerte a estos impenitentes y los condenará al Tártaro. Pues en aquel tiempo, por todos los confines de la tierra, se producirán entre ellos luchas con la espada y serán aniquilados los frutos de la tierra y los hombres perecerán de muerte repentina por mordeduras de bestias.

IX. La antigua serpiente se alegra de todos los castigos, con los que el hombre es castigado en el alma o en el cuerpo; pues no quiere, ya que ella perdió la gloria celestial, que el hombre la alcance. Pues cuando sintió que el hombre había consentido en su consejo, se dedicó a luchar contra Dios diciendo: «Con el hombre cumpliré toda mi voluntad».

Y luego, en su odio, envió un aborrecible consenso entre los hombres, para que se matasen entre ellos. Y decía: «Haré que los hombres mueran y los destruiré más que lo que yo he sido destruida, porque yo estoy viva, pero ellos no vivirán». En su soplo estaba el que la descendencia de los hijos de los hombres pereciese, cuando se enardecieron contra otros hombres realizando cosas vergonzosas. Por ello clamaba muy contenta: «¡Que haya

5. Ap 6,8.

la más grande blasfemia para Aquel que formó al hombre, porque el hombre desaparece si abandona la costumbre natural con la mujer!». Por eso el diablo persuade a los infieles y los seduce; en el odio y el homicidio están los saqueadores y los ladrones, porque el pecado de los hombres lleva la prevaricación más inmunda y todos los vicios. Y una vez que se hayan mezclado estos pecados entre los pueblos, entonces será dividida la constitución de la ley de Dios y la Iglesia será golpeada como una viuda; y los príncipes, los nobles y los ricos serán expulsados de sus posesiones por sus pares y sus inferiores, y huirán de ciudad en ciudad, y la nobleza de su raza será reducida a nada, y lo que eran ricos serán pobres. Estas cosas sucederán, cuando la antigua serpiente insinúe en el pueblo la diversidad de las costumbres y de las vestiduras, y así imitándolas se alejen de unas y se procuren otras, encontrando siempre novedad y diversidad en aquellas obras.

El antiguo enemigo y los otros espíritus malvados, que perdieron la belleza de su forma, no disiparon el soplo de la racionalidad y, a caúsa del temor a su Creador, no muestran a ninguna creatura mortal la forma de su perdición tal como es; pero acechan al hombre con insidias, a cada hombre de modo diverso, cuando encuentran alguna maldad en las creaturas. Pero Dios ha interpuesto una gran batalla contra la impiedad, con la racionalidad del hombre que resiste a la racionalidad de los espíritus malvados y los confunde; y esta batalla perdurará hasta el último día, cuando sean confundidos a través de todas las cosas, y el hombre que los venza recibirá la recompensa de la vida.

X. *Hacia el oriente, sobre la redondez de la tierra, ves a cierta altitud un globo rojo rodeado por un círculo de color zafiro;* significa que en la región del oriente, que señala el nacimiento de la justicia, que excede el intelecto humano y que se asienta en la altura de los secretos celestiales, se muestra el celo de Dios en su poder con

la justicia de la caridad; porque, siendo Dios justo en el poder de sus juicios, los cumple gracias a la equidad de la caridad.

De cuyas partes derecha e izquierda en cada lado avanzan dos alas, y de ambas una se extiende hacia lo alto, de manera que las dos en su cúspide, curvándose, se miran entre sí; porque en lo próspero y en lo adverso, es decir, en la dulce inspiración y en el duro reproche, se manifiesta la protección divina en la tutela del hombre, y culmina las cosas que tienden por él hacia las cosas superiores, guardándolas en la cúspide de su majestad; *pero la otra desciende desde estas mismas partes hacia abajo, hasta la mitad de la redondez de la tierra, de manera que estas alas cubran esta media redondez, abrazándola fuera del firmamento;* puesto que, así como la protección superior defiende aquellas cosas que están en el cielo, también las que están en la tierra, inclinándose hacia la plenitud de la buena voluntad de los hombres y poniéndola al amparo del verdadero amor.

XI. *Y desde esta mitad, un círculo rojo, extendiéndose como un arco, abarca toda la parte exterior de occidente y también algunas separaciones que están fuera de su redondez;* porque desde la perfección con la que Dios favorece misericordiosamente a los que lo veneran, el fuego de su celo, a través de la venganza, con justa medida juzga a los que caminan fuera del ámbito de las buenas obras y a los que están fuera de la integridad de la verdadera fe, condenándolos al castigo, *es decir, retorciéndose desde el límite del ala austral alrededor de occidente, hasta el límite del ala septentrional,* cuando, desterrando de la prosperidad de la vida presente los hechos culpables, los envía hacia la aspereza de sus flagelos, porque no han observado la verdad de la justicia.

Pero *de la misma redondez del lado del oriente, entre las alas, aparece como un edificio que asciende hacia hasta globo;* es por esto que, apartándose de las causas terrenales gracias al nacimiento de la justicia, la ciudad construida de piedras vivas bajo la protección de Dios dirige su mirada hacia el juicio de Dios, glorificándolo,

porque el alma de los fieles continuamente alaba a Dios, ya que todo lo regula rectamente.

XII. *Y desde este globo hasta la mitad de las alas se extiende como un camino, sobre el cual refulge una estrella brillante;* porque desde los juicios del poder de Dios hasta la perfección de sus protecciones se dirige una vía, sobre la cual florece la virginidad, donde aparece el Hijo encarnado de Dios, nacido de la Virgen; y le sigue con fuerza y con piadosa devoción una gran multitud que ama la virginidad y que acoge la perfección. *Y luego, en la cúspide de estas alas, se ve un globo ígneo que emite rayos desde sí;* puesto que en la altura de las defensas celestiales el Espíritu Santo se manifiesta dando múltiples dones a sus elegidos. Pero *desde la cúspide de la redondez de la tierra hasta el globo rojo, y desde el mismo globo hasta la estrella brillante, y desde esta misma estrella hasta el ya mencionado globo ígneo hay espacios iguales;* porque los juicios del poder de Dios y las obras de la virginidad y los dones del Espíritu Santo no se diferencian entre sí, sino que concuerdan en una misma dirección; pues lo que exhala la gracia del Espíritu Santo lo consolidan las obras de la santidad y los juicios divinos los juzgan justamente.

Asimismo entre las alas primeras, desde ambas partes del camino, en el globo se ven como rayos separados de las estrellas alrededor de la estrella que llegan hasta el globo ígneo, lo que significa que, en la protección que reside en lo celestial, los caminos de la virginidad están rodeados por todas partes; y que la potencia invicta de la virginidad, que comenzó en el Hijo de Dios, fue fortificada por la fortaleza del Espíritu Santo, y nunca carecerá de la custodia de los espíritus angélicos, porque la virginidad, siendo compañera de los ángeles, merece su compañía. Pues mi Hijo, gracias a la dulzura de su Humanidad, reúne a los que lo imitan con la fiel devoción de la castidad, y ellos, temiendo los juicios de Dios, por la inspiración del Espíritu Santo infligen la pasión de Mi Hijo en sus cuerpos, y se resisten a las concupiscencias de la carne.

XIII. *También del lado del occidente, fuera de la redondez de la tierra, aparecen unas tinieblas, que se extienden a manera de un arco de cada parte de esta redondez hasta su mitad, por donde descienden las alas;* éstas son las tinieblas exteriores en aquella región fuera del mundo, que se prolongan, de una parte, hasta la región media del austro, y de otra, hasta la región media del septentrión, y se levantan contra la plenitud de la protección de Dios por la necedad de la rebelión, cuando el antiguo guerrero, que es su señor, se alegra de infligir los tormentos a las almas llevadas al olvido.

En estas tinieblas, entre el ángulo occidental y el ángulo septentrional, hay otras tinieblas más densas y más crueles con una forma de fauces horribles y devoradoras, que en estas partes fuera del mundo, con la crueldad de la boca del pozo infernal, devoran las almas de los condenados y los atormentan con terribles aflicciones, pues siguieron al diablo, haciendo obras de condenación en vez de amar a Dios.

Estas tinieblas *se unen con otras tinieblas muy densas y muy malas, infinitamente horribles, que están más allá de éstas, como si fueran la entrada de ellas;* estos son los lugares infernales, en los que abunda todo tipo de castigos sin consuelo; y están separados de otros castigos porque son más acerados que aquellos, y devoran las cosas que Dios juzga que deben ser puestas en el olvido; y con ellos son atormentadas las almas de los que, por la infidelidad de la incredulidad y los hechos de profanación, olvidan a su Creador. Por esto *conoces estas tinieblas infinitas, aunque no las ves;* ya que el hombre por la ciencia y el intelecto puede conocer el infierno y sus horribles tormentos, pero, mientras está en el cuerpo, no los ve perfectamente con los ojos mortales, ni es capaz de distinguir cuáles y cuántos tormentos hay en ellas; como tampoco conoce su alma ni la cualidad de sus méritos mientras vive en el mundo.

XIV. Por consiguiente Dios, quien hizo todas las cosas, es la única vida, a partir de la que respira toda vida, como el rayo surge del

sol y el fuego del que se enciende todo fuego que se vuelve bienaventuranza, como las chispas provienen del fuego. ¿Y cómo podría ser que lo vital no se adhiriese a esta vida y que el fuego no calentase ni iluminase cosa alguna? ¿Y cómo sería posible que la divinidad, que fue vida antes del tiempo, no proviniese ninguna vida ni ninguna claridad? ¿Y de qué serviría si la luz, encendida por el fuego, no iluminase a nadie, cuando el fuego oculta su luz y el sol sus rayos? Pues Dios es la vida por la cual fue encendida la multitud de ángeles, como las chispas provienen del fuego. Por ello sería inconveniente que esta vida no brillase. Y esta claridad es inagotable, puesto que no puede haber ninguna muerte en ella.

¿Qué quiere decir esto? Sólo Dios es por sí mismo y en sí mismo, y no comenzó a ser a partir de ningún otro, sino que toda otra creatura empezó a ser con Él. Él creó los espíritus de alta dignidad, y nombró a un gran príncipe al que todos miraron como se mira una lámpara en la que brilla una luz ardiente; porque en él todos los adornos fulgían como piedras preciosas. Pero él volvió la mirada hacia el lugar vacío, donde quiso establecer su sitial. Por esto fue arrojado con toda su tropa, como rastrojos al pozo del infierno, de manera que las tinieblas exteriores y la boca del pozo infernal, junto con el pozo, se prepararon para acoger su caída; este pozo no tiene medida, como tampoco tienen número los ángeles perdidos. Pues las tinieblas exteriores fueron preparadas para él por querer ser igual a Dios; y la boca del pozo infernal fue hecha para él a causa de la discordia ilícita que estableció entre el ejército de Dios y el suyo; y el pozo del infierno fue dispuesto para él a causa de esta envidia, en la que no quería de ningún modo reconocer a Dios. Y Dios, con la fortaleza de su majestad rodeó a los espíritus bienaventurados, de manera que no fuesen aterrorizados por ninguna estupidez del antiguo engañador, y colmó sus rostros con su claridad, para que siempre se deleitasen al mirar Su rostro. Y Él extiende su poder sobre el infierno, de modo que el antiguo engañador no puede destruir con guerra ni

con arte el número de los que han de ser salvados, como él fue capaz de matarse según las costumbres de la serpiente.

XV. Dios hizo al hombre en la luz de su virtud y lo puso junto a la luz inextinguible del paraíso, que permanece incorruptible con sus frutos; pero el hombre aprendió la desobediencia y así supo que estaba desnudo; esto complació mucho al diablo, que lo había desnudado, pues él mismo había perdido la belleza de su gloria. Entonces Dios apareció como un extraño, como una llama en una nube pálida, como se mostró después con el rostro cubierto a Moisés y a sus otros amados; y no quiso que el hombre estuviese desnudo, porque su Hijo habría de vestir en otro tiempo la vestimenta de la humanidad; y entonces le dio el vestido del aire, de los animales vivos, porque Adán y Eva habían escuchado a un animal cuando habían abandonado el precepto de Dios. Y así, expulsados, en una mísera peregrinación, fueron hechos corruptibles con los otros frutos de la tierra, y en su caída y en su expulsión todas las creaturas del mundo fueron oscurecidas, como si el rayo del sol brillara a través de una nube densa; así la entrada del paraíso fue oscurecida para el antiguo engañador, de manera que no entrase más allí.

Luego el hombre comenzó a obrar con las creaturas, porque, como el fuego enciende y hace arder del todo cualquier cosa, así el hombre existe con las restantes creaturas; y la creación se oculta en el fuego, que baña y examina todo, y el agua, que todo lo limpia, está también allí; y el fuego arde con tan gran fuerza que no respeta nada, a no ser que sea regulado por el agua. Y como el agua está presente al cuidar el fuego, así la humanidad está unida a la divinidad por su perdón, porque no es bueno para el hombre que yazga en las tinieblas y que no dé ninguna luz. Pues ha sido cuajado por el fuego y bañado por el agua, para que pueda tener forma; y por ello toda forma lodosa que realiza, culmina con el fuego y con el agua.

Ciertamente Dios es luz viviente, donde brillan todas las luces; por ello el hombre permanece gracias a la divina luz de vida. Por esto Dios ha cocido al hombre con el fuego y lo baña con el agua, y por ello el agua enrojece y corre en la carne del hombre a causa del excesivo calor. ¿Y cómo podría el hombre, que resplandece gracias a la luz, permanecer en tinieblas? ¿Y cómo podría no moverse, si vive del fuego? Pues si el hombre fuese inmóvil y no tuviese habitáculo, estaría vacío.

Porque Dios, que es fuego y luz que vivifica al hombre con el alma y lo mueve con la racionalidad, así como con el sonido de la Palabra creó el mundo entero, que es el habitáculo donde el hombre cumple sus obras, también hizo perfecto al hombre entre todas las cosas.

XVI. ¿Y quién podría aliviar al hombre perdido, que, engañado, se olvidó de su Creador, a no ser Aquel que, no ensombrecido por oscuridad alguna, se condolió de su ignorancia? Así, cuando el diablo vio a la mujer vestida y se dio cuenta, con su ciencia envidiosa, que había sido arrojado del cielo, escudriñando en su interior por qué Dios le concedió esa vestidura, se destruyó a sí mismo, como está escrito en el Apocalipsis: *Y luego que el Dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que parió un varón. Y le fueron dadas a la mujer dos alas del águila grande, para volar al desierto, a su lugar, donde es alimentada lejos de la serpiente por un tiempo y tiempos y la mitad de un tiempo.*[6]

Esto debe interpretarse así: El antiguo dragón, viendo que había perdido el lugar en el que quería establecer su sitial, ya que había sido arrojado al Tártaro, aguzó su ira contra la mujer, reconociendo en ella la raíz de todo el género humano, porque ella los pariría; con un gran odio, se dijo que nunca cesaría de perseguirla hasta ahogarla en el agua del mar, porque ella le había engaña-

6. Ap 12,13-14.

do primero. Pero ella, angustiada como en el parto, finalmente asió el más fuerte auxilio de la consolación y, sostenida por la protección divina, se opuso al diablo con todos los medios. Pues le fueron dadas dos fortificaciones de la bienaventuranza, es decir, el deseo celestial y la salvación de las almas, para que con ellas se desplegase hacia los secretos de su corazón, recibiendo los alimentos de la salvación en el tiempo anterior al diluvio, y en los tiempos posteriores al diluvio y en el medio del tiempo transcurrido desde la época de la circuncisión, hasta la encarnación de mi Hijo, y perduró hasta el tiempo pleno del evangelio, en que se manifestó la plenitud del orden verdadero y justo contra la antigua serpiente. Pues antes del diluvio, pero también después del diluvio, y en el tiempo de la circuncisión, hubo quienes honraban a Dios y alcanzaron la redención de sus almas por el derramamiento de la sangre de mi Hijo. Pero cuando en mi Hijo vino el tiempo de la aurora rutilante, esto es, de la justicia plena, la antigua serpiente, muy aterrorizada, se aturdió, ya que fue engañada por la mujer, es decir, por la Virgen.

Por esto en su furor se encendió contra ella, como fue escrito según mi voluntad: *Y la serpiente vomitó de sus fauces agua como un río en pos de la mujer, para hacer que ella fuese arrastrada por el río; y la tierra ayudó a la mujer.*[7] Esto debe interpretarse así: En su malvada voracidad, el antiguo perseguidor luchó contra la rectitud de la mujer, que había parido al hombre, la incredulidad y la infidelidad contra los pueblos de los judíos y de los paganos, intentando, bajo su poder, subyugarla y debilitarla con muchas persecuciones, o ahogarla completamente, como una nave perdida en un naufragio, para que su nombre fuese del todo borrado de la tierra, como es borrado de la tierra lo que se arroja a lo profundo de un río. Pero la mujer fue salvada con la ayuda de la tierra, porque mi Hijo tomó de ella la vestimenta de su humanidad, y padeció

7. Ap 12,15-16.

en su cuerpo muchísimos oprobios y sufrimientos, para turbación de esta misma serpiente.

XVII. Por eso, como se ha dicho, Dios adornó el mundo con el cielo y lo afirmó con la tierra, y con ello se glorificó a sí mismo; y mediante las cosas que están en el mundo exaltó al hombre, sometiendo a él todas las cosas terrenas, como manifiesta mi siervo, sabedor de mis secretos, al decir: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.*[8] Esto debe interpretarse así: En el principio, esto es, en el comienzo de todas las cosas que estaban en la ciencia de Dios como debían llegar a ser, Dios creó, esto es, hizo aparecer desde sí mismo el cielo y la tierra, es decir, la materia de todas las creaturas celestes y terrestres; el cielo, materia brillante, y la tierra, materia turbulenta. Y estas dos materias fueron creadas simultáneamente y aparecieron en un solo círculo; este círculo es la potestad de Dios en el cielo y en la tierra. De aquella claridad, que es la eternidad, refulgía la materia brillante como una luz espesa, y esta luz brillaba sobre la materia turbulenta. No iluminó inmediatamente el firmamento y la tierra, pero hizo como el hombre que, cuando se apresta a actuar, antes traza cada forma con su compás y después la pinta con colores.

Pero la tierra era inane y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo,[9] ya que la tierra era inane, a saber, carente de forma, e invisible, esto es, privada de luz, porque aún no estaba iluminada por el esplendor de la luz ni por la claridad del sol, de la luna o de las estrellas; y no estaba cultivada, puesto que no estaba surcada por ningún cultivo; y estaba vacía, esto es, desordenada, aún no plena, pues no tenía el verdor, el germen o el florecimiento de las hierbas o de los árboles. Sin embargo, no se ha dicho que el cielo fuese informe y vacío, que no estaba destinado

8. Gn 1,1.
9. Gn 1,2.

a producir frutos. Y las tinieblas, que no se habían desvanecido todavía por el esplendor de la luz, puesto que no refulgía forma alguna, estaban sobre la faz del abismo, es decir, sobre la indistinta confusión de la tierra que es la faz del abismo y, cuando ella es visible el abismo se oculta de ella; porque la tierra cubre el abismo como el cuerpo cubre al alma, para que no sea vista.

Y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.[10] Pues el Espíritu de Dios es vida, y esta vida movió las aguas para que manaran, hasta que la tierra se afirmase gracias a ellas y no fuese esparcida por el viento como ceniza; porque como el Espíritu Santo es infundido al hombre, así las aguas tienen un curso impetuoso y lavan las cosas inmundas, como el Espíritu Santo lava las suciedades de los pecados.

Y dijo Dios: «Hágase la luz». Y la luz se hizo.[11] Habló Dios, siendo luz inextinguible, que por nadie es oscurecida, y su Palabra resonó como trueno, diciendo: «Hágase la luz»; y la luz se hizo, y refulgió una luz inagotable e invisible para los hombres, que nunca será oscurecida, a la se le unieron las esferas vivientes, es decir, los ángeles; pues Dios es vida y su Palabra no duerme, sino que se manifiesta como vida. Y aquello que Dios hizo, lo estableció para su alabanza; no era aún la luz del sol, porque el sol todavía no existía, ya que el esplendor del sol no siempre aparece sobre la tierra, sino que muchas veces está cubierto de nubes.

Y vio Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas; y llamó Dios a la luz «día» y a las tinieblas, «noche».[12] Pues Dios vio que la luz era buena, que reflejaba el esplendor de su faz, y por ello la separó de las tinieblas, para que no se mezclasen sus funciones; porque de las dos una es inagotable y la otra está destinada a desaparecer. Pues el día proviene de Dios, ya que Dios, a tra-

10. *Ibid.*
11. Gn 1,3.
12. Gn 1,4-5.

vés de su Palabra, ordenó que apareciese la luz primera, a la que llamó día; no el día del sol, sino el día inagotable, que en los lugares superiores no es oprimido por ninguna tiniebla. Y llamó noche a las tinieblas, no las que son abandonadas por la luz del sol, sino las que, teniendo una oscuridad inagotable, no son vencidas por ninguna claridad de la luz; llamó noche a las tinieblas, que estaban sobre la faz del abismo y que Él todavía no había iluminado. La noche que carece de día es ciega y el día ha sido apartado de la noche y, separado de la ceguera de la noche, está en la claridad. Así Dios separó la luz de las tinieblas nocturnas.

Y se hizo la tarde y la mañana, día primero.[13] Pues se hizo el fin de esta obra y el comienzo de la misma, claridad primera, en la perfección, porque cuando la Palabra de Dios ordenó que se hiciera la luz, su comienzo fue como la mañana; pero su conclusión, como la tarde, cuando se mostró acabada. Y de otro modo:

XVIII. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.*[14] Esto debe interpretarse así: En el principio del tiempo primero, una vez que Dios creó todas las cosas con su Palabra, creó el cielo y la tierra, esto es, la materia primera, en la cual se ocultó toda creatura celestial y terrestre, que luego había de aparecer con la Palabra de Dios. Así lo hizo Dios en la creación de la Iglesia, antes de construirla. Él comenzó comenzando en el principio, esto es, en su Hijo, al que envió al mundo por la puerta áurea de la Virgen en la clausura de su castidad. Todo fue creado, a saber, el cielo y la tierra por Él mismo, como dice Juan Evangelista, el amado de Dios; y así fue hecha toda la justicia del cielo y de la tierra.

Pero ¿cómo pudo ser antes del inicio de los siglos y nacido del Padre? Antes de los siglos nació en el Padre según el espíritu, no según la carne; pues su encarnación es el inicio de toda justicia,

13. Gn 1,5.
14. Gn 1,1.

porque la justicia que los antiguos santos poseyeron, antes de Su nacimiento, no pervivió en la salvación ni con ella el hombre fue rescatado. Pero la justicia que surgió en Él, es decir, el bautismo, el evangelio y la creencia en un solo Dios en el nombre de la Santa Trinidad, aquella justicia llevó al hombre de vuelta al Paraíso.

Por esto Él es el principio de la salvación en su obra, como Adán fue el inicio de la perdición. Y como Él es la Palabra que engendró a toda creatura, porque todas las cosas fueron hechas por Él, así en Su humanidad es el principio de la edificación de la santa Iglesia. ¿Cómo sucedió? Él era como una sombra en la predicación de los profetas, que anunciaban su venida, así como toda justicia, desde Abel hasta el nacimiento del Hijo de Dios, fue una sombra de la Iglesia, que nació del costado de Cristo en Su sangre. Gracias a la regeneración de la obra del Espíritu y del agua, que no existió nunca antes, sino cuando Juan el Bautista la anunció en la sombra del bautismo, apareció entonces plenamente en su forma, puesto que el mismo Cristo, que antes de su nacimiento había sido anunciado por los profetas como una sombra, apareció como hombre en la carne, como dice el salmista David, inspirado por Mí:

XIX. *Y será como un leño que ha sido plantado junto al curso de las aguas, que da su fruto en su tiempo.*[15] Esto debe interpretarse así: el Hijo de Dios, que siguió la voluntad de su Padre en todo, fue el leño de la Salvación, concebido por el Espíritu Santo, del que fluyen las aguas vivientes, dando mucho fruto de santidad cuando instruyó plenamente a sus discípulos en la doctrina eclesiástica. Pues el Hijo de Dios en la divinidad fue como una raíz en el corazón del Padre y la fuerza viva de la divinidad, y descendiendo al útero de la Virgen, produjo en la humanidad un fruto pleno; porque, como la humedad del agua está en el verdor del leño, así el Hijo de Dios estuvo siempre en el Padre hasta el tiempo predesti-

15. Sal 1,3.

nado a hacerse hombre, cuando fue hecho alimento de vida para los hombres de espíritu. Pues el cielo tocó al Hijo de Dios, mientras Él se manifestaba en el cielo en el seno del Padre; y la tierra lo tocó, mientras yacía en el pesebre; y el agua lo sintió, mientras caminaba sobre el mar. Y aunque los pueblos lo vieron corporalmente, no supieron, sin embargo, que era Dios.

XX. *Pero la tierra era inane y vacía y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.*[16] Todo pueblo, es decir, judíos y gentiles, que habitaban sobre la faz del abismo, es decir, sobre la tierra, estaban vacíos de fe y ciegos y sordos en el reconocimiento de Dios por el aguijón de su espíritu y vacíos de buenas obras, puesto que no las realizaban según la doctrina del Hijo del Altísimo, cuando Él ascendió junto al Padre. Y sobre la tierra, que es la faz del abismo, estaban las tinieblas de la infidelidad, en la que los hombres, sin conocer a Dios, vivían como ciegos.

Y el espíritu de Dios era llevado por sobre de las aguas.[17] Después de la ascensión del Señor el ígneo Espíritu Santo fue llevado sobre las aguas, es decir, sobre los apóstoles; esto lo hizo la caridad del Hijo según la voluntad del Padre; porque, como en la creación del mundo las aguas surgieron antes que otras creaturas, así los apóstoles fueron los primeros doctores, antes que otros doctores de la Iglesia; como de aquellas aguas, que surgieron en la creación del mundo, fluyen todas las aguas, así de los primeros doctores —los apóstoles— se multiplicaron los doctores de la Iglesia, como atestigua el salmista David, diciendo:

XXI. *La voz del Señor sobre las aguas, el Dios de la majestad truena; ¡es la voz del Señor sobre las muchas aguas!*[18] Esto debe interpre-

16. Gn 1,2.
17. *Ibid.*
18. Sal 29 (28),3.

tarse así: La voz suena primero y tiene en sí la fuerza de la Palabra, de manera que cualquier cosa que anuncia sea comprendida sabiamente. Por eso llegó la voz de Aquel que domina sobre las aguas, esto es, sobre los profetas, cuando les reveló muchos secretos tanto celestiales como terrenales; y el Señor, siendo Dios de majestad, porque es poderoso sobre todas las cosas, tronó con potencia, cuando envió a su Hijo al mundo. Entonces el Señor de todos los pueblos envió al Espíritu Santo sobre los apóstoles y sobre los demás creyentes, que se habían multiplicado en la fe católica, de manera que la doctrina penetrase en toda la tierra. Pues los hombres podían ver al Hijo de Dios bajo la forma humana, pero no sabían cómo había sido concebido y engendrado. Y la voz es ajena e ininteligible, pero la Palabra es conocida e inteligible, y con ella el hombre conoce en la fe al Dios de la majestad, que envió a los hombres la profecía, de la que el agua es símbolo; por ello el Señor de los profetas es reconocido en sus voces.

XXII. *Y dijo Dios: «Hágase la luz». Y la luz se hizo.*[19] Habló Dios a los apóstoles por medio del Espíritu Santo, diciendo: «Sed luz ardiente, y enseñad la verdad en el nombre de la Santa Trinidad». Éstos, encendidos de pronto por el Espíritu Santo, abriendo la clausura en la que estaban encerrados, se hicieron una sola luz, refulgiendo para el mundo con sus doctrinas.

Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó a la luz «día» y a las tinieblas, «noche».[20] Vio Dios que ellos eran una luz útil para el mundo y separó la luz, esto es, los apóstoles, de las tinieblas, es decir, de la infidelidad de los incrédulos; y llamó a esta luz día primero, el que gracias a su Palabra, que es su Hijo que les habla en la carne, brilla para el mundo en su predicación; y a las tinieblas, es decir, la infidelidad de los infieles, la llamó noche.

19. Gn 1,3.
20. Gn 1,4-5.

Y se hizo la tarde y la mañana, día primero.[21] Mientras la infidelidad de los incrédulos comenzaba a inclinarse como hacia la tarde, el día primero fue hecho en su recorrido con la tarde y con la mañana de la luz primera, esto es, el inicio de la fe de los fieles: pues hay una sola fe, gracias a la cual se cree en un solo Dios, porque antes el inicio de Abel se había cumplido en Cristo; y por ello este primer nacimiento sintió y tocó al Hijo de Dios con la obra de la salvación, porque el día primero prosigue continuamente hasta el fin del mundo, pues Abel fue como la mañana y el Hijo de Dios como la tarde de ese día. Y de otro modo:

XXIII. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.*[22] Esto debe interpretarse así: En el tiempo en que Yo, Dios, en el inicio de la creación formo al hombre en las buenas costumbres, creo la ciencia viviente del bien y del mal, de modo que pueda evitar el mal e imite en el bien a Mí, su Padre, que le di el discernimiento del bien y del mal a semejanza mía, para que con esa ciencia distinga todas las creaturas y, conociéndolas, después de mí tenga potestad sobre ellas. Pero el hombre, apartándome a causa de una gran vanidad, persuadido por el diablo, cayó en las lamentables labores de los pecados; pues, nacido en la frágil naturaleza de Adán abandonó la ciencia feliz que no le había hecho ningún daño. Sin embargo, conserva en su alma aquello que anhela en los justos suspiros de los deseos celestiales, que son como el cielo; pero, conservando en su carne siempre los deseos terrenales, a causa de la fragilidad que se originó en Adán y el consejo del diablo insidioso, no puede existir sin contagio de pecado, porque es como la tierra.

Pero la tierra era inane y vacía, y las tinieblas estaban por sobre la faz del abismo.[23] El hombre no puede serestable en sus costumbres, es

21. Gn 1,5.
22. Gn 1,1.
23. Gn 1,2.

todo vanidad y se desborda como el vaivén del mar. Pero, como en la creación del mundo las creaturas surgieron ordenadamente, una después de otra, de la materia primera, así el hombre debe ascender de virtud en virtud por los buenos deseos, como lo establecí en la primera creación. Pero, por consejo del diablo, transformó los buenos deseos en gran vanidad, como se ha dicho, y en la vanidad de las costumbres está voluntariamente desprovisto de buenas obras. Por esto está rodeado de hechos tenebrosos, conforme a las costumbres perversas que dominan el cuerpo, porque quien comete pecado es siervo del pecado. Y el cuerpo es como la faz del abismo, pero el alma como el propio abismo; porque el cuerpo es visible y palpable como la faz del abismo, pero el alma es invisible e impalpable como el abismo de la tierra.

Y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.[24] Cuando el hombre fiel es envuelto por los pecados, suspira por Dios. ¿Cómo? Por el dolor que surge en él por la gracia del Espíritu Santo, que derrama la humedad de las lágrimas, porque los suspiros siempre preceden a toda buena obra. Y como en la primera creación las aguas, creadas antes que las otras creaturas con la exhalación del Espíritu de Dios, son especialmente adoradas como símbolo del Espíritu Santo, así el mismo Espíritu Santo produce la humedad de las lágrimas en el corazón del hombre antes del comienzo de las buenas obras.

Y dijo Dios: «Hágase la luz». Y la luz se hizo.[25] Dice Dios en la admonición del Espíritu Santo: «Que ahora, después del dolor del corazón, se haga en este hombre el edificio de las buenas obras, y que se produzca en él el verdor del fruto, para que se haga la luz en su alma». Entonces el hombre se levanta en la luz de las buenas obras con la tristeza de la penitencia. ¿Cómo? Restañándose a sí mismo de los ilícitos deseos de los goces de la carne y apar-

24. *Ibid.*
25. Gn 1,3.

tando de sí el mal, comienza a obrar en la nueva luz que no había conocido, mientras dormía en los seductores deseos de la carne; y así en el comienzo su obra se hace luminosa.

Y vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó a la luz «día» y a las tinieblas, «noche».[26] Cuando Dios vio que el hombre empezaba a obrar el bien y que su hogar refulgía, reconociendo y viendo el inicio del bien, lo contempla abrazándole en su amor. Y en este inicio separa las obras luminosas del contacto de los hechos tenebrosos, que corresponden a los tormentos; y la división se debe a que Dios ve el bien en el hombre, alejándole del mal; nombra día de la salvación a las obras luminosas, porque en las obras buenas llama junto a sí a las almas de la perdición que se originó en Adán, y a las obras adversas las llama noche de la perdición, de donde surgió en el diablo, padre del homicidio.

Y se hizo la tarde y la mañana, día primero.[27] Así en el hombre la costumbre vespertina de la mala obra antes del inicio del comienzo de las buenas obras se hace día primero, como en la mañana de la primera virtud, porque, abandonando el mal, se unió al bien en el dolor de los pecados, que es la virtud primera de la luz.

XXIV. *También dijo Dios: «Hágase el firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas».*[28] Esto debe interpretarse así: Dios, que es luz inextinguible, con su Palabra ardiente ordenó que se hiciese primero el firmamento, es decir, la redondez que fue afirmada por los signos superiores, de manera que no pudiese caer; y la estableció en medio de las aguas, separando así las aguas de las aguas. Continuó con las aguas que ascendían a lo alto, como un monte, de manera que como el monte no desciende

26. Gn 1,4-5.
27. Gn 1,5.
28. Gn 1,6.

de su altura, ellas no se inclinan hacia ningún sitio, a no ser según Él las dispuso, reuniendo las aguas del mar como en un odre, que es el firmamento. También dispuso los abismos en el arca de los tesoros, que es la tierra, pues la tierra es en sí el tesoro de los vivientes, y también Dios hizo un símbolo con el arca de Noé, que sostuvo en las aguas, después de encerrar en ella a las creaturas.

De este modo entre las aguas separadas puso Dios el firmamento, para que dividiese las aguas de las aguas. Dios hizo esta división antes de que iluminase el firmamento, y éste, aún no iluminado, permaneció en su lugar sin circunvolución, esperando ser iluminado por su Creador; porque toda creatura, siendo primero raíz, luego se multiplica al parir, como el invierno tiene una raíz, pero el verano el florecimiento del verdor. Así Dios marcó a las creaturas de la tierra con su compás, a las que dio vida según sus naturalezas; pero sólo al hombre le inspiró su aliento, mientras a las restantes creaturas las vivificó con el soplo del aire, que pasa como la nube.

E hizo Dios el firmamento; y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y así se hizo.[29] Dios estableció el firmamento para dividir las aguas que estaban encima, y así apareció el firmamento.

Y llamó Dios al firmamento «cielo»,[30] porque cada cosa que sostiene a otra es llamada justamente su firmamento. Por ello llamó al firmamento cielo, puesto que supera todas las cosas y siempre narra su gloria; porque, mientras el hombre observa, no puede conocer plenamente qué es, y el hombre no conoce perfectamente a Dios, al que sin embargo ve en la fe. El hombre no verá el cielo, que es el habitáculo de Dios, a no ser que se vuelva por completo espiritual, puesto que sobrepasa sus sentidos y su ciencia. Por ello también el profeta dice: *Los cielos cuentan la gloria de Dios, el*

29. Gn 1,7.
30. Gn 1,8.

firmamento anuncia la obra de sus manos.[31] Esto debe interpretarse así: Todas las partes del firmamento son llamadas justamente cielo, ya que Dios así las dispuso y no requirió la ciencia de ninguna creatura, porque no hay ninguna que pueda con su entendimiento saber cómo ha hecho estas cosas. Por ello estas cosas narran los milagros de Dios, señalados en el firmamento como en un espejo, de manera que el sol muestra la divinidad, la luna la humanidad del Hijo de Dios y las estrellas manifiestan sus restantes secretos; y una turba de fieles innumerable, que nadie podría contar, permanece unida en su gloria. El firmamento anuncia en su función luminosa al hombre, que es obra de las manos de Dios, y ha sido construido a su imagen y semejanza. En esto se reconoce al hombre cuando lleva en sí los signos de Dios.

Y se hizo la tarde y la mañana, día segundo;[32] Dios concluyó su obra en el firmamento con tanta dedicación como la comenzó, porque dispone todas sus obras en la equidad. Igualmente de otro modo:

XXV. *También dijo Dios: «Hágase el firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas».*[33] Esto debe interpretarse así: Dijo Dios: Hágase el firmamento de la fe en medio de los pueblos infieles, para que comprendan la predicación de los apóstoles y reciban voluntariamente sus palabras; y que separe las aguas, esto es, los fieles, de las aguas, es decir, de los incrédulos judíos y paganos, como dijo mi Hijo a los judíos: *Se os quitará el Reino de Dios y será dado a un pueblo que rinda sus frutos.*[34] Esto debe interpretarse así: Vosotros, que sois infieles, perdisteis vuestra herencia por infidelidad. Por esto, según el justo juicio de Dios, os fue arrebatado el reino en el que debíais reinar con Dios, y será dado a aquellos que, abandonando sus pecados, producen frutos

31. Sal 19 (18),2.
32. *Ibid.*
33. Gn 1,6.
34. Mt 21,43.

que glorifican el reino de Dios. Pues hay una gran aspereza en los corazones de los infieles, que no obran según la ciencia del bien, sino según los deseos ilícitos de sus corazones.

La racionalidad es la materia de la ciencia del bien y del mal, y es como un artesano al construir y al destruir. Pues aquel que ama el día de la fe, construye su casa en la Jerusalén Celestial; pero quien la repudia aparta su casa del honor y de la bienaventuranza de la herencia celestial; y, puesto que realiza todas las cosas que hace, según sus concupiscencias, como lo hizo con la manzana del pecado, sus obras son oscuras, porque se hacen en las tinieblas, al huir de la luz. Por lo tanto, los incrédulos desecharon la luz verdadera, esto es, al Hijo de Dios, y no quisieron verlo ni hacer sus obras, y por ello perdieron su herencia; pero los que lo tomaron con buena fe y cumplieron sus preceptos, alcanzaron el reino celestial con la dote de Su sangre.

E hizo Dios el firmamento; y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y así se hizo.[35] Dios hizo en la predicación de los apóstoles el firmamento de los fieles que los escuchan y separó las aguas, esto es, los pueblos infieles —que habían estado bajo el firmamento presos de las cosas terrenales como ídolos y similares— de los hombres que estaban sobre el firmamento, es decir, junto a Cristo.

Y llamó Dios al firmamento «cielo».[36] Con esto se entiende la fe, porque ella es la ciudad grande y sólida que contiene las obras celestiales. ¿Qué quiere decir? Que es la ciudad de todo el orden eclesiástico y la más victoriosa lucha contra la incredulidad de todos los incrédulos.

Y se hizo la tarde y la mañana, día segundo.[37] Se hizo aquel confín de los corazones infieles con el nacimiento del firmamento de

35. Gn 1,7.
36. Gn 1,8.
37. *Ibid.*

aquel día, es decir, de la recta fe, el día segundo; porque creer en Cristo es como creer en la segunda luz de la fe.

XXVI. Pero no se ha dicho: *Y vio Dios que era bueno,*[38] porque esta obra ígnea de la fe y las demás virtudes aún no habían surgido de hecho, sino que se habían formado solamente en el oído de los pueblos para aquellos que todavía no las saboreaban en el gusto de la obra. Y como el hombre no sabe sino por el gusto qué alimento es bueno, así los hombres aún no gustaban las obras de la fe al obrar, sino que las oían como en la sombra del oído de la audición. Por lo tanto, como el firmamento todavía estaba sobre el orbe de la tierra sin el esplendor del sol, de la luna y de las estrellas, así la fe misma, como en una segunda luz de la fe, permanecía sin la obra brillante de los ornamentos justamente constituidos, y aquellos hombres percibieron la fe sólo como en la sombra. Y nuevamente de otro modo:

XXVII. *También dijo Dios: «Hágase el firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas».*[39] Esto debe interpretarse así: Dios a veces le habla al hombre en la extensión del corazón. ¿Qué quiere decir? Habla en la dulzura del Espíritu Santo, porque el lugar de su morada refulge en el hombre. Y luego hace los instrumentos de las virtudes para tutela de su obra, que comenzaba en él, de manera que ninguna cosa de virtud faltase al hombre, como hizo el cielo y la tierra, donde ninguna creatura necesaria le falta al hombre. Luego, cuando Dios ordenó que se hiciera el firmamento, que es la discreción en la diversidad de los hombres espirituales y carnales, en relación a esto el hombre debe nutrirse del deseo celestial y cuidarse de la carne; es decir, comportarse con discernimiento, de manera que no construya con la

38. Gn 1,4; 10; 12; 18; 21; 25; 31.
39. Gn 1,6.

exaltación de la ruina y no sea corrompido por la presencia enemiga de las diversas costumbres; sino que ore con suspiros, se ocupe de las buenas obras en todo tiempo, y provea en su momento las cosas necesarias de la carne, para que no desfallezca.

Y cualquier don del Espíritu Santo que hubiese tenido, que lo reconstruya con discreción, y al ejercer las virtudes insista según su medida, para que con ellas anhele el cielo con fervientes suspiros y sirva al cuidado de la carne sólo lo necesario. Que con el reconocimiento de estos dones del Espíritu Santo evite el hombre la vanagloria, que Dios rechaza, porque se honra a sí mismo en vez de honrar a Dios, y arranca todas las raíces del bien. Por ello, al permanecer siempre inestable, no es capaz de estar en un solo lugar, y así no puede descansar en la gracia del Espíritu Santo.

E hizo Dios el firmamento; y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y así se hizo.[40] También pone Dios en el hombre todos los instrumentos de las virtudes con la discreción establecida por la exhalación del Espíritu Santo; por esto el hombre debe distinguir los instrumentos útiles a Dios, y que ninguna virtud que ponga en práctica se hunda por inconstancia de la mente. Y así Dios divide las necesidades terrenales y las virtudes celestiales, que irriga el Espíritu Santo y se unen a las cosas celestiales, hasta que el hombre anhele la vida contemplativa. La discreción contiene estas virtudes, como la esclava que la señora tiene en vigilancia, porque en las cosas terrenales presentes en la carne y que subyacen a la discreción es como la señora que no quiere carecer de esclava. Así la discreción es el firmamento que tiene bajo sí las cosas terrenales, esto es, la vida activa, y tiene sobre sí las cosas celestiales, esto es, la vida contemplativa; por éstas ella es la escala que conduce al cielo, que los hombre llevan en sus mentes con las buenas obras y en la que también descienden a la tierra a causa de las necesidades de

40. Gn 1,7.

la carne; así como María y Marta mostraron diversos servicios a Dios, Quien, no obstante, se complació en una y en otra cosa, porque es el fundador de una y otra vida. Así el firmamento de la virtud se hace entre una y otra vida, cuando el hombre realiza la discreción para sí mismo, de manera que tenga apropiadamente las cosas celestiales y las terrenales según su estatuto, así como Dios lo constituyó.

Y llamó Dios al firmamento «cielo».[41] Y Dios, por la inspiración del Espíritu Santo, llama cielo a la discreción en el hombre, que verdaderamente es la más cierta señal del cielo; porque como el firmamento tiene en sí todos los adornos que iluminan y rigen y contienen el mundo, así la discreción guarda todos los instrumentos de las virtudes que provienen de Dios, y rigen el cuerpo y el alma, de modo que las cosas que se ocultan interiormente no desfallecen, y las que se manifiestan no están oscurecidas por la jactancia.

Y se hizo la tarde y la mañana, día segundo.[42] Así se hace en el hombre, que es vespertino en el buen hábito, cuando realiza todas sus obras en la discreción. Dios, en el inicio de todas las virtudes prevé, su término, pues percibe que ellas se tocan en el inicio y en el término, porque el buen inicio no es útil si no lleva a buen término, como habla en el evangelio mi Hijo acerca del esposo, que dijo a las vírgenes necias:

XXVIII. *En verdad, en verdad os digo: no os conozco.*[43] Esto debe interpretarse así: Yo, el que soy, ciertamente os digo a vosotras que, a causa del gusto de la carne, al obrar según vuestras concupiscencias, habéis sido completamente destruidas: *No os conozco,* porque conociéndome no me tocasteis, de manera que hicieseis

41. Gn 1,8.
42. *Ibid.*
43. Mt 25,12.

las virtudes de las obras justas que propuse para vuestra buena ciencia, ni las buscasteis en Mí. Prohibisteis los suspiros a vuestra alma, obligándola a realizar la voluntad de su carne sin recurrir a Mí. Pues, ¿quién puede responder a quien no oye la voz ni las palabras? Nadie. Pues vosotras no me dirigisteis ningún clamor. ¿Y qué don le será dado a quien no busca ni reclama, sino que rehuye el don con voz muda? Verdaderamente ninguno. Vosotras no exigisteis nada de mí. Pues no conozco a los que no me invocan con el suspiro del alma y que no me escuchan con el corazón y la mente, como olvidados de mí, como si no les hubiese dado la ciencia, y por esto me irritan muchísimo con sus obras inicuas. Pues por la ociosidad de su fatuidad no se vuelven a mirarme y, por el abrazo de la carne, repudian la discreción de las mentes virtuosas encendidas por el Espíritu Santo. Por ello esos hombres han sido apartados de mis ojos.

Pues eligen una cosa y rechazan otra, toman la tierra con su verdor y, a causa de sus placeres, descuidan el cielo; gritan con una sola voz, quieren entrar sin obras, pero la puerta no se podrá abrir para ellos. Todas las virtudes pueden distinguirse por las cosas celestiales y por las terrenales, porque el hombre camina en la tierra y mira hacia el cielo, y es necesario que elija entre las dos, qué amar según la voluntad de Dios y qué odiar, de modo que tienda hacia las cosas celestiales en el bien y se aparte del mal. Por esto se dice que en Dios no hay inicio conocido para cada hombre, hasta que Él apruebe su fin. Y como en el fin del mundo, que es mucho más útil que el inicio de él, se manifestó la salvación de mi Hijo, porque en el inicio apareció la perdición, pero en el fin vendrá la salvación, así el buen fin es más útil que el buen inicio. De tal modo la discreción es la segunda luz de la buena obra, como el día segundo.

XXIX. Y no se ha dicho: *Y vio Dios que era bueno*, porque la discreción está al servicio de las otras virtudes, no al obrar, sino al

ayudar a las demás virtudes, como el firmamento, que es el soporte de las cosas que le rodean, contiene a las otras creaturas que obran, al estar al servicio de ellas; éstas son llamadas obreras por su sometimiento al hombre, pues realizan cada obra suya día y noche en el firmamento. Y así como este firmamento, al sustentar cada cosa que ha sido puesta en él, le da a cada una un lugar, así la discreción no es una virtud obrera, porque no obra como las otras virtudes, que son llamadas obreras por la obra, sino que son el soporte de esas otras virtudes.

XXX. *Pero dijo Dios: «Reúnanse las aguas, que están bajo el cielo, en un solo lugar, y que aparezca lo seco». Y así se hizo.*[44] Esto debe interpretarse así: A través de la Palabra, que es inagotable, las aguas que habían permanecido bajo el firmamento confluyeron en un solo lugar, hasta que apareciese la tierra, y cubierta por ellas, no quedara vacía; y esto se hizo antes de que el firmamento fuese iluminado, de manera que, iluminado por las estrellas, iluminara a su vez los caminos de las aguas de la tierra, separados de las otras aguas.

Y llamó Dios a lo seco «tierra»,[45] que es la madre de todo lo que germina en la tierra, porque el primer hombre fue hecho a partir de ella; *y a las reuniones de las aguas las llamó «mares»,*[46] desde los que fluyen las aguas, como si se generasen desde ellos.

Y vio Dios que era bueno; y dijo: «Que la tierra germine hierba que reverdece y que da semillas y el árbol fructífero rinda un fruto según su género, cuya semilla esté en él mismo sobre la tierra». Y así se hizo.[47] Vio Dios que todo lo que había hecho estaba dispuesto apropiadamente y bien para su función; y por su Palabra viviente prescribió que la tierra materna reverdeciera para que germinase en

44. Gn 1,9.
45. Gn 1,10.
46. *Ibid.*
47. Gn 1,10-11.

la hierba floreciente, que también da semilla, para que se multiplicase en su semilla, y de nuevo renaciese, ya que en la semilla está todo germen, para que no se agote en su naturaleza. Ordenó que germinase el árbol fructífero, que produce fruto para alimentar; y según su naturaleza nuevamente germinase al caer sobre la tierra. Y así se ha cumplido, como el siervo realiza con ánimo alegre las órdenes de su señor, el padre de familia, cuando le encomienda sus asuntos y le indica qué hacer en cada caso; así la tierra se movía con goce según las órdenes de su Señor, cumpliéndolas en todo.

Y la tierra produjo la hierba que reverdece y que da semilla según su género y el árbol que da fruto y que tiene cada semilla según su especie;[48] puesto que, como Dios prescribió, la tierra materna produjo el verdor de las hierbas, que tienen en sí su semilla y que producen el verdor favorable al fruto de los árboles, y que renacen en su semilla; porque, mientras las semillas caen a tierra, otras renacen según la especie de su creación. *Y vio Dios que era bueno,*[49] que todas aquellas cosas necesarias al hombre, que había de ser creado, así apareciesen, para que no se agotasen en la futura necesidad del hombre.

Y se hizo la tarde y la mañana, día tercero;[50] a saber, el término y el inicio con los cuales se completa la tercera obra, ya que Dios había realizado con el círculo de su ciencia las tres obras ya mencionadas, que todavía no habían sido iluminadas con la rotación de los astros. Pues como el fuego permanece en silencio antes de ser inflamado por el soplo del viento, así la obra de Dios en su presciencia calló antes de proseguir, pero por la virtud de la Palabra viviente apareció en su forma. Por ello fue escrito por inspiración Mía:

48. Gn 1,12.
49. *Ibid.*
50. Gn 1,13.

XXXI. *Callé siempre, guardé silencio, fui paciente; gritaré como parturienta.*[51] Esto debe interpretarse así: Yo, profecía de los profetas, imbuida del Espíritu Santo, callé en la paciencia, guardé silencio en la mansedumbre; pero como la parturienta después de su dolor, gritaré. Pues antes de la encarnación del Hijo de Dios callé como muda, de manera que guardase en mí silenciosamente sus secretos, y no los revelé públicamente, como el fuego contiene la llama, que no se mueve por sí, sino por el viento; pero ahora, después del dolor que el Hijo de Dios padeció en la cruz en su carne, pasado el dolor gritaré como la parturienta, es decir, profiriendo abiertamente las que antes había ocultado en el goce. Ciertamente los profetas reprimían en silencio sus voces, porque no sabían plenamente qué era la ciencia de sus palabras. Por ello se decían unos a otros: «¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, no percibimos plenamente las cosas que proferimos; pero sabemos que Dios las manifestará en su tiempo». Y así esperaban con paciencia, confiando en la ciencia de Dios.

Y Dios iluminó las cosas para el servicio de su obra, que había hecho a su imagen, como una madre se alegra tras el parto, cuando ve al niño que engendró en ella, y le dice, suspirando: «Éste es mi hijo». Así el Padre supremo habla de su hijo: *Yo hoy te he engendrado.*[52] Porque «hoy» existe aquella eternidad en la que Él, según la divinidad, es siempre igual al Padre y después de su encarnación la profecía se encendió abiertamente en los santos, que hablaban públicamente al explicar la profecía de los profetas, como Dios iluminó el firmamento con los astros luminosos. De otro modo:

XXXII. *Pero dijo Dios: «Reúnanse las aguas, que están bajo el cielo, en un solo lugar, y que aparezca lo seco». Y así se hizo.*[53] Esto debe

51. Is 42,14.
52. Sal 2,7.
53. Gn 1,9.

interpretarse así: Dios reunió a los pueblos de los cristianos, que eran combatidos por los paganos con batallas y dolores y estaban en diversos lugares y los condujo a una sola Iglesia; y así ellos se manifestaron en la tierra de los vivientes, como dice el profeta: *Veré las cosas buenas del Señor en la tierra de los vivientes.*[54] Esto debe interpretarse así: Yo, que aspiro a seguir a Dios, realizando cosas buenas, creo sin dudar que veré esas cosas buenas que son del Señor de todos los que no temen de aquí en adelante ningún peligro de muerte en la tierra en la que viven los bienaventurados.

La Palabra de Dios despierta las mentes durmientes de los hombres y hace que vean en la verdadera visión de la fe; de manera que los que en la infidelidad eran tierra sin arar, a éstos, la gracia del Espíritu Santo los labre con el arado de la fe. También Él los prepara como tierra de los vivientes, que florece con todo el fértil verdor y produce el fruto pleno, como los profetas decían que la Virgen habría de parir al Hijo de Dios, que despierta la tierra durmiente con el arado de la verdadera fe, en sus santos; y como agua que mana fluyan del agua viviente del Espíritu Santo. Y esto se hizo así en el precepto de Dios, como Dios quiso.

Y llamó Dios a lo seco «tierra», y a las reuniones de las aguas las llamó «mares».[55] Así el Dios de Israel llamó a la Iglesia Tierra Prometida, de la que mana leche y miel, porque ella es tanto la dulzura como el brillo del reino celestial que refulgió en el pueblo cristiano con la fe y con la confesión de Dios Padre, de manera que este pueblo confiase en Dios en la verdadera Trinidad, que los judíos no quisieron recibir. También esta Iglesia reunida por las aguas, es decir, por los apóstoles, es llamada mar; porque la enemistad de la pugna diabólica contra el alma y las tempestades de los malos cristianos y los paganos contra la Iglesia conllevan muchos peligros para sus miembros; así quieren oprimirla, a no

54. Sal 27 (26),13.
55. Gn 1,10.

ser que Dios, quien es siempre su marinero y su remero, los libere; porque ningún cristiano puede entrar en la Jerusalén Celestial, a no ser que haya atravesado aquellas tempestades con la ayuda de Dios.

La Iglesia también es este mismo mar, que Juan el Evangelista vio como mar vítreo mezclado con fuego, como dice en el Apocalipsis: *Y vi como un mar vítreo mezclado con fuego, y a los que habían vencido a la bestia y a su imagen y a la cifra de su nombre, de pie sobre el mar vítreo, llevando las cítaras de Dios y cantando el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero.*[56] Esto debe interpretarse así: Yo, a quien le han sido manifestados los secretos de Dios, vi con los ojos interiores a la Iglesia, a la que Dios, a partir del pueblo común de judíos y paganos, llamó pura en la fe; y la Iglesia fue golpeada por muchas tribulaciones, mientras los fieles, encendidos por el Espíritu Santo, conocían y miraban al Dios vivo en la verdadera fe; porque la fe es como la sombra de la divinidad a la que el hombre mortal no puede ver completamente. Y la sombra muestra la forma que no se ve, como el compás traza la forma todavía no formada, como el Hijo de Dios le dice a Felipe, quien desea ver al Padre, que aquél que lo ve a Él ve también a su Padre. Pues la santa divinidad se ocultó en la humanidad, y a través de la doctrina que iluminó el mundo entero, alumbró al mundo, como el agua baña la tierra entera, que es como su cuerpo, y la vuelve fructífera para el alimento de las creaturas; porque, como Dios es visto por los espíritus celestiales, así Él quiso ser visto por la creatura en la naturaleza humana.

Y también escuché a los que superaron a la antigua serpiente y a sus miembros y al número de su ejército angélico, ya que el lugar y el número de estos espíritus que cayeron será completado por el hombre, a quien el diablo sedujo por la envidia del pa-

56. Sal 27 (26),13.

raíso; escuché, dije, a los que están de pie en la altura de la Iglesia, hasta que hayan mortificado su carne con las obras santas y con signos con los que vuelan en alabanza a Dios por todas partes. Y sostenían la alabanza escrita por precepto de Dios y que Dios constituyó en las creaturas; porque, como la Jerusalén Celestial fue fundada originariamente con las piedras impolutas que yacían en la tierra, así la ley antigua, ocultando en sí las cosas espirituales, comenzó entonces a comprender esas cosas espirituales, con las que se edificaron los muros de esta misma ciudad. También cantaban el cántico de Moisés a semejanza del cantor que canta las cosas presentes y futuras y, sin embargo, le son desconocidas y ajenas, a menos que suspire mucho por ellas, como Moisés en la antigua Ley era como la voz, en la cual la Palabra, es decir, la humanidad del Salvador, se ocultaba; Moisés escribió claramente todas las cosas maravillosas de la encarnación de este mismo Hijo de Dios, como Dios le enseñó.

Y cantaban el cántico del Cordero, que está en el orden de los vírgenes, que tienen al Cordero de Dios en la fe, postergando los esponsales de la carne y mirándolo en el amor como si tuviesen presente a Aquél, al que no ven en la carne. Por esto hay mucho regocijo para ellos, pues han sido desposados por el sumo Rey y le cantan con el júbilo de la alabanza, porque anhelan la otra vida con el suspiro del alma y encomiendan todo su cuidado a Dios, alabándolo con la voz y con la obra.

XXXIII. *Y vio Dios que era bueno; y dijo: «Que la tierra germine hierba que reverdece y que da semillas y el árbol fructífero que de un fruto según su género, cuya semilla esté en él sobre la tierra». Y así se hizo.*[57] La tierra viviente es la Iglesia, que engendra el fruto de la justicia con la doctrina de los apóstoles, como ellos predicaron en el inicio a sus hijos para que fuesen en el verdor de la recta fe

57. Gn 1,10-11.

como la hierba, cosechada en la semilla de las palabras de Dios; y que también llegasen a ser los árboles fructíferos según la ley de Dios, de manera que no perpetrasen fornicaciones ni adulterios en su semilla, sino que engendraran hijos sobre la tierra en un recto nacimiento.

Y así se hizo,[58] porque la Iglesia sostuvo la fe en las voces de los apóstoles y cada constitución de los pueblos fue sometida a la justa ley.

Y la tierra produjo la hierba que reverdece y que da semilla según su género y el árbol que da fruto y que tiene cada semilla según su especie.[59] La Iglesia, que es la tierra de los vivientes, produjo el fruto de las buenas obras en el verdor de la fe, que da tanto la semilla de la Palabra de Dios como el fruto, de manera que sus hijos, sean ricos o pobres, viejos o jóvenes, ejerciesen la recta unión conyugal adecuada a sus formas.

Y vio Dios que era bueno.[60] Y esto era bueno ante Dios. *Y se hizo la tarde y la mañana, día tercero.*[61] Entonces la división y la dispersión del pueblo cristiano, que se produjeron con las luchas de los infieles y los dolores que ellos inferían a causa de la recta fe, comenzaron a inclinarse como la víspera hacia la mañana de aquel día, es decir, de la fe estable, en la que los cristianos recibieron la ley establecida, por la que sabrían qué debían hacer bajo esta ley de Dios; y esto se hizo como el día tercero con la luz tercera de la recta fe. Y nuevamente de otro modo:

XXXIV. *Pero dijo Dios: «Reúnanse las aguas, que están bajo el cielo, en un solo lugar, y que aparezca lo seco». Y así se hizo.*[62] Esto debe interpretarse así: Frente al dolor del corazón del hombre, Dios hace

58. Gn 1,11.
59. Gn 1,12.
60. *Ibid.*
61. Gn 1,13.
62. Gn 1,9.

que las necesidades del cuerpo, que están sometidas a la discreción, se unan para un solo uso, en un lugar favorable. ¿Cómo? Que el hombre no sea excesivo en los banquetes o en la ebriedad o en los seductores adornos de los vestidos o en la mente tortuosa, al buscar en estas cosas la gloria para sí mismo, sino que se atenga sólo a la necesidad del cuerpo. ¿Cómo? Que el cuerpo sea alimentado con moderación, de manera que el alma pueda gozar apropiadamente de este alimento, y que tenga con él los justos caminos, de manera que no se caiga al precipicio a causa de la abstinencia excesiva y tampoco sea oprimido por el exceso de inmoderación. Y así se hacen estas cosas en el hombre con la admonición del Espíritu Santo, acogiéndole con mente serena.

Y llamó Dios a lo seco «tierra», y a las reuniones de las aguas las llamó «mares».[63] Y Dios insta al hombre con la misma admonición, a través de la santa humildad, de manera que se denomine a sí mismo tierra mísera y árida a causa de las diversas necesidades de su cuerpo. Por ello suspira por las cosas seculares, que se ocultan en las mismas necesidades, juzgándose a sí mismo como el vaivén del mar y por esto se aflige en la humildad, como si fuese indigno del goce espiritual.

Y vio Dios que era bueno; y dijo: «Que la tierra germine hierba que reverdece y que da semillas y que el árbol fructífero rinda un fruto según su género, cuya semilla esté sobre la tierra». Y así se hizo.[64] Dios, en el abrazo de la dulce y profunda humildad, viendo que el hombre se desprecia a sí mismo a causa de las cosas terrenales, que no pueden existir sin ser influidas por su fragilidad, dice a través de la admonición del Espíritu Santo: «Ya que el hombre asumió el dolor del corazón y el discernimiento del bien y del mal y, reconociendo la tierra, arrodillado se puso bajo la santa humildad, ahora germina amorosamente en el verdor de las virtudes; de manera que

63. Gn 1,10.
64. Gn 1,10-11.

no sucumba en sus pensamientos y obras a causa de los deseos carnales, pues en su cuerpo tiene el jugo que lo lleva a ello, y lo induce a pecar».

Y que el hombre, teniendo por costumbre estas buenas obras que produzca la semilla, es decir, enmendándose según las palabras de los doctores, se aparte de los ya mencionados deseos y ascienda hacia las virtudes más sólidas, que producen frutos según la doctrina de los maestros. ¿Cómo puede hacer esto? El hombre debe examinar, según los doctores, qué es bueno y qué es malo, y actuar de modo que los instrumentos de las virtudes que ha comenzado a practicar contengan esta semilla de la Palabra de Dios, y que ella esté sobre la tierra, es decir, sobre el hombre; y así sucederá que lo que recibió ardientemente de la admonición de Dios, se complete en él por amor a Dios.

Y la tierra produjo la hierba que reverdece y que da semilla según su género y el árbol que da fruto y que tiene cada semilla según su especie.[65] El hombre, instruido interiormente por el Espíritu Santo, produce desde su corazón el verdor de la abstinencia, al reprimir los goces de la carne, y la palabra de la corrección, cuando anhela en sí siempre a Dios, según la enseñanza por la cual se reprime a sí mismo. Pues toda virtud es árida, si no está enraizada en el interior del hombre por la palabra de la corrección, como dijo el Salvador en el Evangelio: *Otra cayó sobre piedra y, después de brotar, se secó, porque no tenía humedad.*[66] Esto debe interpretarse así: La semilla de las palabras de la doctrina del Espíritu Santo es sembrada en la tierra, para que por ella el hombre se alimente en el alma. Pero, ya que hay diversos dones del Espíritu Santo, otra semilla cae sobre los duros corazones de los hombres incrédulos, de manera que aprenden esto gimiendo; sin embargo, no producen el fruto de la piedad, porque carecen del humor de la dulzura, como

65. Gn 1,12.
66. Lc 8,6.

tampoco la tierra produce el fruto del beneficio, cuando sin humedad está yerma para dar frutos.

Dios creó a las creaturas para el intelecto del hombre, para que eligiese en ellas las cosas útiles y rechazase las inútiles; como también la tierra produce fruto donde es muelle, bañada por la humedad. Y donde es dura y pedregosa, sin humedad, no puede producir frutos. El hombre se muestra como tierra buena y placentera en la ciencia del bien, pero en la ciencia del mal es percibido como tierra dura y pedregosa; de manera que el rocío del Espíritu Santo se establezca para los frutos de aquellos que realizan las buenas obras con el deleite de la vida espiritual, y los que reúnen junto a sí los pecados del deseo por el gusto de la carne, que permanezcan yermos como tierra rocosa por la dureza del corazón, pues el jugo de la buena voluntad se secó en ellos. ¿Y cómo echará raíces la virtud en el interior del hombre por la palabra de la corrección? Que él mismo se restrinja con la palabra de su corazón y luche contra los vicios. Y que así realice las altas virtudes, con las que se instruye con la doctrina de los mayores, a saber, de manera que comprenda de qué modo debe restringirse con el temor y apartarse del mal por la abstinencia; porque el hombre que se abstiene del deleite de las obras perversas es de mayor virtud que aquel que, sin deleitarse, evita las obras de su carne. Y así el hombre, al realizar sabiamente cada cosa con las palabras de los doctores, producirá en sí mismo el fruto según el ejemplo en el que fue enseñado, y tendrá las palabras de los doctores contra su mala voluntad con la corrección de sus palabras.

Y vio Dios que era bueno.[67] Estos hechos ya mencionados tocan a Dios, de manera que, aceptándolos, sepa y vea que el hombre se elevó humildemente, renovándose de la inestabilidad que se originó en la ruina de Adán y que supo que era mala; y esto es bueno, porque Dios revive en el hombre que desea ir a Él.

67. *Ibid.*

Y se hizo la tarde y la mañana, día tercero.[68] Y así se hará esta tarde, a saber, el buen fin, con el inicio del que comienza el bien, el día tercero, como ya se ha dicho, por el hecho de que el hombre se restringe a sí mismo de las malas obras, una vez realizada la tercera virtud de la buena obra, que es la humildad.

XXXV. *Dijo Dios: «Háganse las luminarias en el firmamento del cielo, y separen el día de la noche, y que sirvan de señales tanto de las estaciones como de los días y de los años, y que brillen en el firmamento del cielo y que iluminen la tierra». Y así se hizo.*[69] Esto debe interpretarse así: Por orden divina la iluminación del firmamento mostraba la obra de Dios bella y gloriosa, como el alma hará el cuerpo bello y glorioso; éste, aunque hieda por su concepción putrefacta, será, sin embargo, transformado como las cosas superiores, cuando el hombre sea de nuevo despertado. Y Dios estableció las funciones de estas luminarias y las dividió en día y noche, porque de estas divisiones, del día y la noche, depende toda disposición de la necesidad del hombre; hasta que pueda conocer con la racionalidad estas luminarias y las características de las creaturas, y como serán llamados los tiempos de los días, las noches y los años según cada señal y las luminarias que resplandecen en el firmamento e iluminan la tierra y las cosas que están en ella. Y estas cosas han sido constituidas como Dios ordenó que aparecieran.

E hizo Dios dos grandes luminarias: la luminaria mayor para presidir el día, y la luminaria menor para presidir la noche. Y las estrellas. Y las puso en el firmamento del cielo, para que brillaran sobre la tierra y para que rigieran el día y la noche y separaran la luz de las tinieblas.[70] A través de su palabra, Dios iluminó con claridad estas dos grandes luminarias, a saber, la mayor, en el día, y la menor, en la noche; de

68. Gn 1,13.
69. Gn 1,14-15.
70. Gn 1,16-18.

éstas, una permanece en su condición y no crece ni mengua y la otra crece por las señales del firmamento, y mengua. Asimismo, en estas dos luminarias Dios dispuso de antemano de qué modo su obra, que es el hombre, se realizase en dos naturalezas. Por ello es celestial en la buena ciencia y terrenal en la mala ciencia. Pues la buena ciencia es celestial por Dios, y nadie puede abstraerse del alma racional, a menos que, a través de la buena ciencia, sobrepase a los reptiles de la tierra asimilados a la mala ciencia, que, robustecidos por la tierra, reptan sobre ella audazmente de noche y se alegran en las inmundicias.

La mala ciencia, cuando está en las inmundicias de los pecados, está por debajo de la buena ciencia y sabe que aquella es justa, aunque la aborrezca. Pero la buena ciencia hace que el más fuerte guerrero resista la mala ciencia y lo levanta con la penitencia si ha caído y, para que no vuelva al gusto del pecado, no deja de fortificarle; pues la buena ciencia es como el día, pero la mala, como la noche. Por esto ésta se deleita en el mal y hace el mal, cuando el deleite precede al pecado; y con las dos ciencias cada hombre conoce las cosas puras y las impuras. Pues el día conoce la noche y se aparta de ella, y la noche conoce el día y huye de él; y de este mismo modo la buena ciencia se aleja de la mala, y la mala se separa de la buena, puesto que una aborrece a la otra. Así el hombre es celeste y terrestre, porque, cuando el cielo fue movido en la caída primera del ángel, Dios lo restauró con la naturaleza común de la tierra; y de este modo la tierra es el fundamento del cielo y el cielo fue edificado sobre la tierra con milagros mayores que los que había en el primer ángel, pues el hombre hecho de la tierra es obra plena de Dios. Las estrellas brillan por la luna, como la llama por el fuego, y han sido infundidas por una luz refulgente por todo el firmamento, como si la llama brillara a través de un tamiz, y así iluminan la tierra entera; y así como han sido dispuestas persistirán hasta el último día. En el menguante de la luna se ven más brillantes que en su creciente, porque en su

creciente no pueden ser vistas perfectamente a causa de la fortaleza de su claridad y salen al encuentro del sol, mostrando el día, y auxilian a la luna, iluminando la noche; y así separan la luz de las tinieblas, cuando muestran el día y la noche con su ayuda.

Y vio Dios que era bueno,[71] es decir, aprobó que, a través de la animada esfera de luz, su obra fuese plena y estuviese preparada y adornada para el servicio, habiendo separado las tinieblas. *Y se hizo la tarde y la mañana, día cuarto;*[72] porque los cuatro elementos, es decir, el fuego, el aire, el agua y la tierra aparecieron dispuestos y visibles por gracia de Dios en todas las cosas constituidas. Igualmente de otro modo:

XXXVI. *Dijo Dios: «Háganse las luminarias en el firmamento del cielo, y separen el día de la noche, y que sirvan de señales tanto de las estaciones como de los días y de los años, y que brillen en el firmamento del cielo e iluminen la tierra». Y así se hizo.*[73] Esto debe interpretarse así: a través del Espíritu Santo, Dios habló en los corazones de sus discípulos: «Háganse en el nombre de mi Hijo los sacerdotes y los doctores que iluminan la Iglesia, edificada sobre una piedra firme, esto es, Cristo: de esta piedra emanó la justicia de la recta fe». También dijo que esos sacerdotes sean enviados a cada Iglesia, para iluminarla, de manera que con su palabra separen para el pueblo el día, esto es, la salvación de la fe, y anuncien la felicidad que obtendrán si observan la fe. Y que le den a conocer al pueblo la noche, es decir, los eternos tormentos de la infidelidad; y que los doctores lo demuestren con diversas señales, de manera que anuncien las cosas que deben ser observadas, es decir, las fiestas que deben celebrarse y los tiempos de ayuno obli-

71. Gn 1,18.
72. Gn 1,19.
73. Gn 1,14-15.

gatorios y los días del perdón en la ley de Dios, para que observen el año con los preceptos instituidos. Y que esos preceptos refuljan en el cielo, esto es, en mi Hijo, gracias a la fe, y sigan la alabanza de los ángeles; y que ellos iluminen la Iglesia, tierra de los vivientes, con la alabanza a Dios.

Y así se hizo. E hizo Dios dos grandes luminarias: la luminaria mayor para presidir el día, y la luminaria menor para presidir la noche. Y las estrellas. Y las puso en el firmamento del cielo, para que brillaran sobre la tierra y para que rigieran el día y la noche y separaran la luz de las tinieblas.[74] Hizo Dios dos grandes luminarias que eran necesarias para la Iglesia: la luminaria mayor que preside el día, es decir, los maestros principales y espirituales, quienes, al frente de la Iglesia, son la luz de los ojos fieles, para que de esta manera los demás maestros espirituales, esto es, aquellos de menor jerarquía, se sometan y se unan bajo su precepto, como el buey bajo el yugo; para que así, al vagar caminando sin pastor, no sean arrebatados por el ave terrible, es decir, el diablo. E hizo Dios la luminaria menor, es decir, los reyes y los demás poderes seculares que presiden los asuntos terrenales y los pueblos mundanos sobre la noche, que frecuentemente son oscurecidos con las tinieblas de las cosas ilícitas, porque el deseo sensible de la carne, que se originó en Adán, surge en ellos muchas veces. Por eso consideran qué pueden hacer y se esconden del justo juicio sin juzgar rectamente. Hizo Dios también las estrellas, a saber, aquellos que con menor potestad han sido sometidos a los príncipes mayores, para que brillen para la tierra viviente, esto es, para la Iglesia, fundada sobre la piedra que es Cristo; de manera que presidan las cosas luminosas, esto es, a los que viven rectamente y a cuantos están en la sombra, esto es, los que combaten en medio del mal, juzgando a los luminosos según sus obras y a los malos según su maldad.

74. Gn 1,15-18.

Y vio Dios que era bueno,[75] esto es, dispuso para beneplácito suyo que en la Iglesia fueran iluminadas las distintas jerarquías y que los simples sean iluminados por la doctrina de los sabios, y que los que pecan sean corregidos por la disciplina de los rectos.

Y se hizo la tarde y la mañana, día cuarto.[76] Una vez que Dios estableció la Iglesia, aquella inestabilidad que existía cuando los cristianos no tenían pastores espirituales ni autoridades seculares, comenzó a inclinarse como en el cuarto día, desde la oscuridad de aquella confusión hacia el nacimiento del día estable, que refulgió en esta Iglesia cuando fue consolidada en la luz de la verdadera fe y de las demás virtudes por el celo de la obra santa. Y nuevamente de otro modo:

XXXVII. *Pero dijo Dios: «Háganse las luminarias en el firmamento del cielo, y separen el día de la noche, y que sirvan de señales tanto de las estaciones como de los días y de los años, y que brillen en el firmamento del cielo e iluminen la tierra». Y así se hizo.*[77] Esto debe interpretarse así: En la admonición del Espíritu Santo dijo Dios: «Háganse las luminarias en la discreción, por don del Espíritu Santo, para que el hombre ame a Dios y a su prójimo como a sí mismo». ¿Cómo hará esto? Que anhele firmemente a Dios con todo el verdor del alma, de manera que como forastero no busque otro Dios en la infidelidad, sino que vuelva su mirada hacia Mí con ánimo viril. Igualmente que ame a su prójimo como a sí mismo, de manera que cuidadosamente le dé las cosas necesarias que corresponden a su forma; porque él mismo es la forma y su hermano en la humanidad. Y que no lo considere indigno, como si fuera una creatura despreciable sometida, sino que voluntariamente la reciba en su compañía; porque Dios, que lo constituyó, también

75. Gn 1,18.
76. Gn 1,19.
77. Gn 1,14-15.

constituyó a uno y a otro de la misma forma. Y que cuide de no tener parte en la muerte de esa alma al consentir en sus pecados, de manera que no mate la propia ni tampoco la suya.

Y que estas luminarias brillen en el firmamento del cielo, esto es, en el discernimiento de la razón, de manera que el hombre mismo con discreción distinga correctamente el día, es decir, en qué honor me debe tener a Mí, Dios omnipotente, en el deseo de su alma, y que libremente suspire por Mí con sus gemidos. Asimismo, que con esta discreción ilumine la noche, esto es, aquello oscuro que se oculta en el cuerpo y pertenece a las cosas terrenales, es decir, su propia necesidad y la del prójimo, para que no sea apartado de la esperanza de las cosas superiores a causa de las inferiores, sino que suspire por estas cosas con deseos celestiales. Que también tenga estas mismas luminarias como señales interiores, de modo que deba suspirar, orar y derramar lágrimas hacia Dios y llamar al Espíritu Santo en su ayuda; que las tenga también a su servicio en las estaciones, es decir, que se ejercite en la utilidad propia y en la del prójimo; que las tenga a su servicio en los días de la fe, para que todas sus obras reluzcan en Mí en la edificación de la buena obra. Y que las tenga a su servicio en los años, de manera que observe el tiempo anual, comenzando el bien en todas estas cosas, con Dios y con su prójimo, a través de las obras santas y cumpliendo bien con toda la ley de Dios; de manera que durante el tiempo de su vida ofrezca buenos ejemplos a su prójimo en las cosas establecidas, observando los dos preceptos del amor. Y que estas luminarias brillen en los mencionados preceptos en el firmamento del cielo, esto es, en el discernimiento de la mente, y que las luces de esta obra iluminen la tierra, es decir, al hombre, para que resplandezca en mente y cuerpo ante Dios. Y esto se hará así en el hombre con el dolor de un ardiente amor a Dios y a su prójimo, para que distinga todas estas cosas en Dios.

E hizo Dios dos grandes luminarias: la luminaria mayor para presidir el día, y la luminaria menor para presidir la noche. Y las estrellas.

Y las puso en el firmamento del cielo, para que brillaran sobre la tierra y para que rigieran el día y la noche y separaran la luz de las tinieblas.[78] Por inspiración del Espíritu Santo Dios hace en el hombre que lo contemple, amándolo con todas sus fuerzas, para que esta luz del día, es decir, de la verdadera fe que brilla ante los ojos de Dios, esté en primer lugar, porque el hombre no puede ver a Dios con los ojos exteriores, sino que lo toca interiormente en el alma con la fe. Y la luminaria menor, a saber, el amor a su prójimo, que es menor que el amor a Dios, porque el hombre sólo puede contemplar con todo deseo en el interior de su alma, pero al prójimo lo ve cara a cara y puede tocarlo; y por ello la luminaria menor preside la noche, porque la visión de este mundo, que no puede existir sin contagio de pecado, es nocturna. Y ve las estrellas, esto es, los pensamientos rectos y buenos que Dios pone en el firmamento, es decir, en la discreción del hombre, para que descubra en todas las cosas qué es bueno y qué es útil, para no ser oscurecido en su ciencia por las tinieblas de la ignorancia, y para que él vele sobre la enfermedad del cuerpo al gobernarlo y prevea con sus pensamientos todas las cosas que debe hacer. Los mismos pensamientos presiden la luz de la justicia y la necesidad del cuerpo, de manera que las dispongan rectamente y que distingan la luz de la justicia de Dios de la necesidad tenebrosa del mundo y del cuerpo, anteponiendo aquélla a ésta.

Y vio Dios que era bueno,[79] es decir, aprobó su morada en el hombre según su justicia rectamente dispuesta y se alegró de que hubiera cumplido sus preceptos, complaciéndose de la realización de sus obras y reconciliándose con él.

Y se hizo la tarde y la mañana, día cuarto.[80] Dios hace en el hombre el buen fin con el inicio de la ley, porque prevé el buen fin en

78. Gn 1,16-18.
79. Gn 1,18.
80. Gn 1,19.

todas las virtudes. Pues, si el fin no es bueno, la obra del inicio también se trunca, como perecerá el árbol inútil, cuyas ramas reverdecen y comienzan a florecer, aunque no producen fruto. Y como ese árbol, de continuar así, sería cortado, también será destruido por Dios el hombre que comienza a obrar bien y no lleva a término lo empezado; porque Dios no considera el inicio de las buenas obras sin un buen fin. Y en los pueblos creyentes, que usan los cuatro elementos, se hará esta cuarta virtud como el día cuarto, es decir, el amor a Dios y al prójimo, que tanto los espirituales como los laicos deben observar.

XXXVIII. *Dijo también Dios: «Produzcan las aguas seres vivientes, y aves bajo el firmamento del cielo».*[81] Esto debe interpretarse así: Con su Palabra viviente Dios ordenó que las aguas produjeran animales que se arrastran y los que vuelan, como las flores que salen de las ramas de los árboles, porque Dios creó primero a las creaturas y luego creó unas a partir de otras; pues previó las que estarían en contacto con Él en el firmamento y bajo el firmamento, como la forma primero es creada y luego puesta en movimiento según su condición.

Y aparecieron las creaturas que nadan en las aguas y las que vuelan en el aire, para que el agua no estuviese vacía, y cumpliera la obra para la que habría sido realizada, y el aire no careciese de seres alados dotados de cuerpo, colmados y vivificados por el aire. Por eso los peces son llamados nadadores, porque nadan, y las aves aladas, porque vuelan; pero el hombre no puede nadar a la perfección ni volar, sino que marcha con sus pies sobre la tierra de la que fue creado.

Los peces y las aves son de una procreación más limpia que la simiente de los demás animales, porque el Espíritu Santo santificó las aguas sobre los demás elementos; y como el agua supe-

81. Gn 1,20.

ra las cosas limpias y las inmundas, así el alma penetra en todas las cosas y se eleva sobre la carne. El alma humana fue hecha a imagen de Dios y obra en el hombre con todas las creaturas, y Dios está en todas las creaturas y las excede a todas, porque no hay en Él inicio ni fin.

Y creó Dios grandes cetáceos y todo animal viviente que se mueve, producidos en las aguas según sus especies, y cada ave alada según su género.[82] Dios formó los géneros de peces en las aguas y les introdujo un alma viviente de fuego ventoso. Por ello, generados de las aguas, viven dotados de movimiento y fueron los primeros en aparecer. Y como el aliento viviente supera las formas corporales, también el agua produjo primero las cosas que tienen vida, pues el agua es santificada y espiritual. Ciertamente la procreación en las aguas es más admirable que la procreación que fue alterada por el engaño de la antigua serpiente, porque el gusto del pecado germina en el deleite de la carne; pero, puesto que el diablo no puede destruir la regeneración en las aguas, odia las aguas. Pero Dios lavó la escama del pecado en su Hijo, concebido con el agua bautismal; por esto el diablo no puede desnudar al hombre, pues no sabe cómo concibió la Virgen a aquel Hombre que lavó todo gusto del pecado, gracias al agua. Y porque al diablo se le ocultó el parto de la Virgen, que supo que su vientre no estaba herido, sino íntegro, es incapaz de disipar esta procreación del espíritu y del agua.

A través de los peces Dios señaló que el hombre está dotado de movimiento gracias al agua viviente, como los peces son ágiles en las aguas; y a través de las aves mostró que puede volar gracias a la racionalidad, como las aves son llevadas por el aire. Por esto los alimentos espirituales deben ser convenientemente aplicados, según su género, a los hombres espirituales que huyen del pueblo común, así como los peces y las aves, separados de los demás animales, viven en las aguas y en el aire.

82. Gn 1,21.

Y vio Dios que era bueno; y los bendijo diciendo: «Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar, y que las aves se multipliquen sobre la tierra».[83] Dios vio que era bueno y lo aprobó, porque los géneros de peces y aves tuvieran el aire del cual viviesen; y bendiciéndolos para que no desfallecieran, ordenó que cada uno creciera en su constitución según su género, se multiplicara en número, como crecen y aumentan las semillas y los frutos de los campos; y que los peces colmasen las aguas, porque en ellas viven, y que se levantaran en bandada las aves, que se posan en la tierra para obtener los alimentos que les convienen.

Y se hizo la tarde y la mañana, día quinto;[84] porque el fin y el comienzo de esta obra muestra que Dios la dispuso a favor de los cinco sentidos del hombre, que el alma recorre en el hombre. Pues el alma ve lo que es espiritual, porque tiene la visión de la luz por el aliento espiritual, distinguiendo qué es visible y qué es invisible; y a través de la racionalidad comprende que actúa en compañía de los espíritus angélicos. Ella es invisible como el ángel y mueve la forma de su cuerpo, que es como su túnica, con la que se cubre para no ser vista, aunque toda creatura la perciba, porque es movimiento viviente. De otro modo:

XXXIX. *Dijo también Dios: «Produzcan las aguas seres vivientes y aves bajo el firmamento del cielo».*[85] Esto debe interpretarse así: Dios, a través de la prédica de sus discípulos, dijo a la Iglesia: «Apliquemos ahora los preceptos más sutiles con la abstinencia, para que, con las vigilias y los ayunos y las oraciones, al vivir fielmente en Cristo, no se mezclen con las cosas terrenales, y bajo el firmamento del cielo, que es Cristo, vuelen en la Iglesia

83. Gn 1,21-22.
84. Gn 1,23.
85. Gn 1,20.

con las plumas más altas de las virtudes, como las vírgenes y las viudas, y sigan las cosas celestiales».

Y creó Dios grandes cetáceos y todo animal viviente que se mueve, producidos en las aguas según sus especies, y cada ser alado según su género.[86] Es decir, Dios mostró a su único Hijo encarnado, con quien nació el Evangelio, donde se dice: *Y todo aquel que haya abandonado casa o hermanos o hermanas o padre o madre o esposa o hijo o campos por mi nombre, recibirá el ciento por uno y tendrá la vida eterna.*[87] Esto debe interpretarse así: Todo fiel que haya abandonado casa, esto es, la propia voluntad, o hermanos, es decir, los deseos carnales, o hermanas, esto es, el gusto de los pecados, o padre, es decir, el deleite de la carne, o madre, esto es, el abrazo de los vicios, o esposa, es decir, la avaricia, o hijos, a saber, la rapiña y el hurto, o campos, esto es, la soberbia, por la gloria de mi nombre, volviéndose a Mí, que soy el Hijo de Dios y salvador de los hombres, recibirá el ciento por uno en su cuerpo y en la quietud de su mente, porque arrojó fuera de sí toda preocupación por el mundo y me siguió. Por ello estas cosas le prestarán auxilio. Pues primero la casa debe ser abandonada, es decir, la propia voluntad en la que el hombre descansa por deseo suyo, como aquel que permanece tranquilamente en su casa. Luego los hermanos, esto es, las concupiscencias carnales que se unen a la propia voluntad; y luego las hermanas, a saber, el gusto de los pecados, que sigue por todas partes a las concupiscencias carnales. Pero en lo sucesivo debe ser abandonado el padre, por el cual se indica el deseo de la carne, que mucho se deleita en las concupiscencias carnales; y luego de esto, la madre, esto es, el abrazo de los vicios, que abraza el deseo de la carne a través de todas las cosas; y después la esposa, a saber, la avaricia, que imita el abrazo de los vicios, de manera que no sea colmada por ellos, como el hombre, una vez

86. Gn 1,21.
87. Mt 19,29.

que ha tomado esposa, se inclina hacia las ganancias codiciosas. Y más tarde los hijos, esto es, la rapiña y el hurto, que siguen a la avaricia, al igual que el hombre que se ha empeñado en acumular riquezas para sus hijos; y finalmente los campos, a saber, la soberbia, que intenta defender la rapiña y el hurto, porque una vez que el hombre ha atraído impunemente hacia sí las cosas injustamente adquiridas, comienza a ensoberbecerse por la jactancia.

Pero, si cualquier fiel ha arrojado de sí todas estas cosas y ha recibido en abundancia cosas mejores, como se ha dicho, poseerá también la vida eterna e inagotable en la bienaventuranza, porque se ha apartado del mundo por causa de Dios y ha anhelado las cosas celestiales. Pues quien se abandona a sí mismo y a su familia y a sus hijos a causa de Dios, como hizo Abraham, recibirá el céntuplo por cada cosa que ve con los ojos y escucha con el corazón, como se dice de María Magdalena: *Le quedan perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho*;[88] porque también ella, abandonándose entera desde la coronilla hasta la planta del pie, fue recompensada en todo. Por ello el hombre será adornado con los trabajos ya mencionados, como el artesano embellece su obra con un elegante adorno, y finalmente transitará hacia los goces celestiales.

La antigua ley no conocía estas cosas, pues la humanidad del Salvador aún no había llegado; pero la nueva ley las reunía fielmente junto a sí. Pues el Hijo de Dios, que fue engendrado por su madre en el fuego del Espíritu Santo y de quien la procreación humana fue enteramente apartada y sustraída, nos enseñó la recta procreación de la vida espiritual, de manera que el hombre se restrinja y se santifique a sí mismo y, viviendo así, tenga la costumbre angelical; porque el Hijo de Dios liberó al hombre con su humanidad y lo condujo nuevamente a los goces superiores.

También Dios creó toda vida de virtudes, que permanecen en las mentes vivientes de los hombres, que se elevan desde la tierra

88. Lc 7,47.

y que también en esto están dotados de movimiento, porque se vuelven desde el mal hacia el bien y avanzan de virtud en virtud. Y aquellas aguas, sobre las cuales vino el Espíritu Santo, esto es, los apóstoles, produjeron estas virtudes, cuando precedían al pueblo en los buenos ejemplos, y mostraron la costumbre celestial, que vuela como una nube, atravesando todas las cosas terrenales según su poder con el género de las virtudes, como dice mi Hijo en el Evangelio:

XL. *En la casa de mi Padre hay muchas mansiones.*[89] Esto debe interpretarse así: El Hijo de Dios, prometiendo la vida eterna a sus fieles, dijo: «En la morada celestial, que es de mi Padre, hay muchas habitaciones según los méritos de los hombres, de manera que cada cual haga allí una mansión para sí, equivalente a como en la vida corporal amó y buscó a Dios». Pues Dios mucho se deleita en el hombre que se niega a sí mismo como si no fuese hombre, y que, sin embargo, no puede abandonar del todo el gusto sensible por los pecados en su vasija corporal; pero de este modo, a causa del amor a Cristo y a causa de la esperanza de la fe verdadera, obtiene con pasión la victoria sobre los deseos corporales, puesto que consiente más con el espíritu que en la carne. También su tabernáculo es adornado con innumerables ornamentos a causa del celo por la victoria, con la que lucha contra sí mismo; y recibirá las recompensas por cada una de estas labores; y se alegrará con las cítaras vivientes, porque Dios no se olvida de ninguno de los trabajos refulgentes. Por ello la armonía celestial se admira alabando a Dios, en tanto que el hombre terrenal, que proviene de la tierra, gracias a la fe puede alzarse a la altura en la que Dios está, y que esta alabanza resuene con todo género de música sobre los cielos, para celebrar la maravilla de Dios en la obra del hombre.

89. Jn 14,2.

Pues el hombre existe con aquellos que abandonaron el mundo, los que colman con su buena reputación el mundo entero con el rocío del Espíritu Santo y atraen junto a sí una multitud de hombres con la gracia de este Espíritu, de manera que con sus palabras y obras renacen en Dios. Este hombre es considerado afortunado por todos; y, al igual que el agua, necesaria para los hombres, satisface cada necesidad suya, así este hombre es sustento para el resto del pueblo. Pues, como la tierra es fecunda al germinar, así Dios estableció que los hombres fuesen procreados uno a partir del otro. Y como Dios creó la tierra y produjo el agua en la primera creación, así vio de antemano que los hombres se separasen en dos partes, es decir, una para procrear hijos, pero la otra para abstenerse de procrear vistiendo la túnica del Hijo de Dios. Dios adorna bellamente en el goce celestial, según sus méritos, a los hombres seculares que escuchan a sus maestros, y estos maestros los custodian como los ángeles custodian a los hombres. Por esto los pueblos espirituales se regocijan mucho por ellos, como los ángeles se alegran, porque están en su compañía.

XLI. *Y vio Dios que era bueno; y los bendijo diciendo: «Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar, y que las aves se multipliquen sobre la tierra».*[90] Vio Dios que era bueno que los pueblos justos renunciaran a si mismos y a sus propias voluntades, y los bendijo con la bendición interior del corazón en su Hijo, quien también dio este ejemplo, diciendo: «Que estas virtudes crezcan en Dios y se multipliquen en el bien y colmen las aguas vivientes e impetuosas, esto es, a los apóstoles, que harán surgir los ríos de la escritura de Dios con su ciencia en la Iglesia, que es un mar vítreo e ígneo, para que se haga en los hombres el recuerdo de la encarnación del Señor y el desprecio de este mundo. Y que se multipliquen las aves entre los pueblos espirituales sobre la tie-

90. Gn 1,21-22.

rra de la Iglesia, que es la Jerusalén, imagen celestial que se completará con la Iglesia, cuando haya llegado el último día».

Y se hizo la tarde y la mañana, día quinto.[91] Es decir, cuando el pueblo cristiano no tenía sino una vida común, al vivir solamente en las obras mundanas, aquella insolencia empezó a declinar como por la tarde hacia el inicio de un día poderoso, en el cual cada vida abundó en la abstinencia, en el ayuno y en el desprecio de este mundo; porque en la quinta luz de la verdadera fe, gracias a Cristo confirmado, es como el día quinto para la edificación de la Iglesia con la bendición de Dios. Y nuevamente de otro modo:

XLII. *Dijo también Dios: «Produzcan las aguas seres vivientes y aves bajo el firmamento del cielo».*[92] Esto debe interpretarse así: En la admonición del Espíritu Santo Dios dice que los dones espirituales se edifiquen en las mentes de los hombres y que, restringiéndose en los mencionados ámbitos, sean separados de las preocupaciones mundanas; y que estos hombres, que provienen del agua, hagan salir a los animales con sus virtudes; esto es, las almas que viven en la vida contemplativa, y las virtudes que vuelan en lo alto, superan el precepto común de la vida mundana para que, a causa del amor a Dios, asciendan sobremanera sobre la justicia constituida con su simiente, como el buen campo que produce un fruto muy abundante con la semilla que fue sembrada en él, como dice mi siervo Isaías: *¿Quiénes son éstos que como nube vuelan y como palomas vuelan a sus palomares?*[93] Esto debe interpretarse así: ¿Quiénes son éstos que, despreciando las cosas terrenales, se niegan a sí mismos y se apresuran hacia las cosas celestiales con sus mentes, y se consideran a sí mismos con en la

91. Gn 1,23.
92. Gn 1,20.
93. Is 60,8.

simplicidad de una paloma, y así miran a Dios? ¡Oh, cuán grande es su recompensa junto a Dios, cuando no lo apartan, sino que lo cultivan con devoción!

Pues Dios conoció de antemano su obra antes de toda creatura y creó el cielo y la tierra y entre ellos constituyó a las creaturas necesarias. Señaló en el agua las cosas espirituales y en la tierra, las corporales, y todo lo sucio es limpiado en el agua; así el cuerpo vive por el alma y el hombre toca las cosas corporales, aunque no pueda tocar el alma, pero sabe que vive por ella y, sin embargo, ignora qué es y cómo ha sido hecha, porque en esto su ciencia es débil; y la tierra subsiste con su verdor por el agua, que él también lleva y en la que se baña.

Dios constituyó algunas creaturas para fortalecer su obra creada, esto es, el hombre, pues el hombre obra con ellas; y por ello señaló en las creaturas cuánta posibilidad tiene el hombre de realizar los deseos del alma, que nunca desfallecerá, y cuyos suspiros vuelan hacia el cielo con los vientos. Pues quien asciende, lo hace porque desea ascender. Así el alma golpea con sus deseos, hasta que Dios le dé la virtud para obrar; y porque Dios en esto la aprueba, le concede lo que pide; pero, una vez que ha descendido, entonces realiza las concupiscencias de la carne conforme a lo que su gusto desea. Por ello es afligida así de dos modos, es decir, de manera que soporte los suplicios de la carne cuando asciende hacia Dios, y que tenga aflicción a través de la ciencia del deseo celestial, habiendo cumplido la concupiscencia de la carne.

Por esto Dios distingue la creación del hombre, a saber, una visible y la otra, invisible, como el cuerpo es visible y el alma, invisible, para que a través de esta unión elija lo que es bueno. El cuerpo se alimenta a través de las creaturas y el alma incita el gusto de la carne para comer; y se inclina hacia esto con sus suspiros, para que el cuerpo no se sofoque por la abundancia de alimentos, y no pueda suspirar. Pues en esta obra mezclada, el alma obra de manera que el cuerpo sea alimentado adecuadamente; pues, si es

alimentado excesivamente, las fuerzas del alma se disipan; y si se le quitan los alimentos apropiados por demasiada abstinencia, el diablo soberbio eleva al hombre, como si hubiera de ascender al cielo, para dejarlo desplomarse por la soberbia. Dios odia de este modo la embriaguez y reprueba la abstinencia irracional, y por ello, que el hombre fiel se imponga para sí el justo modo en ambos casos. Y todas las virtudes deben estar bajo el discernimiento como bajo el firmamento del cielo, para que ella las rija, de manera que a causa del interés y de la arrogancia de la mente no asciendan más alto que lo que pueden soportar, y que tampoco en la repetición de las cosas mundanas caigan más profundamente que lo que le es propio a la constitución que han recibido de Dios.

Y creó Dios grandes cetáceos y todo animal viviente que se mueve, producidos en las aguas según sus especies, y cada ser alado según su género.[94] Dios crea en los hombres por inspiración del Espíritu Santo grandes virtudes, a saber, la integridad de la carne y la continencia, alejando toda magnificencia y delicia de la carne gracias al deseo del amor ardiente a Dios, de manera que se hollen a sí mismos en el deleite carnal, como si estuviesen muertos; y consolida en ellos todas las virtudes del alma viviente, que se mantienen en una vida inestable, de manera que no sean manchados por las uniones de la naturaleza humana. Y éstas son las virtudes vivientes que siguen al Cordero, que nunca fue manchado por ninguna mácula de iniquidad, y que están dotadas de movimiento para cosas mejores, cuando desisten de la preocupación del matrimonio, que tiene la inquietud mundana. Que estas ilustres virtudes sean producidas en estos pueblos por una diversa variedad de especies, de las cuales una es la castidad, otra, la continencia; a éstas se unen las demás virtudes que ascienden hacia las cosas superiores, como una palmera en toda su variedad.

94. Gn 1,21.

Y vio Dios que era bueno; y los bendijo diciendo: «Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar, y que las aves se multipliquen sobre la tierra».[95] Vio Dios que estas virtudes eran muy buenas, porque en ellas se deleita con gran dulzura, cuando estas virtudes tocan la Palabra de Dios, al imitarla. Puesto que Dios creó al hombre para que obrase el bien, pero obró el mal, abandonando el bien; Dios quiso que su Palabra se hiciese Hombre, que en su bondad revelase más plenamente la justicia que Adán había abandonado. Y por ello este pueblo revela al Hijo de Dios en sus ejemplos, y en Él se muestra la santa divinidad; y estas virtudes han sido bendecidas, porque surgieron en Él.

Y entonces la virtud de Dios dice: «Que estas virtudes, que gracias a Mi comenzaron a imitarme, crezcan, y que los frutos de las obras buenas se multipliquen, y que los hombres, que oscilan en la inestabilidad de la carne, se hagan plenos; de manera que, con la fuerza de la divinidad, aparezcan en ellos las virtudes que son más fuertes que la fragilidad humana de la carne; y así, que se multipliquen las virtudes que vuelan sobre la tierra, esto es, sobre el hombre, para que la debilidad de la carne sea sometida a su fortaleza.

Y se hizo la tarde y la mañana, día quinto.[96] Así como ya se ha dicho el buen fin acontecerá en Dios como el día quinto con el inicio de la quinta virtud, que es el desprecio del mundo.

XLIII. *También dijo Dios: «Que produzca la tierra seres vivientes según su género; bestias de carga y reptiles y alimañas de la tierra según sus especies».*[97] Esto debe interpretarse así: En su palabra inagotable Dios ordenó que la tierra produjera los animales vivientes según su género, esto es, los diversos géneros de animales en

95. Gn 1,21-22.
96. Gn 1,23.
97. Gn 1,24.

sus propias formas, a saber, las bestias de carga que sirviesen al hombre, los reptiles en los cuales el hombre aprendiese a tener temor a Dios y las alimañas que le muestran el honor de Dios, teniendo cada animal la especie de su propio género. Y así esto fue culminado, para que el hombre tuviese toda la plenitud en ellos, de manera que eligiese lo que le fuese útil a su necesidad y descuidase lo que le fuese contrario y, de este modo, que su honor fuese pleno, pues las bestias de carga se unen al hombre, y los reptiles le tienen miedo, las alimañas huyen de él; y él los domina a todos.

E hizo Dios las alimañas según sus especies y las bestias de carga y todo reptil de la tierra según su género,[98] es decir, a las alimañas, que con su ferocidad inspiran temor al hombre, a las bestias de carga, que le sirven, y también a los reptiles, que se ocultan ante él, como ya se ha dicho.

Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; que presida en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en las alimañas, y en todas las creaturas, y en todo reptil que se mueve en la tierra».[99] Vio Dios con la mirada de su bondad que era bueno y útil que todo el orbe de las tierras tuviese la plenitud del honor del hombre, y dijo invitando al hombre a un banquete: «Quienes en tres personas somos una fuerza de una sola substancia de la divinidad, hagamos al hombre según nuestra imagen, esto es, según aquella túnica que germinará en el útero de la virgen; la persona del Hijo, vistiendo esta túnica para la salvación del hombre, saldrá desde el útero de la Virgen, permaneciendo ella misma íntegra, y de esa túnica la divinidad nunca se apartará, sino que el alma humana abandonará el cuerpo, en la muerte, para la redención del hombre, y lo retomará despertado de nuevo por la potencia de la divinidad. Hagámoslo a semejanza nues-

98. Gn 1,25.
99. Gn 1,25-26.

tra, para que comprenda y distinga sabia y juiciosamente las cosas que habrá de hacer con sus cinco sentidos, de manera que también a través de la racionalidad de su propia vida, que se esconderá dentro de él mismo y a la que ninguna creatura que permanece en el cuerpo puede ver, sepa que preside sobre los peces que nadan en las aguas, y sobre las aves suspendidas en el aire, y sobre las alimañas indómitas y sobre toda creatura que mora sobre la tierra, y sobre cada reptil que se mueve en la tierra, porque la racionalidad del hombre sobrepasa todo esto».

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó; y Dios los bendijo y dijo: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sometedla, y mandad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todos los animales que se mueven sobre la tierra».[100] Dios creó al hombre según la forma de la carne humana, con la que su Hijo habría de ser vestido sin pecado, como el hombre hace su túnica a semejanza suya, según la forma que Dios conocía anticipadamente antes de los siglos. Creó al hombre, es decir, al macho, de mayor fortaleza, pero haciendo a la mujer de un vigor más muelle, y ordenando en recta medida la longitud y la latitud en todos sus miembros; como dispuso la altitud, la profundidad y la latitud de las demás creaturas en su justa condición, para que ninguna de ellas trascienda inadecuadamente a la otra. Así Dios señaló a toda creatura en el hombre y en su interior ordenó la semejanza con el espíritu angelical, esto es, el alma, que obra en forma de hombre y no es vista por ninguna creatura mientras está en el cuerpo, como tampoco la divinidad puede ser vista por ninguna creatura mortal. Pues el alma proviene del cielo, en cambio el cuerpo proviene de la tierra; y el alma es conocida por la fe, pero el cuerpo, por la vista.

Dios creó al macho y a la hembra, pero al macho primero, y a la hembra después, extrayendo la luz del hombre, así como el ma-

100. Gn 1,27-28.

cho con la fuerza de su virilidad genera lo que aún no ha nacido. Pues los frutos crecen y son producidos a través del invierno y del estío, y sin éstos ninguno se completa. A través de la raíz del árbol, que contiene el verdor, se nutren las flores y los frutos, y viene de una sola cosa; así, por el macho y la hembra son procreados muchos, que sin embargo provienen de un solo Creador. Pues, si el macho estuviese solo o la hembra, sola, ningún hombre sería engendrado. Por ello el hombre y la mujer son uno, ya que el hombre es como el alma, pero la mujer, como el cuerpo.

Y Aquél, al que miran los ángeles conociéndolo y alabándolo, los bendijo, y ordenó que crecieran y se incrementaran en gran número y que hinchieran la tierra con su imperio y la sometieran, hasta que estallase en frutos, mientras fuese cultivada por el hombre. Y que manden en los que nadan en las aguas y en los que vuelan en el aire, porque los sobrepasan con la extensión de los cinco sentidos a todos los animales que tienen movimiento de aire vital sobre la tierra, pues los aventajan con la gloria de la racionalidad.

Pues, cuando el hombre sea completado en el número pleno, así como Dios lo constituyó, arribará a aquella tierra que es llamada tierra de los vivientes por los hombres terrenales, y luego tendrá alianza con el Cordero en los cielos. ¡Oh, qué gran goce, que Dios tuvo hacerse hombre, siendo divino entre los ángeles, y humano entre los hombres! En verdad, por esto Dios debe ser considerado también hombre. Y por ello Dios dispuso al hombre para ser su túnica y para su número pleno, el que nunca será apartado del hombre, porque obró para él como un padre para su hijo; Él le repartió la herencia que le corresponde, cuando sometió a él los peces y las aves y todos los seres vivientes que, viviendo sin racionalidad, se mueven sobre la tierra.

Y dijo Dios: «He aquí que os di toda la hierba que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen la simiente de su género, para que os sirvan de alimento, y todos los animales de la tierra, y toda ave

del cielo, y todos los que se mueven en la tierra, y en los cuales está el aliento de vida, para que tengan para alimentarse». Y así se hizo.[101] En su palabra inagotable Dios dijo que le ha dado al hombre la hierba que da semilla, y también los árboles que producen la semilla, para que sean alimento para él; no para que el hombre se alimente con todas las hierbas y los árboles, sino para que sea nutrido por los animales que también se alimentan de las hierbas y de los frutos de los árboles, y para que le fuese concedido que tenga alimento en los animales que habitan la tierra y en las aves y en todos los que se trasladan de aquí para allá en la tierra con sus movimientos y en los que encierra el aire vital. Pues todos los que viven en la tierra por aquel verdor que irrumpe en ella, saben alimentarse, no en razón de que cada animal utilice las hierbas o los frutos de los árboles, sino que se nutra por el uso de las pequeñas hierbas y ramas de los vegetales, cuando uno le proporciona el alimento al otro.

Y el precepto de Dios así se ha cumplido, puesto que todo lo que ha sido sometido a la voluntad de Dios y toda orden de Dios ha sido ejecutada en las creaturas a causa del hombre; pues el hombre, que es inagotable en el alma, verá después del último día a Dios, quien nunca tuvo principio ni tendrá fin; porque en tanto que el hombre crece y mengua como la luna, es decir, mientras es mortal, no verá a Dios, hasta que Él mismo no se muestre a los hombres en la sombra de la profecía, como le place. Pues cuando Dios hizo el hombre en el inicio vio de antemano su último tiempo y este tiempo en el que, saliendo del útero de su madre, de nuevo será regenerado por el agua del Espíritu Santo.

Y vio Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas,[102] pues había creado todas las creaturas en una perfección plena sin ningún defecto, y esto era bueno: que no tuviesen ningún defecto.

101. Gn 1,29-30.
102. Gn 1,31.

Y se hizo la tarde y la mañana, día sexto.[103] Y una vez que hubo culminado aquel principio que Dios había hecho en las creaturas y en el hombre, al que había predestinado al lugar del ángel perdido, brilló el día sexto y, una vez culminado el hombre, este día también mostró de antemano a este hombre que habría de hacer diversas obras a través de las seis edades del mundo. De otro modo:

XLIV. *También dijo Dios: «Que produzca la tierra seres vivientes según su género; bestias de carga y reptiles y alimañas de la tierra según sus especies». Y así se hizo.*[104] Esto debe interpretarse así: Que la tierra, es decir, mi Iglesia, produzca todas las virtudes vivientes que establecí por la doctrina de los apóstoles en todos los géneros de las virtudes. Que los casados, que están bajo el yugo de la ley, vivan justamente; que aquellos que se arrastran en la abstinencia de los deseos carnales, mortifiquen sus cuerpos en vigilias, en ayunos y en oraciones. Pero que aquellos que ofrecen toda su substancia a Dios, dispongan también de sus almas para Él, abandonando así todo lo ilícito en sus obras, para complacer a Dios Salvador con la sumisión a sus preceptos, constituidos para ellos. Y como las alimañas de la tierra no traspasan la naturaleza constituida según sus propias especies, así que los hombres observen la forma constituida para ellos según sus propias fuerzas; y así, en estas virtudes, la abstinencia de las cosas seculares habrá de cumplirse.

E hizo Dios las alimañas según sus especies y las bestias de carga y todo reptil de la tierra según su género.[105] Por la gracia de Dios en el Espíritu Santo fueron cumplidas en la fe católica todas las grandes virtudes de las instituciones espirituales y todas estas órdenes de hombres seculares y todas estas fuerzas de los hombres que se abstienen.

103. *Ibid.*
104. Gn 1,24.
105. Gn 1,25.

Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; que presida en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en las alimañas, y en todas las creaturas, y en todo reptil que se mueve en la tierra».[106] E igualmente vio Dios que todas estas virtudes eran buenas y se dijo a sí mismo: «Hagamos ahora al hombre a imagen y semejanza nuestra para edificación de la Iglesia». ¿Cómo? Hagámoslo para instrucción de la Iglesia, para que ella se levante con el hombre para su edificación, y para que él mismo, adornado en su propia forma, se forme en la racionalidad, esto es, a imagen Nuestra, y en la ciencia y en la sabiduría, esto es, a semejanza Nuestra; de manera que edifique la Iglesia con la obra divina y las obras humanas justas, para que la ley, que se alumbra en el Espíritu Santo, le sea dada en Mi Hijo, quien nació de mi corazón. Y que el hombre presida en la Iglesia las cosas terrenales con su ciencia, con las observaciones del Evangelio que Dios le dio, y con las virtudes que vuelan hacia el bien; y que disponga ante Dios su substancia y su alma con sujeción a los preceptos de Dios y con todas las demás virtudes de los cielos, y que aflija su cuerpo en la abstinencia de las cosas carnales; de manera que el hombre culmine estas virtudes. También que completen al hombre en la observación de todos los preceptos de Dios, de manera que, ascendiendo de virtud en virtud, nunca pueda ser saciado y en esto sea siempre ágil para apartarse del mal y hacer el bien.

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó; y Dios los bendijo y dijo: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sometedla, y mandad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todos los animales que se mueven sobre la tierra».[107] Dios creó al hombre en la Iglesia para reconocimiento de Su divinidad, para que en su alma puedan obrar las virtudes celestiales con los suspiros del alma, con los que la Iglesia ha sido adornada

106. Gn 1,26.
107. Gn 1,27-28.

con las gemas de las virtudes. También lo creó a imagen de Dios, que es el Hijo, para que fuese envuelto con ardiente amor al culminar en la castidad todas las cosas buenas con las virtudes más altas y para que la Iglesia de Dios se complete con las obras de Dios. Entonces creó Dios así a los pueblos, para que en las virtudes celestiales tuviesen fuerzas viriles, que pertenecen a la persona masculina; y para que también viviesen en la angustia del alma en el temor a Dios, propias de la vida mundana con el cuidado de los hijos que nacen, y esto es la persona femenina, para que también la Iglesia sea edificada con ella. Y por estas razones Dios bendijo estas cosas con la plena bendición de la santa encarnación, es decir, que el Hijo de Dios fuese vestido de humanidad, y por ello todos los géneros de las virtudes debieron caer fuertemente, gota a gota, en las cosas espirituales y en las mundanas que prosperan por amor a Dios, porque Dios es Dios y hombre, a partir de Quien brota todo el santo verdor. Y en la admonición del Espíritu Santo dijo: Que los pueblos que crecen en la Iglesia, en los abundantes y justos deseos, avancen en cada vida con el temor a Dios, y que se multipliquen para que sean fructíferos en sus esfuerzos, y para que las virtudes no se sequen al crecer siempre de nuevo. Y para que así colmasen aquella tierra, a saber, la Iglesia, y la sometieran a Cristo y mandasen en ella, de manera que siguiesen el Evangelio y se elevasen hacia las cosas celestiales con las virtudes que vuelan y que viven, y que se aparten de las cosas terrenales y permanezcan estables en el bien.

Y dijo Dios: «He aquí que os di toda la hierba que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen la simiente de su género, para que os sirvan de alimento, y todos los animales de la tierra, y toda ave del cielo, y todos los que se mueven en la tierra, y en los cuales está el aliento de vida, para que tengan para alimentarse». Y así se hizo.[108] En toda la constitución de la Iglesia dijo Dios: «He aquí que Yo os di

108. Gn 1,29-30.

y envié la recta fe a través de mi Hijo, a quien vosotros visteis nacer sobre la tierra en el verdor de la tierra no arada, esto es, en el útero de la Virgen, al igual que la tierra intacta germina flores. Mi Hijo trajo la semilla de la Palabra de Dios, para que fuese sembrada sobre la tierra prometida, es decir, la santa Iglesia, por la cual se construye la Jerusalén Celestial; y trajo la ley de los casados, que tienen la propagación de su semilla en las naciones, de modo que deban vivir según el temor a mis preceptos, así como os ha sido dada Mi ley para alimento; por ello alimentaos en la construcción del alma, como el cuerpo se nutre con los alimentos, porque mi Hijo dijo: *Mi alimento es cumplir la voluntad de mi Padre».*[109]

Esto debe interpretarse así: Mi alimento, porque soy el Hijo de Dios, consiste en que me someta corporalmente a la Pasión, a través de la cual, según la voluntad de mi Padre, llevaré de vuelta al hombre al Paraíso, de donde había sido arrojado, una vez que el diablo haya sido vencido; porque mi Padre me envió al mundo para que lo salvase. Pues Yo, enviado por el Padre, recibí la carne en el vientre materno sin la humedad viril. Luego aquel alimento, en el cual, sin tiempo, soy igual a mi Padre, es mejor que aquel alimento por el que fui alimentado temporalmente según la carne, cuando el Padre celestial quiso que estuviese por un tiempo en este mundo y habitase con los hombres, para que se salven por Mi palabra, cuando los haya llevado conmigo nuevamente a lo alto, a las cosas celestiales.

Así es mi obra, cuando redimí al hombre en Mi humanidad, para que también él obrase como Yo. Alimentaos vosotros con mi ley, para que vuestras almas no desfallezcan, porque constituí para vosotros el tiempo de los banquetes en la ley de Dios, en la que encontraréis los alimentos de la vida, y no fallaréis si os los hubieseis servido, sino que viviréis eternamente. Cuando los hombres hayan sido sometidos a los preceptos del Dios Vivo, gracias a las

109. Jn 4,34.

virtudes, y hayan sido convertidos en imitadores de Cristo en la milicia celestial, ellos, apartándose de las cosas terrenales, anhelarán la justicia con toda devoción y ascenderán hacia la tierra prometida de virtud en virtud, disponibles para el bien; que haya para los hombres diversidad de tiempo para los alimentos establecidos para ellos por los maestros. También el pueblo debe, por el mandato de la ley, observar los tiempos en los que deben ser celebradas las festividades y practicados los ayunos. A partir de estos alimentos debe ser considerada esta distinción, que no sean disfrutados en exceso, sino como lo haya exigido la ocasión de la necesidad, y que sean rectamente distribuidos para cada cual según la medida por la que el pueblo ha sido reforzado e instruido en el Espíritu Santo. Que el hombre cristiano, que es la edificación de la Iglesia, escuche esto para que decida consecuentemente con su cabeza. Y esto se hizo así porque las palabras de Dios y las virtudes fueron hechas en la Iglesia alimento de vida para el pueblo cristiano.

Vio Dios todas las cosas que había hecho,[110] esto es, aprobó estos preceptos propuestos y los tiempos dados de todas las virtudes; *y eran muy buenas,*[111] porque han sido realizadas en la plenitud de la muy deseable gracia de Dios omnipotente, de manera que nada les faltase, existiendo primero una sola virtud en relación con un solo bien; pero aquí todas las cosas eran igualmente buenas, una vez que todas ellas aparecieron igualmente, como un banquete es abundante cuando se completan todas sus disposiciones.

Y se hizo la tarde y la mañana, día sexto.[112] Aquel cambio de la movilidad, porque la firmeza de los preceptos constituidos no estaba todavía en la Iglesia, empezó a inclinarse por la mañana de la fuerte justicia y de toda ley constituida, como el día se refuer-

110. Gn 1,31.
111. *Ibid.*
112. *Ibid.*

za con las fuerzas del sol, mientras éste está en su sitio, para que se hiciese el día sexto y para que, como en la sexta luz de la vigorosa fe, el pueblo cumpliese en la Iglesia los preceptos de Dios, según Su voluntad y la doctrina de sus maestros. Y nuevamente de otro modo:

XLV. *También dijo Dios: «Que produzca la tierra seres vivientes según su género; bestias de carga y reptiles y alimañas de la tierra según sus especies». Y así se hizo.*[113] Esto debe interpretarse así: Dios en la admonición del Espíritu Santo dice a los hombres, que se someten a su causa, de qué manera deben unirse a Dios amorosamente en el deseo de su alma: ahora que esta tierra, esto es, el hombre, produzca las virtudes vivientes del alma, de manera que el hombre exterior, sosteniendo la tarea del alma, suspire hacia Dios, para que el alma y el cuerpo lo obedezcan, según el modo de la más fuerte virtud, la obediencia, cuya fuerza Dios ocultamente le arrebató a la muerte, como los animales de carga están sometidos al hombre mediante la sujeción; y para que el reptil esté por debajo de su oficio vil, como las alimañas de la tierra le sirven y como el hombre se somete al hombre por la sujeción a la humildad; porque la obediencia castiga el orgullo y lo humilla.

E hizo Dios las alimañas según sus especies y las bestias de carga y todo reptil de la tierra según su género.[114] Desde Dios omnipotente surge el temor en el hombre, que antes había pecado libremente por la soberbia, de manera que el hombre comienza a buscar a Dios, como el primer hombre recibió el precepto de la obediencia de Dios. Y así Dios hace que el hombre se incline por su propia voluntad, por la sujeción de los hombres a causa del amor a Dios, como las alimañas son agrupadas por los hombres, y alimentadas y dispuestas como ellos quieren. Igualmente los hombres son

113. Gn 1,24.
114. Gn 1,25.

considerados en esa sujeción a los maestros, según la especie de la santa humildad, sujetos a la obediencia en forma de bestias de carga y en aquella bajeza de la naturaleza que repta, de manera que sean hollados en su propia voluntad según la voluntad de sus maestros, como la vil naturaleza del reptil es hollada en su propio género.

XLVI. *Y vio Dios que era bueno. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra; que presida en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en las alimañas, y en todas las creaturas, y en todo reptil que se mueve en la tierra».*[115] Dios ve que esto es bueno, y se deleita mucho en ello con una dulzura celestial, porque el hombre lo busca en la justicia primera que Él constituyó en el hombre; y se dice a sí Mismo: «Que este hombre, venciendo en sí sus propios deseos ilícitos, pueda llegar a Mí en el inicio de la justicia; y me ensalze con las buenas obras del brillante deseo de Mi primera constitución, que Yo establecí en el primer nacimiento, cuando el hombre debía obedecerme. Ahora Nosotros, las tres Personas, aquella fuerza de una sola sustancia que tocó al primer hombre al crearlo a imagen y semejanza suya, hagamos que le sea dado el gran honor de la santidad y del conocimiento de las cosas divinas, de manera que sea considerado como el protector y tenga para su prójimo el amor a la santa encarnación en la imagen de Dios, y muestre en su ciencia el honor a la divinidad en la semejanza a Dios, hasta tener el primer rango en las cosas temporales, y gracias a la institución del Evangelio y a las virtudes se sacrifique a Dios; es decir, que aflija su cuerpo por la abstinencia y se desplace desde las cosas terrenales hacia las celestiales, hasta que obre con las mismas virtudes que han sido perfeccionadas en él, y que las virtudes obren con él, y que en esta preferencia tema y ame a Dios».

115. Gn 1,25-26.

Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó; y Dios los bendijo y dijo: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sometedla, y mandad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todos los animales que se mueven sobre la tierra».[116] Y ahora Dios crea al hombre para honor suyo, de manera que sea conocido completamente, en su divinidad y en su humanidad. ¿Cómo? El poder de la deidad, que crea y gobierna todas las cosas, se manifiesta en la enseñanza del hombre, hecho a semejanza de Él según la razón que gobierna a las demás creaturas; su conmiseración, con la que asiste al mundo con Su humanidad, es reconocida en la compasión del hombre, que debe respetar y compadecer a su prójimo según su propia posibilidad, y estas cosas son buenos ejemplos de la Palabra de Dios, como dijo David, el salmista: *Yo dije: «Sois dioses, y todos, hijos del Altísimo».*[117] Esto debe interpretarse así: Yo dije a vosotros hombres: En esto sois dioses, porque el hombre manda en cada creatura, sometiéndola a cada necesidad suya como lo desea; ya que así como tiene a Dios omnipotente en la fe y en el temor y en el amor, así la creatura mira y ama al hombre como un Dios por el magisterio del temor, cuando es alimentada por él. Pero también vosotros, hijos de Él, que es alto en las alturas, os decís hombres, porque habéis sido creados racionales por la gracia del Dios viviente, como si hubieseis nacido de Él mismo y porque tenéis con Él toda la ciencia necesaria; pero el animal irracional no sabe ninguna otra cosa, sino lo que aprehende por el sentido. También en el hombre, esto es, en la ciencia viviente del hombre, crea la fuerza y la fortaleza de la clara justicia, de manera que, ni en él ni en otros, vaya perversamente hacia la iniquidad, que es el elemento viril.

Pero lo crea para que el don de la gracia divina preserve con la misericordia al hombre herido por los pecados, y para que es-

116. Gn 1,27-28.
117. Sal 82 (81),6.

cuche sus miserias, de manera que le infunda el vino de la penitencia y lo unja con el óleo de la misericordia, para que así el hombre no caiga a causa del excesivo rigor y de la penitencia sin remisión y para que, indolente, no sea envuelto en la vanidad de las obras perversas, que es el elemento femenino.

Y Dios bendice esto, porque toca la humanidad de su Hijo, como el Hijo de Dios dice en el Evangelio: *Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.*[118] Esto debe interpretarse así: Todo hombre, sostenido por la gracia de Dios, que haya hecho con buena intención la voluntad de Mi Padre, quien por la divinidad es mi Padre que habita en los cielos, es mi hermano, Yo que soy el Hijo de la Virgen; de manera que, rechazando aquello en lo que nació, vuela hacia Dios con el hombre interior; éste, al imitar a Dios en una naturaleza distinta de la que fue concebido, mirándolo en la veneración del temor perfecto, éste es mi hermano. También, al tener frecuente y fielmente a Dios en el abrazo de la caridad, es mi hermana en esta devoción; y, al ascender hacia este Padre Mío en todas sus obras con la voluntad de la perfección y al llevarlo frecuentemente en el corazón y en el cuerpo, es mi madre, puesto que así me engendra, cuando con toda la devoción de la santidad florezco en Mi Padre a través de la plenitud de las bienaventuradas virtudes.

Entonces Dios dice para sí: «Que el hombre crezca en las fuerzas de las más vigorosas virtudes y que la multiplicación de estas virtudes se cultive en él, para que sea henchida aquella tierra, es decir, los demás hombres, al escuchar y comprender desde este hombre los preciosos colores de las buenas obras, y que se sometan a sus preceptos; y que el hombre domine sus deseos con abundante felicidad, apartando de sí en estas virtudes toda la pompa del mundo, que es como el mar; y que corra hacia las cosas celestiales con el deseo de lo alto, en las virtudes y en aquellas cosas

118. Mt 12,50.

que se mueven hacia el bien en sus propias fuerzas, de manera que estas virtudes aparten a aquel hombre de los deseos ilícitos que son como la tierra».

Y dijo Dios: «He aquí que os di toda la hierba que da semilla sobre la tierra, y todos los árboles que tienen la simiente de su género, para que os sirvan de alimento, y todos los animales de la tierra, y toda ave del cielo, y todos los que se mueven en la tierra, en los cuales está el aliento de vida, para que tengan para alimentarse». Y así se hizo.[119] Y ahora Dios dice en el Espíritu Santo: «He aquí que puse todos los gérmenes de las virtudes que llevan la semilla de mi Palabra sobre los deseos de la carne del hombre, que así se constriñe; y las virtudes más fuertes, que ascienden hacia los preceptos mayores, para que le sirvan de alimento a la restauración de su alma, con el recto deseo de la buena semilla de su género en mi Palabra; de manera que todas las virtudes, sometidas a Dios por la humildad, y que vuelan en la milicia celestial y trasladan al hombre de las cosas terrenales a las celestiales, y en las que están las fuerzas vivientes que provienen de la plantación del Espíritu Santo, se alimenten con él en su alma, y que él también se alimente con ellas en todas estas cosas. Y todas estas cosas se hacen así en el hombre, que así progresa en Dios.

Y vio Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas.[120] Ve también ahora Dios que todas las cosas que el Espíritu Santo concede son muy buenas, porque han sido perfeccionadas en la plenitud de todas las virtudes; mientras en un principio cada virtud era un solo bien, ahora todas son igualmente buenas, porque han sido cumplidas al aparecer simultáneamente en el hombre.

Y se hizo la tarde y la mañana, día sexto.[121] Y ahora Dios cumple en el hombre el buen fin que resplandece con el buen inicio de la sexta virtud, que es la obediencia, como el día sexto.

119. Gn 1,29-30.
120. Gn 1,31.
121. *Ibid.*

XLVII. *Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todos sus adornos.*[122] Esto debe interpretarse así: Los elementos superiores e inferiores, con todas las fuerzas adyacentes a ellos, fueron concluidos con tan gran plenitud y perfección, que, olvidada toda penuria, se alegraron en la abundancia de la utilidad armoniosa.

Y concluyó Dios en el día séptimo la obra que había hecho; y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho.[123] El término de las seis distinciones de las obras fue llamado día séptimo, cuando Dios llevó a su culminación todas las cosas que había ordenado crear de antemano, y así, en el día séptimo, descansó al cesar de crear, pues que había concluido toda su obra en sus formas.

Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él cesó Dios toda la obra que había hecho;[124] Dios bendijo el día séptimo con alabanza y lo santificó con el honor de la solemnidad, puesto que toda creatura, que Dios había ordenado de antemano que existiese, estaba creada plenamente ese día, y de ella provienen las otras cosas engendradas. Por ello toda la turba angelical y los misterios ocultos de la divinidad bendecían a Dios por la perfección de su obra y lo alababan, porque la había realizado con los sietes dones del Espíritu Santo. Igualmente de otro modo:

XLVIII. *Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todos sus adornos.*[125] Esto debe interpretarse así: Fueron concluidas todas las obras celestiales, que tendían al cielo con las cosas terrenales que tienen necesidad de los hijos de los hombres nacidos en la tierra; y así fue constituida en la Iglesia la belleza perfecta de las obras celestiales.

Y concluyó Dios en el día séptimo la obra que había hecho; y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho.[126] Fue terminada

122. Gn 2,1.
123. Gn 2,2.
124. Gn 2,3.
125. Gn 2,1.
126. Gn 2,2.

esta constitución de todas las cosas y esto se hizo así, a saber, que Yo terminé así en mi Hijo toda Mi obra en el día séptimo, esto es, en la plenitud de todo bien, para que el pueblo eclesiástico al ver, oír y escrutar por la doctrina, supiese bien qué hacer con mis preceptos. Y toda mi constitución fue festiva, de manera que no la mostrase sino en mi Hijo enviado por mí; Éste culminó todas mis órdenes con la obra manifiesta por su doctrina y sus apóstoles, que antes vieron los profetas en la sombra. Entonces el séptimo día de mi descanso refulgió en la Iglesia, de manera que de ahí en adelante no obrase abiertamente ninguna otra cosa en la predicación, ni con los signos de los milagros, ni con la visión de los antiguos santos, a no ser cuando manifestase en mi Hijo las obras de la vida y los muchísimos secretos, tanto futuros como pretéritos y presentes, y aconsejase a mis elegidos tan benignamente que imitasen la encarnación de este Hijo mío, que floreció en el primer germen.

Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él cesó Dios toda la obra que había hecho.[127] Bendije y santifiqué este día séptimo para la salvación de las almas, cuando envié a mi Hijo a encarnarse en el útero de la Virgen. Y lo bendije y lo santifiqué porque me deleito mucho en este Mi día, es decir, en aquellos que, emancipados del yugo de la ley, como los capullos de las rosas y los lirios, inspirándolos sólo Yo, comienzan libremente a restringirse, así como la encarnación de mi Hijo, que había prometido antes en la profecía, no está sujeta al precepto de la ley. Y cesé de obrar de tal modo en la Iglesia, que ya ha sido concluida en su plena constitución en la obra santa, tal como ahora brilla, porque mi Hijo, que es mi séptima obra, al surgir del útero de la Virgen a través de la humanidad, concluyó conmigo todas estas cosas en el Espíritu Santo, según aquello que Él dice en el Evangelio: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra.*[128] Esto debe interpretarse así:

127. Gn 2,3.
128. Mt 28,18.

«Me ha sido dada por Dios Padre a mí, que soy el Hijo de la Virgen, toda la potestad, por derecho hereditario, de hacer en el cielo y de juzgar en la tierra todas las cosas que deben ser hechas y juzgadas; pero no para que trascienda la voluntad de mi Padre, sino para que la observe en todas las cosas, porque Yo soy en el Padre y Él es en mí». Y nuevamente de otro modo:

XLIX. *Concluyéronse, pues, los cielos y la tierra y todos sus adornos.*[129] Esto debe interpretarse así: Aquellas virtudes celestiales y terrenales y todo su adorno son realizados en el hombre en la justicia y en la verdad con las buenas obras.

Y concluyó Dios en el día séptimo la obra que había hecho; y descansó en el día séptimo de toda la obra que había hecho.[130] Dios, con el séptimo día, que es su Hijo, en el que se originó toda la plenitud de la buena obra, culmina la buena obra en el hombre con todas las virtudes perfectas, como el artesano coloca las piedras preciosas a la obra y la termina; porque todas las buenas obras son adornadas plenamente en el hombre, quien las realiza por la gracia del Espíritu Santo. También Dios descansa de toda obra en su Hijo, es decir, de aquella obra en la que el hombre ya ha sido culminado; porque Él mismo comenzó a realizar en el útero de la Virgen María las obras justas en el Hijo de Dios, que era la séptima obra.

Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él cesó Dios de toda la obra que había hecho.[131] Dios bendice el día séptimo en la perfección de las buenas obras, esto es, el hombre, que es en el Hijo como un miembro suyo. ¿Cómo? A saber, para que imite la bendición interior, es decir, a su propio Hijo que surgió de su corazón, para que vuelva de nuevo a la vida con los ejemplos de Él, que fue hecho obediente a Dios Padre. También santifica en el hombre las

129. Gn 2,1.
130. Gn 2,2.
131. Gn 2,3.

obras celestiales, cuando le concede la gloria y este honor: desear perdonar a su prójimo toda ofensa. Y el Padre de las obras cesa ya de esta severidad, que antes de la encarnación de su Hijo no permitía a nadie entrar al Reino Celestial; pero ahora, en este Hijo suyo abre la entrada a los goces celestiales, y con su Hijo perdona al hombre cada ofensa que confiesa desde el corazón.

Que el fiel comprenda estas cosas con fe y que no desprecie en ellas a Aquel que es veraz.

Primera visión de la tercera parte



Primera visión de la tercera parte

En esta visión, las imágenes de construcciones y ciudades pueden ser interpretadas como las obras divinas en su estabilidad y firmeza. Por otra parte, el «espejo que contenía en sí muchos milagros ocultos» significa la presciencia divina, esto es, el conocimiento de Dios anterior a su creación.

Hacia el final del texto visionario y de su «audición» aparecen Lucifer y los ángeles caídos; si bien han sido mencionados con frecuencia en todas las visiones, ellos tendrán un rol significativo en ésta y en las siguientes visiones de esta tercera parte.

I. Y nuevamente vi como un instrumento cuadrado que parecía una gran ciudad, circundada por todas partes, como con un muro, de gran esplendor y tinieblas, y adornado con montes e imágenes. Vi en el medio de la región oriental como un monte grande y alto, hecho de piedra dura y blanca, similar a la piedra que escupe fuego; sobre este monte resplandecía como un espejo de tan gran claridad y pureza, que parecía sobrepasar el resplandor del sol; sobre éste aparecía como una paloma con alas extendidas, como preparada para volar. Este espejo, que contenía en sí muchos milagros ocultos, emitía un esplendor de gran latitud y altitud, en el que aparecían muchos misterios y formas de diversas imágenes.

En este esplendor, junto a la región austral, aparecía como una nube blanca arriba y abajo, una negra, sobre la cual refulgía una inmensa multitud de ángeles, de los cuales unos se veían ígneos, otros, brillantes y otros, como estrellas; pero todos se movían como lámparas ardientes agitadas por un fuerte viento, que dando vueltas resonaba de tantas voces, rugiendo como el mar.

Y en su celo el viento amplificaba sus voces; y con eso enviaba un fuego hacia la negrura de dicha nube, haciéndola oscura sin llama y sin mudar colores; pero luego amarilleaba y la hacía desvanecerse y derrumbarse como un humo denso. Así arrojaba hacia atrás, en una profundidad infinita, la negrura que se derrumbaba del austro en el mencionado monte, hacia el aquilón, de manera que no se pudiese levantar, salvo que enviase una nubecilla sobre la tierra.

Y oí como unas trompetas que proclamaban desde el cielo: «¿Qué significa el fuerte que cae en la plenitud de sus fuerzas?». Y así la par-

te blanca de la nube refulgió más brillante que como había sido antes, y de ahí en adelante nadie pudo resistir a Aquel que había abatido la negrura de la nube en los tres modos de sus voces. Y nuevamente oí una voz del cielo que decía:

II. Dios en su presciencia conoce todas las cosas, pues antes de que cada creatura tuviese forma, las conocía y nada de lo que proviene desde el principio del mundo hasta su fin se le ocultaba.

La visión presente también manifiesta esto.

Ves como un instrumento cuadrado que parece una gran ciudad, que significa la obra estable y firme de la predestinación divina; *circundada por todas partes, como con un muro, de gran esplendor y tinieblas,* porque los fieles son considerados para la gloria, pero los infieles para los castigos, divididos por el justo juicio. *Y adornado con montes e imágenes,* esto es, fortificado y elevado por los grandes prodigios de los milagros y de las virtudes, puesto que Dios, haciendo todas sus obras verdaderas y justas, las reforzó con tan gran fortaleza de estabilidad, que no pueden ser exterminadas por el impulso de alguna carencia. Sin embargo, *ves en el medio de la región oriental como un monte grande y alto, hecho de una piedra dura y blanca, similar a la piedra que escupe fuego;* esto significa que, en la fortaleza de la justicia, Dios es grande en el poder, excelso en la gloria, duro en la severidad y luminoso en la suavidad, puesto que culmina todos sus juicios en el ardor de la equidad. Pues Él es justo y desprecia en todo la injusticia, porque el cielo y la tierra han sido fundados sobre Él y sostiene el firmamento con todas las creaturas, como la piedra angular soporta el edificio entero.

En la cima resplandece como un espejo de tan gran claridad y pureza, que parece sobrepasar el resplandor del sol; porque en la grandeza de Dios su presciencia es tan brillante y tan evidente, que supera todo el fulgor de las creaturas. *En éste aparece como una paloma con alas extendidas, como preparada para volar,* pues en la presciencia el orden divino avanzó, expandiéndose para manifestarse. Cuando

Dios quiso, hizo surgir a toda creatura. Y como los pájaros tienen dos alas para volar y, posados en el monte, consideran en qué dirección alzar el vuelo, así el orden divino, que tiene dos alas en los ángeles y en los hombres, está sentado en su poder como en un monte, ordenando todas las cosas, como un hombre callado que ordena todas las cosas que quiere; y, fortificando al hombre en los sitiales de los ángeles, le dio alas para volar con la voluntad y la obra, pero en la antigua ley calló como guardando silencio, puesto que toda la ley es significativa. La ley había previsto que la figura en la que estaba el aliento de vida y la ciencia, conociese qué debería obrar una vez que, gracias al viento viviente, esto es, el alma, se volviese a mirar hacia la derecha, o hacia la izquierda; y que recibiría la recompensa de la vida, si volase hacia la derecha; pero, si se inclinase hacia la izquierda, se vería sometida a los debidos castigos. Por eso, Dios tiene este ordenamiento bajo la envoltura de sus alas, de manera que, protegiéndolo por su derecha, sostenga a aquél (que vuela hacia Él diciendo: «Me regocijaré en ti puesto que me hiciste, por ello mi alma se apega a Ti») y le haga tributo de muchos adornos; pero que a este otro, que rehúsa apegarse a Él, le deje morir, como ya se ha dicho.

Cuando el Hijo de Dios asumió la vestidura de la carne que se adhirió a la santa divinidad, con la que Él habría de completar en su humanidad su propia obra, que no había sido aún completada, voló virtuosamente con los hombres, y los ángeles se admiraron, porque ningún otro hombre podía tener la potencia de la Palabra de Dios encarnada; y los santificó a través de Su misma vestidura, hasta que, contemplándolo a Él, renegasen de sí mismos y desplegasen sus alas y volasen con Él con los deseos celestiales.

III. *Este espejo, que contiene en sí muchos milagros ocultos, emite un esplendor de gran latitud y altitud*; esto significa que la ciencia de Dios, que tiene en sí muchos y desconocidos secretos, produce el despliegue de sus maravillas al expandirse y al elevarse según su

propósito. *En éste aparecen muchos misterios y formas de diversas imágenes*, porque, una vez abierto el despliegue de las maravillas de Dios, las cosas antes desconocidas y no vistas avanzarán hacia su manifestación patente. *Pues en este mismo esplendor, junto a la región austral, aparece como una nube blanca arriba, y abajo, una negra*, mostrando que, en la manifestación de la justicia ardiente de Dios, la intención de los espíritus bienaventurados se revela laudable y la de los réprobos, execrable.

Sobre ésta refulge una inmensa multitud de ángeles, de los cuales unos se ven ígneos, otros, brillantes y otros, como estrellas; aquellos ángeles que se ven ígneos poseen las más vigorosas fuerzas, de manera que están siempre inmóviles, porque Dios quiso hacerlos a su imagen, para que siempre la contemplen. Pero los ángeles brillantes en los deberes de las obras de los hombres, que son obra de Dios, se mueven; las obras de sus servicios están en la mirada de Dios en estos ángeles, puesto que siempre las observan y ofrecen a Dios el buen olor de esas obras, eligiendo las cosas útiles y rechazando las inútiles. Aquellos ángeles que se ven como estrellas se conduelen de la naturaleza de los hombres y la representan ante Dios como una escritura, y acompañan a los hombres y les hablan con las palabras de la racionalidad, como Dios quiere, y alaban a Dios, complaciéndose en las obras, mientras se apartan de las malas.

IV. *Y todos se mueven como lámparas ardientes agitadas por un fuerte viento*, porque el espíritu de Dios, que vive y arde en la verdad, mueve a estos espíritus angélicos hacia su celo, contra sus enemigos. *Estas resonaban de tantas voces, rugiendo como el mar*, ya que tiene la plenitud y la perfección de todas las alabanzas, con las que se bañan las creaturas tanto angélicas como humanas para alabanza de Dios. Y como ves, *en su celo el viento amplifica sus voces* porque el espíritu de Dios dirige las voces de la rectitud de sus juicios para ejercer su venganza contra los réprobos. *Y con eso en-*

vió un fuego hacia la negrura de la nube, haciéndola oscura sin llama y sin mudar colores, cuando los espíritus bienaventurados, que ven el cometido de los ángeles perdidos, se apresuraban a honrar a Dios. Estos espíritus bienaventurados derramaron ardientemente el fuego de la venganza sobre el propósito de sus enemigos, mientras ellos se abrasan, no en la corrección, sino en la mayor execración, sin ninguna luz de salvación, y no quieren mostrar el honor debido a su Creador. Pues, ya que querían estar sin el fulgor de la alabanza a su Creador, son considerados en nada, como un pergamino no escrito está vacío al no tener el honor de la escritura.

Pero luego amarilleaba y la hacía desvanecerse y derrumbarse como un humo denso, puesto que este celo, a través de los espíritus bienaventurados, aniquilaba el ímpetu de los réprobos y atenuaba y deprimía al que quería elevarse. Pues las multitudes de los ángeles buenos miran hacia Dios y lo reconocen con toda la sinfonía de las alabanzas; y alaban con admirable singularidad sus misterios, que siempre estuvieron y están en Él; y no puede omitir esto, porque no son oprimidos por el peso de ningún cuerpo terrenal. También cantan la divinidad con los sonidos vivientes de las más excelsas voces, que son más numerosas que las arenas del mar y más numerosas que todos los frutos generados en la tierra y más numerosas que los sonidos producidos por los animales y sobre el fulgor que refulge en las aguas que viene del sol y de la luna y de las estrellas y sobre los sonidos del éter, que se hacen con los soplos de los vientos que elevan y sostienen los cuatro elementos. Pero en todas estas voces de sus alabanzas los espíritus bienaventurados no pueden aprehender la divinidad sin algún límite. Por esto se renuevan siempre de nuevo en sus voces.

Y por el celo divino *arrojaba hacia atrás, en una profundidad infinita, la negrura que se derrumbaba del austro sobre el monte, hacia el aquilón, de manera que no se pudiese levantar, salvo que enviase una nubecilla sobre la tierra.* Con esto se muestra que este celo, por la

virtud de la santidad de los ángeles, repelió el propósito ya vacilante de los espíritus malignos desde el lugar de la bienaventuranza, por detrás de la mirada de Aquel que siempre vive, hasta la infelicidad de la perdición y de la calamidad inagotable, cuando los condujo nuevamente hacia tan gran contrición que no pudieron rebelarse de ahí en adelante contra Dios, aunque no descuidaron atacar a los hombres con sus malísimas sugestiones.

V. Hay una secreta multitud de ángeles con Dios en el cielo, que la divinidad bañó con su luz, oculta para la creatura humana, aunque reconocida por señales brillantes. Y esta multitud posee una racionalidad más similar a Dios que al hombre, y raramente se muestra, mientras los ángeles, que son servidores de la humanidad, se muestran por ciertas señales, cuando le complace a Dios, puesto que Dios los constituyó para diversos servicios, e hizo que fuesen servidores de las creaturas. Sin embargo estos ángeles, aunque tengan diversos servicios, adoran a un solo Dios al venerarlo y al conocerlo.

Pues si la ciencia, con el sonido de la alabanza, no volase hacia Aquel de la que proviene, sino que quisiera ser por sí misma, ¿cómo podría sostenerse si no existe por su propio origen? Pues la racionalidad extendió el sonido de la alabanza de un lado a otro, y de esto se alegra, puesto que, si quisiera sonar a partir de sí misma, no podría ser glorificada; esto hizo Satán, cuando empezó a vivir, porque no se volvió a mirar con alabanza hacia su Creador, sino que, queriendo ser por sí mismo, se hundió, arrancado y hollado por la divinidad, como es hollada la paja y arrancada del grano.

Por esto, que cada creatura que vive, se vuelva a adorar a su Creador, y que no busque tener la gloria por sí misma. Pues el hombre no puede tener el goce pleno del beneficio por sí mismo, si no se le concede otro; pero cuando comprenda el goce del beneficio en el otro, tendrá un gran regocijo en su corazón. Por esto el

alma recuerda que ha sido creada por Dios y en la fe vuelve la mirada hacia Él, como el hombre contempla su rostro en el espejo, tal como ha sido creado. Pues Dios omnipotente constituyó su obra para que lo contemplen y alaben, y la concluyó con gran honor, al disponer que los espíritus bienaventurados se apartaran de los que se oponían a la verdadera bienaventuranza, diciendo: «Apartemos de nosotros a los que quieren atemorizarnos». Por ello ha sido escrito en la voluntad de Dios:

VI. *Se alzaron los ríos, Señor; los ríos alzaron su voz. Los ríos elevaron su oleaje por las voces de las muchas aguas.*[1] La comprensión de esta frase debe recibirse de este modo: En tu celo fueron erigidos los espíritus angélicos, ¡oh, Señor de todas las creaturas!, y elevaron como oleaje sus fuerzas en el hundimiento de tus enemigos; y nuevamente los ejércitos de estos espíritus desplegaron hacia lo alto su fortaleza, al ofrecer las voces de los sonidos de las muchísimas alabanzas a Dios; porque las tropas angélicas son como ríos de agua viva, que el viento del espíritu de Dios movió para gloria de su alabanza, habiendo luchado estas voces contra el negro dragón.

En las voces de las trompetas del juicio oculto de Dios, Miguel golpeó a esta serpiente, porque no quiso reconocer la claridad de la divinidad, y la arrojó por virtud de Dios al abismo del infierno, que no tiene fondo; por ello sus secuaces, que estuvieron de acuerdo con él, teniéndolo como maestro, cayeron con él. Sin embargo, éste recibió más castigo que todos ellos, porque no quiso adorar a otro, sino a sí mismo, mientras los otros lo adoraron a él.

Después de la ruina de este antiguo enemigo, los coros celestiales alabaron a Dios, pues había caído su acusador y ya no había en el cielo lugar para él. Y entonces conocieron las maravillas de Dios con mayor fulgor que habían visto antes, comprendiendo que

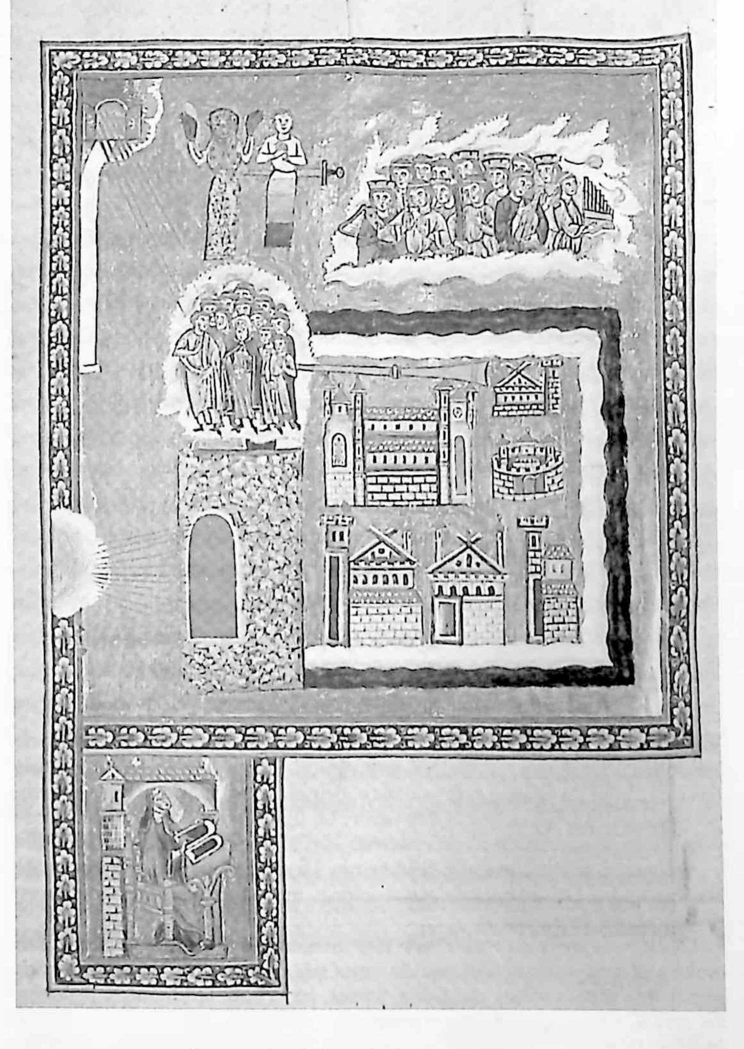
1. Sal 92,3-4.

tal batalla no tendría lugar más en el cielo, y que nadie más caería del cielo. En la divinidad pura conocieron que el número de los espíritus que caen se completa con las vasijas de barro. Por ello, ante este goce, sabiendo que el número de los caídos se restablecería, olvidaron esta caída, como si no hubiese existido.

Ciertamente, Dios omnipotente estableció la milicia celestial en diversos órdenes, tal como Él quería hacer, de manera que los distintos órdenes de ángeles tuvieran sus funciones, y que cada orden sea un sello especular frente al otro orden, y en cada espejo están los misterios divinos que estos órdenes no pueden ver plenamente, ni conocer, ni aprehender, ni delimitar. Por esto, los admirados ascienden de alabanza en alabanza, de gloria en gloria; y así siempre se renuevan, sin alcanzar nunca término. Ellos han sido creados por Dios como espíritu y vida. Por ello no se agotan en las alabanzas divinas y siempre guardan la claridad ígnea de Dios y resplandecen por la claridad de la divinidad, como una llama.

Que los fieles reciban estas palabras con el afecto devoto del corazón, porque han sido reveladas para beneficio de los creyentes de Aquel que es principio y fin.

Segunda visión de la tercera parte



Segunda visión de la tercera parte

En esta visión se representan las edades del mundo después de la caída de los ángeles. La figura vestida con una túnica de piedra y la figura vestida con una túnica de madera representan el tiempo anterior al diluvio y el tiempo posterior al diluvio, respectivamente. La figura con cabeza de leopardo y túnica de piedra alude a una época en la cual hombres y bestias se unían y procreaban, en la exégesis de Hildegarda. La segunda figura, con rostro de hombre y túnica de madera de varios colores, reproduce las edades del mundo desde Noé hasta Cristo.

La última escena de esta visión (las imágenes de hombres «que fluían como una nube en el aire» haciendo sonar sus instrumentos musicales) nos remite a la última visión del Libro *Scivias*, en la cual Hildegarda describe los cantos y sones de alabanza a Dios, por parte de todos los santos y los ángeles del cielo.

I. *Después, en el ángulo oriental, es decir, donde comienza el oriente, observé una piedra marmórea, como un monte grande y alto e intacto; en éste se veía una puerta como arrancada de una gran ciudad, enteramente bañada por un esplendor brillante, que venía de la salida del sol, y no se extendía más allá. Y de la piedra hasta el límite oriental del lado del austro, aparecían como imágenes de hombres, niños, jóvenes y ancianos, como las estrellas aparecen a través de una nube, emitiendo hacia occidente un sonido como de mar cuando se mueve por el viento al desbordarse. Un esplendor proveniente de las alturas y superior a toda belleza humana, los bañaba con sus rayos, reflejándose en ella.*

Junto a este límite oriental estaban de pie otras dos imágenes, la primera tenía la cabeza y el pecho como de leopardo, los brazos como de hombre y las manos se asemejaban a las patas de un oso; el resto de su figura no se podía ver. Vestía una túnica de piedra; no se movía de aquí para allá, sino que torcía su vista hacia el aquilón.

Otra imagen, más cercana al ángulo, tenía rostro y manos de hombre unidas entre sí y mostraba unas garras de halcón. Vestía una túnica de madera, que desde su cabeza hasta su ombligo se veía blanca, y del ombligo hasta sus muslos, rojiza, y de los muslos hasta sus rodillas, grisácea, y de las rodillas hasta la punta de sus garras, turbia. También tenía como una espada puesta de través sobre sus muslos y, permaneciendo inmóvil, volvía su vista hacia el occidente.

Luego veía otras innumerables imágenes de hombres por toda la región austral, que fluían como una nube en el aire; unas llevaban en sus cabezas como coronas áureas, otras tenían en sus manos como palmas

muy adornadas, otras como flautas, otras como cítaras, otras como órganos; y el sonido de estos instrumentos resonaba como el dulce sonido de las nubes.

Y nuevamente escuché una voz del cielo que me decía:

II. Después de que cayó el ejército de los ángeles perdidos, Dios dispuso al hombre para ocupar la gloria de los que la habían perdido; pero, arruinado también el hombre, lo redimió con el gran precio de la bienaventurada liberación, una vez que los muchos y admirables mensajeros —que lo había llamado nuevamente a la vida— habían sido enviados en el Antiguo Testamento; y en el Nuevo Testamento con los muchísimos milagros realizados para la liberación del hombre. Por esto *en el ángulo oriental, es decir, donde comienza el oriente, observas una piedra marmórea como un monte grande y alto e intacto*; éste señala que desde el principio de las creaturas, cuando el mundo fue creado, Dios, poderoso y elevado en la integridad de la estabilidad, existió como la piedra más firme, no conteniendo en sí ningún cambio. *En éste se ve una puerta como arrancada de una gran ciudad, enteramente bañada con un esplendor brillante, que viene de la salida del sol, y no se extiende más allá;* porque la voluntad de Dios, estando abierta hacia cualquier bien como una puerta, es tocada por el orden de la más pura divinidad, que no sobrepasa lo que ha sido ordenado, ya que la voluntad y el orden de Dios concuerdan de modo que ninguno sobrepase al otro. Así Dios, por la bondad piadosa de su voluntad, dispuso al hombre para el lugar que perdió la antigua serpiente, y lo redimió con las aguas del diluvio y, después de haberlo purificado, lo renovó en Noé, examinándolo con su justicia.

Por esto *también de la piedra hasta el otro límite oriental, del lado del austro, aparecen como imágenes de hombres, niños, jóvenes y ancianos, como aparecen las estrellas a través de una nube, emitiendo hacia occidente un sonido como de mar, cuando se mueve por el viento al desbordarse;* porque de la primera manifestación de la fortaleza divina

hasta que la antigua ley llegó a término, por causa del ardor de la justicia y de la verdad, comenzó la profecía en la primera obra de Dios, es decir, en Adán. Y así brilló como luz en las tinieblas, de generación en generación, y no cesará de resonar hasta el fin del mundo en sus múltiples misterios por inspiración del Espíritu Santo. La profecía está en el hombre como el alma en el cuerpo; porque, como el alma está oculta en el cuerpo que es regido por ella, así la profecía, que viene del Espíritu de Dios, superior a toda creatura, es invisible, y todas las cosas que declinan son reprimidas por ella y las que se descarrían devueltas al camino de la rectitud; así por inspiración Mía habla David, mi siervo, diciendo:

III. *Pronunció mi corazón la palabra buena, digo yo mis obras al rey.*[1] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Yo, que soy el Padre de todas las cosas, muestro abiertamente ante toda creatura mi fuerza interior que pronuncia la palabra buena, es decir, mi Hijo, al que engendré y a través del cual han sido hechas todas las cosas buenas. Por esto digo que Yo, el inmutable, dispongo mis obras a Aquel que está destinado a reinar sobre la tierra. Pues todas mis obras, que fueron hechas desde el inicio, han sido conocidas por mi Hijo.

La profecía también profirió en su virtud la palabra buena, cuando esta Palabra, por la que fueron hechas todas las cosas, anunció las obras admirables, diciendo que debía vestirse de carne, y cuando mostró que habría de ser Rey de reyes; y que la tierra intacta, que no habría de ser limitada por obra del hombre, debería producir este germen justo. La profecía conoció esto por infusión del Espíritu Santo, a saber, en ciertos ancianos, como en ciertos jóvenes y en ciertos niños, que hablaban por inspiración del Espíritu Santo con muchísimos signos acerca de este germen, que es la Palabra de Dios.

1. Sal 44,2.

Pues Dios creó al varón con la tierra y lo transformó en carne y sangre; pero la mujer, tomada de este varón, permaneció como carne de carne, que no ha de ser cambiada en otra cosa. Y conocieron en el espíritu de la profecía a la mujer que habría de parir al Hijo de Dios por inspiración del Espíritu Santo, como una flor nace del más dulce aire; y esto prefiguró la rama de Aarón, cortada del árbol, símbolo de María la Virgen, de cuya mente el varón fue arrancado para que nunca fuese tocada por el deleite de cópula, y procreó a un único Hijo gracias al ardor del Espíritu Santo; y lo rodeó de todas las creaturas, pues habían recibido el placer de provenir de Él y obedecían Su voz. Los profetas habían dicho que la mujer habría de parir por obra del amor, como la rama de la estirpe de Jesé;[2] y todos atribuyeron este parto virginal al Rey, es decir, al Hijo de Dios.

Y cuando esta mujer envolvió al Hijo de Dios, los hombres, que lo veían y escuchaban a semejanza de su imagen, lo amaron más que cuando no lo habían visto; porque lo que los hombres ven en la sombra no pueden conocerlo plenamente. Por ello, cuando los profetas hablaron en el sonido de la sombra, estas cosas les llegaron como en la sombra; y entonces tomaron forma en los hombres, pues el sonido de la profecía proviene de los misterios ocultos de la divinidad.

IV. Pero ves que *junto a este límite oriental están de pie otras dos imágenes* que significan que si ya vacilaba el nacimiento de la justicia manifestado en Abel, Dios divulgó dos tiempos de las diversas costumbres de los hombres, tiempos en contigüidad: uno sin ley, antes del diluvio, pero otro bajo la ley, después del diluvio.

La primera tiene la cabeza y el pecho como de un leopardo, los brazos como hombre, y sus manos se asemejan a las patas del oso; el resto de su figura no se podía ver; porque el tiempo antes del diluvio, sin

2. Is 11,1.

la ley, manifestaba en las costumbres de los hombres el poder y la fortaleza de las diversas naturalezas de las bestias, pues entonces los hombres estaban envueltos por todos los vicios por el engaño diabólico, olvidados de Dios y viviendo según el gusto de su propia voluntad; y obrando con sus brazos como el hombre, y a veces imitando la naturaleza y la rapiña de las bestias crueles en las obras de sus manos. Por esto descuidaban la honestidad de las costumbres de los hombres y no se empeñaban en vivir según la disciplina humana, sino que permanecían así, informes.

Viste con una túnica de piedra; y no se mueve de aquí para allá, sino que tuerce su vista hacia el aquilón, porque estos hombres, que existieron en el aquel tiempo, se habían rodeado de la dureza y del peso de los pecados y no se convertían desde el mal hacia el bien, aun viendo en su ciencia que hacían obras malas y vergonzosas que regocijan a la antigua serpiente, y no querían abandonarlas.

Cuando Dios creó el cielo y la tierra, dividió la tierra, de manera que una parte de la tierra es inmutable y la otra, mutable, y con ésta Dios dio forma al hombre. El hombre, que está despierto y duerme, también es mutable. Cuando está despierto, ve con la luz de sus ojos el curso del sol, y cuando no tiene la luz de sus ojos, como aquel que en su alma es oscurecido es similar a la noche.

V. Dios puso al hombre en la tierra de los vivientes, que no es iluminada por la esfera del sol, sino bañada por la luz viviente de la eternidad; pero el hombre, transgrediendo el precepto divino, fue enviado a la tierra de la mutabilidad. Y engendró dos hijos, uno de los cuales hizo un sacrificio a Dios, pero el otro, matando a su hermano, se volvió reo de esa muerte; y el que hizo el sacrificio a Dios y escuchó la voz de Dios, fue aniquilado. Por ello también surgió un gran lamento.

En aquella primera creación los hombres eran de tan gran fortaleza y de tan grandes fuerzas que superaban a las bestias más fuertes. Por ello, se deleitaban burlándose de ellas, y las bestias, te-

miendo a los hombres y reprimiendo su ferocidad, se sometían a ellos; sin embargo, no mudaban su naturaleza por esto. Pero los hombres, cambiando la hermosa forma de su racionalidad, se mezclaban con las bestias, y a lo que así se engendraba, si se asemejaba más al hombre que al bruto animal, lo descuidaban odiándolo; pero si tenía más forma de animal bruto que de hombre, lo abrazaban con el beso del amor.

Las costumbres de estos hombres eran entonces de dos modos, a saber, según la naturaleza humana o la naturaleza animal, como el leopardo y el oso son según las costumbres humanas y animales; y por ello no tenían las hermosas alas de la racionalidad con las que pudiesen anhelar a Dios en recta fe y esperanza, pues estas alas les habían faltado a causa de los pecados. La antigua serpiente les sugirió esto, hasta que pereció la gloria de la racionalidad en ellos; esta serpiente la desgarró en el hombre con gran odio. Pues el diablo decía para sí: «¿Qué es esto que hizo el Altísimo? Y esto concuerda con mi consejo más que con el suyo. Por ello lo superaré en su creación».

Así los hombres, manchados por la baba de la serpiente, obraban en el primer tiempo según el gusto de su vasija terrenal y no según el aliento del alma, y no querían conocer nada, sino aquello que veían en su forma, diciendo: «¿De qué me sirve el viento, que no tiene cuerpo ni me habla? Poseeré aquello que me habla y corre hacia mí».

El arte diabólica insufló vida a ciertos animales grandes, y a través de ellos les decía a los hombres: «Yo soy quien os creó». Y de este modo sugirió a los hombres que se manchasen con los animales, hasta trastornar en ellos el sonido de la voz de la racionalidad con que deberían alabar a Dios, para que no alabasen a Dios, así como él no quiso ni buscó alabarlo.

Sin embargo, unos pocos, que habían escuchado cómo el primer hombre había sido formado por Dios y cómo había sido colocado en el lugar del goce y cómo había partido de allí, al gustar

su naturaleza humana y no mezclarse con animales, tal como Dios los constituyó, vivían correcta y sobriamente en su propia naturaleza y huían a los montes altos, debido a la molestia y el pesar que les causaba la gente común, que se manchaba de este modo, como ya se ha dicho; y allí eran reforzados por el aliento del alma, para que no les apeteciera pecar, sino que suspiraban diciendo: «¿Dónde buscaremos a Aquel que nos creó?».

Por ello los pueblos se burlaban de ellos, diciendo: «¿Qué es aquello que veneran, que no lo ven con sus ojos ni lo palpan con sus manos?». Así se mofaban de la construcción de Noé. Y Dios les hablaba con sus milagros místicos, como había hablado a Abel, el hijo del primer hombre.

VI. Después que la tierra fue henchida por este pueblo, mi enemigo, Yo, el que soy, no soportando por más tiempo los pecados criminales, decreté que el género humano fuera sofocado en las aguas, excepto los pocos hombres que me habían conocido.

La tierra no fue de nuevo secada hasta que el pueblo que se burló de mí fuera totalmente sumergido. Las aguas bañaron toda la tierra, de modo que se volvió como lodo; y los cadáveres de los hombres fueron sumergidos por este lodo, de manera que no pudieran ser encontrados, mientras aparecían cadáveres de animales, que eran más livianos, en la superficie de las aguas. La tierra fue secada antes de que el sol, con el curso de la luna y de las estrellas y sus funciones, completase el nacimiento y el ocaso, y antes de que llevaran nuevamente las aguas a sus lugares correspondientes, como habían sido dispuestas al inicio.

Y así la tierra fue cocida por el calor del sol, diferente del que había aparecido en un principio. El sol y la luna y las estrellas y los demás astros se mostraron turbulentos por el calor excesivo y fuerte después de la caída de Adán, antes del diluvio; entonces los hombres eran fuertes en sus cuerpos y capaces de tolerar este calor. Ahora bien, el ardor del gran calor muestra que los astros

están por él; puesto que fueron bañados por las aguas después del diluvio, de manera que en su frío y en su calor sean más brillantes que como fueron antes del diluvio, mientras la tierra y los hombres sufrieron una mayor debilidad y enfermedad que la que habían tenido antes. Pues el agua, bañando hasta el fondo de la tierra penetrable durante el diluvio, transformó la tierra en lodo, como también arderá en el último día a esta misma profundidad, pues el hombre ya no la necesitará más.

Dios ejerce sus juicios sobre el hombre con el agua y el fuego, para que el hombre sea reprimido por ellos, puesto que lo formó con ellos. Y como Dios bañó la tierra entera con la humedad del agua y le da forma y la afirma con el calor del fuego, así humedece al hombre con la humedad del cuerpo y lo refuerza con el calor del fuego del alma. Y a los que el Señor había salvado después del diluvio, para la procreación de una nueva raza, aterrorizados por el terrible juicio de Dios, ardieron en el temor a Dios y comenzaron a hacer sus sacrificios para honrarlo.

VII. Después la raza devino en una raza de menores fuerzas que aquella de los hombres que habían existido antes del diluvio, como se ha dicho; pues, cuando la tierra fue alterada, las fuerzas alteradas de los hombres se hicieron más débiles, porque habían seguido al antiguo instigador, quien había cambiado su gloria por las costumbres de la serpiente; puesto que la serpiente es astuta para engañar a quien quiere engañar, y para huir de quien busca huir. Así hace el antiguo enemigo, cuando engaña a quien vence por el engaño del mortífero veneno de la infidelidad, y cuando es vencido por aquel de quien huye velozmente, porque es hollado por él, al igual que fue arrojado del cielo.

Pues este tiempo floreció en el temor al Señor, de manera que resistió a la antigua serpiente, para que no fuera infundido al hombre el olvido de Dios con su aliento, como lo había hecho antes del diluvio. Pues, después del diluvio, hizo Dios la nueva tierra

con un nuevo pueblo, poniendo el arco en las nubes como señal, para que las aguas no sofocasen más toda la tierra y todos los pueblos; mostrando que sus enemigos debían conocer el gran poder de su terrible juicio. Ciertamente el juicio de Dios es fortísimo para abatir a sus enemigos, que quieren destruir la verdad de la divinidad; y, tras la caída del hijo de la perdición, producirá el fin de todos los hombres mortales con fuego y con grandes tempestades, de manera que nada mortal se pueda manifestar.

VIII. *Pero otra imagen, más cercana al ángulo, tiene rostro y manos de hombre unidas entre sí, pero muestra unas garras de halcón,* que significa aquel tiempo después del diluvio de las costumbres humanas bajo la ley, avanzando hasta el término en que la austeridad de la ley comienza a claudicar; en este tiempo, la intención y las obras de los hombres que atendían a las cosas carnales más que a las espirituales, estaban ociosas sin una labor; también, en este tiempo, sentían la amargura y no la suavidad del caminar, puesto que la ley no omitió a nadie, sino que castigó acerbamente las transgresiones.

Viste como con una túnica de madera, porque aquel tiempo había atraído hacia sí la antigua ley, que descuidaba los frutos espirituales. *Ésta desde su parte más alta hasta su ombligo aparece blanca,* puesto que el tiempo que existió antes de Noé, quien reconoció a su Creador y conoció su propia humildad, construyó el primer lugar sagrado y ofreció oblaciones a Dios; este tiempo apareció blanco y brillante hasta Abraham, que fue como el ombligo de la fortaleza; porque, a causa de la vorágine de las aguas, los hombres habían quedado tan aterrorizados que, por algún tiempo, se reunieron en el temor al Señor comportándose rectamente.

Pero desde el ombligo hasta sus muslos es rojiza, que significa que aquel tiempo, ardiendo en la circuncisión, se extiende de Abraham a Moisés, porque como la aurora antecede al sol, así Abraham, por la señal de la circuncisión, con la que aplastó la lujuria, precedió a la humanidad del Hijo de Dios.

Pero desde los muslos hasta sus rodillas es grisácea, mostrando que aquel tiempo, que transcurrió desde el legislador Moisés hasta el exilio babilónico, avanzó en la dureza y en la aspereza de la ley según la carne, porque allí empezó a desviarse hacia las vanidades más diversas.

Y desde las rodillas hasta la punta de sus garras es turbia, señalando aquel tiempo que se extiende desde el exilio babilónico hasta la destrucción de esta ley, cuando vino el Hijo de Dios, quien la cumplió totalmente. Es decir, este tiempo fue turbio por el descuido y en el embotamiento, porque esta ley, considerada entonces una causa de vergüenza y estimada en nada, como agua turbia, se inclinaba carnalmente hacia su propia caída. Pues los que parecían obedecer la ley no querían conocer el sol naciente de la justicia, sino que decían que debían guardar las letras de las tablas de la ley, y afirmaban que ninguna otra cosa debía comprenderse.

Por ello Yo, que todo lo juzgo en justicia, envié en este tiempo sobre estos hombres mis juicios, que había extendido sobre ellos en Egipto y en otros lugares, pues confiaban en sí mismos haciendo lo que querían; envié mis juicios sobre ellos a través de ciertos pueblos, para que los apresaran y los exiliaran hacia lejanas regiones. Pero ellos permanecerán en esta dureza de la infidelidad, hasta que la antigua serpiente fije su mirada en cierto hombre errante y perdido, al que la divinidad oculta matará, de manera que ni ángel ni hombre conocerán aquel golpe; y entonces este mismo pueblo de la ley se volverá a mirarme a Mí con grandes pesares, doliéndose y lamentándose, por haber sido engañado por tan largo tiempo. Pero cuánto tiempo habrán de permanecer los hombres en este mundo pasajero, esto es desconocido para ángeles y hombres.

Y la imagen *tiene como una espada puesta de través sobre sus muslos,* ya que manifiesta que ha tenido la circuncisión en el tránsito carnal, cuando el hombre peca desde el ombligo de las cosas que tienen vida hasta los muslos, por su movimiento, cuando el espí-

ritu del hombre se mueve para pecar. Y esta imagen muestra también aquellos juicios de Dios que tienen una justicia pura, es decir, que Dios vierte la sangre de este mismo asesino sobre aquel que separó los miembros del hombre, y aplasta a aquel que se aparta de Él por causa de otros males, habiéndolo juzgado con justo examen.

Y, permaneciendo inmóvil, vuelve su vista hacia el occidente, porque los hombres que existieron en aquel tiempo, cuando regía la antigua ley, no se movían hacia la inteligencia espiritual, conociendo la caída de la antigua serpiente y viendo los muchos peligros, sino que tenían la salvación de sus almas en el embotamiento y en el descuido. Pues el dragón ígneo, viendo que Dios había salvado a algunos, a los que la inundación de las aguas no había devorado, emitió una gran furia con su soplo, diciéndose furibundo: «Usaré todas mis artes y las pasaré por la criba una a una, hasta el punto que los que no sumergió el diluvio engañe con otros obstáculos, y así nuevamente los tendré bajo mi yugo».

IX. Después del diluvio, el tiempo se extiende de Noé a mi Hijo encarnado, quien atrajo hacia sí a los creyentes para alcanzar la comprensión espiritual; así otro tiempo avanzó hacia la vida, no según la carne, sino según el espíritu.

En Noé mostré muchos milagros, como también en los comienzos realicé muchos milagros en Adán; porque como en Adán vi a todos los hombres que habrían de nacer, así prefiguré en Noé el nuevo mundo que habría de surgir. Pues de este germen surgieron los más fuertes y diestros profetas que, con el rigor de su palabra, proferían fielmente las cosas que veían en el Espíritu Santo: es decir, que Dios habría de enviar al mundo su Palabra, que existió en Él antes de los tiempos. Y ésta se encarnó, y por eso el mundo entero se admira, y ante este milagro sus lenguas atravesaban velozmente el mundo, afirmando que el Hermoso de entre los hijos de los hombres habría de venir a la tierra.

Pero la racionalidad ordena y, según lo ordenado, se realiza la obra; porque si lo ordenado no fuese primero, la obra no le seguiría. Dios ordenó en su Palabra al hombre y el mundo. Pues la Palabra, que no tiene inicio, ordenó una obra de la que el mundo se puso una vestidura para que, cuando el hombre pecase, lo atrajese hacia sí con esta vestidura si mantenía la fe en Dios; y por ello, si esta Palabra no vistiese esta vestidura, el hombre no se salvaría, como tampoco será salvado el ángel perdido. Pero ¿cómo sería que Dios no tuviese el poder de restituir a su lugar al que se había apartado, habiendo el penitente confiado en Él? Pues, como le plugo a Dios omnipotente hacer al hombre, así le plugo redimir al que confía en Él.

Por esto exhaló ocultamente la profecía y la envió en la sombra, hasta que fuese completada su obra; y antes de llevarla a la perfección, la mostró con signos premonitorios. Mostró el arca a Noé, le dio la circuncisión a Abraham, le enseñó la ley a Moisés, para que se confundiese el movimiento de la lascivia, que se mueve como la lengua de la serpiente; y como el diablo había engañado al hombre con los animales, antes de que viniese el Santo de los Santos, mediante los sacrificios de animales a Dios el diablo será hollado.

Estos tres signos, es decir, el sacrificio de animales, la circuncisión y la ley antecedieron al Hijo de Dios, que quiso sufrir y terminar en sí estas cosas según las palabras de la inspiración de los profetas, que hablaban de Dios y de todos los males del Aquilón; porque la antigua serpiente continúa en lucha contra Dios, como luchó en el cielo contra Él, e invade a los hombres persuadiéndolos, para que se opongan a Dios y para que honren aquello que tocan con los ojos y con las manos, como si fueran dioses, como Baal y otros ídolos. Pero como nadie es capaz de abarcar a Dios ni llevar su obra a un fin, tampoco el diablo puede conocer al hombre, a no ser que el hombre lo anhele primero por la sugestión diabólica; y entonces el diablo se alegra mucho en su iniquidad, porque vence así la obra de Dios, gracias a su engaño.

Cuando el diablo comprende que el hombre puede obrar, no sabe aún qué obra quiere hacer; y una vez que ha comprendido que el hombre anhela a Dios, de manera que pone sus obras en Dios, porque ha sido creado por Él, se acerca con su propia sugestión, diciendo: «Tú que puedes hacer lo que quieres, ¿por qué buscas en el otro el provecho de tu obra? ¿Y en qué te dañará que hagas obras que puedes hacer, cuando Aquel que dices que es tu Creador ha hecho lo que ha querido?». Así, aconsejándolo, lo engaña. El viento del Aquilón señala esta sugestión y esta persuasión, porque como él destruyó y volcó la casa entera, así este soplo diabólico lleva los rectos sentidos del hombre a que olvide la inspiración de Dios y no pueda suspirar por Dios. Y corta el aliento de su alma, que debiera anhelar a Dios, y lo enciende para los pecados que puede perpetrar con el cuerpo. Pues confía en el soplo de esta fétida sugestión, para poder atraer hacia sí las almas de los hombres racionales, como un gusano que yace en el lodo procrea otros gusanos con el jugo de su inmundicia. Eso condujo a los hombres a las obras perversas y hediondas, cuando doblaron sus rodillas frente a Baal y otros ídolos; desde la boca de éstos resonaba y hablaba el espíritu inmundo, enseñándoles las obras incestuosas. Y así avanzaron en el inicio, de generación en generación, los pueblos cuyas mentes horribles se apartaron de Dios a causa del placer de la carne.

Sin embargo, como se ha dicho, Dios reveló la justicia con el arca; con la circuncisión, que era como el acero, hirió a la muerte, de manera que incluso la lascivia, que la serpiente había insuflado, fuese puesta al descubierto. Y con la ley escrita con su dedo confundió a la muerte, revelando que había hecho al hombre con su propio dedo, y le había dado el primer lugar de las creaturas a su servicio, de modo que pudiera hacer sacrificios a Dios omnipotente. Lo que Abel comenzó, lo completó enteramente la ley, lo que significa que el hombre que ofrece el sacrificio del animal del que se alimenta, se ofrece a sí mismo como sacrificio a Dios.

Y como el sol tiene como súbdita a la luna, tanto la creciente como la menguante, así el Hijo de Dios, el sol verdadero, tenía en sí la ley, que nació en Él cuando la llevó y la cumplió al inmolarse a sí mismo a Dios Padre. Y como su muerte produjo un eclipse de sol, que después refulgió sobre el mundo entero, así el Hijo de Dios quiso que el hombre brillara como Él, al contemplar su muerte y al considerar en ella qué debe hacer. Como el arado con las bestias de carga revuelve la tierra, en la que es sembrada la semilla que produce frutos de los que se alimentan los hombres, así el pueblo de la ley conservó los preceptos de Dios en la ley escrita; pero no ha sido colmado con sus frutos, porque no conocía lo que estaba oculto en las letras. Pero el Hijo de Dios, con las semillas de sus palabras, reveló a los creyentes que su carne y su sangre estaban henchidas de vida, y manifestó consigo mismo los secretos divinos que estaban ocultos.

X. *Ves otras innumerables imágenes de hombres que fluyen como una nube en el aire por toda la región austral,* por esto la multitud de creyentes, que han imitado e imitan al Hijo de Dios en ardiente justicia, elevando sus mentes ascendieron y ascienden de virtud en virtud. *Algunos hombres llevan en sus cabezas como coronas,* ya que cuando elevan a lo alto sus mentes, con los justos y santos deseos de sus corazones, le dan a sus almas el adorno de las recompensas superiores, porque los buenos deseos son el inicio del buen comienzo; *otros tienen en sus manos como palmas muy adornadas,* ya que muestran en sus obras la victoria de la batalla por el bien; *otros llevan como flautas,* esto es, las recompensas que merecieron por su doctrina en el temor y en el amor a Dios; *otros llevan como cítaras,* es decir, los premios del duro y angosto camino que conduce a la vida; *otros llevan como órganos,* porque en ellos aparecen las múltiples virtudes que tienden a Dios con sus alabanzas. *Y el sonido de estos instrumentos resuena como el dulce sonido de las nubes,* ya que las alabanzas, que resuenan en los honores

y recompensas de las virtudes, están en armonía con el mérito deseable en las virtudes de los que obran y de los que elevan sus mentes hacia las cosas celestiales; según esto los hombres que hacen las cosas buenas en la rectitud, serán recompensados, y sus salarios serán pagados.

Por eso las mentes de los fieles, como se ha dicho, fluyen como una nube, ya que el deseo del alma del hombre bienaventurado que busca en Dios la obra que debe realizar nunca queda saciado, como los riachuelos que fluyen al mar nunca cesan en sus caudales. Y porque los santos deseos, que son el inicio de todos los bienes, están grabados en ellos de este modo, Dios los corona con la milicia celestial, porque se unen a Él, de tal modo que de ninguna manera serán separados de Él.

El orden de Dios determinó en las creaturas que el hombre debía ser renovado en la vida espiritual; porque cuando prescribió en la ley que ciertos animales fuesen atados, matados y quemados y que su sangre fuese esparcida, mostró anticipadamente que ciertos hombres, que corrían como nubes y que se volvían a mirarlo, fuesen atormentados y muertos en su amor, y así inmolados. Pues los hombres que maman de los pechos de las virtudes, huyendo de la lujuria y de otros vicios, portan la victoria de las palmas, y prefieren derramar su sangre antes de caer en la red de la justicia por las obras de la infidelidad, mientras padecen luchando contra su cuerpo y derramando su sangre por orden de Dios. Por ello se asemejan a los ángeles, que siempre sirven a Dios.

Los que ejercen su oficio por la doctrina de Dios omnipotente, al enseñar a otros, resuenan con las flautas de la santidad, cuando, con la voz de la racionalidad, cantan la justicia en las mentes de los hombres; como la palabra dicta y el sonido resuena, y como la palabra es oída y rodeada por el sonido, para ser escuchada. Y como la flauta multiplica la voz, así la voz de aquel que enseña debe multiplicarse en los hombres en el temor y en el amor a Dios, cuando congrega a los fieles y hace huir a los infieles.

De este modo se levantan los que han renunciado a sí mismos y desprecian el mundo, restringiéndose en el pudor de la virginidad y, encontrando odiosos los placeres mundanos, perseveran en las alabanzas angélicas; y vuelan hacia Dios como el águila en el deseo pleno de sus corazones, semejantes a la aurora que precede al sol y contemplando siempre a Dios con los ojos de la simplicidad de la paloma. Por esto, al son de las cítaras, profieren a Dios tales alabanzas que la ciencia humana no puede explicar.

También hay otros que reúnen innumerables virtudes, como ramos de flores, según los preceptos de Dios, y sirven con sus instrumentos musicales a la Humildad, reina de las virtudes, cuando caen de rodillas en tierra por temor y amor a Dios. Pues la humildad le abre el cielo a los que la imitan y lo cierra a los que la descuidan, de manera que no pueda ser abierto por ninguna persecución de los enemigos; y arroja la soberbia al infierno, que es la heredad de los hombres de mente orgullosa. Y con los que militan bajo ella domina en el cielo, porque así como los instrumentos en sus diversos registros se convierten en sonido de alabanza, así Dios estableció las alabanzas de los hombres a semejanza de los ángeles; y así como el ejército celestial venció la soberbia ante la mirada de Dios, así los hombres, que se refrenan de los males, siempre vencen en sí mismos la soberbia.

El hombre es la obra de la diestra de Dios omnipotente, que lo ha realizado, y completará el coro de los ángeles perdidos; y por ello está bajo la protección de los ángeles buenos. Y en estos dos órdenes, el de los ángeles y el de los hombres, Dios se deleita mucho, es decir, se deleita en las alabanzas de los ángeles y en las obras santas de los hombres; porque con éstos realiza, según su voluntad, todas las cosas que habían sido así conocidas de antemano en la eternidad. El ángel es estable ante Dios, mientras el hombre es inestable; y por eso la obra del hombre puede agotarse, pero las alabanzas de los ángeles son inagotables.

El cielo y la tierra tocan a Dios, porque fueron hechos por él y para su gloria; pero, dado que el hombre es mortal, las revelaciones divinas, que de cuando en cuando manifiestan los profetas y los sabios, son ensombrecidas como por una sombra. Una vez que el hombre de mutable devenga inmutable, entonces verá la claridad de Dios al conocerlo y permanecerá con Dios, como dice David, siervo mío, según mi voluntad:

XI. *Y exultaré bajo el velo de tus alas; mi alma se apegó a ti; me sostuvo tu diestra.*[3] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Al resguardo de tu protección, ¡oh, Dios!, me regocijaré, una vez que haya sido liberado del peso de los pecados; porque mi alma deseó ir en pos de ti en las buenas obras, el poder de tu fortaleza me levantó a mí, que exhalo profundos suspiros, y que grito hacia ti, hasta que esté así a salvo de mis enemigos. Pues yo soy la obra que Tú obraste, puesto que antes de la antigüedad de los tiempos consideraste en tu orden que me harías así, para que cada creatura estuviese junto a mí.

Y cuando me creaste, me has dado el obrar a tu medida, como Tú también me habías hecho, y por ello soy tuyo; y Tú vestiste la carne inmaculada como te era conveniente, y así desplegaste la orla de tu manto. Por ello pusiste el cielo en movimiento con las alabanzas y lo rodeaste con la diversidad de los adornos en una ronda de ángeles, que no pueden dejar de admirarse plenamente, cuando se enlazan en la ronda de la guirnalda de alabanzas, porque así hiciste al hombre, con la guirnalda de la alabanza de aquel que rechazó la gloria celestial, y así se perdió para siempre; Tú rodeaste al hombre y lo afianzaste con tu vestidura, de manera que nunca se aparte de esa alabanza.

Los ángeles se admiran, porque llevaste la vestidura del mortal Adán; pero lo hiciste para que este pecador, Adán, reviviese, y

3. Sal 62, 8.

para que la divina claridad, que no puede ser delimitada por ninguna indagación de la experiencia, brillase para el ángel celestial; y le dijiste: «Estás siempre en mi mirada, y no necesitas ser llamado a la vida, así como aquel que fue redimido por Mi vestimenta, puesto que no me había negado plenamente cuando fue seducido por otro. Pues, cuando buscó semejarse a Mí, fue hecho mortal; por ello había de ser redimido gracias a los tormentos de mi vestimenta, para que su sociedad fraternal contigo no perezca en él; porque, aunque te haya creado a ti sin carne y a él, con carne, Yo os creé a cada uno de vosotros».

La divinidad oculta, que es enteramente justa y no vista perfectamente por ninguno, a no ser que ella se digne revelarse, se manifestó al ángel que había permanecido en los cielos sin caer. La divinidad, en la comprehensión de su diestra, tiene esta plenitud, para que no perezca nadie que la mire con la pupila del ojo de la fe; y los que no la ven con el ojo de la fe se prendan de su mirada, como pereció el ángel perdido y los que lo acompañaban. Dios, que ha creado todas las cosas, todo lo ordenó en el bien, dando a cada uno el premio merecido y el juicio a los que no quieren volver su mirada hacia Él, como se ha dicho.

XII. Todas estas cosas han sido reveladas en el Hijo de Dios encarnado, y los que creen en Él serán salvados, pero los que se apartan de Él serán condenados; ya que Él mismo provino, no de la raíz de la tierra, sino de la Virgen intacta por la voluntad del Padre, que antes de su encarnación había creado todas las cosas con el Padre; y después de la encarnación, salvando al hombre, porque vistió la forma de hombre sin pecado, y con ella redimió al hombre, al que había creado; ningún otro pudo hacer esto, sino Aquel que había creado al hombre.

Adán, hijo inocente y luminoso, alternaba el sueño con la vigilia, de modo que pudiera probar el gusto del espíritu y descansase de la carne en el sueño; y así fue conducido hacia la tierra

inmutable del deleite, para que conociese la inmortalidad con el espíritu y para que no negase las cosas invisibles con la visión exterior de los ojos. La vida inmortal no tiene ninguna luz nublada, como sí la tiene el ojo creado, que ve por un tiempo limitado, hasta que las tinieblas lo alcanzan; y el hombre padece esto, pues su ojo ha sido cubierto por una piel nebulosa. La pupila del ojo muestra la visión de los ojos interiores, que es desconocida para la carne; mientras los párpados señalan la visión de la carne, que se extiende hacia el exterior.

Por eso toda obra humana es realizada según los dos modos de ciencia. La ciencia de la mirada interior le enseña al hombre las cosas divinas, pero la carne se opone; así la ciencia, cegada, realiza las obras nocturnas según la mirada de la serpiente, que no ve la luz. Por ello aparta a todos de las obras de la luz, como lo hizo con Adán, cuando perturbó en él la luz de la ciencia vital. La ciencia estuvo en Adán, así como la profecía, y perduró hasta que el Hijo de Dios fue hecho hombre y la iluminó, como el sol ilumina la tierra entera, y porque completó en el espíritu todas las cosas que ya han sido dichas, es decir, aquellas que, hechas antes de la ley y bajo la ley, se distinguen entre sí cuando Él se ofreció enteramente al Padre celestial, como también está escrito:

XIII. *Tú que eriges una nube como tu carro, Tú que caminas sobre las plumas de tus vientos.*[4] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Señor Dios, Tú eres aquel que haces que los justos y rectos deseos de los fieles sean el carro de manera que reines en sus corazones; y Tú que diriges los caminos sobre las palabras y los escritos de los doctores, a los Tú que sobrepasas, porque marchas sin mácula, no habiendo en ti ningún pecado. Por ello las nubes, que erigiste como una escala para ti, son tu ascenso, cuando las subiste, ¡oh, Hijo de Dios!, gracias a tu vestidura, que

4. Sal 103,3.

tomaste de la única y más pura Virgen, cuyo claustro nunca nadie abrió ni tocó; porque, así como el rocío penetra en la tierra, así Tú entraste en ella y no echaste raíz de varón, sino de la divinidad, como el rayo del sol calienta la tierra para que produzca su germen. Y como en ella exististe sin corrupción ni dolor alguno, como en el sueño, y como Eva fue tomada del varón que dormía, que la observó con goce, sin herida alguna; y así la Virgen única abrazó a su Hijo con goce en su regazo.

Eva no fue creada de semilla, sino de la carne del varón, porque Dios la creó con la manifestación de su potencia con la envió que a su Hijo a la virgen; y después no ha habido mujeres semejantes a Eva, virgen y madre, ni a María, madre y virgen. De este modo Dios se vistió con la forma del hombre y cubrió su deidad, que es visible para los ángeles en el cielo. El cielo es la morada de Dios, pero también es la morada del hombre, formado en altura, anchura y profundidad.

XIV. El Hijo de Dios encarnado completó todos los milagros de los tiempos pasados, que le habían prefigurado. Pues en su infancia, cuando Herodes, que buscaba destruirlo, fue engañado por los magos, mostró la caída de la antigua serpiente, que se empeñaba en perturbar las cosas celestiales.

En su niñez manifestó el sentido del tiempo que existió de Adán a Noé, porque tenía una gran sabiduría, a diferencia de la ignorancia de Adán, y ninguna mácula de pecado lo había tocado; y esta sabiduría mostró en el juicio del diablo, que pensaba con error que el hombre había sido destruido enteramente, porque no sabía que Dios había vestido la forma humana. Todos los que lo veían y escuchaban se admiraban diciendo: «Nunca hemos visto ni escuchado tales cosas como las que dice este niño, una sabiduría de gran profundidad en una niñez sencilla e indocta». Al decir esto no sabían que Él era la raíz de la ciencia de los ángeles y de los hombres, ni que era Aquél de quien ángeles y hombres han echado raíces.

En su humanidad edificó lo que se había extinguido en Adán, a saber, la revelación de la justicia, pues atribuyó sus obras a su Padre; y como el árbol produce sus higos desde el verdor de la raíz, así Él produjo todas sus obras en la divinidad, desde la que echó raíces en la humanidad, porque viene de ella y con ella existe, sin ninguna división. También en su carne restauró para un bien mejor las obras manchadas de los hombres, y con su doctrina los vistió de santidad con la inspiración del Espíritu Santo; y así hizo revivir a la vida de la justicia a los hombres ahogados y muertos por los pecados, en el diluvio, como bajo Noé había sucedido.

El Hijo de Dios, apareciendo en la carne como un hombre joven, manifestó el sentido del tiempo de Noé a Abraham, a quien le fue impuesta la circuncisión, pues entrando en el agua y santificándola en su cuerpo y realizando grandes virtudes, mostró que los hombres que vivían más santamente después del diluvio que antes del diluvio, repudiando los incestos que antes habían amado, no cesaban en la injusticia de olvidar a Dios, y se avergonzaban de su desnudez y de sus obras impuras. La castidad holló la lujuria en el Hijo de Dios y la ató con la cadena del magisterio y la forzó a servirlo por la abstinencia de los pecados; porque el Hijo de Dios, al mostrar y al enseñar toda la justicia, la cumplió en su humanidad, eliminando los pecados, como la circuncisión, que fue hecha en cierta parte del cuerpo para confusión de la serpiente.

Luego, cuando hubo cumplido los preceptos carnales dados por Moisés, padeció la atadura de las cadenas y otros oprobios y convertido en la cruz en sacrificio vivo a causa de sus ovejas, se alejó del mundo, como el día se separa de la noche; porque, después de hacer muchísimas señales y mostrado muchos milagros ocultos, fue alejado de la tierra. En su pasión y en su muerte manifestó el poder de Babilonia, cuando los hijos de Israel fueron conducidos al cautiverio, como Él mismo fue arrastrado por las

gentes para ser crucificado. Y entonces sus discípulos se entristecieron así como también los cautivos, y dejando de lado la alegría, convirtieron sus instrumentos en lúgubres voces.

Sin embargo, resucitó de la muerte y, manifestándose a los discípulos en distintas ocasiones, preparó el regreso de los cautivos. Y cuando ordenó que los discípulos fueran por el orbe entero, para bautizar a los creyentes, y, después de su ascensión, los afianzó con la infusión del Espíritu Santo para que no sucumbieran por las diversas tribulaciones de los adversarios, sino que los aventajaran con milagros gloriosos, demostró que la antigua ley fue concluida carnalmente y que ella misma fue convertida a la vida espiritual. También les enseñaba todo lo que podían aprehender, porque no eran capaces de ver su divinidad, como el hombre ve el aspecto exterior del otro, pero no puede ver su alma.

Cuando el Padre lo trajo de nuevo a su corazón, de donde había salido y de donde nunca había estado ausente, como el hombre lleva en su aliento, todo el ejército de ángeles y los arcanos celestiales lo veían abiertamente como Dios y como hombre. Por ello tocaba a sus discípulos con aquel fuego, con el que fue concebido en el vientre de su madre e infundió en las lenguas de fuego la más poderosa fuerza, superior a la fuerza del león, que no teme a las bestias, sino que las captura, para que no temiesen a los hombres, sino que los capturasen. Pues el Espíritu Santo los llevó a otra vida, que no conocían anteriormente, y con su soplo los despertó, de tal modo que no sabían que eran hombres. Y los visitó en un grado mayor y más constante como nadie había sido visitado antes, pues los profetas habían hablado muchas cosas del Espíritu Santo, y muchos hicieron después muchos milagros, pero ninguno de ellos había visto las lenguas de fuego. Ciertamente por esto, porque los discípulos sí vieron las lenguas de fuego con los ojos exteriores, y se fortalecieron interiormente para que sus venas no temieran los peligros, pues la fuerza divina les había grabado la fortaleza con las lenguas de fuego.

Pues al Padre omnipotente le era conveniente que se mantuviese este número de doce apóstoles, que Él había unido a su Hijo, para que estos discípulos enseñasen a otros las cosas que habían oído de Él. Y así como Dios constituyó el firmamento y dispuso su solidez con los soplos de los doce vientos y con las doce señales de los meses que transcurren, y como este firmamento realizó todas sus funciones con el fuego, así también estos discípulos fueron afianzados por el fuego del Espíritu Santo en todos los milagros; puesto que su doctrina salió como el soplo de los vientos hacia toda la tierra, y como el sol brilló, sus martirios ardieron como el sol de mediodía.

Los meses completan su curso con las cosas que sostienen el firmamento, y Dios completó con estos hombres de verdad en la fe católica sus señales; y a través de su Hijo condujo de nuevo hacia lo celestial al que lleva el décimo número, que es el hombre, señalado por aquella dracma que la sabiduría encontró. Así, el Unigénito de Dios e Hijo de la Virgen, llamada estrella del mar, de la que salen todos los ríos y hacia la que retornan, como todas las salvaciones de las almas que provienen del Unigénito de Dios, y de nuevo en Él permanecen; Éste realizó todas las cosas que habían sido dichas y que existieron antes que Él, en la ley o antes de la ley. Transformó todas las cosas a una condición mejor, caminando sobre las alas de los vientos, esto es, superando en las maravillas y los hechos de los patriarcas y las palabras de los profetas y los documentos y los escritos de todos los doctores y volando en su humanidad más alto que el hombre, que reina sobre todas las creaturas que recibió de su Padre en herencia; y hablaba a sus discípulos, diciendo:

XV. *Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre.*[5] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Yo, que soy la Palabra y

5. Mt 11,27.

el Hijo de Dios, salí de mi Padre; de Él me han sido entregadas todas las cosas que Él había predestinado, mientras les daba forma, como las palabras expresan los pensamientos que se ocultan en el corazón. Hacia Él de nuevo voy, habiéndose cumplido el propósito de mi Encarnación, es decir, la obra que me encomendó en esta eternidad, en la que siempre estuve, antes de los tiempos, permaneciendo inseparablemente junto a Él, quien me envió para completar el número establecido.

Y como recibí en los cielos el poder de crear, así en las partes inferiores del mundo recibí el poder de restablecer aquello que, habiendo sido creado, había perecido. Pues en la verdadera presciencia de Dios se escondían eternamente todas las cosas que habrían de existir, las que creó después a través de su Palabra, es decir, su Hijo, a quien también le concedió el poder de liberar lo que había creado y de gobernarlo; y así todas las cosas le fueron entregadas a su Hijo, quien era antes de los tiempos coeterno y consustancial al Padre en la divinidad.

XVI. El Hijo de Dios caminaba sobre las plumas de los vientos, pues los profetas fueron las plumas de las palabras del Espíritu Santo; porque, como el Espíritu Santo los había inspirado, así profetizaban esas palabras. Y en esto habían dado ejemplo del Hijo de Dios, puesto que, conforme a lo que ellos habían predicado de Él, así Él lo hizo en el mundo, y volvió a llevar al hombre en sus hombros hacia los cielos y a los lugares paradisíacos, como se ha dicho.

Dios estableció la mansión celestial y el lugar paradisíaco, del mismo modo que un hombre construye edificios para sus súbditos. Y hacia estos lugares, con el precepto de Su Padre, el Hijo de Dios llevó consigo a las almas de los fieles arrebatadas del Tártaro, como hace el hombre que funda una ciudad primero con pocos hombres y después la puebla con una gran multitud. Antes de la encarnación de su Hijo, Dios omnipotente había señalado

todas estas cosas y le había dado al hombre todas las creaturas para que obrara; pues sólo el hombre erguido mira a lo alto, hacia el cielo, con su mirada, pero los demás animales, inclinados hacia la tierra, han sido sometidos al hombre; y así el hombre es inextinguible por el espíritu racional, pero por la carne es corruptible por los gusanos.

La profecía era similar a las palabras de los niños, que no pueden ser comprendidas; mas, pero después de haber madurado, entonces se comprenden sus palabras; y así, antes del Hijo encarnado de Dios, la profecía era desconocida y no se comprendía, pero se hizo manifiesta en Cristo, porque Él es la raíz de las ramas de todos los bienes. La raíz primero produce la hierba, y la hierba, un germen; luego el germen, ramas; y las ramas, flores; y las flores, frutos. Así la raíz manifestó a Adán; la hierba, a los patriarcas; el germen, a los profetas; las ramas, a los sabios; y las flores, los preceptos legales, y el fruto, al Hijo encarnado de Dios, quien, a través del agua, llevó a los fieles y a los creyentes de nuevo al perdón de los pecados. Pues con el agua purificó toda la blasfemia de los pecados surgida en Adán; y como el fuego se extingue con el agua, así el pecado original y los demás pecados son lavados en la pila bautismal; y puesto que el Espíritu Santo vino sobre el agua, así purificó al hombre por la circuncisión de los pecados. También santificó su alma, que estaba envenenada por el engaño de la antigua serpiente, de manera que de ahí en adelante ella es el tabernáculo en la comunión de la verdadera fe. Por esto David habla por inspiración Mía sobre aquel que no se lava en el bautismo del perdón de los pecados, diciendo:

XVII. *Pusiste las tinieblas y se hizo la noche; en ella rondarán todas las bestias de la selva.*[6] La comprensión de esta frase debe recibirse así: ¡Oh, Dios y guía!, que dispensas todas las cosas con justicia,

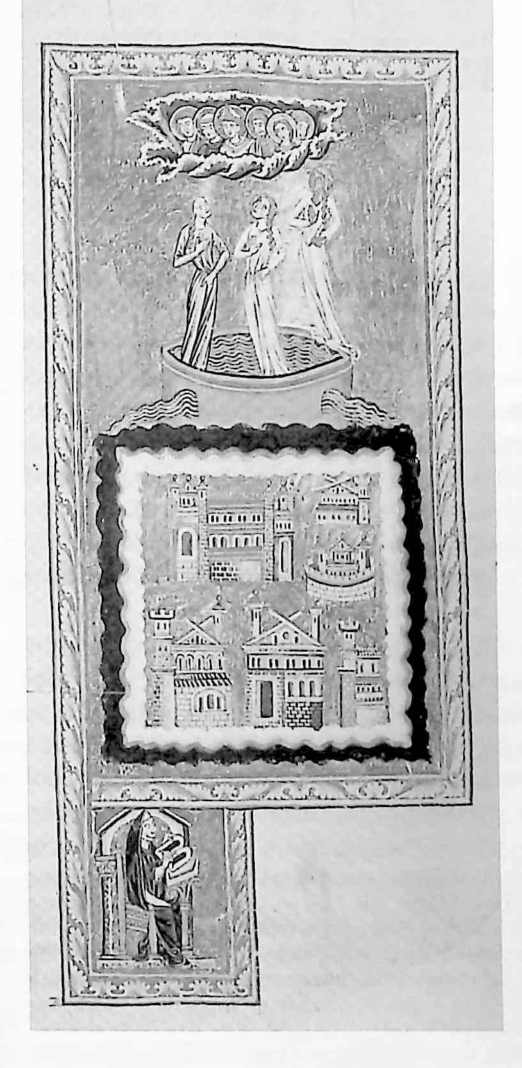
6. Sal 103,20.

Tú dispusiste con tu recto juicio las tinieblas de los castigos para venganza de los males, con los que se levantó la noche, que es la perdición de los réprobos; pues los incrédulos que están en las tinieblas de la infidelidad se precipitan a las tinieblas de la muerte. Y se apresuran eternamente a la perdición y, en aquella noche, que carece de la luz de la fe, rondan los que son feroces en la tiranía y yermos en la incredulidad, porque mientras no depongan su infidelidad y no corran hacia Ti, Dios, por la gracia del bautismo, caerán en el olvido como si nunca hubiesen existido.

El fiel aquel que, depuesta la tiniebla de la incredulidad y huida la noche de la eterna condenación, supera todas las costumbres bestiales y las acciones yermas, volviéndose hacia la vida que trajo Aquel que es vida, renunciando al diablo y purificándose en la pila bautismal. Pues el Hijo de Dios con sus discípulos evangelizó al hombre, que había de ser regenerado en el agua; de otro modo, no hubiera sido elevado al cielo, a no ser que antes fuese purificado de los pecados por el agua y el Espíritu Santo; porque, cuando el hombre fue sembrado, enviado por el padre a su madre y engendrado por ella, recibió la inspiración del Espíritu Santo en el bautismo y así se hace partícipe de la santidad; pero el infiel es excluido de la santidad y enviado a los lugares de castigo.

Que los fieles reciban estas palabras con el afecto devoto del corazón, puesto que han sido reveladas para beneficio de los creyentes de Aquel que es principio y fin.

Tercera visión de la tercera parte



Tercera visión de la tercera parte

En esta visión, la figura central es la Caridad, quien aparece representada, junto a la Humildad y a la Paz, en la figura de tres hermosas doncellas vestidas con túnicas blancas que emergen de una fuente, interpretada en la correspondiente «audición», como la «pureza del Dios viviente».

La Caridad manifiesta cuáles son sus obras en el ámbito de la creación divina; en este texto se continúa uno de los temas de la visión anterior, es decir, el de la presciencia divina y el de la profecía: así como todos los seres creados tienen sombra, así predicen los profetas desde las sombras de un tiempo anterior a los sucesos, desde las sombras de la profecía.

I. *Vi también como en el medio de la región austral tres imágenes; dos estaban de pie sobre una fuente de aguas purísimas, circundada y adornada en la parte superior por una piedra redonda y ahuecada, como si estuviesen enraizadas en esta piedra, como los árboles parecen crecer a veces en el agua; una de ellas estaba rodeada por un fulgor purpúreo, y la otra, por un fulgor blanco, de tal manera que yo no podía verlas del todo. La tercera estaba de pie fuera del agua, sobre la piedra, vestida con una vestidura blanca; y su rostro resplandecía con tanta claridad que la claridad reverberaba en mi rostro. Y ante ellas aparecían las órdenes bienaventuradas de los santos, como una nube, a los que miraban amorosamente.*

II. La primera imagen decía: «Yo, caridad del Dios viviente, soy la claridad, y la sabiduría realizó su obra conmigo, y la humildad, que echó raíces en la fuente viva, fue mi ayudante, y la paz se une a ella. Y a través de la claridad, que soy yo, la luz viviente de los ángeles bienaventurados refulge; porque como el rayo fulge por la luz, así esta claridad resplandece en los ángeles bienaventurados y no debería existir sin brillar, como la luz no existe sin el fulgor. Pues yo marqué con un sello al hombre, que fue enraizado en mí como sombra, como la sombra de cada cosa se percibe en el agua. Por ello soy fuente viva, porque todas las cosas que han sido hechas existieron en mí como sombra; y según esta sombra, el hombre fue hecho con fuego y agua, como yo estoy hecho de fuego y agua viva. Por esto el hombre tiene en su alma el poder de ordenar cada cosa según su voluntad.

Todo ser animado tiene sombra, y lo que vive en él como sombra se apresura en todas direcciones, y los pensamientos están en el animal racional, pero no en los animales irracionales que sólo viven y tienen sentidos con los que conocen de qué deben huir o qué deben apetecer; solo el alma exhalada por Dios es racional.

Mi claridad arrojó su sombra sobre los profetas que por santa inspiración predijeron las cosas futuras, tal como fueron sombra en Dios las cosas que Él quiso hacer, antes de que fuesen hechas; la racionalidad se acompaña con el sonido de la voz; el sonido es como el pensamiento, y la palabra como la obra. De esta sombra provino la escritura de *Scivias* a través de un cuerpo de mujer, que era como la sombra de la fortaleza y de la salud, puesto que estas fuerzas no obraban en ella.

La fuente viviente es el Espíritu de Dios, que Él reparte en las obras que también viven por Él al tener vida gracias a Él, como la sombra de las cosas aparece en el agua; y no hay motivo para que se vean abiertamente, ni de dónde tienen vida, sino que se siente qué se mueve. Y como el agua hace fluir lo que está en ella, así el alma viviente es el aliento que brota en el hombre y hace que de él brote al saber, al pensar, al hablar y al obrar.

En esta sombra la sabiduría mide todas las cosas con igual medida, para que una no exceda a la otra en su peso ni pueda moverse en sentido contrario de la otra, puesto que ella excede y restringe la maldad del arte diabólico, porque existió antes del inicio de todos los inicios y existirá en su más vigorosa fuerza después de su fin, y nadie podrá resistirse a ella. Pues no llamó a nadie en su auxilio ni tuvo necesidad de nadie, porque fue la primera y la última; y no recibió respuesta de nadie, porque fue sola en la constitución de cada cosa. Y en ella misma y por sí misma dispuso piadosa y dulcemente todas las cosas, de modo que no podían ser destruidas por ningún enemigo, porque vio de un modo eminente el inicio y el fin de sus obras que dispuso en plenitud, de manera que todas estuviesen gobernadas.

También ella observó su obra, que había dispuesto según la ordenación en la sombra del agua viva, cuando, a través de esta indocta forma de mujer, reveló algunas virtudes naturales de diversas cosas y, asimismo, algunos escritos del *Libro de los méritos de la vida* y otros misterios tan profundos que aquella mujer, al verlos en verdadera visión, se debilitó mucho.

Pero antes de todo esto, la sabiduría había tomado las palabras de los profetas y de otros sabios y de los evangelios desde la fuente viva y las había confiado a los discípulos del Hijo de Dios, para que los ríos de agua viva fuesen difundidos a todo el orbe por ellos, gracias a los cuales, los hombres, arrastrados como peces en una red, fuesen conducidos de vuelta a la salvación.

La fuente que brota es la pureza del Dios viviente; y en ella resplandece Su claridad, y en este esplendor Dios abraza con gran amor todas las cosas, cuya sombra apareció en la fuente que mana antes de que Dios ordenase que ellas surgieran en sus formas.

Y en mí, que soy la caridad, resplandecieron todas las cosas, y mi esplendor mostró la formación de las cosas, como la sombra revela la forma; y en la humildad, que es mi ayudante, la creatura se presentó por mandato de Dios; y en esta humildad, Dios se inclinó hacia mí, para que elevase las hojas secas que habían caído hasta la bienaventuranza en la que Él puede hacer las cosas que quiere; puesto que Él las había formado de la tierra y las liberó después de la caída.

El hombre es plenamente hechura de Dios; se vuelve a mirar el cielo y holla la tierra al dominarla e impera sobre las creaturas, porque con el alma mira la altura del cielo. Por esto con ella es celestial, pero con el cuerpo visible es terrenal. Por eso, Dios alzó en la humildad al hombre que yacía en las profundidades, oponiéndose al que fue confuso y fue arrojado del cielo; puesto que, cuando la antigua serpiente quiso destrozar la concordia de los ángeles por la soberbia, Dios la contuvo con su fuerte poder, para que no fuera lacerada por la furia de la serpiente. Pues Satán, teniendo una

gran gloria en las alturas, consideró que podía hacer todo, y no quería perder la gloria de los astros, sino que quería tenerlo todo; y por ello, habiendo aspirado a todo, perdió todo lo que tenía».

III. Y de nuevo escuché una voz del cielo que me decía: «Todas las cosas que Dios ha obrado, las realizó en la caridad, en la humildad y en la paz, para que el hombre ame la caridad y abrace la humildad, y tenga paz; para que no camine hacia la destrucción con aquel que se burlaba de estas virtudes en su primer nacimiento».

Ves también como en el medio de la región austral tres imágenes, dos que están de pie sobre una fuente de aguas purísimas, circundada y adornada en la parte superior por una piedra redonda y ahuecada, como si estuviesen enraizadas en ella misma, como los árboles parecen crecer a veces en el agua; en la fortaleza de la ardiente justicia estas las tres virtudes están en el nombre de la Santísima Trinidad; la primera es la caridad, la segunda la humildad y la tercera la paz. La caridad y la humildad existen en la purísima divinidad de la que fluyen los ríos de la bienaventuranza, porque estas dos virtudes señalan al Hijo único de Dios, proclamado por todo el orbe de la tierra, para la liberación y la elevación del hombre, quien yacía abatido en las profundidades de los pecados; esto se cumplió cuando Su cuerpo, clavado en la cruz y sepultado, resucitó por el poder admirable de la divinidad y mostró que Él es la piedra de la fortaleza y del honor. Pues este, Su cuerpo, volvió a la gloria de su Padre todos los milagros que este mismo Hijo de Dios hizo en el mundo. Y estas virtudes no han sido separadas de la divinidad, como tampoco la raíz ha sido arrancada del árbol; porque Dios, siendo caridad, posee la humildad en todas sus obras y en todos sus juicios. Pues la caridad y la humildad, descendiendo a las tierras con el Hijo de Dios, trajeron de vuelta a Aquel que volvía a los cielos.

Una está rodeada por un fulgor purpúreo, y la otra, por uno blanco, de manera que no puedes verlas del todo; esto significa que la caridad

arde como púrpura en el amor celestial, y que la humildad arranca de sí las suciedades terrenales en el candor de la rectitud. Aunque sea difícil para el hombre mortal imitar esto en todas las cosas todo el tiempo, debido a la carne, sin embargo no debe descuidar amar a Dios sobre todas las cosas y humillarse en todo, para obtener la recompensa eterna.

Y la tercera imagen está de pie fuera del agua, sobre la piedra; significa que la paz, que permanece en el cielo, defiende también los asuntos terrenales que están fuera de las cosas celestiales; porque el Hijo de Dios, que es la verdadera piedra angular, trajo la paz cuando iluminó el mundo con su nacimiento, y cuando los ángeles lo conocieron como Dios y hombre cantando su alabanza.

Y su rostro resplandecía con tanta claridad que la claridad reverbera en tu rostro, ya que la paz, que surgió gracias al Hijo de Dios, no puede sostenerse en las cosas terrenales como se sostiene en lo celestial; porque, mientras en el cielo las cosas se mantienen estables y unánimes, en la tierra sufren múltiples alteraciones y oscilaciones de un lado a otro. Pero el hombre, que es la obra de Dios, debe continuamente alabarlo, ya que el alma del hombre permanecerá en la alabanza, como el ángel; porque mientras el hombre vive en el mundo, cultiva la tierra según su voluntad y su deseo, y sobre la tierra manifiesta el signo de Dios.

Y ante ellas aparecen las órdenes bienaventuradas de los santos como en una nube, a los que miran amorosamente, porque con la caridad y la humildad se alcanza la gloria de la altura celestial, cuando las mentes de los fieles fluyen de virtud en virtud como nubes; cuando la caridad y la humildad, consideradas con diligente examen y protección, encienden constante y dulcemente los deseos de las cosas celestiales. Pues la caridad adorna las obras de Dios, como el anillo adorna la noble piedra; y la humildad se manifestó abiertamente en la humanidad del Hijo de Dios, que vino al mundo en la intacta estrella del mar.

Y no temió la caída del primer hombre, y la expulsión de éste no lo atemorizó, ya que no lo tocó ningún pecado, porque estaba enteramente enraizado en la divinidad; pero algunos de los que lo veían e iban con Él, se secaron y cayeron como hojas secas. Sin embargo, Él hizo germinar a otros en el lugar de éstos, y no tuvo que recurrir al consejo de ningún otro hombre para vencer a sus enemigos, que habían caído por voluntad propia. Y no estaba inactivo, como el primer hombre después de su caída estaba inactivo, sin hacer buenas obras, ya que Él renovó a los hombres para una vida más gloriosa que aquella para la que habían sido dispuestos; y no se inclinó hacia el sitial de la soberbia como el diablo, que engañó al hombre con la pestilencia de la desobediencia; y no tuvo temor en apartar al hombre del diablo, porque supo de antemano que su cabeza había de ser pisoteada por una vigorosa fortaleza. También la Iglesia, adornada y dotada con las mencionadas virtudes, era conducida al cubículo del rey, como se ha escrito:

IV. *A tu diestra estaba la reina, rodeada por un vestido recamado en oro.*[1] La comprensión de esta frase debe recibirse así: ¡Oh, Hijo del Padre!, en los esponsales de la fe católica la Iglesia estuvo junto a la felicidad de los deseos celestiales, dotada de tu humanidad, que fue bañada con el rojo de tu sangre; rodeada por las múltiples virtudes, que llevó desde la casa de tu padre, cuando se estableció en los abrazos de tu amor. Estos esponsales acontecieron por la voluntad de Dios omnipotente, Quien los realizó con una obra refulgente, formó al hombre desde la cabeza a los pies, y lo honró con la vestidura de la justicia, cuando el Hijo de Dios quiso padecer en la carne por la redención del hombre.

Pues el hombre es la obra de la diestra de Dios, por quien fue vestido y llamado a las nupcias reales que realizó la humildad, cuando el altísimo Dios se volvió a mirar hacia las profundidades

1. Sal 44,10.

de la tierra y reunió el pueblo en la Iglesia común; hasta que aquel que había caído se levantase por la penitencia y se renovase en las santas costumbres, adornado con la diversidad de las virtudes, como con el verdor de las flores. La soberbia siempre ha sido corrupta, porque oprime, divide y separa cada cosa; pero la humildad no arrebata ni arranca cosa alguna de nadie, sino que mantiene todas las cosas en la caridad; y en ella Dios se inclinó hacia las tierras y reunió todas las virtudes con ella. Las virtudes se despliegan hacia el Hijo de Dios, como la Virgen llama a Cristo su esposo, repudiando al varón; y las virtudes han sido unidas a la humildad que las conduce a las nupcias del rey.

Que los fieles reciban estas palabras con el afecto devoto del corazón, porque han sido reveladas para beneficio de los creyentes por Aquel que es principio y fin.

Cuarta visión de la tercera parte



Cuarta visión de la tercera parte

En esta visión encontramos dos figuras centrales y de iguales dimensiones: la figura femenina de Sapientia, la Sabiduría, y la figura de la Trinidad, que tiene cabeza de hombre, tres pares de alas, el cuerpo y las extremidades cubiertas de escamas de pez, que terminan en garras de león.

Primeramente, Hildegarda explica en su «audición» que la Sabiduría, una doncella vestida de seda y adornada de joyas y piedra preciosas, es la manifestación perfecta de la acción divina de salvación en el mundo y en la historia. Está de pie frente a la segunda figura, que manifiesta los atributos de las tres personas de la Trinidad; la cabeza de hombre, los tres pares de alas, el cuerpo semejante al de un pez y sus garras de león son interpretadas en este sentido y detalladamente en la «audición». Así por ejemplo, uno de los pares de alas representa el mundo presente y el mundo futuro, así como las garras del león significan que, así como el león se esconde borrando sus huellas con su propia cola, para alejar a sus enemigos –de acuerdo a la tradición de los Bestiarios medievales- así también «Dios esconde de los hombres su divinidad en el tiempo en que son mortales».

La cabeza del anciano que se muestra en el centro de la figura de la Trinidad significa, por su parte, que «en la perfección de las obras de Dios estuvo el antiguo plan para la salvación del hombre»; y esta cabeza tiene forma de cabeza de hombre porque Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza.

I. *Cerca del ángulo septentrional del lado de oriente, vi una imagen cuyos rostro y pies irradiaban con tan gran fulgor, que este fulgor reverberaba en mi rostro. Estaba vestida con un vestido como de seda blanca y tenía sobrepuesta una túnica de color verde totalmente adornada con diversas perlas; y llevaba aros en las orejas, collares en el pecho y brazaletes en los brazos, que eran como de oro purísimo, adornados con piedras preciosas.*

En el medio de esta región septentrional vi otra imagen, de pie, erguida, y de una forma admirable; en la parte superior, donde debía estar su cabeza, irradiaba una gran claridad de tanto fulgor, que este fulgor se reflejaba en mi rostro. En el medio de su vientre se veía una cabeza de hombre con cabellos canos y barba, y sus pies imitaban las patas de un león. También tenía seis alas, dos ascendían de sus hombros hacia arriba y curvándose se unían entre sí y tocaban la claridad. Otras dos se extendían hacia abajo desde los hombros hasta la coronilla de la cabeza, y las otras dos descendían desde los muslos de esta imagen hasta el talón de sus patas y se desplegaban un poco como disponiéndose a volar; el resto del cuerpo estaba enteramente cubierto como con pequeñas escamas de peces y no de aves.

Y en las dos alas, que se extendían hasta la coronilla de la cabeza, se veían cinco espejos; uno estaba en la parte más alta del ala derecha, en el que se veía escrito: «Camino y verdad»; y otro tenía escrito en su mitad: «Yo soy la puerta de todos los secretos de Dios»; y otro, en el final de la misma, contenía la inscripción: «Soy la revelación de todos los bienes». Y en la parte más alta del ala izquierda otro que contenía la inscrip-

ción: «Soy el espejo en el que se contempla la intención de los elegidos»; y otro en el término de esta ala tenía escrito: «Anúncianos si tú eres el mismo que habrás de reinar en el pueblo de Israel». Y esta imagen volvía su espalda hacia el aquilón.

En toda la región occidental observaba las más repugnantes tinieblas humeantes; pero junto al ángulo de esta región, del lado del septentrión, se extendía el fuego más negro que bullía con sulfuro y con las tinieblas más densas, curvándose hasta la mitad de la parte septentrional. Y escuché una voz del cielo, que me decía:

II. Dios omnipotente, que construyó todas las cosas con la sabiduría, descubre sus obras admirables con diversas señales y, siendo admirable en sus dones, los distribuye a cada creatura como quiere. Y queriendo conducir de nuevo al hombre a la bienaventuranza del cielo, le muestra en figuras admirables, apropiadamente, conforme a su deseo, las cosas de las mansiones celestiales, terrenales e infernales.

Por ello, *cerca del ángulo septentrional, del lado de oriente, ves una imagen cuyos rostro y pies irradian con tan gran fulgor, que este mismo fulgor reverbera en tu rostro;* porque donde se termina la necedad y se origina la justicia, se manifiesta la sabiduría de la verdadera bienaventuranza, cuyo inicio y término superan el intelecto humano; porque con esta luz de la presciencia Él dio principio a su obra, y con esta luz también verá su fin.

Estaba vestida de seda blanca, ya que abrazando al hombre en el candor y en la suavidad del amor, mostró al Hijo de Dios encarnado en la belleza de la virginidad; y el hombre desconoce cómo se hizo, pues sólo la Divinidad lo sabe.

Y tiene superpuesta una túnica de color verde, toda adornada con diversas perlas; porque la sabiduría no rechaza a las creaturas exteriores, es decir, a las que vuelan en el aire y a las que caminan o reptan en la tierra y a las que nadan en las aguas, cuyos espíritus se agotan con la carne, sino que las vivifica y las mantiene, pues

prestan servicio al hombre y de ellas se alimenta; y ellas existen como perlas que adornan la sabiduría, cuando no sobrepasan su naturaleza, mientras el hombre transgrede muchas veces el camino recto instituido para él.

Y lleva aros en las orejas, collares en el pecho y brazaletes en los brazos, que son como de oro purísimo, adornados con piedras preciosas, puesto que todas las creaturas le obedecen y recuerdan sus preceptos. Por ello sus obras son fortificadas con la comprensión de la plenitud, de manera que ninguna creatura sea imperfecta, porque nada le falta en su naturaleza para que en verdad tenga la plenitud de toda perfección y de toda utilidad; y así todas las cosas que provienen de la sabiduría están en ella, como el más puro y hermoso adorno, brillando con el más espléndido fulgor de su esencia.

Asimismo el hombre, cumpliendo los preceptos de los mandatos de Dios, es la vestidura blanca y dulce de la sabiduría, como es el vestido verde por la buena intención y por el verdor de las obras adornadas con las diversas virtudes; y el adorno de sus orejas, cuando se aleja de la audición de las malas insinuaciones; y la defensa de su pecho, cuando desdeña los deseos ilícitos. También el honor de sus brazos es propio de la fortaleza, cuando se defiende del pecado; porque todas estas cosas se originan en la pureza de la verdadera fe, decoradas por los más profundos dones del Espíritu Santo y por las más justas escrituras de los doctores, cuando el hombre fiel las cumple con buenas obras.

III. *En el medio de esta región septentrional ves otra imagen que de pie, erguida, de una forma admirable,* símbolo de Dios omnipotente, invencible en su majestad y admirable en sus virtudes, enfrentado a la fuerza y al injusto juicio de la antigua serpiente, porque nadie puede agotar la profundidad de sus misterios.

En la parte superior, donde debía estar su cabeza, irradia tan gran claridad del fulgor, que este fulgor se refleja en tu rostro; porque nadie,

mientras es abrumado por el cuerpo mortal, puede ver la grandeza de la divinidad que ilumina todas las cosas, dado que ni los ángeles, que permanecen siempre frente a Su rostro, son capaces de agotarlo, al desear verlo constantemente; pues Dios es la claridad que no tuvo comienzo y no tendrá fin.

En el medio de su vientre se ve una cabeza de hombre con cabellos canos y barba; esto significa que en la perfección de las obras de Dios estuvo el antiguo plan para la salvación del hombre, mostrando la gran dignidad de la rectitud, que nadie puede contar ni abarcar; como el comienzo y el fin de la rueda, que tiene un círculo uniforme, no puede ser distinguido por el hombre. Pues ningún hombre puede concluir lo que ni los ángeles pueden abarcar; porque la eternidad existió igualmente en su querer y en su hacer antes que ellos, y no careció de nada, porque fue siempre plena.

Esta cabeza tiene la forma de una cabeza humana, porque Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza y le dio el poder de obrar, para que obrase lo que es bueno y alabase a su creador, y no lo olvidase. Nadie es semejante a Dios ni puede serlo; pues aquel que quiso asemejarse a Él fue destruido. Cuando Dios quiso mostrar poderosamente su virtud, se volvió al vientre de la Virgen; y como descansó de su obra en el séptimo día y estableció que el hombre obrase, así hizo que su Hijo descansara en el útero de la Virgen y le confió toda su obra. Pues el Espíritu Santo con su dulce calor tocó la carne de la Virgen sin ningún ardor de la agitación carnal del hombre, como el rocío cae dulcemente sobre la hierba, de manera que la flor, es decir, el Hijo de Dios, asumiese la forma de hombre en la carne de la virgen; y con mucha paciencia, a causa del hombre, soportó sus crímenes. Pues indicó en su circuncisión que el hombre se debe purificar con el bautismo, y en su pasión y en su muerte señaló que debe redimirse de los pecados criminales, y en su ascensión mostró que el hombre debe reunirse en el reino celestial; y de este modo completará el número de los bienaventurados hasta el temible tiempo del juicio.

Y los pies de la imagen *imitan las patas de un león;* lo que significa que Dios esconde de los hombres su divinidad en el tiempo en que son mortales y les muestra muchísimas cosas buenas en los preceptos legales y en las otras creaturas. Estas cosas finalmente las traerá hacia sí y las examinará con su Hijo como con las patas del león, de manera que la tierra entera sea golpeada y el firmamento se vuelque, y así el hombre mortal, que tiene término, vuelva a la razón de sus obras, y entonces verá al inmortal Hijo de Dios.

IV. *También tiene seis alas,* que son las obras de los seis días, en los que el hombre, invocando a Dios, lo alaba y se gobierna a sí mismo con la ayuda de Dios; *dos ascienden desde sus hombros hacia arriba y curvándose se unen entre sí y tocan la claridad;* mostrando el amor a Dios y al prójimo, y elevándose a lo alto por la fortaleza de las buenas obras, depuesto el rigor, descienden al nivel de la necesidad del prójimo. También abarcan los misterios de los secretos de Dios, puesto que estas alas muestran la milicia celestial de los espíritus superiores, a quienes Dios dispuso junto a su rostro, estableciéndolos como espejos de sus milagros, cuando contemplan el rostro de Aquél a quien, sin embargo, no son capaces de agotar con ninguna celebración de alabanzas.

Mientras dos alas se extienden hacia abajo desde los hombros hasta la coronilla de la cabeza; con éstas se señala el Antiguo y el Nuevo Testamento, que contienen la fortaleza de los preceptos de Dios e, inclinándose, se despliegan según el antiguo plan, cuando los profetas predijeron al Hijo de Dios en el Antiguo Testamento y los hijos de la Iglesia lo adoptaron en el Nuevo Testamento, por la devoción de la fe. Estas alas manifiestan también la potestad de Dios, que tiene el poder de crear y de hacer lo que quiere, como un ser alado vuela con sus alas desplegadas en todas direcciones; pues Dios estableció los secretos celestiales en un camino recto, de manera que su esplendor nunca termine y que sus misterios no tengan fin, y la verdad no tenga sombra de falsedad.

Las otras dos descienden desde los muslos de esta imagen hasta el talón de sus patas y se despliegan un poco como disponiéndose a volar; mostrando el mundo presente y futuro, donde en el presente una generación transcurre y otra prosigue, y donde en el futuro vendrá la estabilidad de una vida inagotable, cuando se manifieste esto cerca del fin del mundo, mientras los muchos terrores y prodigios volando preceden a este fin. Ahora la glotonería de la gula diabólica lanza el gusto por los pecados y los deseos carnales del vientre, donde los alimentos descienden y son evacuados y donde la concupiscencia de la carne crece en los pecados; pero la protección divina los defiende y les da la castidad con la elevación de las buenas obras. Pues Dios restringió los actos incestuosos que surgieron entre los primeros hombres a causa del movimiento de la lengua de la serpiente, gracias a un solo Hombre, quien con las poderosas alas de su naturaleza virginal aplastó la acción de la lujuria en las mentes de los hombres, oponiéndose a los derechos de la carne.

V. Por ello, *el resto del cuerpo estaba cubierto enteramente como con pequeñas escamas de peces y no de aves;* lo que significa que, como la forma de los peces es diferente de la forma de las aves, y como ha estado oculto cómo nacen los peces y cómo crecen, y como las aguas en las que viven tienen un curso rápido donde los peces fluyen rápidamente, así el Hijo de Dios nació completamente en la santidad y en una naturaleza distinta, es decir, separado de los otros hombres, y fue completamente santo en la justicia; y con las alas desplegadas de las obras buenas, trajo de nuevo al hombre al cielo, como en la Antigua Ley había sido muchas veces señalado de antemano por los signos de los sacrificios, y como luego cumplió por su voluntad Él mismo en la naturaleza virginal.

Pues, cuando Adán comió la manzana funesta, contrajo el gusto por los pecados y lo hizo capaz de pecar. Por ello la gloria del paraíso fue apartada de él y fue enviado al exilio. Inmediata-

mente el diablo produjo la lujuria en contra de Dios y desvió la generación de los hombres hacia una vergonzosa confusión y, en su engaño, pensaba que el hombre, al estar en tantas inmundicias, no podría entrar en el reino de los cielos, porque los hijos de la fornicación no podían formar parte del pueblo de Dios, y Dios no sería Dios. Se alegraba el diablo en las porquerías de la agitación de la carne, y se decía: «Yo arrojé al hombre de su lugar glorioso y lo envié a las más grandes inmundicias; y por ello no hay en él ninguna parte de Dios, porque Él, completamente puro, no quiere ni recibe ninguna inmundicia. Por esto el hombre permanecerá en mi lugar».

Pero Dios ocultó a la antigua serpiente cómo quería liberar al hombre, y lavó con su Hijo las porquerías que habían irrumpido con el engaño y las heridas que la lujuria había infligido al hombre. Dios hizo esto en medio de su poder, en el que existía antes de todos los inicios, y en el medio de la noche del pozo infernal había marcado al diablo en medio de la noche; esto es, en medio de su poder, porque era poderoso para hacer lo que quisiese, y en medio de la noche, cuando el antiguo enemigo, con opinión soberbia, creía haber atrapado a los hombres, como si quisiera poseer una gran multitud de hombres y los tuviera en su corazón. Entonces el Hijo de Dios, como se ha dicho, ignorándolo el diablo, vino ocultamente y con su humanidad destruyó su anzuelo, con el que atrapaba a los hombres; y vencidos sus enemigos, lo colgó del estandarte de la cruz como señal de triunfo y lo mostró a su Padre y a toda la milicia del ejército celestial. Por ello este ejército elevaba un cántico de alabanza nueva, alegrándose de que tan gran multitud de almas bienaventuradas hubiese sido liberada de tan cruel cautiverio, porque el Hijo de Dios las había consagrado al lugar de la bienaventuranza.

¿Y por qué Dios omnipotente permitió que su único Hijo, que no tuvo parte alguna en los pecados, soportase tan grandes sufrimientos? A saber, por esto: para que el antiguo engañador no tu-

viese oportunidad alguna contra Dios. Pues el hombre no había llegado libremente a un acuerdo con Él y no había seguido sus preceptos en todas las cosas. Si el hombre pecador fuese muerto por otros hombres, el espíritu maligno diría que el hombre no podía liberar a nadie, pues debía ser denunciado por sus pecados convenidos con él. Por esto no tendría posibilidad alguna de que se liberase a sí mismo y a los demás de la soga del cautiverio. Por ello el Dios viviente entregó a su Hijo, cuya forma era semejante a la forma de Adán, para que redimiese al hombre con la vestimenta de su humanidad.

VI. *Y en las dos alas, que se extienden hasta la coronilla de la cabeza, se ven cinco espejos,* porque en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que se vuelven a mirar hacia la dignidad del antiguo plan, se muestran las cinco luminarias de los diferentes tiempos: es decir, la primera en Abel, la segunda en Noé, la tercera en Abraham, la cuarta en Moisés, la quinta en el Hijo de Dios. Todas resplandecen para los hombres en el camino de la verdad, una vez que también el mismo Hijo de Dios abrió la clausura de los goces celestiales con su Pasión.

Uno está en la parte más alta del ala derecha, en el que se ve escrito: «Camino y verdad»; esto significa los altos misterios de los milagros de Dios, que ningún hombre es capaz de abarcar plenamente con su ciencia, a no ser cuanto recoge en el círculo de la fe, como la sombra no muestra en el espejo más que lo que se manifiesta por la forma; y estos misterios muestran el camino de la justicia y la verdad de la rectitud para la salvación de los pueblos, para que el hombre que teme a Dios alcance la morada celeste, como lo indican las obras y el fin de Abel.

Y otro que tiene en su mitad escrito: «Yo soy la puerta de todos los secretos de Dios», puesto que en la perfección de la protección salvífica se manifiestan los secretos de Dios, mostrando que Dios omnipotente se despliega hacia la amplitud de la creatura con sus

milagros, como realizó múltiples señales de los milagros desde el primer hombre hasta el último; es decir, con la profecía, la palabra y la acción, y no cesará hasta que complete todo lo que debe hacer, y con la primera creación no descansó, antes de completarla en su totalidad, como lo señaló de antemano con diversos signos, en Noé.

Y otro está en el final de la misma, y contiene la inscripción: «Soy la revelación de todos los bienes»; porque en este extremo del ala se prefiguró el término de la burla diabólica y el nacimiento de todos los bienes, señalando que el Hijo de Dios habría de tomar la forma de hombre en la Virgen pura y que habría de completar todas las cosas buenas. Y el libro de la vida, que nunca será destruido, proclama esto; en él también se describe la Jerusalén Celestial con todas sus virtudes, que nadie es capaz de relatar, así como nadie puede agotar los milagros de Dios; Abraham mostró fielmente estas cosas en la circuncisión, que cumplió por precepto de Dios.

Y en la parte más alta del ala izquierda hay otro que contiene la inscripción: «Soy el espejo, en el que se contempla la intención de los elegidos»; porque en el inicio de la justicia, cuando la protección celestial hubo oprimido a la iniquidad con la virtud de sus elegidos, su devoción fue sencilla y pura, para que resistiese las artes diabólicas y se ofreciese como holocausto vivo a Dios. Por esto Satán, arrojado hacia atrás, supo que Dios era tan fuerte frente a sus enemigos que, aterrorizado, aún le temía en lo profundo del infierno.

Por ello muchos que dormían en la región del aquilón por causa de la mortífera manzana, se despertaron con la penitencia en el espejo del temor a Dios, es decir, los homicidas, los adúlteros, los ladrones, los falsos y todos los otros pecadores que imploran a Dios, para que los libere del antiguo enemigo; Dios es muy alabado en la penitencia, porque todas las órdenes de hombres penitentes y fieles reconocen a Dios grande en su poder, que así los libera y borra sus pecados.

Por esto Él se deleita mucho en los que, habiendo sido, como la noche, mortales en los pecados, fueron hechos como el día diáfano con la penitencia. Por ello rescatados del diablo, lo aman mucho más que si hubiesen carecido de rescate gracias a la penitencia, y ya no se adormecerán por amor a Él. Por eso, el amor a Dios es necesario para todos, tanto para los elegidos, los simples y los inocentes como para los pecadores, porque todos deben tener temor antes de gustar de su amor; y por ello en el espejo aparecen como escritura sus intenciones, que Dios siempre ve.

Y otro en el término de esta ala tiene la inscripción: «Anúncianos si tú eres el mismo que habrá de reinar en el pueblo de Israel»; porque, cuando el Antiguo Testamento fue concluido y comenzó el Nuevo, apareció mi Unigénito, que hundió a Satán en el pozo inferior del infierno como una piedra, de manera que no pudiese respirar con ningún soplo ventoso de su voluntad, como lo hacía antes; así el Hijo mío manifestó las recompensas eternas a sus elegidos, como me dirigí a Moisés, diciendo:

VII. *Te mostraré todo lo bueno, y frente a ti seré llamado con el nombre de Señor, y tendré misericordia de quien quiera, y seré clemente con quien me plazca.*[1] Y nuevamente dice: *No podrás ver mi rostro: pues el hombre no puede verme y vivir.*[2] Y nuevamente: *He aquí que hay un lugar junto a mí; tú estarás de pie sobre la piedra. Y cuando pase Mi gloria, te pondré en la hendidura de la piedra y te protegeré con mi diestra y luego elevaré mi mano y verás mis espaldas.*[3]

La comprensión de esta frase debe recibirse así: Yo, Señor de todas las cosas, que soy por mí mismo, te mostraré a ti, que me veneras con el corazón puro, la bienaventuranza de la vida eterna, que es todo lo bueno, y Yo, el creador de todas las crea-

1. Ex 33,19-23.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*

turas, seré llamado Señor ante ti, cuando tú, Israel, veas la túnica de mi Hijo, que le prometí a Adán cuando lo llamé con su nombre y le di una vestidura de tinieblas porque estaba lleno de tinieblas. Por esto ninguno de los hombres, abrumado por los pecados de Adán, puede ver mi rostro mientras sea mortal, puesto que, por la sugestión del diablo, es negro con la negrura del aquilón; y como las cosas luminosas han sido alejadas del aquilón, así la claridad de la verdadera luz se apartó de Adán cuando se volvió a mirar el aquilón por consejo de la antigua serpiente. Porque ningún mortal pudo ver perfectamente mi gloria, mostré mis milagros hablando a través de los profetas, que hablaban en la sombra que se formaba en la luz; ésta también era más oscura que su propia luz, como toda sombra es más oscura que la sustancia de la que proviene. El sol y la luna y todos los astros habían sido ensombrecidos para el hombre, de manera que no pudiese ver su claridad desnuda, y todos los soplos de los vientos se le habían ocultado a la vista; y por ello se decía en la sombra, como se dijo: *Anúncianos si Tú eres el que ha de reinar en el pueblo de Israel.* Pues el Espíritu Santo, al profetizar en su pueblo, dijo que con la primera llamada Adán había sido convocado, y eso prefiguraba la venida del liberador de los hombres.

El Hijo de Dios vino vestido de humanidad; los hombres no podían ver la claridad de Su divinidad, porque lo vieron como otro hombre; sin embargo, Él se manifestaba ante ellos practicando un camino distinto de aquel en el que vivían los hombres, es decir, sin gusto de pecado, de manera que comía, bebía, dormía y se vestía sin tener ninguna mancha de pecado. Pero los judíos y otros muchos que lo veían, dudaban de que fuese el Hijo de Dios y obnubilaban su ciencia; y no comprendían sus milagros en la fe, sino que se endurecían como roca, como una culebra se oculta en una caverna de piedra. Pero Él mismo recuperará con su diestra a muchísimos judíos y paganos en el innumerable ejército de los

que han de ser salvados, para que todas sus cosas admirables perduren; y entonces levantará la mano señalando su gran obra y mostrará sus espaldas a todos sus amigos y a sus enemigos, de modo que todos reconozcan de qué modo lucha con el diablo.

Y entonces, ¡oh, Israel!, confiarás fielmente en Aquél de cuyos milagros huiste, al no creer en Él, como Adán huyó de la claridad de la vida eterna; y tú, Israel, lo tendrás bajo tu lengua como panal de miel y alimento de leche en la revelación de Sus obras, que tú reunirás junto a ti y tomarás con tu brazo, diciendo con voz quejumbrosa: «¡Ay de mí!, ¡ay de mí!, ¡cuánto tiempo hemos sido engañados!». Y se cumplirá lo que ha sido escrito por inspiración Mía:

VIII. *¡Admirables son las olas del mar; eres maravilloso en las alturas, Señor!*[4] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Dios, que es el camino y la verdad, estableció bajo los secretos de su recta determinación todos los adornos del firmamento con las maravillosas olas del mar, porque bañó los adornos del firmamento con la maravillosa ola del mar y los dispuso según los secretos celestiales, a semejanza de un espejo; pero como la sombra no puede existir sin del cuerpo que le corresponde, así los adornos del firmamento no son capaces de obrar por sí, sino con la virtud de los secretos superiores. Los adornos del firmamento resplandecen con los arcanos superiores, como el fulgor proviene del fuego; porque el fuego es la materia del fulgor, y el fulgor pasa, pero el fuego permanece; y así los adornos del firmamento pasan, pero la armonía celestial perdura y permanece.

Por esto el Señor es maravilloso en las alturas de los cielos, porque ninguna cosa transitoria puede contemplar plenamente las cosas imperecederas, que existen en la perfección inagotable. Dios, con los adornos y las señales del firmamento, mostró a los hombres

4. Sal 92,4.

las cosas celestiales, para que conozcan sus milagros en el espejo de la fe; y si no podían ver los adornos, su ciencia era ciega, como el aquilón, privado de toda luz, nunca brilló después de la destrucción del diablo; pues se había burlado del honor del Altísimo, y no retuvo ninguna luz.

Admirables son las olas del mar, cuando los hombres, que son inestables, se elevan desde las cosas terrenales hacia las celestiales, encendidos por el Espíritu Santo; y admirable es el Señor en las altas virtudes, cuando los alienta hacia lo bueno, de manera que de allí en adelante rechacen someterse a las inmundicias de los vicios. Por ello también la escritura dice:

IX. *Pues afirmó el orbe de la tierra, que no será conmovido.*[5] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Dios llenó el orbe de la tierra con su obra plena, que no será removida; porque si el orbe no estuviese lleno de creaturas, se movería golpeado como un saco vacío. Pues cada creatura llena su lugar, que la sostiene, sirviéndole; pero Dios obra sus milagros en el hombre y le confió el orbe de la tierra para las necesidades de su cuerpo. También afianzó la Iglesia, difundida por todo el orbe terrestre, que no será pisoteada por ninguna tempestad de los adversarios, aunque se fatigue a menudo por las muchas tribulaciones. Pues Dios realiza frecuentemente en ella sus milagros, y no cesará hasta que se complete el número de sus elegidos en la armonía celestial. El rostro de la divinidad sobrevuela esta armonía, que no podrá ser cercada por ningún límite y que no es capaz de hacer nada por sí, sino por la revelación del rostro de la divinidad; como tampoco la sombra que aparece en el espejo hace algo por sí sola, sino por el cuerpo del que proviene.

Y del cielo son llamados los que miran a Dios y lo proclaman; el cielo fue el que el Hijo de Dios mostró en Su humanidad. Y del

5. Sal 92,1.

cielo son llamados los que resplandecen en el esplendor del rostro de Dios, como las chispas del fuego, y con él Dios vence a todos sus enemigos. Pero, cuando Dios creó el cielo y la tierra, puso en el centro al hombre, para que fuera su señor y los gobernara; y este centro corresponde a aquel centro del Hijo de Dios, que está en el centro del corazón del Padre; porque como surgió el designio del corazón del hombre, así surgió el Hijo de Dios Padre. Pues el corazón tiene un designio y el designio está en el corazón y son uno, y no puede haber allí división alguna.

X. *Y esta imagen había vuelto su espalda hacia el aquilón;* porque Dios omnipotente ocultó lo que quería hacer con su Hijo a los amigos del aquilón; y los lanzó hacia atrás para que no vieran luz alguna, así como no veían la obra del Hijo de Dios mediante ninguna ciencia; y, porque Dios había ordenado estas cosas por el antiguo designio, les habían sido ocultadas.

Por la fuerza del celo de Dios el diablo fue sumergido en el abismo y toda luz le fue quitada, de manera que ya no viera ningún fulgor de la bienaventuranza, porque fue cegado completamente al querer tener la semejanza de Aquel que no proviene de nadie, sino que es por Sí mismo; pues en el temor a los juicios de Dios él supo que de ningún modo podía resistirse a Él; sin embargo, cortó las ramas de Su obra, como hizo con los primeros hombres, seduciendo a los que estaban de acuerdo con Él con todo el corazón. Por eso van a la perdición, porque este enemigo siempre ruge para devorar las almas, y no cesa en este furor por ningún hastío.

Pero Dios con anuncios y señales mostró a los hombres su divinidad oculta, y con la sabiduría señaló a las creaturas muchas cosas para que pudieran conocer los secretos de su divinidad, como el hombre en su ciencia pinta con colores muchas figuras. Como la antigua serpiente no pudo resistir a Dios en su caída, así no fue capaz de contradecirlo, ni impedir que restituyese el

coro celestial con las almas de los justos, para mayor alabanza por su Hijo; y cayeron los que no podrán conocer plenamente la obra de este Hijo de Dios antes del último día, y padecerán una gran confusión por causa del ejército celestial; porque su lugar será ocupado por otro, y será bendecido.

Pues el Hijo de Dios, como se ha dicho, avanzó en su belleza por un camino distinto, siendo progenie de naturaleza virginal, porque la primera virgen fue corrompida por el consejo de la serpiente, pero la virgen María fue enteramente santa; concibió al Hijo del Espíritu Santo y parió virgen y permaneció virgen. Este nacimiento, en el orden espiritual y oculto de la divinidad, había sido predestinado por el antiguo designio y estaba escondido y no se propagó en la ciencia de los hombres, porque no es un hecho que se repita, sino que es único en la divinidad en la que el Hijo de Dios, nacido del Padre, existió desde antes de la antigüedad de los tiempos; porque el Padre siempre tuvo en su voluntad hacerlo hombre.

Asumiendo la naturaleza humana para Él extraña, derribó al Leviatán, cuando apartó los mil vicios de los pecados de su garganta con las obras de la castidad; porque la abstinencia y la contrición de los pecados son las alas de la castidad, con las que los vírgenes y los penitentes vuelan hacia los esponsales del Cordero, olvidando los pecados de los deseos carnales; porque el Hijo de Dios, Hijo de la Virgen, coronado de virginidad, acogió a los penitentes que corrían hacia Él. Pues desde el inicio de su investidura de humanidad obraba en el hombre todas las cosas espirituales, las que también cumplirá hasta el último día; y éstas están en el centro de su poder, no por el número de días, sino por la fuerza de su obra, y las tiene en justo valor, de manera que no pueda ser sobrepasado por ningún engaño.

En su humanidad voló sobre las plumas de los vientos, y como el águila mira el sol, así Él miró el rostro del Padre; porque, como Abraham había recibido la circuncisión de la carne, por la

que se comprende la vida espiritual, que significa el agua, y los peces viven en el agua como el alma es circuncidada con el bautismo y regenerada en el agua para obtener la vida, vivirá en la eternidad, en la morada de la bienaventuranza, como se dice acerca del trono de la majestad de Dios:

XI. *El Señor preparó su trono en el cielo, y su reino dominará todas las cosas.*[6] La comprensión de esta frase debe recibirse así: El Hijo de Dios, que es el Señor de los hombres, Señor de los ángeles y Señor de las virtudes, preparó su trono en el cielo de la bienaventuranza, al igual que el pensamiento del hombre, como instrumento de su obra, opera según su deseo y realiza su obra según su voluntad; y el Hijo en nada se apartó de su Padre, como lo hizo Adán, que cayó en el lago de la muerte. Por ello Su reino dominará todas las cosas, en el cielo y en la tierra, donde hollará a sus enemigos como escabel de sus pies; porque en la tierra Su carne nunca fue tocada por el gusto del pecado, y ningún dolor lo venció, sino que superó la aspereza y la dureza de las pasiones de su realidad terrestre.

Pero ¿a quién le corresponde liberar al hombre, a no ser al Hijo ígneo de Dios, que descendió del cielo a la tierra y ascendió de ella a los cielos y destila la gracia celestial sobre su pueblo, como gota de miel con rocío, de manera que los fieles nunca puedan separarse de Él? El Padre realizó todas las obras buenas en su Hijo, porque no podía hacerlo en ningún otro, ya que, como se ha dicho, nunca se apartó del Padre, como tampoco el esplendor del sol se aparta del sol. Por eso, vino a la tierra, para liberar y redimir al hombre, a quien ningún otro podía redimir, porque así lo dispuso el Padre, como dice el profeta David, por inspiración del Espíritu Santo:

6. Sal 103,19.

XII. *Que descienda como lluvia en el vellón, y como gotas de lluvia que gotean sobre la tierra.*[7] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Adán fue mortal por el consejo del diablo al transgredir los preceptos de Dios y por ello el Hijo de Dios descendió como rocío de dulzura al vientre de la Virgen, que era dulce, suave y humilde como una oveja, para que resucitase de la muerte, como el fruto es suscitado con la lluvia en la tierra con el arado. El arado es el precepto de la ley que, con su humanidad, el Hijo de Dios dio a los hombres, para que en el conocimiento de este precepto, fuesen resucitados a la vida, con su ejemplo removiese en ellos los deseos carnales con el arado y se hiciesen así fértiles por los ejemplos de las obras santas, al progresar de día en día, como Él los había antecedido. Y de este modo enviaba gotas de lluvia y hacía con ellos un campo lleno de virtudes, que bendijo y colmó con los frutos de todos los bienes, es decir, la castidad, la continencia, la paciencia y las demás bienaventuranzas.

XIII. *Pero en toda la región occidental observas las más repugnantes tinieblas humeantes*, porque allí están los lugares de castigo que contienen varios tipos de tormentos; porque, cuando el hombre tiende hacia las cosas perecederas por la inclinación del pecado, atrae hacia sí la ceguera de la infidelidad por la maldad que emite un mal vapor; y así, cayendo en los castigos de estas mismas tinieblas, se dirige por sí mismo a la confusión, cuando desprecia a su Creador.

Pero junto al ángulo de esta región, que está del lado del septentrión, se extiende el fuego más negro que bulle con sulfuro y con las tinieblas más densas, curvándose hasta la mitad de la parte septentrional; éste es el lugar de castigo más profundo y el lago de la perdición de las almas de los que, despreciando a Dios, no quisieron conocerlo por las buenas obras. Por esto un fuego penetrante exhala allí un va-

7. Sal 71,6.

por con el amargor del sulfuro y con tinieblas inextricables y se dilata hacia sus lugares de destino, de manera que la ciencia humana no pueda conocer la diversidad de estos castigos mientras el hombre vive en el mundo mortal. Y cuando el hombre ha llegado al ocaso de la incredulidad, que se vuelve a mirar hacia la perdición, de manera que no ama ni las justas obras ni a Dios, entonces el fuego de la perversidad, presentándosele con la acritud y la ceguera de las costumbres, lo colma de infelicidad y de ruina; de manera que, al no tener la esperanza de la vida, la perdición lo atraiga completamente hacia sí.

El hombre que sigue la necedad y rechaza la sabiduría, con la que Dios creó todas las cosas, se condena a sí mismo cuando, al no tener ninguna moderación en los males, no piensa en la vida futura, y no desea saber si hay otra vida, ni sopesa perspicazmente de qué modo podría cambiar. Pues el hombre es capaz de captar su infancia y su niñez, su juventud y su edad madura; pero de ningún modo puede comprender qué ha de ser de él en la edad avanzada, o de qué modo ha de cambiar. A través de la racionalidad del alma sabe que tiene un comienzo, pero no puede comprender que el alma no muera y no tenga fin.

XIV. Por eso, Dios dispuso el firmamento con la sabiduría y lo formó con las fuerzas de los astros como con clavos, como el hombre afirma su casa con clavos, para que no se caiga. Los astros están junto a la luna, que se enciende con la luz del sol, y destilan la luz hacia las estrellas en su menguante; según el antiguo designio, la sabiduría fue fecundada por el sol para el hombre, que es toda la creación; pues le infunde la savia a la tierra. El sol señala la divinidad y la luna el número innumerable del género humano; y estas cosas son el adorno de la sabiduría.

El firmamento es la sede de sus adornos, como el hombre tiene su sitial, que es la tierra, que lo sustenta; y Dios dispuso esto con su adorno, para alabanza suya, como la sabiduría lo había

predestinado. Por ello la creatura fue para la sabiduría como una vestidura, puesto que tocó su obra, como el hombre percibe su vestidura. Pero si el hombre hubiese sido creado de tal manera que pudiese carecer de vestiduras, no necesitaría entonces la obra ni sería recompensado con ningún servicio, a no ser que el cuerpo sea envoltura del alma y esté movido por el alma.

Tampoco Dios puede ser visto, pero es conocido a través de su creación, como el cuerpo del hombre no puede ser visto por estar vestido. Y como la claridad interior del sol no puede ser distinguida, tampoco Dios es visto por la creatura mortal, pero es comprendido por la fe, como el círculo exterior del sol es observado por los ojos atentos. Y cada obra instituida por la sabiduría fue hecha contra la maldad del diablo, porque siempre odió y odiará toda su obra hasta completar el número pleno, cuando golpee con tan gran fortaleza que no intentará batallar contra Dios.

Toda disposición de la sabiduría es dulce y suave, pues ella lava su túnica en la sangre del Cordero, que es misericordioso, una vez limpiada de inmundicias; por esto ella debe ser amada sobre todos los adornos de las creaturas y considerada digna de ser amada por las obras santas, porque nunca podrán afligirse en el abrazo de su mirada. Como la sabiduría lo ordenó, así el espíritu vive y vigila en el hombre y no tendrá fin de ningún modo; pero en tanto el hombre vive en el cuerpo, sus pensamientos se multiplican en él innumerablemente, como el sonido de la alabanza es innumerable en los ángeles. El pensamiento habita en el hombre viviente y él lo produce por la palabra de la racionalidad y con ella realiza su obra; pero ésta, sin embargo, no tiene vida por sí misma, puesto que el hombre tuvo un inicio. La eternidad vive en sí misma y nunca ha estado con carencia, porque la vida existió eternamente antes del tiempo. Y cuando el alma se mueve hacia la inmortalidad, no es llamada alma, ya que no realiza nada con el hombre mediante los pensamientos, sino que está en las alabanzas de los ángeles, que son espíritu. Y por esto ella será en-

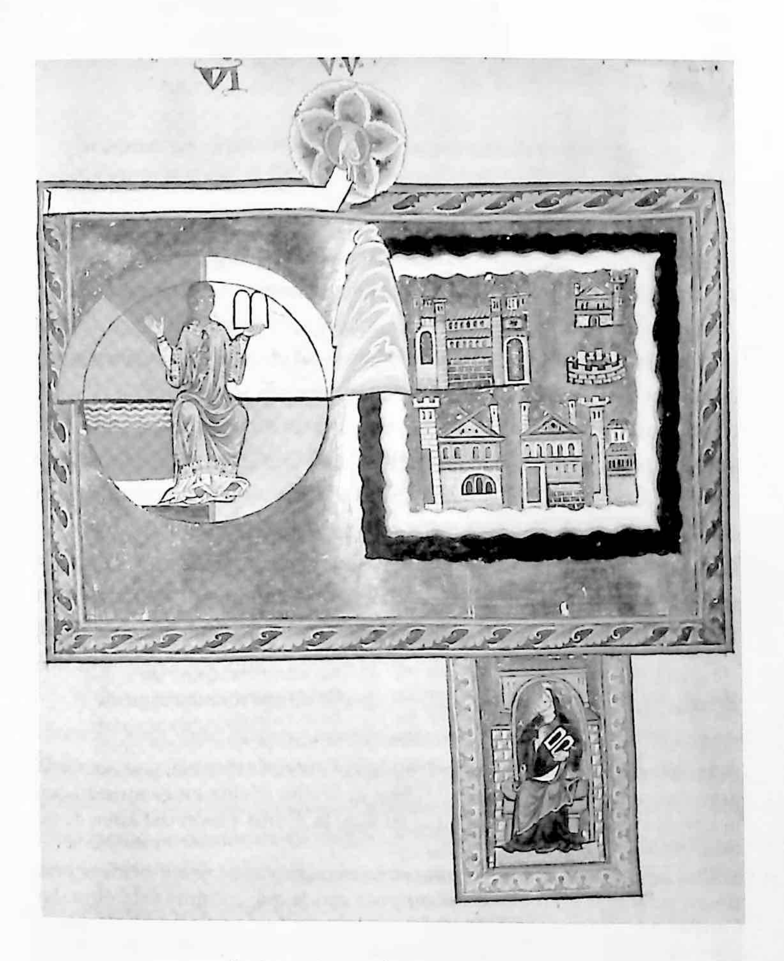
tonces llamada espíritu, porque ya no se afanará con el cuerpo de la carne.

Con razón el hombre es llamado vida, pues si vive por el aliento es vida; pero, hecho inmortal por la muerte de la carne, estará en la vida; igualmente, después del último día, el hombre es vida en la eternidad con el cuerpo y el alma; porque Dios formó al hombre, encerró en él sus misterios ocultos, y fue hecho a semejanza de Dios en el saber, el pensar y el obrar. La divinidad contiene en sí el orden de toda su obra, tal como debería realizarse; y según esto constituyó al hombre para que pudiese pensar, de manera que exprese primero sus obras en su corazón, antes de hacerlas, porque él es el recinto de las maravillas de Dios. Dios ordena, pero el hombre piensa; el ángel tiene la ciencia, en la que resuena con voz de alabanza y amor al honor a Dios, y no desea otra cosa que contemplar a Dios y alabarlo.

Y, sin interrupción, Dios contuvo en sí antes del tiempo la obra que habría de hacer; y así el hombre, que es el recinto de Sus milagros, lo conoce con los ojos de la fe y lo abraza con el beso de la ciencia, a quien no puede ver con los ojos carnales, y realiza sus obras. El ángel ofrece a Dios sus obras elegidas con el buen aroma que envía hacia las cosas superiores con la buena voluntad, y le señala con justo juicio las obras viles, que en vez de contemplar a Dios miran en otra dirección.

Que los fieles reciban estas palabras con el afecto devoto del corazón, puesto que han sido reveladas para beneficio de los creyentes por Aquel que es principio y fin.

Quinta visión de la tercera parte



Quinta visión de la tercera parte

Así como en la visión anterior la Trinidad actúa en la historia, y así como la gran figura de la Sabiduría manifiesta la acción divina en el mundo, así la Caridad es la virtud que domina en ésta, la última visión del *Libro de las obras divinas*.

Esta figura femenina, adornada también con joyas de oro y piedras preciosas, preside la gran visión apocalíptica con la que culmina esta obra. La Caridad está sentada en el interior de una rueda (uno de los símbolos divinos y de la eternidad en la obra de Hildegarda) y tiene en sus manos dos tablas, semejantes a las tablas de la ley de Moisés, según su representación iconográfica tradicional.

Por otra parte, a partir de la imagen de la rueda, sus colores y sus transformaciones, Hildegarda desarrollará extensamente su enseñanza sobre las Edades del mundo desde la creación de Adán hasta el fin de los tiempos.

I. *Junto al monte, que yo había observado en medio de la región oriental, como se ha dicho, vi como una rueda de admirable amplitud similar a una nube blanca que giraba hacia el oriente; una línea de color oscuro, como un soplo de hombre, la separaba transversalmente, es decir, de izquierda a derecha; de manera que otra línea, como la aurora rutilante, descendía desde la parte más alta de la rueda hasta la mitad de la línea, mostrando la mitad de esta rueda sobre esta misma línea. La parte superior de la mitad de esta rueda emitía un color verdoso del lado izquierdo hasta su mitad, y refulgía con un color rojizo del lado derecho hasta su mitad; de manera que estos dos colores se dividían entre sí con igual medida en las distancias. La mitad de esta rueda, que había sido trazada de lado a lado bajo la línea, mostraba un color pálido entremezclado con una cierta negrura.*

Y he aquí que, en medio de esta rueda, vi nuevamente, en la ya mencionada línea, una imagen, anteriormente llamada Caridad; estaba sentada sobre la línea transversal y sobre ornamentos diversos de la visión precedente. Su rostro brillaba como el sol, y su túnica refulgía como púrpura; tenía alrededor de su cuello un collar de oro decorado con piedras preciosas, y estaba ataviada con unos zapatos que despedían la claridad del fulgor.

Delante del rostro de esta imagen aparecía como una tablilla diáfana como el cristal, en la que estaba escrito: «Revelaré una bella forma de color de plata porque la divinidad, que carece de inicio, tiene una gran claridad, pues todo lo que tiene inicio vacila en el temor, y no puede aprehender los secretos de Dios con una ciencia plena».

La imagen miraba la tablilla. Y después la línea en la que estaba sentada comenzó a moverse; y luego, donde esta línea de la rueda se unía en la parte izquierda, la parte exterior de la rueda se volvía acuosa por un breve espacio, y luego algo rojiza más allá de la mitad de la rueda, que estaba trazada de lado a lado bajo la línea, y luego se volvía pura y brillante y, finalmente, se transformaba como en una tempestad turbulenta y procelosa, cerca del límite de esta mitad, donde la línea estaba fijada en la rueda.

Y escuché una voz del cielo que me decía:

II. ¡Oh, hombre!, escucha y comprende las palabras de Aquel que era y es sin cambio en el tiempo; porque en Él estuvo el antiguo designio de hacer diversas obras, y las contempló como un rayo de sol antes de la antigüedad de los días, puesto que habrían de ser. Dios es uno y nada puede compararse con su unidad; pero Él conoció de antemano que la obra que habría de hacer sería usurpada en su semejanza. Por ello le opuso el obstáculo del reflejo, pues Él es la unidad que no tiene nada similar: de otro modo no podría ser llamado unidad. Y aparta de sí a aquel que perversamente apetece esta similitud; y así cualquier alma racional en el hombre, que existe por el verdadero Dios, que elija lo que le plazca y rechace lo que le disgusta, pues conoce qué es bueno y qué es nocivo. Pero, aunque Dios sea uno, tuvo presente la fuerza de su obra, que multiplicó magníficamente; y Dios es el fuego viviente con el que respiran las almas; y existió antes del inicio, y es el inicio y el tiempo de los tiempos. La presente visión manifiesta todas estas cosas.

Pues *junto al monte, que observas en medio de la región oriental, como se ha dicho, ves como una rueda de admirable amplitud similar a una nube blanca que giraba hacia el oriente;* ésta muestra a Dios, que carece de inicio y de fin, gentil en sus obras y preparado para todas las cosas buenas. *Una línea de color oscuro, como un soplo de hombre, la separaba transversalmente, es decir, de izquierda a derecha;*

porque la voluntad de Dios se hace patente en el principio del mundo caduco y en su fin, que se despliega hasta la eternidad, cuando separó las cosas temporales de las eternas; *de manera que otra línea como la aurora rutilante desciende desde la parte más alta de la rueda hasta la mitad de la línea, mostrando la mitad de esta rueda, que está sobre esta línea.* Con esto se muestra que el orden divino, dirigido hacia el bien y que aparece admirablemente con un cierto fulgor inagotable antes del principio del mundo y de su fin y en los tiempos del mundo, manifiesta la plenitud de la perfección de Dios, que existe en las cosas celestiales y sobrepasa las temporales, preparada para toda justicia.

Por ello *la parte superior de la mitad de esta rueda emite un color verdoso desde el lado izquierdo hasta su mitad;* porque Dios hizo que las creaturas naciesen para el trabajo, como habían sido previstas en su presciencia, y las mantiene en el verdor de su voluntad. *Y un color rojizo refulge desde el lado derecho hasta su mitad;* porque Dios, después del fin del mundo, transforma y lleva a la perfección todas las cosas del mundo transitorio hacia la vida, devolviendo la recompensa de sus obras refulgentes a las almas de los fieles para que ninguna labor ni carencia los domine; *de manera que estos dos colores se dividen entre sí con igual medida de las distancias;* porque, como la eternidad carece de inicio antes del principio del mundo, así tampoco tiene fin, una vez acabado el mundo el principio y el término se cierran en un solo círculo en su comprehensión.

La mitad de esta rueda, que ha sido trazada de lado a lado bajo la línea muestra un color pálido entremezclado con una cierta negrura; porque representa los tiempos caducos de las cosas mundanas que tienen un inicio y un fin, que son regidos por la eternidad inagotable, no limitada por fin alguno; y en tanto el mundo perdure, soportará con esfuerzo la palidez de las angustias o la negrura de las tribulaciones.

Todas estas cosas que se vuelven a mirar de otro modo la salvación de las almas de los hombres; de manera que el poder de

Dios sea unido a la suma fortaleza que descansa en la perfección de la justicia refulgente, pues la potestad y la fortaleza de Dios se juntan entre sí. El poder de Dios es circular por la justa templanza, porque carece de inicio y de fin y puede hacer todo lo que quiera por su amplio poder y resplandece brillante en la suavidad de los juicios celestiales; pues ningún cambio, ninguna vicisitud de aumento o detrimento toca a Dios y ningún tiempo lo divide jamás, sino que permanece entero e inmutable, dando vida a todas las cosas que son y reuniendo a los que lo veneran con pureza en la suma bienaventuranza.

La plenitud de su poder dispone todas las cosas con justa moderación, y en esta plenitud desconocida para el hombre en su altura y su profundidad muestra las cosas eternas y temporales como en un círculo sin inicio ni fin, porque la perfección del poder de Dios, que manifiesta la eternidad del orden divino, y su providencia, que refulge en aquellas cosas que son eternas, y que se extiende desde la eternidad de su poder hasta la plenitud del orden divino, se muestra en sus obras y proclama que las almas de los bienaventurados habrán de permanecer en la gloria celestial.

Cuando el cielo y la tierra aún no existían, la eternidad de la perfección del poder de Dios se mostró en estas disposiciones que habrían de llegar a ser la plenitud de las creaturas, como el verdor de un germen que habrá de nacer y de crecer, como los dones del Espíritu Santo introducen el verdor en el corazón del hombre, para que produzca un buen fruto. Pero muestra un fulgor rutilante en las cosas que alcanzarán la estabilidad de la inmutabilidad después del fin del mundo, porque entonces todas las cosas habrán de ser cumplidas y ya no sentirán ninguna carencia, una vez que las almas de los santos hayan sido elevadas hacia las cosas superiores; de manera que la eternidad de Dios, como no tuvo inicio antes del principio del mundo, tampoco será concluida por ningún término después del fin; entonces los bienaventurados se alegrarán sin límite en las cosas celestiales; y la perfección del po-

der de Dios, que bajo la eternidad abarca todas las cosas temporales, tiene diversas formas y muestra las cosas que han sido sometidas a Dios, y a los que desprecian a Dios los envía a los lugares infernales porque estarán sometidas a su juicio las cosas que se opongan a él.

III. *En medio de esta rueda ves nuevamente, en la ya mencionada línea, una imagen anteriormente llamada Caridad, sentada sobre los ornamentos diversos de la visión precedente;* quiere decir que en aquella perfección, por la que el poder de Dios somete todas las cosas, la Caridad está unida a la voluntad de Dios; ya que la Caridad cumple la voluntad de Dios, sea decorada con este adorno o con otro; porque las virtudes que obran en los hombres se muestran como ornamentos de la Caridad, porque todas las cosas buenas se dan por la Caridad.

Pues su rostro brilla como el sol, aconsejando al hombre que fije toda la intención de su corazón en el verdadero sol; *y su túnica refulge como púrpura,* para que el hombre, revistiéndose de las vísceras de la misericordia, auxilie cuánto pueda a quien se lo pida. *Y tiene alrededor de su cuello un collar de oro decorado con piedras preciosas,* señalando que el hombre, que se impone a sí mismo el yugo de la sujeción, lo adorne con las virtudes bienaventuradas, de manera que, humilde en todo, muestre que verdaderamente se ha sometido a Dios, como el Hijo de Dios obedeció a su Padre en todo hasta la muerte de la carne. *Se ha ataviado también con unos zapatos que despiden la claridad del fulgor,* para que todos los caminos del hombre existan en la luz de la verdad y para que el hombre, que sigue las huellas de Cristo, muestre fielmente a los otros los ejemplos de la rectitud.

IV. *Delante del rostro de esta imagen aparece una tablilla diáfana como el cristal que tiene escrito que nada hecho de inicio puede aprehender la divinidad, que carece de inicio;* la presciencia de Dios se mues-

que se vuelca hacia la materia de su propia naturaleza; pero el hombre habita con Dios en la fe.

V. Sin embargo ves que, *luego donde la línea de la rueda se unía en la parte izquierda, la parte exterior de la rueda se vuelve acuosa por un breve espacio;* por esto, después de que mi voluntad, unida a mi poder para la procreación de las creaturas, había producido estas creaturas, los juicios del poder mío aparecieron en el diluvio para el desbordamiento de las aguas, porque, habiendo generado hijos el primer hombre, la progenie se sumergió en el mal, pues Adán y su hijo engendraron por temor a mí según la naturaleza del hombre, pero sus descendientes se deshonraron de la manera más indigna contra la naturaleza humana; y yo, no queriendo sostenerlos por más tiempo, los sofoqué en el diluvio. Por esto el diablo despavorido tembló, porque vio que Mi fortaleza, con la que el hombre fue destruido, era invencible.

Y luego aparece algo rojiza más allá de la mitad de esta rueda, que está trazada de lado a lado bajo la línea, y posteriormente es pura y brillante; pues desde el diluvio hasta la encarnación de mi Hijo (a Quien, acabada la fortaleza de los tiempos, y al final de éstos, lo envié con poder bajo el silencio de mi voluntad), los juicios de mi poder transitaron hacia el rojo de la justicia; porque después del diluvio los hombres, en las diversas edades de los tiempos, aprehendieron el fulgor de mi temor en sus obras.

El edificio de la justicia surgió en Noé; la circuncisión, en Abraham, la exposición de la ley, en Moisés; la profecía, en los profetas; y todas estas cosas refrenaron la idolatría, como el día huye de la noche; estas cosas atraviesan todos los tiempos, como las obras de los hombres aparecen en los hombres. Pero una vez que estas cosas se desplegaban hacia el ocaso, como cuando el sol muere, vi en la sucesión de las generaciones de mi pueblo la plenitud de su número, del que por inspiración mía fue escrito:

VI. *Cuando vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que Él redimiese a aquellos que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de los hijos.*[2] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Dios Padre, que carece de inicio y de fin, en la plenitud del tiempo preestablecido desde lo eterno, envió a la tierra a su Hijo, preanunciado por muchísimas señales y milagros, para redención del hombre perdido.

Dios infunde la certeza con el arca de Noé. Muestra a la Iglesia que vacila en este mundo bajo las presiones de las diversas tentaciones, y une a ella a su Hijo para la restauración de sus hijos por la gracia de la fe. Esta arca, establecida en la cima de las montañas, puede representar la eternidad de Dios omnipotente, quien había previsto de antemano todas las creaturas antes de que llegasen a ser, creadas por su Palabra y diferenciadas por sus especies.

La ciudad celestial, que es el habitáculo de los hijos de Dios, despliega una torre construida con arte muy refinado; por el adorno bellísimo se señala la obediencia fiel de Abraham, que nos representa al Hijo de Dios y las infinitas señales de sus milagros. La ley dada por Moisés exigió una obediencia incansable, sin la que de ningún modo sería capaz de subsistir, como tampoco una casa puede subsistir sin las columnas que la sostienen; ni el hombre puede subsistir, sin el corazón que lo gobierna. Pues la obediencia es fuego y la ley esplendor.

Y como Abraham, que abandonó su casa y su patria según el precepto del Señor, fue el primer hombre transformado por la circuncisión, así el Hijo de Dios, concebido y engendrado con el fuego del Espíritu Santo, sin ningún contagio de sangre, en la más pura Virgen, por sí solo transformó en el espíritu la ley entregada por Moisés en un mejor estatuto. Puesto que la sangre de los sacrificios de la ley no pudo liberar a aquellos procreados con la san-

2. Gal 4,4-5.

gre de los pecados, era conveniente la clemencia de su Hacedor para que Él mismo los liberase con el precio inestimable de su sangre. Y como el hombre estaba habituado a ofrecer sacrificios a Dios con las creaturas que le fueron concedidas, así el Hijo de Dios asumió la carne del hombre que ofreció a Dios Padre por el hombre.

Por eso, el Hijo de Dios, que vino al mundo, ofreció a los hombres una doctrina pura y luminosa. Y, purificando todas las cosas que ya han sido dichas, las transformó, de manera que los ídolos fuesen convertidos al Dios vivo y la profecía, a la vida espiritual; como la palabra del hombre es exhalada en la inspiración de su espíritu, así el Unigénito de Dios fue enviado al vientre de la Virgen desde el Padre y concebido por el Espíritu Santo. Y así, al asumir la carne, el nacido de esta Virgen manifestó por Sí mismo todas las cosas pretéritas y futuras y transformó para un bien mejor todas las hazañas humanas narradas y oídas, borrando las inútiles y conservando las útiles; como hizo con el ejército de los ángeles buenos, a los que glorificó aún más, después de la ruina de los ángeles perdidos. Antes de Su nacimiento, todas las cosas estaban como en tinieblas, a las que, después de asumida la carne, iluminó como el sol; porque Él mismo fue la ley, al cumplirla y al convertirla en un bien mejor y al obedecer los preceptos de su padre, que Adán había despreciado hacer.

La justicia y la paz han sido unidas en el Hijo de Dios; la injusticia, por la que el mundo fue oscurecido en los pecados con la espuma de la serpiente, fue oprimida con Su humanidad, ya que Él, como guerrero, resistió la injusticia con la justicia y con la paz; es decir, con la justicia, que ha sido rodeada por los preceptos divinos, y con la paz, que ha sido fortalecida para el hombre que respeta la gracia de Dios; y la paz reúne junto a sí a sus elegidos en aquella semejanza en la que los ángeles bienaventurados permanecieron con Dios. Después que ascendió corporalmente a los cielos, el Espíritu Santo encendió a los apóstoles con lenguas ígneas, de manera que fuesen purificados en la ciencia interior, para

que de este modo se le uniesen otros, que fuesen capaces de hacer muchísimos milagros y señales, adornados por la fe católica y santificados por las buenas obras.

Así la doctrina del Hijo de Dios, al producir mucho fruto y al ascender de virtud en virtud, avanzó en pureza, y la mayoría de los pueblos, refulgiendo en la luz de la fe, se sometió a Él, de manera que los obnubilados por el olvido y la infidelidad en la caída de Adán fuesen iluminados con la verdadera fe y con las más santas obras. Y fue necesario que el Hijo de Dios viniese al final de los tiempos, porque la antigua serpiente había deshonrado al hombre con el engaño y con la burla y la blasfemia; era necesario que la presencia de la humanidad del cuerpo del Unigénito de Dios cumpliese su obra. Comenzó su obra con los más altos guías que gobernaban la Iglesia y otros prelados de esta Iglesia, y luego con los sacerdotes y con sus laicos y con los eremitas, que sustentan el orden virginal; y con la hueste de hombres espirituales, que son el ejército angelical y que también honran a Dios con la trompeta de las alabanzas, de acuerdo con la alabanza angélica; y con los penitentes, que claman hacia Él por los hombres que siguen a Dios; y con los bien casados, obedientes de los preceptos de sus maestros; y con los célibes, que abandonan el mundo, repudiándose a sí mismos.

Así obró el Hijo de Dios, que venía de las moradas reales; y volvió junto a su Padre con su presencia corporal, y se mostró a Él, y, reuniendo las obras rectas de todas estas cosas, las mostró a su Padre. Todos estos órdenes de la Iglesia, que fueron establecidos por la doctrina del Hijo de Dios, se encendieron en gran dedicación al ascender de virtud en virtud, como después de la hora primera el día se enciende más ardientemente hasta la hora nona, por el ardor del sol.

VII. Y con el tiempo se volvieron puros y brillantes por la doctrina de los apóstoles y por las virtudes de los demás santos, has-

ta los días en que descendieron de su fortaleza hacia una debilidad mujeril; porque entonces, toda buena costumbre plantada en los hombres desde el tiempo de los apóstoles por la gracia del Espíritu Santo, fue llevada hacia la calígine de los dardos con los que la antigua serpiente había engañado al mundo. Los apóstoles habían afianzado su doctrina como con acero y la habían cerrado con la clausura del cielo y le habían impuesto frenos en el temor a Dios, para que no fuese burlada, sino que fuese considerada en el esfuerzo cotidiano; y porque establecieron su doctrina según el curso del sol, la santificaban por la abstinencia de alimentos y por la alabanza y por la oración.

Pero la antigua serpiente, escrutándose a sí misma, tramaba cómo podía destruir y extinguir esta ley, pues veía que ella había sido completamente engañada, y reconocía también que aún tenía tiempo para luchar contra los hijos de los hombres que habían trastocado la concepción del hombre en pecado. Por ello inflamó a un cierto juez de estirpe real[3] con la lascivia quemante de la prevaricación, de manera que convocara para sí muchas vanidades nefastas, como si las cultivase; e hizo también esto por largo tiempo hasta que la mano del Señor lo golpeó, como humilló a Nerón y otros tiranos.

Entonces el verdor de las virtudes se marchitó y la justicia alcanzó su ocaso; y el verdor de la tierra disminuyó en su fertilidad, pues el aire superior fue transformado en otro modo diferente del que se había sido constituido; así el estío sería contrario al frío, y el invierno, contrario al calor, y hubo en la tierra gran aridez y gran humedad, con algunos otros signos premonitorios que el Hijo de Dios había anunciado a sus discípulos, que le preguntaban por las cosas que habrían de venir antes del día del juicio, y así muchos dijeron que el día del juicio era inminente.

3. El emperador Enrique IV.

VIII. Por ello el Hijo le habla al Padre diciendo: «En un principio todas las creaturas reverdecieron y florecieron en medio de las flores, y luego el verdor disminuyó». Y el varón luchador[4] dijo: «Conozco este tiempo. Pero el número áureo aún no es pleno. Por eso, ¡mira tú el espejo paterno! En mi cuerpo soporto la fatiga; también mis hijos me abandonan. Recuerda ahora que la plenitud que fue establecida en el inicio no debió marchitarse. Entonces te propusiste que tu ojo nunca cediese, hasta que vieses mi cuerpo lleno de piedras preciosas. Pues me fatiga que mis miembros sean objeto de burla. ¡Mira, Padre!: Te muestro mis heridas. Por esto, hombres, ¡arrodillaos ante vuestro Padre, para que Él os extienda su mano!».[5]

La comprensión de esta frase debe recibirse así: En un principio, es decir, antes del diluvio, era tan grande el verdor de la tierra que producía sus frutos sin mediar el esfuerzo de los hombres, y los hombres, que no tenían total conocimiento del mundo ni devoción a Dios, se esforzaban por las cosas terrenales y por sus propios deseos. Pero, después del diluvio, como en el medio del tiempo que existió entre el diluvio y la venida del Hijo de Dios, las flores florecieron con una nueva savia y con todo su germen en una condición distinta de la anterior, ya que la tierra fue cocida con la humedad de las aguas y con el calor del sol.

Y como las flores de los frutos aumentaron entonces más que lo que antes se multiplicaron, así la ciencia de los hombres progresó en la sabiduría encendida por el Espíritu Santo hasta la aparición de la nueva estrella, que mostraba al Rey de reyes; y esta sabiduría ardía por el fuego del Espíritu Santo en la Palabra de Dios encarnada en el útero de la Virgen; y la estrella mencionada señalaba esto. En ella el Espíritu Santo manifestó esta obra que había consumado en el útero de la Virgen; y la claridad de la lla-

4. Is 42,13. Cf. Hildegarda de Bingen: *Liber vitae meritorum* I, 21-22.
5. Cf. Hildegarda de Bingen: *Ordo virtutum* II.5.2; II.6.9.

ma del Espíritu Santo es el sonido de la Palabra, que creó todas las cosas. Pues el Espíritu Santo fecundó el útero de la Virgen y vino sobre los discípulos del Hijo de Dios en lenguas de fuego, y después de estas mismas lenguas de fuego realizó muchos milagros con estos discípulos y sus seguidores.

Por ello este tiempo que ascendía de virtud en virtud fue llamado tiempo viril; y así perduró por muchos años, en un cuidado constante. Después, el verdor disminuyó en su vigor y se convirtió en una debilidad mujeril, postergando toda justicia y sometiéndose a la necedad de las costumbres de los hombres, porque en estos tiempos cada hombre hacía lo que le placía. Por ello la Iglesia fue desolada en estos tiempos, como una viuda que carece del solaz del desvelo de su varón, ya que no posee el justo apoyo de la enseñanza ante el que se inclinan los hombres.

Pero perversos mercenarios expulsan a mis hijos a los valles por codicia de dinero, y les prohiben ascender a las colinas y los montes y les arrebatan la nobleza, la heredad, las tierras y las riquezas; y hacen esto como lobos rapaces, que, siguiendo las huellas de las ovejas, despedazan a las ovejas que roban, y cazan a las que no pueden destrozar, y devoran a mis pequeños con un engaño doloso de los más altos jueces y los inicuos tiranos.

Estos días son una prisión del arte diabólica, porque durante largo tiempo soporté que mi pueblo fuese burlado por la tiranía de los enemigos; pues las amarras fueron desatadas, hasta que aquellos afligieron a los hombres con castigos diversos; así en el Antiguo Testamento castigué a los que se rebelaron en contra mía. Yo permití en estos tiempos que ciertos espíritus aéreos aterrorizaran a los hombres con tempestades y los golpeé y afligí con las mayores plagas de los castigos y con las más grandes debilidades y enfermedades corporales, ya que no cesaron en sus costumbres impuras. Ellos cultivaron en su seno la envidia y el odio, considerando los daños de los otros y arrancándoles el vestido de la honestidad y de la utilidad y llevándoles la maldad y la efusión de la sangre.

Pero en la creatura que hice para utilidad del hombre son juzgados, para que se sofoquen por el fuego y el agua y para que el fruto de la tierra les sea arrebatado por el viento y el aire y para que el sol y la luna se les aparezcan inoportunamente, porque no completan sus cursos establecidos por Dios, sino que los transgreden. Por ello la tierra se mueve como un carro que se descarría por algún impulso. De este modo, estos tiempos completarán su curso en las menguadas costumbres de los hombres, al derramar la sangre y destruir la honesta constitución de la Iglesia y al manchar la justicia áurea con el cobre y con el plomo de la iniquidad y al librar la voluntad de los hombres para actuar en la diversidad de la maldad.

Pero antes del fin de estos días, es decir, de la debilidad mujeril, la Justicia que el Hijo de Dios había confiado a sus discípulos con el anillo de los esponsales, al enviarlos a la tierra, se elevará, y mostrará las vestiduras recibidas de los apóstoles, manchadas y desgarradas por la iniquidad de los pueblos.

IX. Mateo, siendo suave en sus costumbres, de ingenio poco profundo, enseñó a los hombres tierna y amablemente y, afirmando por doquier la doctrina de los apóstoles, la enseñó como maestra de su propia doctrina. Así convirtió a la verdadera fe de Dios a mucha gente con su predicación, que destilaba dulcemente como panal de miel, puesto que, a causa de la suavidad de sus costumbres, los pueblos bebían de su doctrina, como un niño chupa la leche; y por ello el Espíritu Santo lo tocó, de manera que escribiese fielmente sobre la encarnación del Hijo de Dios. Y preparó una camisa hecha de seda con intención piadosa, esto es, la contrición bien ordenada y brillante como la luz del día, y con ella vistió a la Justicia, y con ella fue conducido al martirio.

Tomás, por su parte, tenía costumbres fuertes y vigorosas en su trato con los hombres, y no se convirtió fácilmente a ninguna causa, ni consintió fácilmente en nada; sino que creía en lo que

oía y creía sólo lo que veía, no aceptaba la realidad interior e invisible antes de que la mostraran los signos. Es útil que las señales sean conocidas por las obras, pues las cosas corporales se ven corporalmente y las espirituales son captadas espiritualmente y, por la santidad de las obras, se sabe que el hombre es espiritual. Así Tomás convirtió a mucha gente a Dios y vistió a la Justicia con una larga vestidura de seda verde sobre la camisa, que refulgía como un rayo de sol, cuando la adornó con la rectitud de la buena intención y la hizo brillar toda, convirtiendo a Dios los corazones de los incrédulos que creían en los ídolos y ofreciéndose con su martirio al Señor.

Pedro entretejió una túnica de lino y púrpura, cuando divulgó la rectitud con dulzura y resolución; y con ella vistió a la Justicia con los órdenes eclesiásticos, cuando se sometió a múltiples tribulaciones en cuerpo y alma.

Matías, suave y humilde como una paloma, huyendo de la diversidad de las costumbres de los hombres y de la envidia y del odio, fue una vasija del Espíritu Santo, quien habita en los que no permiten que sus mentes discurran por los caminos y que inquieren cosas diversas; ante fieles e infieles hizo muchas señales y milagros en la humildad, casi sin saberlo, y deseó el martirio como un banquete. Por ello dispuso el trono real de la Justicia, sobre el que se asentara con honestidad, y éste tenía cabezas de águilas y patas de león en sus cuatro columnas; por esto voló a las cuatro partes del mundo en la humildad y no pudo ser vencido por ninguna iniquidad. Al difundir ampliamente su predicación y al soportar pacientemente muchos oprobios, llevó a cabo y con ánimo viril toda su obra. Por esto los hombres lo escucharon con placer y lo amaron muchísimo; y por su humildad hizo que la Justicia se sentase sobre el trono que él había preparado.

Dios eligió a los doce apóstoles para la transformación de las diversas costumbres, como había elegido a los doce profetas, pues Dios es admirable; y luego encontró una chispa y la encendió con

su fuego, a saber, Pablo, en quien hizo muchas maravillas; porque Él cumple sus señales tanto en los hombres intrépidos como en los diligentes e igualmente en los hombres suaves, para que el pueblo no los rechace, diciendo que Él obra sus milagros sólo en los buenos. El Espíritu Santo adornó toda la doctrina de los apóstoles con Pablo, quien poseía una mente elevada como un monte, y fue feroz como un leopardo que rechina los dientes ante lo que quiere superar, pues Pablo pensaba que podía realizar todo lo que quería; y el Espíritu Santo encontró en él la chispa de la fidelidad, porque había realizado su persecución no a causa de la envidia y del odio, sino por amor a la antigua ley.

Dios había creado a los animales salvajes antes que al hombre y había hecho al hombre a su imagen y semejanza, aunque los animales salvajes le habían precedido. También dio su antigua ley a estos animales, y con la humanidad de su Hijo la transformó en comprensión espiritual, según el ejercicio de la alabanza de los ángeles. Pues como le dio forma al primer hombre y le envió el aliento de vida, así envió primero la antigua ley, y después la cambió, para un bien mejor, por una nueva ley.

Así encontrando en Pablo un celo excesivo, lo abatió en la antigua ley; y con esto le mostró el nombre de su Hijo en la nueva ley. Y elevando su espíritu, le señaló las cosas admirables por las que le combatió; su alma, sin embargo, estuvo oculta dentro de él, de manera que apenas sintiese que estaba vivo, como el alma que permanece en el cuerpo exhala sus pensamientos. Pues si Dios le hubiese manifestado sus milagros con suavidad, él hubiese vuelto a su anterior celo por la ferocidad de su espíritu. Por esto Dios lo disciplinó con fuerza y bañó todo su cuerpo con dolor. Su debilidad era doble, porque todas las venas de su cuerpo eran bañadas con languidez y los dardos ígneos del diablo lo fatigaban con sensualidad. Pero había visto las maravillas de Dios en el espíritu, por esto tenía una fuerza muy vigorosa en su espíritu; y puesto que había visto los muchos secretos y los misterios

ocultos, más allá de lo que le es lícito al hombre, por ello sus palabras y su predicación fueron como clavos que sostienen una casa. El Hijo de Dios, a quien María la Virgen engendró, eligió a este hombre de la tribu de Benjamín; por ello se esforzó más al predicar que todos los que estaban con él.

La mujer se adorna para honor y gloria de su marido, y parecer más bella frente a él. Que el hombre conozca cómo debe adornar su alma ante el sumo Rey; porque, cuando el hombre ha tenido la experiencia del amor, se atavía con una vestidura áurea; y cuando ama la castidad, adorna su rostro con perlas preciosas; y cuando practica la abstinencia de los alimentos, se viste de púrpura y de seda. Por ello el hombre que quiera abstenerse de los pecados, que evite comer carne que, sin embargo, puede ser ingerida para restablecer la salud; si bien la carne a menudo lleva al hombre a los pecados.

Pablo no tuvo el precepto de la virginidad en la ley. Por ello no se la señaló a los hombres, sino que la dio como consejo; porque el precepto contiene el temor, y el consejo, el amor, y debido a esto el precepto del temor, que es escuchado más externamente, a menudo es transgredido, pero el consejo del amor, recibido por todas las venas del hombre en el deseo, es firmemente mantenido. Pero, porque en un principio el consejo fue perturbado por la serpiente, Dios se hizo hombre por el antiguo designio, y en Él la caridad ardía, de manera que iluminaba el mundo entero. Y por esto Pablo, según el designio oculto relativo a la virginidad, dio un consejo y no un mandato; ningún hombre debe establecer la virginidad por mandato, puesto que Dios la cumplió a la perfección en sí mismo. Por ello la castidad, que no tiene precepto legal de servicio o de temor, está libre, sola en Dios y sin ningún temor.

Pablo es la rueda del carro de la Justicia, porque así como la rueda lleva el carro, el carro, lleva todo el peso, y así la doctrina de Pablo porta la ley de Cristo; pues la nueva ley fue tejida con la antigua en la que Moisés incluyó la circuncisión y las ofrendas que

el Espíritu Santo renovó en la nueva santidad y que Pablo, con el nuevo fuego, fusionó en la cadena del collar de la Justicia. Pues santificó cada obra en la recta honestidad, es decir, de manera que la unión conyugal se realizase en el temor de Dios y que los que viven rectamente fuesen célibes, y que el hombre no se afligiese por la abstinencia más que lo que pudiese soportar por la gracia de Dios, y que la virginidad se adornase con la corona del sumo rey, porque fue acogida por Dios; pues como Dios plasmó al primer hombre sin ningún jugo de carne, así Él llevó su vestimenta sin ningún sudor de pecado. Pues Pablo reunió todas las virtudes y toda la vida de los santos y decoró con noble color la doctrina de los apóstoles de tres modos: en el matrimonio, en la continencia y en la virginidad. Él fabricó los zapatos de la Justicia con seda purpúrea, cuando abandonó y se esforzó grandemente con sus condiscípulos, al ir y venir por los caminos de las iglesias; y adornó aquellas cosas con el oro más puro, como estrellas brillantes, cuando ofreció los ejemplos que brillan en la santidad para cada creyente con las buenas obras; y se apresuró a dar su cuerpo a la pasión.

Santiago, que fue llamado hermano del Señor, tenía dulces costumbres, fue suave y ofreció interiormente su doctrina sólo a Dios y no buscó la gloria vana, sino que, recorriendo los rectos caminos con gran dedicación, limpió las vías lodosas de la infidelidad. Convirtió al pueblo a la verdadera fe y, con dulzura, ordenó cómo dar a conocer al Hijo de Dios nacido de la Virgen, mostrándolo con dulces palabras y lo afirmó con santas obras y muchísimas señales. Por eso, con la dulce audición de sus palabras preparó los pendientes de la Justicia. El pendiente izquierdo era de jacinto y tenía el color de la nube pura, que significa que el Hijo de Dios vivió en el mundo sin pecado, borrando y limpiando los pecados de los hombres; el derecho era de jacinto rojizo, señalando la pasión del Hijo de Dios, con la que el diablo fue vencido. Por ello Santiago se sometió al martirio.

Simón fue sabio y diligente y predicó sobre los amargos tormentos que provienen de los pecados innumerables de los infieles e hizo con fe firme muchas señales, y los hombres lo escucharon con placer; y preparó un camino abrasador para la fe, porque expuso el temor a la muerte. De este modo, gracias a sus anuncios, fabricó el collar de la Justicia con una esmeralda y gemas rojizas y eslabones y perlas; hizo el collar a modo de baluarte de las costumbres diligentes, y le puso una esmeralda para señalar el verdor de la predicación y le puso las gemas rojizas con los demás eslabones y perlas para señalar el temor a los castigos; y no temió el tormento del martirio, sino que lo soportó pacientemente.

Pablo socorrió a Simón; y aunque Pablo hubiese hecho los zapatos de la Justicia, él colgó en este collar una elegantísima cadena, hecha del más puro oro y firmemente adornada sin mancha con doce gemas y las más preciosas perlas. Esta cadena, que descendía hasta los pies de la Justicia, tenía en su extremo formadas dos cabezas, en su parte derecha como una cabeza de capricornio de sardónice rojizo, y en la izquierda, como una cabeza de leopardo, de manera que la cabeza de capricornio parecía oponerse a la cabeza del leopardo.

Añadió su propia doctrina al baluarte de la doctrina de los demás apóstoles, y la adornó con la rectitud de las obras buenas, con las doctrinas apostólicas y las demás virtudes; de manera que perdure hasta alcanzar el fin de la Justicia, y no se extinga antes del fin del mundo. Pues, cuando se acerque el fin del mundo aparecerán dos potestades manifiestas en dos cabezas: una, que asciende a lo alto para la salvación, en una esforzada contrición gracias a Enoch y Elías, y la otra, que se apresura hacia la perdición, rechinando los dientes, imitando gloriosos milagros y virtudes gracias al Anticristo; éstos muestran que los que se inclinan hacia las cosas celestiales oprimen a los que se apresuran a caer en la seducción diabólica.

Santiago, hermano de Juan, al predicar la encarnación y la pasión del Hijo de Dios tejió un velo de mujer de seda blanca y recamado en oro, cuando destruía los ídolos con muchos milagros; con este velo envolvió la cabeza de la Justicia, de manera que toda la Iglesia alabase a Dios; y se sometió al martirio de la decapitación.

Juan, gracias a los milagros que Dios le mostró, hizo un cinturón de seda verde, al que le incrustó las doce piedras de las virtudes proféticas, con muchas perlas de buena voluntad, señalando así la castidad con verde y dulce intención. Colocó el color verde similar a la rama que exuda un bálsamo, porque unió el verdor de la castidad y el olor de las virtudes celestiales a la perseverancia; y se unió a la Justicia, cuando escribió por los ruegos de la gente: *En un principio era la Palabra.*[6]

Felipe, suave y humilde en su doctrina, atrajo hacia sí a mucha gente. Y así fabricó brazaletes de oro, a los que les colocó esmeraldas y jacintos rojizos y las más bellas perlas, de manera que el oro podía apenas verse entre la multitud de estas piedras; y así, mostrando el verdor, el esfuerzo y la inocencia de las virtudes en la doctrina y en sus buenas obras, ocultó interiormente su buena voluntad cuanto pudo; y rodeó con estos brazaletes los brazos de la Justicia, una vez que completó sus buenas obras con su martirio.

Bartolomé fue incansable en su gran celo por la predicación, y no quiso dejar de hacerla. Por ello hizo, con una aleación de oro y de otra materia muy bella, un grabado sublime con piedras preciosas que se extiende ensanchándose desde los mencionados brazaletes hasta los codos de los brazos de la Justicia, y la diferenció al dividirla en tres partes desde estos brazaletes hasta los codos; y unió estas divisiones con algunas cadenitas delgadas y áureas. Con la buena voluntad que tenía en la fe, difundió las palabras de su predicación con los secretos ocultos de los misterios de Dios y con las virtudes elegidas, y las prolongó hasta la santa opera-

6. Jn 1,1.

ción, gracias a la cual, distinguiendo correctamente a las tres personas en un solo Dios, afirmó fiel y adecuadamente la verdadera Trinidad, unida en sí invisible e inefablemente; atrajo así las mentes de los hombres hacia sí y sometió su cuerpo a la pasión y rodeó los brazos de la Justicia con un adorno maravilloso.

Andrés, haciendo un anillo del más puro oro, le puso el mejor topacio y declaró que el Hijo de Dios era el esposo de la Justicia, cuando adornó en la Iglesia la fe sincera con la belleza de las virtudes; y le puso este anillo al dedo de la Justicia, cuando se dejó crucificar.

Y Tadeo fue prudente y sutil y se dedicó a investigar las costumbres de los hombres, y por ello convirtió a muchos al servicio de la fe, porque no podían aventajarlo; y venciendo el engaño de la serpiente, mostró al pueblo muchos milagros con sus obras santas. Hizo un manto de seda rojiza y se dedicó diligentemente a adornarlo y envolvió el adorno de la justicia, porque, cuando formó las obras de la caridad en el fulgor de las demás virtudes y las condujo a la verdadera belleza, cubrió a la Justicia con ellas, cuando se sometió a la pasión del cuerpo.

Y Pedro, viéndola así vestida, y aunque una túnica la revistiese, fabricó una corona del mejor oro, a la que también decoró con las piedras y las gemas más preciosas, y la puso sobre la cabeza de la Justicia; porque, por el hecho de que predicó fiel e intrépidamente la gloria del Hijo de Dios y la mostró adornada con todas las virtudes, como con todos los misterios ocultos, adornó la Justicia con la corona de la santidad y del honor y, pendiendo de la cruz con su martirio, puso en ella su cabeza con elegancia. Así la Justicia fue vestida por los apóstoles.

X. Pero ella, que tiene el rostro brillante como el esplendor del sol, pues siempre es deslumbrante e inmutable ante Dios, invoca al juez celestial con un fuerte clamor y muestra, como se ha dicho, sus vestiduras manchadas por los hombres infames. Pues es-

tos tiempos de debilidad mujeril no poseen la fortaleza viril, de manera que las instituciones eclesiásticas, sean seculares o espirituales, van a lo peor y subsisten de un modo distinto del que los apóstoles y los antiguos padres las habían constituido; en estas instrucciones la Iglesia brillaba en un principio como el sol y había sido coronada por la Justicia; así un rey es llamado tal por su dominación sobre el reino y es honrado porque lleva su diadema y vestiduras reales.

La justicia de Dios ha sido coronada y adornada por las disposiciones eclesiásticas y con todo lo que le atañe; y ella es la materia de los preceptos legales que han sido construidos por Dios omnipotente y que han sido encendidos por el fuego del Espíritu Santo, como una casa es ennoblecida por los que la habitan. Por eso está escrito: *Justo eres, Señor, y recto es tu juicio.*[7] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Justo eres en todos tus juicios, ¡oh, Señor! que lo dominas todo; Tú eres la Justicia nunca ensombrecida por ninguna iniquidad, sino que muestra su obra, así como el estandarte antecede al general. También el cielo y la tierra y las demás creaturas son obra de la Justicia; y la justicia es Dios, que muestra la verdad con los buenos rumores de las santas obras, que han sido injertadas a esta Justicia como las ramas a un árbol. Por esto el juicio de Dios es recto en equidad, porque no posee ninguna oscuridad de falsedad, ya que la holla como al más inmundo barro, que hiede en la putrefacción. La Justicia de Dios clama sobre los montes y su voz resuena hasta el cielo, y se lamenta de que, levantada primero como monte de la santidad en la Iglesia, yazga luego destruida en el monte de la santidad. Pues Yo, la Justicia de Dios, digo con voz lúgubre:

XI. Mi corona ha sido ensombrecida por el cisma de las mentes errantes, pues cada uno ha establecido una ley según su vo-

7. Sal 118,137.

luntad; y aquellos que debieran tener un maestro y soportar su vara, quieren ser ellos maestros y, gobernándose a sí mismos con un orden insolente y diciendo que es útil todo lo que eligen; y, siendo infieles, no confían en sí mismos, y así, este modo, no alcanzan la salvación de la vida ni por sí mismos ni por otros, la vida que nadie, excepto Dios, puede dar. Mi corona ha sido ensombrecida por estas acciones y no contemplan la claridad que proviene de Dios.

Mi túnica ha sido salpicada por el polvo de la tierra; esta túnica del Hijo de Dios la visten los que tienen una conversión santa y buena, una vez que han abandonado el mundo, pero luego la contaminan porque se mezclan con meretrices, como se observa en el escrito sobre el hijo menor en el Evangelio. Pues han sido unidos por el yugo de Cristo con la transformación de la circuncisión y el orden legal de los sacerdotes; pero, al prevaricar, son fornicadores y no claman con el hijo menor, quien se volvió a su Padre, diciendo: *Padre: He pecado contra el cielo y ante ti;*[8] y tienen la costumbre del adulterio, como si fuera su ley. Por esto manchan mi túnica con el polvo de los pecados y no sacuden este polvo de la túnica por la penitencia, sino que se acurrucan como gusanos en la podredumbre de los pecados. Por esto son ciegos, sordos y mudos, y no proclaman mi misión ni juzgan mi juicio, sino que devoran la avaricia y no sanan las heridas, porque están llenos de heridas y sordos para la escritura que les habla, al no oírla ni enseñarla a otros.

De este modo, el hastío está en todas las órdenes establecidas de la Iglesia, y ella camina privada de apoyo, pues todos sus preceptos ya casi perecieron. Cuando el sol ha sido oscurecido con una nube, el goce del placer no está en las creaturas, como los pueblos que no tienen rey. Los preceptos de las órdenes eclesiásticas han sido oscurecidos, porque quieren ser llamados precep-

8. Lc 15,18-21.

tos sin obra; y por ello el verdadero goce no está en ellos, como tampoco en la fe que no tiene obras.

En verdad esto no perdurará ni permanecerá así, porque el juicio de Dios es una amenaza para los que cumplen sus deseos en su naturaleza, como si no tuviesen Dios. Y yo, que me elevé en el antiguo designio, clamo por el juicio de Dios, lamentándome por los que me arrebataron mi manto y me quitaron mis adornos; y llamo en mi auxilio a sus jueces contra ellos mismos, con la misma llamada que el creador de todas las cosas llamó a la mujer cuando la formó del varón y fuese una ayuda semejante a él. Como la mujer ha sido sometida al hombre y engendra hijos, así los hombres deberían escuchar mi voz y los preceptos de Dios y obedecerlos. Pero no lo hacen, sino que me descuidan; por ello, tantas veces como la justicia es golpeada, otras tantas los asedia el juicio de Dios, como aconteció en el tiempo antiguo del diluvio y como sucedió muchas veces en la antigua y en la nueva ley; y como todavía sucede ahora.

En verdad yo soy llamada Justicia y la Iglesia nació de mí por la regeneración del espíritu y del agua, y somos una, como también Dios y el hombre son uno. Por eso, clamaré ante los más severos jueces, que me vengarán de las furiosas costumbres de los que me persiguen como los lobos a los corderos. Siendo ellos pecadores, no hacen un festín con un novillo cebado, sino que son como los samaritanos que querían vivir bajo dos leyes. Por esto se burlaron del profeta Elías, quien decía (como riéndose) a los que veneraban a Baal que clamasen con voz más fuerte: «Si Baal fuese Dios, también quizás hablaría o estaría en una morada o en el camino o ciertamente dormiría para ser despertado». E igualmente fueron engañados, puesto que la gracia de Dios está lejos de ellos, porque no observan los preceptos que adoptan, sino que los desechan, diciendo: «Cuando queramos, observaremos los preceptos de nuestro Dios; porque a Él le complace la penitencia por poco tiempo».

XII. El hombre que es un fuerte luchador contra las huestes diabólicas y contra toda maldad, ve a la luz inagotable de su claridad estos días de discordia como la pérdida de toda equidad, y no olvida, aunque oculte los pecados de los hombres, que debe hacer penitencia; y dice: «Este tiempo, que se aleja del bien y cae en el mal, lo conozco en mis juicios ocultos; pues nunca descuido las iniquidades de los hombres, que transcurren en los diversos cursos de los tiempos que se suceden, sin dejar de examinarlas con los flagelos de la justa reprimenda».

Pero no es todavía pleno el número áureo, es decir, el número de los mártires que, refulgiendo en la Iglesia primitiva como el oro en el rojo de su sangre, fueron asesinados a causa de la verdadera fe; porque los mártires esperan a los que, en el tiempo del error irremediable, llevan sus cuerpos a la pasión del martirio por la confesión de Mi nombre, como Juan, Mi amado, atestigua diciendo:

XIII. *Y les fue dicho que descansasen todavía un tiempo breve, mientras se completasen sus compañeros y sus hermanos, que han de ser asesinados como ellos también.*[9] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Por divina inspiración les fue señalado a los que se habían sometido a la muerte temporal por amor a Dios, que descansarían sus cuerpos en el polvo de la muerte todavía por un tiempo breve, esto es, hasta la predestinación en la que se completase el número de los que serán los siervos de Dios, es decir, los que habrán de servir a Dios en toda verdad, así como ellos mismos y sus hermanos; porque así padecerán ellos en sus cuerpos como aquéllos, de manera que los afligidos por las muchas tribulaciones sufrirán la muerte corporal por el Hijo de Dios.

La voz de la sangre de los mártires, que no conocían los pecados ni por qué serían asesinados, asciende hacia Dios; y el es-

9. Ap 6,11.

plendor de la divinidad resplandece para ellos, de manera que en este esplendor de la divinidad vean la multitud innumerable que habrá de venir. Pues les es dada la claridad de la vida eterna, en la que conocen la respuesta que les es mostrada; y el clamor de éstos no ha sido ensombrecido con las sucias obras de los pecados, puesto que fueron inocentes y porque su sangre fue derramada por la encarnación del Hijo de Dios; de este modo han atestiguado con antelación que el Cordero derramaría su sangre.

Los que son asesinados por la fe y la justicia son llamados compañeros, y los que serán destruidos en el último tiempo por el Anticristo, serán llamados hermanos, como los inocentes destruidos por Herodes, que negó al Hijo de Dios, como el Anticristo también lo negará. Pues la voz de la sangre derramada del hombre asciende a lo alto con su alma, clamando y lamentándose de haber sido expulsada del sello del cuerpo en el que Dios la puso; y esta alma recibirá la recompensa por sus obras, ya en la gloria, ya en los castigos. La primera voz de la sangre comenzó a clamar por Dios en Abel, puesto que Caín había destruido precipitada e insolentemente la obra creada por Dios. Por ello el Hijo de Dios nuevamente dice:

XIV. «Contempla el espejo del Padre, la claridad de la divinidad en la que refulge el ejército de los ángeles, como las formas que se muestran en el espejo, porque este espejo siempre resplandece para los ángeles; mira y muestra cuántos males padezco por los que me desprecian. Soporto el exceso de la perversidad en mi cuerpo, es decir, en mis miembros, por los que se resisten contra mí por maldad, cuando deberían unirse a mí en la rectitud; pues no encuentro dónde pueda descansar en el verdor de las buenas obras.

»También mis pequeñitos, que deberían caminar en humildad y apartarse de la pompa del mundo, se abandonan a lo que no es nada, abrazan la vanidad de la soberbia, creyéndose santos y lle-

vando sus obras en la alabanza de la gloria humana. Y puesto que por esta alabanza pasajera se apartan de la alabanza celestial, no cuidan de la alabanza de los ángeles; porque los ángeles frecuentemente alaban la santa divinidad, encontrando siempre una nueva alabanza para Dios, pues no pueden agotarlo».

Dios es la luz más brillante, que de ningún modo se extinguirá, de manera que la turba angelical brilla por Él; porque el ángel es alabanza sin obra carnal, y el hombre es alabanza con la obra corporal, y los ángeles alaban sus obras. En las alabanzas con las que alaban a Dios, aprueban las obras santas de los hombres y los observan como un espejo de alabanza, pues Dios formó admirablemente al hombre en alma y cuerpo, y éste no carece de la claridad de los ángeles cuando está en su compañía; Dios también dispuso que la divinidad y la humanidad sean alabadas gloriosamente en un solo Dios.

Por ello el diablo, que siendo ángel quiso ser Dios, fue burlado, Dios lo engañó cuando con el barro de la tierra creó al hombre, que es alma y cuerpo en uno; y el hombre no es alma sin cuerpo, ni cuerpo sin alma, y el alma obra con el cuerpo y el cuerpo, con el alma. El cuerpo es la clausura en la que está encerrada el alma; y muchas veces el hombre restringe al alma, de modo que se aparte del cuerpo y no sea capaz de refrenarlo, y no haga la obra que él busca; pues el cuerpo se ha apoderado de ella y a ella le desagrada el gusto de la carne que, sin embargo, es frecuentemente cumplido contra su voluntad con las venas, en las que ella misma obra. Cuando el hombre desea otra vida contraria a la concupiscencia de la carne, el alma la toma y la cumple con prontitud, porque la disfruta con todo deseo.

XV. El perro ígneo que no arde representa en el libro *Scivias* los días embotados por la injusticia, como se ha dicho, y les siguen otros días más fuertes en fortaleza, en los que ciertos hombres, mirando la rectitud y apartando aquella levedad, se vuelven

hacia la justicia. Por eso, la Justicia ascendió desde la encarnación del Hijo de Dios por largo tiempo, hacia los lugares más elevados de la santidad, como por peldaños de la fe católica, y refulgió, irradiada y brillante, en esta fe con el más puro oro de las buenas obras, y no se manchó con ninguna indignidad de las obras perversas, sino que se mantuvo invencible.

Pero digo que esta Justicia, habiendo transcurrido los largos días hasta los días de la liviandad mujeril, comenzó a inclinarse en esta fe por las iras del descenso y a oscurecerse por las tinieblas de la injusticia. Pues la Justicia y la honestidad de las costumbres y las demás dignidades de las virtudes crecieron en los hombres paulatinamente desde los días del diluvio, y ascendieron paulatinamente hacia sus cúspides, hasta los días de los profetas que las reforzaron, de manera que dieran el máximo esplendor hasta la llegada del Hijo de Dios. Y luego en los apóstoles y en los demás doctores perduraron largo tiempo en esta misma dignidad y esplendor hasta el nacimiento del mencionado juez del mundo,[10] adorador del adulterio más que del temor a Dios, y comenzaron a disminuir y a inclinarse hacia las cosas inferiores, como habían ascendido, desde el diluvio hasta los profetas.

Pero en los días de este juez se originaron la raíz de la iniquidad y el olvido de la justicia y de la honestidad y, dilatándose y propagándose, avanzaron con debilidad mujeril hasta el guía que porta un nombre espiritual,[11] quien tenía la prudencia y la maldad de la serpiente, y al que mató el juicio de Dios. En los días de este juez la iniquidad y los hábitos superfluos de las costumbres de los hombres comenzaron a calentarse y a hervir y a arrojar espuma. Por eso ahora, tan penetrantes y duramente depurados y purgados por su espuma, los hombres están turbados en los peligros con

10. El emperador Enrique IV.
11. Peter Dronke propone dos identificaciones posibles: el Arzobispo de Colonia Rainald von Dassel (m. 1167) o el antipapa Pascual III (1164-1168), ambos al servicio del emperador Enrique IV.

gran lamento y tristeza. Pero los días del lamento y de la tristeza aún no han venido.

XVI. Después de que la Justicia haya dirigido su queja al juez celestial, recibiendo las voces de su lamento, Él llevará Su venganza con Su justo juicio contra los prevaricadores de la rectitud y permitirá que la tiranía de sus enemigos se ensañe sobre los que dicen así: «¿Por cuánto tiempo soportaremos y toleraremos a estos lobos rapaces, que deberían ser médicos y no lo son? Pues tienen el poder de hablar, de atar y de desatar, nos capturan como a las más feroces bestias. Sus crímenes caen sobre nosotros y la Iglesia se marchita, porque no claman por lo que es justo y destruyen la ley, como los lobos devoran a los corderos; y son voraces en la ebriedad y perpetran muchísimos adulterios; y por tales pecados nos juzgan sin misericordia. Son saqueadores de las iglesias y devoran todo lo que pueden por la avaricia, y nos vuelven pobres y necesitados y se contaminan a sí mismos y a nosotros. Por esto, juzguémoslos y separémonos con justo juicio, porque son seductores más que doctores; y en verdad hagamos esto para no perecer; pues si perseverasen perturbarán toda la región entera, sometiéndola. Ahora digámosles que cumplan con su hábito y con su oficio según la religión justa, como la constituyeron los antiguos padres, o que se aparten de nosotros y abandonen sus posesiones».

Así impelidos por el juicio divino, expondrán estas cosas y otras semejantes, y duramente y abalanzándose sobre ellos, les dirán: «No queremos que reinen sobre nosotros y sobre los predios y los campos y las demás cosas seculares, en las que hemos sido constituidos como príncipes. ¿Y cómo puede ser que los clérigos con sus túnicas y sus casullas tengan más soldados y más armas que nosotros? Pero ¿acaso es conveniente que un clérigo sea soldado, y un soldado, clérigo? Por eso, apartémoslos de aquello que no tienen rectamente, sino injustamente. Consideremos con dedi-

cación qué ha sido ofrecido con discreción por las almas de los difuntos, y dejémoslo a ellos; porque no son sino fruto de la rapiña».

«El Padre omnipotente dividió rectamente todas las cosas, a saber, el cielo, para las cosas celestiales, y la tierra, para las terrenales; y así, que haya una justa división entre los hijos de los hombres, es decir, que los hombres espirituales posean las cosas que vuelven la mirada hacia ellos, y que los laicos tengan las cosas que les corresponden, de manera que ninguno oprima a los otros por causa de la rapiña. Dios no estableció previamente que la túnica y el manto fuesen dados a un hijo y que el otro permaneciera desnudo, sino que ordenó que el manto fuese otorgado a éste, y la túnica, a aquél. Por eso, que los laicos tengan el manto debido a la magnitud de los cuidados mundanos y por sus hijos, que crecen y se multiplican; y que la túnica sea concedida al pueblo espiritual para que no carezca de sustento ni de vestidura y no posea más que lo necesario. Por esto juzgamos y elegimos que las cosas sean divididas rectamente y que doquiera que se encuentre el manto con la túnica en los hombres espirituales, allí les sea quitado el manto y les sea dado a los indigentes, para que no se consuman en la pobreza.»

Y así finalmente, con esta sentencia judicial, intentarán realizar estas cosas según sus voluntades. Los dignatarios pontificios y los que están bajo ellos en el estamento religioso se esforzarán en un comienzo en resistirse mediante la excomunión. Pero, cuando finalmente comprendan que no podrán resistir el poder de atar y desatar, ni la confirmación de su sacrificio, ni el estrépito de las armas, ni los halagos, ni las mismas amenazas, aterrorizados por el juicio divino y dejando de lado la confianza vana y soberbia que siempre tuvieron, volviendo sobre sí, serán humillados y sollozando clamarán: «Porque abandonamos a Dios omnipotente en el orden de nuestro oficio, se introdujo esta confusión entre nosotros; es decir, que seamos oprimidos y humillados por los que habíamos querido oprimir y humillar.

Dios quitó la soga de la sujeción a los que habíamos sido constituidos en príncipes y a éstos, que estaban sometidos a nosotros por la disciplina, Dios permitió que nos dominaran».

«Por ello debemos considerar que sufrimos los justos juicios de Dios, pues quisimos someter bajo nosotros los reinos de este mundo, mientras nosotros debíamos estar bajo el yugo de Dios; y porque realizamos el deseo de toda concupiscencia carnal, nadie osaba denunciarnos. Dios ordenó a las gentes de los judíos que ofrecieran sacrificios de animales a su Creador; pero ellos, despreciando las órdenes de Él, se volvieron hacia los sentidos carnales. Por ello los pueblos extranjeros fueron inducidos a dominarlos. Y nos indicó que ofreciésemos un sacrificio vivo y espiritual, pero no nos permitimos tocarlo con las manos manchadas; y una vez que Él nos coronó con la diadema de su cetro, nos exaltamos y satisficimos las concupiscencias de la carne de todos los modos posibles; y por ello nuestros enemigos se ensañan contra nosotros, como los enemigos dominaron a los anteriores prevaricadores. Y entonces, tanto los menos poderosos como los más poderosos de cada pueblo, ordenarán al clero y dispondrán las cosas que les son necesarias, de modo que no carezca ni de sustento ni de vestidura y ya no soporte los oprobios de los laicos.»

Pero esto se iniciará tanto en el pueblo espiritual como entre los laicos, en la hora primera del día, y luego, en la hora tercia, serán llamados a la obra plena, y finalmente, en la hora sexta, todo será completado; y todas las condiciones de los hombres serán consideradas después de la hora sexta, y dispuestas de otra manera que como ahora son; a saber, de modo que cada orden se establezca en su rectitud y que los libres vuelvan al honor de su libertad, y los siervos a la debida servidumbre de su sujeción.

XVII. Sin embargo, entre estas cosas, como muestra el león nombrado en el libro *Scivias*, surgirán duras y crueles batallas, una vez abandonado el temor a Dios; y la mayoría de los hom-

bres caerá en el asesinato y la mayoría de las ciudades serán destruidas. Pues, como el varón vence la suavidad femenina con su fortaleza, y como el león supera a las demás bestias, así la crueldad de ciertos hombres consumirá en esos días la tranquilidad de los otros por el juicio divino, pues Dios permitirá la crueldad de los castigos a Sus enemigos para expiación de las iniquidades, como ha hecho desde el principio del mundo.

Y cuando los hombres hayan sido purgados por las tribulaciones, se precipitarán al hastío de las batallas y aprehenderán, por temor a Dios, la justicia en todas las constituciones eclesiásticas que han complacido a Dios, y le añadirán la mayoría de los bienes; y harán esto tanto en los días de paz como de guerra y en cada tarea. Y entonces la Justicia será llamada esposa, y conducida al lecho del verdadero Rey, una vez abandonada la concubina; el empeño de ésta fue que observase ciertos preceptos legales por disimulo y que asumiese la costumbre de la compañía perversa, y por ello el Rey la rechazará; porque los días eran como la concubina, cuando los hombres observaban los mandatos eclesiásticos en ciertas constituciones, pero los abandonaban en otras.

Dios omnipotente, que es el verdadero Salomón, adornará a su esposa, a saber, la Justicia, con todos los adornos, esto es, con todos los órdenes eclesiásticos; de manera que aparezcan abiertamente los adornos que la concubina había oscurecido de modo que no pudiesen ser vistos. Por ello esos días mostrarán la destrucción de los días inútiles y el consuelo debilitará el desconsuelo, como la nueva ley cambió la ley antigua y el tiempo de la salvación mejoró el tiempo de la caída, porque si los males se mantuviesen inconmovibles en la liviandad y en el escándalo de sus costumbres, la verdad sería oscurecida, de manera que las torres de la Jerusalén Celestial serían removidas y toda institución eclesiástica contaminada, y los hombres estarían sin el Dios verdadero. Pues los prevaricadores de la Justicia estarán en tal oprobio, como la mujer que comete adulterio al abandonar el justo

vínculo, porque, al prevaricar, cumplen los preceptos eclesiásticos como el adulterio; y por ello soportarán la aflicción y el desprecio, como la mujer que, abandonada por su varón, carece de sustento.

También vendrán órdenes de justicia y de paz tan nuevos y desconocidos, que los hombres se admirarán, diciendo que nunca habían oído ni conocido tales cosas, y que la paz les sería dada antes del día del juicio, como igualmente la paz precedió la primera venida del Hijo de Dios; sin embargo, a causa del temor al juicio que habrá de venir, no serán capaces de alegrarse plenamente por el temor, sino que buscarán toda la justicia en la fe católica del Dios omnipotente; se alegrarán incluso los judíos y dirán que Él ya está presente y no reconocerán su venida.

Pues aquella paz, que había precedido la venida de la encarnación de Mi Hijo, será realizada plenamente en esos días, porque entonces surgirán los varones fuertes y los grandes profetas; de manera que el germen de la justicia florecerá en los hijos y en las hijas de los hombres, como por Mi voluntad dice el profeta, mi siervo: *En aquel día estará el germen del Señor en magnificencia y gloria, y el fruto de la tierra estará en lo alto; y el júbilo será de aquellos que hayan sido salvados de Israel.*[12] La comprensión de esta frase debe recibirse así:

XVIII. En este día, mientras los ángeles estaban cantando la paz dada a los hombres, nació Mi Hijo de una virgen, alabado por estos ángeles, glorificado por los pastores que lo buscaban con pía devoción. Y fue abundante el fruto de la tierra, a la que le había sido devuelta la paz y a la que el aire daba suavidad; y hubo goce para los hijos de Jacob, que habían sido liberados de la tribulación pasada y de sus males; porque antes fueron hollados por muchas tribulaciones con justo juicio. Pero cuando la luz de la

12. Is 4,2.

verdadera fe ilumine los corazones de los fieles, mi Hijo será alabado por ellos, pues creerán que Él ha provenido de Mí, y lo glorificarán cuando confíen que Él ha vuelto a Mí en gloria. Por ello se elevará el fruto de las buenas obras. El júbilo aumentará en ellos, cuando, arrancados del poder diabólico y liberados de los castigos del Tártaro, sean contados entre los hijos de Dios.

Pero se secó el florecimiento de la viña de Sabaoth, que provino de la flor de la rama de Aarón, que no fue entibiada por la espuma de la serpiente, cuando mi Hijo padeció en la cruz; porque los ojos de los judíos fueron abrumados bajo la sombra de la muerte, cuando, oyendo las palabras de la profecía, la rechazaron con la verdadera flor que la tierra conoció cuando expiró en la cruz. Y por ello se mataron a sí mismos, y se marchitaron tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; pues el Antiguo Testamento es como el invierno que oculta en sí todo el verdor; pero el Nuevo es como el estío, que produce hierbas y flores.

XIX. Por ello decía Él a aquellos que se lamentaban: *Si hacen estas cosas en el leño verde, ¿qué se hará en el seco?*[13] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Él mismo fue el leño verde, porque produjo todo el verdor de las virtudes y, sin embargo, fue despreciado por los incrédulos; el Anticristo es el leño seco, ya que hollando todo el verdor de la justicia, marchita las cosas que son verdes en la rectitud. Por ello será reducido a la nada.

Leños verdes fueron esos días, en los que los hombres respetaban la sanación de los dolores y no se atemorizaban del juicio futuro de los últimos tiempos, pero el leño seco aparecerá antes del hijo de la perdición con la discordia de la que habla Pablo, mi vasija elegida; en ese tiempo el dolor que sobrevenga conmoverá el cielo y la tierra. Ciertamente el cielo y la tierra serán sacudidos en el juicio futuro, como ya fue señalado en el leño verde, cuando

13. Lc 23,31.

la rueda del firmamento, que porta muchos signos, sustrajo el esplendor de la luz cuando Él pereció;[14] como se muestra en las mencionadas palabras de los profetas.

XX. En esos días las más suaves nubes tocarán la tierra con el aire más suave y la harán exudar el verdor del fruto, porque los hombres se apresurarán a alcanzar la justicia, porque el fruto de la tierra se agotó en el ya mencionado tiempo de la debilidad mujeril, pues los elementos, mancillados por los pecados de los hombres, fueron destituidos de sus oficios. Los príncipes, con el resto del pueblo, ordenarán rectamente la justicia de Dios y prohibirán las armas preparadas para la matanza de los hombres, conservando las herramientas con las que se cultiva la tierra y que cuidan las necesidades de los hombres; y si alguien transgrediera estas órdenes, será asesinado con su propio hierro y arrojado a un lugar desierto.

Y así como las nubes emitirán una lluvia apropiada y suave para el fruto del germen justo, así el Espíritu Santo verterá sobre el pueblo el rocío de su gracia con la profecía, la sabiduría y la santidad; de manera que aparezca como si se hubiese cambiado a otro modo de vida buena: pues la antigua ley fue la sombra de la vida espiritual, pues había sido marcada por la creatura, al igual que en el invierno cada fruto oculto en la tierra no se distingue en absoluto, pues no ha sido aún formado; y esta ley no tenía estío, pues el Hijo de Dios encarnado aún no había aparecido; pero, una vez que Él vino, la ley entera, transformada en un significado espiritual, muestra los frutos de la vida eterna en los preceptos del evangelio, como el estío produce flores y frutos. En esos días habrá un estío verdadero por virtud de Dios, porque entonces todas las cosas se establecerán en la verdad: es decir, los sacerdotes y los monjes, los vírgenes y los castos y los demás órdenes estarán en su rectitud, viviendo justa y buenamente y apartando todo exceso y

14. Mt 27, 45; Mc 15,33; Lc 23,44.

abundancia de riquezas; ya que, como en la mezcla de nubes y de aire se produce el necesario provecho de los frutos, así se propagará el germen de la vida espiritual por la gracia de Dios.

Ciertamente la profecía será entonces proclamada y la Sabiduría será amable y fuerte, y los fieles se mirarán en ellas como en un espejo; y los verdaderos ángeles se unirán íntimamente a los hombres, viendo en ellos una vida nueva y santa, mientras que ahora, muy a menudo, se apartan de ellos por sus fétidos pecados. Y los justos se alegrarán, tendiendo hacia la tierra prometida y aguardando la esperanza de la recompensa eterna: y, sin embargo, no se alegrarán aún plenamente, porque verán que el juicio futuro está por venir, y harán esto a semejanza de los peregrinos, que se dirigen hacia su patria sin tener un goce pleno, mientras están todavía peregrinando.

Entonces los judíos y los herejes se alegrarán mucho, diciendo: «Nuestra gloria está próxima, y serán hollados los que nos fatigaron y expulsaron». Sin embargo, los demás paganos se unirán a los cristianos, viendo su abundancia de honor y de riquezas; y los bautizados predicarán a Cristo, como aconteció en el tiempo de los apóstoles; y dirán a los judíos y a los herejes: «Aquello que vosotros llamáis vuestra gloria, eso será la muerte eterna; y veréis el fin de quien llamáis vuestro príncipe, en el máximo horror y peligro; y os volveréis hacia nosotros, viendo el día que nos muestra la estirpe de la aurora, es decir, de María, la estrella del mar».

Esos días serán fuertes y laudables en la paz y en la estabilidad, y semejantes a soldados armados, que, tendidos sobre una roca, atacan a sus enemigos y los persiguen hasta la muerte; y anunciarán la venida del último día, porque todo lo que los profetas del bien o de la gracia habían predicho se cumplirá. Y la sabiduría, la religiosidad y la santidad se consolidarán, ya que, si el Hijo de Dios no hubiese sido anunciado por los profetas y hubiese venido en un pestañear de ojos, hubiesen sido olvidadas; como un hombre perdido que, al venir como furtivamente, sería pronto destruido.

XXI. Sin embargo, en estos días la justicia y la religión se fatigarán por la debilidad de los hombres, pero recuperarán sus fuerzas rápidamente; también surgirá la iniquidad y nuevamente caerá; crecerán las guerras, el hambre, la pestilencia y la mortandad, y nuevamente se desvanecerán; y ninguna de estas cosas permanecerá por largo tiempo en un solo estado y curso, sino que serán cambiadas, de manera que a veces aparezcan y otras se desvanezcan.

También en estos días, entre estas cosas, como lo muestra el caballo del libro *Scivias*, la ligereza de las costumbres y la jactancia de los espíritus, y la plenitud de los deseos y de otras vanidades sin reverencia brotarán en los hombres, porque los que descansan en la tranquilidad de la paz y rebosan en la abundancia de los frutos no serán aterrorizados con ninguna acometida de las guerras, ni se verán limitados por la escasez de frutos. Pero, atribuyéndose estas cosas, no mostrarán en éstas el debido honor a Dios, del que proviene todo lo bueno.

Por ello seguirán tan grandes peligros a la ya mencionada quietud y abundancia, como nunca antes se habían visto. Pues, cuando los hombres permanezcan en esta tranquilidad, no temiendo ningún peligro, acaecerán otros días de mucho dolor, en los que la voz de lamento de los profetas y la voz del Hijo de Dios será cumplida, y los hombres desearán la muerte por temor a las continuas aflicciones, y dirán: «¿Para qué hemos nacido?»; y desearán que los montes caigan sobre ellos. Pues los anteriores días de dolores y de calamidades tenían algún alivio y compensación, pero éstos, plenos de dolores e iniquidades, no cesarán en los males, sino que el dolor se sumará al dolor, la iniquidad a la iniquidad, y en todo momento el homicidio y la injusticia se considerarán cosa de nada; y como se mata a los animales para comerlos, así los hombres serán asesinados en estos días por el furor de otros hombres.

Pues, viendo los paganos que los cristianos viven en paz y abundancia, con una confianza cruel en su fortaleza, dirán: «Ha-

gamos guerra a los cristianos con nuestras armas, pues están sin armas y sin fuerza y podemos capturarlos y matarlos como ovejas de matadero». Y así convocarán a la gente más cruel y más inmunda desde lejanas regiones, a la que se unirán en la fornicación y en la inmundicia y en todo mal e invadirán al pueblo cristiano por todas partes con rapiñas y batallas y destruirán la mayoría de las regiones y de las ciudades. Mancharán las enseñanzas eclesiásticas con las vanidades e inmundicias y lo contaminarán todo. Y esos días mostrarán otros días futuros aún más malos y revelarán la venida del hombre réprobo; ya que, como el Inmundo —que siempre se manchó en la inmundicia, de la que nunca se sacia— así estos días estarán plenos de inmundicias, y nunca quedarán saciados. David, previendo esto, dijo con voz clara:

XXII. *Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi vestidura echaron suertes.*[15] A causa de la certidumbre de las cosas futuras resonarán estas palabras literalmente de las cosas pasadas; sin embargo, las futuras deben recibirse así: «Por los estragos de la infidelidad los incrédulos dividirán según su voluntad los órdenes de las dignidades y de las obras seculares, con las que Yo había sido revestido con ropajes en la Iglesia; y enviarán muchas vanidades sobre los que, como mi ropaje, me eran más cercanos en la vida espiritual, cuando se hayan apartado de la rectitud de sus caminos y hayan reducido a la nada todos los derechos de las iglesias por la destrucción, y cuando hayan impuesto las leyes de la iniquidad, para hollarlos del todo».

Pero el mismo David responde ante estos males diciendo: *Pero tú, Señor, mira por mi defensa, para que no alejes tu auxilio.*[16] La comprensión de esta frase debe recibirse así: «Yo, la Iglesia, que debí ser la esposa de tu Hijo, ¡oh, Padre Celestial!, aunque ahora

15. Sal 21,19.
16. Sal 21,20.

esté debilitada, te clamo a gritos, ¡oh, Padre de todas las cosas!, pidiéndote que no demores en auxiliarme, pues mis miembros, que son los miembros de tu Hijo, se encaminan a la destrucción y a la dispersión; y por ello, tan pronto como te sea posible, inclina los ojos de tu misericordia para defenderme a mí y a ellos para que, abandonados por ti, no seamos hollados del todo».

XXIII. También el Hijo habla al Padre con estas palabras: «¡Oh, Padre!, siempre estuve contigo y Tú me enviaste, vistiéndome de carne, y así caminé sobre la tierra; y todo lo que me ordenaste lo cumplí, porque soy Tu verdad; y por ello pusiste a mis enemigos bajo mis pies y permanezco sobre ellos, puesto que están en la parte izquierda y no tienden hacia ti, porque tu verdadera obra está a tu diestra. Hago eso contigo, como lo habías ordenado de antemano antes del comienzo de los tiempos; y juzgo a mis enemigos, como el Señor pisa el escabel de sus pies. Por eso, tiende tu ayuda hacia mí, vengándome de mis enemigos, puesto que Yo, tu Hijo, camino sobre el áspid y el basilisco. Por ello mira por mi protección y la de mis miembros, porque toda la obra que quisiste y me impusiste, la llevé a la perfección; y así Yo soy en ti y Tú eres en mí y somos uno solo».

Y nuevamente el Hijo le dice al Padre: «Recuerda que la plenitud que fue hecha en un principio, no debió marchitarse, porque en el principio del mundo viste el fin del mundo y no olvidaste, como olvidas a los que se encaminan a la perdición; y que la plenitud de la generación de los hombres, que fue prevista de antemano y hecha en el principio del tiempo y en el primer hombre, no debió agotarse ni aún en el debilitamiento; puesto que no estuvo en Ti que los hombres se extinguieran en sus generaciones antes del tiempo preestablecido. Cuando creaste al hombre, tuviste en Ti, en el antiguo designio, que tu ojo, a saber, tu ciencia, previendo plenamente todas las cosas y disponiéndolas rectamente, nunca se apartase de lo que había sido preestablecido en Ti; esto

es, que el hombre por algún exceso pereciera del todo o que el mundo se extinguiese, hasta que vieras mi cuerpo lleno de piedras preciosas en sus miembros (porque los fieles son mis miembros por disposición Tuya), esto es, completo en todos aquellos que confían en Ti gracias a mí y te veneran como una piedra preciosa, fulgurando en las virtudes».

XXIV. Finalmente, cuando las gentes incrédulas y horribles se esfuerzan en destruir las propiedades y las posesiones de las iglesias, invadiéndolo todo para destruirlo, agarran como los buitres y los halcones las cosas que tienen bajo sus alas y sus garras. Y cuando el pueblo cristiano, mortificado de todos los modos posibles, en penitencia por sus pecados, sin miedo a la muerte corporal, intentó resistirse por las armas, un viento fortísimo proveniente del Aquilón, con una gran niebla y un densísimo polvo, emitió los soplos del juicio divino contra los incrédulos, de manera que sus gargantas se llenen de neblina y sus ojos, de polvo, hasta que, dejando de lado su ferocidad, sean llevados al mayor estupor.

Pues la santa divinidad realizará entonces las señales y los milagros en el pueblo cristiano, como lo hizo con Moisés en la columna de nube y como Miguel Arcángel luchó contra los paganos para defensa de los cristianos; de manera que los fieles del Hijo de Dios, caminando bajo su protección, irrumpan sobre sus enemigos y los venzan por la virtud de Dios, llevando a unos a la muerte, y sacando a otros de sus fronteras. Por esto la más grande turba de paganos se unirá a los cristianos en la verdadera fe, diciendo: «El Dios de los cristianos es el verdadero Dios, quien hizo estas señales en ellos». Y los vencedores, a los que Dios tendrá bajo su protección, alabarán a Dios, diciendo: «Alabemos al Señor nuestro Dios; pues en verdad fue glorificado en nosotros, porque somos vencedores en su nombre. Nuestra fortaleza es también su alabanza, y gracias a Él hemos vencido a Sus enemigos y a los nuestros, porque creímos fielmente en Él». Y nueva-

mente dirán: «Escuchemos las palabras del Señor en el evangelio: *Se levantará la nación* de los paganos *contra la nación*[17] de los cristianos, como aconteció en nosotros. Por esto, reedifiquemos las ciudades cercanas a las nuestras que han sido destruidas, y hagámoslas más fuertes y guarnecidas que antes; para que ya no seamos hollados por estos males, como ahora hemos sido golpeados». Y cumplirán esto valiente y generosamente con todas sus fuerzas y toda su riqueza.

XXV. En aquellos días los emperadores de la dignidad romana, descendientes de la fortaleza con la que habían mantenido esforzadamente el imperio, se debilitarán en su gloria, de manera que el imperio decrecerá y desfallecerá en sus manos por juicio divino; porque, siendo descuidados e indolentes y serviles e indignos en sus costumbres, serán inútiles en todo; y querrán ser honrados por el pueblo, y no buscarán la prosperidad del pueblo, y por ello no podrán ser honrados ni venerados. Por esto los reyes y los príncipes de los pueblos antes sometidos al imperio romano, se separarán y no soportarán más estar sometidos. Y así el imperio romano se desmembrará al declinar. Cada nación y cada pueblo establecerá un rey para sí, al que obedecerá, diciendo que el imperio romano fue antes una carga que un honor. Después de que el cetro imperial haya sido dividido y no haya podido ser restaurado, se dividirá la insignia del honor apostólico. Pues, dado que ni los príncipes ni los demás hombres, tanto del orden espiritual como del secular, encontrarán religión alguna bajo el nombre apostólico, rebajarán la dignidad de su nombre. En las diversas regiones preferirán otros maestros y arzobispos bajo otro nombre, de manera que la sede apostólica, disminuida en la amplitud del honor de su dignidad prístina, retenga en ese tiempo a Roma y unos pocos lugares adyacentes bajo su insignia. Estas co-

17. Mc 13,8.

sas ocurrirán por la irrupción de las guerras y acontecerán también por acuerdo y consenso común, tanto entre los pueblos espirituales como entre los laicos; animando a que cada príncipe secular fortifique y dirija su reino y su pueblo, y a que cada arzobispo u otro maestro espiritual refrene a sus súbditos en la rectitud de la disciplina, para que ya no sean afectados por los males por los que antes fueron afectados por mandato divino.

XXVI. Y entonces la iniquidad se verá debilitada, aunque intentará levantarse; pero en tanto que la Justicia permanezca en su rectitud, los hombres se volverán con honestidad a las antiguas costumbres y las enseñanzas de los hombres antiguos, y las mantendrán y observarán, como los antiguos habían acostumbrado a mantenerlas y observarlas. También cada rey y príncipe y obispo de la dignidad eclesiástica se corregirá cuando vea que los otros observan la justicia y viven honestamente; y cada nación se corregirá gracias a la otra, cuando escuche que ésta se encamina a las cosas buenas y se eleva en la rectitud. Entonces el aire será nuevamente dulce y el fruto de la tierra será útil y los hombres se volverán sanos y fuertes.

En aquellos días habrá muchas profecías y muchos sabios, de manera que incluso las cosas ocultas de los profetas y de otras escrituras se manifiesten plenamente a los sabios; y sus hijos y sus hijas profetizarán como fue predicho antes, hace mucho tiempo, y esto acontecerá con tal pureza de verdad que los espíritus aéreos no podrán burlarse de ellos. Profetizarán en este espíritu, en el que los profetas anunciaron antiguamente los secretos de Dios, a semejanza de la doctrina de los apóstoles, doctrina superior al intelecto humano.

Entre tanto brotarán muchas herejías y muchísimas infamias con otros males, que mostrarán que el Anticristo está próximo; de manera que los hombres digan que no existieron antes crímenes tan grandes ni tan grandes inmundicias, como en esos días.

El puerco descrito en el libro *Scivias* manifiesta esto; porque mientras reina la justicia, la iniquidad la asedia; y mientras la iniquidad cobra fuerzas, la justicia la perturba, pues el mundo nunca permanece en un solo estado.

XXVII. Ahora, sin embargo, ¡oh, hombre!, ves que la parte exterior de la rueda aparece *como una tempestad turbulenta y procelosa, cerca del límite de esta mitad donde la línea se ha fijado a esta rueda*; esto muestra que los juicios de la potestad de Dios serán turbulentos y procelosos en aquellos días, cuando no encuentren ni la pureza ni la quietud de la fe católica en los corazones de los hombres incrédulos, de modo que no será el momento en que el mundo cobra fuerzas; es decir, cuando la voluntad de Dios se una a su potestad, hasta que esté en la voluntad de Dios cuándo, por su poder, el mundo y las cosas se acaben; porque los hombres de aquel tiempo huirán de la sinceridad y de la estabilidad de la verdadera fe y se apartarán del verdadero Dios, volviéndose hacia el hijo de la perdición; éste, perturbando todas las instituciones eclesiásticas, producirá las mayores tempestades contra los fieles que se le oponen. Pues, cuando los hombres ya descansaban en la quietud, después de las muchas tribulaciones soportadas con la división del imperio, de nuevo brotarán, repentinamente, muchas herejías y dificultades en el interior de la Iglesia.

XXVIII. En este tiempo una mujer impura concebirá un hijo impuro; pues la antigua serpiente, que engulló a Adán, lo llenará de ínfulas con toda su turba, de modo que nada bueno penetre en él ni pueda permanecer en él. Se alimentará en lugares apartados y diversos, para no ser reconocido por los hombres, y se empapará de las artes diabólicas; y se ocultará hasta completar su edad; y no manifestará las perversidades que hay en él, hasta no haber reconocido que es pleno y sobreabundante en las iniquidades. Desde el inicio de su nacimiento bullirán muchas luchas y cosas

contrarias a las rectas órdenes, y la Justicia ardiente será oscurecida en su propia rectitud y la caridad extinguida en los hombres. Se originará la amargura y la rudeza, y ocurrirán tan grandes herejías que los herejes predecirán abiertamente y sin dudas sus propias faltas; y habrá dudas e incertidumbres tan grandes en la fe católica de los cristianos, que los hombres dudarán a qué dios invocar; y aparecerán muchas señales en el sol y en la luna, en las estrellas y en las aguas y en los demás elementos y en las creaturas, de manera que anunciarán los males futuros en sus presagios como en una pintura. Por ello una gran tristeza invadirá a los hombres en ese tiempo, en el que considerarán la muerte con indiferencia.

Pues los que entonces habían de ser perfeccionados en la fe católica, esperarán con gran contrición qué quiera Dios ordenar. Y estas tribulaciones avanzarán hasta que el hijo de la perdición abra su boca contra la doctrina. Sin embargo, cuando él haya proferido las palabras de falsedad y sus engaños, el cielo y la tierra se estremecerán, y la codicia por el collar de la Justicia, que Pablo hizo descender hasta los pies de esta virtud, tocado como por un gran soplo de viento, será movido de su lugar; y permanecerá en ese tiempo inquebrantable e inalterable.

Pablo reforzó su doctrina con muchos milagros y la adornó honestamente con las más profundas palabras, y perdurará así hasta el fin del mundo; como lo demuestra este collar, que desciende hasta los pies de la Justicia como hasta el fin del mundo. En la elevación de su espíritu con la verdad, le habló a los creyentes sobre la segunda venida del Hijo de Dios y de la mortífera arremetida del hijo de la perdición, diciendo:

XXIX. *Y no os aterroricéis por alguna manifestación del espíritu, ni por algún sermón, ni por alguna epístola enviada como nuestra, que os haga suponer que está pronto el día del Señor y que nadie os seduzca de modo alguno, ya que, a no ser que hubiese llegado primeramente la apostasía y hubiese sido revelado el hombre del pecado, el hijo de la*

perdición, que se opone y que se eleva sobre todo aquello que lleva el nombre Dios o que es objeto de veneración, de manera que esté sentado en el templo de Dios y se muestre como Dios.[18] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Vosotros, que sois de Dios, y confiáis en sus palabras, sed cautos para que no seáis sacudidos en vuestros corazones por terror alguno, ni por el engaño del espíritu, ni por la seducción locuaz, ni por los escritos que parecen dirigidos en verdad a vosotros, como si fuese ya el día en el que el fundador de todas las cosas desnudará las cosas ocultas de los corazones. Cuidaos de que alguien no os incline en ninguna ocasión hacia la seducción mediante hechos ilusorios y fantásticos, como si hubiese llegado el tiempo en el que será destruida la más alta jerarquía eclesiástica y será hollada la verdadera fe, con lo que se comprende la apostasía que acontecerá en el tiempo del hijo infame; la madre de éste fue inmunda y no supo de quién lo había concebido, como si ya se hubiese manifestado que será hombre de pecado, de cuyo inicio será bañado completamente por los pecados; por ello será pecador el que así repita y recoja los pecados; y será el hijo de la más cruel perdición el que enseña a los hombres las cosas contrarias a Dios, puesto que permanecerá en la perdición. El seductor del género humano inflamará así a este hijo de la perdición, como él comenzó primero a robar, cuando quiso ser similar a Dios; por esto también se opondrá a todos los que veneran a Dios y se lanzará más allá de toda creatura llamándose a sí mismo dios, y ordenando ser venerado como dios; no creáis que ha llegado el día del Señor en el que Él juzgará el orbe de las tierras, cuando el mundo llegue a su fin.

Y entonces Pablo, infundido del Espíritu Santo, dice: *Porque el misterio de iniquidad está ya en acción; sólo falta que el que la retiene sea apartado del medio.*[19] La comprensión de esta frase debe recibirse así:

18. 2 Ts 2,2-4.
19. 2 Ts 2,7.

La sugestión oculta ya se manifiesta en las obras de los herejes con las que el persuasor de la iniquidad lanza sus venablos, queriendo oprimir la verdad de la fe verdadera; y por ello esta diligencia se da en abundancia, con recta intención y buen esfuerzo sólo en el hombre fiel, para que aquel que tiene la fe apostólica y verdaderamente católica la retenga inconmovible con una firme estabilidad, hasta que sea apartado del medio, entre el inicio y el fin; puesto que, cerca de los tiempos de la llegada del hijo de la perdición, la fe, al declinar sus fuerzas se inclinará debilitada. Aquel que tiene en Dios la más alta jerarquía eclesiástica y la recta fe, tiene algo grande, porque entrará al reino celestial; pero aquel que no tiene fe, nada tiene, puesto que se precipitará a la perdición; y así el hombre existe en medio de la potestad de Dios, porque, antes de que el hombre fuera formado, Dios era; y, después de que el hombre haya acabado corporalmente, Dios permanecerá en su fuerza.

XXX. El antiguo enemigo, al que la fortaleza de la divinidad arrojó al lago del abismo, como el plomo cae a las aguas impetuosas, quiso instituir la iniquidad, pero Dios era justo y veraz y nadie era semejante a Él, porque, existiendo eternamente, hizo las cosas de la nada; pues el antiguo enemigo había vencido al primer hombre con otro hombre, es decir, el Anticristo, y se consideró capaz de realizar lo que antiguamente había comenzado al luchar contra Dios. El Anticristo, infundido por el diablo, cuando abra su boca para proclamar la doctrina perversa, destruirá todas las cosas que Dios ha constituido en la antigua y en la nueva ley, y afirmará que el incesto y otras cosas similares no son pecados.

Dirá que no es pecado si la carne calienta la carne, como no lo es si el hombre se calienta por el fuego, afirmando que todos los preceptos de la castidad han sido elaborados por la ignorancia, puesto que, existiendo hombres cálidos y otros fríos, es preciso que se regulen respectivamente por el calor y el frío. Y nuevamente dirá a los fieles: «Vuestra ley de la continencia ha sido establecida

contra natura, es decir, que el hombre, en cuyo aliento está el fuego que enciende su cuerpo entero, ¿no debería ser cálido? ¿Y cómo podría ser frío contra su propia naturaleza? Y, ¿por qué el hombre debería prescindir de calentar otra carne? Pues el hombre del que decís que es vuestro maestro, os dio una ley excesiva, os ordenó vivir así. Pero yo digo: Sed vosotros en el calor y en el frío, y calentaos los unos a los otros, y considerad que el hombre os dio preceptos injustos; puesto que, aunque ordenó que los hombres no se calentasen mutuamente, sin embargo cultivaron su naturaleza carnalmente. Ved que no seáis seducidos por una doctrina injusta, puesto que está en mí qué cosa podéis hacer o no hacer; y vuestro maestro, quien quiso que vosotros fueseis como el espíritu, que no ha sido cubierto por la carne y que no obra con ella, no os ofreció proposiciones correctas; como si la carne nacida de los hombres, bañada y formada por el fuego, no hubiese sido creada así; porque si los hijos de los hombres no fuesen creados así, no tendrían la posibilidad de obrar. Por ello sabed qué sois. Aquel que os enseñó primero, os engañó y no os ayudó en nada; pero yo os inculco que os conozcáis a vosotros mismos y que sepáis qué sois, puesto que os he creado y existo enteramente en todas las cosas. Pero aquél que se atribuyó todas las obras de otro como suyas, no hablaba nada por sí mismo, puesto que no podía hablar nada de sí mismo; en cambio yo hablo por mí mismo y puedo decirlo por mí mismo».

Con estas palabras y otras similares este infeliz hijo de la perdición seducirá a los hombres, enseñándoles que vivan según el gusto ígneo de la carne y que realicen la voluntad de su carne; en cambio, la antigua y la nueva ley atraen a los hombres a la castidad, de manera que la castidad no sobrepase su propia medida. Y de este modo Lucifer rechazará la justicia de Dios con el Anticristo; y creyendo que puede realizar lo que ha comenzado, considerará que el Jordán fluye hacia su boca, de manera que el bautismo no será llamado tal, sino que lo arrojará hacia atrás, como

él mismo fue expulsado por el bautismo. Por ello, al dominar así, creerá que subyuga a un gran número de gentes, en tanto que el Hijo de Dios tendrá un pequeño número de fieles en comparación con el número de los suyos.

XXXI. Aquel hombre es denominado hombre de pecado, porque realizará todos los males y porque todas las cosas le favorecerán; y es llamado hijo de la perdición, ya que la muerte y la perdición lo dominarán y, al seducir a la multitud de los pueblos de las maneras más perversas y nefandas, atraerá a la multitud hacia sí y hará que lo adoren como dios; describiendo su ferocidad bajo la imagen de la Bestia, por la revelación de la verdad, Juan dice: *Y la adorarán todos los que habitan la tierra, cuyos nombres no han sido escritos en el libro de la vida del Cordero.*[20] La comprensión de esta frase acerca de las cosas futuras debe recibirse así: Aquellos hombres sometidos que fijen la morada de sus corazones en las cosas terrenales, adorarán a la bestia de la iniquidad con el cuerpo y la mente; sus nombres no han sido labrados con la señal de la santidad en la eternidad de la vida de Aquél en cuya boca no se ha encontrado engaño. Por esto estará en la perdición quienquiera que adore las escrituras de este hombre de perdición, y el que lleve en su corazón las escrituras de Satán, expulsado por Dios, pues quiso ser dios por sí mismo. Por ello ha sido llamado Muerte, porque huye de la vida, en la que no se encuentra ninguna mortalidad, sino que lo vivifica todo.

Todos los que se unirán a este hijo de perdición y a sus obras no serán inscritos en el libro de la vida del Cordero, pues este Cordero es la Palabra de Dios, de cuya palabra «Hágase», surgieron todas las creaturas. El diablo tuvo seguidores en el Antiguo y en el Nuevo Testamento; ciertamente en el Antiguo, a través de Baal, y en el Nuevo, en los saduceos, que constituyen su nervadura para

20. Ap 13, 8.

crear el cisma; porque primero violaron con las inmundicias de Baal la ley de Dios, que es la raíz de la justicia en la que se ocultaban patriarcas y profetas; y fueron sus seguidores los que, en el Nuevo Testamento, junto a los saduceos negaron la resurrección afligiendo así a la Justicia, porque el evangelio es como las ramas de la raíz y los frutos de las ramas son el testimonio de Cristo, quien aplastó violentamente a los ídolos de Baal y a los saduceos.

Sin embargo, vendrán después los herejes, quienes contradecirán la naturaleza de la primera generación; y el error será peor que el anterior, pues negarán completamente a Dios en su creación y en las almas vivientes. Adorarán a la Bestia infeliz, es decir, al hombre de perdición y, abandonando la fe en Dios omnipotente, dirán que nada les perjudica si descuidan los preceptos de Dios.

XXXII. Así la infidelidad, manifestándose en la cadena del collar, desciende hacia la cabeza áurea del leopardo, que representa al Anticristo, quien, llamándose a sí mismo dios y, al mismo tiempo, cabeza de oro, realizará horrendos portentos y provocará las más grandes tempestades gracias a sus artes diabólicas y al desequilibrio de los elementos; Dios permitirá que suceda, hasta que el género humano reconozca la caída del Anticristo.

También simulará morir asesinado para la redención de su pueblo, y levantarse en una resurrección, y hará escribir sobre la frente de sus seguidores una escritura con la que les infundirá el mal; así la antigua serpiente, engañando al hombre y poseyéndolo luego en su cautiverio, lo inflamó en la lujuria; y con esta forma de escritura serán influenciados contra el bautismo y el nombre de Cristo con su arte mágica, de manera que no deseen apartarse de él y sean llamados con su nombre, como los cristianos son llamados según Cristo.

Lucifer mantuvo esta inscripción por largo tiempo, y no la reveló a ninguno de los hombres, sino al único de quien tomará po-

sesión en el útero de su madre. Por esto creyó Lucifer que podía realizar toda su voluntad a través de él. Pero este hombre de perdición no tendrá el alma y la vida gracias al diablo, sino gracias a Dios, dado que incluso él mismo, el más infeliz inquisidor de la antigua seducción, que odia todas las cosas buenas, recibió de Dios su vida. Pues sólo Dios es vida y todo aliento y todo lo que vive se mueve por Él, porque sólo Él es inicio sin inicio. Y como Lucifer luchó contra Dios en el cielo, así a través de este hombre de perdición intentará luchar contra la humanidad del Hijo de Dios en la tierra. Y lo hará por esta inscripción, por la que negará a Dios creador de todas las cosas, confiando en que él otorgará a los suyos un mayor embellecimiento de los dones que aquellos que Cristo, Hijo de Dios, confirió a los que creían en Él.

Pero esta escritura nunca fue vista o encontrada en lengua alguna, porque Lucifer la inventó en sí mismo; y la proferirá con el engaño que seduce a los hombres, para que no conozcan a su Creador, y burlará a los infieles con esta escritura, de modo que no veneren otra cosa que lo que les place. Pues este hijo de la perdición dirá que, como el leño cortado es depositado en el suelo hasta que un pintor lo prepare y lo adorne, para ser venerado por todos, así también que el hombre nacido carezca de honor hasta ser elevado por esta escritura, puesto que hay una salvación y una virtud mayores que la que hubo en la creación del hombre. Pero Dios destruirá todos los empeños de esta misma escritura junto con su autor, y la escritura que el Espíritu Santo dio, ésta no cesará. Y cuando con estos signos falsos haya empezado a reunir junto a sí a todo género de hombres, los santos y los justos serán golpeados con un gran temor.

XXXIII. «Pero Yo, el que soy, recuerdo cómo formé al primer hombre, y de qué modo preví todas las obras por las que Lucifer luchó por el hombre contra mí, y cómo constituí las santas virtudes al luchar contra él, como hice con Enoch y Elías, a los que ele-

gí de la semilla de los hombres, adheridos a Mí con todo deseo. Y cerca del fin del tiempo, mostraré a los hombres que deben recibir confiadamente el testimonio de estos dos testigos. Pues en mi misterio les enseño y manifiesto las obras de los hombres, de manera que las conozcan como si las viesen corporalmente y se hagan más sabios por los escritos y los sermones de los que saben. Pues, cuando hayan sido corporalmente separados de los hombres, todo temor y temblor se alejará de ellos, de manera que soporten con ecuanimidad las cosas que los rodean; y los preservo en lugares secretos sin lesión en sus cuerpos. Y cuando el hijo de la perdición vomite su doctrina perversa, esta misma fuerza, por la que habían sufrido entre los hombres, se los llevará con el viento; y morarán largo tiempo en la tierra con los hombres y serán fortalecidos después del día cuadragésimo, como mi Hijo deseó comer una vez transcurridos los cuarenta días.

»La cabeza del capricornio manifestada en la cadena del collar de la Justicia señala a estos hombres fuertes y sabios; puesto que, como el capricornio es fuerte y asciende a lo alto, así ellos serán fuertes en mi poder, elevándose velozmente hacia la altura de mis milagros. Pues tendrán en mis milagros tan gran virtud que harán mayores signos en el firmamento y en los elementos y en las demás creaturas que el hijo de la perdición; de manera que sus signos falaces sean burlados por los signos verdaderos. Por eso los hombres de todos los pueblos correrán hacia ellos por la excesiva virtud de sus milagros, creyendo en sus palabras y apresurándose con ardiente fe como hacia un banquete, yendo hacia el martirio que les inferirá el hijo de la perdición, de manera que también éste llegue a hastiarse de que los asesinos enumeren la excesiva multitud de los muertos; porque su sangre será abundantemente derramada como un río. Pero, cuando el hijo de la perdición ya no pueda superar a estos dos varones de verdadera santidad con lisonjas ni amenazas, ni pueda oscurecer sus signos ni sus milagros, ordenará que sean aniquilados por un cruel martirio y su memo-

ria borrada totalmente de la tierra, hasta que no haya en toda la tierra hombre alguno que se le oponga».

Entonces, como se ha dicho, el número áureo de los mártires bienaventurados que fueron muertos a causa de la verdadera fe en la Iglesia primitiva, será llevado a la plenitud de su perfección en estos mártires que serán asesinados en el error del fin del tiempo; pues el lobo, que se describe en el libro *Scivias*, hollándolo todo y devorándolo todo, representa este tiempo; como el lobo devora todo lo que puede en su rapacidad, así en aquel tiempo los fieles, que creen en el Hijo de Dios, serán engullidos. Por esto el Hijo de Dios nuevamente dice al Padre, como se ha dicho:

XXXIV. «Pues me fatiga estar vestido de carne por orden tuya, ya que mis miembros, es decir, aquellos que se habían adherido a mí por el sacramento del bautismo, se alejan ahora de mí y caminan hacia la burla de la ilusión diabólica, cuando adoran al hijo de la perdición, al escucharlo; sin embargo, de entre éstos vuelvo a reunir a los caídos, y rechazo a los rebeldes y a los que perseveran en el mal.

»Padre, puesto que Yo soy tu Hijo, ve estas cosas con la caridad que me enviaste al mundo y mira mis heridas, con las que redimí al hombre por precepto tuyo; y te muestro esas cosas para que tengas misericordia de los que redimí y no permitas que sean borrados del Libro de la Vida; sino que, por la sangre de mis heridas, reúnelos junto a ti en la penitencia, para que aquel que burló mi encarnación y mi pasión no los domine en la perdición.

»Así pues, vosotros, hombres que deseáis abandonar a la antigua serpiente y volver a vuestro Creador: ved que Yo, Hijo de Dios y de hombre, le muestro a mi Padre mis heridas por vosotros; y por ello vosotros, en la pureza de la fe, doblad vuestras rodillas ante vuestro Padre, quien os creó y quien os dio el soplo de la vida, como muchas veces os inclinasteis ante la vanidad de

la inicua obstinación; confesad plenamente vuestros pecados de corazón, para que Él extienda su mano fuerte e invencible sobre vosotros, que estáis en la aflicción tanto del cuerpo como del alma, hasta que os aleje del diablo y de todo mal».

Así habla el Hijo al Padre y le encomienda a sus miembros y los disciplina, para que en verdad se adhieran a su cabeza, y la perdición del primer y último corruptor no los engulla. Pues cuando el Padre omnipotente se irrita por las obras perversas de los hombres, su Hijo le muestra Sus heridas, para que preserve a los hombres; pues Él no preservó su cuerpo, hasta que la oveja que le había sido arrebatada le fuese devuelta herida; y por ello Sus heridas permanecerán abiertas por tanto tiempo como el hombre que permanece en el mundo cometa pecado. Por ello este mismo Hijo de Dios exige a los hombres que doblen sus rodillas ante su Padre omnipotente, tantas veces como merezcan sus juicios; hasta que, por las heridas que sufrió en Su carne y que su Padre siempre contempló, los libere de todo mal.

XXXV. Después de que Enoch y Elías hayan padecido la muerte corporal por el hijo de la perdición, sus secuaces se regocijarán mucho, puesto que verán que los destruyeron; pero luego, cuando el espíritu de la vida los haya despertado y elevado a las nubes, su regocijo se volverá en temor y en tristeza y en gran admiración. Pues Yo omnipotente, por la resurrección y elevación de éstos, probaré que la resurrección y la vida de los muertos no puede ser contradicha por ninguna oposición de los incrédulos, excepto en ese día, cuando serán purgados los elementos con los que el hombre pecó; también el hombre será resucitado de la muerte y restablecido en una mayor claridad que en la que primero fuera creado con la penitencia que place muchísimo a Dios; porque como el organismo del hombre se conmueve por la penitencia, así Él conmueve al cielo con una voz llorosa de penitencia y alaba a Dios con el querubín y todo su ser.

Entonces la antigua serpiente será incitada a una gran ira por la resurrección de estos dos varones, y llevará al hombre de perdición a considerar que vuelva a poseer el trono del que fue expulsado, hasta que se borre enteramente en los hombres el recuerdo de la resurrección de los mencionados varones y la memoria del Hijo de Dios; y hablará para sí mismo, diciendo: «En este hijo mío libraré ahora una mayor batalla que la que hace algún tiempo libré en el cielo, y cumpliré toda mi voluntad a través de él; ni Dios ni hombre alguno será capaz de resistir esta voluntad mía; y sé y conozco que no podré ser vencido. Y conseguiré una victoria absoluta».

Y luego este mismo hijo de la perdición convocará a la multitud del pueblo, para que vea abiertamente su gloria, cuando intente ir más allá de los cielos; de manera que, si algo de la fe católica hubiera permanecido sin ser quebrantado en la Iglesia, se consumiría del todo por causa de su ascensión. Pero, una vez que, estando presente el pueblo atento, haya ordenado a los elementos superiores que lo levanten hacia el cielo, las palabras pronunciadas por Pablo, fiel mío, henchido del espíritu de la verdad, serán cumplidas:

XXXVI. *Y entonces será revelado aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca.*[21] La comprensión de esta frase debe recibirse así: En este tiempo será revelado el hijo de la iniquidad y se mostrará que fue mentiroso con todo el pueblo, aunque haya tenido la audacia de subir a los cielos, puesto que el dominador y el salvador de los pueblos que es el Hijo de Dios, lo matará por su presunción; y lo hará con aquella fortaleza con la que Él, siendo la Palabra del Padre, juzgará todo el orbe de las tierras con justo juicio. Pues, cuando este hijo de la perdición se haya elevado hacia lo alto con su arte diabólica, será derribado por la virtud divina y el

21. 2 Tes 2,8.

hedor del sulfuro y la pez lo recibirá, de manera que los pueblos presentes huirán a protegerse en los montes. En verdad que un tan gran terror invadirá a los que ven y oyen estas cosas, que, renunciando al diablo y a su hijo, se convertirán a la verdadera fe del bautismo. Por esto la antigua serpiente, atónita, rechinando los dientes dirá para sí: «Así hemos sido confundidos. No podremos someter a los hombres, como habíamos hecho hasta ahora».

XXXVII. Todos los que fielmente creen en el Hijo de Dios alabarán a Dios con voz de lamento y de alabanza, como fue escrito por mi testigo amado y veraz: *Ahora se hizo la salvación y la virtud y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo, porque fue expulsado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante la vista de nuestro Dios; y ellos mismos lo vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la Palabra de su testimonio, y despreciaron sus vidas ante la muerte.*[22] La comprensión de esta frase debe recibirse así: Ahora, vencido el diablo y aniquilado su hijo el Anticristo, por orden divina ha sucedido que la salvación no debe temer ningún peligro diabólico; que Su poder todo lo destruye y que el reino domina a todos los que están bajo el dominio de nuestro Dios y que la potestad de Cristo, es decir, del Hijo, a quien Él constituyó en verdadero sacerdote para la salvación de las almas, es invencible. Pues el más pertinaz acusador y el más turbulento insidioso, de aquellos que, siendo hijos de Dios, como nosotros, tendrán con nosotros la heredad celestial, fue arrojado a la condena eterna; éste acusaba a aquellos que consentían en sus diversas sugestiones ante la mirada del sumo Creador y Juez; y hacía esto en todo momento, tanto en la transgresión espiritual como en la mundana, pues el hombre siempre peca.

Dios venció la primera batalla contra el ángel perdido, en la que éste luchó contra Dios, queriendo ser dios; y Dios previó en-

22. Ap 12,10-11.

tonces también la última batalla que habría de realizarse con él, cuando abatió a su hijo y lo confundió definitivamente. Y los mismos que confían verdaderamente en Dios lo vencieron también, cuando no estuvieron de acuerdo con él por la sangre del Cordero, gracias al cual fueron redimidos y gracias al cual, asimismo, soportando muchísimas adversidades en sus cuerpos, resultaron victoriosos; y por la Palabra, esto es, por la enseñanza de la que Dios dio testimonio en la fe católica, que también se despliega desde la Palabra por la que las creaturas llegaron a existir; y despreciaron sus vidas sin mantenerlas en sus cuerpos, y avanzaron hacia la muerte corporal, cuando sometieron sus cuerpos a la muerte temporal por los muchísimos sufrimientos, y cuando devolvieron sus propias vidas a Dios omnipotente. Pues los mártires corrieron hacia la muerte, y se sometieron a los sufrimientos antes que negar al Hijo de Dios; y por ello Abel y los profetas y los demás mártires, que fueron asesinados a causa de Dios en el inicio del tiempo, tributan testimonio al Hijo de Dios, porque Él, por la voluntad del Padre, derramó su sangre por ellos.

Por eso la guerra del hijo de la perdición concluyó de este modo; y en adelante ya no aparecerá en ningún culto. Por ello, vosotros, que tenéis morada en el cielo y en la tierra, alegraos. Después de la caída del Anticristo se engrandecerá la gloria del Hijo de Dios.

XXXVIII. Y nuevamente oí una voz del cielo que decía así: «Que haya ahora alabanza a Dios en su obra, es decir, en el hombre, por cuya restauración Él hizo las más grandes batallas en la tierra, y a quien se dignó elevar sobre los cielos, para que con los ángeles alabe el rostro de Dios en la unidad en la que Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

»Y que Dios omnipotente se digne ungir con el óleo de su misericordia a esta pequeñita forma de mujer, en la que proclamó esta escritura, ya que vive sin seguridad alguna; y no tiene la

ciencia para construir las escrituras que el Espíritu Santo propuso para instrucción de la Iglesia y que son como el muro de una gran ciudad. Desde el día de su nacimiento fue atrapada en los dolores de las enfermedades como en una red, de modo que vive atormentada por continuos dolores en todas sus venas, médulas y carnes; y, sin embargo, aún no le plugo al Señor que fuese liberada, pues a través de la caverna del alma racional ve espiritualmente algunos misterios de Dios.

»Esta visión ha atravesado las venas de este ser humano, de manera que ella a menudo ha sido presa de un gran agotamiento por esta visión, soportando este esfuerzo en la fatiga de la enfermedad a veces livianamente, a veces pesadamente. Por ello tiene ella costumbres ajenas a las costumbres diversas de los hombres, como una niña cuyas venas no están aún plenas para distinguir las costumbres de los hombres.

»Ella está investida con la inspiración del Espíritu Santo y tiene una complexión aérea; y la enfermedad le ha sido impresa por el aire, por la lluvia, por el viento y por toda tempestad, de manera que no pueda de ningún modo tener la seguridad de la carne; de otra manera, la inspiración del Espíritu Santo no podría habitar en ella. Pero el Espíritu de Dios, con la gran fuerza de su piedad, la despierta de esta enfermedad como de la muerte, con el rocío de este consuelo, para que pueda vivir en el mundo investida con la inspiración del Espíritu Santo. Dios omnipotente, que conoció verdaderamente toda la fatiga del sufrimiento de este ser humano, que se digne realizar en ella su gracia, de manera que su piedad sea glorificada y su alma, una vez alejada del este mundo, se alegre de ser elevada y coronada con clemencia para la vida eterna.

»El libro de la vida, que es la escritura de la Palabra de Dios, por la que vio la luz toda creatura y que insufló la vida de todas las cosas según la voluntad del Padre eterno, como Él lo había ordenado de antemano, promulgó maravillosamente esta escritura

no con alguna doctrina de la ciencia humana, sino a través de una forma de mujer sencilla e indocta, tal como le plugo a Él.

»Por ello, que ningún hombre sea tan audaz que añada algo a las palabras de esta escritura, aumentándola, o suprima, disminuyéndola, para que no sea borrado del Libro de la Vida y de toda bienaventuranza bajo el sol; a no ser que suceda a causa de la transcripción de las letras o de los dichos que han sido proferidos con sencillez por inspiración del Espíritu Santo. Pero aquel que ose pensar de otra manera, peca contra el Espíritu Santo. Por ello, ni aquí ni en el mundo futuro esto le será perdonado».

Que haya nuevamente alabanza para Dios omnipotente en todas sus obras antes del tiempo y en el tiempo, porque Él es el Primero y el Último.

Que estos fieles reciban estas palabras con el afecto devoto del corazón, pues han sido reveladas para beneficio de los creyentes por Aquel que es principio y fin.

Epílogo

En aquel tiempo, cuando en la verdadera visión me ocupaba de la escritura de este libro, con la ayuda de un hombre religioso y temeroso en la observación de la Regla de San Benito, la tristeza atravesó mi alma y mi cuerpo, porque fui separada de este hombre, feliz por la condición de la muerte, y privada de él en este mundo.[23] Pues él, en el servicio de Dios, escuchó todas las palabras de esta visión con gran dedicación, sin cesar de trabajar, y las examinó corrigiéndolas, y siempre me advertía que no renunciara a esta tarea por alguna enfermedad de mi cuerpo, y que trabajase, escribiendo día y noche, en estas palabras que se me manifestaban en esta misma visión. Así pues, laborando él hasta su fin, nunca llegó a saciarse de las palabras de estas visiones; por ello, muerto él, clamé a Dios con voz de lamento diciendo así: «¡Oh, Dios mío, que hiciste como te plugo con tu siervo, a quien me diste como ayudante para estas visiones, ayúdame ahora, porque sólo Tú puedes hacerlo!».

23. Se refiere a su secretario Volmar, a quien había asimismo mencionado en su prólogo a esta misma obra, y quien murió durante la última etapa de redacción de este libro. A petición de Hildegarda, fue remplazado por un breve tiempo por el monje Gottfried de Disibodenberg, a quien se le debe asimismo la primera versión del primer libro («*Libellus*») de una *Vita sanctae Hildegardis Virginis*, completada más tarde por el monje Theoderch de Echternach, probablemente entre 1182 y 1187.

Entonces el hombre más respetable y más sabio ante Dios y los hombres, Ludovico, abad de San Eucario en Tréveris, se conmovió con gran misericordia de mi dolor; y así me ofreció fielmente (él y otros sabios), ayuda con su presencia constante, y puesto que conocía bien al hombre feliz y a mí y mis visiones, me alegré en un suspiro lloroso de haberlo recibido como de Dios. También otro hombre, que era de noble origen, Wezelino, prepósito de San Andrés en Colonia, constante en sus costumbres honorables ante Dios y los hombres, y que se esforzaba por realizar buenas obras en los santos deseos, escuchó en el amor del Espíritu Santo y anotó todas las palabras de estas visiones con amorosa dedicación. Este hombre bienaventurado me ayudaba además consolándome en todo mi dolor y desolación, él y otros sabios; y escuchó y amó fielmente todas las palabras de estas visiones sin hastío, ya que ellas eran para él más dulces que la miel y el panal; y así, por gracia de Dios, la escritura de este libro se terminó con la ayuda de los venerables varones.

A partir de la luz viviente, que me enseñó estas visiones, yo escuché una voz que decía: «A los que ayudaron y consolaron a este sencillo ser humano que escribe mis visiones, los haré partícipes de la recompensa de sus labores». Y yo, pobrecita, adoctrinada en esta misma visión, decía: «Señor mío, dales a todos los que me ayudaron, consolándome a mí, que he trabajado con gran temor en estas visiones que grabaste en mí desde mi infancia, la recompensa de la claridad eterna en la Jerusalén Celestial, de manera que se alegren infinitamente en Ti».

Índice de láminas

El pensamiento teológico de Hildegarda de Bingen culmina en el *Libro de las obras divinas*, una obra que nos ayuda a situarla en el contexto de los filósofos y teólogos del siglo XII preocupados por un acercamiento a la naturaleza y la historia.

Hildegarda de Bingen desarrolla un tratado cosmológico con la topografía de la salvación y la condenación, las edades del mundo y la discusión sobre la creación del mundo y el final de los tiempos, además de la intervención en la Historia de dos grandes manifestaciones divinas, *Sapientia y Caritas*, fuerzas amorosas que han creado y sostienen el mundo.

El *Libro de las obras divinas* es un ascenso espiritual que hace de la experiencia interior un «envío», un mensaje que debe ser entregado a otros.



Herder
www.herdereditorial.com